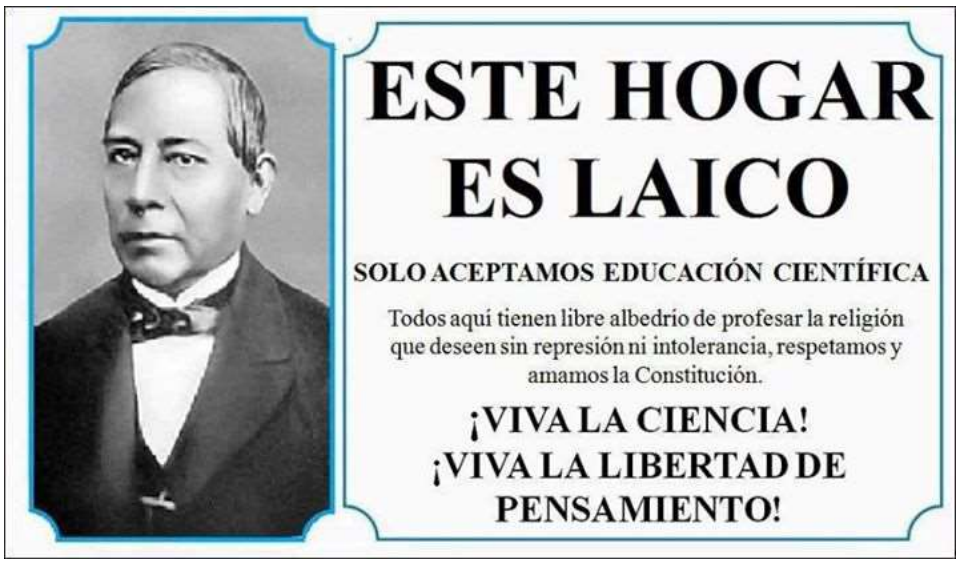
ESOTERISMO

1



HISTORIA DE LAS ORDENES ESOTERICAS

ÍNDICE:

Enseñanza 1: Las Leyendas de las Órdenes Esotéricas

Enseñanza 2: La Sabiduría Árabe Esotérica y la Mujer Velada

Enseñanza 3: El Antiguo Egipto

Enseñanza 4: El Templo de la Iniciación

Enseñanza 5: Amón en las Escuelas Helénicas

Enseñanza 6: El Rey Arturo, El Santo Grial y la Tabla Redonda y sus Caballeros

Enseñanza 7: Antiguos Ceremoniales Iniciáticos de los Caballeros

Enseñanza 8: El Caballero de la Eternidad

Enseñanza 9: Las Pruebas Iniciáticas

Enseñanza 10: Las Ordenes Militares Cristianas

Enseñanza 11: La Corte de Catalina de Médicis

Enseñanza 12: Los Oráculos Astrológicos

Enseñanza 13: La Magia Ciencista

Enseñanza 14: El Martinismo

Enseñanza 15: Saint Germain y los Rosacruces

Enseñanza 16: La Revolución Francesa y las Logias Liberales

Enseñanza 1: Las Leyendas de las Órdenes Esotéricas

Miguel, el Jefe de la Hueste del Fuego, había purificado entre truenos, relámpagos y llamas, una Montaña Sagrada. Por centurias brilló en ella un fuego volcánico de terrible poder que, vomitando lava ardiente y piedras calcinantes, formaba un círculo impenetrable.

Si alguno hubiera pretendido llegar allí, habría sido preciso que caminara hacia el Oriente por terrenos malsanos, pantanosos e inhospitalarios. Luego encontraría una tierra verde y ondulante que descendía suavemente hasta la orilla de un lago de aguas saladas, inmóviles y transparentes, disimulando con su mansedumbre la furia que se desencadenaba en los días tormentosos.

Más adelante un inmenso barranco, un precipicio de fondo indeterminado, haría perder toda esperanza de encontrar un camino, una senda, para alcanzar el volcán que a lo lejos se erigía mostrando su frente soberbia, siempre coronada de fuego y de blancas nubes, que ocultaban su base en lo profundo del abismo.

Pasaron los siglos. Los diluvios se precipitaron sobre la tierra. El planeta se sacudió repetidas veces con terribles convulsiones. Y volvió la calma.

Un sudario de nieve cubrió los pantanos. Secóse el lago salado tornándose en desierto arenoso; el precipicio se hizo más abrupto y pareció muerto para siempre el volcán de la Montaña Sagrada.

¿Dónde estaba Miguel y sus huestes resplandecientes? ¿Dónde su corona, aquélla de fuego, llama, resplandor y muerte?

Aún vivía la ígnea fuerza en las entrañas de la Montaña y si bien no se veían las llamas podía sentirse la vida, la hirviente vida, burbujear.

Y un día luminoso, ¡maravilloso día!, en que el arco iris surcaba los cielos desde el levante hasta el poniente, una procesión de hombres

vestidos de blanco pisó por vez primera aquellos parajes vírgenes, jamás hollados por el pie del hombre.

Más... ¿eran hombres? ¿Ángeles? ¿Quiénes eran?

Los que encabezaban la procesión, jóvenes imberbes, delgados, con ojos de sueño y de fiebre, caminaban lentamente. La emoción juvenil reprimida, aún no del todo dominada, se hacía visible a pesar de la lenta marcha, por rápidos movimientos de la cabeza.

Seres más maduros iban en el medio de la fila. Fuertes, graves, bellos, con los ojos entreabiertos y las manos blancas, como las manos de la muerte.

Pero los que cerraban la mística procesión, ancianos de blanca barba, de cabellos de nieve flotando al viento, no tenían de hombres más que la externa apariencia.

¿Quién podría entender su lenguaje, aquel idioma cuyas palabras fueron pronunciadas al pie de la Montaña, cuando ya habían formado un círculo de hombres?

Los ancianos hablaban el idioma de los dioses y sólo sus discípulos podían entenderlos. Les indicaban una senda en la Montaña; huecos en las piedras, que serían celdas y moradas; piedras incrustadas en el monte para ser su asiento y plaza; nidos de águilas; nidos de santos.

Había en el clima aquella solemnidad que siempre anuncia la vida o la muerte. Uno de aquellos seres tenía en la mano un gran libro sellado: era el Libro de la Madre Divina.

Al anochecer entonaron un canto; las notas del himno místico se elevaban serenamente desde la tierra al cielo, como el grito de la Madre despertando del sueño para enfrentarse con la eternidad. Los

ancianos flotaban en el aire y así, subiendo gradualmente, envueltos en nubes y resplandores, se perdieron entre los velos de la noche a los ojos de los discípulos que escrutaban las sombras.

Aquello fue el Templo, el santuario y la escuela. Horadaron la Montaña como un enjambre de abejas, penetrando hasta el interior del monte. Construyeron el Templo redondo sobre la boca aún caliente del cráter y escribieron el Nombre y el Signo de la Madre sobre el pico más alto de esa Montaña.

Sobre las paredes de esas celdas de roca viva fueron escritas las enseñanzas esotéricas y la realización de cada uno de los discípulos de los grandes Iniciados de los primeros tiempos.

Y cuando un discípulo se levantaba en el aire para ir en busca de su Maestro, otro lo reemplazaba en su celda del Templo de la Montaña.

¿Cuántos años pasaron? ¿Cuántos hombres moraron en esa soledad? ¿Cuántas almas subieron hasta la cima del monte y comprendieron el misterio de los Mantras?

Pero fue dada la voz: ¡Ha muerto Kaor! No hay más fuego en la Montaña. Mañana caerá para siempre.

Hacia el Egipto marcharon otra vez aquellos seres, en blanca fila, en solemne procesión.

¿Quién dominaría el mundo?

El estruendo de la destrucción y del movimiento sísmico que hundía a Kaor en el abismo o el Canto de la Eternidad que modulaban aquellos seres caminando hacia adelante, sin darse vuelta, siempre hacia adelante, hacia el porvenir, hacia los hombres nuevos, hacia las nuevas cosas: hacia la realización.

El mar y el desierto son hermanos: guardan ambos las reliquias de los tiempos pasados y la historia de las civilizaciones perdidas. Son como Dios que esconde bajo su manto las maravillas de Su Presencia a su paso por el mundo.

A la orilla del mar y al borde de los desiertos viven siempre razas extrañas de hombres: algo salvajes, algo encerrados en sí mismos, desconfiados de los demás mortales. Verdaderos custodios de las rocas o de los médanos ondulantes.

En una parte del desierto que guarda un trozo de la Atlántida perdida, en el centro del Sahara, vivía una raza de hombres completamente distintos a todos los demás.

Antes habían sido adoradores de las mesas de piedra, bañadas con leche y aceite; más tarde se adhirieron a la secta del Profeta. Pero su verdadera religión era otra: guardar una mesa negra y cuadrada, recuerdo de una antiquísima Tabla esotérica.

Estos eran los descendientes de aquellos primitivos maestros de las Montañas de Kaor.

Enseñanza 2: La Sabiduría Árabe Esotérica y La Mujer Velada

Ya se sabe que entre los orientales no sólo se admitían las mujeres en la Orden sino que hasta podían llegar a ocupar el cargo supremo. Y fue una mujer, hace aproximadamente 2500 la que dirigió los destinos de la Tabla de Hoggard.

Era una alta entidad que por última vez descendía al mundo físico con humanas vestiduras. Por eso había de ser como un símbolo, como una recopilación de la era mental que se iba, dejando paso a la era del sentimiento cristiano que despuntaba.

Abbhumi, la mujer que no tiene cuerpo pues su cuerpo ha sido puro y perfecto, desde niña fue educada y preparada para ejercer el sacerdocio de la Sabiduría.

Los Caballeros de camellos, de blancos turbantes y capas ondulantes al viento le enseñaron los siete idiomas, los siete poderes y las siete fórmulas mágicas.

¿A que más puede aspirar un ser viviente? Fortificarse cada vez más en aquel místico castillo que es su única morada, donde la sabiduría y el conocimiento son el pan y el amor y ningún hálito humano empaña aquellas sagradas murallas.

La madre de Abbhumi había muerto cuando ella nacía. Su padre la adoraba y veneraba, pero el amor entre ellos no era más que una comprensión expresiva de la mente.

El corazón de ella era frío y blanco como la cima del monte Merú. La muerte, el dolor, la miseria, el amor y los deleites humanos eran para Abbumi muecas ilusorias de los velos de la Madre.

¿Contará ella en el número de aquellas almas selectas que durante centurias conquistaron, para la vida esotérica, el fruto de la más pura sabiduría?

Cabalgando por el desierto avanzan dos viajeros, perdidos en el espejismo de las arenas. El hambre, el cansancio, la desesperación, la debilidad y la próxima locura, pronto acabarán con ellos.

Oschar, el compasivo, pide ayuda para ellos, pero la Madre del desierto contesta: “Dejad que en ellos se cumpla la ley del desierto”.

Otra vez pide el compasivo:

“Déjame, Madre, que salve esas vidas”.

Ella contesta:

“Salva sus carnes, si quieres. Y si puedes, salva sus almas”.

Presurosamente el árabe, con sus camellos, corre a salvar a los perdidos y con ellos vuelve al Hoggard.

¿Por qué accede la Madre a la súplica de su discípulo y recibe y visita a los extranjeros?

Un sentimiento nuevo ha nacido en ella. Su alma se ha fijado en otra alma que la mira implorante y dolorida. Siente piedad y, espantada, se pregunta:

“¿Es éste el amor humano?”

¿Dónde está tu sabiduría, oh Madre?

¿De qué te valen los secretos que conoces si no logras dominar los sentimientos de piedad que se han despertado en ti y cabalgan desenfrenadamente sobre las nubes de la ilusión?

Abbhumi conocerá ahora los dolores de los hombres, sus horas amargas y padecerá pensando cómo auxiliarlos.

Está de luto el Hoggard y abandonado el Sello Sagrado. Desolados están los sabios porque la Madre no enciende diariamente su lámpara.

¡Que muera el culpable!

Inútilmente Oschar procurará salvarle y avisar a la Madre. El alma vale más que el cuerpo y el extranjero ha de morir.

Esta muerte, no obstante, no ha devuelto a Abbumi su antigua sabiduría porque ha abierto en su corazón un surco nuevo: el del sentimiento.

Desde entonces una corriente nueva fue engendrada: con la Sabiduría, el Amor.

Desde entonces las órdenes Esotéricas se dividieron en dos grandes corrientes de fuerza: la del Saber en donde predomina el concepto politeísta de Dios, y el culto a las ciencias; y la del Amor en donde predomina el concepto monoteísta de Dios, con el culto a la salvación de la Humanidad.

Enseñanza 3: El Antiguo Egipto

Es necesario repetir una vez más la antigua y siempre actual pregunta: ¿existe un Dios Creador, o no existe? Y se deberá, por la posesión de ideas claras, propias, responder a conciencia.

Hacia fines del siglo XIX, en la antesala de la cámara mortuoria de un biólogo ilustre se habían reunido sus amigos, de diversas tendencias como es de imaginar tratándose de un hombre de fama. Un católico, conversando con un anciano caballero, expresó su pesar por el hecho de que el moribundo no se hubiera reconciliado con Dios. ¿Cree usted, pregunto el caballero, que esté lejos de Dios? Dijo el católico que sí, que era ateo, que había orientado a muchos en el

sendero del descreimiento. El caballero insistió: ¿Puede creerse que tan gran ser, tan profundo conocedor del hombre y de la naturaleza, puede estar alejado de Dios?

Pero, ¿hay ateos? No refiriéndose a seres que lo afirman, sin haber reflexionado, tal vez incapaces de ello; sino refiriéndose a seres en quienes preocupa hondamente la cuestión.

De los que creen en Dios, pueden distinguirse dos tipos.

Pertenecen al primero los que creen en un Dios Creador fuera de ellos, distinto a ellos, que no pueden alcanzar, con el que podrán unirse.

Pertenecen al segundo tipo los que creen que el Yo forma parte de la Unidad, de Dios, y tiende por expansión a confundirse con Él.

Es necesario aquí reseñar la razón de ser de las corrientes monoteístas y politeístas.

No se explica nada afirmando que los primeros creen en un solo Dios y los últimos en varios dioses.

La raza aria, heredera de los atlantes, al desarrollar su personalidad individual y racional, necesitó aferrarse al Yo y la proyección del Yo daba como resultado el monoteísmo. Un hombre perfecto necesitaba un molde primordial perfectísimo: Dios.

El monoteísmo degeneró, desde luego -según como el Yo se vincula o se opone al mundo que lo rodea y a las potencias interiores desconocidas de sí mismo-, en un Dios personal. Pero la mente del hombre ario, al trazar un puente entre el instinto y la intuición con la potencia de la razón, podía construir una infinidad de imágenes semejantes a la suya, más o menos perfectas, podía crear

representaciones más o menos exactas de su molde divino, llevando así las almas al politeísmo.

Pasado el proceso de densificación del ser, del descenso del Yo, hay una tendencia de éste a unirse con otros entes separados: tiende a la expansión, y esto da como resultado el politeísmo. Individualiza aspectos del mundo externo del Yo a los cuales quiere unirse éste.

Pero siempre lo fundamental consiste en considerar que lo Inmanifestado se expresa por lo Manifestado y que lo Manifestado sirve de asiento a lo Inmanifestado.

El hombre ario, al ir perfeccionando su propio yo perfeccionó su creencia monoteísta y al ir perfeccionando sus posibilidades de similitud desarrolló y perfeccionó su creencia politeísta.

El culto politeísta llegó a su máxima expresión en Egipto, antes del culto personal de Osiris. Los sacerdotes desarrollaron la mente para conocer más y más; al amor no lo concebían como los monoteístas, sino como algo más elevado y divino. Muchos de estos sacerdotes eran de sangre real y el Faraón siempre se desposaba con mujer de su sangre. Esto sucedió durante milenios. Si no lo hacían así creían que perderían el poder divino y real, como en efecto aconteció.

Simultáneamente con el politeísmo de los sacerdotes de Amón, en el reinado de los nómadas negros -tanto en Asia como en África-, predominaba el culto monoteísta.

En los Templos de los Sacerdotes de Amón como en los Templos de los Sacerdotes de Mitania, de Kush, de Punt y otros, se guardaban las enseñanzas esotéricas de ambas corrientes y se practicaban estrictamente sus ritos.

Pero estas dos fuerzas tenían que trabarse en lucha para su predominio, y esto aconteció en tiempos de Iknatón, primer

personaje histórico de la gran era de Egipto, cuando se entabló la guerra religiosa, llamada de los dos soles.

En tiempos de la Dinastía XVIII aparecieron en Egipto los primeros síntomas de crisis religiosa que habría de culminar con la lucha de los dos soles: Amón y Atón.

Tutmosis IV se casó con una princesa asiática de Mitania y a esta influencia asiática hay que atribuir la importancia de los siguientes cambios religiosos ya que su nieto, Amenofis IV, cuando subió al trono, el año 1375 A.C., empezó la lucha contra el Templo de Amón, y como ni él ni su esposa Nefertiti, también de origen asiático, no hicieron el juramento tradicional al Dios Amón, fue llamado más tarde el Faraón Hereje.

Tenía 12 años al subir al trono y enseguida se mostró abiertamente adicto al Dios Único que llamó con el nombre del Sol Atón y tomó luego el nombre de Iknatón (satisfecho está Atón).

La escuela esotérica monoteísta iba ganando terreno: el concepto de Dios Único -no se veneraban imágenes en la religión de Atón-, sino un disco solar que extiende sus rayos que terminan en forma de manos que sostienen el Ank, signo de la vida, y el concepto de la fraternidad universal, los animaba. La escuela de Amón con sus grandes jerarquías y su culto de muchos dioses fue suprimida y perseguida, y sus inmensas riquezas confiscadas. Sus sacerdotes se exilaron u ocultaron. Los sacerdotes rapados de la escuela de Amón fueron substituidos por los de pelo largo de Atón.

El arte, en ese tiempo, tiene una gran evolución: las figuras simbólicas e hieráticas son suplantadas por las figuras reales y vivas; pero al Faraón se le empieza a representar de mayor tamaño en relación a las otras figuras. La madre Tii, de Iknatón, al parecer simpatizaba con las tendencias del hijo, pero no abiertamente.

En el quinto año del reinado de Iknatón nace la primera hija: Merit-Aton. Hacia ese tiempo subsistían al lado de Atón otros dioses. Pero este estado de cosas no debía durar, pues el Faraón entró en conflicto abierto con los sacerdotes de Amón-Ra. Esto se produjo poco después de la muerte de Tii, de donde se deduce que la acción de ésta última era moderadora.

Para mejor adorar a su Dios, Iknatón resuelve abandonar Tebas y construir la Ciudad del Horizonte de Atón (Luxor). Al quedar Tebas relegada a ciudad de provincia debilitaba al sacerdocio.

Es entonces que cambia su nombre de Amenofis -La Paz de Amón- en Iknaton.

La nueva ciudad se construyó sobre una isla en el Nilo a unos 250 kilómetros al sud de la actual Cairo.

Poco después nace Meket-Atón, -Protegida de Atón-.

Durante el octavo año se instala en la nueva ciudad. Nace An-khes-en-pe-Atón-, -Ella vive para Atón-.

En el undécimo año nace Nefer-neferu-Atón. Empieza a desarrollarse la nueva religión. Hacia esa época se escribió el “Himno a Atón”.

Se nota la influencia de Nefertiti.

Ai-Ra es nombrado Gran Sacerdote de Atón.

Durante los decimotercero y decimoquinto año nacen dos nuevas hijas.

La madre de Iknatón, Tii, visita el Templo en la Ciudad del Horizonte de Atón. Muere poco después. Fue enterrada en Tebas.

Con su muerte desaparece la moderación: el nombre de Amón es sistemáticamente borrado, aún de los más pequeños objetos. De millones de inscripciones conocidas, pocas se salvaron.

Hasta en la tumba de Amenofis III sustituyeron su nombre por el de Nib-Maat-Ra. También se nota un detalle extraño: a su quinta hija la llamó Nefer-nefern-Ra y a la sexta Setep-en-Ra; “Ra”, en vez de “Atón”, como a sus cuatro primeras hijas. Deseaba un hijo varón. Pero después de las seis “desilusiones” tuvo aún una séptima. No tuvo otra descendencia, al menos que haya sobrevivido la primera infancia. La primera hija casó con Smenk-ha-ra, un noble egipcio.

El Rey de Babilonia pidió una para uno de sus hijos: concedió la cuarta. La tercera casó con Tut-ank-aton, quien fuera el Faraón Tutankhamon.

La segunda era delicada de salud y murió joven, así como la hermana de Iknatón, Beket-Atón.

Como era delicado de salud, construyó muy pronto su tumba.

Al no tener sucesor, las perspectivas de su religión eran sombrías.

Asuntos exteriores agravaron su situación tales como la querella con Babilonia y con las hititas, las aventuras de Aziru, etc. Iknatón desarrolló una extraña pasividad; dejó sin ayuda a rey de Byblos, Ribaddi, que le era fiel.

A los treinta años de su reinado, los faraones celebraban el jubileo. Iknatón lo hizo a los treinta años de edad, como si quisiera retroceder su reinado a la fecha de su nacimiento.

A esa edad ya era flaco y descarnado. Decide que todos los dioses, no sólo Amón, tengan su nombre borrado de cualquier inscripción.

Sólo quedaba Atón. Esta medida no se aplicó muy estrictamente. Se borraban los nombres de Hathor, Ftha, etc. y hasta el plural “Dioses”.

Mientras se limitó a borrar a Amón, no tuvo sino “un” clero en su contra; luego los tuvo a todos.

Parecería que el jefe del ejército, Horenheb, en desacuerdo con la política pacifista de Iknatón, haya planeado en secreto las campañas que más tarde realizaría. Tal vez también en convivencia con el Gran Sacerdote de Atón, Meri-Ra.

Sin descendencia, con gran oposición, hasta dentro de sus funcionarios, otorgó su confianza a Smenkara, casado con gran pompa con su hija mayor, cuando ésta tenía doce años.

Asoció su yerno a la regencia y cuando eventualmente lo sucedió, adoptó el epíteto de “Bien amado de Iknatón”.

El tener un asociado en el trono resultó una medida insuficiente. La Siria estaba casi perdida, y los grandes gastos para la construcción del Horizonte de Atón agotaron el inmenso tesoro egipcio.

Sin duda comprendió que la religión de Atón no le sobreviviría, como en realidad aconteció.

Lo único que se sabe es que cuando se desplomaba su imperio murió. El examen de su momia sugiere un ataque. Se cree que era epiléptico. Tendría en ese entonces unos treinta años. Se creía que era el año dieciocho de su reinado, pero se ha encontrado una inscripción que hace mención del diecinueve.

De Nefertiti, nada más se sabe. Se cree que sólo sobrevivió un año a su marido.

Su yerno y sucesor Tutankhaton fue persuadido de volver a Tebas y se abandonó definitivamente la Ciudad del Horizonte. A una época

de contemporización entre los cultos de Atón y Amón, pero por influencia de Horenheb, jefe del ejército, primó Amón.

A los cuarenta años de la muerte de Iknatón, el clero de Amón recobró íntegramente su influencia. El nombre de Iknatón fue borrado; se refería a él como “ese criminal”. Las inscripciones “Amenofis IV”, no fueron tocadas.

El Templo de Atón en Karnac fue demolido.

Iknatón fue sepultado en la tumba de Tii. Esta fue abierta y retiraron el cuerpo de Iknatón. Su nombre fue retirado de todas las cintas recortándolas. Borraron las inscripciones. Luego fue repuesto en el féretro.

Esta lucha de Amón y Atón fue llamada la lucha de los dos Soles.

La semilla dejada por los partidarios de Atón, en forma curiosa, cristalizó en Osiris, encarnado y muerto entre los hombres por la salvación del mundo.

Enseñanza 4: El Templo de la Iniciación

Se estudiaban los libros de la Madre Eterna en este Templo, y fue en él donde con las Escuelas Esotéricas de Amón llegó al máximo esplendor el poder y la sabiduría de los Sacerdotes de Amón, con quienes alcanzó el politeísmo su mayor fulgor.

El Templo de Amón que se rememorará -la influencia de cuyos sacerdotes se hacía sentir en todo el mundo a pesar de que,

físicamente, no lo abandonaban jamás-, podría ubicarse a unos cien kilómetros de Tebas, próximo al Nilo. Era de gran extensión, cuadrado, de mármol blanco.

Sus moradores, hombres y mujeres, vivían en recintos completamente separados por altos y anchos muros. Y tanto hombres como mujeres estaban completamente apartados del mundo. Realmente muertos para el mundo exterior. Durante muchos años vivían en recintos, los cuales no tenían ventanas que dieran al exterior.

Para ingresar al Templo era menester, más que la vocación del candidato, ser elegido. Algunos eran atraídos hasta psíquicamente. Se ingresaba a los doce años.

Tan solemne era el paso (pues verdaderamente se moría para la vida ordinaria), que los parientes del candidato lo acompañaban como en procesión fúnebre y lo llevaban a un recinto externo del Templo en el que no había más que un ataúd vacío en el que era depositado.

A menudo estos candidatos eran de sangre real. Esto era importante ya que los faraones, en época de esplendor, eran iniciados por los sacerdotes y éstos eran también “reales”, por su saber, su poder y su sangre.

Había siete recintos.

El ataúd, con el candidato depositado en él, era transportado al primero.

El postulando, de coronar su carrera, debía pasar por siete grados, variando la duración de cada uno y sólo la minoría llegaba a la cima.

Las enseñanzas versaban tanto sobre el aspecto físico como el intelectual, nunca a uno de ellos.

Cada grado se cumplía, sucesivamente, en uno de los amurallados recintos ya citados.

El primer grado, que podría llamarse de “renovación física y olvido”, estaba a cargo de sacerdotes muy experimentados.

En él se despojaba al neófito de todo lo que traía del mundo. Desde luego sus ropas y todo objeto personal. Se le sometía a pruebas de la vista y de escritura; se le arrancaban las uñas para librarlo de instintos animales.

Como en el caso de los novicios de las órdenes cristianas, no estudiaban. Por el contrario, se procuraba que olvidaran todo lo que sabían, lo que se conseguía mediante brebajes especiales que no sólo provocaban la eliminación de las impurezas del cuerpo, sino que también hacían olvidar todo lo aprendido.

Estos brebajes provocaban altas fiebres y se descendía mucho de peso. Dependía pues de la constitución de cada uno la duración de este grado, que variaba entre una semana o varios años.

Cuando el candidato estaba purificado y había olvidado todo lo que sabía: leer, escribir, etc., y hasta su nombre, su familia y todos los hechos acaecidos en su vida hasta ese momento, se le dormía una vez más y se le trasladaba al segundo recinto.

El segundo grado podría describirse como de “desarrollo de la inteligencia”.

Téngase presente que aquí entraba el adolescente elegido, purificado y sin noción alguna de su vida anterior.

Se trataba de un lugar tan hermoso como imaginar se pueda. Todo lo que podía aportar la ciencia y el poderío de un rico imperio se reunía allí: palacios construidos con los incomparables mármoles

blancos, azules y verdes del antiguo Egipto; tan maravillosos eran que servían para estudiar a los sacerdotes, los reflejos de la luz solar. En estos palacios se resumían las más hermosas pinturas, esculturas y obras de arte. Los jardines eran indescriptibles y tan cuidadas sus plantas que había casos en que una sola de éstas contaba con su cuidador exclusivo. Para los cultivos se aprovechaban las crecientes de primavera del Nilo.

En este grado se estudiaban ciencia y artes. Religión, no. Se desarrollaba la inteligencia; la flexibilidad mental.

Se previene contra la posible confusión entre inteligencia y espiritualidad: un ser espiritual bien puede carecer de flexibilidad mental y, a la inversa, un intelectual carecer de espiritualidad.

En este grado se enseñaba a discernir. Después de un tiempo, naturalmente variable, poseían los estudiantes un juicio muy seguro tanto en el orden científico como en el estético.

Cuando llegaba el momento para el paso al tercer grado, -que podría calificarse de “recuerdo y elección”-, se hipnotizaba al estudiante y pasaba al siguiente recinto.

No todos, lógicamente, lograban dar este paso, pues a muchos les resultaba excesivamente difícil.

Dado que una vez entrado el neófito al Templo no salía jamás, estos seres quedaban en lo que podría designarse “sacerdotes sirvientes”, entre los cuales se hallaban los embalsamadores. Los que no trascendían el primer grado se ocupaban de la proveeduría y demás aspectos de la administración material del Templo.

En el tercer grado ya leen los Libros de la Madre Divina. Estudian lo que podría denominarse “psicología”. Vuelven a recordar su vida anterior.

Pero en este recinto fracasaba el setenta por ciento.

El estudio de las Enseñanzas llevaba a muchos al conocimiento de que si lo único real es el Uno, de nada servía lo “demás”; ¿para qué comer, o dormir o cualquier cosa que no sea Aquello?

La mayoría se dejaba morir.

A partir del cuarto grado eran muy pocos los que fracasaban. Se dedicaban al estudio de la magia. Para que pudieran ofrecer a otros la oportunidad de adelantar, adquirían poderes psíquicos: clarividencia, viajes astrales, etc.

Recién en el quinto grado se dedicaban a la Contemplación.

En el sexto grado se estudiaba la Teología. Reconocían que cualquier unión lograda es momentánea; tan ligada está la personalidad a aquello que la rodea.

Cuando los sacerdotes imponían un castigo, por severo que fuera, procedían sin temor alguno pues sostenían que si el castigado era culpable necesariamente expiaría por Karma su culpa, de tal modo que el castigo no hacía sino anticiparlo.

El Templo se encuentra ahora escondido, sepultado bajo las arenas. Los Islámicos se han encargado de hacerlo inaccesible.

Uno de los poderes que poseían los sacerdotes de Amón era el morir por éxtasis.

Habían adquirido tales conocimientos del más allá que nada temían; esto suscitó abusos que hizo necesaria una severa reglamentación.

Para ello se exigía que se juramentaran siete sacerdotes, acordando entre sí que todos ellos se provocarían la muerte llegado a determinado extremo; si uno sólo se decidía los seis restantes debían

también morir. Este pacto podía concertarse de por vida o por un término determinado.

Llegado el extremo los siete juramentados se retiraban a un lugar apartado. Ayunaban, por lo general, cuarenta días; habiendo casos en que lo hacían por veintisiete o dieciocho días. El objeto de tal práctica era el de debilitar el cuerpo físico para disponer con mayor facilidad de él. Mientras tanto vivían concentrados sobre la entidad más alta concebible.

Recién pasado este ayuno se concentraban sobre sus centros, comenzando por los inferiores.

Lo hacían sobre cada parte de un centro, considerando su inutilidad. Éstos, vaciados de su razón de ser, cesaban de actuar.

Procedían así, sucesivamente, con todos los centros. Cuando llegaban al superior resultaba que, a pesar de todo, estaban fuertemente atados a la vida. Procedían entonces al examen retrospectivo, después del cual podían ya dar el gran paso.

Enseñanza 5: Amón en las Escuelas Helénicas

La escuela esotérica que, por darle un nombre, podría llamarse politeísta tuvo su máxima expresión en Egipto. Eventualmente decayó y sus templos fueron completamente sepultados bajo las arenas.

Los mahometanos se encargaron de impedir que se buscaran y sólo recientemente, no hace siglo y medio todavía, se ha empezado a desenterrar templos y sepulcros y a descifrar inscripciones, las que son todas exotéricas. Las esotéricas fueron destruidas, principalmente cuando la desaparición de la Biblioteca de Alejandría.

Empero no desapareció del haz de la tierra completamente su inmenso conocimiento sino que, bajo diversas formas y en distintos lugares -casi siempre en contraposición con otras formas de monoteísmo-, ha florecido hasta el día de hoy.

Lo que de todo ello se conserva ha sido legado a la Humanidad, en primer término, a través de las Escuelas Helénicas.

Cuando la forzada expatriación de los sacerdotes de Amón hizo que tuvieran que refugiarse en Grecia, habitaban este país seres muy primitivos, dedicados sobre todo a suplir sus necesidades primordiales.

Poco tiempo estuvieron allí los sacerdotes de Amón, pero fue el suficiente para dejar una semilla.

Al regresar los sacerdotes de Amón a Egipto fueron, a su vez, expulsados los de Atón (monoteístas), y éstos también se refugiaron en Grecia.

Se puede estudiar, entonces, en Grecia y a través de siglos, la influencia de ambos.

Las dos grandiosas concepciones tuvieron derivaciones filosóficas muy importantes: de la politeísta derivaría la doctrina de la gracia. De la de Atón la del libre albedrío.

Si suponemos que todo es ilusión, que no es otra cosa que reflejo, emanación de la Divinidad Inmanifestada, claro está que cualquier

cosa -un hombre, su mente, su alma- no son más que un reflejo, dependiente en absoluto de lo que no se manifiesta. Nada se podrá hacer por un alma para cambiar su destino, sea santo o delincuente, sabio o necio. Llevada ésta concepción al extremo conduce al fatalismo: el ser no es libre sino como Dios, en su totalidad.

Los que creen en el libre albedrío podrán sostener, sin embargo: si el hombre es divino, si tiene alguna partícula de divinidad, forzosamente podrá, hasta cierto punto, determinarse.

Las características de las Escuelas Iniciáticas griegas fueron muy distintas de las egipcias. Se tratarán a continuación las que siguieron la corriente de Amón, con exclusión de la tendencia monoteísta.

En primer lugar se nota una dispersión, tanto en los fines como en las formas, con relación a las egipcias.

El sacerdote egipcio estudiaba toda la ciencia, todos los aspectos de la sabiduría. Los griegos, en cambio, estimaban que toda una vida no alcanza para abarcarlas íntegramente.

El Templo egipcio era uno, inmenso; el griego, en cambio, si bien era completo como centro de cultura religiosa, filosófica y pedagógica, se dedicaba a una sola rama.

Esto se debía en primer lugar a la constitución física de los individuos: los egipcios eran sorprendentemente robustos, resistentes y flexibles, condiciones notablemente acrecentadas por las drogas y la cirugía. Eran también moderados en el apetito sexual, sobre todo entre los sacerdotes. Los griegos, en cambio, si bien hermosos, eran poco resistentes; pocos de ellos hubieran podido soportar el plan egipcio.

Egipto era un reino muy unido al faraón; Grecia se componía de una infinidad de pequeños reinos y ciudades. Todo en ella se dividía.

El primer problema que se les planteó a los griegos fue el del sexo. En muchos templos se estudió consecuentemente, de manera primordial, en lo referente a los célibes, la transmutación. Estas enseñanzas fracasaron porque el griego, lujurioso, reflexionó así: “Si a los actos materiales naturales los elevamos, ofreciéndolos a la Divinidad, los hacemos también divinos”.

Estaba bien esto, hasta cierto punto. Pero no se tardó en cometer abusos y nada menos que con el pretexto de divinizar actos antinaturales.

Muchos de estos seres desarrollaron su inteligencia en forma notable y han vuelto, repetidas veces, al mundo físico. Pero hombres inteligentes y capaces han fracasado por atarse a algún vicio (juego, bebidas, mujeres), y no lograrán descollar hasta que puedan vencer esas facetas.

En segundo término se estudiaba la magia y los poderes psíquicos.

Conviene señalar que el griego, en lo que se refiere al amor a la forma, tenía necesidades muy distintas a las de los egipcios. Para él el acto sexual tenía un significado doble; muy pocos pasaban del primer grado.

En cuanto al segundo grado no existen mayores noticias.

Los que llegaron al tercer grado, filosófico, callaron.

Muchas obras de los filósofos griegos han llegado hasta la actualidad, sin embargo. Las de Platón y sus continuadores reflejaban la tendencia de Amón y de la gracia; las de Aristóteles y los suyos, las de Atón y el libre albedrío.

La influencia de Platón decayó durante varios siglos, pero revivió con Jámblico y Plotino. Esta doctrina de la gracia influyó mucho sobre la

iglesia cristiana, especialmente a través de San Agustín. Esta Iglesia habría de ser, naturalmente, monoteísta. Sin embargo, en el siglo XIII, con Santo Tomás de Aquino, se afirmó notablemente en ella la doctrina aristotélica.

Muerta Cleopatra quedaron, no obstante, algunos tesoros religiosos de la gloria del Templo de Amón. Pero no cayeron en manos de los conquistadores romanos sino que fueron llevados, con el mayor sigilo, a un casi inaccesible lugar en medio del desierto africano, rodeado de altas montañas. Fueron conducidos por fieles discípulos, cuyos descendientes los han guardado hasta hoy. Éstos siempre han defendido exitosamente su tesoro; ni siquiera los mahometanos lo pudieron descubrir.

En Oriente no se borró el recuerdo de Amón. Julia Domna, hija de un sacerdote del Fuego de Emesa, Siria, casose con el emperador romano Septimio Severo y en su corte se rodeó de un grupo selecto de seres, cuyas obras aún hoy se recuerdan.

Recién en el Renacimiento volvió a estudiarse Platón, destacándose en ello los sabios florentinos del siglo XV.

Las Escuelas Esotéricas del conocimiento y del amor continuamente luchan entre sí y continuamente se funden la una con la otra y se buscan, porque a través de las luchas, estas dos fuerzas tendrán que reunirse, terminado el tiempo de piscis, para formar una única expresión de la Divinidad.

Enseñanza 6: El Rey Arturo, El Santo Grial y la Tabla Redonda y sus Caballeros

En pleno florecimiento cristiano las Escuelas Esotéricas fueron patrimonio primero de los Caballeros Iniciados y luego de las Ordenes Militares.

El esoterismo helénico y romano que a través del neoplatonismo había regado fecundamente los principios del cristianismo, fue perdido completamente.

Con el veto dado por Justiniano a las escuelas filosóficas en el año 500, los maestros esotéricos se trasladaron a Persia para preparar allí la simiente que había de transformarse en la religión islámica, en pletóricas escuelas esotéricas.

Pero en tiempos de las primeras cruzadas los caballeros cristianos volvieron a ponerse en contacto con las Escuelas Esotéricas Musulmanas.

Sobre todo los Caballeros Normandos, hombres de gran fervor religioso (unían a un ferviente cristianismo, las enseñanzas de sus antepasados druidas, galos y celtas ibéricos), asimilaron estas enseñanzas. Ya ellos en el año 800 hicieron florecer una caballería cristiana esotérica.

Las leyendas del Caballero andante, del Santo Grial, de los Caballeros de la Tabla Redonda del Rey Arturo, datan de aquellos tiempos.

No eran estas agrupaciones esotéricas totalmente cristiano-jurídicas, pero sí cristianas esencialmente, viviendo su propia vida; después se formaron Ordenes Militares y Escuelas Esotéricas.

Los Caballeros Iniciados al ingresar a la fraternidad hacían un solemne juramento de ser fieles a la misma hasta la muerte, de ir en contra de todas las injusticias y de defender siempre al pobre, al desvalido y al desamparado.

La primera ceremonia que desarrollaban ante los ojos del neófito era la del juramento.

La promesa es un don divino y únicamente los Dioses pueden prometer a los hombres; pero es difícil al ser humano prometer, ya que su naturaleza quiebra a cada instante las voluntades más fuertes; por eso fue dicho: “No jurarás”. Mas cuando el hombre se aviene a un juramento, como el juramento es divino, implícitamente adquiere la obligación de transformar su naturaleza humana en divina.

Como la Sabiduría Divina no puede ser manjar de los hombres vulgares, era indispensable el secreto para que el Velo Divino no fuera levantado por manos inexpertas.

Dice la Biblia: “Si vieres el rostro de Dios, morirás”, porque el estudio de la Sabiduría Eterna implica poseer un desarrollo espiritual adecuado que el ser tiene que adquirir, poco a poco, llevado de la mano por los Iniciados. Además, en la ceremonia de juramento, el neófito veía el rostro de sus compañeros por primera vez y la Visión del Rostro es símbolo de esa sabiduría oculta, revelada sólo a unos pocos.

Al jurar entraba el nuevo adepto en la Gran Corriente Espiritual, Mental y Psíquica que la Orden Esotérica había generado y sería perjudicial si él, violentamente, fuera expulsado de esa Gran Corriente en la cual voluntariamente se había colocado.

El ser, para llegar a este primer peldaño del Ceremonial, había forzado la puerta del Santuario, pues sin esfuerzo nada puede conseguirse.

El Asistente traía un asta de vino; el asta había de ser de cuerno de ciervo y ella era símbolo de la naturaleza inferior, mientras que el vino era de la fuerza creadora en su aspecto inferior.

Noé, después de haber probado el zumo de la uva, entra en un sueño profundo y de él se burlan sus hijos. El hombre tiene que penetrar en las profundidades de la naturaleza inferior y del subconsciente para conocer las fuerzas que mueven y dirigen todas las cosas.

El Iniciado hacía extender el brazo del neófito sobre el asta alargando, a su vez, el suyo; las dos derechas se reunían en tanto que con la espada se incidían los dos brazos dejando gotear las sangres, para mezclarlas con el vino.

El valor de la sangre es inestimable. Todas las substancias físicas se vuelcan en ella y en ella está toda la fuerza y todo el tóxico de la vida; es la única substancia que tiene directo contacto con el éter astral; tanto lo es que enseguida que la fuerza vital no la anima se coagula y, por decirlo así, se materializa. Es símbolo, pues, de la naturaleza superior que, sacrificándose, se mezcla con la naturaleza inferior para redimirla y levantarla hasta su liberación. No otra cosa simboliza la redención efectuada por Cristo que vierte su sangre sobre la cruz y que se repite todos los días en el Cáliz de la Misa.

Pero la que puede efectuar esta redención, impulsada por el amor, es la voluntad. La fuerte voluntad del frío acero de la espada que ha hecho la incisión.

Después iban bebiendo el Iniciado y el neófito, alternativamente, sorbos del precioso licor. Para que la Humanidad vuelva a su prístina gloria espiritual es indispensable esta fusión de las partes superiores con las inferiores. Una vez más está explicado así el misterio de la Sagrada Eucaristía, de la estrecha unión e inseparabilidad del Espíritu con la Materia.

El neófito, al ligarse por su juramento a la Orden, ligaba la Orden a él, simultáneamente. El amor y la unión equiparaban los valores y los pares de opuestos y el esfuerzo del uno sería recompensado por la dádiva del otro.

Terminado el juramento, el llavero se adelantaba y rompía el asta.

Cuando el Caballero Iniciado imponía la túnica a los miembros de la Orden, con la espada les tocaba el hombro derecho a los hombres y el izquierdo a las mujeres, símbolo de la transmutación por la purificación, y les entregaba una rosa. La flor abierta representa los vórtices de las fuerzas astrales en estado activo y desarrollado.

Las túnicas de los miembros eran blancas, anaranjadas y negras. El blanco pertenecía a los Pajes y a las Doncellas, ya que debían mantener más acentuada la pureza y la inocencia del alma por tener que pisar el lodo del mundo. Los Escuderos y las Damitas tenían la túnica anaranjada, simbolizando el orgullo y la gloria de la Orden. Los Caballeros y Damas llevaban túnicas negras, significando que habían muerto para el mundo y vivían únicamente en lo Eterno.

Las túnicas masculinas llegaban hasta las rodillas e iban puestas sobre las armaduras, pues lo espiritual no debe interrumpir la acción. Las túnicas de las mujeres llegaban hasta la punta de los pies, para indicar el pudor y la discreción.

El manto de todos era blanco y su vuelo completamente circular, ya que el círculo señalaba a Dios manifiesto.

La cogulla era también circular e indicaba el Poder Espiritual. Los Papas en los primeros tiempos de la Iglesia Cristiana, cuando ésta era puramente espiritual, usaban cogulla blanca; pero cuando adquirieron poderío material la cambiaron por una corona de oro. En la antigüedad la corona pertenecía a los reyes como poder visible

y material y la cogulla a los Sumos Sacerdotes, como poder invisible y espiritual. En la parte izquierda del manto, a la altura del corazón, había una cruz roja, quedando así entendido que un adepto dominaba los elementos inferiores.

Durante la ceremonia, luego que el neófito había pronunciado el juramento, los asistentes levantaban la cogulla que les cubría la cara para hacerse manifiestos al nuevo componente.

Los Pajes y las Doncellas llevaban, además de la cogulla, un pequeño gorro circular del color de su túnica, que indicaba sumisión.

Los Escuderos y Damitas portaban un yelmo y en el centro de éste una mariposa de oro libertándose del capullo de oruga, significando la aspiración del alma al conocimiento de todas las cosas.

Los Caballeros y las Damas llevaban también un yelmo y, en el centro del mismo, la cabeza de oro de una serpiente con la lengua bífida hacia fuera, pues la serpiente erguida es símbolo de la Suprema Sabiduría, sobremontada por una cruz.

Las vestiduras señalaban los poderes intrínsecos y personales del adepto, mientras que los atributos manifestaban los poderes activos del mismo. Se tenía cuatro atributos fundamentales: anillo, espada, collar y sello, correspondiendo a los cuatro poderes básicos del ser humano depositados en el cuerpo físico, en el plexo solar, en el esplénico, en el laríngeo y en la glándula pineal, respectivamente.

Además se tenían caballos marrones y blancos, que servían de vehículos. El caballo es el animal que, en la evolución de los seres inferiores, ha llegado al más alto grado de desenvolvimiento y es el lazo de unión entre el reino animal y el hominal. Representaba la naturaleza instintiva, dominada y subyugada por la voluntad del

hombre. La naturaleza inferior no ha de ser destruida, sino dirigida y orientada.

En la Orden el caballo marrón significaba el instinto dominado, pero sensible a las atracciones inferiores que lo arrastran continuamente al mundo. El Escudero había dominado sus pasiones, pero volvía continuamente entre los hombres para auxiliarlos. El caballo blanco era el instinto dominado por completo. El Caballero lo empleaba únicamente para su uso personal o para obras que parecían, a los ojos de la Humanidad, semidivinas.

Viene el caso citar la aparición de Santiago Apóstol en el campo de batalla, para defender y llevar a la victoria a las huestes de Ramiro, contra los moros. El guerrero aparecido en el combate llevaba todos los atributos de los Caballeros de las Órdenes Secretas e Iniciáticas de entonces: montaba caballo blanco, llevaba armadura resplandeciente, flamígera espada, blanco manto y un estandarte sobre el cual estaba dibujada una cruz roja.

El Gran Ser que los españoles tomaron por un santo, no era sino un Caballero Iniciado que se les apareció montando su caballo y bien pertrechado para conducirlos, como si fuera un semidios, a la victoria.

El anillo, la espada, el collar y el sello correspondían a las cuatro figuras principales del Tarot. Sello corresponde a bastos, collar a copas, espada a espadas y anillo a oros.

El anillo correspondía al plexo solar e indicaba el poder de dominar; el dominio (sobre sí mismo, sobre los elementos, sobre las fuerzas naturales, sobre los demás hombres que no habían llegado al mismo nivel de adelanto espiritual), está indicado por el brillante y el oro, imágenes de la fuerza solar y de sus rayos dominantes sobre todo el planeta.

La espada correspondía al plexo esplénico e indicaba el poder de la fuerza y el vencimiento del temor; el corte definitivo que liberta al ser era el conocimiento de la propia fuerza que actúa, como frío y cortante acero, sobre lo que le rodea.

En el Salmo 44 al cantar, el Salmista, la belleza del Rey, no se olvida de aconsejarle que ate su espada al muslo izquierdo, como si le explicara que el poder de la fuerza reside en el plexo esplénico.

El redondo collar, que llevaba estampado el nombre de cada miembro de la Orden, expresaba el poder de la vibración, de la palabra, del ritmo; corresponde al plexo laríngeo, el cual, bien desarrollado, permitía al estudiante percibir las voces y los sonidos astrales.

El sello, todo de oro, con el signo de Ank impreso en él, era imagen del poder creador, similar al fuego; punto raíz de la mente, confín del Espíritu con la substancia manifiesta.

Estos atributos no eran peculiares a todos los miembros de la Orden: el sello pertenecía solamente al Gran Maestre; el poder creador, el poder de la transmutación, lo poseía únicamente el Iniciado. A la Iniciación el ser llegaba solo, sin auxilio exterior, sin acompañante alguno, como imagen de Dios reflejándose en Sí mismo.

El anillo era propio de Caballeros y Damas; el fuerte magnetismo del cual estaba cargado indicaba que estos hombres y mujeres habían solucionado el problema interno de la diversidad. Ellos sabían que una única fuerza regía los destinos humanos y universales y dirigían voluntariamente esa fuerza hacia el logro de su aspiración.

La espada la llevaban también Escuderos y Damitas; del mundo psíquico al mundo anímico, por fuerza solamente se pasaba. Sólo el

valiente podía cruzar el círculo del temor y adueñarse de la fuerza que duerme latente en el plexo sacro de cada individuo.

El collar era llevado por todos los miembros de la Orden; simbolizaba los poderes psíquicos que estaban al alcance de todos los que se encontraran bien adiestrados y ejercitados.

El collar se relacionaba con las copas, imagen de la matriz femenina y del aspecto material de las cosas. El sello, con los bastos, imagen del lingam masculino y del aspecto creador y espiritual de las cosas. La espada era imagen de la unión entre el Espíritu y la Materia, del resultado del basto y de la copa. El anillo, oros, simbolizaba el dominio sobre la mente y sobre las cosas manifiestas.

Enseñanza 7: Antiguos Ceremoniales Iniciáticos de los Caballeros

Los antiguos Iniciados veían en el año, además del movimiento del sol a través de las doce casas zodiacales, el camino del alma, desde el nacimiento hasta la muerte, en busca de la perfección. Por ello daban tanta importancia a las festividades anuales, las que simbolizaban los distintos pasos y aspectos de la vida material y espiritual.

Julio César, arbitrariamente, quitó al año alguna de sus horas, resumiéndolas todas juntas en un día cada cuatro años, en el año bisiesto. Pero los estudiantes esotéricos siempre protestaron por esta medida que le resta valor al año verdadero, al Año Místico.

Un año verdadero equivale a un año daiva de los hindúes: 365 días, 5 horas, 30 minutos, 31 segundos; y Don Alfonso el Sabio, rey de Castilla, le asignó al año 365 días, 5 horas, 49 minutos y 16 segundos.

Tampoco el principio que se le asigna al año actual es el que le asignaban los antiguos: el año verdadero empieza en el equinoccio de primavera.

El Año Místico se divide en cuatro partes, tal como se divide en cuatro etapas la vida espiritual de los Caballeros Iniciados.

La primera, que empieza en el equinoccio de primavera, es inaugurada por la festividad de la reapertura del Libro de la Madre. Retorno a las cosas que se han dejado, para sublimarlas.

La naturaleza abre el libro de su manifestación y muestra así su sabiduría; hace brotar del seno de la tierra todas sus flores, precursoras del fruto.

En el ritual místico es la imagen del cambio continuo de todas las cosas, del descenso del espíritu a la materia, del sacrificio de aquél que tiene más hacia el que tiene menos, repartiendo sus bienes.

La simbología dice que volverá el discípulo a matar a su enemiga cuando sea fuerte, algún día. Por eso esta primera parte del Año Místico es símbolo también de la reencarnación y de la ley de consecuencias que hace, por efectos, volver a la raíz de la causa.

Los seres que han llegado a un altísimo grado de evolución espiritual, se sienten impulsados periódicamente a volver entre los hombres para equiparar con ellos sus valores, dándoles amor; hacerse más pequeños, para hacerlos a ellos más grandes.

Los Caballeros, todos reunidos, recibían el mensaje que los Maestros habían transmitido al Gran Maestre.

Mucho le será pedido al que mucho le fue dado.

De pie, con sus espadas desenvainadas, envueltas en sus blancos mantos, recibían la orden. Aquél que había sido designado para cumplir alguna Gran Obra en el mundo, abrazaba a sus camaradas, dándoles el ósculo de paz; recibía la bendición del Gran Maestre y se alejaba sobre su blanco caballo a cumplir sigilosamente su misión, mientras los demás prendían una gran fogata sobre el monte, para que el fuego guiara al Caballero redentor durante su camino por las tinieblas del mundo; volvían los demás Caballeros a sus estudios, a sus ejercicios, a sus concentraciones, esperando su hora.

La espada envuelta en el manto representa a la Madre Divina, Suprema Voluntad, envuelta en el Velo de Ahehia, la sabiduría manifiesta que el Caballero tiene que esforzarse por descubrir. Para lograr la suprema realización es indispensable el sacrificio, el descenso a los mundos inferiores y pasar por ellos sin mancharse.

La marcha representa la rueda de las vidas y las muertes; la fogata sobre el monte, la parte superior del hombre, el alto ideal, la vocación espiritual, que siempre lo acompaña. Los cristianos imitaron esta bella Ceremonia Iniciática con las fogatas de San Juan, con la fiesta de la Anunciación del Arcángel Gabriel a María.

Los antiguos Caballeros medioevales, también, después de su investidura caballeresca, iban errantes por el mundo en busca de aventuras, siempre deseosos de hallar la mujer de sus ensueños o la copa del Santo Grial.

Wagner ofrece imágenes maravillosas: Lohengrin es el Caballero Iniciado que abandona el castillo de los Caballeros Monsalvat para ir a defender a la doncella falsamente acusada.

Todavía hoy las Tablas abren para esta fecha sus cursos; el tiempo de la festividad, de la alegría, ha pasado; y ha vuelto el tiempo de la disciplina, del trabajo y del sacrificio. El libro de las enseñanzas, que estaba cerrado, se abre de nuevo; cada uno sacrifica la parte mejor de su esencia interna en beneficio de los otros. También para esta fecha se acostumbra a iniciar las nuevas Tablas, siempre con el sacrificio de la Tabla patrocinante.

La segunda parte del año comienza con el solsticio estival de verano. Están maduros los frutos y el trigo puede convertirse en pan. Pueden preparar los Caballeros su banquete, para consumar las Místicas Bodas de Unión entre la materia y el espíritu. Esta ceremonia es imagen de la alianza del espíritu con el alma, de dos principios concordantes que logran encontrarse al fin y unificarse.

En esta parte del hemisferio se efectúa la ceremonia solemnemente en el plenilunio de Mayo. Se repite, más sencillamente, durante el año.

En la noche del plenilunio todos los miembros de la Tabla se reúnen como si fueran uno solo. De noche se efectúa el banquete porque la noche es la madre de los misterios, de las intimidades y de las bodas. Se hace en plenilunio, pues el plenilunio indica que, aún muerto el pasado, se toca con el presente para perpetuarse en el porvenir. Las almas que una vez se han unido en un mismo ideal, aún muertas, volverán a encontrarse y a ser reunidas.

El banquete se efectúa en una habitación cuadrada, en donde la mesa tendida tiene forma de herradura. En el centro se sienta el Gran Maestre y a su derecha los demás Caballeros, por orden.

La mesa debe estar tendida con las siguientes disposiciones: se traza sobre ella, con un cordón blanco, una línea recta, sobre la cual estarán colocados los platos. Otra línea, con un cordón anaranjado,

sobre la que se colocarán los vasos; otra con un cordón negro, paralela, sobre la que se colocan las botellas y otra, también paralela, con otro cordón blanco, sobre la cual serán colocadas las fuentes.

Los platos de la antigüedad eran de plata, acaso para explicar que hay metales, como la plata y el oro, que alejan el magnetismo animal; el plato tenia que ser personal de cada uno.

Antiguamente el vaso era de madera especial y estaba hecho de una fibra vegetal sutilísima; de allí derivaron todas las maravillosas leyendas relacionadas con el cáliz del Señor y el Santo Grial.

Ya se ha explicado que el vino es imagen de la naturaleza inferior; el Iniciado que bebe el zumo de la uva y sabe transmutar, cambia los valores inferiores en superiores.

Terminada la comida, se brindaba solemnemente, como si la parte alegre y festiva de cada alma quisiera unirse en una sola expresión de belleza, para perdurar como entidad guiadora.

Después del brindis el Gran Maestre rompía la copa de la cual había bebido.

La mesa es siempre signo de pacto y alianza. El altar de todas las religiones es la mesa de los Dioses. Dios hace pacto con Jacob y como recuerdo de ese pacto, levantan un altar o mesa mística.

Cristo instituye el sacramento de la Eucaristía en el banquete pascual; los cristianos primitivos solían hacer un ágape fraternal.

La mesa es en la familia la que reúne, a su alrededor, todos los miembros de la casa a la hora de las comidas. Es la hora de la intimidad; es la hora en que el padre se reúne con todos sus hijos; en que la madre contempla con satisfacción a toda la familia reunida. Es la hora de la perpetuación de la alianza familiar.

En el plenilunio, cuando se efectúa el banquete, también el sol -imagen del sol espiritual-, está en su nadir; es cuando él también ha descendido de sus alturas y bajado a los infiernos, a buscar su amada extraviada, como Orfeo baja a los infiernos a buscar a su esposa Eurídice y hacer con ella nueva alianza, nuevo pacto, nueva boda.

Es deseable que los miembros de la Orden acompañen a todas estas ceremonias con espíritu de fervor y de comprensión, pues de lo contrario las mismas serían vanas. Que cada uno procure hacer alianza con sus compañeros, unión de almas, unión de sentimientos y de ideales, para que esta unión sea el alma futura de la victoria del Ideal Espiritual.

En el equinoccio de Otoño se festejaba la obra cumplida ya que la tierra ha dado su fruto. Llamada la fiesta del Rey, porque los Caballeros festejaban a su Jefe y al Caballero Iniciado.

En el solsticio hiemal, los Caballeros efectuaban la festividad de la Renunciación; los más aventajados abandonaban la comunidad y subían al Monte, al castillo de los Perfectos. Quizás por ser en esta cuarta parte del año en la que se desarrolla la última ceremonia visible en el plano físico, ella es la más rítmica y poética de todas.

Siempre, en todos los sectores de la vida, en todas las agrupaciones, hay quien descuella, quien llega a un estado de interior liberación. Estas almas aleccionadas, aún manteniendo el cuerpo físico, comprenden que ya nada tienen que hacer entre los hombres y un deseo irresistible de soledad y de alejamiento les impulsa a buscar una vida recoleta y dedicada a la contemplación.

Es conocida la creencia que existe en la India acerca de estos seres extraordinarios, que viven en parajes solitarios, escondidos en altas montañas.

La Sociedad Teosófica fundó toda su Obra sobre los mensajes de estos Maestros de los Himalayas.

En las antiguas Órdenes estaba simbolizada esta mística ida sin regreso con una espléndida ceremonia. Cuando el Caballero, por su elevado estado de perfección, se sentía impulsado a abandonar todas las cosas exteriores, el Gran Maestre reunía a todos los Caballeros y, juntos, cantaban el Himno de la Liberación. Inmediatamente penetraban en la sala dos Damas con el rostro velado, símbolo de los nuevos mundos ocultos que el elegido iba a conquistar, llevando un paño azul en las manos. Despojaban al Caballero de su manto blanco al cual forraban de azul; después, él mismo, cortaba con su espada la punta derecha del manto, la dividía en siete partes, que dejaba a los siete Caballeros restantes como recuerdo suyo.

Esto es imagen del Caballero Eterno, del Caballero Perdurable; si muere o no, nadie lo sabe. Es el hombre que ha llegado a dominar sus principios inferiores y superiores disponiendo de ellos a voluntad.

¿Pero dónde viven estos seres selectos? ¿En qué parte del mundo?

Estos lugares secretos donde las Órdenes Iniciáticas tenían, o tienen, su asiento oficial, no están destinados al azar, sino que corresponden a los siete plexos de fuerza del planeta. Hay en la tierra siete sitios, no marítimos, en los cuales el magnetismo natural es mucho más intenso que en los otros lugares. Desde luego es siempre en parajes montañosos; son innumerables las montañas reputadas sagradas.

Un lugar magnético primario de la tierra está en el Tibet y, en especial, en la región de Shamballa, donde tienen su principal asiento los Lamas Amarillos; el lugar europeo más magnético es en la montaña de Monserrat, en Cataluña, donde -todavía hoy-, tienen

sus reuniones astrales los Hermanos Rosacruces. En América existen varios de estos lugares magnéticos y se puede encontrar uno en las desoladas montañas de la provincia de San Luis y otro sobre el Lago Hueche Lauquen. Lohengrin describe uno de estos lugares llamándolo Monsalvat y, para hacerlo más inaccesible, lo describe rodeado de aguas y lo llama “desconocido paraje”.

Pero, ¿existían realmente en la antigüedad estos castillos iniciáticos? Existían realmente; y todos los castillos medioevales fueron copiados de ellos, de estos castillos fundados por Caballeros Iniciados.

Se puede encontrar tipo de ellos, o ruinas, en Cataluña y al Sur de Galicia, en Flandes, Normandía y Escocia; y maravillosos ejemplos de ellos tiene el norte de Alemania, pero de construcción posterior.

Desde luego las Antiguas Órdenes habían de tener sus lugares apartados y sus castillos en donde se encerraban los Caballeros Iniciados.

No se hablará de la montaña de Kaor, porque allí únicamente las ruinas del Templo primitivo pueden subsistir, pero sí se puede describir como debieron ser estos retiros. A una altura superior a mil metros, en una región desconocida y poco habitada, se construía un edificio completamente rodeado de murallas y agua; ningún miembro de la Orden conocía este lugar, fuera de los que lo habitaban y los Grandes Maestres. Ninguna mujer, ni ningún extraño a la Orden podían pisar ese recinto. En el foso que rodeaba el castillo, eran alimentados cisnes blancos y negros, símbolo de la Eternidad, manifestada e inmanifestada. Estos Caballeros solitarios, esos puros guardianes de la Sabiduría Eterna, vivían allí con una pureza y una serenidad tales que únicamente en horas de éxtasis interior y de perfecta oración se puede tener una vislumbre de lo que ello significa.

Si esos lugares han desaparecido les queda aún a los Caballeros un lugar inaccesible y solitario para esconderse y vivir su vida íntima; el inexpugnable castillo del Santuario Interior.

Las cuatro estaciones del año simbolizan también las cuatro grandes épocas que cruzó la raza aria desde su nacimiento.

La primera parte de la raza data desde el nacimiento de la raza semita-atlante, hace 850.000 años, hasta el establecimiento definitivo de la raza aria, hace 118.769 años (año 1941).

La segunda etapa corresponde al tiempo transcurrido desde el establecimiento de la raza aria hasta la guerra de los 1.500 años, hace 25.868 años (año 1941).

La tercera etapa data desde la guerra de los 1.500 años hasta la sumersión de Poseydonis, última reliquia atlante, ocurrida hace 11.000 años.

La cuarta época data desde el hundimiento de esta isla hasta los días actuales.

Las cuatro etapas del año recuerdan, asimismo, las cuatro que cruzaron las Escuelas Esotéricas.

La primera etapa fue aquella espléndida y áurea de los Maestros Iniciados. Data desde el tiempo del Templo de Kaor, hace 25.868 años, hasta el hundimiento de Poseydonis, hace 11.000 años.

La segunda representa la del poderío y del dominio reinante, época de plata, que duró desde el tiempo del hundimiento de Poseydonis hasta el reinado de Amenophis IV, hace 3.311 años (1941).

La tercera fue la era sacerdotal esotérica. En esta etapa las Escuelas Esotéricas habían completado ya su caudal de conocimientos. Duró

desde Amenophis IV hasta la fundación de la Orden Teutónica por Hernán de Salza, en al año 1.197.

La cuarta corresponde a la era cristiana y caballeresca, de la acción y del sacrificio y data de la fundación de la Orden Teutónica hasta los días actuales.

También simboliza el año la vida del hombre, que tiene cuatro períodos principales: niñez, adolescencia, virilidad y senectud.

El Año Místico, también, ha de estimular a dar a los años, a los meses, a los días y a las horas su verdadero significado. El hombre estulto los deja correr y, sin darse cuenta, se encuentra con la cabeza blanca y las manos vacías.

Pero el sabio mide su tiempo. Sabe que cada hora transcurrida es una probabilidad menos que tiene para su adelanto espiritual. Así como pasa el año, pasan también en su vida las posibilidades, las buenas ocasiones, la energía y la claridad mental de la juventud, así como todos los dones que están a su alcance para lograr la perfección.

Así los ceremoniales Iniciáticos de los Caballeros, dentro del Año Místico, guardan un ritmo, una medida y una estabilidad excelsas, dentro del tiempo, ese material del que está hecha la vida, como inscribían los antiguos en las luminosas esferas de sus relojes.

Enseñanza 8: El Caballero de la Eternidad

La Orden física es una imagen de la Orden Astral.

Hay almas que renuncian en el Mundo Astral a la paz y a la dicha de los planos superiores para seguir trabajando en bien de la

Humanidad y, en particular, en el de sus hermanos de la Orden, aquellos que luchan por un mismo fin, un mismo ideal: la reforma de sí mismos y la santificación de las almas.

Estos caballeros invisibles pueden ser almas que desde hace mucho tiempo no encarnan en la tierra, y también pueden ser Caballeros desencarnados que se incorporan a este núcleo selecto.

Existe una hermosa leyenda que asegura que la misión del primer Caballero que muere, es la de permanecer en el Umbral de la Eternidad, esperando a los compañeros para indicarles el camino.

Este Caballero expectante mora de continuo entre el astral y el umbral del frío y de la obscuridad, mirando con sus ojos videntes la hora en que se acerca el viandante. Cuando ve que la muerte rodea con sus espesos velos a su hermano agonizante, congrega a todos sus compañeros, hace que se materialicen etéreamente en el lugar donde está el moribundo para que éste cruce el umbral llevado de su mano y auxiliado por la santa compañía.

El consuelo que recibe el alma al ver a un ser amigo le distrae la atención y pasa con más facilidad de un plano a otro, sin experimentar demasiado la angustia dolorosa del cambio dimensional.

Pero hay aún más. Existen lugares en el mundo donde los Caballeros de las Tablas astrales se citan en mística reunión con los Caballeros mortales que saben trasladarse en cuerpo astral. Son puntos del planeta que, por su extraordinario magnetismo o por el magnetismo acumulado durante siglos por Templos allí existentes, los hacen aptos para la solemne realización.

Más allá del desierto de Gobi, sobre las más altas montañas de Pamir hay uno de esos lugares. Alguno cree que allí se levantó el antiguo

monte de Kaor; y allí los Caballeros astrales, en místicas asambleas, embalsaman aún esos aires con sus cánticos sagrados y concentraciones sublimes.

En el Tibet, en una alta meseta, sobre un macizo cuadrado y negro, también se efectúan estas astrales asambleas. En Europa se realizan sobre la montaña de Monserrat y en las altas montañas de Escocia; y en África, en el Cabo de Buena Esperanza.

En América son también varios estos puntos. El principal se halla en el Cañón del Colorado, en los estados del Norte y otro, sobre una alta montaña, volcán ya apagado, el Lanin, que en las tierras del sur se espeja en las aguas tranquilas del Hueche-Lauquen.

Antiguamente hubo un gran centro magnético en las montañas de San Luis y aún se cuenta que allí existía un Templo sagrado, pero ese centro ha sido desplazado casi completamente hacia el Sur.

En estos lugares terrestres parece que la atmósfera se hace tan sutil, que es más etérea que física. Ya no existe allí la puna que mata al cuerpo, sino la puna que destruye a las almas que no son fuertes ni bastante valientes para afrontar las pruebas antes de llegar hasta el lugar de reunión.

Pero el gran punto de concentración es siempre el Oriente. Cuando los Caballeros de la tierra y del cielo viajan hacia el Templo sagrado, que únicamente existe en el cuarto subplano del mundo astral, enfocan y se orientan hacia Pamir, hacia la antigua Kaor y, desde allí, hacia la Eternidad.

En esos viajes las últimas visiones terrestres que perciben son de altas mesetas, de cimas inaccesibles, de niveles vírgenes, desconocidas para todo mortal; y cuando el alma, apoyando sus pies

sobre la mística escalera de soga, mira el lugar que va dejando, es la luz amarilla del Oriente, de la India, del Tibet, el último aura que ve.

Las vibraciones cambian los mantras de los Caballeros en corrientes de vida, en lenguaje eterno, que corre de un lado a otro del nuevo mundo. Aún acá son los Caballeros expectantes los divinos sacrificados, aquéllos que les tienden los brazos, para cruzar la llama de Hes, a los Caballeros astrales que vienen de la tierra y del cuerpo físico.

Siempre ellos, los Caballeros del Umbral, vigías de la Eternidad, resplandecientes en su aura plateada de sacrificio, son los que llevan sus copas brillantes, colmadas del néctar de las almas, que sólo pueden llevar los que todo lo han dado por amor.

Enseñanza 9: Las Pruebas Iniciáticas

En los antiguos misterios de Eleusis se efectuaban ritos que correspondían a esta iniciación astral. También los sacerdotes egipcios simbolizaban estas realizaciones haciendo pasar al aspirante por las cuatro pruebas. Los Cristianos copiaron de los antiguos y repiten esas ceremonias en las vesticiones y profesiones religiosas.

Las Órdenes Esotéricas creyeron inútil repetir visiblemente esas Ceremonias que eran completamente superfluas, pues únicamente el Ser que está preparado para ellas puede participar, pero siempre en los mundos astrales. Además muchas veces se reflejan estos ritos en la vida ordinaria del discípulo, accidentalmente.

El primer Ceremonial Dorado se refiere a las cuatro pruebas que ha de superar el candidato para llegar a las puertas del Templo, en donde será consagrado Caballero de la Eternidad.

Las cuatro pruebas están simbolizadas por los cuatro Caballeros que custodian la entrada a los planos superiores. Son similares a los jinetes del Apocalipsis, al espectro del umbral de Zanoni, a las terribles fieras que custodian la entrada a la Edda Escandinava; en una palabra, son aquellos principios elementales que mantienen, impulsan, gobiernan y destruyen la vida física: la pasión, la incertidumbre, el miedo y la separatividad.

La pasión, en los seres buscadores del Sendero, parece adormecerse; como animalitos domésticos los instintos se ahuyentaron a los rayos de los primeros conocimientos, de las primeras vislumbres, de las victorias iniciales. El aspirante casi se ha olvidado de ellos. Pasan, a veces, años sin que den señales de vida; pero un día, de repente, saltan afuera y esta vez transformados en fieras terribles. Este retorno de las pasiones del ser, ley inevitable de consecuencias que la carne debe al depósito material que la formó, está simbolizado por la tierra llamándosele prueba de la Tierra.

Si ya está avezado a los planos astrales, el buscador habrá de pasar por el gran pantano. ¡Qué terrible es el pantano astral! El incierto pie se hunde a cada paso; monstruos horribles pululan allí, como si esperaran, ansiosos, devorar al viandante; pero si los Maestros dejan que él llegue hasta él es porque saben que sabrá cruzar incólume. El asco a la materialidad, en su forma astral, sin velos, mata las pasiones una a una. Cuando llega a la orilla opuesta jamás el instinto volverá a dominarle.

La segunda prueba es la del aire. Para llegar al templo ha de trepar las invisibles escaleras que a él conducen. El cuerpo astral del

candidato ha de habituarse aquí a la cuarta dimensión. De repente, pavorosamente, su cuerpo toma dimensiones inmensas y de pronto se empequeñece hasta parecerle desaparecer.

Además las místicas escaleras se le presentan en forma de sogas colgantes y sin puntos de apoyo. La incertidumbre es espantosa; le parece, continuamente, que desde allí se precipitará en el abismo y queda suspendido hasta que comprende que allí no hay vacío. A medida que sube se desencadena el huracán. El huracán es imagen del paso de un estado astral a otro, superior.

La tercera prueba es la del agua; la del temor. Antes de llegar al Monte Sagrado hay que cruzar el lago que lo rodea; allí, nadar de nada vale (el valor es el ejercicio de nadar). Cuando la imponencia del monte embarga el alma el temor vence y el cuerpo astral siente que se hunde en un agua que no ahoga sino que hiela y paraliza todas las percepciones. Maestros y Protectores invisibles acompañan siempre a los candidatos en estas pruebas, de lo contrario difícilmente podrían los muy adelantados pasarlas. El temor es el enemigo mortal del hombre y hasta que no esté plenamente vencido no se puede pensar en llegar muy lejos.

La cuarta prueba de esta primera parte del Ceremonial Dorado es la del fuego. Piénsese un instante en uno que soñó toda su vida lograr un ideal y llega a la víspera de alcanzarlo y sólo entonces comprende que únicamente con la muerte lo logrará definitivamente.

El Templo esta rodeado de inextinguibles llamas. Por allí no pasarán incólumes los Caballeros; sólo “El Caballero”. Inútilmente buscó para él la realización. La realización está más allá de la personalidad. Todo concepto de separatividad ha de ser borrado si se quiere pasar por ese fuego que todo lo destruye; todo lo consume menos el Espíritu, la Unidad.

La segunda parte del Ceremonial Dorado representa las tres tentaciones mentales indispensables para el reconocimiento de la Madre Divina y la identificación con Ella.

No son éstas para seres vulgares sino únicamente para las grandes almas.

Jesús, antes de iniciar su misión Divina sobre la tierra, ha de pasar por estas pruebas y vencerlas; pues el adepto domina la pasión de la carne, la sed del dominio y el afán de riquezas.

Tras luchas incalculables el ser ha cruzado el círculo de fuego; su imagen ya es la imagen de todos los seres y la túnica inconsútil que viste es el reflejo de todos los poderes manifiestos.

Ha llegado la hora de las místicas bodas. La Madre Divina levantará el velo para mostrar su Rostro al amigo deseado.

Tres imágenes femeninas, de belleza deslumbrante, son presentadas al iniciado, vestidas de rojo, de azul y de amarillo. La de la Madre Divina, blanca y velada, se halla a su presencia, surgiendo y resaltando sobre el horizonte de fuego.

“¿Qué has venido a buscar, Peregrino, a través de tantos peligros y de tantas pruebas?"

“¡A quién, sino a Ti, oh Madre Eterna!"

“Pero... ¿Quién soy Yo?", dice la Madre.

“¡Eres el resumen de la vida, de la belleza, del encanto, del triunfo de la eternidad!".

Pero las tres mujeres le tientan, por última vez, clavando en su alma, de nuevo, la duda.

Le dicen: “No sabes quién se esconde bajo esos blancos velos. ¿Por qué no le pides que se descubra a tu presencia y se muestre tal cual es? Míranos a nosotras tal como somos: la realización, el encanto, la vida, la variabilidad”.

“No me pidas pruebas tan grandes...” dice la mujer velada.

Pero la duda ha entrado en el corazón del Caballero; insiste en pedirle que se desvista.

Dice él: “Aunque tengas las formas más horribles, si eres el sueño perseguido de mis múltiples vidas, te reconoceré".

“Así sea”, dice la Madre.

Esta es la prueba de la elección.

Caen los blancos velos, cae el sudario. Y, a los espantados ojos del Caballero se presenta la imagen más horrorosa que describirse pueda. Un cuerpo viejo, decrépito, que parece cargado de incontables años. Carnes secas, apergaminadas; una mirada que nada tiene de humana.

Las tres mujeres ríen diciendo: “¡He ahí a tu amada!”

La Madre, entonces dice: “Elige; ellas o yo”.

Si el Caballero sabe soportar la prueba de la elección cae a los pies de la Madre y la adora en su forma de destrucción. Basta esto para que desaparezca la pesadilla y la Madre Divina recobra su aspecto de eterna juventud y belleza.

En la Tabla Astral dirige esta Ceremonia una Alta Entidad quien viene organizando a las Órdenes Esotéricas desde hace muchas generaciones y que ya no toma cuerpo físico sobre la Tierra. Ella dirige periódicamente la Tabla Astral. En su última encarnación fue

mujer y conserva, en el astral, aspecto femenino, representando a la Madre Universal.

El Templo se ha llenado de tinieblas; tan densas y oscuras que resultan inimaginables.

Se ha levantado la negra piedra de la Madre.

En la obscuridad solamente se ve el cuerpo dormido de la Madre en su ataúd eterno. Suspiros, silenciosas sombras y desconocidos pasos llenan el templo. Y poco a poco se van dibujando las imágenes, las sombras de aquellos que fueron poderosos, de aquellos que dominaron la tierra y que vienen a rendir homenaje a la Reina de todas las formas y de todos los poderes.

“Yo puedo dar el cálculo exacto. Yo puedo dar la soberbia ilimitada, indispensable para el triunfo. Yo puedo enseñar los caminos más seguros para destruir y hacer al hombre dueño del mundo. Yo soy sombra, pero un día me han llamado rey de reyes, caudillo, dominador, tirano, usurpador”.

“Si quieres te enseñaremos todas nuestras artes secretas; te haremos dueño de todas las cosas del mundo”.

“¿Y en cambio qué tendré que dar?”, pregunta el aspirante. Uno, el que parece el Jefe de esos espectros errantes le contesta, como le dijo Satán a Jesús: “Todo esto te daré si postrado me adoraras”.

Qué él conteste como Cristo: “Vete Satanás que escrito está: al Señor tu Dios adorarás y a él sólo servirás”.

Adorarás entonces a la Madre Divina únicamente y serán disipadas las tinieblas. Ha pasado felizmente la prueba de sed de dominio.

Aún tendrá que pasar la última prueba mental: la sed de riqueza. No sólo de las riquezas materiales, sino también de las riquezas del saber.

Le mostrará la Madre todo el oro escondido en las entrañas de la tierra, todo el oro de la inteligencia y del saber y le dirá: “Tómalo; es tuyo”.

El deberá contestar: “A Ti sólo aspiro y deseo”.

Se acercan entonces a él, Los Caballeros Astrales, para vestirlo con la armadura que tiene esculpidas en letras de oro sobre el pecho, las palabras: “Has vencido”.

La Sagrada Asamblea de los Caballeros Astrales se ha reunido, en mística rueda, sobre la desolada montaña de Kaor, para realizar la tercera y última parte del Ceremonial Dorado, en provecho del nuevo elegido.

Helo allí al resplandeciente Caballero, avanzando con su escolta.

La coraza ya no defiende su cuerpo físico sino una armadura de maravillosas y magnéticas vibraciones que circundan su cuerpo astral con deslumbrante resplandor. Todos los atributos materiales y símbolos iniciáticos se han transformado aquí, para Él, en fuerzas nuevas de poder y de magnificencia.

Su nombre ya no está escrito en el collar; ahora se encuentra estampado sobre la materia astral, para toda la Eternidad.

El antiguo Caballo es aquí la planta de sus pies, que puede dominar el Universo.

La espada reluciente es Foa puesto a su disposición.

Obsérvese el anillo que brilla en su dedo: es una fuente de fuerzas astrales que desciende del cielo a la tierra.

El sello del poder es aquella maravillosa corriente serpentina que sube y baja dentro de su cuerpo astral con reflejo de todos los colores.

Si se pudiera repetir con voces humanas los Cantos de los expectantes Caballeros, se traducirían así: “Bienaventurado tú, que llegaste al Ultimo Día y has sido elegido para Esposo Eterno de la Madre Divina. Fuiste desposado con Ella. Disponte, pues, a la prueba del Espíritu”.

Sobre la tierra, que descansa a los pies de la invisible reunión, pasa un estremecimiento de admiración. Y en la hora crepuscular el sol poniente despide y reverencia a los Caballeros Astrales, cubriendo el cielo de un rojo sangre.

Es la última hora: la hora del espíritu. La hora de comprenderlo todo para lanzarse luego a la obscuridad sin límites, para juntarse con Aquél que no se puede nombrar.

Los elementales del aire huyen espantados surcando el horizonte rojo de rayos y relámpagos.

Desde el antiguo y muerto cráter se levanta la Imagen Eterna de la Mujer Velada.

Dentro de pocos instantes Él y Ella estarán unidos perdurablemente. Unidos: ¿dónde? ¿cómo?

El Caballero Iniciado, avanza hacia Ella; los Santos Acompañantes quedan atrás. La voz (si así pudiera llamarse), habla: “No sabes tú desde cuanto tiempo he esperado este instante; no sabes tú, criatura de un día, que yo, desde el principio del universo te estoy esperando. Aún no estaban hechos los mundos ni había empezado a dibujarse el plan del cosmos, cuando yo estaba y tú también estabas. Más yo era la luz y tú eras la tiniebla. Desde entonces te he amado sobre todas

las cosas y por amarte te perdí; por amarte te dí muerte. ¿No viste nunca la estatua de Kali, danzando sobre el cuerpo muerto de su esposo, con el cuchillo sangrante en la mano? Ello no es solamente símbolo; es verdad. Yo te dí muerte. Aún está viva en mi memoria la realidad de la leyenda del Génesis, cuando por amor vine a ti con la tentación y con ella te maté. Como yo era la Divinidad, no podía unirme a la Humanidad sin destruirla. Por ti hice el Universo y las cadenas planetarias y los millones de mundos que coronan tu cabeza. Y, a través de esos mundos y de esos cielos, te he ido buscando. En tanto, tú vagabas en pos de la ilusión, en la cual tú me buscabas. Por tu amor he destruido a los mundos que hice y he puesto guerra y sangre sobre la tierra; para reconquistarte me he cargado de todos los crímenes y de todos los males y he destruido, con un movimiento de mi mano, todo lo que impedía nuestra unión. ¡Cuantas veces, llorosa, te llamé y tú no me reconociste! ¡Cuantas veces tomé formas y aspectos diversos para darte un recuerdo de mí y tú me rechazaste! Por ti dejé la Divinidad y bajé hasta lo profundo del dolor y de la miseria humana, porque creía que haciéndome semejante a tí te volvería a conquistar. Te enseñé leyes y doctrinas y quise morir como un Dios por tu amor. ¡Pero aún así no me reconocías! ¡Para volvernos a reunir fue necesario que la Divinidad se hiciera humana, pero era también indispensable que la Humanidad se hiciera Divina, oh, mi Redentor!"

La intuición del Caballero Iniciado se cubre de un denso velo: no comprende. Habla:

“¿Cómo es que fue necesario tanto padecer y tanto mal para llegar a lo que éramos? ¿Por qué ese bajar y subir, ese descenso de la Divinidad a la Humanidad, para tornar a lo mismo? ¿Por qué el crimen, el horror y la miseria?"

“Es que, en realidad, Caballero, jamás tú has dejado de ser lo que eras ni jamás has sido lo que crees. Como un juego infantil, el Ser Divino, Luz Eterna, quiere espejarse en las tinieblas. No hay descenso ni ascenso. Sólo existe la ilusión que produce la luz al reflejarse en las tinieblas. Los mundos no son más que sombras de Dios. Ni el bien ni el mal existen; ni el crimen ni el dolor. Aquellos que mueren, vuelven a nacer y el mal de hoy es el bien de mañana. Cuando se destruye y cae una civilización, es porque una nueva, mejor, se está gestando. Cuando el arma criminal abre el pecho de un hombre es porque un nuevo cuerpo, más hermoso, está pronto para él. Aún más: al espíritu nadie lo puede tocar ni nada lo puede dañar; sufre y pena, cambia y se transforma mientras así lo cree. Pero, inmediatamente que se reconoce a sí mismo, en cualquier punto o etapa del camino que se encuentre y puede afirmar: “Yo soy Aquello”, desaparece la ilusión y es reintegrado a su prístina Divinidad y Esencia”.

“Pues yo, entonces, quiero destruir de una vez para siempre la ilusión; quiero ser tal cual soy”.

Brilla en el cielo, que ya se ha cubierto con el manto de la noche, el eterno símbolo del Círculo y la Cruz: la Sagrada Ank.

Los labios de la esposa inmortal se han unido con los del Caballero inmortalizado.

El eco de los Cantos Caballerescos repercute en el Universo.

“Desde el principio te conocía; desde el principio te amé. Los dos éramos Uno”.

Cuando los ojos se fijan sobre la cumbre para descubrir las siluetas de los dos Amantes Perfectos, ven que han desaparecido.

Sólo la llama se levanta, brillante, sobre la cumbre del Monte.

Enseñanza 10: Las Órdenes Militares Cristianas

Si ahora se consideran las enseñanzas de Amón, no en su refugio sino entre los hombres que luchan y sufren, se observará, durante el siglo I antes de J.C., que había infinidad de Escuelas, ninguna de ellas puramente devota ya al concepto del “No Ser” o al de “Ser”.

En ellas predominaba una de estas tendencias. Para designarlas, en general, se tendría: por una parte la doctrina de Amón, politeísta, Platonista, idealista; por la otra la de Atón, monoteísta, Aristotélica, materialista.

Eran estas Escuelas fundadas por “Renigar”, renegados, lo que no debe tomarse en sentido peyorativo, pues se trataba de seres, muchos de ellos Iniciados, que se habían separado de escuelas más antiguas, puras, que juntando sus ideas propias, las de su antigua escuela y las de otras, fundaban una nueva. De éstas solían separarse otros “Renigar” que, a su vez, fundaban otras.

Se llama especialmente la atención sobre el hecho de que muy poco antes y después de la vida de Cristo hayan florecido tantas de dichas escuelas. Debe subrayarse el carácter ecléctico de las mismas. Ellas prepararon el terreno para la difusión de la extraordinaria labor de Jesús.

Los Iniciados Solares, antes de Jesús, vinieron al mundo en forma inaccesible al vulgo. Jesús, en cambio, vino a redimir a todos.

Otro tanto sucedía con las sociedades secretas: eran casi impenetrables.

Jesús mostró, en primer término, que era Hombre. E hizo el gran sacrificio de dar su Cuerpo.

Mostró, también, resucitando y subiendo al cielo, que el hombre podía elevarse hasta Dios. Que la esperanza debe alcanzar a todos. Que cada uno puede realizar a su Dios.

Mas el cristianismo no se hubiera difundido tanto, por lo esotérico de su doctrina, de no haber tenido un muy eficaz divulgador: Pablo de Asher.

Pablo dio a los pueblos las nociones que se hubiera creído les fueran inaccesibles. Arrojó margaritas a los cerdos; sembró a manos llenas. No ignoraba que la divulgación de estos secretos la tuviera que pagar con su propia sangre. No se inmutó por ello: sabía que el karma de él no entraría en acción antes de que dijera todo lo que tenía que decir.

Pablo toma a Cristo como ejemplo, como hombre que sirve para su propósito. Pero siempre se refiere a Él como el Redentor. No menciona al Hombre.

Deja entrever, también, que tras la unión del Hombre con su Salvador existe una posibilidad mayor aún: algo así como un Nirvana Búdico.

Su obra fue triple:

1) Abrió un canal entre la Divinidad y la Humanidad, toda la Humanidad. Esto está simbolizado en la herida al costado de Cristo, de la que siempre mana sangre. Consecuencia de ello ha sido el hecho que desde entonces las sociedades esotéricas no han sido nunca tan herméticas como antes; siempre hay algún escape para ingresar a ellas, como en el hecho de que dejan traslucir algunos de

sus secretos. Es que la sangre de Cristo se ha derramado sobre el mundo entero.

2) Estableció que es por el acto del Redentor que se salva el hombre. Éste ya no necesita esperar la Gracia. Ya sabe que la Divinidad se ha hecho carne para él también.

3) Es un verdadero precursor de lo que todavía es una esperanza: la unión del politeísmo con el monoteísmo; o sea la pureza de la concepción politeísta con la accesibilidad de todos los hombres al concepto del monoteísmo. En síntesis: la Redención de todos los hombres.

El politeísmo guardián del esoterismo.

Al iniciarse el cristianismo y al afirmarse como religión monoteísta absorbe al esoterismo que, recién en la dinastía de los Ptolomeos había sido introducido ampliamente en el monoteísmo.

En el primer siglo cristiano el esoterismo puro había sido introducido en la iglesia gnóstica que negaba la autoridad suprema del antiguo Testamento. Luego, destruida la iglesia gnóstica, el esoterismo fue tomado por la Iglesia Ortodoxa.

Se ha visto, entonces, que el Cristianismo había recibido un caudal espiritual inmenso.

Tras el sacrificio redentor del Cristo, hecho comprensible al pueblo por Pablo y la labor doctrinaria de los Doctores, en especial San Agustín, llegó a ser poderosísima su influencia. Su expresión, la Iglesia, adquirió enorme ascendencia económica y política. Pero, espiritualmente, decayó desde el siglo VI al X.

Le era necesaria una renovación y, luego de la favorable y directa de las Cruzadas, hubo otra, más disimulada y profunda (consecuencia de las Cruzadas): la traslación a Europa de las sociedades esotéricas.

Siete grandes seres llevaron los conocimientos conservados en Oriente. Europa necesitaba conocimientos y estos seres le llevaron, para ello, una institución allí desconocida entonces: la Universidad.

En aquellos tiempos cada Universidad se dedicaba a una sola rama del saber: Bolonia al derecho, Salerno a la medicina, etc.

Las que llevaron consigo muchos secretos y por ende mucho saber, fueron las Ordenes Militares, especialmente la Orden Teutónica.

En ese momento se encontraron, pues, dos grandes fuerzas espirituales en Europa: la Iglesia y las recién llegadas sociedades secretas. Aquélla, algo decaída espiritualmente; éstas, fuertes de un milenio poco activo.

La concepción monoteísta de la Iglesia había variado algo: el Dios personal, Aquél que podía realizar el hombre, no era ya Cristo sino la Iglesia, o el “Dogma”. El contacto con las sociedades esotéricas vivificaría su contenido espiritual.

Esta unidad de acción culminó cuando un gran místico y ocultista, Gilberto -monje-, fue elevado al Trono Pontificio con el nombre de Silvestre II (murió en 1003).

Quedaban unidos ambos soles: Amón y Atón.

El colegio cardenalicio fue, así, un verdadero colegio de sabios.

Había que instruir a los eclesiásticos. Los regulares no tenían contacto alguno con el pueblo: hacían vida piadosa para sí mismos. El clero apenas conocía los indispensables latines para decir misa.

Las Ordenes Caballerescas no podían tomar a su cargo la tarea por ser seglares sus miembros. Fue entonces que un cardenal, más tarde el Papa Gregorio IX organizó una Orden religiosa cuyas reglas fueron tomadas en parte de las órdenes militares.

Como en éstas, había tres grados que corresponden a las tres formas que tiene la Iglesia para cumplir su obra: la Mística, el Apostolado y la Enseñanza. Los conventos habrían de tener escuelas.

El ser elegido fue Francisco de Asís por ser su carácter más adaptable a estos planes. Tenía fama de santidad. Algo arteramente pudo hacer Gregorio IX, sancionar constituciones redactadas por él. Francisco no quedó conforme pero, sin duda, el propósito del Papa era bueno. Conocido es el éxito de esta Orden y otras fundadas posteriormente.

Parecía invencible esta unión de la Iglesia con las sociedades esotéricas. Pero ya había, latente, aparecido una división: el papado y el imperio. Algunas de las sociedades esotéricas se pusieron del lado de uno, las demás, del otro. En realidad no eran tendencias puras, pero las que sostenían al papado eran más bien idealistas, partidarias del No Ser como expresión suprema. Durante la Edad Media esta tenencia era la de los Nominalistas: “Todo es una sola Voz”. Contra estos se levantaron los “realistas”.

La importancia que alcanzaron las sociedades esotéricas se pone muy especialmente en relieve ante el hecho de que negociaron un arreglo entre el Papa Bonifacio VIII, el emperador Federico II, y el Gran Maestre de la Orden Teutónica Hermann von Salza. Más tarde en 1544, Alberto Margrave de Brandeburgo, último Gran Maestre de esta Orden y primer duque de Prusia, fomentó especialmente la educación de todas las ciudades del estado prusiano y fue el fundador de escuelas donde se enseñaba el latín, así como del Gimnasio de Koenigsberg y la Universidad del mismo lugar. Hizo

imprimir en su corte libros alemanes (catecismos, etc.), y a los siervos que querían dedicarse al estudio les dio la libertad. También guardó el tesoro de las Enseñanzas Esotéricas heredadas de sus hermanos de religión y las circunscribió a unos cuantos sabios. Entre las filas Luteranas nacieron así las Asociaciones Esotéricas que eran mantenidas muy herméticas y de las cuales se conserva un magnífico documento en las “Bodas Químicas” de Valentín Andreade, supuesto fundador de la Rosa Cruz.

Enseñanza 11: La Corte de Catalina de Médicis

Suprimidas las Ordenes Militares, semi esclavizadas otras, destruida por la Inquisición toda investigación psíquica, las Ordenes Esotéricas languidecieron y encarnaron en los alquimistas del renacimiento refugiados en los diversas cortes de Europa, sobretodo la de Francia.

Fue Catalina de Médicis quien los reunió a su alrededor, e hizo posible la conservación de la sabiduría esotérica.

De ambición inconmensurable, Catalina de Médicis tenía el fin de reestablecer la grandeza de la casa real y para ello empleará todos los sistemas, sean o no buenos. Autoritaria y fatalista, no podía ser guiada ni por el catolicismo ni por el protestantismo. Sólo delante de un astrolabio, ante los espejos mágicos y los círculos geóticos, ella inclinará su soberbia preeminencia. Siempre enigmática y misteriosa, buena, mala o cruel (muchas veces guiada por las ciencias ocultas), alternativa o simultáneamente, esposa, madre y dictadora. Sin ninguna de las debilidades físicas o morales características de su sexo, poseerá las más altas cualidades de un administrador de Estado.

Acorralada entre el republicanismo hugonote y la tradición católica, sabrá guardar el trono de los Valois por medio de combinaciones cuyo arte provoca aún hoy envidia a los más hábiles políticos. Será la autoridad fuerte, inflexible y clarividente, rápida en sus decisiones, no temiendo emboscadas, injurias ni terribles medios de acción empleados en su contra. Llegará a exclamar: “cuanto más muertes, menos enemigos”, resumiendo esta frase de una carta dirigida a Gordes, todo su carácter de mujer que colocaba su dignidad de Reina-Madre sobre todos los sentimientos.

De moderada coquetería, fuera de su marido e hijos, no se le conocen otros amores. Y aún a éstos sólo les acuerda arranques de ternura mientras tienen una edad en la que no pueden aprovecharse de ellos para relajar su autoridad, suprimiéndolos tan pronto llegan a ser capaces de gobernar. Sin embargo, desfallecerá ante su hijo Enrique III, que paga su cariño profundo con ingratitud. Por lo tanto ella tiene un solo ideal: la corona de Francia, su dignidad y orgullo, tanto como su deber. El cetro reúne, pues, todas sus alegrías a pesar de los combates diarios y perpetuas duplicidades que hay que crear o destruir a su alrededor. Formada al contacto de la turba revolucionaria, Catalina es natural partícipe de los Médicis ardientes y luchadores políticos, que vive en lucha desde la infancia, desarrollada en medio de los odios desencadenados por el despotismo de su padre.

Bárbaros han sido los hombres para con ella: a los nueve años, prisionera en un convento, Bautista Cei propone atarla desnuda sobre los muros de Florencia, entre dos almenas, expuesta a los cañonazos de los sitiadores y Bernardo Castiglione juzga insuficientemente infamante esta propuesta, insinuando dar término a la discusión librándola a los soldados extranjeros para que la deshonren violándola. Con estos antecedentes ¿puede Catalina

considerar que la bondad, la generosidad y la piedad humana constituyen la belleza de la existencia?

Casada, no fue feliz. Enrique II no la consideró sino como un ser útil para la perpetuación de su raza. Su vibración amorosa, su admiración y sumisión amante, la dio enteramente a Diana de Poitiers. Catalina fue el accesorio obligado, impuesto por las exigencias y los intereses políticos de un trono.

A fin de conservar la buena voluntad de su marido, Catalina llegó a vivir un gran acuerdo con la amante de Enrique II. Su esterilidad -su obsesión-, le hizo ponerse al principio en manos de los médicos de la corte pero, la ignorancia de éstos, hizo que se echara en brazos de los grandes misterios, a los que se sentía atraída por atavismo de familia y raza. A la consulta de adivinos y tarots, se unían brebajes mágicos y pociones medicinales de toda clase.

Cuando todo parecía vano entra en escena el infatigable y sabio médico Juan Fernel, que sacrificó a la ciencia médica de su época y a las matemáticas, su fortuna, placeres y salud, con convicción y desinterés ejemplares. Tan grande era el número de enfermos que afluían a su casa que, a veces, debía comer de pie, escuchando a sus consultantes, ricos y pobres, con enorme paciencia.

El remedio que Fernel aconsejó a Catalina -parece ser la cohabitación durante determinado período-, hizo que naciera el primer hijo, diez años después de casados. Y llegaron a diez los hijos que tuvo.

Si durante los primeros años de su reinado había soportado pasivamente a Diana de Poitiers, su rival, sobrepasó sus celos tan pronto fue madre, encerrándose en sus deberes de esposa sumisa y madre devota, consagrándose únicamente al cuidado de sus hijos. Pero luego del desastre de San Quintín, reaparecerá en escena nuevamente y, cuando todos desesperan, ella sabrá reavivar la

energía abatida, arrancar al Parlamento una fuerte suma con su viveza y elocuencia y atraerse, en un solo día, toda la opinión pública.

Pero todo su poder está en la fe de que ella es una predestinada y que le son enviados maestros para que la guíen. Nostradamus influyó notablemente en ella.

La muerte de sus amigos, los duques de Guisa, asesinados por orden de Enrique III fue duro golpe para Catalina y que influyó sobre su salud, cayendo enferma para no levantarse más. Una neumonía de rápido curso causó su muerte, que se produjo, sin gran sufrimiento, rodeada de sus servidores, el 15 de enero de 1589.

Su ataúd de plomo debió esperar 20 años para ser trasladado a la real sepultura que bajo sus mismos ojos ella había mandado construir en la basílica de Saint Denis, pues a su muerte fue sepultada, con pocas pompas, en tierra, lo que no era de estilo para con las personalidades de la época.

Enrique III comprendió bien la enorme pérdida que significaba su muerte y para Catalina fue gran consuelo no ver el derrumbe de toda su obra política, acontecido pocos meses después de haber desaparecido, con la caída de los Valois.

De este ser cuya vida fue tan agitada, dominada por el deseo de gobernar, tan intrigante como diplomática, indulgente e implacable, supersticiosa y crédula, católica y hugonota, tímida y astuta, siempre impenetrable, escapan, sin embargo, cualidades incontestables de energía, fina inteligencia y clarividencia, que le permitieron no temer jamás a los peligros ni a los azares de los combates políticos y religiosos, aún cuando temió a los humanos tanto como al porvenir, llevándola hacia los oráculos de astrólogos y magos.

Pero su mérito más grande es haber permitido desenvolverse a su alrededor hombres como Nostradamus, Cornelio Agripa, Jerónimo Cardan, los Ruggieri, etc.

Enseñanza 12: Los Oráculos Astrológicos

Considérese aquí, en esta extraña corte de Catalina de Médicis en el siglo XVI, los más importantes oráculos astrológicos de su tiempo: De Luc Gauric y Nostradamus, estrechamente relacionados a la familia de los Médicis.

El que fuera maestro del erudito filólogo paduano Julio Scalíger, Luc Gauric, era ya un astrólogo y matemático distinguido, cuya ciencia era conocida universalmente. Nacido de una familia pobre el 12 de Marzo de 1476, en Gifoni, reino de Nápoles, debutó penosamente al tener que vivir del producto de sus lecciones a los hijos de grandes señores. Luego se dedicó al estudio de la astrología judicial o estudio de la influencia de los astros sobre el destino de los seres, ciencia a la que aportó un nuevo método de observaciones horoscópicas.

Justificadas plenamente varias predicciones suyas, su fama corrió prontamente y desde todas las cortes italianas los más altos personajes venían a consultarle. Entre éstos vino, para su desgracia, Juan II Bentivoglio, tirano de Bolonia. Ante la consulta de su destino como jefe de estado y la respuesta de Gauric de que moriría expulsado de Bolonia, el príncipe condenó a Gauric a dar cinco vueltas de estrapada, suplicio de cuyas consecuencias sufriría durante muchos años. Pero el mismo Bentivoglio, al abrir la puerta de la ciudad al papa Julio II en noviembre de 1506, dio una vez más razón al arte adivinatorio de Luc Gauric, que conquistó mayor

popularidad aún. Es entonces que el papa Pablo III se hace el horóscopo con él y Luc Gauric, con una precisión sorprendente, predice la enfermedad y muerte de este papa, que se produjo exactamente el día indicado: 20 de noviembre de 1549. Mas, sin esperar la realización de la profecía, el papa Pablo III recompensa a Gauric por su saber, dotándolo del obispado de Civita Castellana y confiriéndole el grado de Caballero de San Pablo, que Luc Gauric deshace al cabo de cuatro años, a la muerte de dicho papa, volviendo definitivamente en Roma.

De la voluminosa obra escrita de Luc Gauric destacase la que, con seguridad, es la más curiosa: “Lucas Gaurici geophonensis episcopi civitatensis tractatus astrologicus, in quo agitur praeteris multorum hominum accidentibus propias eorum genituras, ad unguem examinatis - in-4”, publicado en Venecia en 1552.

En la familia de los Médicis los astrólogos habían encontrado siempre muy favorable acogida, de manera que no es de asombrarse que los padres de Catalina consultaran a Gauric el que, así como había predicho a Hamilton, arzobispo de San Andrés, que su prelaturía terminaría en el suplicio, predijo en 1493 a Juan de Médicis, tío abuelo de Catalina -cardenal de 14 años por ese entonces- que llegaría a ser Papa, como en efecto, veinte años más tarde acontecía, tomando la tiara bajo el nombre de León X. A otro tío de Catalina -Julio de Médicis-, le predijo que sería licencioso en extremo, que tendría grandes luchas políticas y gran progenie. Como se sabe, Julio de Médicis, elegido papa bajo el nombre de Clemente VII fue célebre por sus luchas con Carlos V y Enrique VIII de Inglaterra tanto como por sus aventuras femeninas, de las que tuvo 29 bastardos.

Convertida en la Delfina de Francia, Catalina quiso saber el destino de su esposo. De acuerdo a las reglas de las triplicidades de Diocle y de Avicena, Gauric resumió sus observaciones y declaró, para empezar, que el delfín llegaría ciertamente a detentar el poder real, que su llegada al trono sería marcada por un duelo sensacional y que otro duelo pondría fin a su reinado y a su vida. Precisó, además, la clase de herida de la que moriría Enrique II en el transcurso del anunciado duelo. Pero como la situación social del príncipe hacía imposible el peligro moral de un duelo propiamente dicho, se acordó poco crédito a la predicción del célebre astrólogo. No por ello dejo de insistir Gauric en sus declaraciones, impresas en Venecia en 1552 o sea 7 años antes del famoso duelo en el que Enrique II recibiera la muerte. Había, además, advertido por carta al Rey, renovándole la predicción con lujo de detalles, recomendándole "evitar todo combate singular en campo cerrado, sobre todo alrededor de los 41 años, ya que a esa edad estaba amenazado de una herida en la cabeza que podía traer como consecuencia la ceguera o la muerte". Enrique II se afectó ligeramente.

Esta predicción, sin embargo, causó tal obsesión a Catalina, que llamó en su ayuda a los más famosos sabios de su época, ya para controlar los cálculos del astrólogo como para conjurar el peligro anunciado. Es así como recurre a Gabriel Simeoni, astrólogo florentino que fue también literato de mediocre talento. Pero Simeoni era más que nada un pedante ambicioso, siendo por lo tanto sus conclusiones del horóscopo de Gauric confirmaciones banales que no llevaban otra finalidad que mantener en Catalina la ciega confianza que ella depositaba en la ciencia astrológica.

Pero véase también, en esta corte de Catalina, a otro ser que desde el siglo XVI hasta los días actuales ha sido objeto de la más entusiasta admiración y los más duros epítetos, autor de las extrañas

“Centurias”: Miguel de Notre-dame, más conocido bajo el nombre latinizado de Nostradamus.

Indudablemente que las 80 ediciones de las “Centurias”, libro misterioso, denotan que es obra de un cerebro poco vulgar que no ha carecido de lectores ingenuos o clarividentes. Sin lugar a dudas que, al margen de la superstición o exageración de los apologistas de Nostradamus, su nombre es realmente digno de ser incluido en la lista de los grandes intelectuales del siglo XVI y XVII, al lado de Juan Amado Chavigny y Baltazar Guynaud.

Recibido de médico a los 22 años en la facultad de Montpellier, tuvo largo tiempo la cátedra de medicina de esa facultad este íntimo amigo de Julio César Scaliger.

Luego, sin abandonar la medicina, se apasionó por la astrología, estudió los viejos textos de literatura, tradujo documentos astrológicos de la antigüedad, rectificó muchos cálculos astronómicos y así adquirió renombre tal que se interesaron por él el duque y la duquesa de Saboya, que lo consultaron en el Salón-de-Craux, lugar fijado habitualmente para su residencia.

En l555 publicó sus tres primeras Centurias a las que agregó las 53 primeras cuartetas de la Cuarta Centuria, con una epístola a su hijo, César de Nostradamus.

Ese mismo año, Enrique II, que había oído hablar de las “Centurias” y de la suerte que Nostradamus le predecía en ese libro, sorprendióse de la concordancia que existía entre esta predicción y la que anteriormente le había hecho Luc Gauric. El 15 de agosto de 1555 hizo ir a Nostradamus a la corte, donde el adivino le confirmó verbalmente los presagios de muerte insertos bajo la siguiente forma, de este tenor aproximado en la traducción:

El joven león al viejo sobrepasará

En el terreno de la lucha en duelo singular

En caja de oro le traspasará los ojos

Dos clases, una solamente, luego (rotura) morir de muerte cruel.

A pesar de lo enigmática que pueda parecer esta redacción es preciso reconocer que los acontecimientos probaron que ella era ajustada en sus detalles y tan precisa como la de Gauric.

Muerto Gauric el 15 de Marzo de 1558, Nostradamus, definitivamente agregado a la corte de Francia en calidad de médico astrólogo, se convirtió en consejero del Rey acordándole Catalina de Médicis verdadera simpatía y consultándole con frecuencia por asuntos personales y también por actos que debía realizar Enrique II. De acuerdo a los consejos del adivino ella extremaba día a día la vigilancia y precauciones necesarias a la seguridad del rey. Además las dos predicciones concernientes a la vida de su marido se habían vuelto obsesivas para ella.

En tanto que violentas discusiones político-religiosas se sucedían en el Parlamento, con ataques a Enrique II por sus relaciones con Diana de Poitiers y a las prácticas ocultas de su mujer y que originaron el arresto de Du Bourg, Du Faur, otros tres consejeros y un presidente, instituyendo como jueces de los magistrados prisioneros una comisión arbitrariamente elegida, a las órdenes del obispo y del inquisidor de Paris y Enrique II castigaba severamente a los que declaraba herejes, los preparativos de las fiestas reales de Isabel de Francia, hija mayor de Enrique II y su hermana Margarita, unidas al rey de España y al duque de Saboya, Philibert-Emmanuel, respectivamente, iban tocando a su fin.

El 30 de junio de 1559 hacia las nueve de la mañana, el rey hizo anunciar la apertura de los torneos con toques de cornetas. Luego del almuerzo declaró que tomaría parte en los mismos en calidad de "tenant" o sea defensor en los combates a realizarse en campo cerrado y ordenó se le trajeran las armas. Luego de luchar con M. de Saboya y M. de Guise, tocóle el turno al joven conde Gabriel de Montgomery, señor de Lorges. Luego de sus tres carreras el rey pidió a M. de Vielleville, que era el "tenant" que le sucedía, le permitiera tomar revancha rompiendo una lanza suplementaria con el conde de Montgomery. El rey y el conde se encontraron cerca de la mitad del trayecto. Las lanzas, chocando en ambos pechos, se rompieron. Luego de haber llegado cada uno a la extremidad opuesta a la respectiva entrada, debían volver al galope al punto de partida, lo que les obligaba a encontrarse nuevamente. Pero sucedió que en este regreso M. de Montgomery no tiró, según era costumbre, el trozo que restaba de su lanza rota, en tanto que el rey había arrojado la suya. El conde avanza rápidamente, llevando adelantado el trozo de lanza que le quedaba cuando, de golpe, la visera del casco real fue levantada por la violencia con que el trozo de lanza había tropezado con la cabeza de Enrique II. El trozo había entrado por el ojo derecho del rey y salía por la oreja.

Así, en forma accidental, "en duelo singular", se cumplieron las profecías de Gauric y Nostradamus, muriendo el rey el 10 de Julio de 1559, luego de once días de agonía.

Si Nostradamus no era astrólogo sino clarividente, cuyas profecías le fueron presentadas por medio de espejos mágicos, o era vidente extralúcido, como aseguran ciertos autores, la verdad es que su oráculo, como el de su antecesor Gauric, resultó estrictamente real, minuciosamente cumplimentado por la fatalidad en la época y la forma en que también Luc Gauric había predicho en que moriría el

rey, ante la consulta de Catalina de Médicis, siempre tan inquieta sobre el porvenir.

Enseñanza 13: La Magia Ciencista

La Magia Ciencista del Renacimiento y de los tiempos de Catalina de Médicis llevó, sin embargo, a la restauración de las Órdenes Esotéricas.

En París, en los salones y cafés donde se refleja la agitación, la curiosidad y también la credulidad intelectual del tiempo, hormiguean ocultistas de buena fe y charlatanes entre los que -temiendo de unos y otros-, está el cartomántico Eteilla Alliette, que se dice ser alumno del Conde de Saint Germain.

Al decir de la Baronesa de Oberikirch, jamás los Adeptos, los profetas y todo aquello que les concierne, fueron tan escuchados y tan numerosos. La conversación versa casi exclusivamente sobre estos temas; ellos ocupan todas las ideas, golpean todas las imaginaciones, aún las más serias. Se reeditan y se arrebatan las “Centurias” de Nostradamus. Luchet calcula en más de 30 los príncipes europeos, sobre todo nórdicos, que pertenecen a distintas logias, sin contar el zar Pablo de Rusia, ferviente adepto de las ciencias ocultas.

Bajo el nombre de “iluminados” se designan los teósofos -que descartan toda magia teúrgica- y a los kabalistas, que continuaban -tal vez en forma un tanto fantástica-, las tradiciones de la alta magia. Cada tendencia tenía sus figuras eminentes: Swedemborg y Lavater para los teósofos, en tanto que Dom Pernetty y Martínez de Pasqualis parecían ser los conservadores más celosos de las prácticas

kabalísticas. Claudio de Saint Martín perteneció sucesivamente a ambas tendencias.

Swedemborg -ese sabio universalmente conocido en su época-, miembro de las más importantes academias científicas de Europa; filósofo y místico, describía sus visiones y sus viajes en el otro mundo, publicaba sus relaciones con los ángeles y fundaba grupos y logias que debían, con el tiempo, transformarse en parte de la iglesia Swedemborgiana, primera secta espiritista.

Dom Pernetty, antiguo benedictino, navegante entusiasta que había acompañado a Bougainville en su vuelta alrededor del mundo, descendía del norte, en Berlín, para establecerse en Avignon bajo la orden de su oráculo cabalístico: La Santa Palabra.

Lavater, pastor protestante, tan tolerante que enviaba a la "buena Madre la iglesia católica a todos aquellos que no encontraban la paz en la Iglesia reformada", fue un iluminado, lleno de bondad, bienhechor de los emigrados durante la revolución y autor de la "physionomonía" en la que él retomó la tesis muy vieja de que por la fisonomía es posible conocer "el hombre interior". Su influencia fue inmensa entre los grandes de la tierra.

"Yo he visto -describe Mirabeau-, cartas de Lavater a soberanos, bajo este protocolo: "mi querido, mi muy querido" y he visto la respuesta de los soberanos admirándolo, obedeciéndolo, rindiéndole pleitesía y a sus partidarios reverenciarlo como a un Dios sobre la tierra". Lavater mismo ha hecho la descripción de una ceremonia de la logia de los iluminados de Copenhague, dirigida por Carlos de Hesse, que permite saber que en esa logia no era un oráculo cabalístico el que dirigía los trabajos sino una luminosidad fosforescente, la que por medio de signos convencionales respondía sí o no a las preguntas hechas por los adeptos, permitiéndoles tomar decisiones inspiradas

en una intervención celestial. En l754, Martínez de Pasqualis, Rosa-Cruz, fundó un rito particular masónico: “Los Elegidos Cohen” cuyas logias más célebres fueron las de los Filaleteos (alquimistas), los Iluminados de Avignon y la Academia de verdaderos masones de Montpellier.

Enseñanza 14: El Martinismo

Es en el siglo XVIII cuando se cimentan las Ordenes Esotéricas.

Martínez de Pasqualis representa el prototipo moderno del Fundador de escuelas esotéricas.

A los 18 años salió del Portugal rumbo a Oriente, de donde regresó varias veces, creyéndose que estuvo en Turquestán, en la meseta de Pamir, regresando por última vez a la edad de 42 años, en que comenzó su misión de Fundador, que duraría diez años, período en el cual llenó de sociedades secretas toda Francia y países vecinos que serían el teatro de la gran revolución que se estaba gestando.

De su enseñanza se conocen sólo dos manuscritos: “Tratado de la reintegración de los seres a su primitivo estado, virtudes y poderes espirituales y divinos”, compuesto de varias partes y que tiene por objeto tratar no el estado actual de las cosas, sino el restablecimiento de su estado primordial, del hombre como así de los seres en general. Este escrito ofrece, sin vacilación, magistralmente, el pensamiento de de Pasqualis.

La primera escuela fundada en Francia lo fue en Burdeos, en la que se ofrecía un conjunto de símbolos completados por prácticas teúrgicas encaminadas a lograr la ayuda de Entidades Superiores en

el desarrollo del plan de evolución. Estas operaciones teúrgicas tenían mucha importancia en dicha escuela y la totalidad de ellas formaban un verdadero culto, cuyo resultado final era el de llevar al hombre a la reintegración citada.

Este contacto con Entidades Superiores contenía el propósito de que el hombre lograra oír el Verbo en su interior, y según dice su discípulo Saint Martin, su Maestro tenía en dicho aspecto poderes muy grandes.

Llevaba una vida envuelta en el misterio: llegaba a una ciudad no se sabía cómo ni porqué, abandonándola sin conocerse cuándo ni cómo. Jamás buscó fama o dinero. Vivía modestamente y pasó a menudo situaciones apuradas, aunque siempre dignamente y alojando en su casa a miembros de la Orden que llegaban a Burdeos. De allí pasó a Lyon y luego a París, fundando nuevas logias en cada una de estas ciudades.

La primera fue fundada en 1754 y a ella ingresó Saint Martin llevado por varios oficiales de la guarnición que pertenecían a ella.

De París fueron sus discípulos más famosos: Cazotte, M. D'Hauterive y el abate Fournié.

Cuenta este último que fue encontrado por de Pasqualis que le dijo familiarmente: "Debería usted venir con nosotros que somos buena gente. Usted abrirá un libro, mirará la primera hoja, la página del centro y la final, leyendo sólo algunas palabras y sabrá todo el contenido del mismo".

"Usted ve caminar toda clase de personas por la calle; esas gentes no saben porqué caminan; usted lo sabrá".

Sus instrucciones diarias eran las de elevarse sin cesar hacia Dios, acrecentar continuamente las virtudes y trabajar por el bien general.

Cuenta dicho abate que un día, mientras rogaba a Dios para que lo socorriera en sus tremendas luchas internas, oyó la voz de su Maestro, fallecido dos años antes y al mirar en la dirección que salía la voz, vio a Martínez de Pasqualis en compañía de los padres del abate, fallecidos hacia varios años, una hermana desaparecida 20 años atrás y un ser que no pertenecía al género humano. Pocos días después vio a Jesucristo crucificado, visión que más tarde se repitió pero saliendo vivo del sepulcro hasta que, en la tercera oportunidad, apareció nuevamente Jesús glorioso y triunfador del mundo, caminando delante suyo con la Virgen María y varias personas más.

Sus visiones continuaron pero, por la incredulidad y burla de sus contemporáneos, guardó silencio.

Al estallar la revolución de 1789 Cazotte profesaba los mismos principios que la provocaron, pero en su mayor pureza y por ello los excesos posteriores provocaron en él vivos temores y para combatirlos imaginaba mil medios que al ser expresados, con la misma sinceridad y expansión que daba a su proselitismo religioso, provocaron su primer arresto al descubrirse todas esas ideas en la correspondencia que cambiaba con un secretario de la lista civil, llamado Ponteau.

Este ser sacó gran provecho de los estudios ocultos de la Orden, tomando Cazotte especial aprecio al espiritualismo de los textos cristianos, al evangelio, sobre todo por la moral que contenían.

M. D'Hauterive, gran amigo de Saint Martin, mantuvo en Lyon, conjuntamente con este otro discípulo de de Pasqualis, tres años de estudio sobre astrología, magnetismo, sonambulismo, sobre los signos y las ideas, el principio y origen de las formas, las Santas Escrituras, etc.

Alumna destacada fue también la Marquesa de La Croix, quien desenvolvió disposiciones místicas que le permitieron lograr un estado intermedio entre el éxtasis y la visión.

De otro de sus discípulos, llamado Willemoz, cuéntase que se le apareció su Maestro Martínez de Pasqualis para avisarle que los revolucionarios vendrían a incautarse de todos sus libros y enseñanzas que guardaba en su poder, lo que le permitió salvar, con un día de antelación, dos grandes baúles en los que celosamente Willemoz guardaba la sabiduría que más tarde formaría las bases de las sociedades secretas, el espiritismo, etc.

En la llamada Escuela del Norte se destacaron, entre otros miembros, el príncipe de Hesse, el conde Bernaztorff, la condesa de Reventlow y el célebre Lavater, que tanta fama adquiriera luego en Suiza.

Estos dos últimos, Reventlow y Lavater, renunciaron a la escuela más tarde, influenciados posiblemente por el gran amigo de Saint Martin, el barón de Liebisdorf, siguiendo la mística más pura que preconizaba Saint Martin y que lo distinguiría de su Maestro Martínez de Pasqualis, cuyas escuelas eran más bien de prácticas teúrgicas.

Terminada su misión en Europa, de Pasqualis embarcó rumbo a la isla de Santo Domingo, falleciendo en Puerto Príncipe en 1779.

Los discípulos directos de de Pasqualis siguieron con los trabajos de la Orden hasta el año 1782, durante el cual los Martinistas hicieron una alianza con la Orden de la Estricta Observancia del Barón de Hund; ésta inspirada por Saint Martín y dirigida y organizada por el Barón de Hund, siendo confiados los archivos para la creación del Rito Reformado, a J. B. Willemoz. Siguieron las negociaciones hasta 1789 en que se cortaron con la Revolución.

Puede decirse de Martinez de Pasqualis que fue como una ráfaga de aire que barrió Europa preparando la revolución francesa al crear la mentalidad necesaria para ello y que fue el creador del tipo de sociedades secretas que luego habrían de dedicarse a la política, como los Carbonarios en Italia, los Iluminados en Francia y más tarde las logias que como la Lautaro trajeron el fermento revolucionario a América, en tanto que aquéllas que fundara su discípulo Saint Martin depuraron el ritual y buscaron sólo el conocimiento y la Unión Divina.

Enseñanza 15: Saint Germain y los Rosacruces

Las Escuelas Esotéricas, antes de la Revolución Francesa, se dividieron en dos definitivamente. Las de tipo rosacruz completamente herméticas, partidarias del Rey Ungido (monarquía), y las más liberales, favorecedoras del movimiento popular y del libre pensamiento. Saint-Germain es el último de estos místicos Rosacruces inaccesibles.

De físico mediocre era Saint-Germain, sin embargo, muy seductor, según dice Casanova, se decía, también era Rosacruz. Lo describe así: “Era difícil hablar mejor que él. Tenía un tono decisivo, pero de naturaleza tan estudiada que no disgustaba. Era un sabio; hablaba perfectamente la mayoría de los idiomas, era un gran músico, gran químico, de agradable figura y un maestro para conseguir docilidad de todas las mujeres”.

Dueño de idiomas, consumado violinista y clavecinista (Rameau quedó maravillado al escucharlo), era, asimismo, pintor cuyos colores tenían tal brillo que Letour y Van Loo pidieron a menudo e inútilmente, su secreto.

Según se desprende de las “Memorias” de la Condesa de Adhémar, tituladas “Souvenirs de Marie Antoinette” (París 1821), el Conde Saint-Germain que había prestado importantes servicios a la Francia en vida del Rey Luis XV, y ésto durante unos 20 años en los que actuó en diferentes cortes europeas tan activamente como en la de Francia, fue visto en diferentes ocasiones después de largas ausencias y siempre conservaba el mismo aspecto de un hombre de unos 40 años. La misma Condesa relata que se sintió en extremo impresionada en 1821 al ver que ella era ya una anciana y el Conde conservaba el mismo aspecto de unos 40 años de edad y la tez fresca y joven como cuando lo vieron por primera vez.

Gran alquimista, conocía el procedimiento para cristalizar artificialmente el carbono, pues, Iniciado que era, sabía de la ciencia que transmuta los metales.

Pero veamos el reverso de la medalla. Parece no haber sido sólo un animador, el Conde; su ciencia, su seducción, su poderío no servían sólo para maravillar a las gentes. Él sacaba otro provecho para un plan mucho más serio.

La Francia continuaba, bajo la sabia inspiración de Choiseul, la política de Luis XIV que había sido el primero en comprender el peligro de la naciente Prusia. Ahora bien; Inglaterra era favorable a Prusia. Saint-Germain se empleaba en influenciar al Rey en favor del partido inglés y se ofreció para negociar la paz con Inglaterra. Sin duda Luis XV, iluminado por Choiseul comprendió su error y desaprobó oficialmente a su agente. Pero era tan grande la influencia de Saint-Germain sobre el rey que, una vez más fue escuchado y empleado como espía.

¿Por qué este gran señor diletante y alquimista trabajaba para el rey de Prusia? Los Rosacruces mismos darán la respuesta. El Conde era

Rosacruz y se esforzaba por convencer al Rey. Se cuenta que a raíz de la desaparición misteriosa del procurador del Chatelet ocurrida en 1700, Saint-Germain dio al prefecto de policía el secreto del enigma. Bajo sus indicaciones se encontró el cadáver. En esa oportunidad habría manifestado al rey: Haceos Rosa-Cruz y os responderé a vuestras preguntas de cómo pude resolver este asunto. Si esto hubiera sido se hubiera salvado la corona de Francia y el Rey sería Rey Iniciado.

Siendo Rosa-Cruz tiene informes sobre cien asuntos distintos, el secreto de la piedra filosofal y recetas de alquimia. Pero, siendo Rosa-Cruz debe obedecer a sus Jefes.

Saint-Germain se espanta del giro que toman los hechos y los predice día a día, con certeza del que está entretelones. Maria Antonieta fue prevenida lo mismo que el Rey. Saint-Germain intentó con sus consejos, no escuchados, destruir los que daban al rey sus cortesanos, entre ellos Maurepas, consejos que debían producir, como produjeron, los hechos de 1793 y la época del terror sangriento en que Francia se vio envuelta. Vista esta época de terror a través del tiempo se puede creer que fue una cosa necesaria para que, pasando por esa prueba dolorosa, fuese la nueva Francia en la que imperasen, o tratasen de imperar, los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Pero no es exactamente así. Si fue una cosa absolutamente necesaria, lo fue tan sólo en el último momento del reinado de Luis XVI, por el estado especial a que las cosas habían llegado y que no se prestaban ya a otra solución. Mas si el Rey hubiese escuchado los consejos de Saint-Germain años atrás, todo este cambio social que Francia tenia kármicamente que efectuar, se hubiese llevado a cabo por medio de una inteligente evolución y no por medio de una violenta revolución.

Dicen los Rosacruces que dentro de algún tiempo volverá el Conde a la vida publica en Europa, aunque no se sabe con que nombre o aspecto, y que vive actualmente, en cuerpo físico, en un castillo de Hungría.

El Rosa-Cruz Carlos Webster Leadbeater, relata haberlo encontrado en el Corzo de Roma en el año 1901 y hablaron en aquella ocasión más de una hora en el parque Pinciano. Afirman que este Iniciado se ocupa de la situación política de Europa y tiene a su cargo movimientos espiritualistas en el mundo que se desarrollan en una actividad ceremonial, como la Masonería y muy especialmente la Comasonería o Masonería Mixta Escocesa que, extendida por todo el mundo, tiene su sede en París con el título distintivo de "El Derecho Humano" y que no debe confundirse con la pseudo-masonería llamada de Adopción.

Enseñanza 16: La Revolución Francesa y las Logias Liberales

En Francia, a pesar de las diversas prohibiciones, la masonería y sus reuniones secretas habían aumentado notablemente ya durante la primera mitad del siglo XVIII.

Se dividían en diversas logias. En París había unas cuantas florecientes: la Estrella Polar, Los Hermanos Artistas, La Reunión de los Extranjeros y otras. En todas se estudiaban las ciencias antiguas, se cultivaba la filosofía y se discutía sobre problemas físicos y morales y se practicaba un cristianismo evangélico.

Otros ritos y formas de masonería se habían también difundido rápidamente por Francia y otros países hasta el 1700.

Martínez de Pasqualis había pasado por Francia, desde 1767 hasta 1771 como un meteoro, dejando tras de sí una infinidad de fundaciones de carácter netamente ocultista: Rito de los Elegidos Cohens, llamados Martinistas y que se dividieron después en dos ramas: los teúrgicos, dirigidos por Willermoz y los místicos, dirigidos por el Conde de Saint Martin, ambos discípulos de de Pasqualis.

Un poco más tarde, en 1781, Cagliostro fundó la Masonería del Rito Egipcio, admitiendo en ella a las mujeres.

Había también en París la logia masónica femenina: El Cóndor, rama de adopción fundada en 1775 y dirigida por la Duquesa de Borbón y que se dedicaba a obras de beneficencia.

A ella se adhirieron las más prestigiosas damas de la corte, desde la princesa de Lamballe y la condesa de Polignac hasta la misma emperatriz Josefina, que ingresó en 1804.

Los nobles y los sabios entraban en masa a estas distintas logias, a pesar de los vetos de la ley y de la excomunión de la Iglesia Romana. En otros estados, a veces, eran dirigidas por los mismos príncipes y Federico El Grande de Prusia era uno de ellos. Las finalidades de estas reuniones eran, además del estudio de las filosofías, el de los misterios de la Cábala y de la Biblia, las investigaciones físicas y teóricas alquimistas y también había quien se dedicaba activamente a los asuntos sociales.

En Francia, fue en esas logias en donde los sabios y los nobles idearon la Revolución Francesa que ejecutaría en 1793 el Terror.

Ya en todo el siglo XVIII París será el centro de esta extraña actividad a la vez oculta y política. Se verán hombres como Cagliostro llegar de Alemania donde abundan las sectas masónicas y obran como hermanos, como si el golpe que debía ser fatal al antiguo orden

debiera ser llevado a París, allí donde van y vienen los personajes misteriosos que asombran al mundo por su ciencia secreta, curan enfermos, siembran el oro y los diamantes, tienen luego conciliábulos con el Rey, los ministros, los cardenales y las reinas, desaparecen, mueren, reaparecen y uno se recuerda que la Rosa Cruz preconiza para su acción los medios mágicos, el empleo de la piedra filosofal (que el parecer sólo se otorga a los Rosacruces de segundo grado como Cagliostro), el don de idiomas, la obligación de cambiar el país, de nombre, de costumbre y aún de fingir una falsa muerte. Su acción así será considerable y todos obran sutilmente en un sentido bien definido.

La figura de Saint-Germain aparece en primer plano en los prolegómenos de la Revolución Francesa. Su misión parece haber sido la de dar a los Enciclopedistas una base para la renovación de las ideas y las leyes, además de la de tratar de salvar la monarquía francesa, vigilando de cerca todo el proceso de su caída, esperando siempre una oportunidad de salvación; pero las circunstancias no le fueron propicias y sólo pudo continuar con su misión consoladora de consejero.

Todas estas agrupaciones tendían, como se ha visto, hacia un mismo fin: la cultura de la mente y del espíritu, pero socialmente se habían establecido dos corrientes fundamentalmente distintas.

La Masonería contemporánea, las divisiones del Martinismo y el rito de Cagliostro tendían a la fórmula constitucional, a la libertad y nivelación de todos los seres. Y esas agrupaciones actuaban, transformadas, en diversos países con distintos nombres: Carbonarios, en Italia; Cazadores, en Canadá; Lautaros, aquí, o siendo los centros de libertad de los pueblos.

Pero, dedicándose a los problemas de la vida, se alejaron demasiado de aquellos del espíritu y por último la misma Masonería pasó del liberalismo al nacionalismo positivista y de allí al materialismo. El árbol había dado su glorioso fruto de libertad y podía morir.

Pero otras Escuelas Esotéricas querían mantener el antiguo espíritu del individualismo selecto, de la superioridad de las actividades espirituales sobre las materiales, de la herencia de los reyes y sacerdotes iniciados. Deseaban revivir y seguir las tradiciones de los Caballeros Templarios y Saint-Germain inspiraba a estos grupos.

En París se llamaban los Masones "Amigos Reunidos" y habían seleccionado entre ellos un grupo llamado los Fileletes (buscadores de la verdad).

Por eso Cagliostro se negaba a asistir a la Convención Masónica de París, reunida en 1775, si antes no quemaban todos los escritos de los "Amigos Reunidos".

Éstos, inspirados por Saint-Germain, se dedicaron a una severa reforma. Fue aquélla que dirigió el Barón de Hund, fundando en 1751 la Orden de la Estricta Observancia. A su muerte le sucedió el duque Fernando de Brunswich, íntimo amigo de Conde.

Veamos finalmente una figura que sale del libro de la historia del siglo XVIII con su fina silueta, enmarcada dentro de los trajes amplios y fastuosos del estilo Pompadour, con su picaresca sonrisa acentuada por la peluca empolvada y los lunares pintados sobre el rostro para presentarnos su olvidada personalidad: La Condesa de Adhémar.

Existen figuras que desempeñaron papeles de gran importancia para la Humanidad que únicamente aparecen entre sombras y olvidos. Casi inadvertidas entran en el escenario del mundo, en un momento

determinado, llevando en las manos una lámpara con la cual alumbran un gran acontecimiento y desaparecen luego, calladamente, como han venido. Hay almas que han tenido la misión característica de educar, amar, estimular, orientar o trabajar interiormente en una Gran Obra que otros han llevado a feliz término. De éstas fue la Condesa de Adhémar.

Poco se sabe, como se ha dicho, de ella. El Conde de Adhémar desempeñó diversos cargos de importancia en distintas cortes europeas, entre otros el de una embajada a la corte de Inglaterra, y a todas partes le compaña su esposa. Pero lo que no se sabe es el verdadero carácter, la real orientación interior de la Condesa, y lo que se creyó saber es, en su mayor parte, reflejo de suposiciones.

Pero un hecho indiscutible ilumina esta vida: fue amiga del conde de Saint-Germain, al que llamaba en tono entre frívolo y respetuoso: el hombre de los milagros.

Ella no había seguido la tendencia democrática de los nobles de la corte que, en tropel, habían entrado en la Masonería, y era acérrima enemiga de las nuevas ideas y por eso muy estimada, pero no favorecida, por la reina María Antonieta.

Como el conde de Saint-Germain y el Barón de Hund, era ferviente católica (éstos no deseaban alejarse de la Iglesia ya que querían restablecer la antigua Orden de los Templarios).

Desde luego nunca pudo darse cuenta de las altas finalidades de Saint-Germain, que no sólo deseaba salvar al trono de Francia del gran desastre sino que caminaba por las cortes de Europa buscando al Rey que podía ser Rey Iniciado de los Estados Unidos de Europa, Rey de reyes.

En su carácter un poco frívolo y un poco crédulo, la Condesa se vio envuelta en los proyectos del Conde, sin ella darse exacta cuenta del papel que desempeñaba, pero no fue más que una idealización de una edad de oro imposible.

La Revolución y el pueblo ganan a Francia y, paulatinamente, al mundo y estos grandes seres desaparecen en las sombras.

La Condesa de Adhémar ya vieja no se puede mover en su sillón. Un extraño visitante ha entrado en su habitación.

Sus ojos cansados y semi-ciegos no distinguen en las sombras, pero como entre un sueño ve a su visitante: es el Conde de Saint-Germain, siempre con el porte aristocrático, con el aspecto juvenil de toda su vida. Ella se estremece. Sabe bien lo que él le ha profetizado; sabe que ésta es la sexta vez y la última que lo ve y que se acerca a su fin.

¿Y, bien?... empieza la Condesa con su voz temblorosa.

¿Y bien?... -sigue el Conde-, hemos terminado. Hemos fracasado.

¿Fracasado? ¡Los Borbones han vuelto y Francia parece redimirse!

Él se ríe... No mira a Francia. Mira al porvenir y al mundo, a ese hermoso siglo de libertad que tiene delante. Todas las banderas flamean al sol de los magos de los pueblos.

No Condesa; nosotros hemos terminado. El Rey Iniciado ha muerto. Yo vuelvo a mi Tierra (mejor; “mi cielo”), y mi cohorte me acompaña. He venido a buscarla.

Y mientras flamean al sol de mayo las banderas de ese siglo libertador de pueblos, el antiguo Iniciado, seguido de los suyos, se aleja hacia su tierra de promisión, su cielo.

RELIGIONES COMPARADAS

ÍNDICE:

Enseñanza 1: El Manantial de las Religiones
Enseñanza 2: Los Vedas
Enseñanza 3: El Hinduismo
Enseñanza 4: El Egipto
Enseñanza 5: Dioses Egipcios
Enseñanza 6: Diez Grandes Religiones
Enseñanza 7: Los Magos Caldeos
Enseñanza 8: La Religión Irania
Enseñanza 9: La Diosa Asiria de la Guerra
Enseñanza 10: El Sol del Irán
Enseñanza 11: Los Sargónidas
Enseñanza 12: Los Hebreos
Enseñanza 13: La Religión de Moisés
Enseñanza 14: Los Griegos
Enseñanza 15: Dioses Griegos
Enseñanza 16: Artes y Filosofías
Enseñanza 17: Los Romanos
Enseñanza 18: El Celeste Imperio
Enseñanza 19: El Budismo
Enseñanza 20: El Budismo Amarillo
Enseñanza 21: Los Germanos
Enseñanza 22: Los Galos
Enseñanza 23: Los Jainos
Enseñanza 24: Los Militares Siquios
Enseñanza 25: El Cristianismo
Enseñanza 26: El Islamismo
Enseñanza 27: La Religión de la Selva Africana
Enseñanza 28: El Culto Solar de los Incas
Enseñanza 29: Las Antiguas Religiones Mejicanas

Enseñanza 1: El Manantial de la Religiones

Los pueblos de la raza Atlante habían recibido directamente de sus Grandes Instructores las verdades de sus religiones. Estas verdades, fortalecidas por el poder psíquico de percepción propio de esa raza, eran de carácter completamente Divino.
Estas religiones lindaban con el mundo de la conciencia superior y no utilizaban símbolos naturales. Eran de un monoteísmo selecto.
Pero cuando esta raza empezó a caer y degenerar, las prácticas religiosas fueron suplantadas por actos de poder psíquico y de magia negra.
Al diferenciarse los arios semitas de los atlantes, aún mantuvieron una lejana vislumbre de esas Divinas religiones, aunque completamente oculta bajo el peso de muchas centurias y de la razón, nueva prerrogativa de la naciente raza.
Los Atlantes, sumergidos en las profundidades del mar en las que se hundió su continente, llevaron consigo su Divina Religión.
Pero nuevos Iniciados y nuevas ideas madres hicieron su aparición y, en consecuencia, fue implantada una nueva religión, que acompañó a la nueva raza Aria y que fue base de todas sus religiones posteriores.
Los Arios Semitas, después de la gran lucha sostenida con sus adversarios negros (si bien ellos también eran negros, aunque con distinta estructura física), se lanzaron a la conquista del nuevo continente que, cual tierra prometida, virgen, había emergido de las aguas para ellos.
Los primitivos hombres, en inmensas caravanas,

guiados por sus Divinos Instructores, abandonaron las viejas costas para buscar tierras nuevas y emigraron hacia el centro de Asia y Europa.
Encontraron una tierra fértil, maravillosa, pero terriblemente dura de conquistar. El clima ponzoñoso y ecuatorial a que estaban acostumbrados era suplantado allí por uno áspero y frío.
La pereza cedía a la necesidad y, después de una mortandad espantosa, los habitantes del nuevo continente aprendieron a luchar poco a poco con la naturaleza para buscarse el alimento y procurarse reparo.
La naturaleza era dura de vencer, pero al ser subyugada daba maravillosos resultados y revelaba sus secretos. Por eso los hombres primitivos la divinizaron, a ella y a sus fuerzas manifiestas.
Estos hombres ya no eran los Arios Semitas; ellos se habían transformado en una raza característica: Arios Puros.
Su tez se volvió blanca como la nieve que sobre ellos caía, sus ojos tomaron un tinte azulado y grisáceo como la neblina que constantemente los envolvía, y sus cabellos se colorearon de rojo y rubio.
La religión nueva que surge, basada en el culto de la naturaleza, es puramente humana y fálica y es el fundamento del politeísmo.
Mas vino un día en que los Arios volvieron a la tierra de donde vinieron, encontraron a sus negros predecesores, los Arios Semitas, los cuales, con un rudimentario monoteísmo, conservaban la Religión Divina de los Atlantes y los vencieron.
De estas dos corrientes, de una Religión Divina olvidada y de otra natural y humana naciente, se formó

el armazón de todas las religiones venideras.
Las religiones Arias, entonces, nacen del recuerdo de un estado divino perdido y del conocimiento de una fuerza natural puesta al alcance del hombre.
Las palabras de los primeros Divinos Instructores se funden, se cristalizan con la experiencia material de los pueblos; el recuerdo de lo divino es materializado con una imagen, con el culto a los antepasados y de este manantial en donde Dios y el Hombre se encuentran, en donde el círculo y la cruz se abrazan brota el agua cristalina que inundará el mundo y los tiempos, que tendrá diversos nombres, que volverá a juntarse una día en el océano del hombre hecho Dios.
En todas las religiones Arias predomine en ellas el monoteísmo o el politeísmo, siempre se encuentran estas mismas bases fundamentales; el culto al empezar es sencillo y claro como el amanecer; como en todo amanecer, la quietud humana se vuelca en la serenidad divina con cantos e himnos; éstos son transmitidos de padres a hijos, de un pueblo a otro y, con el andar del tiempo, se transforman en textos sagrados e idiomas fundamentales.
La tradición transforma las sencillas elevaciones del alma en ceremonias y cultos, y los cultos reclaman las vestiduras, los signos y los misterios.
Todas las religiones Arias siguen las mismas rutas y el mismo sendero; son espirituales y puras al empezar; se hacen fuertes y potentes al seguir su marcha, para llegar a su apogeo, cuando la mente y el espíritu de la religión se juntan, se unifican. Después decrecen, se hacen intelectuales y sabias, dogmáticas y rígidas, frías y obscuras y terminan en una organización sectarista conservadora de las propias divinidades.

Tiene que ser así, irremediablemente; una mezcla de espíritu y materia no puede ser más que una lucha entre el espíritu y la materia. Cuando el espíritu domina, el materialismo es vencido; pero cuando la fuerza material se sobrepone al espíritu, éste se oculta tras espesos velos.
Tras las formas dogmáticas y prácticas de todas las religiones está un principio Real y Divino.
Aquel que sabe encontrar ese principio Único conoce a todas las religiones, participa de todas ellas y ha encontrado el secreto, el manantial uno y primero de las mismas.

Enseñanza 2: Los Vedas

Hace miles de años una gran columna de Arios cruzó los Himalayas y, encaminándose hacia el Norte de la India actual, establecieron allí su morada.
Los guiaba el Manú Vaivasvata, un Iniciado Solar de Primera Categoría, y diez sabios llamados Richis; sus nombres eran respectivamente: Marichi, Atri, Pulastya, Pulaka, Angrias, Kardama, Daskscha, Vashishiha, Bhrigú y Narada.
Se asentaron allí, en la tierra de Uttura Kuru, país encerrado en un círculo de altas montañas que podría ser la actual Cachemira.
Estos Arios Indos de tez blanca, de pie convexo, poseedores ya del quinto sentido, primera subraza de la gran Raza Aria, dejaron a sus descendientes la historia de su magnífica religión redactada en los Vedas milenarios.
Los Vedas, palabra que quiere decir “ciencia pura”, son

un conjunto de himnos y cánticos que aquellos antiguos pueblos acostumbraban elevar a sus dioses; himnos que al principio no estaban escritos, sino que eran transmitidos oralmente de generación en generación.
Los Vedas se dividieron en cuatro grupos: 1° Rig, 2° Sutra, 3° Brahmanes y 4° Atharva.
Por estos libros sagrados se deduce que se conocía ya un principio infinito e inmenso, desde donde surgían todas las cosas creadas: Aditi, el Infinito.
Detrás de este concepto universal se formaba la idea de un Dios creador, personal, fuerte, que encierra en sí todo el poder del bien; éste es Indra, el segundo dios hindú, que lucha continuamente contra el mal y contra el espíritu de las tinieblas y de las obscuridades: Vritra.
A Indra le llaman los Vedas "el único Dios que profesa amor a los mortales, que los auxilia, que derrama a manos llenas sus bienes sobre ellos".
La Raza Aria, antes de dividirse en tribus, que fueron las fundadoras de las distintas subrazas, poseían el único idioma, el Zenzar; y todas tienen en sus voces primitivas, en sus vocablos básicos, una única raíz y un único relato que recuerda una región donde habitaron anteriormente, fría, de nieves y de largos inviernos.
El idioma primitivo de los Arios es el Sánscrito, que se transforma después con el tiempo, como todos los idiomas primitivos, en lenguas sacerdotales y religiosas.
La lengua Sánscrita es para los indos Vak, la vibración eterna, que ellos transforman en divinidad.
Los versículos de los Vedas cuando son modulados según las antiguas entonaciones, tienen para ellos una vibración de especial poder, a la cual se llama Mantra.
Agni, el fuego, Phritivi, madre de la tierra, Mitra, el sol,

Varuna, las nubes, Arimau, el lar familiar, en una palabra, todas las manifestaciones de la naturaleza, todas las costumbres, las virtudes, el bien y el mal, son materializados y transmitidos a la posteridad como divinidades.
Enseñan que aquellos antiguos y nómadas pueblos de pastores fueron asentándose poco a poco, desde la Pañchala que quiere decir país de los cinco ríos, hoy Penjab, hasta alcanzar una civilización de proporciones fantásticas.
Las leyes del Manú, el más antiguo código indo, describe cuáles fueron las bases, el orden de este pueblo y de su religión.
También se encuentra en la religión indo, después de un Dios infinito "Aditi", después del Dios creador "Indra" y de un principio de lucha entre el bien y el mal "Indra"y "Vritra", después del culto a las fuerzas naturales y atmosféricas, el culto a la Trinidad, principio que se encuentra en todas las religiones Arias. Este concepto es muy posterior a los Vedas y representa un Dios Uno, pero con tres aspectos: el Brahma, Vishnú y Siva, que son imagen de la mente cósmica, de energía primaria y la sustancia indiferenciada respectivamente.
Se verá paso a paso, al estudiar en las distintas religiones, estos principios divinos y naturales, con uno u otro nombre, siempre renovándose, siempre los mismos.
La religión Aria es Una, natural y divina, pero las distintas razas le han dado diversos nombres.

Enseñanza 3: El Hinduismo

Sobre los Vedas asentaron los Arios todas sus religiones, filosofías, leyes, letras y artes.
Los Upanishads, los Sutras, que constituyen la moral y la filosofía del Hinduismo, no son más que amplios comentarios de los textos primitivos basados en su religión.
Crece el pueblo Ario, se hace fuerte y potente, hasta que el deseo de poderío fomenta contiendas intestinas y guerras espantosas.
En los Puranas, se describe la guerra entre los dioses y los elementos; en el Ramayana, se describe la guerra de los Arios guiados por la Divina Encarnación de Rama contra los Atlantes; en el Mahabharata está descrita la guerra de los Hindúes entre ellos. Es en esta epopeya que aparece Krishna, el octavo Avatar de Vishnú, guiando a Arjuna a la victoria.
La conversación sostenida entre estos dos, descrita en el Baghavad Gita, es aún hoy la base espiritual de muchos devotos de la India y los que siguen esa religión se llaman Vaichnavitas.
Al final del Mahabharata aparece Siva, el Dios del destino y de la destrucción y Kali, su esposa. Estos dioses tomaron desde entonces gran incremento y serán aquellos que más templos tendrán en la India, generando esa prole de Yoguis y Tántricos, místicos y ejercitantes de los poderes psíquicos que nadie en el mundo podrá superar; aún Yaghannart, el rey del mundo que se pasea una vez al año sobre su carro milenario, es imagen del dios Siva.
Los ejercicios de los Yoguis están especialmente descritos en la Yoga de Patanjali, en el Sivagama, en el Chakra Nirupana. Este amor de los Hindúes por su religión y por las prácticas espirituales les hace aptos

para que sus religiones se multipliquen en infinidad de sectas, que sería imposible nombrar; todas ellas impulsan al estudio de las cosas internas y abstractas. La filosofía tiene bases poderosas, nacidas de la religión hindú.
La Vedanta pura, que afirma que todo fuera de lo Inmanifestado es Maya.
La Vedanta Advaita que admitiendo como única realidad lo absoluto tolera, sin embargo, un principio creador, Purusha (el Espíritu), y un principio vital y substancial, Prakriti (la Materia).
Detrás de estas filosofías y teologías hay una infinidad de Pandits (sabios) y Brahmacharin (monjes), de Sanyasis (místicos), que renuncian a todas las cosas, de Yoguis Iniciados, que renuevan, mantienen, purifican y depuran continuamente la única religión primitiva de los Vedas: Chaitanya- Sankaracharga, y últimamente Ram-Mohum-Roy (el fundador del Brahmochamay), Rama Krishna y Vivekananda (el fundador de la Misión Rama Krishna) y el poeta filósofo Tagore.
La pura religión de los Vedas tuvo, como se ha visto, también su época de obscurantismo después de la guerra descripta en el Mahabharata.
Debilitados los pueblos los sacerdotes tomaron las riendas del gobierno.
Ellos eran llamados Brahmanes y constituyen su nombre en lugar del de Indra, como el nombre que hay que atribuir a la Divinidad Brahma. Y para consolidar su poder, dividen la raza en cuatro castas, poniéndose ellos a la cabeza como dinastía divina.
A pesar de esto muchos Brahmanes eran verdaderamente descendientes de los antiguos Reyes

Iniciados Arios.
Las cuatro castas fueron divididas del siguiente modo:
Brahamanes: Sacerdotes y dirigentes espirituales del pueblo;
Chatriyas: Casta de los reyes y guerreros;
Vaisyas: Casta de los industriales y comerciantes;
Sudras: Casta de los sirvientes.
Como consecuencia negativa de estas leyes llevadas al despotismo se han tenido terribles resultados, que aún hoy día son difíciles de extirpar totalmente.

Enseñanza 4: El Egipto

El antiguo Egipto se extendía más allá del costado Nor-Oeste de África a una isla completamente sumergida actualmente. Las primeras cinco dinastías cuya memoria se pierde en las centurias pertenecían íntegramente a la raza Atlante y eran, por eso, de origen Semita.
Vencidos estos antiguos Atlantes por la nueva raza, los primitivos Arios Semitas negros, fue Egipto la cuna de la segunda subraza Ario-Semita, que pobló la parte Sud del Egipto actual, después que el viejo Egipto Atlante fue sepultado en el océano.
La antigua leyenda egipcia recuerda este gran diluvio cuando asegura que el Rey Menes torció el curso del río Nilo para edificar en la nueva orilla la ciudad de Menfis.
De allí que la religión egipcia fue la que más relaciones y parecidos tuvo con la Sabiduría Atlante y con los secretos Divinos e Iniciáticos del continente perdido.
Las ciencias del Egipto, que han construido obras que aún asombran al mundo, han sido perdidas y ocultas porque pertenecían a la Escuela Sacerdotal de los Egipcios Atlantes, las cuales habían aprendido por

herencia los Egipcios Faraónicos.
La costumbre de poner al Faraón por encima de los sacerdotes, a la inversa de lo que hicieron los Brahmanes Hindúes, demuestra cuán arraigado estaba en el pueblo el recuerdo de los Grandes Reyes Primitivos del tiempo de la Gran Lucha, que eran a un mismo tiempo Sacerdotes Videntes y Reyes Iniciáticos.
La religión egipcia se funda esencialmente sobre este concepto: un reino humano y poderoso, imagen del Reino Divino y Superior.
El Faraón, el Rey, el dirigente absoluto de todos los habitantes del gran territorio, es el poder único, la voz primera, una verdadera imagen de Dios. Dispone de la vida y de la muerte, es el Rey verdadero, protector de su gente, es el Sacerdote único, intermediario entre la tierra y el cielo. No hay otro sobre él, no hay otro más que él.
Él no sólo tenía a su disposición el ejército, sino también a todo el Colegio Sacerdotal; mejor dicho, el ejército era la fuerza humana del Faraón y la casta sacerdotal, su fuerza divina.
Un Faraón no era solamente el Marte de la guerra sino también el Supremo Oráculo del Templo.
En esta imagen del Rey Iniciado de Egipto está condensado todo el poder de esta raza que cruzará los milenios impávida y altiva sin ser derrotada hasta que haya cumplido su misión y aprendido toda la experiencia que le era necesaria.
La vastedad del Reino Egipcio no era causa para que no fuera bien reglamentado y dirigido. Este pueblo, que veía en su Faraón la expresión de un Dios, no dejó por eso de divinizar a la naturaleza y a las fuerzas que de ella emanan; y como era un pueblo netamente

campesino y agricultor divinizó a la tierra y a sus frutos, al sol y a las estrellas, y, sobre todo, al caudaloso Nilo, el gran río que les podía proporcionar abundante cosecha o abandonarlos sin pan.
Este río fue tan divinizado que se reputaba sacrilegio intentar averiguar el lugar de su nacimiento, pues la leyenda rezaba que el manantial de él estaba en el cielo, en el seno de la divinidad.
Este pueblo sencillo y trabajador, que no tenía más religión que los impulsos del alma y las manifestaciones naturales que lo rodeaban y que no tenía más potestad que la de su rey, luchó intensamente contra los Arios que querían arrebatarle su suelo y contra los Arios Semitas que salieron de su seno y se independizaron, como ser los Israelitas y los Asirios.
Además, en los albores de esta raza, tuvo ella que luchar contra los últimos Egipcios Atlantes que se oponían violentamente a la formación de este nuevo tipo de hombre. Ellos, guiados por sus Divinos Instructores, la primera dinastía faraónica, pudieron depurar su raza y su Divina Religión ya que alrededor de ella, que dominaba como fuerte árbol, brotaron las flores de las formas de la humana Religión Aria.
Las dinastías de los Faraones Egipcios se dividen del siguiente modo:

I y II: Thinitas;
III a X: Menfitas;
XI a XX: Tebanas;
XXI a XXX: Saitas.

Enseñanza 5: Dioses Egipcios

El recuerdo de la Divina Religión Atlante, fomentó entre los Egipcios el culto a los dioses solares: Ra (el Sol), Atonu (el dios Solar), Shour y Anuri Amon (dioses de los días).
El recuerdo de los Grandes Instructores, de los Divinos Iniciados que habían guiado a ese pueblo, inspiró a los dioses de los muertos: Sokaris, Osiris, Isis, Anubis y Neftis, son sus exponentes. Pero el culto de la naturaleza característica de la nueva Raza Aria, crea los dioses de los elementos: Gabú (la Tierra), Nuit (el Cielo), Nu (el agua primordial), Hapi (el Nilo).
Estos dioses elementales se transforman de generación en generación, cambian y viven como los hombres; son adorados en una comarca y abandonados en otra, casi como si tuvieran vida humana. Pero, los dioses de los muertos son los que más profundamente estuvieron arraigados en el corazón de los egipcios desde su Gran Rey Iniciado Menes.
Osiris, el Señor de la Muerte, recibe el alma con sus cuarenta y dos jueces infernales, mientras el corazón del muerto habla en pro o en contra de sí mismo. Isis es su esposa, imagen de la Velada Madre; es también símbolo de la luna, reina de la muerte.
Osiris es el Bien, pero lucha constantemente contra Sit-Tifón, imagen del Mal. Osiris es vencido por Sit-Tifón, es despedazado y sus miembros mutilados arrojados al Nilo; pero su esposa Isis, dolorosamente, busca esos mutilados miembros en el agua, los junta y llora sobre el cadáver del Dios muerto y sacrificado por el bien. De ese cuerpo mutilado surgirá el libertador; nace un casto niño, Horus, que vencerá definitivamente a Sit-Tifón.
En el antiguo Egipto, cuando se conmemoraban los

misterios de Osiris, se hacían grandes fiestas, se velaba el cuerpo del Dios muerto, se revestía la imagen de Isis con negros velos; pero cuando resucitaba Él en Horus, todo era fiesta y alegría. Se menciona esta ceremonia para que se comprenda de donde fueron copiados los misterios cristianos, el dolor de la Pasión y la Dolorosa y el regocijo de la Resurrección y del Nacimiento.
Los dioses solares no eran considerados supremos en todas las regiones, sino cada región tenía su dios predominante.
En Denderah se adoraba a Hathor, en Sais a Nit, en el Kab a Nekhabit y en Elefantina a Harmakis.
Los dioses de Egipto tuvieron templos maravillosos en Menfis, en Tebas, en Elefantina, edificados todos ellos sobre las riberas del Nilo; aún pueden verse las ruinas de Karnac, Denderah, Edfú y Philae.
En donde se ve la magnificencia del recuerdo religioso del Egipto es en la Esfinge de Gizeh, en las pirámides milenarias que son a un tiempo tumbas funerarias, templos de veneración a los antepasados, cámaras iniciáticas y libros de piedras sobre las cuales está escrita la ciencia del Universo.
Hermes Trismegisto, el tres veces sabio, es la imagen divina sobre la tierra de un Dios.
En todas las Religiones Arias se encuentra este hombre Uno entre todos, que es venerado por la posteridad como una Divina Encarnación.
El concepto de la Trinidad no falta en la religión egipcia, pero siempre con el aspecto de la constitución de una familia Divina.
Osiris e Isis, engendran a Horus, Ftah, dios masculino y Sokhit, diosa femenina, dan vida a Nefertunus.
Sobre todas las tumbas de este antiguo pueblo, se

encuentran estas tres cabezas divinas entrelazadas. Los grandes libros de esta religión, cuidadosamente guardados por los sacerdotes, de centuria en centuria, poseedores de todos los secretos de la sabiduría Atlante, fueron completamente destruidos por los sacerdotes para que no fueran entregados a los profanos. Algún texto oral transcripto existía en la Biblioteca de Alejandría, pero las llamas destruyeron para siempre ese tesoro; únicamente se conoce algún fragmento, mal transmitido, del Libro de los Muertos y del Gran Kibalión.
Los Egipcios tenían una idea exacta de la existencia del cuerpo astral y lo llamaban el doble del hombre o Ka; de allí el gran culto que tuvieron a los muertos y su arte de embalsamar tan bellamente que nadie ha sabido copiar. Ellos procuraban conservar la apariencia del cuerpo físico para que el ser, al volver a renacer, tomara el mismo aspecto de la vida anterior.
Decían que el Ka o cuerpo doble era una imagen sutil, reproducción de la física, que envolvía el alma que ellos llamaban Khu y que emitía sutiles radiaciones y fosforescencias.

Enseñanza 6: Diez Grandes Religiones

Se han explicado en las Enseñanzas anteriores que dos grandes religiones fundamentales se habían encauzado en los comienzos de la Raza Aria. Los Arios puros fundaron una religión humana que al contacto con los Arios Semitas se transformó en Humana-Divina. Los Arios Semitas que no se habían alejado mayormente de las orillas de la tierra perdida mantuvieron una religión divina que al contacto con los Arios de la

primera subraza se transformó en Divina-Humana. Se tienen entonces dos religiones fundamentales: La Ario Védica y la Ario Semita Egipcia. Una u otra alternativamente se vencieron, se superaron, se asimilaron, se desprestigiaron, pero la finalidad fue que triunfara la religión Védica y que se perdiera la religión Egipcia.

Los Arios Arios fundaron una religión humana que se transformó en Divina; mientras los Arios Semitas desaparecen con Egipto, después de haber entregado a los hombres blancos el tesoro de su Divina Religión. Estaba escrito, era su karma, que los hombres de la nueva raza de la razón triunfaran y que los otros fueran derrotados.

Quedaron vestigios de estas Religiones Divinas en los Templos del Sol (Cuzco, en las regiones salvajes y perdidas de América) que desaparecieron como castillos de naipes a la sola aparición de un puñado de españoles que no eran los vencedores por el poder, sino los vencedores por el derecho del karma.

Las dos grandes corrientes Védicas y Egipcias fueron las fundadoras de las diez grandes religiones del mundo antiguo, hasta el advenimiento del cristianismo.

Los Arios Vedas dieron vida a los Caldeos, Persas, Griegos, Galos y Romanos.

Los Arios Semitas dieron vida a los Asirios, Sargónidas, Israelitas, Chinos y Budistas.

Estas diez grandes religiones plasmaron la Idea Madre de toda la raza Aria: la lucha entre el espíritu y la materia, el balancear de los pares de opuestos, la intensa lucha entre una razón humana y una intuición divina.

Los Caldeos, los Persas y los Griegos eran de tez clara,

grandes propulsores de la vida y de la civilización por el esfuerzo propio; son una vislumbre de lo que podrá alcanzar el hombre con el solo empuje de su voluntad y discernimiento.
Los Galos, enjambre de Arios olvidados en las regiones tórridas del centro de Europa, tuvieron la misión de conservar lo más pura posible la religión de la naturaleza.
Los Romanos, formados por el refinamiento griego y empujados por la ola de bárbaros del Norte, formaron entre estas dos corrientes la religión más fuerte de nuestra raza, pues sobre ellos se fundó el cristianismo y toda la actual civilización.
Los Asirios y los Sargónidas fueron en sus orígenes de tez obscura y transmitieron con su extraordinario desarrollo, más intuitivo que racional, la Divina Religión de los Egipcios.
Los Israelitas, rama salida también de los egipcios Atlantes, tienen la misión de mantener con su religión el concepto de un Dios Único y Personal, perpetuándose durante todo el transcurso de la Raza Aria, como símbolo vivo del origen de nuestra misma raza.
Los Chinos de descendencia Lemuriana, fueron absorbidos por la Religión Atlante; ésta fue transmitida a través del aparente materialismo de las altas enseñanzas de Confucio y Lao-Tse.
Los Budistas, si bien nacidos en pleno seno hinduista, son una caracterización de las antiguas religiones egipcias. De allí el odio mortal y encarnizado que ha existido siempre entre hinduistas y budistas.
Sobre estas diez grandes religiones se fundó el mundo antiguo, se desenvolvieron las cuatro primeras subrazas de la raza Aria hasta que volvieron a

desmoronarse, a confundirse y a reencarnar en el naciente cristianismo y en las nuevas religiones.

Enseñanza 7: Los Magos Caldeos

Como dos inmensos ríos que se encuentran y se juntan, la antigua religión Divina de los Atlantes y la nueva religión de los Vedas se juntaron y florecieron en la naciente raza Aria.
Ya se ha visto cómo los Arios abandonaron las mesetas y estepas del Asia septentrional, emigrando en grandes caravanas hacia el Sud.
Al nordeste de África se extendía una tierra inhospitalaria y casi inhabitada limitada por los mares Negro, Mediterráneo, Caspio, el Océano Indico y las montañas del Cáucaso.
Como inmensa masa de sal, la finísima arena del desierto era la única dueña del territorio; pero en el linde oriental de este desierto, se estableció la nueva raza que fue después conocida con el nombre de Meda.
Dos grandes ríos, el Eufrates y el Tigris, surcaban ese desierto y alivianaron y ayudaron la tarea fundadora de los nuevos habitantes. Habían encontrado allí, los blancos hombres, unas tribus nómades de negros semitas; los destruyeron o dominaron, pero siempre sin fundirse con ellos, aprendieron de estos descendientes de Atlantes, la historia de su Divina Religión y de sus grandezas perdidas.
Más adelante, la historia de la destrucción de la Atlántida será escrita en los anales caldeos con la leyenda del "Dios Belo". Por la maldad de los hombres, Dios decide destruirlos y encarga a Xisutros que construya un arca y guarde en ella a todo ser bueno y que navegue hacia la tierra de Nicir, tierra prometida

de salvación.
Los Hebreos copiaron de allí el relato bíblico del diluvio universal.
El Titán y el Ner, gigantes caldeos, son también vislumbres del conocimiento que tenían de la gigantesca raza Atlante.
La lucha de los primitivos Caldeos contra la rebelde naturaleza e incomodidad del terreno que habitaban y el recuerdo del culto natural de sus antepasados Arios hizo que divinizaran los elementos y fenómenos naturales. Pero el culto más arraigado de este pueblo, que alcanzaría un grado elevadísimo de civilización, es aquel de la existencia de la vida después de la muerte, de la reencarnación y de la influencia de los seres buenos y malos sobre la tierra y los hombres.
Por eso el primitivo Sacerdote Caldeo es el encantador que, con perfecta vocalización, aleja a los espíritus inferiores e invoca la protección de los buenos.
Este estudio profundo de las artes mágicas hace de los sacerdotes e Iniciados caldeos grandes químicos y grandes conocedores del aspecto oculto de la naturaleza. Como aprendieron que toda influencia humana está sujeta a la influencia estelar y sideral fueron astrónomos consumados. Tan cierto es ésto, que los templos caldeos se pueden considerar como grandes observatorios.
Los antiguos templos eran rectangulares y se llamaban Ziggourat, con tres, cuatro o siete pisos sobrepuestos. Estaban construidos sobre grandes cerros artificiales y el piso superior de forma semiesférica, era un perfecto aparato telescópico fundido en plata y oro. Allí estaba la cámara secreta de la Diosa Ishtar, a la cual no podían entrar más que los Grandes Sacerdotes Iniciados o los

Iluminados que hubieran logrado la clarividencia mental.
Los pueblos caldeos, que primitivamente se constituyen en clanes para la disciplina de su organización, alcanzaron bien pronto un gran poder y civilización. No poseían piedras ni mármoles como los egipcios, pero supieron escribir su historia sobre inmensas masas de barro que han llegado hasta los días actuales.
También adoraron a un Dios Único, Zi Ana (Dios creador), Zi Kia (el Dios humanizado), el redentor hecho hombre, llamado el Grande y Sublime Pez. Obsérvese aquí la similitud de Cristo, que trae una religión que tiene por símbolo un pez, como la Encarnación Divina de los Caldeos. Enlil, es el aspecto malo de Dios, rey de los lugares tenebrosos, de los infiernos y del mal.
También conocieron los caldeos el concepto religioso de la Trinidad ya que dignificaron a Anu, Bel y Ea como un Dios solo con tres cabezas.

Enseñanza 8: La Religión Irania

A medida que se iban sucediendo las civilizaciones Arias, una tras otra, se iban cambiando, modificando y transformando las religiones.
En la cuenca del Tigris, en el Asia Central, se había levantado un pueblo fuerte e indómito, el Asirio, que creció pronto y desarrolló una potente civilización. La grandeza de ese pueblo la recuerdan las ciudades populosas y perdidas de Asur, Nínive y Gale; a imitación del pueblo egipcio, su gran enemigo, al cual venció y por el cual fue vencido a su vez, divinizó el aspecto de la naturaleza, de la Diosa Paloma, la gran

reina Semíramis; mientras la adoración del aspecto masculino de Dios, fue simbolizado por el Fuego Sagrado, que ardía constantemente en los templos. Los Sargónidas, los Medas y los Persas adoraron los dos aspectos: el fuego como Dios y la Naturaleza Divinizada como Diosa.

Pero había de surgir una nueva religión, una religión que divinizara y exaltara más el concepto divino, despejándolo de la gran cantidad de ídolos, estatuas y cultos variados en que había caído.

La Divina religión Atlante estaba aplastada bajo las estatuas monstruosas de numerosos dioses y la pura y natural religión de los primitivos Arios había sido suplantada por formas groseras.

Asur, el dios alado, que sale del disco solar, la imagen del cual copiaron los griegos para su dios Hermes, había perdido toda significación armoniosa de la Humanidad enlazada con la Divinidad.

En una vasta meseta del Asia, circunscripta por los ríos Indo, Tigris y Mar Caspio, se formaba una raza Aria nueva, mezcla de Persas, de Medas y de Asirios: la raza Irania o Pérsica.

En los albores de su civilización, para restaurar y armonizar el culto religioso, bajó entre ellos un Gran Iniciado, Zaratustra (siglo VI a.C.). Este Gran Ser destruyó la idolatría y levantó el estandarte del Gran Dios, el Dios Único, el Verbo solar: Ahuramazda. Desde entonces el culto solar, símbolo de la Religión Divina de los Atlantes, brillará otra vez en todos los estandartes, sobre todos los tronos, sobre todos los altares.

En su juventud, Zaratustra es llevado por Vohumano, dios tutelar de la raza a una alta montaña en donde

Ahuramazda le entrega el Avesta, código sagrado de la nueva religión. También Moisés, legislador del pueblo judío, recibe sobre un monte las tablas de la Ley de Jehová.
Hasta en la muerte se espeja esta nueva religión de las muchas formas, ya que expone sus muertos sobre altas torres para que las aves de rapiña coman las carnes de los cadáveres y los huesos sean calcinados al sol. Estableció la religión Irania, los dos principios fundamentales del bien y del mal. El bien ha de ser premiado en ésta y en la otra vida; el mal ha de ser castigado en esta vida por la ley, y en la otra por la pena y el castigo divinos.
La religión Irania abre un paréntesis nuevo entre las religiones Arias que habían perdido su primitiva armonía basada en el culto monoteísta y politeísta a un tiempo; si después, con el andar del tiempo y como todas las religiones, ella también se materializó y adoró a dioses diversos, todas las religiones sucesivas jamás perdieron el verdadero concepto de la religión de la raza, que es un recuerdo divino encerrado en una forma humana.
El círculo y la cruz aparecen por doquier: el Ank Sagrada de la Madre Divina brilla en el cielo de todas las religiones de la raza Aria.

Enseñanza 9: La Diosa Asiria de la Guerra

Estrechado entre los poderosos imperios Caldeo y Egipcio, un nuevo pueblo había surgido: los Asirios. Los Caldeos, los Asirios, los Fenicios, los Sirios, los Sargónidas y los Persas constituyen la tercera subraza

Aria llamada Irania.

Las subrazas Arias se dividen del siguiente modo:
Raza Raíz Aria:
Primera subraza: Ario - Aria
Segunda subraza: Ario - Semita
Tercera subraza: Ario - Irania
Cuarta subraza: Ario - Celta
Quinta subraza: Ario – Teutona (está terminando)
Sexta subraza: Ario - Americana (está empezando)
El pueblo Asirio estaba seleccionado entre los Caldeos Arios Semitas y destinado a formar una religión védica por excelencia. Se había formado fuerte, indómito y peleador, ya que era destino de Asiria mantenerse independiente a costa de guerras continuas pues la rodeaban potencias enemigas.

Es lógico, entonces, que la religión Asiria sea por excelencia guerrera y personificación de los poderes de la guerra, del combate y de la victoria.
El Rey de los Asirios Asur, es un Iniciado Ario, que guía ese pueblo a la conquista de una civilización nueva: la civilización por la fuerza.
Los Asirios, al saberse fuertes, no fueron crueles con los vencidos, para poder aprender sus enseñanzas, asimilar sus buenas costumbres y entrefundir los valores constructivos.
Asur, el Rey Iniciado, se transforma en Ciudad Santa y la Ciudad Santa se transforma en el Santuario vivo que tiene por culto supremo a Asur.
Fue testimonio de este valor progresista de los Asirios la gran biblioteca de Asur. Estaban reunidos allí

documentos de la antigua civilización Atlante, de la historia de los primitivos Asirios y el libro de la profecía y de la construcción de la gran pirámide de Cheops. De esta biblioteca quedan resabios de sus tablillas y escrituras sobre papel impermeable en el Museo Británico.
Como la Asiria es la religión de combate, el Dios constructor de ella es el Gran Rey vencedor, constructor del reino Asirio, Nino, el Vencedor. El aspecto femenino de la Divinidad está representado por Semíramis, la hija divina de Derketo de Ascalón. Semíramis fue abandonada al nacer y la recogió un pastor llamado Simas que la crió amorosamente y la instruyó en el arte de la guerra. Casada con Cannes, lo siguió en los combates; Nino se enamoró de ella, la arrebató al esposo y la asoció al imperio. Desde entonces ella cruzó la vida sobre un resplandeciente caballo de batalla, yendo de victoria en victoria, fundando templos, venciendo enemigos, enriqueciendo de tesoros de arte la gran Nínive. Luego, su hijo Ninias conspiró en su contra y cuando ella lo supo, herida por el dolor, se transformó en una blanca paloma que desapareció en el cielo.

El culto primitivo de los Asirios era el mismo que el de los Caldeos. Adoraban al Dios Belo y le ofrecían sacrificios; pero después formaron un culto propio divinizando a sus reyes o transformando esos dioses extranjeros en dioses nacionales.
De esta antigua religión no queda al día de hoy resto alguno en el mundo; pero su historia de grandeza religiosa, de un Dios Uno y Trino, de un castigo y de un

premio después de la muerte, está escrita en todas las religiones que la sucedieron.

Cuando el pueblo Asirio decreció y empezó su decadencia los cultos primitivos, puros y fuertes, que imploraban la victoria antes del combate o celebraban el triunfo después de la batalla con ritos sencillos y primitivos, fueron suplantándose por ceremonias lujosas y sacrificios humanos.

Enseñanza 10: El Sol del Irán

Desde las orillas del Oxus y del Laxartes situadas cerca de la mística meseta de Pamir, descendían los Iranios hacia Bactriana y Nizaya. De esa multitud de nómadas tribus surgieron los imperios Medo y Persa.
Como un sueño han llegado hasta los presentes días los relatos de las grandes ciudades de esas naciones: Ecbatana y Persépolis.
Inútil es discutir sobre el origen Ario de esos pueblos, pues es demasiado visible su parecido en la literatura y en el lenguaje.

El Zend-Avesta es una imagen de los Vedas. El idioma primitivo de ellos es del tipo zenzar y sánscrito y estaba relatado en el Avesta, libro que se perdió completamente, pues el Zend-Avesta no era sino un comentario del texto primitivo (Zend: Comentario).
El concepto religioso de los Persas era natural y divino. Todo emanaba de lo Eterno, el llamado Zervani-Akerena; el Inmanifestado se expresaba en un dios

manifiesto: Ormuzd o Ahuramazda. Había también un dios del mal: Ahriman.

El concepto que tenían de la vida no era ni de bien absoluto ni de mal absoluto, porque regía para ellos el más alto sentido de los pares de opuestos. Ormuzd no siempre es el que triunfa, sino periódicamente: existe la edad del bien y la edad del mal. Una cosa contrabalancea la otra. Pero el gran dios de los Persas es Mitra, imagen de la energía cósmica. Ormuzd, Ahriman y Mitra, forman la Trinidad Sagrada.

El bien y el mal pasan, pero la Energía Divina permanece eternamente.

Este concepto de adoración al Sol, hace que la imagen solar brille sobre los palacios y los estandartes de los Persas. Todo el Irán es la ciudad del dios sol. Como resultado de esta ardiente veneración surge la adoración al fuego.

En esos templos resplandecientes de oro, el fuego es el único símbolo, la única imagen. Por las llamas del altar predicen los sacerdotes el futuro y a través del fuego llega a ellos la voz de los dioses. Moisés recordaría esto cuando Dios le hablaba desde la zarza ardiente.
El Gran Profeta del Irán fue Zaratustra, la Divina Encarnación aparecida hace cuatro mil años para renovar al pueblo Persa decaído. No hay que confundir este profeta con Zoroastro, que fue el Iniciado que trajo a los primitivos Iranios desde Bactriana hasta la meseta del Irán.

Toda la religión persa es cosmogónica y astronómica, en su símbolo y en su forma. El Sol es la morada de las almas bienaventuradas, pero para ascender hasta él, las almas han de pasar por siete puertas, imagen de los planetas, pero también imagen de las etapas iniciáticas que se deben escalar para llegar a la liberación o estado de Iniciado Solar.
Ninguna prueba queda de la gran civilización ni del gran adelanto de los Persas, ya que la historia únicamente conoce algo desde la dinastía de los Sasanidas.

Los persas también tenían en Persépolis una fantástica biblioteca y un museo con ejemplares de los tiempos más remotos de los Arios, que fueron destruidos vandálicamente por los griegos al mando de Alejandro.
Ya la religión Persa ha desaparecido totalmente del Irán, pero en la India existe el Mazdeísmo, que es una imagen de aquella antigua religión, la segunda, después del Hinduismo, que ha llegado hasta nuestros días. Aún hoy, el sacerdote mazdeísta o parsi, enciende sin tocar el fuego sagrado: coloca en alto, sobre dos palos de sándalo la lumbre para que prenda y en algunos templos permanece sin prender este fuego, esperándose, durante años, un rayo del cielo que lo encienda.
Antiguamente los sacerdotes persas, que dominaban perfectamente a los elementales, atraían sobre el altar un rayo del cielo para que lo encendiera.
El culto al fuego desde los Persas y los Arios primitivos adoradores de Agni ha pasado a todas las religiones y cruzará con ellas, este símbolo de lo natural y lo divino, hasta el final de la raza.

Enseñanza 11: Los Sargónidas

También se acostumbra llamar Asiria a la segunda gran época Asirio Semita de este pueblo Iranio; sin embargo, existe una gran diferencia entre estas dos épocas y entre uno y otro pueblo.
Ya se vio que los Asirios eran de descendencia Ario Semita, que habían asimilado a los pueblos negros, primitivos, sometidos a ellos.
Crecieron y se hicieron poderosos y sabios, pero vino también para ellos el tiempo de la decadencia.
Ya no adoraban al Dios Único, ya los sacerdotes no eran los mensajeros entre el Altísimo y los hombres, ya los potentes templos, depósitos de energía guerrera, no eran más que galerías de estatuas de dioses de toda forma y dimensión, ya los reyes no eran los rectos descendientes del mitológico rey Nino, sino que se abandonaban a los vicios y a la molicie.
Mientras tanto las provincias semitas, sujetas a los Asirios, se habían hecho fuertes, aborreciendo las costumbres paganas y deseando volver al culto del único y verdadero Dios.
Dios creo un hombre, guerrero indómito, de gran valor y fortaleza, de nombre Sargón y de origen Semita.
Él instigó a sus hermanos de raza en contra de los reyes reinantes; se levantó en guerra y venció poco a poco a los dominadores quedando como señor y rey de todo el territorio Asirio.
Por eso se la llama "Sargón el usurpador" y con él empieza la época de los Asirios Sargónidas, de origen Semita.
Este hombre renovó al pueblo y a las ciudades, fundó

nuevas, aplastó las provincias rebeldes, destruyó los ídolos y restableció el culto a Dios venerado en espíritu y verdad.
Toda su vida hasta que fue asesinado, fue de guerra y reforma. Venció la barrera que ponían a Asiria el Egipto y el Elman e hizo su reino inmensamente grande. Después de la conquista de Caldea y de haber saqueado por segunda vez a Babilonia, edificó templos de siete escalinatas en los cuales se veneraba el árbol sagrado, imagen de siete manifestaciones eternas y copiado de los misterios de la diosa Ishtar y del dios Belo de Babilonia.
Antiguos trozos de barro representan al rey Sargón de pie, delante del árbol sagrado, con la cabeza inclinada como si lo estuviera adorando.
El árbol sagrado era imagen, según los sacerdotes sargónidas, de Dios manifestado.
La primera parte compuesta de tres ramas, representaba la manifestación inferior o animal; la segunda parte, ramas de color rojo, representaban la vida del hombre; otras ramas de color celeste, representaban la existencia de los mundos intermedios donde moraban los antepasados guerreros.
Las otras ramas superiores, de color amarillo, representaban la morada de los ángeles o espíritus superiores. Las quintas, las sextas y séptimas ramas eran imagen del Dios Trino e Invisible.
Esta fuerte raza Semita fue la que más tarde dejaría sus enseñanzas, sus símbolos y sus escrituras a los Moabitas y a los Hebreos por intermedio de los cuales llegarían hasta nuestros días.

Enseñanza 12: Los Hebreos

Durante el primer período de la subraza irania predominaron los Arios puros en el gobierno y en la dirección de los pueblos, como se vio en Caldea y Asiria. Pero a partir del segundo período de la subraza Irania, tomaron preponderancia otra vez los Semitas de color cobrizo, como se observa con los Sargónidas, Fenicios, Arameos, Moabitas y Hebreos.
No abandonarían los Semitas el dominio del mundo, especialmente en lo que en materia religiosa y espiritual se refiere, hasta el crecimiento y desarrollo de la subraza Céltica, la cual dio pueblos tan valerosos y admirables, puramente Arios, como los Griegos, Itálicos y Galos.
Muchos Semitas se habían asentado en diversos lugares del Asia y se habían transformado, de tribus errantes, en fuertes pueblos, como los Fenicios, los Arameos y, en menor escala, los Moabitas.
Pero otros rechazaban esta vida sedentaria y preferían el desierto a la ciudad, la carpa de campaña a la cómoda casa, el pan ázimo de los hornos naturales a los sabrosos manjares.
Entre los demás pueblos, aún los Semitas, se acostumbraba desmenuzar a la Divinidad, dándole diversos aspectos y formas.
Pero estos puros hijos de la arena y de las rutas interminables no tenían, en su sencilla mente, sino un único concepto de Dios: Eloh, el espíritu, el invisible, la fuerza desconocida, lo que no podían definir.
Estos nómadas teraquitas, se dividieron en diversas tribus, tal vez las doce tribus de Israel. Pero los que

tomaron preponderancia sobre los demás fueron las de Ben-Israel y Ben-Jacob.
Estos nómadas que los Asirios y Caldeos llamaban Hibrim, que quiere decir Hebreos, o sea, los que vienen allende el río, tenían un culto altísimo a la conservación de la propia raza y de la pureza de la sangre.
Eran ellos los descendientes de los Semitas Atlantes, eran aquellos que por centurias y centurias habían tenido que luchar para mantener intacta la sangre que tenía que ser transmitida a las generaciones posteriores para formar el nuevo tipo de hombre.
Habían tenido la misión ancestral de mantener en el mundo el tipo físico de la nueva raza que habían engendrado de sus ascendientes Atlantes.
Esta fuerza del mantenimiento de la raza se manifestaba con una intolerancia absoluta a mezclar su sangre con nadie que no fuera de su tribu.
Este concepto subconsciente de los Hebreos, de la conservación de la raza, se ha transmitido a través del tiempo hasta el día de hoy y muchos padecimientos han tenido que soportar y soportarán por seguir el instinto de la raza.
La religión de los primitivos Hebreos era completamente sencilla y amplia.
Mientras las caravanas y los camellos iban lentamente cruzando los caminos que llevaban hacia el Eufrates o por los senderos de Siria o del Antilíbano, elevaban sus preces al Todopoderoso, con unas lentas canciones rítmicas, análogas al Iasar de los Israelitas y al Kitab-el-Aghani de los Árabes.
De tarde en tarde se asentaban y acampaban cerca de un oasis y, antes de seguir lentamente su marcha, levantaban una piedra conmemorativa llamada “Iad”,

o, si no encontraban una gran piedra, juntaban montones de piedras que aún al día de hoy los Árabes del desierto llaman El Galgail.
El viento, que levantaba médanos enormes y silbaba por días y noches a través de sus tiendas, el rayo, que hería implacablemente sus ganados, tan amorosamente guiados, la luna, que trazaba sus senderos con una franja de luz proyectada sobre la arena, el cielo estrellado y el sol abrasador, eran para ellos el "Eloh".
En lugar de dividir estos elementos, de darles diversos nombres y atributos, los asimilaron entre sí, los juntaban en una única expresión de poder sobrenatural, "Elohim", que es al mismo tiempo el Dios Uno y los poderes de Dios juntos en Uno.
Esta sencillez de culto que habían practicado los primitivos Egipcios, Caldeos y Asirios y la habían ido perdiendo paulatinamente con el tiempo y con el progreso, había echado las bases del concepto monoteísta tal cual perdura aún en el mundo.
Jehová es nombre dado a Dios en tiempos posteriores, cuando este Dios Uno se hace más material y más unido a los destinos del pueblo Israelita.
No tenían los Hebreos mitología alguna, pues la sencillez de su culto no la admitía; ni un culto propiamente dicho, pues llevaban consigo en el Terafin o arca portátil, el aceite que acostumbraban derramar sobre las piedras recordatorias.
Recién tuvieron los Hebreos cultos y templos después de los cautiverios de Egipto y Babilonia, una vez que se hubieron asentado en Palestina.

Enseñanza 13: La Religión de Moisés

Los Atlantes poseían una religión divina que, considerando al Absoluto como fuente de todas las cosas y única realidad, despreciaba considerar la vida física y la finalidad del hombre después de la muerte. Pero este concepto, en las últimas subrazas Atlantes en plena decadencia, se transformó en un materialismo total.

Los Semitas, herederos de esa religión, tenían el mismo concepto del hombre. Dios es el Todo, el Absoluto, Aquél que no se puede nombrar, Aquél que abarca todas las cosas; pero el hombre es pasajero.

A diferencia de los Arios, que creen en una vida después de la muerte, que creen en los "Pitris", protectores invisibles de la raza, los Semitas y en particular los Hebreos, no creen que el hombre subsista en el más allá; les basta tener una vejez venerable y respetada, les basta que su nombre sea pronunciado con veneración después de la muerte y que el recuerdo del patriarca sea perpetuado en su raza.

Más allá no hay más que la nada, el silencio eterno, lo que el hombre no tiene derecho a investigar. En el más extraordinario de los casos, algunos hombres escogidos serán arrebatados, aún con vida, hacia los reinos de Dios para vivir junto a Él.

Las tribus nómadas de los Hebreos, o mejor dicho algunas de ellas, se habían establecido en el bajo Egipto y tan se asentaron allí, que tomaron nombre propio ya que eran denominadas Ben-Josef. Tomaron predominio sobre los Ben-Israel y los Ben-Jacob y los atrajeron hacia sí dominándolos después y

manteniendo sobre ellos un predominio aristocrático. Pero las frecuentes invasiones nómadas habían debilitado a Egipto y a los Faraones y periódicas revoluciones internas eran suscitadas por estos extranjeros en las provincias faraónicas.
Un joven adscripto al servicio del culto Egipcio, o Levi, llamado Moisés, levantó a los Hebreos contra los Faraones y a la cabeza de este pueblo los indujo a huir hacia el desierto de Canaan.
Nada tomó el pueblo Hebreo del culto egipcio, ya que fue siempre considerado reprobable en Judea todo lo que recordara el Egipto: el becerro de oro, la serpiente de bronce y otros ídolos. Lo único que mantuvieron fue el sacerdocio Egipcio copiado de los Levi.
Todo el culto Hebreo, como ya se ha visto, está basado en los cultos de Caldea y Asiria. Sin embargo, el puro culto primitivo de los Elohim, que había culminado en la bella figura patriarcal de Abraham y que era únicamente monoteísta universal, se transforma poco a poco en un monoteísmo racial: Yahvé; el Jehová de los Judíos, no es ya el Dios Eterno que todo lo abraza, sino es el dios peculiar del nuevo pueblo, un dios reducido a una estrecha franja de tierra, a un corto número de hombres, a una relatividad personalista.
A medida que este pueblo se asienta en Canaan y se instituye como tribu fija, condensa más en sí a este dios individual.
Se hace cada vez más obscuro el concepto espiritual de los Hebreos, a pesar del reinado de David y del Templo de Salomón; cuando más va progresando el esplendor terrenal, más cunde el materialismo entre ellos.
Pero el dolor y los profetas despertaron a este pueblo

para mantener a través de las razas la herencia de la religión Semita.

En el cautiverio de Babilonia, lejos de Jerusalén, lejos de los esplendores de Palestina y de la grandiosa solemnidad de su Templo destruido, volvieron a pensar en la inmensidad verdadera de Dios y a prestar oídos a las palabras de vida eterna de sus profetas. Vueltos a Jerusalén, por voluntad de Ciro, el Gran Rey de Persia, restablecieron el culto más puro. Ezdra reúne las perdidas y desparramadas leyes del pueblo y amplia y establece definitivamente la Torah.

La vida espiritual florece y filosofías y hombres de religión proclaman la existencia del espíritu después de la muerte.

Los Saduceos, posteriores, son los materialistas, mientras que los Fariseos son los espiritualistas de Israel.
No sólo consideran la letra muerta de la ley, sino que estudian su parte esotérica y oculta. Y cuando los Cristianos nacientes quisieron adueñarse de los libros sagrados de los Hebreos, éstos no tuvieron inconveniente en cedérselos, dándoles así la letra muerta a los Cristianos y ocultando la parte esotérica que tuvo un bello reflejo en el Talmud.

Enseñanza 14: Los Griegos

En las islas Egeas crecía un pueblo bárbaro, descendiente de los Arios puros, que había de ser el brote de la subraza Celta y fundador de Grecia. Parece que el destino dejara en la más profunda

obscuridad y abandono a los pueblos que habían de ser fundadores de grandes razas y de dinastías gloriosas. Estos pueblos semisalvajes no conocían la escritura, las artes ni sistema social pues vivían completamente en contacto con la naturaleza, practicando una religión puramente humana y externa, residuo de la primitiva religión Aria.

Todas las fuerzas de la naturaleza, todas las manifestaciones de la vida, se transforman para ellos en divinidad. No tiene este pueblo concepto de un Dios Único, ni de un rey todopoderoso sobre la tierra, como lo tuvieron los Semitas y los Egipcios con su Faraón. Se constituyen en clanes y nunca fue más grande Grecia que cuando se gobernó como república.

Con estas tribus Egeas, Jónicas y Dóricas, se forma la nueva Grecia.

Sus más antiguos recuerdos, están relatados en dos epopeyas nacionales: la Ilíada, que describe la destrucción de Troya, y la Odisea, que canta las aventuras de Ulises.

Grandes ciudades surgen alrededor de los templos de las distintas divinidades y son al mismo tiempo cabezas religiosas y legislativas de estos pueblos; entre ellas: Atenas, Esparta, Corinto, Tebas, Samos y Mileto.

Con su adelanto, Grecia se extiende hasta la parte meridional de Italia, llamada Magna Grecia.

El dios de ellos, Zeus, hijo de Rea, les inspira aquel sentimiento de fuerza que tiene que vencer a toda costa. Demeter, la diosa de la tierra y de la fertilidad, les asegura el fruto del trabajo bien ejecutado. Afrodita, la diosa del amor, nacida de las blancas espumas del mar, les concede el derecho al placer y a la vida. Y el Olimpo, monte de Macedonia, se transforma en el

paraíso, donde moran sus muchos dioses y donde la juventud y la felicidad son perennes.
Después de haber vencido a los Persas, se hacen cada vez más fuertes y grandes y en tiempos de Alejandro, hijo del rey Filipo de Macedonia, el esplendor de los Celtas está en su apogeo.
Alejandro fundó una ciudad en Egipto, que será la sede del nuevo imperio de los Ptolomeos y se fundarán allí el museo y la biblioteca más grandes y más ricas en documentos eruditos e historias que haya visto la Humanidad.
A medida que Grecia se va engrandeciendo, va adquiriendo conocimiento de la unidad de Dios. Siempre se encuentra la humana y divina religión. De ella saldrán los filósofos más grandes: Sócrates primero, el cual, por creer en un Dios Único, fue condenado a muerte; y después su discípulo Platón, que tan maravillosamente afirmó la existencia de un ente supremo y explicó el significado oculto de las distintas divinidades griegas.
A éste siguieron Aristóteles, Jenofonte y muchos otros. Pero el resumen glorioso de la sabiduría griega está en Pitágoras. Él explica el sentido Vedantino de la eternidad y el aspecto creador del universo con una exactitud matemática.
Ninguna religión como la Griega expresa la pureza y la sencillez del culto primitivo de los Arios. Las fuerzas naturales que van tomando cuerpo poco a poco, transformándose en personas vivas y divinidades, son de una belleza tal, que miles de años después de haber desaparecido los griegos y su religión, siguen viviendo en los tratados de sus filósofos estudiados hasta el día

de hoy y en los testimonios artísticos que inmortalizarán aquellas leyendas.

Enseñanza 15: Dioses Griegos

El culto verdadero con dioses, imágenes y ceremonias, empieza en la antigua Grecia, en el período llamado Micénico. Pero no tienen los ídolos Griegos su apogeo, sino en la edad Helénica.
La edad Helénica está constituida por las dinastías de los Eolios, Jonios y Dorios. La unión de estas tres fuerzas enriquece a la antigua Grecia en religión, poesía, escultura y música, pues el culto Helénico es un resultado de las bellas artes y no son las bellas artes un resultado del culto, como en otras religiones.
Toda fuerza, todo empuje, todo acto de valentía, se une a las artes y crea un dios.
Se puede observar ésto en el nacimiento de la mitología de los pueblos. Cronos y los antiguos Titanes son la civilización en pañales, la cultura en sus comienzos, pues de este pueblo ignorante y fuerte surge Zeus, el gran dios. Ya es un dios símbolo de fuerza, de orden, de victoria, de una ley constituida para el progreso y engrandecimiento de los Griegos.
En el Olimpo, donde él reina, reúne a su alrededor a las divinidades todas: del aire, del mar, de la tierra, del cielo y del infierno. Él es el Absoluto que encierra en su puño invulnerable, en su voluntad inquebrantable, todas las fuerzas humanas y divinas, así como soñaban ser los Helénicos un pueblo único que dominara a todos los otros y los tuviera bajo su dominio por la persuasión, por la fuerza, por todas las artes.
El imperio de Grecia, como se ve, aún no ha muerto en

el mundo.
Zeus divide su reino celestial con sus hermanos Poseidón y Ares. Hera, esposa y hermana del Dios, es símbolo del poder potencial y manifiesto; una multitud de hijos ayudan a los severos dioses a reinar.
Palas Atenea es la diosa de la fuerza y de la guerra; protege a Atenas y a los estudiosos ya que nació de un pensamiento inspirado de Zeus.
Febo, dios de la luz solar, símbolo de la energía vital del astro rey, adornado de belleza y de gracia, llevando la saeta y la lira, hiere a los deseosos de saber y los encanta con la inspiración de la poesía, de la música y de las bellas artes.
Artemisa es la hermana del sol, símbolo de la noche clara, de la luna, de las campiñas, de los cazadores; protege y regula la vida fisiológica de la mujer.
Hermes, símbolo de Cristo, símbolo del hijo de Dios, es venerado como mensajero de los dioses; protege a la juventud, promesa futura del pueblo y por último salva las almas y las guía a la mansión de la paz.
Hefaistos es el Dios del fuego; nadie tiene como él la habilidad de trabajar los metales, símbolo del fuego místico y de la corriente vital generadora de los seres, imagen de la Kundalini India; sin Él, sin el gran poder, no podría Afrodita, la diosa de la belleza, del amor y de la generación, dar vida a los hombres. Hefaistos es el único, el legítimo consorte, a pesar de que ella tiene otros amantes, porque el poder generador es uno en su aspecto fundamental.
Ares es el dios de la guerra violenta, aborrecido por los demás dioses. Hestia es la protectora del hogar, es el ángel de la guardia, el manso San José de los católicos.
Poseidón, imagen de la materia instintiva, es el

soberano de las aguas y del mar, de las tempestades y de los terremotos; lleva en la mano un tridente, símbolo del poder de los elementales o del triángulo inferior: mente instintiva, energía original y materia bruta.
Demeter, hermana de Zeus, es la madre tierra; vendría a ser el espíritu de la tierra que da vida a la naturaleza, hace florecer los árboles, fecunda las cosechas y enriquece las vides.
Pero el dios del vino como símbolo de bacanal, de olvido, de goce astral, es Dionisio o Baco.
No son éstos los únicos dioses del Olimpo Helénico, pues le siguen una cantidad de dioses menores como ser las tres Parcas, símbolo de las diosas del karma, las nueve Musas y las tres Carites, símbolo de la gracia y de la belleza.
Los Griegos divinizaron también a los héroes, pero el verdadero culto se esforzaba en encontrar al Dios Único detrás de todos los aspectos de cada divinidad.
Jenófanes, el gran filósofo, deploraba el concepto del vulgo de adorar al símbolo externo de los dioses y olvidar al Dios Uno, Aquél que no tiene ni cuerpo, ni forma, sino que es pura esencia.
La poesía ayudó mucho a enriquecer el culto con los cantos nupciales, funerarios y épicos.
Ya desde antes de que el divino Homero escribiera su Odisea, son recordados los nombres de grandes poetas como ser: Lino, Himeneo, Museo, Orfeo y Anfión.
Todas las artes, como ya se ha dicho, fueron creadoras y colaboradoras del culto.

Enseñanza 16: Artes y Filosofías

Ningún pueblo llegó en las artes y en la filosofía tan alto como el Griego, a tal punto que será difícil superarlo. Esta civilización, nacida entre las columnas de las siete ciencias, tocó y profundizó todos lo conocimientos, descubrió y sintetizó todas las bellezas y dio un nuevo sentido a la vida mediante la poesía, la literatura y la filosofía.

Es imposible enumerar todos los artistas del período arcaico pues son numerosísimos; entre ellos se puede recordar a Solón, que además de poeta, dictó las leyes de Atenas y fue uno de los siete sabios de esas épocas heroicas. Ni se puede olvidar a Safo, la maravillosa poetisa del amor, que cantó los placeres de la vida con tan delicados acentos como muy pocos pudieron hacerlo después de ella.

Pero el lírico más grande de Grecia fue Píndaro, cuyas poesías han llegado fragmentariamente al día de hoy. Como ellos muchos: Esquilo, Sófocles, Eurípides, Epicarmo y Aristófanes.

Ni hay que olvidar a Esopo, el autor de las prosas satíricas, ni a Heródoto, el historiador.

Pero lo que más enriquece al saber Griego es esa legión de hombres estudiosos y amantes de la verdad: los filósofos.

Con Jenófanes empieza aquella columna de sabios maravillosos. Ya entonces éste escribía altamente sobre el origen del Universo y el concepto de la divinidad.

Pero en el período Ático es cuando brotan los filósofos como flores.

El más antiguo es Tales de Mileto, quien basó su filosofía en el estudio de la física, de la geometría y de la astronomía. Consideraba el agua como el principio

originario de todas las cosas naturales.
A su escuela pertenecen Anaximandro y Anaxímenes, ambos oriundos de Mileto, que consideraban el universo, además de su composición física, como resultado de un elemento más sutil, desconocido, que llamaban "Masa concreta infinita".
Heráclito de Efeso perteneció también a la escuela física y atribuía a los elementos un espíritu divino.
Se tiene por ese entonces a Jenófanes, el filósofo monoteísta que aborrecía las imágenes y parece un predecesor de los iconoclastas.
Pero la escuela filosófica que alcanzó más alto relieve fue la itálica, dirigida por Pitágoras. Él fue, ante todo, un gran matemático que aplicó los fundamentos de las matemáticas y del álgebra al universo y a las leyes metafísicas. Es uno de los primeros que expresaron la idea de la metempsicosis o reencarnación.
Leucipo de Elea fundó una filosofía atómica sosteniendo que el alma del hombre es un resultado causal y energético de la agrupación atómica celular.
Empédocles quiere sintetizar el espíritu con la materia. Por eso imagina el universo como dos grandes corrientes que al confundirse entre sí crean la manifestación de la vida.
El primero en dividir los elementos y agruparlos fue Anaxágoras; también lo hizo Hipócrates, el filósofo médico.
Pero las filosofías Griegas habían decaído y cada vez se habían materializado más, hasta llegar a la sofística y su escuela.
Fue entonces que surgió Sócrates, el gran filósofo del espíritu.
Su obra la completó su discípulo Platón, fundador de la

escuela académica, que dejó un número grandísimo de obras escritas en las cuales se ve a las claras su profundo sentido espiritualista y esotérico.
Desde entonces empiezan los filósofos a volar por los espacios de la mente y a buscar las sutiles cuestiones de las cosas imponderables.
Aristóteles es el filósofo de las ideas, de la mente, de las concepciones espirituales, del sentido estático de la vida, fundador de la escuela peripatética.
Mientras estas escuelas espirituales se iban difundiendo, otras dos escuelas habían nacido en Atenas: la epicúrea, y la estoica.
Epicuro, fundador de la primera, enseñaba a sus discípulos que los dioses no se ocupan de los asuntos humanos y que el hombre ha nacido para gozar sabiamente de los placeres de la vida, satisfaciendo con recto equilibrio sus deseos, desechando el dolor y la zozobra y que no hay que temer la muerte pues no es más que una disolución del cuerpo.
La escuela estoica fue fundada por Zenón de Cippo y sostenía que la felicidad del hombre consiste únicamente en la virtud, en dominar por completo las pasiones. Toda la moral cristiana está basada en esta escuela, que considera el alma humana como una parte y no como una emanación de la divinidad y que el supremo bien consiste en poder auxiliar a los semejantes.
Los últimos filósofos Griegos, llamados del período romano y muy influenciados por la grandeza de Roma, fueron Jámblico, Heliodoro, Dionisio y muchos otros. Entre ellos hay algunos cristianos pertenecientes a la escuela neoplatónica como ser Justino, Orígenes, Basilio y Eusebio.

Es digno de nombrase el gran filosofo de Alejandría, Amonio Saccas, fundador de la escuela esotérica neoplatónica y maestro de la virgen Hipatía, aquella gran mujer alejandrina que fue lapidada por una turba de cristianos ignorantes.
Basílides pertenecía también a esta escuela, y puede decirse que con ella pereció aquella legión magnífica de filósofos griegos fundadores de todas las escuelas que aún rigen en el mundo.

Enseñanza 17: Los Romanos

La Selva Negra estaba habitada por una tribu nómade de Arios primitivos los cuales, atraídos por un clima benigno de las tierras hesperianas, descendieron por el actual Brenner hasta los países vénetos y desde allí se internaron hasta el centro de la antigua Saturnia. Fundaron allí una floreciente comunidad constituida en clanes viviendo del pastoreo, de la caza y de la pesca. Su religión era como la de todos los Arios, puramente natural.
Adoraban a los elementos y sus manifestaciones; sus sacerdotes predecían el futuro por el vuelo de los pájaros, por el sonido del viento entre las ramas de los árboles y por la forma de las llamas del fuego sagrado. De allí surgió el poderoso pueblo de los Racenos que con el correr de los siglos se llamarían Etruscos, pueblo de extraordinaria civilización, como aún lo demuestran hoy los restos de monumentos descubiertos en las excavaciones de aquellas ciudades perdidas.
Pero otros pueblos, de origen Semita, y en particular aquellas tribus que después se llamaron Ligures, invadieron la península itálica destruyendo a sus

antiguos moradores e imponiendo sus leyes y religión, de origen egipcio y divino.
Empieza desde entonces el culto a los antepasados y la transformación del héroe y del jefe muerto de la tribu, en Dios.
El origen de los antiguos Romanos es completamente mitológico y está basado en las creencias de todas las antiguas religiones Arias, un dios hecho hombre.
Rea Silvia, sacerdotisa del culto del fuego o solar, se desposa secretamente con el Dios Marte y es madre de Rómulo y Remo. Los dos niños están constituidos por una manifestación humana y divina. Abandonados en el río los recoge un pastor y los amamanta una loba, símbolo éste del descenso de las almas puras a los mundos inferiores, para conquistarlos.
Rómulo, después de haber matado a su hermano, fundó un pueblo de forajidos, que implantaron un reino a fuerza de brazo y de esfuerzo.
Por eso, como los Asirios, su religión se basa en la fuerza, el poder, la guerra, el orden, la ley, el militarismo.
La suprema religión de los Romanos es el valor, la victoria en el combate y el engrandecimiento de su pueblo.
El único Dios, el único sacerdote, es el rey que los gobierna o el dictador o el emperador. No tienen otro dios que aquel orgullo indómito que nunca los detiene ni deja reposar.
El Águila ha de haber sido la primer imagen religiosa de los Romanos, porque como ella, quisieron levantar siempre más alto el vuelo.
Después de hacerse grandes y de extender sus dominios extraordinariamente, con el contacto de los

Griegos, que tenían el sentido innato de la religión y de la mitología, eligen dioses.
Nunca tuvieron los Romanos dioses propios, sino raptados y copiados del Olimpo helénico. Júpiter, rey del cielo, es el Zeus de Atenas, Venus es Afrodita, Marte es Ares, Apolo es Febo, Vulcano es Hefaistos, y así sucesivamente.
Pero con el culto y la imitación de los dioses griegos, decayó el concepto del culto familiar, del culto primitivo y fue así socavada la grandeza de Roma.
El pueblo romano fue, en particular, o muy supersticioso o muy escéptico y como era tal su poder y esplendor, atraía hacia sí todos los cultos de las demás religiones existentes.
En el tiempo del imperio eran innumerables las sectas que existían en Roma, a veces con mucho descrédito y empequeñecimiento de los dioses propios y de su culto.
Era de esperar, por consiguiente, una reacción como la que ocurrió en el tiempo de los cristianos.
El imperio Romano había tolerado todo y había admitido a todos los dioses en su panteón; pero no podía renunciar a divinizar al hombre que los gobernaba, porque sobre el poder casi divino de los soldados que lo dirigía está el sostén y armazón de todo el imperio. De allí la persecución violenta que se desencadenó en contra de los cristianos que negaban esa divinidad básica del imperio.
Ni en ciencia ni en filosofía fueron ricos los Romanos, porque adaptaban los filósofos Griegos y las ciencias extranjeras, estimando la guerra como supremo interés y único anhelo del hombre.
Se puede dividir el período religioso Romano en tres etapas:

1) Aquella del culto natural y familiar del pueblo guerrero, que fue la de máximo florecimiento.
2) El período de adopción de los dioses Griegos que fue de asentamiento del imperio.
3) El período cristiano, que fue de rápido descenso para el gran imperio de las águilas.

Enseñanza 18: El Celeste Imperio

Chung-Ku, el centro de la tierra, el lugar inconmovible, que del todo no arrancaron las aguas de los cismas continentales, guardó como una reliquia un puñado de hombres lemures, que se amoldaron al clima de los nuevos continentes, vencidos y dominados por los negros Atlantes e instruidos al mismo tiempo por ellos. Todavía subsisten al despuntar la raza Aria; no mueren, sino que se transforman y se amoldan; y así tenemos el hombre amarillo, de pequeña estatura, ojos alargados, de idiosincrasia característica, como una reliquia viviente de la perdida raza lemuriana, matizada dentro de la raza Aria.
Los orígenes de la civilización de China (Chun-Chin) se pierden entre las brumas de los tiempos védicos, pues Vedas fueron las tribus que se asentaron sobre el peñón de Chung-Yang, venciendo a sus primitivos habitantes, asimilándose y aclimatándose con ellos. Este país, que se extiende desde el Tibet hasta el mar Amarillo, ha guardado mejor que ninguno el concepto de una religión divina, ya que a semejanza de los egipcios ve en el emperador al ser supremo. Él gobierna a los hombres y a los dioses; el Panteón de los dioses chinos está sujeto en su categoría a las órdenes del emperador; de allí el nombre de este reino:

Celeste Imperio.
El emperador más antiguo y real, ya que las anteriores dinastías son únicamente mitos y leyendas, fue Yu de la dinastía de los Hia.
Él levanta ciudades, organiza ejércitos, combate a sus enemigos y sale siempre victorioso de sus empresas.
Desde entonces datan los anales Chinos, que son códigos perfectos en el orden social, moral y económico.
Se puede remontar esta dinastía a mil quinientos años antes de Jesús Cristo. Sus sucesores engrandecieron sus dominios y rodearon sus tierras de una inmensa muralla que aún subsiste como reliquia de la grandeza China.
Pero quien transforma la grandeza imperial China en religión es Confucio.
Transforma el orden militar en filosofía práctica: obediencia al rey, en devoción filial, como debe el hijo al padre, el hombre a Dios. Establece una disciplina que ha de cambiar el dolor humano en una felicidad continuada; mas, para que ésto sea posible, es necesario que el dirigente, el jefe, sea perfecto y ajuste su vida a una estricta moral.
El libro de los Anales, escrito por él, se transformó en código, en texto religioso que aún es guía de la alta aristocracia china.
Pero la religión de Confucio no se ocupa de la vida después de la muerte, pues es meramente materialista. Toda su finalidad consiste en proporcionar al hombre una vida más dichosa y cómoda.
El filósofo, el gran iniciado Chino de la metafísica es Lao-Tsé. Él enseña a los hombres la ciencia del alma; dice que todo lo que vemos es la manifestación de un

principio sublime, oculto y fundamental y que la dicha verdadera es buscar aquella verdad única, que puede reintegrar el ser a su estado primitivo.
Yang, el principio masculino y Yin el principio femenino, son las dos fuerzas energéticas que mantienen al universo.
Lao Tsé deja en la China un número tal de discípulos que forman un verdadero ejército y una religión que aún hoy subsiste, llamada Taoísmo. Tao significa sendero, la religión; pero con el tiempo la religión Taoísta perdió los primitivos conceptos de espiritualidad pura y se transformó en una religión mágica. El sacerdote Taoísta es aquél que aleja a los malos espíritus, consagra los manes familiares, fabrica amuletos y reliquias y el licor extraído del melocotón, que es como un elixir de vida, un estimulante para rejuvenecer.
Pero la religión que más se difundió en la China fue el Budismo, aunque hoy predomina el Sintoismo que es una síntesis de las tres y, sin embargo, es independiente basándose en el culto al fuego. El emperador profesa esta religión porque es la síntesis de las otras tres; la aristocracia sigue las leyes de Confucio, los sacerdotes y los sabios las de Lao-Tsé, el pueblo es Budista.
Sobre todas las religiones tiende el hombre amarillo a la conservación de la suya milenaria, que es la más perfecta síntesis de las dos grandes religiones, Aria y Atlante, entrelazadas, de la verdadera religión eterna: Celeste Imperio de las Almas.

Enseñanza 19: El Budismo

La India había degenerado su religión de tal modo que se había convertido en una pura idolatría exterior. Las castas superiores tiranizaban al pueblo infundiéndole terror religioso. Hasta las imágenes de los dioses, de aspecto horrible, con cabezas de monstruos y posturas macabras, no infundían amor ni veneración, sino superstición y pánico.
Como después de una tormenta terrible se aquietan las aguas y brilla el sol, así, en medio de la decadencia hinduista, surge en el firmamento del mundo, cual sol resplandeciente, la religión de Buda.
La religión Aria de los hindúes, demasiado impregnada de materialismo, iba a ser suplantada por una nueva religión de carácter monoteísta.
Es verdad que esto despertó el corazón de la antigua religión de los Vedas, la cual, viéndose azotada por la nueva fe, procuró restablecerse en su prístina forma; pero asimismo dejó un surco profundo en el mundo de las religiones universales.
El Budismo va tan estrechamente ligado a la figura de su fundador que es imposible hablar de uno sin recordar al otro.
En Kapilavastu, pequeño reino del Penjab, nació el príncipe Siddhartha, novena encarnación del dios Vishnú. Su madre, Devaki Maya, muere al darle a luz y él queda al cuidado del rey, su padre y de los sabios del reino. Crece sin conocer las miserias del mundo, entre las comodidades de su palacio. Joven, de veinte años, toma por esposa a una princesa vecina, siendo muy pronto padre de un niño.
Pero sobre la frente del hermoso príncipe flota una nube de duda infinita: el deseo de conocer la vida tal cual es.

Por eso, oculto sale un día de su palacio y al ver que los hombres sufren, envejecen y mueren, decide abandonar su corona y su familia, para buscar el secreto de la felicidad eterna.
De príncipe se convierte en Sannyasi que, mendigando su pan, recorre los caminos polvorientos en busca del Arcano.
Sigue el camino del estudio y del conocimiento, prueba los ejercicios yoguis tántricos, reduce por la penitencia su cuerpo a un esqueleto, recurre a las pruebas del amor místico, pero no encuentra el secreto. Es entonces cuando, bajo el sagrado árbol del Bo, recibe la suprema iniciación y descubre el porqué del sufrimiento del hombre: el apego es la causa del dolor de la vida, de la muerte y del volver a renacer. Cuando el ser no tiene ya deseos, cuando la renunciación es absoluta no sufre más, no viene más a la tierra y encuentra la eterna felicidad reintegrándose al No Absoluto.
Desde ese día empieza su misión en la tierra: enseñar a los hombres la senda de la felicidad, la senda recta.
Como una reacción producida en las conciencias religiosas acosadas por los muchos símbolos, ceremonias y leyes, se levanta poderoso el simple budismo, arrastrando a la multitud.
Por donde pasa Buda, surgen los adeptos a millares. Y, ¿cómo no seguir una religión tan clara y sencilla? Decía que los hombres eran todos iguales y con esto daba un golpe mortal al hinduismo, tan aferrado a la división en castas. Decía que Dios es el substratum de todas las cosas y con eso derribaba y mataba de un golpe a los dioses milenarios. Decía que la obra recta es la única que debe ejecutar el hombre, destruyendo

así otra creencia fundamental de la antigua religión, que fundaba el fruto de la vida futura más bien en el auxilio divino que en la recta conducta.
Como cumbre de perfección ponía Buda el celibato; por eso iban tras él columnas de monjes que habían abandonado todo en el mundo para oír y practicar su palabra. Un día su propio hijo llegaría a él para pedirle ser admitido en su comunidad.
No puede imaginarse el odio que suscitó la doctrina de Buda entre los Brahmanes. Pero con el odio nació el deseo de rivalizar con él; fue como una contrarreforma hinduista.
Surgieron hombres, entre las distintas sectas hinduistas, que comprendieron que no se podía combatir a hombre tan esclarecido, ni la doctrina tan útil sino con las mismas armas. Comprendieron la necesidad de volver a la fuente primitiva de su religión, de beber en las páginas de los Vedas las verdades eternas que habían olvidado, para aplicarlas otra vez y profesarlas en sus templos y ceremonias. En una palabra, el budismo despertó la conciencia de la India, trajo la palabra de libertad a los hombres, que hasta entonces se habían sentido esclavos y estimuló la rehabilitación de los Vedas primitivos.
Mas no fue en la India donde debía asentarse el budismo. Muerto Buda, octogenario, en los brazos de su discípulo Ananda, empezaron las luchas otra vez y no terminaron hasta que, dos generaciones después, los Chatrias, guiados por los Brahmanes, destruyeron a todos los budistas de la India y arrasaron esa religión en todo su suelo. Pero la sangre de los mártires es siempre semilla de nuevos triunfos; la religión de Buda no había muerto: sólo había sido transplantada a otras

tierras más fértiles y más necesitadas de su auxilio espiritual.

Enseñanza 20: El Budismo Amarillo

Doscientos cincuenta años antes de Jesús Cristo unos misioneros budistas se internaron en la China para predicar la doctrina del Excelso.
Fueron allí recibidos muy benévolamente y la nueva doctrina se fundió muy pronto con las antiguas religiones existentes.
Sobre la sencilla doctrina de Buda se elevó todo el edificio de la nueva religión, con sus dogmas, su multitud de dioses, sus ceremonias y sus monasterios, a la cabeza de los cuales estaba el divino Siddhartha.
Una infinidad de Iniciados del Fuego propagaban la religión budista, presentando al vulgo las enseñanzas esotéricas bajo los velos de los símbolos y las imágenes.
Innumerables monasterios se levantaron y fueron cuna de sabios, fieles conservadores de textos antiguos y libros de ciencia.
En el corazón mismo de la montaña cavaban su celda los monjes y vivían allí como aves solitarias, alimentándose únicamente de la oración y de la Sabiduría Eterna. Pero era necesario un centro, un lugar inaccesible al vulgo, donde pudieran los escogidos guardar celosamente los secretos de la ciencia de la vida material y espiritual.
Por eso eligieron las montañas del Tibet, por ser las más inaccesibles y escondidas a los ojos del hombre.
Allí nadie los vería, ni llegaría hasta allí el rumor del mundo, ni el tambor de guerra ni el choque de los cambios de civilización.

Así se fundó Shamballa, la sublime ciudad de Lhassa. Infinidad de monjes vivían allí guardando en su prístina pureza la doctrina esotérica de Buda.
En el Tibet, con sus monjes místicos dedicados exclusivamente a la contemplación y al estudio, con sus sacerdotes seglares dedicados al culto externo, se formó un culto teocrático, dirigido por la potestad religiosa. Pero como todas las cosas decrecen, también decreció la vida espiritual del Tibet y se abandonaron los monjes a la práctica de la magia negra, hasta que un excelso ser, Tutuguta, se propuso reformarla. Luchas encarnizadas se sucedieron; épocas en que prevaleció un bando y otro hasta que triunfó el bien y fueron derrotados los monjes perversos.
Hasta el día de hoy no ha cambiado el Tibet. Siempre mantiene intangible su religión. Los Lamas de casquete amarillo son los conservadores de la doctrina esotérica. Un excelso ser los dirige: Dalai-Lama, que es tenido como expresión misma de Dios. Helena Petrovna Blavatsky relata en "Isis sin velos" que asistió en un monasterio budista a la transmigración del espíritu de un viejo Dalai-Lama al cuerpo de un niño de dos años. Los Lamas de casquete rojo son los que perdieron la verdadera doctrina y practican la magia negra y la prestidigitación.
El ilustre médico americano Bernad ha regresado recientemente del Tibet, donde logró vivir durante tres años en contacto con los lamas y el pueblo Tibetano y relata cómo aquellos monjes, lejos del mundo, apartados de toda civilización, han mantenido puro el concepto de la religión, cómo conocen a la perfección ciertas leyes físicas aún ignoradas por lo sabios de nuestros días, explica cómo practican la levitación, la

telepatía, los viajes a larga distancia en cuerpo astral y cómo pueden parar los latidos del corazón y regular la circulación de la sangre.
Como en un oasis en medio del mundo, el Tibet, ombligo del mundo, centro de fuerza de nuestro planeta, ha mantenido una antigua religión en su prístino poder y belleza.

Enseñanza 21: Los Germanos

Como perdidos en la inmensidad de las estepas de nieve de los países nórdicos, en la actual Escandinavia, vivía una tribu de Arios puros sobrevivientes de la gran hecatombe de la migración.
Eran hombres de rojos cabellos, de mirada penetrante y metálica como el acero, de cuerpos altos y esbeltos, cuyos gritos agudos como el viento repercutían en la vastedad de los desiertos glaciales.
Heredaron de sus padres arios el culto a la divina naturaleza que embellecían con legendarios y poéticos contornos.
Hermanos de estos pueblos son los Germanos del norte de Europa que conservan el tipo, el culto y la vocación guerrera.
La epopeya de estos pueblos está escrita en la Edda Escandinava, su libro sagrado. No hay que confundirlo con los Eddas que escribió hacia el año mil doscientos Snorri Sturlesson.
Alfadur es el dios único nacido de la luz boreal, sobre los cielos luminosos. Thor o Donar, es el dios del poder, Odin es el dios de la sabiduría, Freyr, el de la bondad. Ellos constituyen la trinidad Escandinava.
Odin, con el andar de los tiempos, se superpone a los demás dioses, se transforma en el potente Wotan, dios

y señor del cielo y de la tierra, otro Júpiter que con mano segura dirige los destinos de los dioses, de los hombres y de los demonios.
Su enemigo es Surtur, el negro Satán de la tierra y de los abismos. Entre ellos está el espacio frío e implacable.
Friga es la esposa de Wotan, símbolo de la fecundación, de la santidad del hogar, de la dignidad del matrimonio. Sus hijos son los brillantes Azas, los treinta y dos valerosos guerreros defensores del Walhalla. Combaten contra Imes y su pueblo, los gigantes del hielo.
Se nota la similitud de esta simbología con la de otros pueblos, en la descripción de la guerra entre los Arios y Atlantes.
Una gran guerra se establece entre la tierra y el cielo, entre los gigantes y los dioses. Thor el dios del relámpago, primogénito de Odin y Bora, dios del valor, luchan en la gran guerra y destruyen a los inmensos muñecos de hielo.
La tierra se convierte en un río de sangre, apareciendo sobre ella una nueva raza. De la trunca cabeza de Imes surge la primera pareja humana: Aske y Ambla.
Del pensamiento poderoso de Wotan han nacido nueve brillantes vírgenes, las clarividentes walkirias; ellas anuncian el combate y conducen a la morada feliz del Walhalla, sobre sus blancos caballos, el muerto vencedor, el caído soldado. Ven en el destino de los hombres y los dirigen siempre a la victoria.
Sobre esta leyenda, tan cosmogónica, trazó Wagner su maravilloso drama musical: “El Anillo de los Nibelungos”.
Para los pueblos salvajes de las frígidas selvas el combate era el supremo culto religioso. Con ímpetu

incontenible lanzábanse a la refriega, porque sabían que después de la muerte serían llevados al paraíso, sobre un blanco y alado corcel, por las diosas guerreras.
El culto se efectuaba en plena selva, bajo la encina o fresno sagrados; la encina estaba dedicada a los antepasados y el fresno a los dioses.
Allí la pitonisa salvaje, vestida de blanco, a la luz de la luna llena, invocaba a los dioses y decidía el día y la hora del combate. Estaba por encima de los jefes del clan y su palabra era absoluta y sagrada.
A veces Ferni, el lobo feroz, atado por los dioses a una terrible cadena, aullaba entre truenos y relámpagos clamando por sangre humana; entonces para aplacar la ira del terrible lobo, se le sacrificaban víctimas humanas.
Sobre el altar de blanca piedra la sacerdotisa abría el pecho a los jóvenes soldados escogidos para el martirio.
Pero este pueblo debía perecer, esta religión debía terminar, empujados por las águilas romanas y la cruz cristiana.
Así lo habían predicho sus libros sagrados cuando profetizaron que Lake, el malvado, destruiría y vencería a los dioses, que el Walhalla se hundiría entre llamas, volviendo todo al estado de ruinas.
Esta imagen corresponde a la reabsorción cósmica en el día del descanso universal, pero también puede aplicarse a la caída de estas puras creencias arias.

Enseñanza 22: Los Galos

La cuarta subraza Aria está formada por los Celtas. Es muy difícil precisar el origen de la misma pues es una parte de la primitiva raza Aria que había quedado incontaminada en el centro de Europa.
Los celtas dieron lugar a los griegos, macedonios y cartagineses; pueblos hermosos, fuertes, guerreros, plásticos y amantes de la naturaleza.
El origen de los romanos es muy dudoso porque los Etruscos, antiguos resabios de los Iranios y los Sabinos, habitantes del Lacio, eran de origen Ario Semita; pero en Sicilia y a lo largo de la costa de Calabria vivían los pueblos itálicos, de pura raza celta, que con el tiempo enriquecieron sus tierras y, mezclándose con los otros pueblos, fundaron la casta romana. Por eso los anales esotéricos inscriben a los romanos y su religión entre los celtas.
Estos se extendieron a lo largo de la costa Atlántica de España, invadieron la Galia, pasando a las Islas Británicas.
De pura raza Celta era el pueblo Galo, cuyas tierras se extendían desde Italia septentrional hasta el Océano y el Rin.
Los espesos bosques, las selvas vírgenes, los caudalosos ríos, los pasos impracticables, los largos inviernos, las numerosas fieras, hacían muy dificultosa la llegada de otros pueblos hasta allí. Los mismos Galos, privados de contacto y obligados a luchar duramente por su existencia y conservación, se mantenían en estado semisalvaje.
El clan era la suprema autoridad o mejor dicho el concepto de familia y la experiencia del anciano. Como vivían del producto de la caza y de la pesca, adoraban las imágenes de aquellos animales

llevándolas como amuletos, además plumas, huesos, etc.
Plinio los describe muy bien: de aspecto fiero, de torvas miradas, defendiéndose con piedras y lanzas toscamente labradas. Sus gritos salvajes y guturales, asustaban y ponían en fuga al ejército enemigo.
La casta sacerdotal o druida fue la más representativa de los Galos. Eran consagrados desde pequeños a la diosa de la guerra. Vivían apartados de sus padres, al cuidado de los sacerdotes, siendo adiestrados en el arte de la guerra y en el manejo de las armas.
Cuando grandes, todo el pueblo les servía y reverenciaba. Al empezar la primavera y trocarse la nieve en agua o más exactamente, después de la primera luna llena de marzo, llegaba el ansiado tiempo de combatir.
Como dioses guerreros guiaban a su pueblo. Las contiendas librábanse entre las propias tribus o conjuntamente, contra los bárbaros de la otra orilla del Rin. Fueron los romanos sus definitivos vencedores.
No tenían mitología propia; adoraban a la naturaleza, a los árboles, a las montañas, a los ríos y sobre todo, a los antepasados.
Tenían una casta de vírgenes dedicadas al servicio del templo, adoradoras de la luna, a la cual rendían perenne homenaje y culto.
Durante los plenilunios salían en largas filas, vestidas de blanco, cantándole himnos e implorando ayuda. La más anciana y experta se transformaba en pitonisa y predecía, por las entrañas palpitantes de los pájaros recién sacrificados, el porvenir de las tribus, el destino de los pueblos, la hora de la guerra y los signos de bendición o maldición.

El recuerdo de esta religión y la cultura que con el tiempo adquirieron, quedó ocultado con el advenimiento del cristianismo.
Pero como nada muere sino que todo se renueva, los mismos cristianos que la habían relegado al olvido, sacáronla a luz en el Renacimiento, cuando todas las religiones paganas fueron desenterradas, estudiadas y amadas.
Fue en el país de los Galos donde floreció la civilización de las maravillosas ciudades llamadas hoy París, Lyon, Amberes, etc.

Enseñanza 23: Los Jainos

No se puede precisar cuando se fundó la religión jaina, pues su memoria se pierde en los primeros siglos del Hinduismo, si bien aparece formalmente constituida en los comienzos del Budismo.
Algunos la confundieron con la religión brahmánica y otros la creyeron una rama perdida del Budismo, pero no es ni una cosa ni la otra. Se formó por sí sola basándose en las enseñanzas milenarias de los Vedas.
Se puede decir que la fórmula principal del devoto jaino es: Amar a todos los seres vivientes, respetando a los animales tanto como a los humanos.
Estos nihilistas primitivos no prueban bocado de carne siendo pecado para un jaino ver que se maltrate a un animal sin socorrerlo.
Aún hoy, en la región meridional de la India, donde vive la mayoría de los jainos, se ven numerosas clínicas veterinarias. Ello demuestra un adelanto sobre las instituciones modernas de auxilio a los seres irracionales.
La vida de los jainos es severísima; ninguno de ellos

prueba bebida alcohólica ni jamás fuma.
La creencia fundamental de esta religión consiste en una esencia incondicionada y otra manifiesta dirigida por veinticuatro entidades espirituales: los Tirthankaras.
Las leyes de la creación universales, de la moral y de la ética jainas, están afirmadas en los libros sagrados llamados Siddhanta y escritos en lengua tamil, idioma sagrado de ellos.
El alma humana, llamada "jiva" sale del seno purísimo de Dios, desciende a la tierra y es atada, por ignorancia, a los mundos sensibles; únicamente puede desatarse de los lazos materiales mediante la austeridad, la meditación y las buenas obras. Por eso abundan entre los jainos los ascetas de ambos sexos, que renuncian a todas las cosas para dedicarse únicamente a la vida espiritual.
No falta a esta religión el auxilio divino, Edjina, el supremo vencedor, el Ihes de nuestra simbología, imagen de Jesús, que baja periódicamente a la tierra para auxiliar a la Humanidad y ayudarla a libertarse de la prisión de la carne.
Pero la Divina Encarnación más venerada entre los jainos es Mahavira. Este preclaro ser vivió aproximadamente en la época de Gautama el Buda. Era de noble y rica familia, conoció las comodidades y los placeres de la vida, pero cuando empezó a estudiar los libros sagrados, tomó tanto amor a la sabiduría, que decidió abandonar el mundo apartándose a un desierto. Se despojó de sus ricos trajes, cambiándolos por el sayal del mendigo y así permaneció doce años en el ejercicio de la austeridad y la meditación.
Empezó entonces su obra entre los hombres. Reunió a

los dispersos jainos, les explicó las maravillas de sus doctrinas, los conquistó con la pureza de su vida, dando así un nuevo vigor a su religión.
Recopiló todos los escritos sagrados, los tradujo de la lengua primitiva a la corriente y los puso al alcance de todos.
Actualmente, si bien los jainos no cuentan más que con dos millones de almas y se encuentran únicamente en la India, es ésta una religión conocida y admirada por muchos dada la extremada honorabilidad y pureza de costumbres de sus componentes.
Se ha criticado el exagerado formulismo de los jainos, porque aborrecen el contacto de las cosas impuras a tal extremo, que sólo toman agua hervida y aspiran el aire de lugares contaminados por enfermedades, a través de un lienzo de lino que llevan sobre la boca. ¿Acaso no hacen lo mismo nuestros modernos higienistas?
Mas lo que importa siempre en una religión no son sus formas y ritos externos, sino la esencia de su parte más pura.

Enseñanza 24: Los Militares Siquios

Antes de que alboreara en Europa el Renacimiento, la India milenaria, cuna de las más antiguas religiones y de la pura raza Aria, había decaído en forma alarmante. El budismo, aquella pura religión que unos siglos antes despertó todas las conciencias de la India hacia la fuente de lo eterno, había sido desterrado a sangre y fuego al resto de Asia. El fervor y la vuelta a la religión de los Vedas y a las puras leyes de Manú, que había sido una contrarreforma hinduista suscitada por el budismo, decayeron también. Los grandes rajaes

habían abandonado el dominio espiritual para dejarse transportar por la oleada del mundo y cuando la Media Luna invadió el suelo de la India, no encontró resistencia.
Todo lo cedieron los hindúes a los mahometanos y como de limosna les fue permitido vivir en su suelo y seguir la religión de sus antepasados.
Con el correr del tiempo se habían cristalizado en la India odios y rencores cada vez más acentuados, siempre por cuestiones religiosas, entre los hijos de Alá y los del sagrado Ganges.
Era necesaria una religión que suavizara esas dos tendencias, que procurara armonizar los dos credos, que intentara unir los dos ideales tan discordantes.
En 1469 nació un niño, de familia brahmana, el cual debía ser fundador de los siquios. Se llamaba Nanak y a los nueve años ya sentía que su misión era armonizar todas las religiones de la India.
Si el Dios Uno de los mahometanos era el verdadero eran sus vestiduras las múltiples formas adoradas por los hindúes. La unidad nada quitaba a la diversidad de forma.
Abandonó el cordón sagrado de los brahmanes para ir al desierto a meditar; saliendo del mismo hecho hombre, predicó el credo de la unión entre los mahometanos y los hindúes; mas sin quererlo, surgió una nueva religión: la de los siquios.
Cuando él murió, en el año 1537, tenía innumerables discípulos y sus palabras habían sido escritas y trasmitidas en textos reputados sagrados.
Pero lo más característico de esta religión es su organización militar. Cada siquio es un soldado de Dios, que ha de prestar su brazo y su espada por la defensa

de la fe y de las tierras que Dios le había consignado. Quien les dio este principio militar fue Govinda, el décimo Maestro siquio, nacido en 1675 y muerto en 1708.
De esa época data el máximo esplendor de esta religión; tuvieron entonces ciudades y reinos, combatiendo ferozmente para defender su heredad. Más tarde fueron derrotados por completo, pero, si bien perdieron sus dominios, permanecieron firmes en su fe hasta el presente. En la actualidad se cuentan por millares en la India los que profesan la religión siquia.
Un rasgo distintivo de esta religión es su estructura iniciática, muy parecida a la de los Caballeros de la Orden Sagrada del Fuego y de las antiguas ordenes caballerescas cristianas.
En verdad varios Iniciados del Fuego vivieron entre ellos. Tenían también símbolos e imágenes semejantes a los de las órdenes nombradas; la etapa iniciática estaba constituida por cinco grados en lugar de siete. Empiezan por el juramento, tienen un banquete místico, un Maestro máximo y una Iniciación completamente secreta y esotérica.

Enseñanza 25: El Cristianismo

El Cristianismo marcó una nueva era básica, completamente distinta de las anteriores, que revolucionó al mundo y es aún credo de la civilización europea.
Todas las religiones nacidas de las dos grandes corrientes, védica y egipcia, desembocan en el mar del Cristianismo; las que no han desaparecido subsisten en decadencia. El Cristianismo será la única religión vital

del mundo, conquistadora de la civilización.
La religión cristiana nació, como todas las demás, en Oriente; surgió del judaísmo, fue transplantada a los pueblos occidentales, donde fructificó.
Jesús, Iniciado Solar de cuarta categoría, hebreo de nacimiento, apareció entre los hombres en los albores de nuestra era.
De familia humilde, Aquél que había de ser la Encarnación Divina del sufrimiento, aprendió desde pequeño la lección del dolor.
Nadie sabe de donde tomó la maravillosa doctrina de los Evangelios que transformaría a los pueblos, pues los textos desconocen su vida desde los doce hasta los treinta años.
Los ocultistas modernos dicen que viajó a la India y que allí aprendió su divina doctrina; otros dicen que fue en el antiguo Egipto y los Rosacruces dicen que en la secta de los esenios, antiguos místicos hebreos que guardaban la sabiduría esotérica.
Pero nadie puede saberlo a ciencia cierta, pues los años de estudio de un Iniciado están herméticamente encerrados en el círculo del Maestro y su discípulo.
Hasta entonces los instructores religiosos habían mirado a la Humanidad y beneficiándola sólo desde sus tronos de oro, desde sus templos brillantes; pero vino Jesús y, ejemplo único, bajó hasta los hombres, compartiendo sus miserias, viviendo entre ellos, hablando su idioma. Quiso beber la copa del martirio humano. Hasta su muerte dolorosa fue similar a la de los hombres miserables y abandonados.
¿Cómo no había de arraigarse una religión que divinizaba el sufrimiento humano, mostrando a su Dios, Hijo del Hombre, clavado sobre la cruz?

Sin embargo, Jesús no fundó ninguna religión; únicamente lanzó una idea, la del dolor humano comprendido, sublimado, divinizado.
El organizador de la religión cristiana fue Pablo de Tarso.
Los discípulos de Cristo, hombres humildes y de escasa cultura, no querían sino venerar la memoria del Maestro y vivir su doctrina dentro del Hebraísmo. El mismo Jesús en una ocasión había dicho: "Yo he venido a salvar a los hijos de Israel". No sospecharon que su ideal pudiera trascender el círculo Hebreo.
Pero Pablo, hombre inteligente, Iniciado Lunar de gran visión profética, viendo y comprendiendo la maravillosa doctrina de los Evangelios, la predicó a los gentiles, hombres de otras religiones. Organizó una iglesia, con leyes y dogmas, y transportó el nuevo credo a Roma, la gran capital de entonces.
La religión de Cristo avanzó impávida hacia el Norte. Después de los años del martirologio, de los tres siglos pasados a ocultas en las catacumbas, del largo bautismo de sangre, salió a la luz del día marchando a la conquista de los bárbaros, de los nuevos pueblos en formación.
Visión amplia fue la de los primeros dirigentes de la iglesia Cristiana al dejar atrás a los sabios estancados del Oriente e ir hacia los bárbaros del Norte, pues intuían que el bárbaro de entonces sería el conquistador del mañana, y por ende, el sostén de su religión.

Enseñanza 26: El Islamismo

Un conjunto de hombres semisalvajes, semidesnudos, semi-arios, habían permanecido vigilantes, durante milenios en la orilla del continente perdido.
Se habían sumergido bajo las aguas las tierras del cielo de plomo, de los templos y ciudades de oro macizo.
Ellos permanecieron allí, con las pupilas fijas e inmóviles, viendo derrumbarse todo un pasado y toda una raza, fieles a su destino de guardianes de la religión perdida y de su sangre, manantial de una nueva civilización.
Huyó el mar, murió la naturaleza, se hizo el desierto, los quemó el sol cada vez más candente y ellos permanecieron. Vieron emigrar a sus compañeros en largas caravanas hacia tierras más hospitalarias, hacia suelos más firmes.
Volvieron como conquistadores los hermanos de ayer y dejáronse subyugar por ellos. Se internaron en el desierto, aquel jardín maravilloso de arena que guardaba el tesoro del continente perdido, sepultado en parte bajo el mar y en parte bajo las arenas.
Estos hombres, sea que le llamen semitas, iranios, israelitas o hebreos, siempre son un mismo pueblo: los conservadores de la Divina Religión Atlante y el brote sanguíneo de la nueva raza.
Cuando unos abandonaron la soledad mística del desierto para convertirse en un pueblo estable o en nación, otros vuelven a ella.
En el año 440 los pueblos del desierto perdieron el verdadero culto a sus antepasados profesando una religión mezcla de fetichismo, cristianismo e idolatría.
Pero la sangre de Ismael corre por esas venas y en la ciudad de la Meca nace un hombre de la tribu de los Coreixitas, quien ha de levantar el espíritu de los

creyentes hacia la fe en un Dios Uno y Verdadero. Con el nacimiento de Mahoma, en 570, empieza una nueva era para los hijos del desierto. Este joven huérfano, criado por caridad en la casa de su tío Abu Taleb, era de maneras suaves, porte afeminado, de perenne sonrisa, llevando consigo el signo de los Divinos Iniciados.
Vio la decadencia de su pueblo y en sus meditaciones y recogimientos interiores soñó libertarlo de las cadenas del egoísmo, de la lujuria, de la idolatría y de la vanidad.
A los veinticuatro años se casa con Kadiya, viuda rica mucho mayor que él, viviendo con ella una perfecta vida matrimonial; tan cierto es ésto que en su pueblo se le llamó el fidedigno.
Fueron necesarios largos años de espera y meditación para quemar las escorias del hombre, dejando únicamente la Divina Encarnación, el enviado del cielo.
Comunicó sus visiones y anhelos a su esposa y ella fue su primer discípulo, quien primero repitió las palabras: "Alá es Dios y Mahoma su profeta".
Con Mahoma no reza la profecía de Jesús: "Nadie es profeta en su tierra", porque conquistó sus primeros discípulos entre parientes y amigos. Su anciano tío que le sirvió de padre, no le quiso reconocer el divino mandato, mas no le contradijo, prometiendo a su hijo Alí que fuese su primer discípulo varón.
Pero la lucha empieza; nadie quiere dejar de adorar a los dioses, el culto a los ídolos, la libre vida de los placeres.
Mahoma dice que no hay más que un Dios y este Dios no tiene imagen: es espíritu y verdad. Es como el viento del desierto, terrible y sin forma, que levanta los

médanos y los transporta velozmente, silbando, sin que nadie lo pueda ver.
Cuatro ángeles obedecen los mandatos de este Dios invisible, principio de todas las cosas. Los justos vivirán en el seno de Alá, en el divino jardín de las huríes, aunque nadie será semejante a Él.
Una noche intentaron matar al Profeta, pero él huyó con un discípulo, refugiándose en Medina. Mientras huían el discípulo, agobiado, dijo al Maestro: "estamos solos los dos y perseguidos", a lo que él contestó: "No somos dos, somos tres, porque Dios está con nosotros".
Con la llegada a Medina empieza la era del Islamismo, llamada Hégira.
Cuando los enemigos se lanzaron contra él, ya contaba Mahoma con muchos discípulos y se defendieron a mano armada. Un nuevo lema entró en la religión de Mahoma: "Mata al infiel si el infiel te impide observar tu religión".
Después de la muerte del Profeta, acaecida en el año 632, el Islamismo alcanzó proporciones fantásticas. Conquistó con la espada en un puño, el Corán, su libro sagrado en el otro, al Asia, parte de Europa, amenazando hasta a los pueblos nórdicos.
Como en todas las grandes religiones, no faltan en ésta los místicos llamados Sufis, que llegaron a la Unión Divina por la renunciación y el éxtasis. El estudio de las matemáticas pertenece casi exclusivamente a este pueblo, y la alquimia toma tal incremento que prepara el camino a la química y física modernas.
Pero sobre todas las cosas tienen los árabes la misión de guardar puro ese concepto de un Dios personal Uno y transmitirlo de generación en generación, hasta que

se apague la llama de nuestra Raza Aria, que conoce y adora a Dios a través de todas las formas manifiestas.

Enseñanza 27: La Religión de la Selva Africana

La creencia de los negros africanos de las selvas consiste en un fetichismo primitivo, culto tradicional degenerado de los antiguos pueblos Atlantes.
Los cafres creen en una vida después de la muerte y veneran constantemente a sus antepasados, a quienes llamaban Insicholaga, o Barinos.
Según algunos pueblos negros, los espíritus de los antepasados habitan en las cavernas, mientras que otros creen que moran en las alturas, basándose esas creencias en la conformación geográfica del país donde viven. Estos espíritus visitan a los vivos periódicamente y les ayudan o perjudican según sea la inclinación y el adelanto espiritual de los primeros.
El mundo astral donde moran los antepasados era de tamaño considerablemente reducido según la mente de los negros.
El culto consistía en comunicarse con los muertos y no era interrumpido jamás. Servían de mediadores una casta llamada de los Isitonga. Estos seres, especie de hechiceros iniciados, que por lo general padecían de extrañas afecciones nerviosas que los predisponían al ejercicio de la magia, curaban toda clase de enfermedades con ritos y prácticas raras, pues atribuían los males de la salud humana a causas maléficas que era indispensable destruir.
Al respecto, debe notarse el fondo de verdad que encerraban tales sistemas curativos, porque la raíz de la enfermedad reside, por cierto, en el estado mental

del hombre antes que en su cuerpo físico.
El Dios supremo de los negros era Uncholog el Gran Espíritu; le seguía Icante, el gran espíritu de las aguas.
Las ofrendas dedicadas a este dios eran arrojadas al agua en vez de serlo al fuego.
Más frondosa es la mitología Zulú.
Unkulunkulu es el conservador de la Humanidad y la creación.
El fuego es muy respetado entre los negros y es grave culpa dejarlo extinguir; siempre debe brillar en el hogar sagrado, en el centro de la tribu, guardado por jóvenes vestales negras.
Todo rito negro va acompañado de los Molemos, amuletos que llevan en sí el poder de resguardar a su dueño de todo mal.
Los malgaches reverenciaban a Jachar, dios supremo que no tenía altares ni recibía ofrendas, pues él bien sabía cuales eran las necesidades de los hombres.
A él se oponía únicamente Angat, el mal, principio representado en forma de reptil a quién se le ofrendaba carne humana.
Los fetiches kisos eran una especie de gnomos que dirigían las fuerzas de la Naturaleza.
No hay que olvidar tampoco al dios Maramba, depositario de los juramentos.
En Guinea, los indígenas veneraban especialmente al dios del buen consejo Agoyo, que residía en casa del gran sacerdote.
Entre los negros de la costa occidental de África, el espíritu maligno se llamaba Horei y acompañaba con mugidos una solemnidad a él dedicada.
Para los negros de la Costa de Oro, el buen principio era Boson, dios de color blanco. Es por eso que muchas

veces esos negros retuvieron a los primeros blancos que los visitaban, considerándoles dioses.
Pero la mayoría de los negros se entregaron con frenesí a la magia. El objeto adivinatorio era una vasija horadada en tres sitios. El sonido que emitía la vasija era interpretado por los sacerdotes como signo de buen o mal augurio.

Enseñanza 28: El Culto Solar de los Incas

Por una estrecha franja de tierra que había escapado a los muchos sismos vinieron restos de tribus atlantes emigrando hacia el centro del continente americano.
Este se extendía virgen y espléndido en su estado salvaje hasta el sudoeste, donde la cordillera de los Andes asomaba sus crestas inmaculadas, surgiendo como nueva Venus de la espuma del mar.
Estos residuos atlantes fundaron allí, en el corazón de la selva, florecientes colonias.
Dicen las tradiciones que cuatro hermanos fueron los fundadores de Cuzco, pero uno de ellos mató a los demás y los transformó en peñascos, convirtiéndose él mismo, después de su muerte, en peña para ser adorado.
El culto primitivo de los Incas era el de las piedras, sobre las cuales depositaban sus ofrendas y hacían sus sacrificios. Esto confirma su origen atlante. En efecto, los atlantes veneraban el número cuatro, símbolo de la cuarta raza raíz y tenían como altar de veneración piedras superpuestas, especialmente la subraza atlante de los semitas.
Luego de la gran catástrofe que sumergió el antiguo continente atlante, nuevas tribus, de las pocas que se salvaron, fueron llegando.

Descendían éstos de las últimas subrazas atlantes que habían conocido, en la gran ciudad de las puertas de oro, el puro culto de la Divinidad Solar.
Establecieron así los mismos ritos sobre la peña de Huiracocha, dios esencial y principio infinito; encendieron el fuego sagrado del dios Pachacamac para que éste elevara perennemente su llama hacia el dios solar, el gran dios Inti.
Se levantaron grandes templos, todos de oro, pues el rito solar no admitía para su servicio instrumentos ni adornos que no fueran del áureo metal.
Vírgenes vestidas de blanco y adornadas con coronas de oro, a las que sólo un rey inca podía desposar, mantenían constantemente encendida la llama en el santuario.
El aspecto masculino, simbolizado por el sol, era completado por el culto femenino de la diosa Mama-Quilla o Coya, la luna. A sus templos, que eran totalmente de plata, concurrían de noche los fieles en largas filas para rendirle culto y reverenciarla.
También adoraban los incas a otros dioses: Catequil, dios del trueno, Cuicha, el arco iris dios de la paz, Chozco, dios del amor, similar a Venus.
Este pueblo conocía el principio fundamental del universo porque tenía idea de un dios inmanifestado, Piguerao, aquél que desaparece cuando el universo se manifiesta, gemelo de Atachucho, dios personal nacido del huevo primitivo.
La primera pareja el Adán y Eva americanos eran Manco-Capac y Mama Oello Huaco, aunque no todos creían que estos habían sido los fundadores de la raza humana, pues algunos estimaban como fundador de la misma al Inca Roca, descendiente directo del Sol.

Enseñanza 29: Las Antiguas Religiones Mejicanas

Muy parecidos en religión y costumbres a los incas y también descendientes de los Atlantes, son los aztecas, miltecas y toltecas.
Al revés de los pieles rojas de las Montañas Rocosas, que habían conservado en alto grado las costumbres de una religión completamente espiritual con hábitos patriarcales y venerables, estos indios de Centro América eran materialistas, feroces y sanguinarios.
El universo para ellos había sido creado por Citlantonac, el universo sutil, en unión con Citlalique, el universo denso.
Recordaban en sus anales cosmogónicos cuatro edades: la edad del agua, cuando la tierra habitada por los gigantes había sido anegada por un diluvio.
La segunda edad, la de la tierra, donde se habían refugiado los gigantes sobrevivientes, fue destruida por movimientos sísmicos y grandes temblores de tierra.
La tercera época, del aire, había sido arrasada por ciclones.
En cuanto a la cuarta época, del fuego, las inmensas llamas devoraban a los seres humanos y de este fuego habían nacido y se elevaron al cielo, el sol, la luna y las estrellas que pueblan el firmamento.
Con el cuchillo quebrado de Citlantonac se formaron los dioses y de un hueso de un dios muerto nacieron los hombres.
La tierra era venerada en la diosa Amon, pero la preferida era Cinteolt; ella es la que preside el crecimiento del maíz, la planta tradicional de los indios; protege también la generación.
La representaban como una bella mujer cargada de

espigas y con un niño en brazos; le inmolaban víctimas humanas que debían ser personas sin defectos físicos, sanos y fuertes. Estos eran puestos sobre el ara del sacrificio, se les abría el pecho con un afilado cuchillo y el corazón arrancado y aún palpitante se consagraba a la terrible diosa.

Imposible sería enumerar todos los dioses venerados por estos pueblos. Tosi era la madre de los dioses, la abuela de los hombres, protectora de los magos y de los hechiceros.

Mixcoatec era el dios de las tormentas. Xiulteculti, el dios del fuego. Cihuatcoatl la diosa serpiente, bondadosa y amable, había dado a luz antes que ninguna otra mujer y amparaba a las mujeres en el trance maternal.

Pero el gran dios, el dulce dios, vestido de blanco, es Quetzalcoatl, el loro serpiente, el que fomenta la paz. Cuando bajó entre los hombres prohibió los sacrificios humanos y desterró a los malos.

Especialmente venerado por los toltecas, su símbolo era una cruz. Cansado de estar entre los hombres quiso regresar a las regiones celestes, dejando a Tula, la ciudad máxima, donde era venerado en la desolación.

Después de él reinó el dios Texcatlipoca, malo, vengativo y perverso, que volvió a sembrar el dolor entre los hombres.

Fueron desapareciendo rápidamente los indios y quedaron sepultados para siempre bajo las ciudades perdidas, los tesoros y los testimonios de su antigua y divina religión.

Pero como nada perece por completo, ha quedado aún intacta en las Montañas Rocosas, una antigua tribu de

indios, descendientes puros de la perdida Raza Atlante y de las dinastías del águila.

Aún hoy repercute en las montañas el eco profundo de los nombres venerados de Manitú, el dios eterno y de Masson, el hijo del dios vivo. Han quedado allí, como símbolo único de la cuarta raza raíz, esperando el último día, en el cual todas las semillas serán juntadas para que florezca la sexta gran raza, la raza raíz futura.

DIEZ GRANDES RELIGIONES

ÍNDICE:

Enseñanza 1: El Manantial de las Religiones
Enseñanza 2: Los Vedas
Enseñanza 3: El Brahmanismo
Enseñanza 4: El Egipto
Enseñanza 5: Dioses Egipcios
Enseñanza 6: Ordenamiento de las Religiones
Enseñanza 7: Los Caldeos
Enseñanza 8: Los Asirios
Enseñanza 9: Los Persas
Enseñanza 10: Los Sargónidas
Enseñanza 11: Los Griegos
Enseñanza 12: Los Indios
Enseñanza 13: Los Galos
Enseñanza 14: Los Israelitas
Enseñanza 15: Los Romanos
Enseñanza 16: Los Mongoles

Enseñanza 1: El Manantial de las Religiones

Los pueblos de la raza Atlante habían recibido de los Grandes Instructores de esa raza las verdades de sus religiones. Estas verdades, fortalecidas por el poder psíquico de percepción propio de esta raza, eran de carácter completamente intuitivo.

Estas religiones lindaban con el mundo de la conciencia superior y no utilizaban símbolos naturales. Eran de un monoteísmo selecto.

Pero cuando esta raza empezó a decaer y degenerar, las prácticas religiosas fueron suplantadas por actos de poder psíquico y de magia negra.

Los arios mantuvieron una lejana vislumbre de esas Divinas Religiones, aunque completamente oculta bajo el peso del tiempo y de la razón, nueva prerrogativa de la naciente raza.

Los Atlantes, sumergidos en las profundidades del mar en que se hundió su continente, llevaron consigo su Divina Religión.

Pero nuevos Iniciados y la nueva Idea Madre hicieron su aparición y, en consecuencia, surgió una nueva religión que acompañó a la nueva raza Aria y que fue base de todas sus religiones posteriores.

Los Arios, después de la gran lucha sostenida con sus adversarios atlantes, se lanzaron a la conquista del nuevo continente que, cual virgen tierra prometida, había emergido de las aguas para ellos.

Los primitivos hombres, en inmensas caravanas, guiados por sus Divinos Instructores, abandonaron las viejas costas para buscar tierras nuevas y emigraron hacia el centro de Asia y Europa.

Encontraron una tierra fértil, maravillosa, pero terriblemente dura de conquistar. El clima ponzoñoso y ecuatorial a que estaban acostumbrados era suplantado allí por uno áspero y frío.

La pereza cedía a la necesidad y, después de una mortandad espantosa, los habitantes del nuevo continente, aprendieron a luchar poco a poco con la naturaleza para buscarse el alimento y procurarse reparo.
La naturaleza era dura de vencer pero, al ser subyugada, daba maravillosos resultados y revelaba sus secretos. Por eso los hombres primitivos la divinizaron, a ella y a sus fuerzas manifiestas.

La nueva religión, basada en el culto de la naturaleza, era puramente humana y natural y fue el fundamento del politeísmo.

Mas vino el día en que los Arios volvieron a la tierra de donde salieron y encontraron a sus predecesores, los cuales, con un rudimentario monoteísmo, conservaban la Religión Divina de los Atlantes, y los vencieron.

De esas dos corrientes, de una religión Divina olvidada y de otra, natural y humana naciente, se formó el armazón de todas las religiones venideras.
Las religiones Arias, entonces, nacen del recuerdo de

un estado divino perdido y del conocimiento de una fuerza natural puesta al alcance del hombre.

Las palabras de los primeros Grandes Iniciados se funden, se cristalizan, con la experiencia material de los pueblos. El recuerdo de lo divino es materializado con una imagen, con el culto a los antepasados y de este manantial en donde Dios y el hombre se encuentran, en donde el círculo y la cruz se abrazan, brota el agua cristalina que inundará al mundo y a los tiempos, que tendrá diversos nombres, que volverá a juntarse un día en el océano del hombre hecho Dios.

En todas las religiones Arias, predomine en ellas el monoteísmo o el politeísmo, siempre se encuentran estas mismas bases fundamentales; el culto al empezar es sencillo y claro como el amanecer, la quietud humana se vuelca en la serenidad divina con cantos e himnos; éstos son transmitidos de padres a hijos, de un pueblo a otro y, con el andar del tiempo, se transforman en textos sagrados e idiomas fundamentales.
La tradición transforma las sencillas elevaciones del alma en ceremonias y cultos y los cultos reclaman las vestiduras, los signos y los misterios.

Todas las religiones Arias siguen las mismas rutas y el mismo sendero; son espirituales y puras al empezar; se hacen fuertes y potentes al seguir su marcha para llegar a su apogeo, cuando la mente y el espíritu de la religión se juntan, se unifican. Después decrecen, se hacen intelectuales y sabias, dogmáticas y rígidas, frías y oscuras y terminan en una organización sectarista, conservadora de las propias divinidades.

Tiene que ser así, irremediablemente; una mezcla de espíritu y materia no puede ser más que una lucha entre el espíritu y la materia. Cuando el espíritu domina, el materialismo es vencido; pero cuando la fuerza material se sobrepone al espíritu, éste se oculta tras espesos velos.

Tras las formas dogmáticas y prácticas de todas las religiones, está un principio Real y Divino.

Enseñanza 2: Los Vedas

Después de la lucha de los mil quinientos años, los Arios que emigraron al Asia Central dejaron a sus descendientes la Revelación y Tradición de una magnífica Religión que fue transmitida a través de los Vedas milenarios.
Los Vedas, palabra que quiere decir "ciencia pura", son un conjunto de himnos y cánticos que aquellos antiguos pueblos acostumbraban a elevar a sus dioses; himnos que al principio no estaban escritos, sino que eran transmitidos oralmente de generación en generación. Los Vedas se dividieron con el tiempo en cuatro grandes grupos: 1. Rig; 2. Sutra; 3. Brahmanes y 4. Atharva.
Por estos libros sagrados se deduce que se conocía ya un principio infinito e inmenso, desde donde surgían todas las cosas creadas: Aditi, el Infinito.
Detrás de este concepto universal se formaba la idea de un Dios creador, personal, fuerte, que encierra en sí todo el poder del bien; este es Indra, el segundo Dios hindú, que lucha continuamente contra el mal y contra

el espíritu de las tinieblas y de las oscuridades: Vritra.
A Indra le llaman los Vedas: "El único Dios que profesa amor a los mortales, que los auxilia, que derrama a manos llenas sus bienes sobre ellos".
Los Arios, antes de dividirse en diversos pueblos, poseían el único idioma: el Zenzar; y todos tienen en sus voces primitivas, en sus vocablos básicos, una única raíz, un único relato que recuerda una región donde habitaron anteriormente, fría, de nieves y de largos inviernos.
Al Zenzar le sucede el Sánscrito que se transforma después, con el tiempo, como todos los idiomas primitivos, en leguas sacerdotales y religiosas.
La lengua Sánscrita es, para los indos, Vak, la vibración eterna, que ellos transforman en divinidad.
Los versículos de los Vedas, cuando son modulados según las antiguas entonaciones, tienen una vibración de especial poder, a la cual se llama Mantra.
Agni, el fuego; Phritivi, madre de la tierra; Mitra, el sol; Varuna, las nubes; Arimau, el lar familiar; en una palabra, todas las manifestaciones de la naturaleza, todas las costumbres, las virtudes, el bien y el mal, son materializados y transmitidos a la posteridad como divinidades.
Enseñan que aquellos antiguos y nómadas pueblos de pastores fueron asentándose poco a poco, desde la Pañchala, que quiere decir país de los cinco ríos, hoy Penjab, hasta alcanzar una civilización de proporciones fantásticas.
Las leyes del Manú, el más antiguo código indo, describe cuales fueron las bases, el orden de este pueblo y de su religión.
También se encuentra en la religión inda, después de

un Dios infinito, Aditi; después de un Dios creador Indra y de un principio de lucha entre el bien y el mal, Indra y Vritra; después del culto a las fuerzas naturales y atmosféricas, el culto a la Trinidad, principio que se encuentra en todas las religiones Arias.
Este concepto es muy posterior a los Vedas y representa un Dios Uno, pero con tres aspectos: el de Brahma, Vishnú y Siva, que son imagen de la mente cósmica, de la energía primaria y de la sustancia indiferenciada.
La religión Aria es Una, natural y divina, pero sucesivamente los pueblos le han dado diversos nombres.

Enseñanza 3: El Brahmanismo

Sobre los Vedas asentaron los Arios todas sus religiones, sus filosofías, leyes, letras y artes.
Los Upanishads, los Sutras, que constituyen la moral y la filosofía del Hinduismo, no son más que amplios comentarios de los textos primitivos basados en su religión.
Crece el pueblo Ario, se hace fuerte y potente, hasta que el deseo de poderío fomenta contiendas intestinas y guerras espantosas.
En los Puranas, se describe la guerra entre los dioses y los elementos; en el Ramayana, se describe la guerra de los Arios guiados por la Divina Encarnación de Rama contra los Atlantes; en el Mahabharata está descrita la guerra de los Hindúes entre ellos. Es en esta epopeya que aparece Krishna, el octavo Avatar de Vishnú, guiando a Arjuna a la victoria.

La conversación sostenida entre estos dos, descrita en el Bhagavad Gita, es aún hoy la base espiritual de muchos devotos de la India, y los que siguen esa religión se llaman Vaichnavitas.
Al final del Mahabharata aparece Siva, el dios del destino y de la destrucción, y Kali, su esposa. Estos dioses tomaron desde entonces gran incremento y serán aquellos que más templos tendrán en la India, generando esa prole de yoguis y tántricos, místicos y ejercitantes de los poderes psíquicos, que nadie en el mundo podrá superar. Aún Yaghannart, el rey del mundo que se pasea, una vez al año, sobre su carro milenario, es imagen de Siva.
Los ejercicios de los Yoguis están especialmente descritos en la Yoga de Patanjali, en el Sivagana, en el Chakra Nirupana. Este amor de los hindúes por su religión y por las prácticas espirituales, les hace aptos para que sus religiones se multipliquen en infinidad de sectas, que sería imposible nombrar; todas ellas impulsan al estudio de las cosas internas y abstractas.
La Vedanta Purana es la filosofía que afirma que todo fuera de lo Inmanifestado es Maya.
La Vedanta Advaita que admite como única realidad lo absoluto, tolera, sin embargo, un principio creador, Purusha (el Espíritu), y un principio vital y substancial, Prakriti (la materia).
Detrás de estas filosofías y teologías, hay una infinidad de Pandits (sabios) y Brahmacharin (monjes), de Sanyasis (místicos), que renuncian a todas las cosas, de Yoguis Iniciados, que renuevan, mantienen, purifican y depuran continuamente la única religión primitiva de los Vedas; entre ellos, Chaitanya-Sankaracharya, y últimamente Ram Mhum Roy (el

fundador del Brahmosamaj), Ramakrishna y Vivekananda (el fundador de la Misión Ramakrishna) y el poeta filósofo Tagore.
La pura religión de los Vedas tuvo, como se ha visto, también su época de oscurantismo después de la guerra descrita en el Mahabharata.
Debilitados los pueblos, los sacerdotes toman las riendas del gobierno.
Ellos eran llamados Brahmanes y constituyen su nombre en lugar del de Indra, como el nombre que hay que atribuir a la Divinidad: Brahma. Y para consolidar su poder, dividen la raza en cuatro castas, poniéndose ellos a la cabeza como dinastía divina.
A pesar de esto, muchos Brahmanes eran verdaderamente descendientes de los antiguos Reyes Iniciados Arios.
Las cuatro castas fueron divididas del siguiente modo:
1) Brahmanes: Sacerdotes y dirigentes espirituales del pueblo.
2) Chatriyas: Casta de los reyes y guerreros.
3) Vaisyas: Casta de los industriales y comerciantes.
4) Sudras: Casta de los sirvientes.
Como consecuencia negativa de estas leyes, llevadas al despotismo, se han tenido terribles resultados, que aún hoy en día son difíciles de extirpar totalmente.

Enseñanza 4: El Egipto

El antiguo Egipto se extendía más allá del costado Nord-Oeste de África a una isla completamente sumergida actualmente. Las primeras cinco dinastías cuya memoria se pierde en el tiempo, pertenecían íntegramente a la raza Atlante.

Vencidos estos antiguos Atlantes por las nuevas razas Arias, fue Egipto la cuna de los Arios de tipo Semita que pobló la parte Sud del Egipto actual, después que el viejo Egipto Atlante fue sepultado en el océano.
La antigua leyenda egipcia recuerda este gran diluvio cuando asegura que el Rey Menes torció el curso del río Nilo, para edificar en la nueva orilla, la ciudad de Menfis.
De allí que la religión egipcia fue la que más relaciones y parecidos tuvo con la Sabiduría Atlante y con los secretos Divinos e Iniciáticos del continente perdido.
Las ciencias del Egipto, que han construido obras que aún asombran al mundo, han sido perdidas y ocultas porque pertenecían a la Escuela Sacerdotal de los descendientes de los Atlantes, las cuales los Egipcios Faraónicos habían aprendido por herencia.
La costumbre de poner al Faraón por encima de los sacerdotes, a la inversa de lo que hicieron los Brahmanes Hindúes, demuestra cuán arraigado estaba en el pueblo el recuerdo de los Grandes Reyes Primitivos del tiempo de la Gran Lucha, que eran a un mismo tiempo Sacerdotes Videntes y Reyes Iniciados.
La religión egipcia se funda esencialmente sobre este concepto: un reino humano y poderoso, imagen del Reino Divino y Superior.
El Faraón, el Rey, el dirigente absoluto de todos los habitantes del gran territorio, es el poder único, la voz primera, una verdadera imagen de Dios.
Dispone de la vida y de la muerte; es el Rey verdadero, protector de su gente; es el Sacerdote único, intermediario entre la tierra y el cielo. No hay otro sobre él; no hay otro más que él.
Él no sólo tenía a su disposición el ejército sino también

a todo el Colegio Sacerdotal, mejor dicho, el ejército era la fuerza humana del Faraón y la casta sacerdotal, su fuerza divina.
Un Faraón no era solamente el Marte de la Guerra sino también el Supremo Oráculo del Templo.
En esta imagen del Rey Iniciado de Egipto está condensado todo el poder de esta raza que cruzará los milenios impávida y altiva, sin ser derrotada hasta que haya cumplido su misión y aprendido toda la experiencia que le era necesaria.
La vastedad del Reino Egipcio no era causa para que no fuera bien reglamentado y dirigido. Este pueblo, que veía en su Faraón la expresión de un Dios, no dejó por eso de divinizar a la naturaleza y a las fuerzas que de ella emanaban; y como era un pueblo netamente campesino y agricultor divinizó a la tierra y a sus frutos, al sol y a las estrellas, y sobretodo, al caudaloso Nilo, el gran río que les podía proporcionar abundante cosecha o abandonarlos sin pan.
Este río fue tan divinizado que se reputaba sacrilegio intentar averiguar el lugar de su nacimiento, pues la leyenda rezaba que su manantial estaba en el cielo, en el seno de la divinidad.
Este pueblo sencillo y trabajador, que no tenía más religión que los impulsos del alma y las manifestaciones naturales que lo rodeaban, y que no tenía más potestad que la del Rey, luchó intensamente contra los pueblos que querían arrebatarle su suelo.

Enseñanza 5: Dioses Egipcios

El recuerdo de la Divina Religión Atlante, fomentó entre los Egipcios el culto a los dioses solares: Ra (el sol),

Atonu (el dios solar), Shour, Anuri, Amon (dioses de los días).
El recuerdo de los grandes Instructores, de los Divinos Iniciados que habían guiado a ese pueblo, inspiró a los dioses de los muertos: Sokaris, Osiris, Isis, Anubis y Neftis, son sus exponentes.
Pero el culto de la naturaleza característica de la nueva Raza Aria, crea los dioses de los elementos: Gabu (la tierra), Nuit (el cielo), Nu (el agua primordial), Hapi (el Nilo).
Estos dioses se transformaron de generación en generación, cambian y viven como los hombres, son adorados en una comarca y abandonados en otra, casi como si tuvieran vida humana.
Pero los dioses de los muertos son los que más profundamente estuvieron arraigados en el corazón de los Egipcios desde su Gran Rey Iniciado Menes.
Los dioses solares no eran considerados supremos en todas las regiones, sino cada región tenía su dios predominante.
En Denderah se adoraba a Hathor, en Sais a Nit, en el Kab a Nekhabit y en Elefantina a Harmakhis.
Los dioses de Egipto tuvieron templos maravillosos en Menfis, en Tebas, en Elefantina, edificados todos ellos sobre las riberas del Nilo. Aún pueden verse las ruinas de Karnac, Denderah, Edfú y Philae.
En donde se ve la magnificencia del recuerdo religioso del Egipto es en la esfinge de Gizeh, en las pirámides milenarias, que son a un tiempo tumbas funerarias, templos de veneración a los antepasados, cámaras iniciáticas y libros de piedras sobre las cuales está escrita la ciencia del Universo.
Osiris, el señor de la muerte, con sus cuarenta y dos

jueces infernales, recibe al alma mientras el corazón del muerto habla en pro o en contra de sí mismo. Isis es su esposa, es símbolo de la Luna, reina de la muerte. Osiris es el Bien pero lucha constantemente contra Sit-Tifón imagen del Mal. Osiris es vencido por Sit-Tifón, es despedazado y sus miembros mutilados arrojados al Nilo; pero su esposa Isis, dolorosamente busca esos mutilados miembros en el agua, los junta y llora sobre el cadáver del Dios muerto y sacrificado por el Bien. De ese cuerpo mutilado surgirá el Libertador; nace un casto niño, Horus, que vencerá definitivamente a Sit-Tifón.

En el antiguo Egipto, cuando se conmemoraban los Misterios de Osiris, se hacían grandes fiestas, se velaba el cuerpo del Dios muerto, se revestía la imagen de Isis con negros velos; pero cuando resucitaba Él en Horus, todo era fiesta y alegría.

Hermes Trimegisto, el tres veces sabio, es la imagen sobre la tierra de la Divina Encarnación.

En todas las Religiones Arias, se encuentra este hombre Uno entre todos, que es venerado por la posteridad como una Divina Encarnación.

El concepto de Trinidad no falta en la religión egipcia, pero siempre con el aspecto de la constitución de una familia divina.

Osiris e Isis, engendran a Horus; Ftah, dios masculino y Sokhit, diosa femenina, dan vida a Nefertunus.

Sobre todas las tumbas de este antiguo pueblo se encuentran estas tres divinas cabezas entrelazadas.

Los grandes libros de esta religión, cuidadosamente guardados por los sacerdotes, de centuria en centuria, poseedores de todos los secretos de la sabiduría Atlante, fueron completamente destruidos por los

sacerdotes para que no fueran entregados a los profanos.
Algún texto oral transcripto existía en la biblioteca de Alejandría; pero las llamas destruyeron para siempre ese tesoro. Únicamente se conoce algún fragmento, mal transmitido del Libro de los Muertos.
Los Egipcios tenían una idea exacta de la existencia del cuerpo astral y lo llamaban el doble del hombre o Ka, de allí el gran culto que tuvieron a los muertos y su arte de embalsamar tan bellamente que nadie ha sabido copiar. Ellos procuraban conservar la apariencia del cuerpo físico para que el ser, al volver a renacer, tomara el mismo aspecto de la vida anterior.
Decían que el Ka o cuerpo doble era una imagen sutil, reproducción de la física, que envolvía al alma que ellos llamaban Khu y que emitía sutiles radiaciones y fosforescencias.

Enseñanza 6: Ordenamiento de las Religiones

Se ha explicado en las lecciones anteriores que dos grandes religiones fundamentales se habían encauzado en los comienzos de la Raza Aria. Los Vedas fundaron una religión humana que se transforma luego en Humana-Divina. Los egipcios mantuvieron una religión divina, que luego se transformó en Divina-Humana.
Se tienen entonces dos religiones fundamentales: la Védica y la Egipcia.
Una y otra alternativamente se vencieron, se superaron, se asimilaron, se desprestigiaron; pero la finalidad fue que triunfara la religión Védica y que se perdiera la religión egipcia.
Los Vedas fundaron una religión humana que se

transformó en Divina; mientras que los egipcios desaparecen con su pueblo, después de haber entregado a los hombres el tesoro de su Divina Religión.
Las dos grandes corrientes védica y egipcia fueron las fundadoras de las diez grandes religiones del mundo antiguo hasta el advenimiento del budismo.
Los Vedas fomentaron las religiones de los Caldeos, Persas, Griegos, Galos y Romanos.
Los egipcios fomentaron las religiones de los Asirios, Sargónidas, Indios, Israelitas y Mongoles.
Estas diez grandes religiones plasmaron la Idea Madre de la raza Aria, la lucha entre el espíritu y la materia, el balancear de los pares de opuestos, la intensa lucha entre una razón humana y una intuición divina.
Los Caldeos, los Persas y los Griegos eran de tez blanca, grandes propulsores de la vida y de la civilización por el esfuerzo propio. Son un vislumbre de lo que podrá alcanzar el hombre con el solo empuje de su voluntad y discernimiento.
Los Galos, enjambres de Arios olvidados en las regiones del centro de Europa, tuvieron la misión de conservar lo más pura posible la religión de la naturaleza.
Los Romanos, formados por el refinamiento griego y empujados por la ola de bárbaros del Norte, formaron entre estas dos corrientes la religión más fuerte de nuestra raza, pues sobre ellos se fundó el cristianismo y toda la actual civilización.
Los Asirios y los Sargónidas, fueron en sus orígenes de tez oscura y transmitieron con su extraordinario desarrollo, más intuitivo que racional, la Divina Religión de los egipcios.
Los Indios, conservaron la primitiva religión egipcia a

través de sus dioses y ritos mágicos.
Los Israelitas, tienen la misión de mantener con su religión el concepto de un Dios Único y Personal, perpetuándose durante todo el transcurso de la Raza Aria, como símbolo vivo del origen de nuestra misma raza.
Los Mongoles, fueron los que transmitieron las altas enseñanzas de Confucio y Lao-Tsé.

Enseñanza 7: Los Caldeos

Como dos inmensos ríos que se encuentran y se juntan entre sí, la antigua religión divina de los Atlantes y la nueva religión de los Vedas se juntaron y florecieron en la naciente raza Aria.
Al Nordeste de África se extendía una tierra inhospitalaria y casi inhabitada.
Como inmensa masa de sal, la finísima arena del desierto era la única dueña del territorio, pero en el linde oriental de este desierto, se estableció una nueva raza que fue después conocida con el nombre de Meda.
Dos grandes ríos, el Eufrates y el Tigris, surcaban ese desierto y alivianaron y ayudaron la tarea fundadora de los nuevos habitantes.
Más adelante la historia de la destrucción de la Atlántida, será escrita en los anales caldeos con la leyenda del "Dios Belo". Por la maldad de los hombres, Dios decide destruirlos y encarga a Xisutros que construya un arca y guarde en ella a todo ser bueno y que navegue hacia la tierra de Nicir, tierra prometida de salvación.
El Titán y el Ner, gigantes caldeos, son también

vislumbres del conocimiento que tenían de la gigantesca raza Atlante.
La lucha de los primitivos caldeos contra la rebelde naturaleza e incomodidad del terreno que habitaban y el recuerdo del culto natural de sus antepasados arios, hizo que divinizaran los elementos y fenómenos naturales. Pero el culto más arraigado de este pueblo, que alcanzaría un grado elevadísimo de civilización, es aquél de la existencia de la vida después de la muerte, de la reencarnación y de la influencia de los seres buenos y malos sobre la tierra y los hombres.
Por eso, el primitivo Sacerdote Caldeo es el mago, que con perfecta vocalización, aleja a los espíritus inferiores e invoca la protección de los buenos.
Este estudio profundo de las artes mágicas, hace de los sacerdotes e Iniciados caldeos grandes químicos y grandes conocedores del aspecto oculto de la naturaleza. Como aprendieron que toda influencia humana está sujeta a la influencia estelar y sideral, fueron astrónomos consumados. Tan cierto es esto, que los templos caldeos se pueden considerar como grandes observatorios.
Los antiguos templos eran rectangulares y se llamaban Ziggourat, con tres, cuatro o siete pisos sobrepuestos. Estaban construidos sobre grandes cerros artificiales y el piso superior de forma semiesférica, era un perfecto aparato telescópico fundido en plata y oro. Allí estaba la cámara secreta de la Diosa Ishtar a la cual no podían entrar más que los Grandes Sacerdotes Iniciados o los Iluminados que hubieran logrado la clarividencia mental.
Los pueblos caldeos, que primitivamente se constituyen en clanes para la disciplina de su

organización, alcanzaron bien pronto un gran poder y civilización. No ponían piedras ni mármoles como los egipcios; pero supieron escribir su historia sobre grandes ladrillos de barro que han llegado hasta los días actuales.
También adoraron a un Dios Único, Zi Ana (Dios Creador), Si Kia (el Dios humanizado), el redentor hecho hombre, llamado el Grande y Sublime Pez.
Enlil, es el aspecto malo de Dios, rey de los lugares tenebrosos, de los infiernos y del mal.
También conocieron los caldeos el concepto religioso de la Trinidad, ya que dignificaron a Anu, Bel y Ea, como un Dios solo con tres cabezas.

Enseñanza 8: Los Asirios

El pueblo Asirio estaba destinado a formar una religión semita por excelencia. Se había formado fuerte, indómito y peleador, ya que era destino de Asiria mantenerse independiente a costa de guerras continuas pues la rodeaban potencias enemigas.
Es lógico, entonces, que la religión Asiria sea por excelencia guerrera y personificación de los poderes de la guerra, del combate y de la victoria.
El Rey de los Asirios, Asur, es un Iniciado Semita que guía a ese pueblo a la conquista de una civilización nueva: la civilización por la fuerza.
Los Asirios, al saberse fuertes, no fueron crueles con los vencidos para poder aprender sus enseñanzas, asimilar sus buenas costumbres y entrefundir los valores constructivos.
Asur, Rey Iniciado, se transforma en Ciudad Santa y la Ciudad Santa se transforma en el Santuario vivo que

tiene por culto supremo a Asur.
Fue testimonio de este valor progresista de los Asirios, la gran biblioteca de Asur. Estaban reunidos allí documentos de la antigua civilización Atlante, de la historia de los primitivos Asirios y el libro de la profecía y de la construcción de la gran pirámide de Cheops.
Como la Asiria es la religión del combate, el Dios constructor de ellas es el Gran Rey vencedor; el aspecto femenino de la Divinidad está representado por Semíramis, la hija divina de Derketo de Ascalón. Semíramis fue abandonada al nacer y la recogió un pastor llamado Simas que la crió amorosamente y la instruyó en el arte de la guerra. Casada con Oanes, lo siguió en los combates; Nino se enamoró de ella, la arrebató al esposo y la asoció al imperio. Desde entonces ella cruzó la vida sobre un resplandeciente caballo de batalla, yendo de victoria en victoria, venciendo enemigos, fundando templos, enriqueciendo de tesoros de arte la gran Nínive. Luego, su hijo Ninias conspiró en su contra y cuando ella lo supo, herida por el dolor, se transformó en una blanca paloma que desapareció en el cielo.
El culto primitivo de los Asirios era el mismo que el de los Caldeos. Adoraban al Dios Belo y le ofrecían sacrificios, pero después formaron un culto propio divinizando a sus reyes o transformando esos dioses extranjeros en dioses nacionales.
De esta antigua religión no queda al día de hoy resto alguno en el mundo, pero su historia de grandeza religiosa, de un Dios Uno y Trino, de un castigo y de un premio después de la muerte, está escrita en todas las religiones que le sucedieron.
Cuando el pueblo Asirio decreció y empezó su

decadencia, los cultos primitivos, puros y fuertes, que imploraban la victoria antes del combate o celebraban el triunfo después de la batalla, con ritos sencillos y primitivos, fueron suplantados por ceremonias lujosas y sacrificios humanos.

Enseñanza 9: Los Persas

A medida que se iban sucediendo las civilizaciones Arias, una tras otra, se iban cambiando, modificando y transformando las religiones.
En la cuenca del Tigris, en el Asia Central, se había levantado un pueblo fuerte e indómito, el Asirio, que creció pronto y desarrolló una potente civilización.
La grandeza de este pueblo, lo recuerdan las ciudades populosas y perdidas de Asur, Nínive y Gale.
A imitación del pueblo egipcio, su gran enemigo, al cual venció y por el cual fue vencido a su vez, divinizó el aspecto de la naturaleza, de la Diosa Paloma, la gran reina Semíramis, mientras la adoración del aspecto masculino de Dios, fue simbolizado por el fuego sagrado, que ardía constantemente en los templos.
Había de seguir una nueva religión, una religión que divinizara y exaltara más el concepto divino, despejándolo de la gran cantidad de ídolos, estatuas y cultos variados en que había caído.
La Divina Religión Atlante, estaba aplastada bajo las estatuas monstruosas de numerosos dioses y la pura y natural religión de los primitivos Arios había sido suplantada por formas groseras.
Asur, el dios alado, que sale del disco solar, había perdido toda significación armoniosa de la Humanidad enlazada con la Divinidad.

En una vasta meseta del Asia, circunscripta por los ríos Indo, Tigris y Mar Caspio, se formaba una raza nueva, mezcla de Persas, de Medas y de Asirios, la raza Irania o Pérsica.

En los albores de su civilización, para restaurar y armonizar el culto religioso, bajó entre ellos un Gran Iniciado, Zoroastro. Este Gran Ser destruyó la idolatría y levantó el estandarte del Gran Dios, el Dios Único, el Verbo Solar: Ahuramazda.

Desde entonces el culto solar, símbolo de la Religión Divina de los Atlantes, brillará otra vez sobre todos los estandartes, sobre todos los tronos, sobre todos los altares.

En su juventud, Zoroastro es llevado por Vohumano, dios tutelar de la raza, a una alta montaña en donde Ahuramazda le entrega el Avesta, código sagrado de la nueva religión.

Estableció la religión Irania, los dos principios fundamentales del bien y del mal. El bien ha de ser premiado en ésta y en la otra vida; el mal ha de ser castigado en esta vida por la ley y en la otra por la pena y el castigo divino.

Hasta en la muerte se despoja esta nueva religión de las muchas formas, ya que expone sus muertos sobre altas torres, para que las aves de rapiña coman las carnes de los cadáveres y los huesos sean calcinados al sol.

La religión Irania abre un paréntesis nuevo entre las religiones Arias que habían perdido su primitiva armonía basada en el culto monoteísta y politeísta a un tiempo, si bien después con el andar del tiempo y como todas las religiones, ella también se materializó y adoró a dioses diversos, todas las religiones sucesivas jamás

perdieron el verdadero concepto de la religión de la raza, que es un recuerdo divino encerrado en una forma humana.
Desde las orillas del Oxus y del Laxartes situadas cerca de la mística meseta de Pamir, descendían los Iranios hacia Bactriana y Nizaya. De esa multitud de nómades tribus surgieron los imperios Medo y Persa.
Como un sueño han llegado hasta los presentes días los relatos de las grandes ciudades de esas naciones: Ecbatana y Persépolis.
El idioma primitivo de ellos es del tipo zenzar y sánscrito y estaba relatado en el Avesta, libro que se perdió completamente, pues el Zend-Avesta no era sino un comentario del texto primitivo (Zend: comentario).
El concepto religioso de los Persas era natural y divino. Todo emanaba de lo Eterno, el llamado Zervani Akerena. El Inmanifestado se expresaba en un dios manifestado: Ormuzd o Ahuramazda. Había también un dios del mal: Ahriman.
El concepto que tenían de la vida no era ni de bien absoluto ni de mal absoluto, porque regía para ellos el más alto concepto de los pares de opuestos. Ormuzd no siempre es el que triunfa, sino periódicamente: existe la edad del bien y del mal. Una cosa contrabalancea la otra. Pero el gran dios de los Persas es Mitra, imagen de la energía cósmica.
Ormuzd, Ahriman y Mitra, forman la Trinidad Sagrada. El bien y el mal pasan, pero la Energía Divina permanece eternamente.
Este concepto de adoración al Sol, hace que la imagen solar brille sobre los palacios y los estandartes de los Persas. Todo el Irán es la ciudad del dios sol.

Como resultado de esta ardiente veneración surge la adoración al fuego.
En esos templos resplandecientes de oro el fuego es el único símbolo, la única imagen.
Por las llamas del altar predicen los sacerdotes el futuro y a través del fuego llega la voz de los dioses.
El Gran Profeta del Irán fue Zaratustra, la Divina Encarnación aparecida para renovar al pueblo persa decaído; no hay que confundir a este Profeta con Zoroastro, que fue el Iniciado que trajo a los primitivos Iranios desde Bactriana hasta la meseta del Irán.
Toda religión persa es cosmogónica y astronómica, en su símbolo y en su forma. El Sol es la morada de las almas bienaventuradas; pero para ascender hasta él, las almas han de pasar por siete puertas, imagen de los planetas; pero también imagen de las etapas iniciáticas que se deben escalar para llegar a la liberación o estado de Iniciado Solar.
Ninguna prueba queda de la civilización ni del gran adelanto de los Persas, ya que la historia únicamente conoce algo desde la dinastía de los Sasánidas.
Los Persas también tenían en Persépolis una gran biblioteca y un museo con ejemplares de los tiempos más remotos de los Sirios, que fueron destruidos por los griegos al mando de Alejandro.
Ya la religión Persa ha desparecido totalmente del Irán; pero en la India existe el mazdeísmo que es una imagen de aquella antigua religión, la segunda, después del Hinduismo, que ha llegado hasta nuestros días. Aún hoy, el sacerdote mazdeísta o parsi enciende el fuego sagrado sin tocarlo; coloca en alto, sobre dos palos de sándalo la lumbre para que prenda y en algunos templos permanece sin prender este fuego,

esperándose, durante años, un rayo del cielo que lo encienda.
Antiguamente, los sacerdotes persas, que dominanban perfectamente a los elementales, atraían sobre el altar un rayo del cielo para que lo encendiera.

Enseñanza 10: Los Sargónidas

También se acostumbra llamar Asiria a la segunda gran época Asirio Semita de este pueblo Iranio; sin embargo, existe una gran diferencia entre estas dos épocas y entre uno y otro pueblo.
Ya se vio que los Asirios eran descendientes de los Ario-Semitas, que habían asimilado a los pueblos negros primitivos, sometidos a ellos.
Crecieron y se hicieron poderosos y sabios, pero vino también para ellos el tiempo de la decadencia.
Ya no adoraban al Dios Único; ya los sacerdotes no eran los mensajeros entre el Altísimo y los hombres; ya los potentes templos, depósitos de energía guerrera, no eran más que galerías de estatuas de dioses de toda forma y dimensión; ya los reyes no eran los rectos descendientes del mitológico rey Nino, sino que se abandonaban a los vicios y a la molicie.
Mientras tanto las provincias semitas, sujetas a los Asirios, se habían hecho fuertes, aborreciendo las costumbres paganas y deseando volver al culto del único y verdadero Dios.
Dios creó un hombre, guerrero indómito, de gran valor y fortaleza, de nombre Sargón y de origen Semita.
Él instigó a sus hermanos de raza contra los reyes reinantes; se levantó en guerra y venció poco a poco a los dominadores, quedando como señor y rey de todo el territorio Asirio.

Por eso se le llama "Sargón el Usurpador" y con él empieza la época de los Asirios Sargónidas, de origen Semita.
Este hombre renovó al pueblo y a las ciudades, fundó nuevas, aplastó las provincias rebeldes, destruyó los ídolos y restableció el culto a Dios venerado en espíritu y verdad.
Toda su vida hasta que fue asesinado fue de guerra y reforma. Venció la barrera que ponían a Asiria el Egipto y el Elman e hizo su reino inmensamente grande. Después de la conquista de Caldea y de haber saqueado por segunda vez a Babilonia, edificó templos de siete escalinatas en los cuales se veneraba el árbol sagrado, imagen de las siete manifestaciones eternas y copiado de los misterios de la diosa Ishtar y del dios Belo de Babilonia.
Antiguos trozos de barro representaban al rey Sargón de pie, delante del árbol sagrado, con la cabeza inclinada como si lo estuviera adorando.
El árbol sagrado era imagen, según los sacerdotes sargónidas, de Dios manifestado.
La primera parte compuesta de tres ramas, representaba la manifestación inferior o animal, la segunda parte, ramas de color rojo, representaban la vida del hombre; otras ramas de color celeste, representaban la existencia de los mundos intermedios, donde moraban los antepasados guerreros.
Las otras ramas superiores, de color amarillo, representaban la morada de los ángeles o espíritus superiores. Las quintas, las sextas y las séptimas ramas eran imagen del Dios Trino e Invisible.
Esta fuerte raza fue la que más tarde dejaría sus

enseñanzas, sus símbolos y sus escrituras a los Moabitas y a los Hebreos.

Enseñanza 11: Los Griegos

En las islas Egeas crecía un pueblo bárbaro que había de ser el brote de los Celtas y fundador de Grecia. Parece que el destino dejara en la más profunda oscuridad y abandono a los pueblos que habían de ser fundadores de grandes razas y de dinastías gloriosas. Estos pueblos semisalvajes no conocían la escritura, las artes, ni sistema social, pues vivían completamente en contacto con la naturaleza, practicando una religión puramente humana y externa, residuo de la primitiva religión Aria.
Todas las fuerzas de la naturaleza, todas las manifestaciones de la vida, se transformaban para ellos en divinidad. No tenía este pueblo un concepto de un Dios Único, ni de un Rey Iniciado que gobernara sobre la tierra como lo tuvieron los Egipcios de los Faraones. Se constituyeron en clanes y nunca fue más grande Grecia que cuando se gobernó como república. Con estas tribus Egeas, Jónicas y Dóricas, se formó Grecia.
Sus más antiguos recuerdos, están relatados en dos epopeyas nacionales: la Ilíada, que describe la destrucción de Troya y la Odisea, que canta las aventuras de Ulises.
Grandes ciudades surgen alrededor de los templos de las distintas divinidades y son al mismo tiempo cabezas religiosas y legislativas de estos pueblos, entre ellas: Atenas, Esparta, Corinto, Tebas, Samos y Mileto. Con su adelanto, Grecia se extendió hasta la parte meridional de Italia, llamada la Magna Grecia.

Zeus, hijo de Rea, les inspira aquel sentimiento de fuerza que tiene que vencer a toda costa.
Demeter, la diosa de la tierra y de la fertilidad, les asegura el fruto del trabajo bien ejecutado.
Afrodita, la diosa del amor, nacida de blancas espumas del mar, les concede el derecho al placer y a la vida.
Y el Olimpo, monte de Macedonia, se transforma en el paraíso, donde moran sus muchos dioses y donde la juventud y la felicidad son perennes.
Los Griegos después de haber vencido a los Persas, se hicieron cada vez más fuertes y grandes, y en tiempos de Alejandro hijo del Rey Filipo de Macedonia, su esplendor llegó a su apogeo.
Alejandro fundó una ciudad en Egipto, que sería la sede del nuevo imperio de los Ptolomeos y se fundaron allí el museo y la biblioteca más grandes y más ricos en documentos eruditos e históricos que haya visto la Humanidad.
A medida que Grecia se iba engrandeciendo, adquiría conocimiento de la unidad de Dios.
De ella saldrán los filósofos más grandes: Sócrates primero, el cual, por creer en un Dios Único, fue condenado a muerte; y después su discípulo Platón, que tan maravillosamente afirmó la existencia de un ente supremo y explicó el significado oculto de las distintas divinidades griegas.
A éste siguieron Aristóteles, Jenofonte y muchos otros.
La sabiduría griega está proféticamente sintetizada en Pitágoras. Él explica el sentido Vedantino de la eternidad y el aspecto creador del universo con una exactitud matemática.
Ninguna religión expresa, como la griega, la pureza y la sencillez del culto primitivo de los Arios. Las fuerzas

naturales que van tomando cuerpo poco a poco, transformándose en personas vivas y divinidades, son de una belleza tal que miles y miles de años después de haber desaparecido los griegos y su religión, siguen viviendo en los tratados de sus filósofos estudiados hasta el día de hoy y en los testimonios artísticos que inmortalizaron aquellas leyendas.

En la antigua Grecia el culto verdadero con dioses, imágenes y ceremonias, empezó en el período llamado Micénico. Pero no tuvieron los ídolos Griegos su apogeo sino en la edad Helénica.

La edad Helénica está constituida por las dinastías de los Eolios, Jonios y Dorios. La unión de estas tres fuerzas enriquece a la antigua Grecia en religión, poesía, escultura y música, pues el culto Helénico es un resultado de las bellas artes y no son las bellas artes un resultado del culto como en otras religiones. Toda fuerza, todo empuje, todo acto de valentía, se une a las artes y crea un dios.

Se puede observar esto en el nacimiento de la mitología de los pueblos. Cronos y los antiguos titanes son la civilización en pañales, la cultura en sus comienzos, pues de este pueblo ignorante y fuerte, surge Zeus, el Gran Dios.

Ya es un Dios símbolo de fuerza, orden, de victoria, de una ley constituida para el progreso y engrandecimiento de los Griegos.

En el Olimpo, donde él reina, reúne a su alrededor a las divinidades todas: del aire, del mar, de la tierra, del cielo y del infierno.

Él es el Absoluto que encierra en su puño invulnerable, en su voluntad inquebrantable, todas las fuerzas humanas y divinas, así como soñaban ser los Helénicos,

un pueblo único que dominara a todos los otros y los tuviera bajo su dominio por la persuasión, por la fuerza, por todas las artes.
Zeus divide su reino celestial con sus hermanos Poseidón y Ares; Hera, esposa y hermana del Dios, es símbolo del poder potencial y manifiesto; una multitud de hijos ayudan a los severos dioses a reinar.
Palas Atenea es la diosa de la fuerza y de la guerra; protege a Atenas y a los estudiosos, ya que nació de un pensamiento inspirado de Zeus.
Febo, dios de la luz solar, símbolo de la energía vital del astro rey, adornado de belleza y de gracia, llevando la saeta y la lira, hiere a los deseosos del saber y los encanta con la inspiración de la poesía, de la música y de las bellas artes.
Artemisa es la hermana del sol, símbolo de la noche clara, de la luna, de las campiñas, de los cazadores; protege y regula la vida fisiológica de la mujer.
Hermes, símbolo del hijo de Dios, es venerado como mensajero de los dioses; protege a la juventud, promesa futura del pueblo, y por último salva las almas y las guía a la mansión de la paz.
Hefaístos es el Dios del fuego, nadie tiene como él la habilidad de trabajar los metales; símbolo del fuego místico y de la corriente vital generadora de los seres. Sin él, sin su gran poder, no podría Afrodita, la diosa de la belleza, del amor y de la generación, dar vida a los hombres. Hefaístos es el único, el legítimo consorte, a pesar de que ella tiene otros amantes, porque el poder generador es uno en su aspecto fundamental.
Ares es el dios de la guerra violenta, aborrecido por los demás dioses.
Hestias es la protectora del hogar, es el ángel de la

guardia.
Poseidón imagen de la materia instintiva, es el soberano de las aguas y del mar, de las tempestades y de los terremotos; lleva en la mano un tridente, símbolo del poder de los elementos o del triángulo inferior: mente, energía y materia.
Demeter, hermana de Zeus, es la madre tierra que da vida a la naturaleza; hace florecer los árboles; fecunda las cosechas y enriquece a las vides.
Pero el dios del vino, como símbolo de Bacanal, de olvido, de goce astral, es Dionisio o Baco.
No son estos los únicos dioses del Olimpo Helénico, pues le siguen una cantidad de dioses menores como ser las Parcas, símbolo de las diosas del destino; las nueve Musas; y las tres Carites, símbolo de la gracia y de la belleza.
Los Griegos divinizaron también a los héroes, pero el verdadero culto se esforzaba en encontrar al Dios Único detrás de todos los aspectos de cada divinidad.
Jenófanes, el gran filósofo, deploraba el concepto del vulgo de adorar al símbolo externo de los dioses y olvidar al Dios Uno. Aquél que no tiene ni cuerpo, ni forma, sino que es pura esencia.
La poesía ayudó mucho a enriquecer el culto, con los cantos nupciales, funerarios y épicos.
Ya desde antes de que el divino Homero escribiera su Odisea, son recordados los nombres de grandes poetas como ser: Lino, Himeneo y Orfeo.
Todas las artes fueron creadoras y colaboradoras del culto.
Ningún pueblo llegó en las artes y en la filosofía tan alto como el Griego, a tal punto que será difícil superarlo.
Esta civilización, nacida entre las columnas de las siete

ciencias, tocó y profundizó todos los conocimientos, descubrió y sintetizó todas las bellezas y dio un nuevo sentido a la vida mediante la poesía, la literatura y la filosofía.

Es imposible enumerar todos los artistas del período arcaico, pues son numerosísimos. Entre ellos se puede recordar a Solón, que además de poeta, dictó las leyes de Atenas y fue uno de los siete sabios de esas épocas heroicas. Ni se puede olvidar a Safo, la maravillosa poetiza del amor, que cantó los placeres de la vida, con tan delicados acentos como muy pocos pudieron hacerlo después de ella.

Pero el lírico más grande de Grecia fue Píndaro, cuyas poesías han llegado fragmentariamente al día de hoy. Como ellos muchos: Esquilo, Sófocles, Eurípides, Epicarmo y Aristófanes.

Ni hay que olvidar a Esopo, el autor de las prosas satíricas, ni a Heródoto el historiador.

Lo que más enriquece el saber griego es esa legión de hombres estudiosos y amantes de la verdad: los filósofos.

Con Jenófanes empieza aquella columna de sabios maravillosos. Ya entonces éste escribía altamente sobre el origen del Universo y el concepto de la divinidad.

Pero en el período Ático, es cuando brotan los filósofos como flores.

El más antiguo es Tales de Miletos, quien basó su filosofía en el estudio de la física, de la geometría y de la astronomía; consideraba al agua como el principio originario de todas las cosas naturales.

A su escuela pertenecen Anaximandro y Anaxímenes, ambos oriundos de Mileto, que consideraban al

Universo, además de su concepción física, como resultado de un elemento más sutil, desconocido, que llamaban "Masa concreta infinita".
Heráclito de Efeso perteneció también a la escuela física y atribuía a los elementos un espíritu divino.
Se tiene por ese entonces a Jenófanes, el filósofo monoteísta, que aborrecía las imágenes y parece predecesor de los iconoclastas.
Pero la escuela filosófica que alcanzó más alto relieve fue la itálica, dirigida por Pitágoras. Él fue ante todo un gran matemático que aplicó los fundamentos de las matemáticas y del álgebra al Universo y a las leyes metafísicas. Es uno de los primeros que expresaron la idea de la metempsicosis o reencarnación.
Leucipo de Elea fundó una filosofía atómica sosteniendo que el alma del hombre es un resultado causal y energético de la agrupación atómica celular.
Empédocles quiso sintetizar el espíritu con la materia. Por eso imagina el Universo como dos grandes corrientes que al confundirse entre sí, crean la manifestación de la vida.
El primero en dividir los elementos y agruparlos fue Anaxágoras; también lo hizo Hipócrates, el médico filósofo.
Las filosofías griegas habían decaído y cada vez se habían materializado más hasta llegar a la sofística y su escuela.
Fue entonces que surgió Sócrates, el gran filósofo del espíritu.
Su obra la completó su discípulo Platón, fundador de la escuela académica, que dejó un número grandísimo de obras escritas en las cuales se ve a las claras su profundo sentido espiritualista y esotérico.

Desde entonces empiezan los filósofos a volar por los espacios de la mente y a buscar las sutiles cuestiones de las cosas imponderables.
Aristóteles es el filósofo de las ideas, de la mente, de las concepciones espirituales, del sentido estático de la vida, fundador de la escuela peripatética.
Mientras estas escuelas espirituales se iban difundiendo, otras dos escuelas habían nacido en Atenas: la epicúrea y la estoica.
Epicuro, fundador de la primera, enseñaba a sus discípulos que los dioses no se ocupan de los asuntos humanos y que el hombre ha nacido para gozar sabiamente de los placeres de la vida, satisfaciendo con recto equilibrio sus deseos, desechando el dolor y la zozobra y que no hay que temer la muerte, puesto que no es más que una disolución del cuerpo.
La escuela estoica, fue fundada por Zenón de Cippo y sostenía que la felicidad del hombre consiste únicamente en la virtud, en dominar por completo las pasiones.
La moral cristiana está basada en esta escuela, que consideraba al alma humana como una parte y no como una emanación de la divinidad y que el supremo bien consiste en poder auxiliar a los semejantes.
Los últimos filósofos griegos, llamados del período romano, ya muy influenciados por la grandeza de Roma, fueron Jámblico, Heliodoro, Dionisio y muchos otros. Entre ellos hay algunos cristianos pertenecientes a la escuela neoplatónica, como ser Justino, Plotino, Orígenes, Basilio y Eusebio.
Es digno de nombrarse el gran filósofo de Alejandría, Amonio Saccas, fundador de la escuela esotérica neoplatónica.

Basílides perteneció también a esta escuela y puede decirse que con ella pereció aquella legión magnífica de filósofos griegos fundadores de todas las escuelas que aún rigen en el mundo.

Enseñanza 12: Los Indios

Por una estrecha franja de tierra que había escapado a los muchos sismos vinieron restos de tribus Atlantes, emigrando hacia el centro del continente americano. Este se extendía, virgen y espléndido en su estado salvaje hasta el sud-oeste, donde la cordillera asomaba sus crestas inmaculadas, surgiendo de la espuma del mar.
Estos pueblos atlantes fundaron allí, en el corazón de la selva, florecientes colonias.
Dicen las tradiciones Incas que cuatro hermanos fueron los fundadores de Cuzco; pero uno de ellos mató a los demás y los transformó en peñascos, convirtiéndose él mismo, después de su muerte, en peñasco para ser adorado.
El culto primitivo de los Indios era el de las piedras, sobre las cuales depositaban sus ofrendas y hacían sus sacrificios.
Luego de la gran catástrofe que sumergió el antiguo continente atlante, nuevas tribus, de las pocas que se salvaron, fueron llegando.
Estos conocían en la gran ciudad de las puertas de oro el puro culto de la Divinidad Solar.
Establecieron los mismos ritos sobre la peña de Huiracocha, dios esencial y principio infinito; encendieron el fuego sagrado del dios Pachacamac para que éste elevara perennemente su llama hacia el dios

solar, el gran dios Inti.
Se levantaron grandes templos, todos de oro, pues el rito solar no admitía para su servicio instrumentos ni adornos que no fueran del áureo metal.
Vírgenes vestidas de blanco y adornadas con coronas de oro, a las que sólo un rey inca podía desposar, mantenían constantemente encendida la llama en el santuario.
El aspecto masculino, simbolizado por el sol, era completado por el culto femenino de la diosa Mama-Quilla o Coya, la luna. A sus templos, que eran totalmente de plata, concurrían de noche los fieles en largas filas para rendirle culto y reverenciarla.
También adoraban los incas a otros dioses: Catequil, dios del trueno; Cuicha, el arco iris, dios de la paz; Chozco, dios del amor, similar a Venus.
Este pueblo conocía el principio fundamental del universo porque tenía idea de un dios inmanifestado. Piguerao, aquel que desaparece cuando el universo se manifiesta, gemelo de Atachucho, dios personal, nacido del huevo primitivo.
La primera pareja, el Adán y Eva americanos, eran Manco-Capac y Mama Oello Huaco, aunque no todos creían que estos habían sido los fundadores de la raza humana, pues algunos estimaban como fundador de la misma al Inca Roca, descendiente directo del Sol.
Muy parecidos en religión y costumbres a los incas y también descendientes de los Atlantes, fueron los aztecas, miltecas y toltecas.
Al revés de los pieles rojas de las Montañas Rocosas, que habían conservado en alto grado las costumbres de una religión completamente espiritual, con hábitos patriarcales y venerables, estos indios de Centro

América eran materialistas, feroces y sanguinarios. El universo para ellos había sido creado por Citlantonac, el universo sutil, en unión con Citlalique, el universo denso.
Recordaban en sus anales cosmogónicos cuatro edades: la edad del agua, cuando la tierra habitada por los gigantes había sido anegada por el diluvio.
La segunda edad, la de la tierra, donde se habían refugiado los gigantes sobrevivientes, fue destruida por movimientos sísmicos y grandes temblores de tierra.
La tercera época, del aire, había sido arrasada por ciclones.
En cuanto a la cuarta época, del fuego, las inmensas llamas devoraban a los seres humanos, y de este fuego habían nacido y se elevaron al cielo el sol, la luna y las estrellas, que pueblan el firmamento.
Con el cuchillo quebrado de Citlantonac se formaron los dioses y de un hueso de un dios muerto nacieron los hombres.
La tierra era venerada en la diosa Amon, pero la preferida era Cinteolt; ella es la que preside el crecimiento del maíz, la planta tradicional de los indios y protege también la germinación.
La representaban como una bella mujer cargada de espigas y con un niño en brazos, le inmolaban víctimas humanas que debían ser personas sin defectos físicos, sanos y fuertes. Estos eran puestos sobre el ara del sacrificio, se les abría el pecho con un afilado cuchillo y el corazón arrancado y aún palpitante se consagraba a la terrible diosa.
Imposible sería enumerar todos los dioses venerados por estos pueblos. Tosi era la madre de los dioses, la abuela de los hombres, protectora de los magos y de

los hechiceros.
Mixcoatec era el dios de las tormentas. Xiuhteculti, el dios del fuego. Cihuatcoalt, la diosa serpiente, bondadosa y amable, había dado a luz antes que ninguna otra mujer y amparaba a las mujeres en el trance maternal.
Pero el gran dios, el dulce dios, vestido de blanco, es Quetzalcoalt, el loro serpiente, el que fomenta la paz. Cuando bajó entre los hombres, prohibió los sacrificios humanos y desterró a los malos.
Especialmente venerado por los Toltecas, su símbolo era una cruz. Cansado de estar entre los hombres quiso regresar a las regiones celestes, dejando a Tula, la ciudad máxima donde era venerado, en la desolación.
Después de él reinó el dios Texcatlipoca, malo, vengativo y perverso, que volvió a sembrar el dolor entre los hombres.
Fueron desapareciendo rápidamente los indios y quedaron sepultados para siempre bajo las ciudades perdidas, los tesoros y los testimonios de su antigua y divina religión.
Pero como nada perece por completo, ha quedado aún intacta en las Montañas Rocosas, una antigua tribu de indios, descendientes puros de la perdida Raza Atlante y de las dinastías del águila.
Aún hoy repercute en las montañas el eco profundo de los nombres venerados de Manitú, el dios eterno y de Masson, el hijo del dios vivo. Han quedado allí, como símbolo eterno.

Enseñanza 13: Los Galos

Los celtas dieron lugar a los griegos, macedonios y cartagineses; pueblos hermosos, fuertes, guerreros, plásticos y amantes de la naturaleza.
El origen de los romanos es muy dudoso porque los Etruscos, antiguos resabios de los Iranios y los Sabinos, habitantes del Lacio, eran de origen Ario Semita; pero en Sicilia y a lo largo de la costa de Calabria vivían los pueblos itálicos, de pura raza celta, que con el tiempo enriquecieron sus tierras y, mezclándose con los otros pueblos, fundaron la casta romana.
Los Celtas se extendieron a lo largo de la costa Atlántica de España, invadieron la Galia, pasando por las Islas Británicas.
De pura raza Celta era el pueblo Galo, cuyas tierras se extendían desde Italia septentrional hasta el Océano y el Rhin.
Los espesos bosques, las selvas vírgenes, los caudalosos ríos, los pasos impracticables, los largos inviernos, las numerosas fieras, hacían muy dificultosa la llegada de otros pueblos hasta allí.
Los mismos Galos, privados de contacto y obligados a luchar duramente por su existencia y conservación, se mantenían en estado semisalvaje.
El clan era la suprema autoridad o mejor dicho el concepto de familia y la experiencia del anciano.
Como vivían del producto de la caza y de la pesca, adoraban las imágenes de aquellos animales llevándolas como amuletos, además de plumas, huesos, etc.
Plinio los describe muy bien: de aspecto fiero, de torvas miradas, defendiéndose con piedras y lanzas toscamente labradas. Sus gritos salvajes y guturales asustaban y ponían en fuga al ejército enemigo.

La casta sacerdotal, o druida, fue la más representativa de los Galos. Eran consagrados desde pequeños a la diosa de la guerra. Vivían apartados de sus padres, al cuidado de los sacerdotes siendo adiestrados en el arte de la guerra y en el manejo de las armas.
Cuando grandes, todo el pueblo les servía y reverenciaba. Al empezar la primavera y trocarse las nieves en agua o más exactamente, después de la primera luna llena de marzo, llegaba el ansiado tiempo de combatir.
Como dioses guerreros guiaban a su pueblo. Las contiendas librábanse entre las propias tribus o conjuntamente, contra los bárbaros de la otra orilla del Rhin.
No tenían mitología propia; adoraban a la naturaleza, a los árboles, a las montañas, a los ríos, y sobre todo, a los antepasados.
Tenían una casta de vírgenes dedicadas al servicio del templo, adoradoras de la luna, a la cual rendían perenne homenaje y culto.
Durante los plenilunios salían en largas filas, vestidas de blanco, cantándole himnos e implorando ayuda. La más anciana y experta se transformaba en pitonisa y predecía, por las entrañas palpitantes de los pájaros recién sacrificados, el porvenir de las tribus, el destino de los pueblos, la hora de la guerra y los signos de bendición o maldición.
Pueblo hermano de los Galos fueron los Germanos.
Como perdido en la inmensidad de las estepas de nieve de los países nórdicos, la actual Escandinavia, vivía un pueblo Celta.
Eran hombres de rojos cabellos, de mirada penetrante y metálica como el acero, de cuerpos altos y esbeltos,

cuyos gritos agudos como el viento repercutían en la vastedad de los desiertos glaciales.
Heredaron de sus padres arios el culto a la divina naturaleza que embellecían con legendarios y poéticos contornos.
Hermanos de estos pueblos son los Germanos del norte de Europa que conservan el tipo, el culto y la vocación guerrera.
La epopeya de estos pueblos está escrita en la Edda Escandinava, su libro sagrado. No hay que confundirlo con las Eddas que escribió hacia el año mil doscientos Snorri Sturleson.
Alfadur es el dios único nacido de la luz boreal, sobre los cielos luminosos. Thor o Donar, es el dios del poder; Odin es el dios de la sabiduría; Freyr, el de la bondad. Ellos constituyen la trinidad Escandinava.
Odin, con el andar de los tiempos, se superpone a los demás dioses, se transforma en el potente Wotan, dios y señor del cielo y de la tierra, otro Júpiter que con mano segura dirige los destinos de los dioses, de los hombres y de los demonios.
Su enemigo es Sartur, el negro Satán de la tierra y de los abismos. Entre ellos está el espacio frío e implacable.
Friga es la esposa de Wotan, símbolo de la fecundación, de la santidad del hogar, de la dignidad del matrimonio. Sus hijos son los brillantes Azas, los treinta y dos valerosos guerreros defensores del Walhalla. Combaten contra Imes y su pueblo, los gigantes del hielo.
Una gran guerra se establece entre la tierra y el cielo, entre los gigantes y los dioses. Thor, el dios del relámpago, primogénito de Odin y Bera, el dios del valor, luchan en la gran guerra y destruyen a los

inmensos muñecos de hielo.
La tierra se convierte en un río de sangre, apareciendo sobre ella una nueva raza. De la trunca cabeza de Imes surge la primera pareja humana: Aske y Embla.
Del pensamiento poderoso de Wotan han nacido nueve brillantes vírgenes, las clarividentes Walkirias; ellas anuncian el combate y conducen a la morada feliz del Walhalla, sobre sus blancos caballos, al muerto vencedor, al soldado caído. Ven en el destino de los hombres y los dirigen siempre a la victoria.
Para los pueblos salvajes de las frígidas selvas, el combate era el supremo culto religioso. Con ímpetu incontenible lanzábanse a la refriega porque sabían que después de la muerte serían llevados al paraíso, sobre un blanco y alado corcel, por las diosas guerreras.
El culto se efectuaba en plena selva, bajo la encina o fresnos sagrados; la encina estaba dedicada a los antepasados y el fresno a los dioses.
Allí la pitonisa salvaje, vestida de blanco, a la luz de la luna llena, invocaba a los dioses y decidía el día y la hora del combate. Estaba por encima de los jefes del clan y su palabra era absoluta y sagrada.
A veces, Furni, el lobo feroz, atado por los dioses a una terrible cadena, aullaba entre truenos y relámpagos clamando por sangre humana; entonces para aplacar la ira del terrible lobo se le sacrificaban víctimas humanas.
Sobre el altar de blanca piedra, la sacerdotisa abría el pecho a los jóvenes escogidos para el martirio.
Pero este pueblo debía perecer, esta religión debía terminar, empujados por las águilas romanas y la cruz cristiana.
Así lo habían predicho sus libros sagrados cuando

profetizaron que Lake, el malvado, destruiría y vencería a los dioses; que el Walhalla se hundiría entre llamas, volviendo todo al estado de ruinas.

Enseñanza 14: Los Israelitas

Un pueblo Semita se había expandido en diversos lugares del Asia y se había transformado, de tribus errantes en fuertes pueblos, como los Fenicios, los Arameos y, en menor escala, los Moabitas.
Pero otros rechazaban esta vida sedentaria y preferían el desierto a la ciudad, la carpa de campaña a la cómoda casa, el pan ázimo de los hornos naturales a los sabrosos manjares.
Entre los demás pueblos, aún los Semitas, se acostumbraba desmenuzar a la Divinidad, dándole diversos aspectos y formas.
Pero estos puros hijos de la arena y de las rutas interminables no tenían, en su sencilla mente, sino un único concepto de Dios: Eloh, el espíritu, el invisible, la fuerza desconocida, lo que no se podía definir.
Estos nómadas teraquitas, se dividieron en diversas tribus, tal vez las doce tribus de Israel. Pero los que tomaron preponderancia sobre los demás fueron las de Ben Israel y Ben Jacob.
Estos nómadas, que los Asirios y Caldeos llamaban Hibrim, que quiere decir Hebreos o sea los que vienen allende el río, tenían un culto altísimo a la conservación de la propia raza y de la pureza de la sangre.
Eran ellos los descendientes de los Semitas Atlantes, eran aquellos que por centurias y centurias habían tenido que luchar para mantener intacta la sangre que tenía que ser transmitida a las generaciones

posteriores para formar el nuevo tipo de hombre. Habían tenido la misión ancestral de mantener en el mundo el tipo físico de la nueva raza que habían engendrado de sus ascendientes Atlantes.
Esta fuerza del mantenimiento de la raza se manifestaba con una intolerancia absoluta a mezclar su sangre con nadie que no fuera de su tribu.
La religión de los primitivos Hebreos era completamente sencilla y amplia.
Mientras las caravanas y los camellos iban lentamente cruzando los caminos que llevaban hacia el Eufrates o por los senderos de Siria o del Antilíbano, elevaban sus preces al Todopoderoso, con unas lentas canciones rítmicas, análogas al Iasar de los Israelitas y al Kitab-el-Aghni de los Árabes.
De tarde en tarde se asentaban y acampaban cerca de un oasis y, antes de seguir lentamente su marcha, levantaban una piedra conmemorativa llamada "iad", o si no encontraban una gran piedra, juntaban montones de piedras que aún al día de hoy los Árabes del desierto llaman El Galgail.
El viento, que levantaba médanos enormes y silbaba por días y noches a través de sus tiendas, el rayo, que hería implacablemente sus ganados, tan amorosamente guiados, la luna, que trazaba sus senderos con una franja de luz proyectada sobre la arena, el cielo estrellado y el sol abrasador, eran para ellos el "Eloh".
En lugar de dividir estos elementos, de darles diversos nombres y atributos, los asimilaron entre sí, los juntaban en una única expresión de poder sobrenatural, "Elohim", que es al mismo tiempo el Dios Uno y los poderes de Dios juntos en Uno.

Esta sencillez de culto que habían practicado los primitivos Egipcios, Caldeos y Asirios y que habían ido perdiendo paulatinamente con el tiempo y con el progreso, había echado las bases del concepto monoteísta tal cual perdura aún en el mundo.
Jehová es nombre dado a Dios en tiempos posteriores cuando este Dios Uno se hace más material y más unido a los destinos del pueblo Israelita.
No tenían los Hebreos mitología alguna, pues la sencillez de su culto no la admitía; ni un culto propiamente dicho, pues llevaban consigo en el Terafim o arca portátil, el aceite que acostumbraban derramar sobre las piedras recordatorias.
Recién tuvieron los Hebreos cultos y templos después de los cautiverios de Egipto y Babilonia, una vez que se hubieron asentado en Palestina.
Los Semitas tenían el concepto de que Dios es el Todo, el Absoluto, Aquél que no se puede nombrar; Aquél que abarca todas las cosas; pero que el hombre es pasajero.
A diferencia de los Arios, que creen en una vida después de la muerte, que creen en los "Pitris", protectores invisibles de la raza, los Semitas y en particular los Hebreos, no creen que el hombre subsista en el más allá. Les basta tener una vejez venerable y respetada; les basta que su nombre sea pronunciado con veneración después de la muerte y que el recuerdo del patriarca sea perpetuado en su raza.
Más allá no hay más que la nada, el silencio eterno, lo que el hombre no tiene derecho a investigar. En el más extraordinario de los casos, algunos hombres esclarecidos, serán arrebatados, aún con vida, hacia los reinos de Dios, para vivir junto a Él.

Las tribus nómadas de los Hebreos, o mejor dicho, algunas de ellas, se habían establecido en el bajo Egipto y tan se asentaron allí, que tomaron nombre propio, ya que eran denominadas Ben-Josef. Tomaron predominio sobre los Ben-Israel y los Ben-Jacob y los atrajeron hacia sí, dominándolos después y manteniendo sobre ellos un predominio aristocrático. Pero las frecuentes invasiones nómadas habían debilitado a Egipto y a los Faraones y frecuentes revoluciones internas eran suscitadas por estos extranjeros en las provincias faraónicas.
Un joven Levi adscripto al servicio del culto Egipcio, llamado Moisés, levantó a los Hebreos contra los Faraones y a la cabeza de este pueblo los indujo a huir hacia el desierto de Canaan.
Nada tomó el pueblo Hebreo del culto egipcio ya que fue siempre considerado reprobable en Judea todo lo que recordaba el Egipto: el becerro de oro, la serpiente de bronce y otros ídolos. Lo único que mantuvieron fue el sacerdocio Egipcio copiado de los Levi.
Todo el culto Hebreo, como ya se ha visto, está basado en los cultos de Caldea y Asiria. Sin embargo, el puro culto primitivo de los Elohim, que había culminado en la bella figura patriarcal de Abraham y que era únicamente monoteísta universal, se transformó poco a poco en un monoteísmo racial: Yahve, el Jehova de los Judíos, no es ya un Dios Eterno que todo lo abraza, sino es el dios peculiar del nuevo pueblo, un dios reducido a una estrecha franja de tierra, a un corto número de hombres, a una relatividad personalista. A medida que este pueblo se asienta en Canaan y se instituye como tribu fija condensa más en sí a este dios individual.

Se hace cada vez más obscuro el concepto espiritual de los Hebreos, a pesar del reinado de David y del Templo de Salomón, cuando más va progresando el esplendor terrenal, más cunde el materialismo entre ellos.
Pero el dolor y los profetas despertaron a este pueblo para mantener a través de las razas la herencia de la religión Semita.
En el cautiverio de Babilonia, lejos de Jerusalem, lejos de los esplendores de Palestina y de la grandiosa solemnidad de su Templo destruido, volvieron a pensar en la inmensidad verdadera de Dios y a prestar oídos a las palabras de vida eterna de sus profetas.
Vueltos a Jerusalem, por voluntad de Ciro, el gran Rey de Persia, restablecieron el culto más puro. Ezdra reúne las perdidas y desparramadas leyes del pueblo y amplía y establece definitivamente la Torah.
La vida espiritual florece y filosofías y hombres de religión proclaman la existencia del espíritu después de la muerte.
Los Saduceos, posteriores, son los materialistas, mientras que los Fariseos son los espiritualistas de Israel.
No sólo consideran la letra muerta de la ley, sino que estudian su parte esotérica y oculta. Y cuando los Cristianos nacientes quisieron adueñarse de los libros sagrados de los Hebreos, éstos no tuvieron inconveniente en cedérselos, dándoles así la letra muerta a los Cristianos y ocultando la parte esotérica que tuvo un bello reflejo en el Talmud.

Enseñanza 15: Los Romanos

Los Racenos, que con el correr de los siglos se llamarían Etruscos, fue un pueblo de extraordinaria civilización, como aún lo demuestran hoy los restos de monumentos descubiertos en las excavaciones de aquellas ciudades perdidas.
Pero otros pueblos, de origen Semita, y en particular aquellas tribus que después se llamaron Ligures, invadieron la península itálica, destruyendo a sus antiguos moradores e imponiendo sus leyes y religión, de origen egipcio y divino.
Empieza desde entonces el culto a los antepasados y la transformación del héroe y del jefe muerto de la tribu en Dios.
El origen de los antiguos Romanos es completamente mitológico y está basado en las creencias de todas las antiguas religiones Arias: un dios hecho hombre.
Rea Silvia, sacerdotisa del culto del fuego o solar, se desposa secretamente con el Dios Marte y es madre de Rómulo y Remo. Los dos niños están constituidos por una manifestación divina y humana. Abandonados en el río, los recoge un pastor y los amamanta una loba, símbolo esto del descenso de las almas puras a los mundos inferiores para conquistarlos.
Rómulo, después de haber matado a su hermano, fundó un pueblo de forajidos, que implantaron un reino a fuerza de brazo y de esfuerzo.
Por eso, como los Asirios, su religión se basa en la fuerza, el poder, la guerra, el orden, la ley y el militarismo.
La Suprema religión de los Romanos es el valor, la victoria en el combate y el engrandecimiento de su pueblo.
El único Dios, el único sacerdote, es el rey que los

gobierna o el dictador o el emperador. No tienen otro dios que aquel orgullo indómito que nunca los detiene ni deja reposar.
El Águila ha de haber sido la primera imagen religiosa de los Romanos porque, como ella, quisieron levantar siempre más alto vuelo.
Después de hacerse grandes y de extender sus dominios extraordinariamente con el contacto de los Griegos, que tenían innato el sentido de la religión y de la mitología, eligen dioses.
Nunca tuvieron los Romanos dioses propios, sino copiados del Olimpo Helénico: Júpiter, rey del cielo, es el Zeus de Atenas, Venus es Afrodita, Marte es Ares, Apolo es Febo, Vulcano es Hefaistos, y así sucesivamente.
Pero con el culto y la imitación de los dioses griegos, decayó el concepto del culto familiar, del culto primitivo y fue así socavada la grandeza de Roma.
El pueblo romano fue en particular, o muy supersticioso o muy escéptico, y era tal su poder y esplendor, que atraía hacia sí todos los cultos de las demás religiones existentes.
En el tiempo del imperio eran innumerables las sectas que existían en Roma, a veces con mucho descrédito y empequeñecimiento de los dioses propios y de su culto.
Era de esperar, por consiguiente, una reacción como la que ocurrió en el tiempo de los cristianos.
El imperio Romano había tolerado todo y había admitido a todos los dioses en su panteón; pero no podía renunciar a divinizar al hombre que lo gobernaba, porque sobre el poder casi divino de los soldados que lo dirigía, está el sostén y armazón de todo el imperio.
De allí la persecución violenta que se desencadenó en

contra de los cristianos, que negaban esa divinidad básica del imperio.
Ni en ciencia ni en filosofía, fueron ricos los Romanos, porque adaptaban los filósofos Griegos y las ciencias extranjeras, estimando la guerra como supremo interés y único anhelo del hombre.
Se puede dividir el período religioso Romano en tres etapas:
Primera: Aquella del culto natural y familiar del pueblo guerrero, que fue la de máximo florecimiento.
Segunda: El período de adopción de los dioses Griegos que fue el asentamiento del Imperio.
Tercera: El período cristiano que fue de rápido descenso para el gran Imperio de las águilas.

Enseñanza 16: Los Mongoles

Los orígenes de la civilización de China (Chun-Chin) se pierden entre las brumas de los tiempos védicos, pues Vedas fueron las tribus que se asentaron sobre el peñón de Chung-Yang, venciendo a sus primitivos habitantes, asimilándose y aclimatándose con ellos.
Este país, que se extiende desde el Tibet hasta el mar Amarillo, ha guardado mejor que ninguno el concepto de una religión divina, ya que, a semejanza de los egipcios ve en el emperador al ser supremo. Él gobierna a los hombres y a los dioses; el Panteón de los dioses chinos está sujeto en su categoría, a las órdenes del emperador, de allí el nombre de este reino: Celeste Imperio.
El emperador más antiguo y real, ya que las anteriores dinastías son únicamente mitos y leyendas, fue Yu de la dinastía de los Hia.

Él levanta ciudades, organiza ejércitos, combate a sus enemigos y sale siempre victorioso de sus empresas. Desde entonces datan los anales Chinos, que son códigos perfectos en el orden social, moral y económico.

Pero quien transforma la grandeza imperial China en religión, es Confucio.

Transforma el orden militar en filosofía práctica: obediencia al rey, en devoción filial, como debe el hijo al padre, el hombre a Dios. Establece una disciplina que ha de cambiar el dolor humano en una felicidad continuada; mas, para que esto sea posible, es necesario que el dirigente, el jefe, sea perfecto y ajuste su vida a una estricta moral.

El libro de los Anales, escrito por él, se transformó en código, en texto religioso, que aún es guía de la alta aristocracia China.

Pero la religión de Confucio no se ocupa de la vida después de la muerte, pues es meramente materialista. Toda su finalidad consiste en proporcionar al hombre una vida más dichosa y cómoda.

El filósofo, el gran iniciado Chino de la metafísica, es Lao-Tsé; él enseña a los hombres la ciencia del alma; dice que todo lo que vemos es la manifestación de un principio sublime, oculto y fundamental y que la dicha verdadera es buscar aquella verdad única, que puede reintegrar el ser a su estado primitivo.

Yang, el principio masculino y Yin el principio femenino, son las dos fuerzas energéticas que mantienen al universo.

Lao-Tsé deja en la China un número tal de discípulos que forman un verdadero ejército y una religión que aún hoy subsiste, llamada Taoísmo. Tao significa

sendero, la religión, pero con el tiempo la religión Taoísta, perdió los primitivos conceptos de espiritualidad pura y se transformó en una religión mágica. El sacerdote Taoísta es aquél que aleja a los malos espíritus, consagra los manes familiares, fabrica amuletos y reliquias y el licor extraído del melocotón, que es como un elixir de vida, un estimulante para rejuvenecer.

Pero la religión que más se difundió en la China fue el Budismo, aunque hoy predomina el Sintoísmo, que es una síntesis de las tres y sin embargo es independiente, basándose en el culto al fuego. El emperador profesa esta religión porque es la síntesis de las otras tres; la aristocracia sigue las leyes de Confucio; los sacerdotes y los sabios las de Lao-Tsé; el pueblo es budista. El Budismo va tan estrechamente ligado a la figura de su fundador, que es imposible hablar de uno sin recordar al otro.

En Kapilavastu, pequeño reino del Penjab, nació el príncipe Siddhartha. Su madre, Devaki Maya, muere al darle a luz y él queda al cuidado del rey, su padre y de los sabios del reino. Crece sin conocer las miserias del mundo, entre las comodidades de su palacio. Joven, de veinte años, toma por esposa a una princesa vecina, siendo muy pronto padre de un niño.

Pero sobre la frente del hermoso príncipe flota una nube de duda infinita: el deseo de conocer la vida. Por eso, sale un día de su palacio y al ver que los hombres sufren, envejecen y mueren, decide abandonar su corona y su familia, para buscar el secreto de la felicidad eterna.

De príncipe se convierte en Sanyasi que, mendigando su pan, recorre los caminos polvorientos en busca del

Arcano.
Sigue el camino del estudio y del conocimiento, prueba los ejercicios yoguis tántricos; reduce por la penitencia su cuerpo a un esqueleto; recurre a las pruebas del amor místico; pero no encuentra el secreto.
Es entonces cuando, bajo el sagrado árbol del Bó, recibe la suprema iniciación y descubre el porqué del sufrimiento del hombre; el apego es la causa del dolor de la vida, de la muerte y del volver a renacer. Cuando el ser no tiene ya deseos, cuando la renunciación es absoluta, no sufre más, no viene más a la tierra y encuentra la eterna felicidad reintegrándose al No Absoluto.
Desde ese día empieza su misión en la tierra: enseñar a los hombres la senda de la felicidad, la senda recta.
Como una reacción producida en las conciencias religiosas acosadas por los muchos símbolos, ceremonias y leyes, se levanta poderoso el simple budismo arrastrando a la multitud.
Por donde pasa Buda, surgen los adeptos a millares.
Decía que los hombres eran todos iguales y con esto daba un golpe mortal al hinduismo, tan aferrado a la división en castas. Decía que Dios es el substratum de todas las cosas, y con esto derribaba y mataba de un golpe a los dioses milenarios. Decía que la obra recta es la única que debe ejecutar el hombre, destruyendo así otra creencia fundamental de la antigua religión, que fundaba el fruto de la vida futura más bien en el auxilio divino, que en la recta conducta.
Como cumbre de perfección ponía Buda el celibato; por eso iban tras él columnas de monjes que habían abandonado todo en el mundo para oír y practicar su palabra. Un día su propio hijo llegaría a él, para pedirle

ser admitido en su comunidad.
No puede imaginarse el odio que suscitó la doctrina de Buda entre los Brahmanes. Pero con el odio nació el deseo de rivalizar con él; fue como una contrarreforma hinduista.
Surgieron hombres, entre las distintas sectas hinduistas, que comprendieron que no se podía combatir a hombre tan esclarecido, ni la doctrina tan útil, sino con las mismas armas. Comprendieron la necesidad de volver a la fuente primitiva de su religión, de beber en las páginas de los Vedas las verdades eternas que habían olvidado, para aplicarlas otra vez y profesarlas en sus templos y ceremonias. En una palabra: el budismo despertó la conciencia de la India, trajo la palabra de libertad a los hombres, que hasta entonces se habían sentido esclavos, y estimuló la rehabilitación de los Vedas primitivos.
Mas no fue en la India donde había de asentarse el budismo.
Muerto Buda, octogenario, en los brazos de su discípulo Ananda, empezaron las luchas otra vez, y no terminaron hasta que, dos generaciones después, los Chatrias, guiados por los Brahmanes, destruyeron a todos los budistas de la India y arrasaron esa religión en todo su suelo.
Pero la sangre de los mártires es siempre semilla de nuevos triunfos; la religión de Buda no había muerto. Sólo había sido transplantada a otras tierras más fértiles y más necesitadas de su auxilio espiritual.

ANTROPO GENESIS

ÍNDICE:

Enseñanza 1: Síntesis de las Primeras Cuatro Razas Raíces
Enseñanza 2: La Raza Uraniana
Enseñanza 3: La Raza Hiperbórea
Enseñanza 4: Las Etapas de la Raza Hiperbórea
Enseñanza 5: La Raza Lemuriana
Enseñanza 6: Las Tres Primeras Subrazas Lemurianas
Enseñanza 7: Cuarta y Quinta Subrazas Lemurianas
Enseñanza 8: Sexta y Séptima Subrazas Lemurianas
Enseñanza 9: La Época Glacial Miocena
Enseñanza 10: La Raza Atlante
Enseñanza 11: Los Rmoahalls
Enseñanza 12: Los Tlavatlis y los Toltecas
Enseñanza 13: Cuarta y Quinta Subrazas Atlantes
Enseñanza 14: Las Dos Últimas Subrazas Atlantes
Enseñanza 15: La Lucha de los Mil Quinientos Años
Enseñanza 16: Datos Adicionales

Enseñanza 1: Síntesis de las Primeras Cuatro Razas Raíces

En la Ronda Terrestre hay siete Razas Raíces.
En la Ronda Lunar, los seres habían logrado perfeccionar su cuerpo astral; pero necesitaban un cuerpo físico para lograr una perfecta experiencia material.
Durante las dos primeras Razas Raíces intentaron continuamente modelar un cuerpo para poderlo habitar; pero fracasaron una y otra vez.
Sólo en la segunda mitad de la Tercera Raza Raíz pudieron formar un verdadero cuerpo humano; y en la Cuarta Raza Raíz, las almas de los seres que hacían ese experimento penetraron en sus verdaderos cuerpos humanos.
La primera Raza Raíz es la Uraniana.
El cuerpo astral de los seres se recubre de una tenue emanación etéreo-física, procurando animar las primeras tentativas humanas, grandes monstruos gelatinosos; pero los monstruos perecieron sin poder establecer un contacto verdadero con las almas.
No se enumeran las subrazas de esta Raza Raíz por ser desconocidas.
El continente de Raza Uraniana fue la actual Antártida.
Floreció hace 18.000.000 de años.
La segunda Raza Raíz fue la Hiperbórea.
Ésta logró acercar el cuerpo astral de los seres a las formas humanas que iban modelando: inmensos monstruos que no podían mantenerse de pie y que tenían el aspecto de una rueda.
Esta Raza Raíz tuvo siete etapas.
En la primera, la forma humana tiene el aspecto de un

pez-serpiente.
En la segunda, comienza la formación del cerebro.
En la tercera, se intenta la formación de la espina dorsal.
En la cuarta, se da forma al hombre-monstruo.
En la quinta, se tiene el perfecto hermafrodita.
En la sexta, los monstruos intentan ponerse de pie, fracasando en su propósito.
En la séptima, logran el intento de enderezarse.
El continente de esta Raza Raíz floreció en la actual Groenlandia, hace 11.000.000 de años.
La Tercera Raza Raíz se llama Lemuriana.
La primera subraza se llama Za; eran muy parecidos a los hiperbóreos.
En la segunda, llamada Za-Ha, el hombre, guiado muy de cerca por sus entes directivos, forma el sistema cerebro-espinal.
La tercera, llamada Za-Mi, marca la transición verdadera del reino animal al hominal.
En la cuarta, llamada Za-Mo, el hombre empieza a caminar.
En la quinta, denominada Za-Moo, puede hablarse de una raza de hombres con mente.
La sexta, llamada Mo-Za-Moo, establece un contacto más íntimo entre el cuerpo astral y el físico, excluyendo a todos los tipos rezagados y degenerados.
La séptima subraza, llamada Moo-Za-Moo, es ya dueña de su mente; tiene su sistema nervioso desarrollado y una perfecta circulación de la sangre.
El continente lemuriano se extendía donde está el actual Océano Pacífico. Esta Raza Raíz vivió hace 5.000.000 de años.
La cuarta Raza Raíz se llama Atlante. Floreció hace

2.500.000 años.
La primera subraza, llamada Rmoahalls, desarrolló la mente instintiva, la vejiga y los órganos genitales.
La segunda, de los Tlavatlis, desarrolló la memoria.
La tercera, de los Toltecas, desarrolló la mente racional.
La cuarta, de los Turanios, perfeccionó el cuerpo físico, por el ejercicio y la guerra.
La quinta, de los Semitas, fue físicamente, la más perfecta de las subrazas atlantes. De ella derivó la quinta Raza Raíz.
En la sexta, de los Akadios, el cuerpo astral estaba ya perfectamente unificado con el cuerpo físico.
La séptima, de los Mongoles, marcó la degeneración de los Atlantes. En ella perdieron paulatinamente sus grandes fuerzas psíquicas y astrales, para que el hombre pudiera transformarse en un ser puramente humano.

Enseñanza 2: La Raza Uraniana

La Ronda Lunar había cumplido su cometido y había dado a las mónadas unos perfectos cuerpos astrales; pero faltaba dar el último y más importante paso, pues esos seres tenían que descender a conocer el mundo denso y material.
Para eso necesitaban cuerpos físicos.
De ahí que trasladara toda su potencialidad a la joven Tierra, que desde hacía una infinidad de milenios giraba, sin mutación, como un globo ígneo con el eje exactamente perpendicular a la eclíptica.
Cifraron en ella todas sus esperanzas.

Aguardaron pacientemente la época en la cual el beneficioso Urano endurecería la corteza terrestre, brindando a la primera Raza Raíz un continente, un inmenso continente, situado en uno de los polos actuales, rodeado de un rojo océano de fuego y de vapores, en donde la obscuridad de la atmósfera era alumbrada por potentes reflejos rojizos de descargas eléctricas.

Entonces no había luz propiamente dicha, porque vapores y gases rodeaban completamente a la Tierra; pero el planeta era alumbrado por su lumbre interna y por las descargas del éter cósmico que, formando grandes globos ambulantes, iluminábanse, hasta que chocando entre sí los globos, producían explosiones y estallidos espantosos.

Un súbito terror se apodero de la primera Raza Raíz, llamada Uraniana.

Inmensos monstruos pululaban en la lava de esos mares, ofrenda de la Naturaleza elemental, sin mente, a la nueva oleada de vida. La mayoría de esos seres se negó a habitar esos cuerpos monstruosos, que perecían por falta de sustento vital y mental. Pero ellos ya están atados a la Tierra y a pesar de no estar unidos a sus cuerpos monstruosos, quedaron atados a ellos.

Por el poder del cuerpo astral de esos seres y por la elemental constitución de los monstruos, se fueron formando los cuerpos etéreos, que por ser de naturaleza muy sutil únicamente se proyectaban sobre la Tierra como inmensas sombras.

Por siete vueltas de vida, vidas de luz, vidas de Seres Divinos, sólo atados a la Tierra por un reflejo y una sombra terrestre, fueron sucediéndose las épocas de estas razas primitivas; pero en los últimos tiempos,

ayudados por las potentes corrientes de electricidad, que sacudían al planeta y lo iban enfriando paulatinamente, por la fermentación de las calurosas aguas oceánicas y por los potentes gases que se trasladaban desde la lava marina a la atmósfera, se iban fortaleciendo físicamente estas "pieles de huevo" de los uranianos, hasta que las sombras dieron vida a otras sombras, dividiéndose exactamente en dos partes. Esta división en dos se llevó a cabo recién en las últimas tres vueltas de vida.

Si bien estas sombras etéreas no tenían sentidos en la verdadera acepción de la palabra, tenían, sin embargo, una impresionabilidad perceptiva que, en las últimas subrazas uranianas, podían suplantar al oído actual.

Evos y evos habían pasado. La Tierra se enfriaba poco a poco, pero a costa de grandes sacudidas, sacudidas tales que desplazaron su eje, trayendo una época glacial.

Esta época glacial invadió al planeta paulatinamente; y mientras eso se efectuaba, la cesación de vapores alrededor de la Tierra trajo la luz boreal que haría que se llamara a ese continente "la tierra donde nunca se pone el sol" y permitiría desarrollar la más soberbia vegetación que se haya conocido. Pero, por último, el hielo, como un blanco sudario todo lo invadió y transformó a la eterna primavera en un invierno sin fin.

Por el hielo, entonces, fue destruido el primer continente o, mejor dicho, fue sepultado -como una reliquia- bajo los hielos.

Todas las religiones recordarían a esa primera Raza Raíz como poseedora del Paraíso Terrenal, del Edén perdido; recordarían su exuberante vegetación, sus fantásticas escenas iluminadas por todos los colores del

Gran Elemento, en donde la luz, fruto de las energías de la Tierra, rivalizaba con la luz del sol, escondida tras la cortina de tinieblas que rodeaba al aura terrestre. Los Indos le cantarían sus más bellos himnos, llamándola "tierra de la estrella polar", la divina Zveta-Dvipa, morada de los Chhaya.
Una ola tórrida y de muerte se había extendido sobre todo el planeta. La Naturaleza había fracasado al pretender ofrecer un cuerpo a sus Divinos Moradores. Todo parecía perdido; pero en la evolución del Cosmos la muerte es vida, la derrota es victoria.
He aquí que la Tierra vuelve a normalizar sus movimientos, su calor centrífugo vence a la frialdad de la corteza y vuelve a ablandarse su superficie; y se forman rojos océanos, surcados por trombas gaseosas. La verde azulada luz de Vayu alumbra por doquier y un nuevo continente, verdadero continente humano, morada de los primeros seres de carne y espíritu, ha aparecido.

Enseñanza 3: La Raza Hiperbórea

Eolo, el dios de los vientos, corría velozmente de un lado al otro de la atmósfera terrestre, limpiándola de todas sus impurezas; y el Sol, con una luminosidad más clara que la que ahora puede observarse, brillaba constantemente.
Pero, gracias a este viento, a estas corrientes de aire que no cesaban jamás, la Tierra se iba resecando, la vegetación tomaba un color normal y el nuevo continente Hiperbóreo bien podía llamarse "la tierra donde nunca se pone el sol".

Plakcha -así denominaban los arios a esta sagrada tierra- se encontraba completamente al norte; y Groenlandia, el nordeste de Asia y Spitzberg son restos de la mansión de la segunda Raza Raíz.
Las mónadas que, rechazando los monstruos uranianos, habían fracasado anteriormente en su deseo de habitar un cuerpo físico, lo intentaron de nuevo. Con la colaboración de Vayu, el elemento del aire, reunían alrededor de sus cuerpos etéreos numerosísimos átomos físicos, con el deseo de penetrar dentro de esa masa, enseguida que tomara forma.
Pero el deseo de experiencia no iba unido al concepto de renuncia de los bienes etéreos; deseaban vivir la vida física sin perder sus atributos espirituales. Derivaba de esto que la Naturaleza no era animada por el espíritu de ellos, en el verdadero sentido de la palabra; por eso fracasaron, una vez más, en la formación del verdadero hombre humano.
Se necesitará la fantasía de un Verne, o la clarividencia de un Profeta Ezequiel, para poder describir a estos fantásticos hombres monstruos. Eran inmensas moles, de aspecto humano, doblados sobre sí mismos, con alones que les ayudaban a andar. Mas el espíritu no estaba dentro de ellos, sino a su lado.
En Ezequiel, cap. 1, v. 20, se lee: "Hacia donde el Espíritu era que anduviese, andaban; hacia donde que el Espíritu anduviese, las ruedas también se levantaban tras ellos; porque el Espíritu de los animales estaba en las ruedas".
Procreaban por brotación; mejor dicho, dejaban residuos vitales, inmensas gotas de sudor que producían en estas fantásticas carreras; inmensas cantidades de gotas de sudor cristalizado y reunido en

montones, esperma vital de todo su ser que, incubado a los rayos del Sol, daba nacimiento a otros seres semejantes.
Estos asexuados, verdaderos hijos de Júpiter, no tenían más sentidos que aquellos de la sensación vibratoria correspondiente al oído y al tacto, que les era dada por la velocidad.
Hacia mediados de esta Raza Raíz, cuando estaba en su apogeo, la Tierra llegó a tener una belleza indescriptible.
Imagínese un cielo verde claro, inundado por los rayos del sol, que reflejaba sobre una tierra virgen, en donde la vegetación, por su mucha exuberancia y vitalidad, era de color anaranjado; y las aguas del mar, completamente de esmeralda.
Pero esto duró poco. Los inmensos depósitos de gases, anidados y resumidos debajo de la epidermis de la Tierra, empezaron a reventar, dividiendo a este continente unido, en grandes islas, y al océano en dos grandes mares: Pasha y Pahcshala.
Para entonces, la Ruedas Humanas se habían transformado de asexuadas en hermafroditas y ya no era la gota de sudor lo que se depositaba, sino un verdadero huevo.
Los espíritus de los futuros hombres ya están reclinados sobre las huecas cabezas de los monstruos; y prontos para penetrar en la cárcel de carne.
Empiezan los primeros esfuerzos para doblarse y enderezarse. Kundalini, la diosa de la energía vital, ha tendido ya sus redes y está lista para subir al Monte Meru. Quiere decir que ha trazado sobre el cuerpo de los monstruos la imagen de la espina dorsal y del esqueleto humano y sólo espera la benéfica lluvia del

cielo para condensarlo y endurecerlo.
Pero el viento sopla más devastador que nunca. Las corrientes de aire arrasan el continente de los dioses. Los gases subterráneos parten la tierra sin descanso, hasta que desaparece bajo las aguas, por la acción del aire, el continente Hiperbóreo.

Enseñanza 4: Las Etapas de la Raza Hiperbórea

No se conoce, en el desenvolvimiento antropológico de la Raza Hiperbórea, la división exacta de sus subrazas; pero es posible distinguir una serie de estados evolutivos que podrían llamarse "etapas".
Durante la primera etapa aparece en el Continente Verde el gran Pez-Serpiente. Es muy difícil precisar la dimensión de este monstruo con aspiraciones de humanidad; pero antiguos textos lo describen como inmenso y hermoso, a pesar de que su cuerpo era gelatinoso y transparente, pues el reflejo de la luz a través de ese cuerpo producía múltiples y variados colores.
No tenía más sentido que el de la percepción; sin embargo, notaba los estados atmosféricos; cuando las corrientes eran insoportables vivía en las densas aguas del océano de entonces, mientras que cuando los terribles huracanes no eran tan violentos se arrastraba sobre el semiblando suelo del continente.
Pero en la segunda etapa del desenvolvimiento de esta Raza, los monstruos, guiados por sus espíritus, casi no habitaron las aguas; y empezaron la gran labor de la formación del cerebro humano. Sus cabezas se habían abierto como inmensas pantallas, dejando al

descubierto el protoplasma del futuro cerebro.
En las épocas en que el sol era más fuerte, subían a los promontorios depositando sobre ellos el esperma-sudor de sus cuerpos, para que lo fecundaran los rayos del sol.
Estos monstruos no morían, sino que se regeneraban y transformaban por sí solos.
Como tenían que lograr el sentido del tacto, se formaron sobre sus cuerpos unas aletas semejantes a las de los peces, las cuales serían las futuras extremidades humanas.
Para lograr su nuevo sentido no tuvieron otra labor que la de recorrer grandes extensiones y regresar, retrogradando, sobre su ruta.
No dormían en el agua sino en inmensas cuevas y durante muy pocas horas, pues la luz era casi constante sobre el Continente Hiperbóreo.
En la tercera etapa las mónadas empezaron a dibujar en aquellos cuerpos las líneas de la espina dorsal y a formar los canales internos, o vasos sanguíneos, que servirían para la circulación de las corrientes de aire y para la condensación de la materia gelatinosa.
Adquirían cada vez más el sentido de la velocidad y formaban una especie de cabeza humana alrededor del hueco donde, como un tesoro, estaba depositado el protoplasma cerebral.
He aquí que en la cuarta etapa se tienen los hombres monstruos.
Repetidas veces intentan doblarse sobre sí mismos hasta que, de su cuerpo, logran formar una rueda. Las aletas que poseían se van transformando en remos que les permitirán correr cada vez más velozmente.
También una verdadera matriz se había formado, por

ese entonces, en un extremo de su cuerpo; y ya depositaban en ella, por sí mismos, sus gotas de sudor.
En la quinta etapa se tiene el perfecto hermafrodita. Los extremos de sus cuerpos se tocan; el rozamiento produce el deseo y la satisfacción. Un pequeño órgano adecuado se constituye, un botón para la matriz. Ya se pueden depositar huevos que, siempre colocados el calor solar, dan hombres monstruos de esta Raza.
En la sexta etapa, después del gran movimiento sísmico que partió el Continente, procuran, estos hombres, ponerse de pie, pero fracasan en su intento. Es una guerra a muerte, en la cual millares y millares pierden su vida al querer subir al Monte Meru; al intentar ponerse de pie, se quiebran y mueren.
Las mónadas lloraron, por esos días, sobre sus cuerpos; y dice un texto antiguo que clamaban al cielo para que se les dieran moradas adecuadas, para no fracasar en sus intentos de perfección.
En la séptima etapa logran su intento.
Ya se ha definido el tipo de la raza futura. Si bien el cerebro aún está abierto, ya hay en el rostro dos fosas que preparan la morada de los ojos; y la espina dorsal, con todas sus ramificaciones nerviosas, se va definiendo cada vez más.
Las ruedas, apoyadas sobre los troncos de inmensos árboles, pueden quedar de pie. Ya no tienen aletas, sino grandes muñones, que hacen las veces de brazos y piernas.
Se estaba en vísperas de la desaparición del Continente Hiperbóreo. Detonaciones terribles, que sacudían entonces a la Tierra, abrieron surcos profundos en la misma y también en las caras de los nuevos hombres hiperbóreos.

La percepción etérea es vencida por la percepción eléctrica de la atmósfera, y a través de los dos grandes surcos que se forman en los rostros de los hombres de entonces, se forma el lugar de los futuros oídos de los hombres.
Ya no puede dar más esta Raza, ya ha llegado a su apogeo. Las mónadas vislumbran que su misión está por terminar y que pronto podrán habitar sus nuevas moradas.
Cuando el Templo ya está edificado, el Espíritu del Señor desciende sobre él. Verdaderamente, los espíritus de las mónadas estaban por descender a habitar los nuevos cuerpos físicos.
Debajo de las aguas semilíquidas de los océanos, Pasha y Pahcshala, un nuevo continente está listo para dar morada a los verdaderos hombres.

Enseñanza 5: La Raza Lemuriana

Sepultada bajo las aguas del Océano Pacífico se mantiene intacta la tierra que un día fue gran parte del Continente Lemuriano.
Para mayor facilidad del estudiante se aplica el nombre "Lemuria" al continente de la tercera Raza Raíz, porque así fue designado por el geólogo Sclater; pero los antiguos textos esotéricos lo llaman Zalmali Patala.
Los monstruos hiperbóreos, si bien habían sido destruidos por los vendavales y tragados por las corrientes oceánicas, no habían perecido en su totalidad. Un grupo selecto había sido salvado de la destrucción para implantar, en el nuevo continente, la Raza de los hombres conquistadores de la mente.
Como una leyenda o sueño, ya se habían esfumado los días de sol y perenne primavera. Las fuerzas y los

centros fueguinos de la Tierra habían empezado su era gloriosa de ebullición.
Las aguas oceánicas, constituidas por agua mezclada con innumerables elementos químicos, hervían prodigiosamente para desplazar a los elementos químicos en beneficio de los dos elementos únicos que constituyen el agua actual.
Una densa y pesada atmósfera, cargada de vapores, se había levantado alrededor de la Tierra; y si bien había luz solar sobre el planeta, los rayos del Sol llegaban filtrados a través de espesas capas de nubes.
Los monstruos, paulatinamente, se transformaban en hombres, hombres gigantescos, de pesados movimientos, que pasaban parte de su vida echados en el suelo, pugnando por ponerse de pie. Hombres que, como no poseían la flexión de las rodillas, cuando estaban de pie tenían que recostarse en los árboles; y cuando empezaron a caminar, no pudieron hacerlo sin la ayuda de pesados bastones.
El paso de los hombres lemurianos está espléndidamente marcado por la sinfonía de Wagner, en su "Oro del Rin", cuando los gigantes suben a reclamar a los Dioses el precio de la edificación del Walhala.
El progreso hacia la conquista era lento y penoso. La piel amarilla y luminosa que los lemures heredaron de los hiperbóreos se iba apagando cada vez más, mientras que el cuerpo se iba condensando y la piel se volvía intensamente roja.
Hacia mediados de la Raza, los lemures dejaron de procrear por el huevo, se efectuó la separación de los sexos y las mónadas penetraron en el cuerpo de los lemures, dándoles el don de la mente.

Mas las mónadas no moraban constantemente en estos cuerpos físicos, sino que entraban y salían a voluntad. Cuando salían de sus cuerpos trabajaban por medio de las glándulas hipófisis y epífisis, o tercer ojo; y cuando estaban dentro de ellos, utilizaban los ojos físicos, que empezaban a vislumbrar las sombras y figuras circundantes.

También, su forma craneana dejaba la mollera completamente abierta, dando a estos hombres, en lo físico, un aspecto característico tal que bien podrían llamarse "hombres sin cabeza".

La separación de los sexos trajo la grandeza y, al mismo tiempo, la ruina y destrucción de esta Raza. El fuego interno de la Tierra la hacia crujir y explotar por todas partes. Cada montaña era un volcán que continuamente arrojaba fuego y lava. Los tipos más adelantados empezaron a experimentar el placer carnal y se juntaron con los tipos más atrasados, que aún no habían sido dotados de mente. Esto trajo terrible degeneración.

De la unión de los tipos con mente con los sin mente nacieron los monstruos antecesores de las especies animales vertebradas, como ser los ictiosaurios, plesiosaurios y dinosaurios.

Se produjo la maldición de la Raza, acarreando su destrucción y muerte.

Inmensos cataclismos y sismos destruían paulatinamente a Lemuria.

Los tres grandes océanos iban invadiendo las tres partes del Continente Lemuriano: Zampa, Zampata y Zalmali Patala.

Sin embargo, esta Raza había logrado grandes victorias: la separación de los sexos, la conquista de la

mente, la formación de un cuerpo apto para servir de morada adecuada a los espíritus y el perfeccionamiento de la espina dorsal.
Fue en la última subraza de los lemures cuando Kundalini subió perfectamente desde la base de la espina dorsal al cerebro. Y fue esta subraza la que venció definitivamente a las razas sin mente o animales y estableció entre el reino animal y el hominal la barrera infranqueable, dándole al hombre el verdadero derecho a la Humanidad.

Enseñanza 6: Las Tres Primeras Subrazas Lemurianas

Durante la formación del continente lemuriano se desenvolvió la primera subraza, llamada Za, la cual en todo era parecida a la última subraza hiperbórea. Estos seres estaban casi siempre echados y se reproducían por la deposición de huevos.
La estabilización de los vasos sanguíneos y el calor tórrido influyeron para que la carne se condensase y la piel se volviera opaca.
Habitaban, hace unos seis millones de años, el inmenso continente que los antiguos textos denominan Zalmali, que cubría toda Australia, el centro del actual Océano Pacífico y se extendía hasta parte del África, el Asia meridional y la América del Sud.
Era un territorio extremadamente monótono, de muy escasa vegetación; y sólo más adelante se desarrollaría la gigantesca flora lemuriana.
A veces no se distinguía la tierra del mar, porque la tierra era un inmenso mar de lodo, que hervía continuamente.

Las montañas no eran tales, sino unas protuberancias que los gases volcánicos formaban desde abajo hacia arriba.
Un continuo vapor viscoso subía de esa masa de tierra y agua, formando una atmósfera perenne de nebulosidad y pesadez.
Por el calor y por las esencias vitales depositadas en las profundidades del mar, se formaron los insectos más variados y múltiples; desde monstruosas amebas hasta estrellas de mar, desde los más pequeños moluscos hasta los más grandes, también se fueron gestando durante la primera subraza lemuriana.
Pero lo más característico era la composición del barro, que nada se parecía al lodo actual, porque era tierra mezclada con hierro, el cual se volvía alternativamente caliente y frío por la acción de determinados elementos químicos que ciertos gases depositaban en él.
En la segunda subraza empieza a desarrollarse la gigantesca flora; inmensas capas verdes, que paulatinamente se transformaban en helechos y, sobretodo, en una planta característica de la cual los lemures sacaban los bastones que les servían para mantenerse parados y que se endurecía, no por sus elementos internos sino por el calor terrestre. Esto se realizaba de una manera peculiar: bajo la capa externa de la corteza terrestre existían ciertos yacimientos líquidos de forma esferoidal; las raíces de estas plantas llegaban a ellos, quedando, por así decir, en remojo.
Este árbol tenía un lejano parecido con el actual eucalipto, pero era inmensamente más grande y sus hojas tenían un perfume más penetrante que el de la flor de la magnolia.
Mientras adelantaba la segunda subraza, llamada Za-

Ha, se produjeron los primeros sismos continentales que dividirían a la Lemuria en dos grandes partes, además de las islas e islotes.
Las mónadas clamaban a sus cuerpos para que se levantaran, para que se pusieran de pie; en una palabra, luchaban para que perfeccionaran el sistema cerebro-espinal. La espina dorsal era ya perfecta y dura; todas las redes nerviosas estaban tendidas. No faltaba sino que la masa encefálica recibiera el contacto de las mentes de las mónadas humanas, para que el maravilloso organismo funcionase. Los primeros esfuerzos fueron vanos. El hombre no podía estar de pie mientras no retuviera el huevo de la gestación en sí; pero lograron apoyarse sobre los árboles que, podría decirse, eran las casas de los lemures.
Dos puntos opacos en sus huecas caras denotaban la lucha de los hijos de la mente para que, una vez preparada su morada, tuviera la mente un órgano de visión hacia lo exterior. Las continuas sacudidas, los truenos, los relámpagos, las erupciones volcánicas y los potentes meteoros luminosos que se levantaban del lodo terrestre, favorecían el desarrollo de la vista.
Durante la tercera subraza, después de nuevos movimientos sísmicos, los Zami se apoyaron definitivamente contra los árboles y ya no expulsaban el huevo; aún siendo bisexuales, algunos de ellos perfeccionaron la parte femenina y pudieron retener el huevo hasta la expulsión del feto.
Es en esta subraza donde se puede ver bien definido al hombre lemuriano.
Esta Raza, que tantos cambios y metamorfosis sufrió, fue aquella que tuvo la dicha de transformarse de animal en humana.

Imagine el estudiante un hombre de 2.80 metros de estatura, pero mal proporcionado. Un cuerpo inmenso sostenido por piernas relativamente cortas, con inmensos pies semirredondos, planos y de cortos dedos.
Una raza ahora completamente desaparecida, descendiente de los lemures, los patagones de América, descriptos por los compañeros de Magallanes, era un resto típico de la antigua Lemuria.
Los brazos de los Zami eran muy largos, llegaban casi hasta los pies; y les eran indispensables para mantenerse erguidos.
La cabeza era muy pequeña en relación a las grandes mandíbulas, las amplias orejas y la ancha y achatada nariz.
Los ojos no eran más que dos puntos muertos, en preparación de futuro desarrollo. La frente era de un dedo de alto y el cráneo estaba completamente abierto.
Tiras de piel recubierta de vello lo defendían, sin ocultarlo.
La piel, que como se ha dicho, se había vuelto compacta y dura por la acción dominante de la circulación de la sangre y por el calor tórrido de la atmósfera, era, especialmente al nacer, roja como la de un camarón hervido; después, por la acción del tiempo y de la suciedad, se volvía negruzca.

Enseñanza 7: Cuarta y Quinta Subrazas Lemurianas

Para el ciclo de ángeles hechos hombres había sonado la hora solemne. Los estremecimientos cada vez más convulsivos del planeta y la luz solar que filtraba a

través de las espesas cortinas de nubes, reflejaban como una gran aurora polar sobre la rojiza tierra, indicando que algún hecho extraordinario estaba por acaecer.
El fuego en las entrañas de la tierra rugía espantosamente, buscando por todas partes salidas y purificaba todo, como oro en un crisol.
Por encima de la obscura atmósfera terrestre, el hermoso Venus se había enfrentado con Marte el poderoso y, espejándose los dos astros recíprocamente en sus luces, las volcaban sobre la Tierra, beneficiándola con su conjunción.
Millares y millares de seres pertenecientes a la Hueste de la Humanidad han salido de sus éxtasis para mirar el gran acontecimiento.
Las mónadas que evolucionaron en la Ronda Lunar y que han luchado a través de tantas centurias para construirse una casa física, ya la tienen terminada y pueden penetrar en ella.
Lentamente los monstruos rojos hechos hombres, los hombres de la cuarta subraza Za-Mo abandonan sus árboles y se adelantan, tambaleantes, sostenidos por sus gruesos bastones, por los pantanos de Moo; y si bien las mónadas pueden entrar y salir a voluntad de sus nuevas moradas, son retenidas en ellas cada vez por más tiempo.
Una vez más, en donde creyeron ellos encontrar la copa llena del licor de muerte y materialidad, que tanto habían temido, encontraron la copa llena del bálsamo del olvido y del amor.
Kundalini, la diosa de la fuerza vital, les ha dado el don de manifestar sus fuerzas internas hacia lo externo; pero exige en pago la moneda del sufrimiento, del

placer y de la muerte. Por eso, paulatinamente, se van separando los sexos, y con ello, una fiebre de placer y de sensualidad estremece las carnes de los noveles hombres.
Olvidan, poco a poco, las moradas divinas y los poderes intuitivos que antes poseían a discreción, para desear únicamente el placer de la carne.
Es una fiebre de acoplamiento lo que les invade; y el nuevo placer trae consigo el nuevo fruto: la procreación por el concurso de dos seres de sexo opuesto.
Pero las mónadas no han entrado en todos los cuerpos lemurianos; únicamente han elegido los más aptos. Los no aptos, abandonados a su suerte, decrecen en comprensión y aspecto físico, rápidamente.
Durante la quinta subraza, llamada Za-Moo, ya hay una extraordinaria diferencia entre el lemuriano con mente y el sin mente. Los Maestros, guías de la Humanidad, instruyen a los lemurianos durante sus sueños.
Únicamente tenían derecho a procrear con hembras con mente: "Si comiéreis el fruto del árbol prohibido, si os acopláreis con las hembras de las razas degeneradas, moriréis, perderéis el fruto de vuestra raza, pues seréis padres de monstruos y no de seres humanos".
Pero las hembras sin mente tentaron a los lemures mientras las mujeres de éstos gestaban; la maldición se pronunció sobre ellos y las mónadas que esperaban su turno para morar entre los hombres rehusaron tomar esas moradas semihumanas.
De esa unión maldita, de hombres con mente y mujeres sin mente, nacieron los inmensos monstruos lemurianos: el plesiosaurio, o serpiente marina; el ictiosaurio y el dinosaurio, inmenso monstruo volador,

el más manso, que más adelante serviría de cabalgadura a los lemurianos.
Aquí nace la escala zoológica que llega hasta el día de hoy.

Enseñanza 8: Sexta y Séptima Subrazas Lemurianas

La sexta subraza lemuriana, que se llamó Mo-Za-Moo, se inició con la terrible lucha entre los hombres y los monstruos. Estos últimos dominaban en la parte occidental del continente y, arrastrándose, volando o nadando, invadían periódicamente el continente central, destruyendo a millares de lemures.
El temor a las invasiones de los monstruos vigorizó más el sistema nervioso lemuriano y los terribles choques producidos en el organismo por el temor, sistematizaron definitivamente la circulación de la sangre, cerrando para siempre el agujero de Botal, lo que hasta entonces no había podido lograr la naturaleza humana, y que desde la Raza Hiperbórea se esforzaba por normalizar.
Los ojos empezaron a vislumbrar luces y figuras, lo que contribuyó a la unión entre los lemures para la común defensa. Sin embargo, nada hubieran podido solos en contra de los monstruos; pero altas entidades espirituales encarnaron entre ellos para servirles de guía y llevarlos a la victoria.
La defensa y agresión a los monstruos se efectuó así: Sobre un amplio frente se alineaba una fila de machos; tras de ésta una de hembras; luego otra de machos, otra de hembras, y así sucesivamente. Los hombres iban armados de sus pesados bastones y las mujeres llevaban sobre las espaldas un saco de fibra vegetal en

el que llevaban los niños y los frutos alimenticios. Guiados por los Divinos Instructores se ponían en marcha. A medida que avanzaban, el cadencioso movimiento de su pesado andar producía una vibración que espantaba y desorientaba a los monstruos, abriendo, delante de la vanguardia, inmensas grietas en la tierra, en las cuales se hundían los monstruos, también semiciegos. Los que lograban franquear la trinchera eran ultimados a golpes de bastón.
Año tras año efectuaron los lemures estas marchas hasta que lograron una definitiva victoria sobre los monstruos; y los únicos que quedaron fueron los más degenerados o tipos de bestia.
En el extremo occidental se formó una inmensa isla rodeada por un gran abismo, llamada Tierra Sagrada o Moo-Za-Moo, en la cual se estableció el tipo de lemuriano más selecto. Esta sería la cuna de la más aventajada de las subrazas, la cual daría su nombre a la tierra.
La séptima subraza, Moo-Za-Moo, vio a los hombres lemurianos, ya dueños de su mente instintiva, con un sistema nervioso bien equilibrado, con una perfecta circulación de la sangre, hacer grandes progresos dentro de sus nuevas vidas experimentales.
Los movimientos sísmicos ocurridos en esos últimos tiempos habían trasladado y concentrado la vida lemuriana hacia el occidente, si bien había otras islas de mucha importancia, a las cuales emigraron los lemures estableciendo progresistas colonias.
El agua oceánica, si bien efervescente y en continua ebullición, tenía la misma composición química que la actual y se repartía en tres grandes océanos.
En las mencionadas islas, y especialmente en la Isla

Sagrada de Moo-Za-Moo, fue donde se levantaron las grandes ciudades de granito, especie de grandes bóvedas dominadas por monolitos.
Estos monolitos, al principio, antes de transformarse en dioses como sucedió durante la cuarta subraza atlante, eran relojes; los lemures ponían una inmensa piedra facetada, que se mantenía en equilibrio sobre la punta del monolito y marcaba con sus oscilaciones y movimientos los cambios de hora, los movimientos atmosféricos y las erupciones de los volcanes; éstas constituían el gran peligro de las ciudades lemures.
La mujer lemuriana vivía en los grandes establecimiento (bóvedas de granito), cuidando a los niños de la colectividad y preparando el alimento.
Los lemurianos eran absolutamente vegetarianos: de las piñas de los inmensos árboles extraían la parte harinosa substancial y la batían en morteros formando grandes tortas que cocinaban a los rayos del sol que filtraban por entre las nubes.
Había una hora del día en que aparecía el sol y esa hora era esperada para el cocimiento de los alimentos, para la limpieza personal y para la comunicación intuitiva con el mundo espiritual de donde venían. Podría llamarse la hora del alimento material y del alimento espiritual.
Las calles y los tejados de sus grandes bóvedas estaban cubiertos de un barro especial, el barro de los pantanos de la tierra de Moo, que tantos elementos químicos contenía; mezclado con agua y puesto al sol se endurecía extraordinariamente, tomando un color amarillento, de oricalco. De este material estaban hechas las calles, las veredas y los tejados de las ciudades lemurianas.

En el centro de la isla tenían una inmensa rueda de granito que, como molino a viento, se movía rítmicamente; estaba untada con una substancia química que podría llamarse radioactiva; podía, de noche, alumbrar la isla sin otra iluminación.
El hombre lemuriano se dedicaba a la caza, armado de su poderoso bastón y acompañado de su alado dinosaurio; recorría grandes distancias guiado por su secreto sentido de orientación, matando a los animales salvajes y dañinos y amansando a los dinosaurios. Mas no comía su carne; se limitaba a sacarles los cueros que, luego de inflados, servían de adorno para sus ciudades.
Se dedicaban también a la escultura; pero los que esto hacían eran considerados como seres privilegiados, sacerdotales. Estos son los autores de los monolitos y de las estatuas de las cuales queda una imagen, como reliquia, en la isla de Pascua.
A comienzos de la Raza, los lemurianos creaban sus moradas físicas por el resultado de la conciencia en sí, operando sobre la voluntad fenomenal; pero en las postrimerías engendraban normalmente, por la voluntad masculina, operando sobre la conciencia femenina.
Pero, día tras día, año tras año, generación tras generación, los volcanes ululaban, vomitando lava; lava lenta, continua, implacable, que poco a poco devastaba y destruía todo el continente lemuriano. Hasta que las misericordiosas aguas lo cubrieron, apagando el fuego.

Enseñanza 9: La Época Glacial Miocena

Después de la destrucción de Lemuria las aguas de los océanos dominaron casi enteramente el globo, pues el nuevo continente, que daría albergue a la Raza Atlante, surgía lentamente de los mares, dando la impresión de inmensos lagos; era destino de esta nueva tierra gestar bajo los hielos.
Fue entonces que la gran rarificacion atmosférica produjo sobre el globo una época glacial. Un inmenso cinturón de hielo rodeaba a toda la Atlántida, dando la impresión que la vida había desaparecido por completo sobre el mundo.
Mucho después de esto, hace 850.000 años, durante la subraza de los toltecas atlantes, hubo otra época glacial, pero de menor intensidad.
Sin embargo, durante la primera de las épocas glaciales mencionadas, permaneció intacta parte de la isla de Moo-Za-Moo, protegida por inmensas montañas de nieve que la defendían de huracanes y tempestades.
Ya no era esa isla floreciente y hermosa, último baluarte de la antigua Raza Lemuriana, sino se componía de grandes rocas y cuevas, donde vivían los conservadores del género humano, los hijos de la Yoga, o voluntad.
Esperaban allí, cual Noés, generación tras generación, que pasara el diluvio de hielo para poder emprender viaje hacia las nuevas tierras prometidas.
Al finalizar esta época glacial, Saturno, el obscuro planeta del sufrimiento, estuvo en conjunción con la Luna, la pálida madre de la Tierra, como símbolo de la nueva Raza que estaba por venir; los componentes de ésta serían llamados hijos de Dios e hijos de Satán, los hombres que de blancos se volvieron negros, por el pecado.

Cuando empezó el deshielo, promovido por las calorías que del centro de la Tierra subían a su superficie, después de grandes inundaciones, los restos de la última subraza lemuriana, que en ese lapso de tiempo se habían modificado extraordinariamente, se desparramaron sobre cuatro puntos principales del globo, guiados por los Grandes Iniciados de la Raza, para fundar, en cuatro lugares distintos de la tierra atlante, la nueva Raza.
El calor, que aumentaba cada vez más, iba secando lentamente las tierras del nuevo continente, envolviendo todo el panorama con espesas nubes y densas nieblas.
La vegetación despertó de su sueño y la simiente, que había dormido bajo los hielos, volvió a la vida. Toda la tierra vibró con una emoción nueva, disponiéndose a servir al nuevo hombre, al hombre gigante, al hombre de tres ojos.

Enseñanza 10: La Raza Atlante

Durante la época atlante hubieron dos grandes períodos glaciales; a éstos siguieron otros menores, que duraban un año saturniano (30 años). Esto era una reacción lógica a períodos de gran calor terrestre. Tejas, el elemento del fuego, dominaba sobre la Tierra con grandes calores e intensos fríos; y hacía sentir su influencia en el cuerpo humano haciendo subir la llama de Kundalini desde el Chakra fundamental al cerebro. El continente atlante se extendía desde Islandia hasta el Brasil y desde Texas y Labrador hasta el África. Pero continuos deshielos, en los períodos de intensos calores, provocaban diluvio tras diluvio, inundación tras inundación. La influencia de Tejas sobre la Tierra trajo

la de Apas, el elemento del agua.
Durante la época atlante hubieron cuatro grandes diluvios:
El primero se produjo en época no precisada.
El segundo ocurrió hace 850.000 años y provocó el hundimiento de toda la parte septentrional de Atlántida.
El tercer diluvio se produjo hace 220.000 años y dividió la Atlántida en dos continentes, llamados Ruta y Diatya.
El cuarto y último, ocurrió hace 87.000 años, hundió por completo al continente, dejando, como último resto, una meseta sobre una montaña de Ruta, llamada isla de Poseidonis y que fue descrita por Platón, en el Timeo.
El atlante era ya un hombre perfecto.
Si bien caminaba erguido, por lo mismo daba la impresión de hacerlo inclinado hacia adelante; su tez era de color rojo obscuro.
Estos seres no conocieron religión humana, ni fálica, sino adoraban a Dios en Espíritu y Verdad; o eran grandes químicos y conocedores de los poderes terrestres, llamados magoons, de los cuales descenderían los magos negros.
Su vida diaria se dividía en dos etapas: durante el día vida material y durante la noche vida espiritual; en el sueño se desprendían rápidamente de las envolturas físicas y penetraban en el mundo astral, para escuchar la voz y las enseñanzas de los Grandes Maestros.
Pero paulatinamente fueron perdiendo este don, pues su misión era la de adentrarse en el conocimiento de la materia.
De este tipo fueron las tres primeras subrazas: Rmoahalls, Tlavatli y Tolteca.

La cuarta subraza, Turania, aún más humana, fue de color amarillo.
A ésta siguieron la Semita, y la Akadia, de tez blanca; de éstas surgiría la quinta Raza Raíz, la Aria.
La séptima subraza, Mongola, fue de color amarillo y semillero de degeneración y decadencia.
Si bien en los primeros tiempos los atlantes, por medio de su tercer ojo o glándula pineal desarrollada, pudieron ver el poder de Dios frente a frente, paulatinamente fueron perdiendo estos dones espirituales.
Estos Hijos de Dios fueron precipitados en lo más profundo de la materia, transformándose en hijos de Satán.
El elemento Apas, que tuvo un papel preponderante durante el desenvolvimiento de esta Raza, aportó a la Humanidad el don de una perfecta porosidad de la piel, haciendo al cuerpo físico apto para soportar la lucha con todos los elementos y temperaturas y disponerlo para la conquista, durante la quinta Raza, de la Tierra y de la vida, por sus propios medios; y para conquistar a la hermosa diosa Prithivi, que esperaba, dormida, a su Dios redentor.

Enseñanza 11: Los Rmoahalls

Los lemures, si bien vivían intuitivamente y semiapartados de sus cuerpos físicos, tenían una vida material puramente instintiva.
El cerebro humano era una masa divina puesta a disposición del hombre, sobre la cual debía ir grabando poco a poco. Los hilos del instinto los había trazado ya; al hombre atlante le correspondía delinear la periferia

del cerebro racional.
Los seres de la primera subraza atlante, los rmoahalls, casi no tenían razón, dirigiéndose casi exclusivamente por el instinto. Eran hombres hercúleos, de buen talle, de frente huidiza, de tez color rojo obscuro.
Se procrearon en gran número y su crecimiento era muy rápido.
Moraban en las grandes islas atlantes en las cuales, después de un período glacial, reinaba un calor muy intenso.
Ya no vivían en las rocas, como los lemures, sino en los troncos de gigantescos árboles o bajo techumbres, que ellos mismos construían, rodeados de empalizadas. Como aún no dominaban el lenguaje, emitían sonidos guturales que influían sobre sus subconciencias, despertando los diversos instintos. El grito "rrr-mo-hal", que simbolizaba la idea de "muerte a los habitantes de Moo", exaltaba su ardor guerrero, empujándolos a la lucha. Combatían frenéticamente, hasta la destrucción; pero pasado el furor, perdían el recuerdo de lo sucedido, volviendo a su estado habitual.
El agua era su elemento; en ella pasaban muchas horas del día. Eran excelentes nadadores y por la retención del aliento desarrollaban la porosidad de la piel.
Desarrollaron también la vejiga y los órganos genitales.
Los elementos constitutivos de la orina eran más rápidamente eliminados de la sangre y filtraban por los riñones, logrando así mayor perfección física.
Dedicaban sus días enteramente a la caza. Gustaban dominar a los monstruos que pululaban en sus comarcas; y si bien no comían la carne de los animales, bebían su sangre, aún caliente.

La base de su alimentación la constituía la carne de pescado; y como tenían poco desarrollado el olfato dejaban que se descompusiese antes de comerla. Comían también, con agrado, sus propios excrementos; los de los niños se daban a los enfermos, como remedio.
La calurosa, cerrada y densa atmósfera, descargaba continuas tormentas, que podrían llamarse tormentas silenciosas, porque la electricidad, en globos de fuego, saltaba o resbalaba por las pendientes de las montañas, hasta quebrarse en el agua. Amaban observar esos inmensos globos eléctricos; y notaron que podían, observándolos, atraerlos o rechazarlos. De aquí nació esa ciencia atlante, que dominó a los fenómenos naturales característicos de su tiempo y les sirvió para fundar las terribles escuelas de magia negra que traerían su destrucción.
Para entonces, había embellecido notablemente el paisaje atlante y se había dilatado su horizonte: inmensas cordilleras, altas montañas, lagos y más lagos, infinidad de ríos y torrentes, todos de color rojo opaco por efecto del calor de los rayos infrarrojos, que eran predominantes por las densas nubes que cubrían todo el continente.
El gran calor de la tierra hacia surgir un agua mucho más pura y cristalina que la actual. Ella constituía, casi exclusivamente, la terapéutica de los rmoahalls.
Durante el sueño, que duraba diez, doce y aún catorce horas, vagaban por los planos astrales con toda facilidad, reuniéndose con los Guías de su Raza y recibiendo sus instrucciones.
Lo notable en estos atlantes era el hecho de que no tenían en absoluto temor a la muerte; en realidad, no

tenían idea de lo que era porque, el pasar de una encarnación a otra no era, para ellos, sino un sueño más prolongado que el habitual.
Los seres de esta subraza mascaban, casi de continuo, la hoja de un árbol ahora desconocido, llamado Somihshal, la que les daba un vigor extraordinario. Cuando dejaban de tomarla dormían casi continuamente.
Esta subraza había crecido desmesuradamente para ser estable y como era el fundamento de la Raza Atlante lo que le daba su característica, tenía que desaparecer totalmente al primer empuje de otras razas más jóvenes, que ya iban apareciendo en el norte del continente: los tlavatlis.

Enseñanza 12: Los Tlavatlis y los Toltecas

Entre las ásperas y desoladas cordilleras atlantes surgía una raza poderosa.
Sometidos al rigor de un invierno saturniano, faltos de todo, teniendo que luchar en contra de los elementales y en contra de los monstruos antediluvianos, los tlavatlis crecieron en fuerza, tenacidad, agilidad y resistencia.
Como un sueño irrealizable se extendían ante ellos las llanuras, llenas de bosques, de ríos, de pantanos y de hombres a quienes deseaban subyugar; y este deseo, transmitido de una generación a otra, haciéndose ancestral, desarrolló la memoria en ciernes de los atlantes.
Después de un riguroso invierno, cuando el calor volvió a llenar la atmósfera de humo, vapores y nieblas terrestres, los fuertes tlavatlis descendieron repetidas

veces al llano, exterminando completamente en unos trescientos años, a los rmoahalls, apoderándose de sus tierras y de sus moradas.
Sin embargo, la memoria de los tlavatlis no era perfecta; mezclaban el recuerdo de la vida actual con el de las pasadas, confundiéndolos, de tal manera que no podían precisar cuál era la realidad de su vida presente y cuál la de las pasadas.
El don divino y sagrado de olvidar todo el pasado para poder dedicarse al día de una sola vida estaba reservado a los arios.
Con todo, esta confusa memoria conservó, en cierto modo, el recuerdo de los hechos valerosos y heroicos de los antecesores, y fue motivo de una especie de culto a los antepasados.
También, la memoria trajo al hombre la conciencia de lo que él valía y de cómo distinguirse de los demás, llenándolo de una inmensa ambición que frenéticamente lo impulsaba a la conquista. Por eso tuvieron los tlavatlis costumbres guerreras, jefes en los combates y guías en los hábitos de familia.
Al contrario de la primera subraza atlante, que desapareció con rapidez, la de los tlavatlis conservó sus descendientes hasta el final de la Raza Raíz; y si bien fue sucesivamente vencida por los nuevos atlantes y se fue transformando y ennegreciendo cada vez más su rojiza piel, mantuvo su dominio, por infinidad de centurias, en las montañas del noroeste de Atlántida.
En el centro de Atlántida, una nueva subraza atlante florecía paulatinamente: los toltecas.
Eran hombres de alta estatura, elegante talla, formas armónicas; la piel se les iba aclarando, tenía un lindo color bronce dorado.

Dueños ya de la memoria, recordaban también sus vidas pasadas.
Conocedores intuitivos de los poderes de la Naturaleza y clarividentes por herencia, los toltecas fundaron las naciones más poderosas y duraderas que viera la Tierra.
Fueron los primeros en practicar la adoración y el Culto Divino en forma regular y metódica.
Substituyeron las cuevas y empalizadas de madera de sus antepasados por hermosos edificios coronados de capiteles y sostenidos por infinidad de columnas.
Edificaban con oricalco, que era una mezcla de oro, bronce y un polvillo volcánico, hoy completamente desconocido; con esta mezcla hacían una especie de grandes bloques radiantes.
El Templo estaba edificado en la ciudad máxima y tenía una altura asombrosa, dominado por una cúpula que representaba el disco solar que hizo merecer a la capital tolteca el título de "Ciudad de las Puertas de Oro".
En el centro del Templo se hallaba la columna sobre la cual estaban esculpidas las leyes del Guía Espiritual de ellos, con una escritura simbólica formada de imágenes, figuras y gráficos.
El rey no era heredero de determinada corriente de sangre, sino heredero espiritual del rey fenecido.
De entre todos los aspirantes al Sacerdocio Iniciático, el más sabio era elegido para asistir al rey y aprender de él las enseñanzas que le harían apto para el gobierno. Si demostraba no serlo, era devuelto enseguida al Colegio Sacerdotal y otro ocupaba su puesto.
Los toltecas no tenían sino Leyes Divinas, pues las leyes

sociales eran dictadas, sólo en determinadas ocasiones, por los Reyes Iniciados. Cuando éstos juzgaban, ordenaban o dictaban leyes, lo hacían después de una noche pasada en el Templo, entregados al sueño místico.

Con el tiempo, se fue debilitando su poder clarividente y entonces, para entrar en ese estado místico, bebían determinado brebaje, que les ponía en las condiciones nerviosas adecuadas para la clarividencia.

Entre las diversas naciones toltecas nunca había guerras, porque los reyes estaban confederados entre sí; pero combatían continuamente para defenderse de las hordas salvajes de las montañas; para la lucha no empleaban hombres sino explosivos, que lanzaban con poderosas máquinas a larga distancia.

Lo más notable de este pueblo era su método de irrigación. Juntaban agua en un hueco de la montaña formando un inmenso lago sobre la ciudad; y por un método inexplicable esta agua descendía de la montaña por tres canales, de tal manera que nunca se producía una inundación; estos canales rodeaban a la ciudad, sirviéndole de adorno y defensa. Por otro camino, las aguas se reintegraban al lago para su purificación, absorbidas por cañerías de aspiración secretas.

Los toltecas fueron grandes mecánicos; tenían naves y aeronaves, inmensas embarcaciones que surcaban al mar y los aires.

Todo este progreso fue lento; pero sus frutos desaparecieron después casi por completo, no por guerras o por destrucción, sino por el período glacial que sobrevino.

Enseñanza 13: Cuarta y Quinta Subrazas Atlantes

Como un enemigo mortal, hace 850.000 años un cinturón de hielo rodeaba la tierra, destruyendo todo vestigio de vida.
La grandeza de los Toltecas, la Ciudad de las Puertas de Oro, los recuerdos de una soberbia civilización, habían sido arrastrados por las aguas a las profundidades de los océanos o sepultados bajo capas de nieve. Los pocos grupos humanos que pudieron sobrevivir a tan espantoso cataclismo, emigraron.
En la región que actualmente abarca desde Perú hasta Méjico, altísimas montañas habían formado como un oasis, donde pudieron subsistir algunos pequeños grupos humanos, progenitores de la subraza Turania.
Otros habían emigrado hacia el nordeste.
Mientras el calor terrestre iba retornando desde el centro hacia la superficie, volviéndose a una seminormalidad, en esas enormes montañas, en esas grandiosas estepas de nieve, se iba formando un pueblo fuerte y fiero, que tenía que luchar para subsistir y que poseía instintos feroces: la cuarta subraza atlante de los turanios.
Fue el pueblo que implantó la guerra propiamente dicha.
Guerreaba contra los pequeños grupos de toltecas sobrevivientes, refugiados en este oasis; guerreaban entre sí, hostigándose continuamente.
Se multiplicaron a millones y se expandieron poco a poco por todo el continente, engrandeciéndose, dominando e implantando la ley del más fuerte.
La vanidad y la sed de conquista obscurecieron su clara

visión astral, que habían heredado de los toltecas, y únicamente desearon la visión onírica, para vislumbrar el lugar donde acechaba el enemigo, para mejor destruirlo.
Fueron los padres de la magia negra y fortalecieron de tal modo su maligna voluntad, que poseían aparatos eléctricos, de gran potencial, que mataban a gran distancia.
Eran de tez obscura, de alta estatura y fierísimo aspecto; caminaban pesadamente, a brincos, por el hábito de escalar montañas. Tenían brazos desmesurados, que a veces llegaban más abajo de las rodillas y que les servían de armas cuando éstas les faltaban.
Guerreaban con los nacientes semitas y, si bien eventualmente fueron vencidos por éstos, nunca fueron destruidos sino que permanecieron entre sus vencedores como una raza aparte, llamada Raza Negra.
Los toltecas que, al producirse el diluvio, habían emigrado hacia la tierra templada, a una latitud de 50° a 60° Norte, fueron origen de los semitas, mientras iba terminando el período mioceno. En la tierra atlante de Kalpashal, actualmente Irlanda, Escocia, Inglaterra y Canal de la Mancha, iba naciendo una raza distinta en sus principales características a la Raza Madre. La raza de los semitas atlantes, si bien de gran estatura, era más pequeña en comparación con otras razas.
Por muchísimos siglos esta raza permaneció en estado semisalvaje, guerreando entre sí.
Como de este tipo de atlantes, de tez pálida y con tendencia a caminar de manera distinta, tenían que descender futuros arios, la permanencia de esta subraza sobre el continente fue la más duradera, pues

fueron vencidos definitivamente por los akadios recién hace 150.000 años.
Mientras la civilización de los semitas atlantes tenía larga infancia, los turanios llegaron al apogeo de su civilización guerrera. Hasta que los semitas no aprendieron a guerrear, fueron vencidos por los turanios; pero luego aprendieron tan bien que triunfaron sobre ellos.
Los turanios no se confederaron entre sí, como los toltecas, sino tenían divisiones territoriales que estaban en constante lucha.
En este tiempo es cuando se definen los dos tipos del hombre atlante: los surgidos de las primeras cuatro subrazas, de tez negra, y los que surgen de la quinta subraza, semita, de tez blanca.
Hace 220.000 años sobrevino la tercera destrucción atlante, que separó al continente en dos grandes islas: Ruta y Daitya.
Entonces empezó la decadencia de los semitas.

Enseñanza 14: Las Dos Últimas Subrazas Atlantes

Todo a lo largo de la costa oriental del actual Océano Atlántico, había surgido la nueva subraza de los akadios.
Crecían lentamente mientras los semitas peleaban con sus mortales enemigos, los turanios, llamados en el Ramayana, los Rakshasha.
Los akadios vivían en vastas llanuras, formando un tipo de atlantes blancos, pero mucho más corpulentos que los semitas.
En su infancia, los akadios vieron la destrucción de una parte de la Atlántida, hace unos 220.000 años; y fueron

un pueblo, quizás el primero, que se podría llamar marino.
Pueblos enteros vivían sobre inmensas balsas, construidas con un material que se fortalecía al contacto con el agua. A veces eran tan grandes estas balsas que sobre ellas se construían dos o tres casas; y se podía pasar de una a otra por puentes tejidos con fibras vegetales de gran resistencia.
La pesca era el arte y mayor producto de estos pueblos; y llegaron a tener, en épocas de prosperidad y civilización, ciudades marinas edificadas sobre balsas y poderosas flotas.
Pero a medida que iban creciendo en poder empezaron a ser hostigados por los semitas y se desató una guerra milenaria, con alternativas de victorias y de derrotas, hasta que los akadios vencieron definitivamente a los semitas, destruyéndolos en su mayor parte, hace unos 150.000 años.
Mientras el continente atlante se iba hundiendo y transformando continuamente, otras tierras iban surgiendo del Océano y los semitas ya habían depositado, en ciertas tribus, la semilla de la Raza Raíz Aria. Por eso, la subraza mongola, la última de la Raza Atlante, habitó casi en su totalidad en tierras de nuevo continente.
Era una raza crecida en el Asia actual, que desarrolló su poderío alrededor del Lago Salado de los Dioses, actual desierto de Gobi, y que se dedicó en particular al comercio, a la agricultura y a las guerrillas. Fue el primer pueblo agrícola.
En este tiempo la Raza Atlante estaba ya en asombrosa decadencia. Los gigantes habían perdido estatura, fuerza, agilidad y energía. Y como si la raza quisiera

hacer un examen retrospectivo, había impreso a los mongoles cierto parecido con las facciones de los lemures.
Además, su piel era amarillenta y sus ojos pequeños y rasgados, como se nota en sus descendientes actuales: malayos, chinos y japoneses.
El gran continente atlante había desaparecido por completo hace unos 85.000 años, y había arrastrado consigo, al fondo del océano, todos sus recuerdos, con la sola excepción de la isla de Poseidonis.
Pero los hombres atlantes se resistían a su destrucción. La decadente Raza, que recordaba sus grandezas pasadas, procuraba animar sus fláccidos cuerpos con los resabios de las poderosas corrientes místicas que sus abuelos habían manejado.
Sin embargo, la Gran Obra tenía que cumplirse. Los atlantes tenían que dejar lugar a los dueños del nuevo continente.
Por eso, la última tribu atlante fue definitivamente vencida en la Gran Lucha de los Mil Quinientos Años.

Enseñanza 15: La Lucha de los Mil Quinientos Años

Los atlantes perdieron todo su poder hacia el año 23.927 antes de Jesucristo; y puede decirse que desde entonces ya dominaba definitivamente al mundo la nueva Raza Aria.
Pero una colonia de atlantes se había salvado en la isla de Atala y desde allí proyectaba volver a conquistar el mundo.
Fundaron la poderosa escuela de los magoons; y como poseían los secretos de la antigua magia, fueron

seleccionando entre ellos a los más dotados para prepararlos a que fueran aptos en la hora de la destrucción.
Construyeron hombres de hierro y los animaron con elementales; estos hombres de hierro obedecían ciegamente a todos sus mandatos.
Durante centurias trabajaron afanosamente, construyeron proyectiles cargados de electricidad, aeronaves poderosas y toda clase de ácidos corrosivos y destructivos.
Como conocían los 192 elementos químicos fundamentales, habían descubierto un fluido que los volvía invisibles.
Cuando estuvieron perfectamente preparados y estaban listos para la destrucción del mundo, se dispusieron a marchar sobre la tierra de Abelton, actual África. Y empezó la lucha llamada de los mil quinientos años.
Lucharon los magos negros contra los hombres blancos y los arios fueron heridos de muerte. Si bien éstos se defendían valerosamente, perecieron millones de ellos ante los monstruos de hierro que, guiados por los magos negros, parecían invencibles.
Decían los atlantes: "volveremos a conquistar la Tierra y tomaremos las mujeres de los hombres blancos, que tanto hemos codiciado; formaremos una raza hermosa, una raza linda como las mujeres que tomaremos y tendrá nuestra sabiduría y nuestro poder".
Pero, en ese tiempo encarnó un gran número de Iniciados entre los arios, para disponerlos a la victoria. Setecientos Iniciados del Fuego reencarnaron conjuntamente y se dispusieron a la lucha. Pero, a pesar de todo, los atlantes iban ganando terreno, hasta

que la Naturaleza vino en ayuda de los hombres que tenían que poblar la tierra nueva.
Cuando termina un año sideral, el eje de la Tierra cambia de posición; y eso aconteció entonces.
Durante cuarenta días, llovió agua y fuego del cielo; y llovió hasta que casi toda la tierra quedó sumergida bajo las aguas.
Cuando volvió la paz y los atlantes quisieron seguir su camino, les fue imposible andar, pues se tumbaban por tener alterado su centro cerebral de equilibrio.
Los arios, en cambio, como tenían sus cerebros dispuestos para las nuevas metamorfosis terrestres, fueron beneficiados por este cambio.
Quitado el poder de los elementales a los hombres de hierro por los Iniciados Arios, los atlantes ya no tenían salvación.
El diluvio se había tragado a Atala, la tierra del pecado; y al término de esta lucha de mil quinientos años, los arios dominaban en la Tierra.
Los Iniciados se retiraron y fundaron colonias de estudiantes en siete partes del globo.
La primera, en la isla de Poseidonis, reliquia del continente atlante, desaparecida hace 11.000 años.
La segunda se estableció en el "Techo del Mundo", Tankaton, actual macizo del Tibet.
La tercera, a orillas del un lago, donde hoy se halla el desierto de Gobi.
La cuarta, entre las rocas del pueblo de Abelton, en las inmediaciones de la isla de Madagascar.
La quinta, en la tierra de Arantua, actuales sierras de San Luis, Argentina.
La sexta, en tierra de Miahenthar, actual Cañón del

Colorado.
Y la séptima, en las actuales montañas de Escocia.

Enseñanza 16: Datos Adicionales

Empieza una Raza Raíz, no se desenvuelve en un solo lugar, sino, surgen siete grupos de dicha Raza, en siete distintas partes del Globo.
Así sucedió siempre, desde la primera Raza Raíz.
Cada Raza Raíz tiene siete subrazas y cada subraza tiene siete subrazas de familia; cada subraza de familia tiene siete subrazas de grupo.
En la Ronda actual, el hombre precedió a todos los animales y también fue así en nuestro Globo, porque las sombras uranianas precedieron a los monstruos.
Estas sombras, en la Ronda Lunar, ya habían dado nacimiento a sus cuerpos astrales. Nunca puede haber un cuerpo físico que nazca antes que el cuerpo astral.
La evolución de la vida es lentísima, y en nuestro sistema solar empezó hace 1.955.884.741 años; y los seres empezaron a formar sus cuerpos astrales hace 301.000.000 de años.
Pero la evolución humana data de sólo 18.618.769 años.
La primera Raza Raíz duró 7.000.000 de años y no tenía habla.
La segunda Raza Raíz duró 6.000.000 de años. Si bien no tenía habla, todo su cuerpo tenía una sensación que emitía un conjunto de sonidos.
La tercera Raza Raíz duró 3.000.000 de años y se empezaron a conocer los gritos monosilábicos. Al final de esta Raza se hablaba una especie de idioma de gritos mezclados con consonantes aspiradas.

La cuarta Raza Raíz duró 2.500.000 años. Se hablaba un idioma aglutinante; y los toltecas ya conocieron un idioma con flexiones.
La Raza Aria tiene de vida hasta la fecha (año 1941), 118.769 años.
Las migraciones atlantes se efectuaban siempre desde el noroeste hacia el sudeste, mientras que las invasiones se hacían hacia el norte.
Cuando el sol, rasgando las nubes, aparecía a la vista de los habitantes del continente atlante, brillaba con mayor intensidad sobre la Isla de Coral.
Desde hace 150.000 años, hasta hace 120.000 años, los tipos arios aumentaron notablemente, llegando a constituir casi la mitad de la población total de la isla.
Desde luego, la diversidad tan notable de idiosincrasia entre los semitas atlantes y los primeros arios, produjo luchas intestinas muy intensas. El cuerpo físico de los antecesores de los arios habíase embellecido extraordinariamente y eso suscitaba envidia a los atlantes de viejo tipo. Estas luchas fueron causa de las primeras migraciones; y los atlantes de tipo ario tuvieron que buscar nuevas tierras.
Entre la gran isla que ellos habitaban y el nuevo continente, que iba emergiendo de las aguas, se había formado un gran número de islas e islotes.
Siguiendo esa ruta se establecieron en la precosta del nuevo continente, donde actualmente se hallan las islas de Nueva Guinea y Borneo.
El ciclo estaba por cumplirse. Las nuevas fuerzas cósmicas llenaban de fuerza las tierras del sudeste de Asia. Los Grandes Iniciados de la Raza Aria se preparaban para descender a guiar a los elegidos a sus nuevas moradas.

El Manú Vaivasvata, hace 118.765 años (1937 del calendario gregoriano), encarnó entre los hombres para seleccionar a los arios y para fundar la primera subraza aria, la “Ario-aria”.

FILO
SOFIA

ÍNDICE:

Enseñanza 1: Origen y Desarrollo de la Filosofía
Enseñanza 2: Concepto de la Filosofía del "No Ser"
Enseñanza 3: Concepto de la Filosofía del Ser y del No Ser
Enseñanza 4: La Filosofía del Ser
Enseñanza 5: Filosofía Prevédica
Enseñanza 6: Filosofía Védica
Enseñanza 7: Conceptos de las Principales Escuelas Védicas
Enseñanza 8: Filosofía China
Enseñanza 9: Filosofía Budista
Enseñanza 10: Filosofía Deísta o Dualista
Enseñanza 11: Filosofía Mesiánica
Enseñanza 12: Filosofía Cristiana
Enseñanza 13: Filosofía Andrológica
Enseñanza 14: Conceptos de Filosofía Andrológica
Enseñanza 15: Filosofía Rásica
Enseñanza 16: La Filosofía

Enseñanza 1: Origen y Desarrollo de la Filosofía

La Filosofía es la ciencia del pensamiento aplicada a conocer y resolver los fenómenos universales.
Desde que el hombre se formuló el primer "¿por qué?", nació la filosofía. Es ciencia tan unida al hombre y a su forma de pensar, que se le podría llamar hija de su pensamiento.
Cuando la idea se fija en una ley, su posterior desenvolvimiento deja el campo propio de la filosofía.
Según los antiguos textos, la Filosofía se dividía en tres grandes ramas:
1) Cosmodicea;
2) Andrología;
3) Filosofía Rásica.
Los antiguos Iniciados únicamente llamaban Filosofía a las cuestiones mentales que podían resolver los fenómenos universales súper físicos.
El estudio y la observación del desenvolvimiento del hombre eran algo secundario y siempre supeditado al fenómeno cósmico; luego, los problemas del hombre en sí, sus fenómenos internos, llegaron a ser de tal trascendencia que los Iniciados estudiaron con ahínco la ciencia del hombre.
Los progresos y las nuevas observaciones que Ellos iban haciendo sobre la Divinidad y la Humanidad fueron la base de la Historia de la Filosofía.
La Cosmodicea se aplicaba a explicar al Universo en su conjunto, considerado desde tres puntos de vista fundamentales a los tres postulados básicos: NO SER; SER Y NO SER; SER.
Con el transcurso del tiempo, de estas tres bases fundamentales nacieron las tres ramas de la Filosofía que aun perduran, que podrían llamarse: de los Panteístas, de los Evolucionistas y de los Dualistas.

La Cosmodicea antigua desarrollaba su teoría desde la materia, desde la molécula, desde el átomo, hasta llegar a la Esencia Primaria y a lo Inmanifestado. Desde luego, el hombre no era estudiado en particular, sino, caía dentro de la especulación de estas distintas etapas de los conceptos del pensamiento. Este desarrollo, siempre hacia adelante, en busca de la Única Verdad, dio origen a unas ramas especiales de la Filosofía, que después hicieron escuela aparte.
El estudio de las leyes naturales dio como resultado la Física.
El estudio de las fuerzas atmosféricas y cósmicas dio como resultado la Filosofía Energética o Atomista.
El estudio del hombre involucrado en el poder Universal dio como resultado el estudio del ser y más adelante, modernamente, a la Psicología.
El estudio y la especulación sobre las cosas substanciales que no estaban al alcance del hombre dio como resultado la antigua Escuela Substancial, llamada después Escuela Metafísica.
El estudio de los poderes y de las fuerzas ocultas que rigen el Universo originó la Cosmología.
La especulación sobre el principio único de donde emanaban todos estos poderes se transformó en Teodicea.
La numeración y medida del Cosmos dio origen a ciencias como la Astronomía, el Relativismo Arcaico y otras.
La Andrología nació, como puede deducirse, del estudio característico sobre los poderes del hombre y sus problemas internos; este estudio constituyó la finalidad del pensamiento de ciertos hombres y, luego, escuelas enteras se dedicaron a ello.

La Psicología estudia el alma humana en sus diversos aspectos.
Nació con el discernimiento del bien pensar; mediante procedimientos propios, el hombre llegó a pensar y discernir mejor; esto dio origen a la escuela del Bien Pensar.
Esta escuela tuvo el valor efectivo de materializar, mediante el idioma, los pensamientos. Era necesario que el Verbo se hiciera Carne.
Además, el hombre quería transmitir lo que había comprendido, no sólo en actos, sino también mediante la palabra. Esto dio origen a muchas escuelas que se dedicaron a los diversos aspectos del lenguaje humano: a la Lingüística.
Pero, el pensamiento bien expresado no siempre lo es de la verdad; había que saber cuándo el pensamiento era exacto; y nació una nueva escuela: la de la Crítica del Pensamiento.
El excesivo criticismo llevó a la Sofística; y contra ésto nació una hermosa escuela, de correcta concatenación de los pensamientos, o Escuela de la Lógica.
Así como, antes, el hombre había pensado en las relaciones que el Universo podía tener con él, el filósofo andrólogo pensó en las relaciones que él podía tener con el Universo, dando origen a otras escuelas especializadas:
Filosofía del Instinto;
Filosofía del Razonamiento;
Filosofía de la Intuición;
Ética, o Moral;
Etnología;
Filosofía de la Religión;
Estética.

El alma, a través del pensamiento, en su relación con el Cosmos, buscó tener cada vez mayor caudal de fuerza mental, para captar, con la mente humana, la Ideación Divina; esto dio como resultado la Búsqueda de Dios, o Ascética Mística.
El aspecto más difícil de la Andrologia es ubicar el lugar exacto en el cual el hombre individual, distintamente de los demás hombres, está situado en el Cosmos. Esta rama de la Filosofía, muy estudiada por los antiguos, fue abandonada por los modernos; y, sólo como un resabio, ha quedado la Andrología.
La Rásica, Historia de la Filosofía, estudia las etapas de la evolución del Universo, o Macrocosmos, y de la evolución del hombre desde su aparición en la Tierra, o Microcosmos.
Se puede dividir en distintas ramas:
1. Historia propiamente dicha, según el valor del pensamiento del autor de coordinar y unir los hechos documentados que estén a su alcance.
2. La Filosofía aplicada, en todas sus ramas.
3. Relación del Cosmos con la Tierra y el Hombre, según documentos paleontológicos, arqueológicos y geológicos.
4. Relación de las Razas entre sí: su nacimiento, su desarrollo, su supremacía, sus luchas, su decadencia.
5. Las etapas de desarrollo de las ciencias en los pueblos, con sus tres ramas de Filosofía características: Música, Escritura, Matemática.
6. Relaciones físicas de los pueblos entre sí. Éstas dieron nacimiento a grandes escuelas de Filosofía, que fueron de inmensa utilidad para el desarrollo y desenvolvimiento de la Humanidad: Geografía, Cosmografía, Cartografía, Migraciones,

Descubrimientos y Viajes Expedicionarios.
7. Etapas de la Filosofía: sus principales escuelas y sus principales exponentes.

Enseñanza 2: Concepto de la Filosofía del "No Ser"

Los problemas filosóficos de los sabios de los pueblos prehistóricos, en tiempos de aquellas civilizaciones completamente ignoradas en la actualidad, eran eminentemente súper físicos.
Poco les interesaba conocer las leyes del Universo; únicamente deseaban conocer el principio fundamental del Cosmos y lo que existiera más allá de este concepto primordial.
Sus preguntas y respuestas eran simples y claras: Dios ha hecho el Universo. ¿Quién hizo a Dios?
El principio Cósmico ha sido el origen de Dios. Luego, Dios es el resultado de una potencia Única.
Ahora, ¿de dónde deviene esta Potencia Única?
Deviene de Sí Misma, de su poder de moverse. Y este moverse es manifestarse y no manifestarse.
Este poder de Ser y de No Ser, ¿de dónde deviene?
Este poder de Ser y de No Ser deviene de una esencia igual a Él, inmanifestada, desconocida.
Tendríamos entonces, decían los Filósofos, que discernir sobre esta Esencia Inmanifestada para saber de donde deviene; y si discernimos sobre ella ya no será ni inmanifestada ni desconocida.
Por lo tanto, no es con el conocimiento mental que se podrá llegar a tal solución, sino con un estado similar a lo que se supone sea lo Inmanifestado.
Así, con un método negativo, basaban estos Filósofos

su procedimiento mental.
Este método negativo requería años de experimentación.
Eso No. Luego, esto otro No. ¿Porque No, entonces, si nada es?
Esto, en lo que se refiere al trabajo mental.
La primera etapa de esta Filosofía estaba dedicada a la eliminación de las vibraciones mentales producidas por las emociones, así como a las emociones mentales mismas.
El pensamiento no tenía que despertar emoción alguna en el estudiante; podía analizar tranquilamente el amor, el crimen, la muerte, la felicidad, sin sentir estímulo positivo ni negativo.
En la segunda etapa el Filósofo tenía que extinguir la causa mental del conocimiento, el conocerlo todo por partes; esto era necesario para poder negar la consistencia de los pensamientos.
El estudio era necesario para adquirir un conocimiento y poseerlo tan plenamente como para poder rechazarlo, después, como verdades, ni reales ni únicas, ni verdaderas.
Al final, cuando se posee la esencia del conocimiento, todo pensamiento es un obstáculo para el puro estado de la similitud del alma con Dios.
Las vibraciones mentales, en su totalidad, como expresión de la única vibración mental, son resultado de la no vibración mental.
Entonces, no es con el conocimiento mental que se puede conocer a Dios desconocido, sino mediante un estado de comprensión extática, similar a Él.
Esto implicaba que, por ejemplo, si en el primer año estudiaba siete materias, en el sexto sólo estudiarían

sólo dos y al final del curso, una sola, la que involucraba todo conocimiento, para que éste fuera integral. Pero, cuando lograba poseer este conocimiento integral, lo negaban, por no conocer su raíz; entonces, no lo conocían como tal. En consecuencia, la mente habría de ocultarse para dar lugar a la tranquilidad y a la paz.

La tercera etapa estaba dedicada a la aniquilación de la mente en espera de un conocimiento puramente espiritual.

Esta Filosofía, completamente descartada al día de hoy, ha sido la que ha echado bases de todas las religiones y culturas místicas de todos los tiempos.

El último verdadero exponente de esta altísima Filosofía fue el Buda.

Ahora bien, una persona no versada en el estudio de la verdadera Filosofía, confunde a ésta con el ateísmo grosero y con la negación de la existencia. Pero no hay tal.

El Filósofo no niega a Dios. Ni lo afirma. Se niega a discernir sobre Él.

El Buda dice: "Si tú me preguntas si yo creo o no creo en Dios, yo no lo afirmaré ni lo negaré; pero te diré que lo único necesario es entrar en el Sendero. Si tienes una flecha clavada en el pecho, no preguntarás quién te ha herido, ni de dónde vino dicha flecha, ni si está envenenada, ni de qué materia está hecha; porque así, sólo perderías el tiempo y morirías. Lo primero es extraer la flecha y curar la herida".

Estos filósofos no niegan la existencia de la vida por la "no existencia", sino, únicamente, desean trascender estos estados para tener un parcial conocimiento de lo que trasciende a la existencia y a la no existencia;

porque "existencia" y "no existencia" son afirmaciones. Por eso, nunca se busque en estos filósofos una definición de estados que ellos llaman de la Existencia y de la No Existencia; o una explicación de estos estados, sino, únicamente, la enseñanza del conocimiento negativo que lleva a esos estados. Tampoco se busque que ellos hablen de Dios, sea como Manifestado o Inmanifestado, sino, únicamente, del conocimiento que lleva al conocimiento de Dios. Estas Filosofías, tan puras y grandes, en las cuales el hombre llegaba a acercarse a la sombra de lo Eterno Desconocido, fueron desapareciendo paulatinamente, a medida que la Raza Aria iba marchando a la conquista de la Razón, de los resultados positivos del Mundo y de las fuerzas de la Naturaleza.

Enseñanza 3: Concepto de la Filosofía del Ser y del No Ser

La Filosofía del Ser y del No Ser es la expresión pura de la idea abstracta de la Raza Aria.
Esta Filosofía se basa, como ley fundamental, en la idea de la Unidad Absoluta.
La Manifestación es ilusoria; es un juego de luces que filtra a través de la red del no conocimiento y que produce la ilusión de la existencia.
Lo único verdadero es lo Eterno, lo Inmanifestado, el Siempre Existente Espíritu. Fuera de Él todo es ilusión.
Si bien estos Filósofos reconocen que es imposible discurrir sobre lo Inmanifestado, buscan de definirlo a través de afirmaciones negativas, formando así un concepto de lo Inmanifestado como expresión de una única realidad.
Esta realidad lo es todo. El alma misma no es otra cosa

que lo Eterno. No existen almas individuales; enseguida que se quita, a través de la Realización Absoluta, la red de la ilusión, desaparece la idea de la separatividad y sólo existe lo Eterno.
Por consiguiente, estos Filósofos negaban discurrir sobre la Manifestación, procurando sólo discurrir cómo alcanzar la Realización.
De un modo diferente de cómo filosofaron después los continuadores de esta doctrina, que afirmaban, puerilmente, ser la Manifestación un juego de Dios, ellos se negaban a filosofar sobre ésto, diciendo que únicamente lo Eterno podía conocer el porqué de la Manifestación.
Los postulados de esta Filosofía son: Todo es ilusión; lo Eterno es la Única Verdad; el conocimiento de esta Única Verdad es la idea básica del logro de la liberación.
Para llegar a esta Idea Única, era necesario que el Filósofo se desprendiera de las demás ideas y, a este alto estado mental, llegaba por etapas.
La primera etapa consistía en hacer conocer al estudiante el valor del pensamiento. Todos los pensamientos son malos, pero el pensamiento en sí es bueno. Los pensamientos múltiples son obstáculos, pero un pensamiento puede ser la base de la liberación.
Todo es, en el Universo, lo Eterno y lo Ilusorio.
El dominio del pensamiento y la conquista de la Idea Única, es lo que hace que el alma se reintegre a la Esencia Primaria.
El estudiante ha de saber que "Tú no eres tú" sino "Tú eres Aquello"; primero lo dirás, luego lo sentirás, después lo comprenderás y finalmente lo serás.
Este modo de pensar hacía que el estudiante rechazara todo pensamiento inútil; al mismo tiempo le hacía caer

en el error de descuidar el estudio de las ciencias naturales; pero adquiría una claridad mental extraordinaria; sabía analizar cada pensamiento y explicar su valor. No había rincón mental no conocido por él.
En la segunda etapa de estudio, estos estudiantes procuraban fortalecer el concepto de la Idea Única: el pensamiento de que, después de la gran renuncia mental, ellos eran parte integral de Dios.
Para afirmar esta Idea Única, tenían formada toda una teología sobre el valor Eterno de la Idea Única.
Esta filosofía, así expuesta, alejaba extraordinariamente a sus seguidores del mundo de la realidad.
En la tercera etapa, el estudiante ya no se consideraba como tal, sino como un ser que había alcanzado la Realización.
La idea de lo Absoluto llenaba toda su mente y todo su ser y nada existía para él fuera de Esto.

Enseñanza 4: La Filosofía del Ser

La Filosofía del Ser es la de la Manifestación Divina, considerada en sí, exclusivamente.
El Universo no es una fuerza única y absoluta, sino una fuerza dual, dos inmensas corrientes que corren paralelas, se acercan, se alejan, sin llegar nunca a fundirse en una.
Estas dos fuerzas cósmicas son: el Espíritu y la Substancia. Ni una ni otra es permanentemente superior, sino que, en determinados casos, predomina una de ellas.
El filósofo ha de conocer estas dos fuerzas motrices del

Universo: el Espíritu, fuerza invisible, y la Substancia, fuerza visible.
Como el Espíritu se acomoda a las condiciones de la Substancia para manifestarse en ella y luego libertarse, para conocer el Universo es indispensable conocer en todas sus partes la Substancia Cósmica.
Esta expresión dual del Universo, al no ser una unidad, se reproduce continuamente y da lugar a una infinidad de fuerzas semejantes a ella.
Durante este continuo devenir, el Espíritu, que procura la dignificación de la Substancia y la liberación final, usa como instrumento primario a la mente.
La mente es, para estos Filósofos, la expresión del Espíritu; la fuerza del pensamiento, fija en la materia, es la Energía del Universo expresada a través de los continuos movimientos y cambios.
La Substancia, que tiene como cualidad la inercia, es vencida al final por la otra fuerza.
La Filosofía del Ser se basa, entonces, en el conocimiento de estos tres aspectos cósmicos: Mente, expresión del Espíritu; Materia, expresión de la Substancia; y Movimiento, fuerza energética de la trayectoria que efectúa el Espíritu al juntarse con la Substancia, y viceversa.
El estudio de estas Escuelas era fundamentalmente especulativo.
El filósofo preguntaba: ¿Qué es la Substancia? Y contestaba: No he de seguir adelante en mis estudios hasta no conocer la Substancia del Universo; no conoceré la Substancia del Universo si no conozco todas sus cualidades, acciones y reacciones, formas y medidas, aspectos íntimos y aspectos diferenciados.
Después preguntaba: ¿Qué existe entre la Substancia

y el Espíritu, el vacío o una fuerza infinita? Y contestaba: no el vacío, sino las vibraciones de la Energía Cósmica llenan los espacios existentes entre la Substancia y el Espíritu; he de conocer todas las fuerzas vibratorias antes de ir adelante.
Luego preguntaba: ¿Qué es el Espíritu? Y contestaba: el Espíritu es la superesencia del pensamiento; no podré conocer el Espíritu hasta que no conozca todas las formas del pensamiento y se sus derivados.
Después de haber formulado estas preguntas, que son postulados de esta Filosofía, comenzaba sus estudios.
Esta Filosofía, que ha aportado a la Raza Aria un extraordinario conocimiento de todos los valores de la Vida, fundamentalmente, hizo de sus estudiantes materialistas, dualistas o deístas.
El estudiante, al investigar las cualidades de las substancias del Ser, tuvo resultados positivos que le dieron extraordinaria satisfacción personal y fueron de gran utilidad para la Humanidad; pero, al mismo tiempo, al detenerse el estudiante demasiado tiempo en este renglón, descuidó las dos partes restantes: el estudio de la Metafísica y el de la comprensión esencial del Espíritu.
No se apartaron de los postulados fundamentales, pero descuidaron los dos primeros. Al no profundizar y al no negar y, al mismo tiempo no conocer la real naturaleza y existencia del Espíritu, tuvieron que conformarse, no con el resultado de sus estudios personales, sino con las definiciones que otros Maestros anteriores les habían legado.
Por eso, la esencia del Espíritu, no estudiado directamente, se transformó en algo superior, inaccesible para estos Filósofos; se transformó en el

Dios Personal.
Esta Filosofía fue destinada a penetrar, desde los Arcanos de la Naturaleza hasta los arcanos del Rey; y hubo, periódicamente, movimientos tendientes a volverla a su prístina pureza; pero sin éxito fundamental, porque o se descuidaron los postulados inferiores, o formaron filosofías características, apartadas de la Idea Madre.
Los primitivos estudiantes, después que hubieron estudiado, a través de diversos cursos, las distintas manifestaciones de la Substancia Cósmica, pasaban a Escuelas superiores, donde se dedicaban a analizar las energías de la Naturaleza, sus fenómenos y los fenómenos psíquicos del ser. Este curso abarcaba varios años; aquí muchos quedaban rezagados, pues es muy corta la vida del hombre para tan vasto estudio.
Todos los extraordinarios adelantos que en el estudio de la energía material y en el dominio de las fuerzas atmosféricas alcanzaron los pueblos antiguos, son debidos a estos Filósofos.
Después, los estudiantes pasaban a una tercera Escuela, donde aprendían la expresión del Espíritu a través del pensamiento.
Si estos Filósofos hubieran logrado establecer en el mundo su punto de vista, tan grande hubiera sido su alcance, que los hombres se hubieran transformado en semidioses.
Esta Filosofía, en la Raza Aria, fue una semilla que sirvió para dar vida, a través de sus conceptos, a una infinidad de otras Filosofías.

Enseñanza 5: Filosofía Prevédica

La Filosofía prevédica es la que fue estudiada antes de que ciertos conceptos metafísicos, morales, religiosos y sociales, fueran condensados en los Vedas.
Desde luego los conceptos védicos y prevédicos fueron estrictamente de Cosmodicea; y los antiguos pueblos orientales nunca tuvieron otros.
Dejaron tan profunda huella en el concepto mental de los orientales que, aún al día de hoy subsiste; y hace que la mentalidad oriental sea diferente de la occidental, lo que dificulta y hace casi imposible, el acercamiento de estos dos sectores del mundo.
Para estudiar determinada Filosofía, no sólo es preciso elaborar un concepto, estudiarlo detenidamente y procurar asimilarlo, sino también es indispensable la disposición mental adecuada. De lo contrario, la idea fundamental será desvirtuada dentro del mismo cerebro del hombre que la estudie.
El concepto fundamental de la Filosofía prevédica se basa, esencialmente, en la existencia de lo Infinito.
El No Ser, la fuerza misteriosa de donde sale el Universo, es el sostén de este mismo. Y este Universo no es limitado, sino infinito.
El único contacto que existe entre lo Infinito y el hombre es el alma del ser, o mente.
En esto estriba toda la diferencia entre el hombre oriental y el occidental, entre el estudiante de la Cosmodicea védica y el estudiante de la Cosmodicea helénica.
Los védicos afirman que lo único real es la mente y que es lo único que puede acercarse a definir lo Infinito. Entonces, sólo la Teoría tendría valor y utilidad, sólo aquello que la mente pudiera definir.
El estudiante ha de proyectar mentalmente sus teorías

y saber por la intensidad de la emoción que proporcionan, o por la claridad del concepto que expresan, su valor, si es verdadera o falsa.
Esto basta. Investigar sobre ello, reducirlo al campo material y experimentarlo, dentro del alcance del hombre, es injurioso para la idea, perjudicial para la libertad del pensamiento y ponzoñoso para el adelanto del individuo.
Los Filósofos lograban una gran comprensión extática; sin embargo, después de haber salido de esas profundas meditaciones, vueltos a su estado habitual, eran oscuros en sus afirmaciones, divergentes en sus expresiones y producían divergencias entre sus discípulos.
El ser que baja del campo puramente ideal filosófico está preso en las redes de la ilusión, en las tinieblas de la separatividad.
El esfuerzo constante del Filósofo consistía en acercarse a lo Infinito de manera que también sus tareas mentales tenían un valor relativo; eran verdaderas a medida que procuraban acercarlo a la Gran Verdad de lo Infinito.
Para lograr esto, era necesario eliminar del pensamiento todo deleite y sentimentalismo y llegar a una iluminación clara sólo mediante el intelecto, a través de una visión intelectual negativa.
Según el conocido axioma de Cosmodicea y, sobre todo, de la Filosofía del No Ser, "no es con el conocimiento mental que se puede llegar a la Suprema Unión, o Suprema Comprensión, sino, con un estado similar, aparente y negativo".
Entonces, fue necesario tomar los conceptos más fundamentales, revestirlos de formas y figuras,

asociarlas a las creencias, a las costumbres, a las leyes y a los Dioses del pueblo, para que el mismo pueblo los conservara en beneficio de los estudiantes.
De allí nacieron Libros Sagrados, verdaderamente ortodoxos, porque encierran la Enseñanza Divina, transmitida en horas de sublime comprensión, a los Filósofos prevédicos, los poseedores de los verdaderos postulados de la Cosmodicea.

Enseñanza 6: Filosofía Védica

Es impropio llamar a la sabiduría védica filosofía, pero ello se hace para claridad de las mentalidades de los estudiantes de occidente.
Llamar filosofía a la sabiduría divina de los Vedas, es como llamar al universo un mundo de estrellas.
A la tradición oral comunicada a los sabios antiguos, por sabios anteriores a ellos, no se le puede asignar fecha determinada.
Si se considera la fecha exacta, o aproximada, de la redacción de los Vedas, perderían éstos su carácter verdadero y divino.
El Veda es la expresión de Dios, de su pensamiento condensado en normas, métodos y definiciones; por eso no puede tener ni principio ni fin, porque es eterno como la sabiduría de Dios y su valor dura a perpetuidad.
Su origen es no humano, Apaurusheya; y únicamente fue transmitido y conocido por la tradición reconocida, Vansha.
Los Vedas son cuatro: el Rig, el Yajur, el Sam y el Atharva, y su comentario: los Upanishads.
A través de las edades, la tradición reconocida de los

Vedas se volvió ortodoxa; quiere decir, se formaron alrededor de sus principios: religiones, castas, escuelas, dogmas, hábitos; en suma, todo un corolario de fuerzas externas para mantener la pureza de sus principios.
Si bien se formaron una infinidad de escuelas heterodoxas, fuera de los principios y métodos establecidos, sin embargo, en la India especialmente, las principales escuelas filosóficas mantuvieron puros estos principios. Estas escuelas son las que subsisten todavía en la actualidad: las seis Darshanas. Darshana quiere decir: distinto modo o punto de vista para ver una única verdad reconocida.

Ellas son:

1° La Nyaya
2° La Vaisheshika
3° La Sankhya
4° La Yoga
5° La Mimansa
6° La Vedanta.

La Nyaya reconoce todas las bases védicas para llegar a la unión Divina; pero es indispensable, para ello, ver, observar, conocer, discurrir y probar todos los elementos universales.
La frase básica del Nyaya es la siguiente: "La bienaventuranza se logra mediante la comprensión de la verdad, tal como está dispuesto en los dieciséis Padarthas".
Las dieciséis Padarthas constituyen las reglas del modo de discurrir y analizar las cosas según la Nyaya.

La Vaisheshika busca la unión con Dios mediante el estudio y el conocimiento de las substancias individuales.
Discurren sobre un aspecto de la sustancia e investigan sus diversas cualidades para establecer su acción peculiar y sus derivados similares y aparentemente independientes de ella. Pero los similares se asocian por coherencia substancial y queda manifiesta la unidad fundamental de la substancia cósmica.

Las seis categorías discursivas del Vaisheshika son las siguientes:

1° Dravya - Substancia
2° Gunas - Cualidades
3° Karma - Acciones
4° Samanya - Generalidades
5° Vishesha - Separatividad
6° Samavaya - Coherencia.

La Sankhya conquista el Espíritu Universal, Purusha, por el conocimiento teórico de la Naturaleza, Prakriti. La Yoga, igual que la Sankhya, busca el Espíritu Universal, Purusha, por el dominio de la Naturaleza, Prakriti, o disciplina.

La Mimansa dice que la Liberación final, o la conquista de la única realidad, que es Brahman, se logra por la eliminación de todos los elementos exteriores que son ilusorios, y a través del estudio del Veda.
Se divide en dos partes: Purva Mimansa, estudio de los

ritos y ceremonias, y Uttura Mimansa, investigación profunda sobre los Vedas.

Sobre todo la Purva Mimansa lucha constantemente por no atarse a la ilusión externa; muchos de sus seguidores llegaron hasta el fanatismo por el temor de atarse a la manifestación del Universo.
La Vedanta, respetando y reconociendo todos los elementos cósmicos y los principios reconocidos por los Vedas, únicamente desea encontrar la Única Realidad.
Brahman es la única Realidad; todo lo demás es Maya, ilusión.
Las almas son Brahman, y no otra cosa.
Nada fuera de Él existe.

Enseñanza 7: Conceptos de las Principales Escuelas Védicas

La filosofía de la India no nombra ni habla sobre el principio absoluto, existente más allá de todo principio; ejemplo luminoso de la modalidad de esos antiguos maestros de la India es el Buda, que se negó constantemente de hablar sobre el principio de lo INFINITO.
Lo Inmanifestado es la Eternidad, lo Absoluto, lo desconocido, antes de existir en sí y de manifestarse; tampoco es lo Inmanifestado, porque es Aquello que está más allá de lo Manifestado y de lo Inmanifestado.
Lo Inmanifestado, o Brahman, es la existencia preprimordial infinita, incondicional, inexpresable, de la cual surge el Universo, la Única Realidad.
De Brahman, el Universo, surge su Imagen, y Él se transforma a sí mismo en una infinidad de imágenes

semejantes a Él.
La Filosofía Védica, si bien reconoce al Universo como Maya, o ilusión, sin embargo estudia a la manifestación ilusoria en todas sus fases.
Brahma es el Creador, la potencia indivisa del Universo, sin principio ni fin, sin atributos, impersonal.
Ishvara, imagen de Brahma, es el Dios personal que resume en sí a todas las almas y está munido de todos los atributos.
Brahma es el Creador, Vishnu el Conservador y Siva el Destructor del Universo.
Dicen los Upanishads, mirando al infinito espacio del cielo: "Todo es Brahma, principiando, alentando y terminando; Él es un Ser dentro del corazón, más chico que grano de arroz, que grano de mostaza".
Llamar idólatras a los hindúes es desconocer los postulados más elementales de su doctrina; la Manifestación Divina, el Dios Impersonal, el Dios Personal, todos los Divinos Atributos que se manifiestan en el Cosmos, son otras tantas imágenes divinas, o dioses.
El Espíritu de Dios, Purusha, modifica a la materia o Prithivi, a través de la modificación del Gran Elemento Cósmico, Mahabhuta o Tattva. Éste constituye los cinco elementos cósmicos que son:
Prithivi - Apas - Tejas - Vayu - Akasa.
El pensamiento cósmico creador se sintetiza en el hombre, prototipo de los reinos; y su imagen perfecta es Manú, aquel que conoce y practica las leyes Eternas.
El Manú, al resumir en si las Leyes Cósmicas es una legislación viva para las razas. La ley cósmica, a través de él, se transforma en la Ley Humana, o Dharma; y se realiza a la perfección a través de la acción, o Karma.

La Filosofía Védica en sí es perfecta.
Sale del seno de la Eternidad y analiza todos los aspectos de la manifestación hasta dentro de la mínima partícula, separándola o uniéndola según la necesidad, sin perder de vista jamás la unidad fundamental de la existencia.

Enseñanza 8: Filosofía China

La escuela filosófica china no tiene establecida una fecha de comienzo, pues siguió la línea de pensamiento de los atlantes mongólicos.
Las primitivas dinastías, se pierden entre las sombras del mundo Etéreo; tan es así, que antiguas dinastías, que se remontan cinco o seis mil años, las consideraban sin conocer su origen.
Se deduce de los escritos de Confucio, que a las dinastías ya reconocidas se les atribuía una antigüedad de tres mil años y a las otras anteriores, se las denominaba Dinastías Divinas.
Todo lo que se puede conocer de los conceptos mentales de los antiguos chinos es a través de las escuelas del pensamiento que surgieron inspiradas por esos antiguos principios.
El fundamento de la filosofía china no es, ni Dios, ni el Libro de la Ley, sino el hombre mismo.
El concepto chino del Ser Eterno es extraordinariamente elevado, tanto que jamás quiere aludir a Él; decir a través de la observación exterior de la filosofía china que ella no reconoce un principio cósmico fundamental es pueril.
Confucio se enoja con sus discípulos cuando le preguntan sobre la esencia del Ser Eterno. "¿Cómo

puede hacerse semejante pregunta?”
Lao-Tsé lo sintetiza al Ser Eterno en el Camino. Pero con juegos de palabra, rechaza terminantemente considerarlo. Por eso él dice que: “Los nombres que se le pueden atribuir no son los nombres de lo Eterno”.
Los chinos no discurren sobre el principio único del Universo, ni tampoco condensan los secretos de la Manifestación Divina dentro de un libro sagrado, como hacen los hindúes. Para ellos no hay más imagen de Dios sobre la Tierra que el hombre. Ni se puede encontrar libro alguno más santo que la naturaleza humana.
El hombre no puede reconocer a Dios sino a través del hombre mismo. En síntesis: “El hombre es la medida del hombre”.
¿Para qué buscar las medidas de Dios, para qué buscar la solución de lo Infinito fuera del hombre mismo, si sólo él puede dar tal solución a través de su propia existencia?
Se reconoce en esta teoría el rastro del pensamiento atlante. El hombre es Dios, todos los demás hombres no son sino reflejos del mismo hombre. ¿Quién le impide realizar tal Divinidad? Son los elementos que lo constituyen, pero que no son él mismo; así que ha de dominarse constantemente, disciplinarse, para llegar a ser lo que es: Dios del Universo.
Sobre esta tesis, seguramente los antiguos filósofos chinos desarrollaron su doctrina. Como a través de la experiencia de los antepasados habían observado que el hombre tiende siempre a fundirse con alguno de sus elementos y transformarse en un demonio, reconocieron esta teoría, modificándola. El hombre, para llegar a ser Dios, ha de tener otro hombre que ha

llegado a la Realización, para que le sirva de ejemplo y de guía. Es el jefe indiscutible de una dinastía, es una Divina Encarnación, es el Rey Iniciado, según el verdadero concepto.

Las escuelas de filosofía más antiguas y reconocidas de la China son las de Lao-Tsé y la de Confucio. Si bien ellas parecen estar tan en desacuerdo entre sí, constituyen dos elementos tributarios de una única potencialidad mental.

La filosofía de Lao-Tsé (n. 570 a. J.C.) resumida en el Libro de Tao o Ritmo de la Vida, es netamente metafísica. Reconoce al hombre como único principio del Universo; pero el hombre ideal, el hombre abstracto, el hombre en sí.

A través de la renunciación constante a si mismo el hombre se transforma en un ser libre y, por consiguiente, en el rey de los demás.

El continuador de Lao-Tsé, Chuang-Tsé (n. 275 a. J.C.), condensó las ideas de esta filosofía en libros que se hicieron tradicionales.

Confucio (n. 551 a. J.C.), propulsor de la otra escuela filosófica, quiere llegar a los mismos efectos en el hombre, pero en la síntesis perfecta de la vida diaria. El hombre tiene que esforzarse continuamente mediante la práctica y a través de la imitación del rey prototipo, para llegar a la perfección y hacerse digno de dirigir y guiar a los otros hombres.

El hombre es medida del Universo, pero ha perdido las bases fundamentales de esa medida, sin las cuales no puede gobernar a un pueblo y hacerlo feliz. Tiene que volver a encontrar a esas medidas, esos ritmos que son el mejor modo de expresar el valor del hombre interno.

En el libro de Li-Ki están las normas de cortesía, de

ceremonial, de protocolo, de los ritos funerarios, etc. Estas filosofías datan de unos quinientos años antes de Jesucristo, mientras que la verdadera filosofía china se pierde en la noche de los tiempos. Y sólo le queda como tradición la imagen del Dragón.
Para el chino, la idea está expresada en un símbolo, de igual modo como puede estar escrita en un libro o representada en un hombre.

Enseñanza 9: Filosofía Budista

La raza Aria había de dedicar todos sus esfuerzos al desarrollo de la filosofía dualista como un puente trazado del cielo a la tierra para llegar hasta el hombre. Pero antes que esta corriente avasalladora impulsara a la mente de la raza, la filosofía del No Ser brilló con todo su esplendor y se materializó en un nombre y en una idea para que no se olvidara su origen ab aeterno.
La idea budista, a pesar de todas las transformaciones sufridas en el transcurso de los siglos, a pesar de haber sido influenciada poderosamente por otras ideas y de haberse transformado, en muchas partes, en una religión, mantuvo pura su semilla fundamental de la no existencia del ser.
El Buda establece cuatro postulados negativos para llegar a la Eternidad. Ellos son:
1° Conocimiento de la existencia del dolor
2° Conocimiento de que el dolor es causado por el deseo
3° Conocimiento de que el dolor es únicamente eliminado por la aniquilación del deseo
4° Conocimiento del sendero que lleva a la cesación del dolor por la aniquilación del deseo.

La idea budista que resume en sí la Gran Verdad se propagó con extraordinaria rapidez en la mente de los hombres y se extendió a todo el mundo y si bien el budismo ha pasado por diversas fases y cambios, la idea permanece intacta.
El Budismo al decir: "Esto no, lo otro no, lo de más allá tampoco", le da una posibilidad a la mente para vislumbrar su origen divino y eterno.
Desde el punto de vista dualista este concepto es completamente ateo, porque pone a la mente humana ante el problema eterno, sin intentar explicarlo.
El Buda jamás ha querido hablar de la eternidad, sino continuamente se esfuerza en que la mente se vuelva apta para lograr una superior comprensión.
También el Buda niega la existencia del yo, o ser, como ente; porque si tal hiciera, establecería un hilo conductor entre lo eterno y el hombre, que sería ya una explicación de lo inexplicable.
Su teoría es clara y definitiva: lo Eterno es inexplicable.
La existencia es el fruto del deseo. De la combinación de los deseos surgen las diversas manifestaciones y éstas son las causas del dolor.
Por el conocimiento de la existencia del dolor, por el conocimiento de que el dolor es causado por el deseo, por el conocimiento de que el dolor es eliminado únicamente por la aniquilación del deseo y por el conocimiento del sendero que lleva al cese del dolor por la aniquilación del deseo, se llega al Nirvana o perfecta felicidad y paz y lo Eterno continúa inexplicable.
El Budismo, como filosofía, fue asimilado rápidamente por otros sistemas y subsistió dentro de las religiones budistas a través de sus sagradas escrituras y dogmas.
Sobre todo, la pura idea budista fue guardada por los

observantes del Gran Vehículo, en contraposición con los observantes del Pequeño Vehículo, el cual, luego, se impuso como religión, porque no profundizaba tanto las ideas, para dedicarse preferentemente a la práctica y cumplimiento de las ocho etapas necesarias para recorrer el sendero de la liberación.
Las ocho etapas son:

1°	Recta	Fe
2°	Recto	Juicio
3°	Recta	Palabra
4°	Recto	Propósito
5°	Recta	Acción
6°	Recto	Esfuerzo
7°	Recto	Pensamiento
8°	Recta	Meditación.

La idea budista, después de la muerte de su fundador (483 a J.C.), se extendió por la India y luego penetro en la China donde se asentaría definitivamente. La idea budista fue asimilada en China por otras concepciones, a tal punto que quedaba casi irreconocible.
Hiouen-Tseng, 1200 años después de la muerte del Buda, viajó de la China a la India, coleccionó innumerables textos Palí, y de regreso los tradujo al chino, restaurando la verdadera doctrina.
El budismo penetró en el Tibet en los siglos séptimo y octavo predicado por Padmasambhava. Se mezcló a las ideas Sivaístas y Tántricas ya existentes en el país, pero la doctrina se mantuvo intacta en lo concerniente a la no existencia del ser.
La Ley Eterna había establecido que el hombre ario conociera a su mente y que la utilizara hasta hacer de ella la imagen de su Dios. El hombre podría por la investigación descubrir los secretos del Universo. Pero

este hombre que puede calcular exactamente cuando se producirá un eclipse, que puede establecer por cálculo el curso de las mareas y qué metal hay a tantos metros bajo la tierra, no puede contestarse las preguntas: ¿Qué es tu alma? ¿Qué es tu pensamiento? Este pensamiento poderoso que utilizas, ¿qué es? Como en un tabernáculo, ha permanecido esa idea negativa del Buda, que hace que la mente, a través de sucesivas negaciones, llegue a presentir su destino eterno, a pregustar la paz y serenidad del Nirvana. La idea filosófica budista es el más alto exponente de lo que puede llegar la mente humana, a través de la especulación, para afirmarse sobre un punto infinito y desconocido.
La doctrina del Buda perdura en el mundo, si bien se ha transformado en una profesión de fe Buda-Dharma-Sangha: "Yo me refugio en el Buda, yo me refugio en la Ley, yo me refugio en la Orden".

Enseñanza 10: Filosofía Deísta o Dualista

El concepto de un Dios personal como centro y vida de su Universo, creador de todos los seres, es una concepción del pensamiento egipcio.
El Ishwara de los Hindúes es el punto único que une lo Infinito con lo finito; al reverenciar a Ishwara el hinduista venera a la Eternidad de la cual emana, pero el Dios de Egipto es Él y nada más que Él. Y nada existe fuera de su infinita amplitud y sabiduría. Hasta pudiera ser que los sistemas dualistas de la India fueran adaptaciones de los sistemas egipcios y asimilados a su estilo.
Los antiguos filósofos egipcios, admitían un Ente Eterno

poseedor de todo atributo excelente, el cual originaba de su seno a todas las almas, hechas a su imagen y semejanza.
Los postulados filosóficos fundamentales del antiguo Egipto son los siguientes: existencia de un Dios Único, Omnipotente, Omnipresente y Omnisciente.
La existencia de seres perfectísimos, semejantes a Dios, o dioses redentores y propiciadores.
Este concepto favorecía a que la idea se transformara fácilmente en religión y ésta, celosa guardiana de sus intereses personales, atribuía a cada uno de estos seres perfectos y semejantes a Dios, un valor satánico, dándoles los mismos atributos divinos, que sólo Dios poseía y haciéndoles aún superiores a Él. Aún más, esta idea llevó a los hombres, sobre todo a los que predominaban sobre otros, se deificaran a sí mismos, no en una perfecta Unión con Dios, sino, exclusivamente, como una imagen de Dios.
La Idea Filosófica de Egipto era puramente monoteísta, pero sus consecuencias directas eran religiosas y politeístas.
Continuamente sucede este fenómeno: la idea monoteísta se vuelve politeísta y reacciona luego, sistemáticamente, contra esta deducción.
La controversia de estas ideas fue denominada la lucha de los dos Soles.
El hombre, creado por Dios, tiene que reconocer y adorar a su Dios, únicamente. Toda adoración tributada a otra entidad que no sea Él, es renegar de su infinito poder y ser idólatra. Aún más, pierde el hombre así el don de adorar a Dios en Espíritu y Verdad y rinde culto a la grosera forma exterior. Pero los otros refutaban que el culto a Dios bajo diversas formas nada quitaba

a la verdadera adoración del Dios Único, ya que las formas diversas, eran expresiones e imágenes de la única forma divina, Puro Espíritu y Verdad.
Periódicamente hubieron grandes movimientos idealistas que tendían a abolir la idolatría, pero, como ésta estaba apoyada por los Faraones y Sacerdotes, los filósofos tenían que huir al Desierto. Este fenómeno se produjo sistemática y periódicamente durante toda la larga existencia de las Dinastías Faraónicas.
Estos filósofos, seguidos de unos pocos discípulos, se asentaban entre los pueblos bárbaros, entre los negros etíopes y los Asirios, y así propagaban sus doctrinas, procurando retornar desde allí para volver a conquistar los grandes centros culturales de Egipto.
El Rey Filósofo Amenofis IV, en compañía de su esposa Nefertiti, que había traído del desierto el concepto del Dios Único, procuró transformar este Ideal en una religión, contraponiéndose a los Sacerdotes de Amón y a las antiguas costumbres, fundando una ciudad para adorar en ella al Dios Único; fracasó en su intento y, después de su muerte (1280 a. J.C.) fue borrado el culto de Atón, y restaurados los anteriores.
Los Hebreos eran hombres nómades que venían del Desierto y concebían claramente la idea de un solo Dios, manteniéndose entre el pueblo del Faraón como rebeldes y al margen de la ley religiosa vigente.
El Éxodo de este pueblo, guiado por Moisés, es una demostración histórica de que los filósofos e idealistas eran perseguidos y tenían que refugiarse en el Desierto.
Los griegos, herederos de los egipcios, y que fueron en un principio un pueblo pastor y nómade monoteísta, cuando se asentaron y engrandecieron, transformaron

su ideal en una religión politeísta.
La Filosofía y la Religión, como dos esposos, se buscan y rechazan continuamente.
La corriente ideal monoteísta es absorbida por la potencia religiosa y práctica del politeísmo, pero siempre el ideal surge de nuevo para proclamar, sobre todas las cosas y diversas formas, que Dios es Uno y que no hay otro fuera de Él.

Enseñanza 11: Filosofía Mesiánica

El filósofo deísta se pregunta: Si yo soy hijo de Dios, engendrado por Él, ¿por qué no he de poder ser Dios?
La mente humana, después de dedicarse a la especulación a que es tan afecta, se resiste a la idea final de que nunca será Dios, sino será, solamente, semejante a Dios.
La filosofía del No Ser, hace que el alma se estremezca de placer al concebir la grandiosa e incomprensible idea de la Unión Absoluta; pero, la filosofía deísta traza un círculo sobre el cual está escrito: no pasarás.
Los filósofos idólatras comparan con Dios a los seres perfectísimos, propiciadores y redentores; mas, los deístas afirman que éstos no son sino demonios, remedos de Dios; entonces la mente del hombre jamás llegará a romper los lazos de la relatividad ni jamás podrá abarcar toda la inmensidad y omnipotencia de la Mente Divina.
El hombre nunca puede llegar a ser Dios, ni nadie puede ser semejante a Dios, nunca, nunca. Sólo gozará de los efluvios de Dios, de la influencia de la Mente Divina. Entonces la hábil mente humana, que no se resigna a ser derrotada, forja la idea de un redentor.

El redentor es Dios adaptado a la mente humana. Esta no será semejante a la Mente Divina, ni llegará a ser Dios, sino, Dios mismo limitará su Mente Divina a una relativa y parcial mente humana: Dios mismo se hará hombre.
La filosofía deísta, tomada en forma escueta, es peligrosa y puede tentar la mente humana a que se haga semejante a Dios; por eso, para sostenerse, se afirma sobre el concepto de una Mente Divina humanizada.
Hermes-Thot y Osiris son imágenes de la doctrina en el antiguo Egipto.
El judaísmo mismo no pudo sostenerse por largo tiempo en la idea escueta que le impusiera Moisés; ya durante el destierro en Babilonia necesitó una amplificación del pensamiento humano y empieza a cantar y añorar la llegada de un Mesías, de un Libertador, de un Ser Divino encarnado sobre la tierra. Esta hermosa filosofía es heredada por los cristianos ya que la religión cristiana se basa en el concepto del Dios Hombre.
Todos los seres humanos por Él pueden ser redimidos; si no pueden hacerse semejantes a Dios, como Dioses, pueden hacerse semejantes a Dios a través de Cristo. La influencia neoplatónica que tanto influyó en la filosofía del Cristianismo en los primeros siglos de la Iglesia, fue el mayor peligro del mismo y provocó el arrianismo. Si Cristo no es el Padre, sino únicamente semejante al Padre, entonces, no es Dios, sino es semejante a Dios. Y entonces dan por tierra las posibilidades de que la mente humana se transforme en la Mente Divina por un Mediador.
La idea católica afirma la Unidad indisoluble entre las

tres personas de la Santísima Trinidad, y hace al Hijo consubstancial con el Padre, afirmando la fe sobre la idea inquebrantable de que por la Redención, el hombre será unido indisolublemente con Cristo, y por Él será unido también con Dios, porque Cristo es Dios mismo.
La vibración mental contenida en el cerebro es relativa, pero presiente más y más; la mente humana quiere ser Dios.
Siempre se forma el concepto superconsciente de que algún día se poseerá la totalidad de la Idea.

Enseñanza 12: Filosofía Cristiana

La filosofía cristiana es una filosofía limitada.
El pensamiento del hombre tiene una apariencia limitada, pero cuando a través del ejercicio de su actividad potencial va ampliando sus horizontes, sus posibilidades se vuelven ilimitadas.
La filosofía cristiana comprendió el valor de estas posibilidades y procuró controlarlas. Enunció que el hombre tiene que pensar lo que quiera, cuánto quiera, cómo quiera, pero dentro de la limitación prefijada.
El hombre, después de la muerte, podrá pensar ilimitadamente, comprender todos los misterios, la inmensidad de la ciencia y el puro conocimiento; pero aquí, en la Tierra, no.
Esta filosofía, al ser así limitada, quedó definitivamente dentro de la órbita y al servicio de la religión.
Esta filosofía cristiano-religiosa se forma poco a poco.
En los primeros tiempos de la Iglesia, algunos Padres intentaron dar amplio vuelo al pensamiento, pero fueron o impedidos o separados de la Iglesia.
Esta filosofía extendió una inmensa red sobre la mente

del hombre; permitía que éste pudiera mirar los espacios infinitos del saber, pero siempre a través de esta red; que pudiera recibir el tesoro de las experiencias de todas las filosofías y todas las investigaciones del saber, pero siempre filtradas a través de la red.
Los filósofos cristianos, alternativamente se sometieron a las influencias de las filosofías de Platón y de Aristóteles.
Llegó hasta ellos el delicado sentimiento de la filosofía del Budismo Chino expresado a través de su Liturgia y de su Ritual.
Las antiguas lecciones gráficas y simbólicas de la filosofía egipcia fueron adaptadas por ellos y amoldadas a sus imágenes y a su Hagiografía.
En síntesis, tomaron todos los conceptos filosóficos que llegaron al alcance de sus manos, pero todo ello tamizado a través de su red.
No se califica esta filosofía de limitada por poco expresiva u obscura en sus conceptos, sino porque induce al hombre a pensar restringidamente, como tal.
Para que ella se estableciera más fuertemente, sus filósofos distinguieron entre la filosofía limitada y la ilimitada, llamando a esta última Teología, Ciencia de Dios; y sobre la cual no se puede discutir, ni investigar.
Hasta llegaron a prohibir a aquellos que no eran teólogos, o sacerdotes, que hablaran de Teología.
Es célebre la lucha que sostuvo San Bernardo, contra Abelardo, hasta lograr que éste renunciara a enseñar Teología en su cátedra de filosofía.
La Filosofía Cristiana no permite que el hombre piense más que limitadamente: San Atanasio enuncia esto en el primer postulado de su Símbolo, sometiendo la

mente a la fe:
"Quicumque vult salvus esse ante omnia opus est, ut teneat catholicam fidem".
"Fides autem catholica haec est, ut Unum Deum in Trinitate; et Trinitatem in Unitate veneremur".
La fe católica es la gran red puesta sobre la mente del hombre si él quiere salvarse, si quiere conocerlo todo, después de la muerte. San Atanasio lo explica claramente a continuación de lo trascripto de su Símbolo. Dios, Uno en su Trinidad, es el Supremo Conocimiento; pero, el hombre no puede alcanzar este supremo conocimiento sino a través del Hijo, por su Redención y Salvación. No puede conocer todo de un modo directo, sino indirecto; no en esta vida limitada y oscura, sino en el Paraíso, cuando el alma, por la redención, esté segura de su salvación.
La luz del Espíritu Santo, que es la ciencia plena de Dios Padre e Hijo, no puede ser comprendida por el hombre mientras tenga mancha física sobre él y la posibilidad de pecar, sino únicamente después, cuando esté admitido en la Iglesia Triunfante.
Que piense el hombre, pero que no piense más que a su medida.
Esto es esencial, indiscutible, inquebrantable.

Enseñanza 13: Filosofía Andrológica

La mente del hombre es de un poder ilimitado pero únicamente puede llegar a su plenitud comprensiva y creadora mediante la unión con lo Infinito.
Por eso el fin correcto, único y verdadero de la mente, es el de buscar a Dios, la Eternidad.
Todo otro trabajo especulativo de la mente es vano,

falso y perjudicial. La mente, como un poder mortífero en manos de un niño, siempre herirá a quien quisiere desviarla a través de los velos de la ilusión, porque ella, inevitablemente, ha de volver a la Mente Eterna, su verdadero elemento.
Entonces, toda Filosofía que no tenga como finalidad la realización de Dios, no es verdadera, es absurda. La única Filosofía real y verdadera es la Cosmodicea, en la que el Ser busca al No Ser y, en el Ser y No Ser, lo Eterno.
A través de los ciclos de la evolución del hombre más de uno tuvo el don de comprender el enorme poder de la mente humana y algunos, hombres demonios, se preguntaron: ¿Por qué no detener esta gran corriente? ¿Por qué no desviarla y aprovecharla para uno mismo? Así, el poder de la mente fue aprovechado, a veces, para fines colectivos y personales.
Las corrientes mentales del hombre fueron limitadas: Que piense el hombre esto y gire su pensamiento sobre esto, y nada más. Éste fue un método, útil y práctico, para que la fuerza mental generara y se volcara sobre el hombre mismo y sobre el círculo por él establecido. El poder de la mente fue, pues, aprovechado y limitado una vez más para que no intentara volver a su cauce y transformarse en una fuerza destructora y libertadora.
Las filosofías deístas sistemáticamente restringieron tanto los conceptos del hombre, que éste se volvió incapaz, a través de su mente, de ver a Dios, la Eternidad.
La Filosofía Deísta transformó a la Eternidad en un Dios tirano, el cual, látigo en mano, amenazaba constantemente al hombre diciéndole: O haces de tu mente lo que yo diga o te aniquilo.

Pero esta restricción fue un bien para la mente humana, ya que ésta, incontenible, buscó una vía subterránea para huir, para expandirse, para hallarse una vez más a si misma.
El hombre, no comprendiendo ya a la Eternidad y creyendo que Dios era el ídolo formado por las diversas vibraciones mentales consecutivas y semejantes, transformadas en conceptos y dogmas, buscó en sí, no en sí mismo como parte de Dios o potencia espiritual, sino en sí mismo, como fuerza humana, el conocimiento. El hombre buscó en sí, en sus sentimientos y emociones y observando sus instintos; allí encontró un punto de apoyo sobre el cual galvanizar sus fuerzas mentales.
Esta filosofía era llamada andrológica, estudio del hombre, con prescindencia de la Eternidad, de Dios. Pero, esto era un absurdo: el hombre en sí, apartado de lo Eterno, no tiene razón de ser y la mente humana no hace más que estrellarse en una infinidad de conceptos ilusorios, contra el muro del falso conocimiento.
Pero la gota de agua horada la piedra.
Rota la armazón exterior, el ser encuentra en lo profundo de sí mismo, el Espíritu; y de allí se vuelve hacia Dios.
La Andrología, analizando los diversos aspectos íntimos del hombre, fue fundando diversas escuelas. Pasó a través de la fisiología, de la mente instintiva, de la mente emotiva, revisó toda la psique del ser, hasta llegar al Espíritu.
Sentía cada vez más la necesidad de una filosofía ascética y mística y, a medida que se descorrían los

velos volvía a encontrarse con la reina madre de las filosofías, la Gran Cosmodicea.

Enseñanza 14: Conceptos de Filosofía Andrológica

Todo concepto andrológico es absurdo.
Si se apartara un hombre totalmente de los demás seres y del conocimiento de Dios, cosa absurda, porque el hombre, por su naturaleza intrínseca jamás puede ser separado de Dios, y quisiera conocerse por sus propios medios, tendría que valerse de él mismo, de su fuero interno, para conocerse.
Es comprensible, pues, que el ser no habituado a especular sobre Dios, el cual es único fin, real y verdadero, piense: "¿yo soy? ¿quién?"
"¿Yo soy quién?"
Sobre esta frase se basa toda la filosofía andrológica.
El hombre, lo primero que busca explicar es su yo. El yo que él conoce es su yo físico, aquél yo físico que imperiosamente le hace pensar a través de sus necesidades vegetativas o instintivas.
Entonces, el postulado fundamental de la filosofía andrológica es: Yo soy un hombre.
Este resultado es correcto desde el punto de vista físico, pero es absurdo desde el punto de vista cósmico, como son todas las parciales verdades andrológicas.
Impulsado por sus deseos de conocerse, el hombre utiliza su mente para penetrar dentro de la misteriosa máquina humana; investiga, observa, analiza y compara; y hace como el niño que rompe su juguete para ver lo que contiene.
De este modo la Andrología se enriquece con infinidad

de escuelas filosóficas, todas ellas nacidas del primer postulado: "Yo soy un hombre", como la física, la química, y la medicina aplicada.
Como el postulado "yo soy un hombre" no es sino relativamente verdadero, el ser sigue manteniendo viva la frase "¿Yo soy quién?"
El hombre descubre en sí sentimientos y emociones completamente inaccesibles para la fisiología. Entonces empieza a discurrir: Yo soy un hombre, más hay algún valor, existente en mí, que yo no conozco. Puedo pensar ésto y lo otro; puedo sentir de un modo o de otro; entonces surge el estudio filosófico, el análisis de las emociones y, tras arduas luchas, llega el hombre al gran postulado: "Yo soy un hombre anímico".
Todo su sentir interno es estudiado en cada uno de sus aspectos, y éstos se exteriorizan en varias escuelas de diverso carácter psicológico, las cuales coinciden en sostener el postulado: "Yo soy un hombre anímico".
Como, sin embargo, este postulado: "yo soy un hombre anímico" no es sino relativamente verdadero, como toda verdad andrológica, el hombre sigue sosteniendo la frase: ¿Yo soy quién?
A veces predomina en el ser el hombre físico, con el instinto; otras veces, el hombre pensante, con la comprensión.
La Andrología discurre para establecer cuál de estas dos fuerzas es el hombre verdadero; pero al explicarlo de un modo o de otro, le va agregando atributos. A cada uno de estos éstos se les ha atribuido mayor o menor importancia, surgiendo de allí múltiples escuelas que la alejan, cada vez más, de la verdad y de la fuente primaria. Sin embargo, éstas enseñaron a los hombres a pensar, a hablar, a escribir y a aplicar sus variados

conocimientos a diversas especialidades.
Pero el hombre que, con la Filosofía Andrológica, ha penetrado en lo más íntimo de su ser, encuentra la Chispa Divina, y con Ella la única solución al problema humano, que es el retorno a Dios, a la Eternidad.
Entonces, surge el postulado perfecto que, de andrológico se transforma en cosmodiceico: "Yo soy Aquéllo".

Enseñanza 15: Filosofía Rásica

La Rásica es el cuerpo psíquico de la Filosofía.
La Historia en sí no es sino un derivado de esta Filosofía.
La verdadera Historia no es aquella que sólo registra los hechos externa y cronológicamente, sino la que coordina esos hechos, dándoles vida, pensamiento y expresión.
La Rásica es el cuerpo psíquico de la Filosofía: no se la puede situar en un campo puramente mental y especulativo, ni tampoco en un campo humano completamente y únicamente subjetivo.
La Rásica considera los hechos concretos, las observaciones sistemáticas y los acontecimientos sucesivos; pero, mantiene el calor vital de los hechos.
Estos son proyección de una pura expresión del pensamiento y subsisten en las edades, aún después de que se hayan borrado como formas materiales de la Tierra, como un poder y valor psíquico, que expresan la idea de la cual emanaron y los resultados directos e indirectos, sobre la vida del hombre.
Los estudiantes que desearan aplicarse a este estudio, deberán hacerlo únicamente bajo la dirección de un

Maestro que posea el conocimiento del Mundo Astral. Para explicar la Filosofía basta una mente grande y de mucha intuición; pero, para explicar la Rásica, es indispensable que el Maestro tenga el poder del conocimiento psíquico del Mundo Astral.
Helena Petrovna Blavatsky, cuando tuvo que explicar al mundo de occidente, en su "Doctrina Secreta", la Historia del Ocultismo, desechó todo tratado que tuviera a su alcance y recurrió únicamente a los Anales Akásicos. Helena Petrovna fue la Filósofa Rásica de nuestra raza, pero resultó una estrella solitaria en un mundo de ciegos.
La Rásica es la Filosofía aplicada a la Historia, pero ésta es, al día de hoy, una ciencia completamente desconocida, ya que los autores que disertan sobre Historia, apartándose de los hechos escuetos y cronológicos, no hacen más que reflejar y describir su propia personalidad.
Para conocer la verdadera Historia, vida, pensamiento y expresión de los hechos, las fuerzas que los generaron y los resultados que han producido y producirán en el mundo, es indispensable verla en el Registro del séptimo plano del Mundo Mental.
La Rásica estudia las relaciones del Cosmos con la Tierra y el hombre, de las razas entre sí; estudia también las etapas ascendentes y descendentes de los pueblos, su origen, nacimiento y muerte; las relaciones astronómicas, astrológicas, telúricas, raciales y climáticas.
La Rásica podría ser de un valor extraordinario para las almas si fuera estudiada sobre bases seguras y enseñada por clarividentes; podría ser la llave de la felicidad del futuro, ya que permitiría predecir

exactamente, a través de los cuadros de las diversas etapas de la existencia, los destinos de los pueblos, razas, familias y hombres.
Los estudiantes de la Rásica deben construir un puente psíquico que sea un nexo de unión entre los hechos positivos y sus derivados, y la pura fuente del pensamiento; los que grabarán sus impresiones cíclicas en el sutilísimo cuerpo astral, etéreo y psíquico del Alma del Mundo.

Enseñanza 16: La Filosofía

El estudio de la Filosofía es como el lago de la montaña que vierte su agua por diversos arroyuelos.
Desde las altas cumbres, donde el pensamiento es uno, los estudiantes analizan la Idea Única, dividiendo así los conceptos en diversas expresiones que se transforman a su vez en distintas filosofías.
Se dice: filosofía platónica, filosofía aristotélica, y así sucesivamente, como si hubiera más que una Filosofía.
El que se llama Filósofo sin ser tal, se encierra dentro de un determinado concepto y dentro de un campo magnético o modo de pensar, negando todo lo demás; pero el verdadero Filósofo, si bien se mantiene en su ciudadela y defiende su posición, no deja de reconocer que las diversas ideas forman el conjunto de la Filosofía.
Las grandes filosofías, aparentemente tan divergentes entre sí, si unen sus postulados fundamentales, son todas expresiones diversas de la Verdad, que en su conjunto forman la única Filosofía, que es la reina de las filosofías.
A través de las edades han surgido Grandes Iniciados

que tuvieron que lanzar al mundo la potencia de la Idea Madre revestida de la característica y la necesidad de la Humanidad del momento; pero, esas nobles filosofías, sin embargo, no eran sino una adaptación de la Filosofía y el estudiante nunca ha de perder de vista la unidad del pensamiento universal.
Es necesario afirmar una vez más que con un concepto así vago y general no puede conocer el estudiante la Filosofía porque al generalizar, pierde interés por la especulación y el método que llevan a la práctica del recto pensar.
Es preciso que el estudiante adopte una posición, que adopte un postulado filosófico y se mantenga firmemente en él, para poder, desde allí, conquistar los diversos puntos que señalan los Grandes Centros Laya del conocimiento filosófico.
Para eso, es necesario dogmatizar sin dogmatizarse, con el objeto de afirmarse en sus propias ideas; es necesario adquirir recursos mentales para sostener, defender y sobreponerlas a las demás; pero en lo interior hay que mantener esa santa libertad que goza constantemente de los efluvios de la Idea Única.
Algunas religiones comprendieron este alto concepto y llamaron a su punto de vista particular y fundamental de filosofía, Teología. Obligaron al estudiante a que, recibiendo estos postulados filosóficos como divina e indiscutible revelación, tuviera que someterse a ellos incondicionalmente; y todos los demás puntos que de ellos derivaban, seguían siendo parte del campo de la Filosofía, quedando el estudiante en libertad para discutir, discurrir, negar y afirmar, según su modo de comprender y deducir.
La Filosofía es el Pensamiento de Dios revelado a los

hombres; es como si la Divina Madre se quitara su Santo Velo para entregarlo a su bien amado Hijo. La Filosofía, expresión pura del Pensamiento, es la única arte valedera que puede devolver la felicidad al hombre.

TEO
LOGIA

ÍNDICE:

Enseñanza 1: La Revelación
Enseñanza 2: Las Definiciones
Enseñanza 3: El Método
Enseñanza 4: El Dogma
Enseñanza 5: Los Misterios Divinos
Enseñanza 6: Lo Inmanifestado
Enseñanza 7: La Divinidad Manifestada
Enseñanza 8: Las Pruebas Racionales de la Existencia de Dios
Enseñanza 9: La Divinidad Creadora
Enseñanza 10: La Trinidad
Enseñanza 11: Ley de Contrariedad Analógica
Enseñanza 12: La Divina Encarnación
Enseñanza 13: La Sagrada Revelación de la Idea Madre de los Arios
Enseñanza 14: La Tradición Iniciática
Enseñanza 15: La Sustancia Primordial y los Siete Rayos
Enseñanza 16: El Ired de Hes

Enseñanza 1: La Revelación

Por Revelación se entiende las Escrituras Ortodoxas de las grandes tradiciones fundamentales.
Las grandes tradiciones fundamentales son aquéllas que transmiten las Enseñanzas de las Razas Raíces.
Para que la Enseñanza sea Escritura Ortodoxa, tiene que basarse sobre la antigüedad y la afirmación.
Las Escrituras Ortodoxas registran las Grandes Enseñanzas y las transmiten a la posteridad. Toda enseñanza ulterior es heterodoxa.
El origen de la Revelación es verdaderamente divino, no humano, ya que se remonta al tiempo de la aparición de la Raza Raíz.
Es temerario pretender conocer en qué tiempo fueron dictadas estas Enseñanzas; los estudiosos que discurren sobre ellas pueden dar muestras de gran erudición, pero no basadas en el fundamento de la verdadera sabiduría.
Tampoco puede decirse quién fue el autor o canal que transmitió estas Enseñanzas, pues perteneció a un ciclo anterior al actual, en que los seres eran distintos, no sólo ética y fisiológicamente, sino también energéticamente.
Si se considera la Revelación desde este punto de vista, la cronología tiene muy poca importancia. Además, ella, para ser tal, debe tener dos etapas fundamentales: la oral y la escrita.
Los Iniciados Solares recibieron la Idea Madre directamente de
Dios y la transmitieron oralmente.
Otros Iniciados, en tiempos posteriores, la afirmaron y

le dieron forma escrita.
La Revelación es perpetua.
Es perpetuo todo lo que tiene un valor real durante un ciclo completo de desarrollo de la Humanidad, o Raza Raíz. Es perpetuo, porque la Enseñanza está constituida por la Idea Madre, alrededor de la cual se desarrolla toda la Raza.
La Revelación es infalible.
Es infalible porque la eminencia de Dios, dentro de la Gran Ley de Predestinación Universal, analógicamente establece una Ley de Predestinación Racial Cíclica.
La Revelación es el único exponente de la Doctrina, porque conociendo Dios el campo magnético cíclico racial, dentro del cual el hombre podrá desenvolverse, le indica los diversos medios para completar su Ley de Posibilidad.
Las Escrituras Ortodoxas son Divinas, sagradas, no humanas, perpetuas, infalibles y únicos exponentes de la Doctrina.
Ellas son el conocimiento por excelencia de las grandes tradiciones fundamentales y, al mismo tiempo, son el origen de todas las ramas derivadas.
Ejemplo luminoso de las Escrituras Ortodoxas son los Vedas.
El Concilio Tridentino, que reconoció como tales las Enseñanzas Ortodoxas contenidas en la Biblia, dice muy claramente:
"Unus Deus sit auctor, nec non traditione ipsas, tum ad fidem, tum ad mores pertinentes, tanquam vel oretemus a Christo, vel a Spiritu Sancto dictatas, et continua successiones in Ecclesia catholica conservatas".
"Sólo Dios es el autor, y también las tradiciones

mismas, ora según la fe, ora según las costumbres pertinentes, así como creemos que fueron dictadas por Cristo o por el Espíritu Santo, o por la sucesión continua de la Iglesia Católica".

Enseñanza 2: Las Definiciones

Las definiciones fundamentales de la Teología son: que la Teología es la Única Verdad; que la Teología es un Saber Divino enseñado directamente por Dios y que la Teología tiene por objeto descubrir al Hombre el Saber Divino y su relación con Dios.
La Teología es la Única Verdad porque es el total de todas las Filosofías, el conjunto de todas las ciencias, la Luz Infusa transmitida a la intuición del hombre para que éste penetre en los misterios de la Existencia Divina.
La Teología es el Total de la Filosofía, porque toda idea racional correctamente hilada, ha de llevar a una afirmación única e invariable. Es el conjunto de todas las ciencias, porque todo conocimiento emana de una Ley Fundamental absolutamente única, absolutamente simple y absolutamente divina. Es Luz Infusa porque el hombre, por sí solo, humanamente, nunca podría coordinar todas sus ideas en una idea única, simple y divina.
La Teología es una saber completo, humano y divino, transmitido directamente por Dios, a través de la Ley de Posibilidad, a la intuición del hombre, para que él lo aplique, a su vez, racionalmente, al conocimiento de Dios como principio activo del Universo Cognoscible, considerado en su Existencia Interior y Divina, simple y única, según lo que Es, pero nunca en su aspecto

Indiferenciado e Incognoscible. Como Dios sólo es la Existencia de Sí mismo, sólo Él puede ser Maestro de Teología.
La Teología tiene por objeto descubrirle al hombre este Saber Divino, no en una forma accidental y velada, sino en una forma consecutiva y real, para que el hombre se santifique, dignifique y alcance por el Éxtasis la plenitud de la Visión Divina.
El estudiante por el discurso razonado, coordinado, ilativo, a las luces infusas del Saber Divino conoce paulatinamente a la Teología.
El estudiante demuestra su conocimiento de la Teología a través de una personalidad original y propia, de un conocimiento sabia y claramente expresado y por afirmaciones geniales.
Sobre lo Indiferenciado el Teólogo no puede discurrir. Lo más correcto en Teología es seguir el ejemplo de los Grandes Iniciados que siempre se negaron a disputar sobre la Existencia Indiferenciada.

Enseñanza 3: El Método

El estudiante de Teología ha de valerse del conocimiento de las diversas filosofías. Discurriendo sobre ellas, recordando, razonando, discrepando e hilando las tesis, se predispone a conocer la Verdad, o Teología.
Mientras el estudiante cumple este trabajo, se vale de todos los medios mentales que han sido puestos a su alcance para acercarse al fin propuesto.
El es Viator: Viandante.
Aquél que persevera en el estudio de las filosofías y práctica las ciencias de ellas emanadas e investiga los

fenómenos naturales por ellas enseñados, recibe, por la pureza de vida, por aplicación constante y la oración continuada, la Luz Infusa que aclara su intuición sobre las Verdades Eternas reveladas.
Recibe la Luz Infusa del Saber Divino o Teología y, mediante el discurso y los conceptos aprendidos de la Filosofía, puede conocer humanamente el significado de los distintos puntos revelados.
El es Peregrinus: Peregrino.
Pero el estudiante adelantado conoce estos puntos fundamentales de la Teología por éxtasis o Divina Unión.
El estudiante, durante este estado, comprende también las Verdades Divinas no reveladas, pero sólo indirectamente y en estado potencial; es decir, si uno alcanza a comprender una Verdad Divina, conoce también potencialmente a todas las demás verdades, si bien no las puede expresar ni trasladar a su campo mental.
El es IHES.
Los estudiantes, todos, pueden llegar al estado de Peregrino, pero muy pocos al estado de IHES, que es casi exclusivamente patrimonio de los Iniciados o discípulos de Iniciados.
El conocimiento de Teología sobre el estudio racional de los diversos puntos de la Revelación y comprendido por la intuición, por la Luz Infusa, es Theologia ad. Es un saber resultante de un conocimiento adquirido, unido a la experiencia propia y expresado de un determinado modo, con claridad.
El conocimiento de Teología que se adquiere por éxtasis, es Theologia sine quod, que quiere decir

conocimiento adquirido mirando a Dios, frente a frente, íntimamente.

Enseñanza 4: El Dogma

El Dogma es una Verdad deducida o Misterio, porque el hombre, en general, no puede llegar a comprender la Verdad, del mismo modo que la comprenden los Grandes Iniciados y sus discípulos: Clare Visa in Deo. Los Grandes Iniciados establecen el Dogma mediante el Magisterio de la Teología.
El Dogma, objetivamente, es una frase oscura, invariable y determinada que sintetiza una Verdad revelada.
La Doctrina del Dogma explica y afirma la Verdad revelada y dogmatizada. Es un punto de partida indiscutible que, aclarado por la Luz Infusa de la comprensión y el discurso ilativo del razonamiento, deduce otras verdades secundarias que están potencialmente encerradas en el sentido del Dogma.
El Dogma es una verdad revelada, fijada en un sentido conceptual; pero esta verdad puede ser aclarada, deducida y ampliada. Aún más, de ella pueden surgir otras verdades, reveladas potencialmente o aún no reveladas hasta ahora, pero cuya revelación estaba potencialmente dispuesta en la Mente Divina.
Para ese fin, el Magisterio de la Teología toma una Verdad revelada y con el proceso del trabajo teológico habitual, deduce de ella otra verdad que estaba implícita o potencialmente encerrada en el Dogma mismo.
El Magisterio de la Teología, partiendo desde un punto de vista racional distinto, puede tener diversas

interpretaciones e ideas discrepantes que, al ser definidas a la luz del Saber Infuso por la Asamblea de los Grandes Iniciados, aclaran otra Verdad revelada y conocida hasta ahora.
Los estudiantes de Teología colaboran con los Grandes Iniciados en el establecimiento de las definiciones secundarias del Dogma, porque sólo por Ellos se establece el Dogma en sí sobre la Tierra. Por las definiciones secundarias del Dogma se hace de una definición confusa y oscura, una definición distinta y real, mediante métodos ordenados y continuados; se hace un Dogma conceptual, un Dogma preciso.
La evolución del Dogma se efectúa paulatinamente.
El Dogma es dictado y establecido por los Grandes Iniciados.
El Dogma es enseñado y explicado por los discípulos de los Grandes Iniciados.
El Dogma es transmitido al pueblo por los Sacerdotes, con imágenes, figuras, ejemplos y frases sacramentales.
El Dogma se arraiga en el pueblo por un sentimiento establecido y cargado con el magnetismo de la fe de los fieles.
El Dogma se defiende de los ataques de los incrédulos por la fuerza del sentimiento y magnetismo interior acumulado por la ofrenda de los fieles.

Enseñanza 5: Los Misterios Divinos

La razón natural, por sí, poco puede investigar sobre los Misterios Divinos.
El hombre tiene de Dios un conocimiento nominal, pero su razón, a través del deseo constante y ardiente de

investigar sobre la naturaleza de Dios, puede tener, dentro de su campo magnético mental, un conocimiento confuso. Nunca podrá la mente abarcar la totalidad del conocimiento divino y, aún cuando la mente llegue a una perfección extraordinaria, semejante a la de un ángel, tendrá un conocimiento de Dios infinitamente superior, pero no tendrá el conocimiento total.
El conocimiento de Dios llega a la mente del hombre, de una manera muy vaga, mediante el razonamiento natural, mientras es Viator.
Luego, la razón recibe del conocimiento de Dios una intuición confusa cuando es Peregrinus.
Después recibe un conocimiento de Dios beatífico o intuición clara, igual que una gota de agua, que refleja en sí la totalidad de la imagen del sol.
La especulación mental, sin embargo, trae consigo por la ilación consecutiva, una seguridad cada vez mayor del conocimiento de Dios, primero racional, luego intuitivamente confuso y después beatífico; y este conocimiento, por el don de conciencia individual, parece cada vez más total, sin serlo en realidad.
Entonces, el sabio busca definiciones para explicar su verdad y deduce de sus verdades contingentes, terceras verdades, que no son más que verdades parciales y sobre éstas construye sistemas completamente falsos, llegando a veces a conclusiones grotescas.
Los sabios de HES han preferido, ante ciertos problemas, reverenciar los Misterios de Dios y del Universo y quedar mudos, sin dar explicaciones forzadas.
Algunos definen: Dios y el Universo son una sola cosa.

El Espíritu está en todo lo existente y, conjuntamente con lo existente, se desenvuelve y se perfecciona. Obsérvese la falsedad de esta proposición. En efecto: ¿Cómo el Ser Perfectísimo puede tener necesidad de perfeccionarse a través de su Universo?
El Ser Perfectísimo que impregna todo el Universo de Sí mismo desde la Eternidad, no necesita devenir a través de un plano de evolución para ser tal. Misterio Sagrado que la mente del hombre no puede conocer.
Otros definen: El Ser Eterno emana o crea algo que es Él mismo y semejante a Él; pero en realidad, esta emanación o creación es algo imperfecto, ya que tiene que evolucionar continuamente para llegar a la suprema perfección y, asimismo, este Universo, que será semejante a Dios, nunca será Dios.
También se observa la falsedad de esta proposición: Dios, a través de este concepto, queda así eternamente separado de su Universo y existirían así eternamente dos principios, uno más perfecto y uno menos perfecto.
¿Por qué Dios emana o crea el Universo?
Misterio sagrado que la mente del hombre no puede comprender.
Otros más definen: El Eterno nunca deviene en realidad, sino únicamente se diferencia, y esa diferenciación es ilusoria. Pero si hay un Absoluto y una diferenciación, ¿en qué momento ocurre esta diferenciación? Además, al establecerse un punto en donde lo Indiferenciado se hace diferenciado, también se establecen dos principios.
Se observa nuevamente una falsedad. Si el Absoluto llega a una determinación diferencial, enseguida se establecen dos aspectos de El mismo: uno absoluto real

y otro absoluto ilusorio.
¿Cuándo, por qué y cómo lo Inmanifestado se diferencia?
Misterio sagrado que la mente del hombre no puede conocer.
Sobre estas diversas proposiciones el hombre puede ampliar su conocimiento intuitivo, pero no puede poseer, ni ideológica ni espiritualmente, toda la verdad.
Dos sabios discutían sobre un asunto teológico y mientras uno hablaba con mucha propiedad y claridad de concepto, el otro callaba sin afirmar ni negar. Ambos llegaron a la conclusión que el trabajo teológico requiere muchas explicaciones, definiciones, palabras claras y conceptos asentados; pero que las grandes situaciones y los grandes misterios se resuelven con un gran silencio.

Enseñanza 6: Lo Inmanifestado

Lo Inmanifestado no admite ni definición ni negación; porque negándolo o afirmándolo, se establecería un principio diferencial, aún en su aspecto Absoluto, cosa que no puede ser.
El ser más puro y angelical puede atreverse a considerar la unidad indisoluble de la Manifestación Divina; y aún la totalidad indestructible del Espíritu Universal y aún el Principio Fundamental del Universo, pero no lo Inmanifestado.
Sin embargo, lo Inmanifestado y la Manifestación no son dos Espíritus. Aquél que es, nunca deja de ser lo que No Es. Además, para lo Inmanifestado, decir No Ser y Ser, no tiene sentido.
Lo Inmanifestado, entonces, no admite discurso, ni sentido, ni principio, ni fin, ni vacío, ni plenitud, ni

nada. Todas las causas de la diferenciación y los atributos de la Manifestación desaparecen instantáneamente al nombrarse la palabra Inmanifestado.
Si se quiere demostrar el valor de la Manifestación Divina, asentando tal afirmación sobre la palabra inmanifestado, esto tampoco puede ser; lo Inmanifestado se demuestra con la Manifestación y esto es una prueba, en Sí misma, de lo Inmanifestado.
¿Cómo puede lo Inmanifestado comprender en Sí a la Manifestación?
Para lo Inmanifestado, la negación misma no tiene sentido; ni tiene sentido la materia, ni la energía, ni la mente. Tampoco el Espíritu es distinguible ni indistinguible dentro de lo Inmanifestado.
Parece lógico que haya una división neta entre lo Inmanifestado y la Manifestación. Sin embargo no hay tal.
Esto es un misterio sagrado e inexplicable; sería la peor herejía querer demostrar el porqué y cuándo se establece la diferenciación, realmente.
Ningún Gran Ser se ha atrevido a querer mencionar o discurrir sobre lo Inmanifestado.
La misma palabra Inmanifestado no es más que una figura y no tiene sentido alguno ni semejanza con la verdad.
El estudiante de Teología ha de cubrirse aquí con su blanco velo y recordar que tendría que morir aquél que oyera nombrar a Dios por su verdadero nombre; él ha se sentir un respeto profundo, silencioso y abrumador ante estas suposiciones figuradas de algo imposible de comprender totalmente.
El estudiante ha de acostumbrarse a disuadir a los

principiantes a investigar sobre estos problemas que Dios revela a quien quiere y como quiere.

Enseñanza 7: La Divinidad Manifestada

La Manifestación Divina es el Principio Absoluto del Universo. Es llamado comúnmente Dios o HES. Dios es su propia esencia y existencia y Él sólo se conoce a Sí mismo.
Ego sum quia sum. "Yo soy el que soy". Dios es la raíz única y absoluta de toda la creación universal.
Si Dios es infinito, incognoscible, inmóvil, incausado, ¿cómo puede originar lo finito, lo relativo, lo cognoscible, lo múltiple y la causalidad? Podría decirse que Dios, aún en su Universo, nunca deja de ser lo que es, y que la creación toda es ilusión; pero si la creación es ilusión, también la ilusión es algo distinto del principio que la originó.
Si Dios es un inmenso conjunto, indisoluble en esencia y potencia en su Universo, entonces todo es Dios. Resultaría entonces que Él mismo debería ser algo estático, no cambiante, y el devenir no tendría explicación posible.
Si Dios hubiera emanado, creado algo de Él mismo, semejante a Él, pero que nunca podría volver a ser Él mismo por toda la Eternidad, tampoco nunca podría ser Él el principio único y absoluto, porque siempre existiría algo fuera de Él, semejante a Él, pero que no es Él mismo.
Se explica: La Manifestación o Dios, es de la misma esencia y existencia de lo Eterno, pero no es Él mismo, aparentemente.
El Eterno Ser se ofrece a Sí mismo de tal modo, que

parece otro, que parece doble; pero esto sólo es aparente. Mientras dura esta apariencia de dualidad o diferenciación, Dios en su esencia y existencia, y su Universo está todo impregnado de su esencia y existencia, pero no es la esencia y existencia, por Sí. Para explicar esta teoría es necesario aplicar el principio absoluto del Universo con su creación universal, la ley de Contrariedad Analógica.

¿Qué es la ley de Contrariedad Analógica?

Siempre lo activo de una parte mayor es lo potencial de una parte menor. Siempre que un valor se desplace de su centro, va adquiriendo un valor positivo para el lugar o campo magnético dentro del cual se asienta y pierde dicho valor con respecto al punto central desde donde se desplaza.

Por la ley de Contrariedad Analógica, lo Eterno, al manifestarse a Sí mismo, y mientras dura tal movimiento, aparece finito y condicionado; pero, enseguida que cesa ese movimiento, Él es siempre lo que nunca ha dejado de ser; como el hombre encerrado en una habitación, que desconoce lo que ocurre fuera de la misma.

La Unidad Absoluta del Espíritu está presente, íntegramente, en todas las formas de la existencia, pero no en las formas de existencia después que éstas han dejado de ser tales, ya que ellas mismas se han restituido al Depósito Cósmico.

Lo Infinito es sólo aparentemente finito en el Universo, por ley de Contrariedad Analógica; así como una pelota lanzada al espacio, al chocar contra un obstáculo vuelve sobre su trayectoria, pero en sentido contrario.

Quedan así asentados los siguientes conceptos: Dios es el Principio Absoluto y subsiste en todo el

Universo creado.
La Creación no es Él, sino está toda impregnada de Él, y no es Él, sino por ley de Contrariedad Analógica.

Enseñanza 8: Las Pruebas Racionales de la Existencia de Dios

Es necesario creer en un Dios personal, Contrariedad Analógica de lo Impersonal.
Desde luego, no se puede probar a priori la existencia de Dios, pues sólo se tiene de Dios un conocimiento nominal.
Como Dios existe por Sí mismo, nunca podría el hombre, como se ha observado ya, conocer su existencia esencial; sólo puede tener una intuición, confusa o clara, de la misma.
También puede conocer a Dios por su existencia de hecho.
Desde la antigüedad, varias escuelas de Teología han dado, como prueba racional de la existencia de Dios, cinco proposiciones muy claras.
La primera es: DIOS ES EL MOTOR UNIVERSAL.
Si el movimiento no tiene en sí mismo razón de ser, exige un primer motor. Todo movimiento requiere potencialmente un movimiento superior, y así sucesivamente. Pero, como Dios existe por sí mismo y no hay impulso que lo dirija, Él es el Motor Universal y el Primer Motor.
La segunda es: DIOS ES LA CAUSA SUPREMA.
Las causas existentes o no existentes, eficientes y subordinadas, se manifiestan en el Universo a través de un gran ritmo de causa y efecto; ha de haber, pues, una Causa Suprema, que posea en Sí,

fundamentalmente, las dos leyes y capaz de comunicar a las causas subsiguientes la causalidad sucesiva.
Las tercera es: DIOS ES LA EXISTENCIA MISMA.
Si hay en el Universo seres que pueden existir y dejar de existir, ha de haber un Ser Único, necesariamente existente por Sí, y que comunique a los demás seres la existencia. Si Dios, como existencia, faltara por un solo instante, la vida toda quedaría extinguida; y si en el Universo sólo existieran seres contingentes y no un único Ser necesariamente existente, la existencia no tendría razón de ser.
La cuarta es: DIOS ES LA MISMA UNIDAD.
Todo compuesto es una parte en el conjunto simple de una unidad; quiere decir, si hay una parte compuesta, ha de haber una unidad simple.
La quinta es: DIOS ES LA MENTE CÓSMICA.
Si toda forma, energía, pensamiento, tiende hacia un fin determinado, por ley de cohesión universal ha de haber, necesariamente, una Mente Superior y organizadora, una Inteligencia Suprema hacia donde convergen todos los esfuerzos.
Algunas definiciones ayudarán a sintetizar y aclarar estas cinco proposiciones.
Dios es el mismo Ser, subsistente por Sí, y que, como Motor Primero y Universal, ha de ser Él mismo su misma actividad.
Dios o Causa Primera, para ser Causa en Sí, ha de tener conocimiento de Su Propia Existencia.
Dios, el Ser Necesariamente Existente, implica en Sí, como atributo esencial, que su Existencia no puede tener origen sino en Él mismo, que es la Existencia Misma.
El Ser Supremo y Absolutamente simple diluye en Sí,

en una perfecta armonía, todos los compuestos, porque es la Misma Perfección.
Dios, o Mente Cósmica, no puede enderezar su inteligencia hacia Él como algo distinto, sino la Mente ha de ser Él mismo, porque Él es a Sí mismo, siempre actualmente conocido.
Solamente en Dios la existencia y la esencia son perfectamente idénticas; lo que hace que aparentemente sean distintas es una relación accidental y aparente, que desaparece en Dios en Sí. Este es el principio Supremo de la distinción real entre Él mismo y el Universo.
Dios, como Esencia y Existencia fundamentalmente idénticas, es absolutamente simple, y su distinción real con el Universo es que el Universo es compuesto. Dios es Aquél que Es, y lo que está fuera de Él es Él, sólo porque tiene su Existencia; pero sólo Dios es la existencia de Sí mismo y sólo en Él la Esencia y la Existencia son Una.
Dios es Acto Puro en Sí, mejor dicho, potencialidad y actividad a un mismo tiempo; pero en el Universo es acto y potencia, mejor dicho, potencialidad y actividad, sucesivamente.

Enseñanza 9: La Divinidad Creadora

Los Maestros de Teología han dividido el concepto de la Creación en dos grandes teorías, pues unos enseñan que el Universo Creado coexiste con Dios y es eterno como Dios; y otros enseñan que el Universo fue creado por Dios, no desde la Eternidad, sino in tempus, dentro del tiempo.
Dios no ha creado el Universo ab aeterno porque la

Creación implica siempre, en sí, un principio y, como de lo Inmanifestado no se puede conocer nada, la existencia del Universo, ab aeterno, es imposible. Una creación existente ab aeterno estaría en contraposición con el concepto de lo Inmanifestado que no es ni creado ni increado.
La Creación tampoco es determinada por un factor de tiempo antojadizo, porque tal concepto admitiría una irreflexión en la Creación; además sería algo distinto a Dios, desunido de Dios.
Entonces: la Creación es eterna considerada como manifestación; el Dios Incognoscible tiene, en Sí, potencialmente, todos los factores determinantes de la Creación. Ésta es eterna, entonces, potencialmente. Pero, como expresión de Dios, no es eterna, sino está adentro de un lapso de duración: empieza y termina; como un inmenso haz de luz sale del seno de Dios y es restituido al seno de Dios.
La Creación Divina del Universo es potencialmente eterna; está dentro de Dios Incognoscible, y está activamente hecha en un tiempo determinado, por Dios Cognoscible.
Ahora, ¿Dios hizo el Universo de la Nada o Dios emanó de Sí, con su misma Substancia Divina, este Universo? Dios no puede haber tomado de Sí Su Misma Substancia para hacer el Universo, porque su Substancia, eternamente simple, no admite compuestos, ni tampoco puede haber hecho el Universo de la Nada, pues esta Nada admitiría un estado a priori existente y completamente distinto de Dios. Las palabras ex nihilo según el concepto aristotélico expresan el inmenso vacío de Dios o su estado potencial y sólo así puede explicarse esta eterna

verdad teológica revelada.
Dios hizo el Universo de Su Nada, de lo que la mente humana no puede comprender, de aquel estado incognoscible que ella no puede alcanzar, y con eso, creó un algo eternamente libre, anteriormente increado, genialmente nuevo y absolutamente único.
La Creación Divina es libre, porque está hecha con compuestos derivantes de Dios que es la Divina Simplicidad.
Es nueva, porque nunca ha preexistido.
Es única, porque únicamente Aquél, que posee en Sí el conocimiento integral de lo existente, puede expresarlo, pero al mismo tiempo no es Él mismo, no es su Emanación misma, sino algo distinto analógicamente expresado.
Para definir: Dios creó el Universo potencialmente ab aeterno, pero en el tiempo establecido por la Divina Ley. Lo creó desde el Inmenso Vacío Potencial de Sí mismo, con Su Misma Substancia Diferenciada.
Periódicamente, Dios, a través de Su Manifestación, crea el Universo; pero este Universo es siempre otro. Nunca Dios crea lo mismo, ni nunca todo lo que fue creado deja, ni ha dejado jamás de existir.
Ab aeterno erat, in tempore fecit, ex nihilo omnia fecit.
"Existía desde la eternidad, lo hizo en el tiempo, y todo lo hizo de la nada".

Enseñanza 10: La Trinidad

Dios, en su Manifestación, es un principio Absoluto, Eterno, Incognoscible. Al intentar explicar la Trinidad Divina, no se discurre sobre el cómo, ni cuándo, ni por qué se efectúa la diferenciación y lo Inmanifestado es

Manifestado.
Sobre esto no hay que discurrir.
La mente humana sólo por el discurso filosófico, a la luz de la intuición revelada, quiere levantar un poco el velo de la Manifestación. El Acto Creativo de Dios es puro y real, en Sí; por eso, el modo como se efectúa es incognoscible para el hombre, que es potencia y acto. Pero, la mente humana puede llegar a vislumbrar el resultado aparente de la Creación.
Hes, la Madre Dormida, el Principio Incognoscible de Dios, se despierta: despertar involucra al acto creativo. El Principio Creador, al reconocerse a Sí mismo, establece un conocimiento Activo de Sí mismo. Ese conocimiento infinito de Sí mismo, Hes reflejada en Ahehia, lo sostiene por toda la duración de un ciclo de Creación, por infinito e increado amor; este amor es Foa, vida del Universo.
Las antiguas escuelas conocían muy bien este concepto, pero no gustaban discurrir ni enseñar demasiado sobre esto. Mas, el Cristianismo, al hacer de la Trinidad la piedra angular de su fe, al enfocar su atención especialmente sobre este aspecto de la Revelación, puso este problema en contacto y conocimiento de los estudiantes.
La lucha contra el arrianismo hizo que esclarecidas inteligencias profundizaran este punto de la Revelación, llegando a resultados sorprendentes y exactos.
El resultado ha sido un claro concepto sobre la procesión, la relación y las personas de la Divina Trinidad.
El Padre es Dios Creador. El Padre es Creador no porque las otras dos personas de la Trinidad Cristiana, el Hijo y el Espíritu Santo, no sean igualmente

creadoras, sino porque es el Principio Incognoscible; y esa parte total de Sí misma, que conoce Su propia existencia, es el Hijo; por eso el Dogma católico reza que el Padre Creador engendró al Hijo, pura, divina y consubstancial expresión de la Voluntad y del Conocimiento eternos.

Sigue el Dogma diciendo que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo y no es engendrado; lo que es correcto.

Dios Creador se conoció, se engendró a Sí mismo, y al conocerse, se amó: ese amor Divino e Increado es el Espíritu Santo.

El acto de la Creación y la procesión de las Divinas Personas es simultáneo e inescrutable; las Tres Divinas Personas son, al mismo tiempo, eternamente Existentes, eternamente Creadoras, eternamente Fruto y Subsistencia de la Creación.

Como este Acto Puro de Dios es simple y real, no puede ser conocido por la mente humana, porque si la mente humana lo conociera existirían dos Dioses, dos Creadores, dos conocimientos y dos amores. No puede haber, entonces, más que Tres Personas en Dios: Él, Sí mismo, la Relación entre Sí.

Las almas son individuales sólo por la Ley de Contrariedad Analógica.

Es sorprendente el resultado que ha traído a las almas místicas cristianas este conocimiento trinitario, que ha sido un gran resorte de su potencia interior. El alma, a través de estas definiciones de la Creación Cósmica y Manifestación Divina, ha visto a Dios como algo vivo, palpitante y siempre existente, continuamente en contacto con el alma del ser, por esta participación analógica del alma misma, y que más se acentúa por el

conocimiento y el amor.
El alma Universal de Hes está, realmente, dentro de los seres, en el corazón del hombre. Cuando éste busca conocerla, Ella despierta una nueva vida constructiva en el ser, que le impulsa a amar, a vivir, a sentir algo que le acerca, cada vez más, a esta Divina Trinidad.
Dios mora en el alma del hombre, no sólo como un principio eterno, inmenso, inconmensurable, sino como conocimiento, vida y amor. La unión del alma con Hes se hace, así, cada vez más substancial, real y divina.
Este hombre, que ha hecho de su interior un Templo donde mora la Divina Madre, emana de sí, en su exterior, una fuerza benéfica y superior a la de los otros hombres, no porque los otros no posean potencialmente la misma fuerza, sino porque Él la despierta y activa.
Su obra, de humana, se hace divina y, en contacto con este mayor conocimiento y amor, transmite las fuerzas excelentes de esta corriente trinitaria a la Humanidad.

Enseñanza 11: Ley de Contrariedad Analógica

Dios, en Sí, es causa sin causa, Incognoscible.
Dios, como Creador, es la Divina Trinidad, no cognoscible en sus causas, pero accesible en sus efectos.
Dios Creador posee la Idea Única y en su Divina Inteligencia preexiste el conocimiento de la finalidad de la Creación Universal. Él es principio y fin, causa y efecto, y el Acto Puro de la Creación está totalmente contenido en Su Mente Cósmica.
En la Mente Divina no puede existir ninguna sombra que obscurezca la realidad de su Pensamiento Creador;

así que Dios, desde un principio, establece el orden sucesivo de la Creación y su fin único.
Si Dios desde un principio tiene establecidos las alternativas y el fin del Universo, entonces el ser no estaría sujeto a su libre albedrío sino únicamente a una ley de Predestinación. Pero tal predestinación sería un acto determinado, invariable y sin compuestos analógicos y en contraste con la Divina Perfección, que se manifiesta en el Universo a través de múltiples y distintas expresiones, aparentemente contradictorias, pero que buscan la armonía en la variabilidad.
La predestinación es ley de Predestinación Consecutiva: un conjunto armónico de fuerzas compuestas, dispares entre sí, completamente duales, que sin embargo, substancialmente, emana de un ser que es Único y Simple. Esta ley no es un determinismo absoluto sino la ordenación de todo lo creado a su fin; es la ejecución progresiva y armónica del Plan Divino de evolución.
La Divina Voluntad es la ley única que predestina a los seres, pero consecutiva, ordenativa, armónica y aún libremente. Todo está dentro de esta Divina Ley que lo ordena al fin propuesto con soberana previsión.
Desde este punto de vista no hay casualidad ni hecho que ocurra porque sí, ni tampoco un libre albedrío, sino sólo una relación de causas secundarias que derivan de una causa única.
Sin embargo el ser es verdaderamente libre, divinamente libre.
La ley Arbitral de Posibilidades es tan real y existente como la Ley Primera. Pero la mente humana, tan compleja, tan limitada, tan obscurecida por conceptos varios y falsos, únicamente puede comprender tal

verdad por analogía.
La ley de Contrariedad Analógica lo explica.
Si el ser es semejante a Dios, pero no es Dios mismo, tiene un campo de libertad, libre albedrío, el cual no es ilimitado, sino limitado.
Un hombre no puede, por un acto de su voluntad y de repente, hacerse ángel, estrella o piedra; pero puede, dentro del campo humano, y aún dentro del campo magnético relacionado a su idiosincrasia individual, disponer de sus elementos naturales para determinar su fin real y no ilusorio.
En este sentido el hombre, con su libre albedrío, no contraría a la Predestinación Divina, sino la secunda. Es un elemento compuesto que busca el elemento simple.
Se nota en seres de parecida evolución y semejantes entre sí, cierta disparidad de posibilidades; pero esta disparidad es indispensable y armónica, pues no hace más que afirmar que la Manifestación Divina se asienta, no sobre una única forma sino sobre múltiples formas semejantes entre sí, pero no iguales; la unidad igual sólo existe en la raíz misma de la Creación.
Por ejemplo: dos seres de la misma evolución, nacen en la misma hora, en el mismo lugar y en las mismas condiciones; sin embargo entre los dos siempre existe una fracción X que constituye la diferencia. Por ley de Creación Numérica expansiva esta diferencia, a través del tiempo, lleva a estos seres a campos diferentes de actividad.

Enseñanza 12: La Divina Encarnación

Desde que los sabios de Hes comprendieron la inmensidad y grandeza de la Creación y la maravillosa

analogía entre el Macrocosmos y el Microcosmos, entre Dios y el hombre y vieron que la finalidad del hombre es acercarse a Dios, comprendieron también la necesidad de hacer que la potencia interior del alma se manifestara a lo exterior con todos sus atributos para que fuera un medio para la divinización del hombre.
El ser humano, si encierra en sí la potencia de la Creación, puede llegar a acercarse a Dios integralmente. Pero, a pesar de la imperiosa necesidad del hombre de unirse a su fin real, no puede lograrlo por el estado inarmónico de sus cualidades interiores: la vida, el amor y el saber, en lugar de ser una expresión simple del alma, se convierten en fuerzas opuestas que guerrean entre sí.
Aún los seres que llegan a la más alta y pura expresión del conocimiento interior de Dios, también constituyen una diferenciación entre ellos y sus hermanos que todavía no han logrado ese estado. El amor, el saber y la vida, que son desacordes en el hombre, son en Dios una sola y armónica expresión de Él mismo, una Divina Trinidad. El ser comprende y aún vive estos conocimientos, pero siempre de un modo abstracto.
Es necesario que la Divina Trinidad, abstracta, que mora en el alma humana, se concrete en ella. A tal fin, es preciso que esta operación se produzca plenamente en un ser extraordinario, semejante a los hombres, pero de distinta naturaleza, el cual puede servirle de modelo: una Divina Encarnación.
Todos los Textos Revelados hablan de un ser extraordinario, expresión directa de la Divinidad; de un Hombre-Dios que sea un canal por donde lleguen las fuerzas divinas a la Humanidad; que pueda constituirse como Imagen viva del hombre perfecto, en quien los

hombres que buscan a Dios puedan asentar firmemente su confianza, y que les infunda la fe y certeza necesarias para que, imitándolo, puedan alcanzar la salvación y liberación.
La Divina Encarnación no pertenece al ciclo humano; su naturaleza, por ser divina, está fuera del ritmo mental humano; su naturaleza mental es divina y humana: divina, porque no pertenece al ciclo de vida del hombre y es una expresión perfecta y coparticipante, en su totalidad, de la Trinidad. Al mismo tiempo, es verdaderamente humana porque es corporalmente de la misma naturaleza del hombre.
El nacimiento de la Divina Encarnación no se efectúa por el proceso natural común ya que no puede tener mancha que lo ate a una ley de causa y efecto. Pero, al aceptar la naturaleza humana sin la mancha de la atadura vulgar de la generación, toma, a pesar de todo, sobre sí toda la carga del karma de los hombres.
El sacrificio expiatorio de la Divina Encarnación, que viene a constituirse en modelo de los hombres, está formado entonces, y sobre todo, por la Encarnación. El proceso de su vida entre los hombres y aún de su sacrificio de entregarse a la muerte como todos ellos, es sólo participante de este solemne sacrificio de la Encarnación.
La Trinidad está integralmente activa en este Ser; es Él mismo. Su actividad es la más alta expresión de vida, amor y conocimiento y estimula directa y fuertemente a las almas de los hombres para que hagan sus reservas interiores al influjo de esa fuerza activa redentora.
El Gran Iniciado que ha llegado a un altísimo grado de perfección, pero que todavía tiene una mancha que

borrar, es un ejemplo, pero no la totalidad del ejemplo. La Divina Encarnación, si no se la acepta realmente como es, Divina y humana, no puede constituirse en un modelo integral de la Humanidad.
En la Teología el Misterio de la Divina Encarnación tiene primordial importancia y ha sido la fuerza de todas las religiones y filosofías de la India, en donde fue ampliamente desarrollado y comentado. Sus más grandes sabios se ocuparon ampliamente de la fuerzas de la Trimurti, de la Divina Encarnación, a raíz de las grandes luchas conceptuales sobre este tema.

Enseñanza 13: La Sagrada Revelación de la Idea Madre de los Arios

La mente imperfecta del hombre necesita una Revelación que le sea dada por una mente superior que lo afirme en la verdad revelada para conocer las leyes divinas, ya que él no tiene bastantes medios intrínsecos a su alcance para conocerla claramente.
¿Cómo se explica al insecto que vive sobre la piel del elefante que no ha habido cataclismo alguno, como seguramente se lo imagina, sino solamente que el elefante se está bañando en el río?
Las Revelaciones conocidas por las Grandes Religiones son los fragmentos de una Gran Revelación Única, dada al hombre en los albores de la Raza Aria, por un Dios-Hombre, poseedor de una mente divina, capaz de transmitir esta verdad indiscutible y fundamental.
Este postulado de una Revelación Única, anterior a toda Revelación conocida, es una verdad que el estudiante tiene que tener presente continuamente si quiere poseer la esencia de la Teología.

Esta verdad se puede probar de las siguientes formas:
El hombre intuye la verdad de la Revelación Única estando en éxtasis, ya que todos los místicos afirman la necesidad del hombre de acercarse a Dios como único logro de felicidad.
Los grandes místicos de todos los tiempos y de todas las sectas, afirman que el goce y la beatitud del alma que alcanza la unión divina los pone en condiciones de recibir la Revelación directamente, a través de un súper sentir intelectual, que les transmite la esencia y a veces aún el texto de la Revelación Única.
El hombre también puede alcanzar el conocimiento de la Revelación Única a través de las deducciones e inducciones de la razón.
Lo prueba la uniformidad fundamental de todas las religiones, de los hechos comprobados de la historia, y de la formación psicológica de los diversos pueblos y razas.
Paleontológicamente es probada la semejanza entre las creencias orientales y las de ciertos pueblos de África, con la creencia de los indios americanos que vivían separados por un inmenso continente. Esta semejanza no es sólo religiosa, sino también etimológica, ya que existe una gran similitud entre esos antiguos idiomas americanos y la de ciertos pueblos de oriente: la similitud etimológica prueba por ende la similitud del desarrollo psicológico.
Se puede probar la uniformidad arcaica de esta Revelación, aún a través del sentir del hombre, como si éste fuera una Revelación Única estampada en la naturaleza misma del hombre que le impulsa a establecer su relación y dependencia con Dios, a través de un incentivo más o menos desarrollado hacia algo

bueno y moral, como una necesidad emotiva, mental y hasta física hacia algo poderoso y desconocido. Una verdadera religión natural del hombre, Única, que afirma un único origen de Revelación Divina dada para él en los albores de la Raza y escrito en su misma naturaleza.

Cafh cree firmemente en esta Revelación Arcaica, y además, asegura que aún puede ser descubierta su afirmación categórica y escrita en alguna parte inexplorada y oculta de la Tierra. No terminará la presente Raza Raíz, sin que sea redescubierta para que todas las Revelaciones que fueron dadas durante el curso de la Raza vuelvan a encontrarse ellas mismas y puedan volver a esa gran unión de almas y de credos, que ha de ser el fin de la Gran Obra Divina sobre la Tierra.

El hombre puede deducir esta Revelación Única y desconocida a través de las Grandes Revelaciones clásicas y tradicionales; pero, si la Revelación es Única y Fundamental, ¿cómo pueden ser verdades las otras Revelaciones, ya que diversas Revelaciones contradictorias entre sí, no pueden ser todas verdaderas?

Las Revelaciones en sí no son falsas, pero son verdaderas únicamente por el fin para el cual fueron dadas; quiere decir relacionadas al tiempo, al lugar y a la necesidad relativa a ellas.

Cafh ha resumido en las palabras escritas sobre la Tumba de Hes, la Revelación Divina de los Arios. Todas las Grandes Revelaciones Arias nos permiten deducir la Idea Madre, que fue dada por el Gran Iniciado Solar de primera Categoría. Ellas son: Primera: La necesidad natural y espontánea del

hombre de buscar a Dios con sus propios medios, sin tenerlo delante suyo o con posibilidades de verlo, sino sólo auxiliado por Él.
Segunda: La lucha entablada por el hombre entre su naturaleza humana y divina, disponiendo sólo de sus medios racionales y luchando para ganar su liberación.
Tercera: La liberación del hombre, que éste ha de realizar por sí mismo no de golpe, sino por etapas, naciendo, muriendo, reencarnando, pasando por los infiernos, purgatorios y cielos.
Cuarta: La salvación empero, no llegará al hombre por él sólo, a pesar de sus esfuerzos. La mente racional se desarrollará por el constante sufrimiento y esfuerzo en esta Raza, pero la salvación le vendrá de Dios, dándosele al hombre en la imagen de los Grandes Iniciados. Puesto el hombre a las puertas de la salvación por su mente racional, Dios sólo le abrirá las puertas para ponerle en contacto con su mente superior o divina.
Quinta: A través de estas épocas, el hombre será constantemente expuesto y sacudido por la gran ley de pares de opuestos que rige su Raza, y atado a una infinidad de relaciones, consecuencia directa de este continuo oscilar entre el bien y el mal.
Sexta: El hombre fundará toda su existencia sobre este concepto del bien y del mal valiéndose de su mente racional que no tiene más elementos de los que le proporciona su mente animal y de los destellos de su mente intuitiva.
Séptima: El hombre ario entonces, tendrá necesidad inherente de desarrollo moral, de anhelo de mejoramiento, de perfección y de dignificar sus actos. La Revelación Única puede ser entonces afirmada como

una verdad indiscutible, cuando estos postulados sobre-enunciados son de dominio publico por la transmisión hecha al mundo por las diversas Revelaciones Religiosas, substancialmente todas semejantes entre sí, si bien aparentemente contradictorias.
Si bien por ahora se ha perdido en el tiempo el origen de esta Gran Revelación Única, Ella ha quedado estampada en el ser humano, en las Razas que se han sucedido, en las leyes de todos los pueblos y en los códigos de todas las religiones.
Los Teólogos de Cafh tienen entonces una Revelación Única no conocida objetivamente, sino conocida por ellos subjetivamente que encierra la verdad revelada por Dios y dada como Idea Madre a todas las Razas Arias.

Enseñanza 14: La Tradición Iniciática

Los Iniciados Solares de la Primera Categoría son aquéllos que transmiten la Revelación de la Idea Madre de toda la Raza.
Ella fue transmitida en los albores de la Raza Aria.
La Enseñanza cita tres nombres de Iniciados Solares de Primera Categoría: el Manú, Teti y Noé; pero a falta de una absoluta seguridad histórica, es indispensable para identificar a estos Iniciados usar siempre el nombre de Manú, que quiere decir legislador divino, tomando así este nombre un carácter genérico.
Es indiscutible que los Iniciados Solares dictaron la Revelación auténtica de los Arios, pero Ésta fue transmitida íntegramente por uno solo de Ellos y repetida simultáneamente por los Otros.

Los Iniciados Solares de Segunda Categoría adaptaron la Revelación sin tergiversarla a los pueblos que debían guiar y ésta, no en forma escrita sino oral.
Fueron los Iniciados Lunares, discípulos de estos Iniciados Solares, quienes redactaron y escribieron sobre la Revelación en forma histórica y dogmática.
Es completamente falso que la Revelación fue dada obscuramente en un principio, como quieren afirmar ciertas escuelas de Teología racionalista, y que Ésta se fue aclarando y definiendo más a través de la evolución de los pueblos y por el desarrollo mental de los hombres.
La Tradición de la Revelación Iniciática de los Arios fue transmitida por los discípulos en toda su pureza; sólo muy posteriormente se fue desvirtuando y adulterando por la presión de los valores humanos en contra de los valores reales del espíritu ario primitivo.
Los Iniciados Solares de Tercera Categoría conservaron la Revelación constantemente y aún la conservan.
También son los custodios, sobre la Tierra, del lugar secreto en donde está guardada la prueba gráfica de la Revelación. Esta es una de las enseñanzas y creencias más auténticas y antiguas de los Hijos de Hes de que existe una prueba, desconocida para todos los hombres de esta Divina Revelación.
Los Iniciados Solares de Cuarta Categoría tienen la misión de renovar la proclamación de la Revelación sobre la Tierra. Han de sacarla de los escombros en donde la han sepultado las falsas doctrinas humanas y la vuelven a presentar al mundo en sus formas claras, accesibles y divinas.
A veces los Grandes Iniciados Solares de Tercera Categoría o sus discípulos transmiten la Revelación, o

algún aspecto derivante de esta Revelación, a algunas almas extraordinarias de un modo sobrenatural en forma de visión astral o intuitivamente por ciencia infusa.
Estas Revelaciones son dadas cuando es necesario para la Sociedad, para una Obra o para un alma que ha de desarrollar una determinada misión. Siempre es dada para enseñar lo que humanamente no se puede saber y para aclarar ciertos puntos obscuros o para avivar más la fe y amor hacia Dios.
Desde luego que para que estas Revelaciones sean auténticas han de dar un testimonio claro y visible de la verdad, y esto es o por premonición de hecho, o por aclaración de una idea anteriormente desconocida y después completamente aclarada, sin la intervención de la deducción analítica racional.
Los Teólogos racionalistas niegan el valor de la Revelación, porque afirman que Dios no necesitaba de la misma para guiar los destinos humanos cuando ya a priori había predeterminado todos los acontecimientos, y que Dios ya desde el principio de la Eternidad había preestablecido lo que debía ser hecho; pero este concepto negaría inmediatamente, al admitirlo, la existencia del libre albedrío del hombre, el cual, por una ley de predestinación consecutiva, tiene un determinado campo de conciencia dentro del cual puede determinar por sí y hacer posible su adaptación a la Raza, o su evolución hacia una Raza mejor.
Entonces la Tradición Iniciática de la Revelación es de suma utilidad a los hombres e indispensable para el cumplimiento del plan divino en la Raza Aria. Es tan indispensable, que esta Revelación Aria ha de dirigir la Idea Madre en un ser que tiene sobre sí todo un destino

animal y al mismo tiempo una libre conciencia con una infinidad de posibilidades espirituales que influye hasta su mismo físico, hasta sobre su misma naturaleza. Por la Revelación el hombre hace una rápida adaptación fisiológica a las formas de vida existentes sin estar sujeto a las lentas adaptaciones de las especies. Esta Revelación Natural de los Arios, estará fortalecida por la Revelación Sobrenatural que pone al hombre de inmediato, al tener conciencia de sí, en contacto con la Idea Madre y las ideas fundamentales derivantes, a través del don hereditario de adaptación cerebral que le es transmitido racialmente con la llamada educación del niño y por las enseñanzas simbólicas, cosmogónicas y religiosas que van inherente con el despertar de conciencia del ser ario y le evitan el largo proceso de conocer las cosas por sí.
Todo hombre, entonces, tiene la obligación moral de conocer, amar y practicar la Revelación Divina y esta Revelación Divina que conoce a través de la Tradición ha de ser el norte de todo hombre que desee alcanzar su liberación espiritual.

Enseñanza 15: La Sustancia Primordial y los Siete Rayos

La Sustancia Primordial es perfectamente igual a lo Absoluto, Espíritu-Conciencia, pero no es el Espíritu en Sí.
Cómo se efectúa la unión eterna y real entre el Espíritu en Sí y la Sustancia Primordial es un misterio para la mente del hombre.
La parte divina y absoluta de la Sustancia primordial está totalmente identificada con ella misma y es de la

misma naturaleza divina del Espíritu en Sí; pero la parte sustancial de la Sustancia Primordial es de naturaleza distinta pero emanante de la naturaleza divina de lo Eterno.
Cómo se efectúa esa transición es un misterio para la mente humana.
Esta transición da la Creación Universal.
Esta misteriosa y divina unión entre el No Ser y el Ser, esta unión entre el espíritu y la sustancia eterna es el alma del Cosmos. No se puede separar a estas dos expresiones iguales en sí, distintas por sí, pues son igualmente eternas, indivisibles, incognoscibles pero perfectamente divisibles en sus causas.
La causa primaria de la Creación Universal, no puede entonces ser probada por ninguna razón o conocimiento; mas el hombre puede racionalmente probarla a través de causas derivantes de la Causa. Tales causas son la mente, la energía y la materia. Con otra frase se podría decir que se conoce a lo Absoluto por lo relativo.
El Espíritu en Sí, la Sustancia Primordial, y la Causa Primaria son la Divina Trinidad Creadora.
Esta Causa Primaria se desenvuelve en sí misma de sí misma como el ovillo de la lana, y sus movimientos son las causas de la Vida. Estos movimientos de la Sustancia o Gran Elemento del Éter Cósmico son los Siete Rayos.
Ellos son la corriente de la onda de vida del Cosmos y por sus transformaciones vibratorias se hacen, mantienen y deshacen todas las formas.
El cambio constante de esta onda de vida cósmica, es el movimiento creador de las formas.
La asociación constante de estas ondas vibratorias es

la que mantiene a las formas. La disociación constante de estas ondas vibratorias con su rapidez destruye a las formas y las renueva.
El Gran Elemento es la vestidura de la Sustancia Primordial y el movimiento de esta vestidura, los Siete Rayos.
El Primer Rayo se manifiesta en el Cosmos sintéticamente, porque a todo el Cosmos impregna de sí mismo, sujetándolo.
Es el Círculo o límite de la Conciencia Cósmica.
El Segundo Rayo se manifiesta dimensionalmente, ideando potencialmente la Naturaleza, aún no expresada de la Vida.
El Tercer Rayo emite la vibración o movimiento Creador de la Vida, porque separa idealmente la Causa de las Causas, la Conciencia de las Conciencias.
Es el cuchillo de Dios que hiende la Sustancia Divina.
El Cuarto Rayo es la fuerza de la Voluntad Creadora, o Verbo hecho carne.
Los Iniciados Solares emanan de esta potencia de Vida Eterna.
El Quinto Rayo es la determinación subjetiva de la Voluntad Creadora. Dios antes de crear el Universo Objetivo, lo determinó Subjetivamente en su Pensamiento. Una vez que este pensamiento está lanzado tiene vida propia.
Voluntad de Voluntades.
El Sexto Rayo moviliza la inmensidad de la Vida dentro de la cual se mueven las infinitas formas individuales.
Gota de agua del Océano de Vida.
El Séptimo Rayo es el factor de todas las formas existentes. La Sustancia Primordial se expresa en él,

completamente, como una Obra acabada.
La materia es su principal agente.

Enseñanza 16: El Ired de Hes

El movimiento universal se llama Ired.
Es la Ley única: como un punto cero en el inmenso espacio.
Todas las leyes dependen de él y convergen en él.
Es necesario un ejemplo: Si se sopla un globo y se llena de aire, y se vuelve a soplar con más o menos fuerza, el nuevo aire introducido hace presión sobre el aire anterior y esta presión modifica la forma del aire dentro del globo comprimiéndolo o expansionándolo.
En el cosmos, el aire sobre el aire, es el Espíritu accionando sobre la Materia.
El aire que ha expulsado del pulmón divino circunscribe el límite del Universo y este grande y primer movimiento que limita la Conciencia del Cosmos es el Ired.
Ahora el aire, sustancia del Universo, vive su propia vida y establece sus propias leyes.
El Ired se mueve en sí.
La sustancia cósmica comprime la sustancia cósmica y por este movimiento de conciencia cósmica empieza la involución.
Una vez que esto se efectúa, ¿quién puede detener a la fuerza motriz del Ired? Se mueve y se mueve vertiginosamente en todas las direcciones, formando las grandes leyes del azar: matemática divina.
La Conciencia se vuelve infinidades de conciencias. El movimiento rápido busca inmovilidad o movimiento de menor cantidad. Lo grande se abandona

vertiginosamente hacia lo pequeño.
Disolución fijadora.
Es como una gran explosión universal.
El globo de aire estalla en una infinidad de partículas vivas, manteniéndose dentro de su propio círculo.
Ahora el gran movimiento único de Ired, hecho movimientos o conciencias, no puede ser considerado ya como tal, sino como voluntades hacia una voluntad única. ¿Cómo se efectúa esta transformación?
La conciencia se vuelve conciencias y el círculo empieza a dar vueltas sobre si mismo, formando una infinidad de círculos. Esta operación de moverse, de darse vueltas, establece una diferencia entre círculo y círculo: en realidad esta diferencia es la línea que da una base ideal de la transformación cuantitativa del Uno.
Esto constituye los tres movimientos fundamentales del Universo. El Ired más en sí, más de sí.
Dice la Cosmogonía que con tres grandes pasos involucionan y evolucionan los seres divinos.
Ahora este círculo de conciencia, visto a través del punto que se relaciona con las conciencias individuales, no es tal.
Si una de estas conciencias pudiera ver delante de sí, no vería círculos en el espacio, sino vería inmensas rayas que marchan derechas delante de sí, unas tras otras, dispuestas en grandes hileras, sin tocarse nunca.
Esto es lógico, pero no verdadero.
Las almas individuales son grandes rayas que nunca se juntan entre sí, hasta que no puedan verse a sí mismas, desde muy arriba.
La voluntad es voluntad y no habría progreso, quiere decir, evolución ascendente sin ella y sin su punto de vista: raya.

Estas inmensas rayas, no son nada más que la potencialidad sostenida y ejecutora del inmenso círculo que constituye el conjunto.
El movimiento Ired, que es recto en su voluntad persistente y es curvo en su conciencia moldeadora, hace su recorrido por el Universo, oscilando sobre sí mismo para atenuar los impactos de su fuerza dual.
La ley del Ired es una, pero sus leyes derivantes son completamente contradictorias entre sí.
Sus leyes de inversión cuando llegan a un zenit necesitan de leyes completamente contrarias a sí mismas para hacerse reversible y viceversa.
Lo dice también la Cosmogonía.
La involución, evolución y ordenación del Universo tiene dos grandes movimientos de adherencia y resistencia. Y estos, tienen a su vez otros siete: de progresión y de regresión, de atracción y de repulsión, circular, espiral y fijador.

TEOLOGIA BASICA

ÍNDICE:

Enseñanza 1: Orígenes de la Teología
Enseñanza 2: Divisiones de la Teología
Enseñanza 3: Existencia de la Teología
Enseñanza 4: Bases y Método
Enseñanza 5: Postulados
Enseñanza 6: Propiedades de la Teología
Enseñanza 7: El Concepto Ario de la Creación
Enseñanza 8: Evolución del Dogma
Enseñanza 9: Teología de la Existencia
Enseñanza 10: El Vedanta
Enseñanza 11: Teología de la No Existencia
Enseñanza 12: El Óctuple Sendero
Enseñanza 13: Teología de la Creación
Enseñanza 14: El Concepto de la Trinidad
Enseñanza 15: Teología de la Encarnación Divina
Enseñanza 16: La Encarnación Divina

Enseñanza 1: Orígenes de la Teología

Cuando se habla de Teología, por lo general, los hombres piensan de inmediato en iglesia, en religión y más de una vez se escuchan comentarios que, evidente fruto de la ignorancia, rodean esa palabra y lo que ella significa con un nimbo de algo un tanto remoto y oscuro; como algo alejado de la vida humana; reducto exclusivo de un grupo de seres, los "teólogos", cuyas actividades aparecen a la vista de los hombres como algo un tanto incomprensible.
Debe tratarse pues de echar un poco de luz sobre este asunto complejo, es cierto, a medida que se ahonda en él, pero del cual participan prácticamente todos los seres al día de hoy.
Y antes de entrar en consideraciones debe recordarse que teología, vocablo de origen griego, deriva de teólogo, contracción de dos palabras que significan respectivamente "Dios" y "exponer", "decir".
Cuando se lanza el pensamiento en vuelo retrospectivo hacia los orígenes de la Humanidad, se encuentra que en un período determinado de la vida de nuestro planeta desciende sobre él, oleada tras oleada, una corriente de vidas predestinadas a originar una evolución terrestre de algo que, como parte de la manifestación activa de Dios, se llama la Mónada Humana.
Dichas entidades lanzadas a una misión tan extraordinaria, evidentemente actuaban dentro de los exactos límites que la Ley de Dios, la Manifestación, les había fijado.
Carentes de formas físicas, terrestres, fue necesariamente su afán, su primera necesidad, cumplir

con la inexorable necesidad de adaptarse al medio ambiente en que debían actuar y vivir. Ejemplo grosero de tal situación sería la de un Hijo de Cafh que fuera a un país extranjero, lejano. Adaptación al clima, al terreno, al alimento, a la habitación, al lenguaje nuevo y desconocido, a las modalidades, costumbres y prácticas de los hombres de ese nuevo medio ambiente serían su primera necesidad. Será un extranjero en esas tierras, pero mantendrá vivo en sí el mandato que allí lo llevó y de quien lo mandó. En su mente, en su corazón, en su alma, estará claro y patente su origen, y por encima de su sentimiento de destierro brillará con inefable luz de consuelo el conocimiento de su unión indestructible con el pensamiento y vida de todo lo que tuvo que abandonar.

Algo similar ocurre entonces también con esas primitivas mónadas humanas. Impulsadas al cumplimiento de la misión que la predestinación divina les había impuesto, emprenden la construcción de las formas físicas humanas sobre la tierra, pero conservan intacto el recuerdo de su origen divino y aún se resisten a unirse con esas groseras formas que prevén algún día nublarán la clara conciencia de su verdadero estado. Pero el tiempo pasa, la Ley Divina gravita inexorablemente sobre la mónada y al ir perfeccionando las formas físicas se va afirmando cada vez más el lazo que une las entidades con su obra. El espíritu desciende y penetra totalmente en el cuerpo, la adaptación se ha completado. Desde ese momento la mónada se transforma en Humanidad, la Humanidad que crece y va perfeccionando más y más el instrumento físico necesario para cumplir su misión. ¿Qué ha pasado durante todo ese tiempo respecto a su

conciencia divina si es que se puede utilizar la palabra conciencia?
Es indudable que, si bien paulatinamente se había ido obscureciendo la clara visión del estado inicial de la mónada, la Humanidad siguió viviendo, aún al desarrollar la mente instintiva, en completa concordancia con la ley natural divina. Y al hacerlo, debe también admitirse que vivió en plena Unión Natural con Dios, cosa que perdió el hombre al comenzar a desarrollar la actual mente racional. Durante todo ese largo período la Humanidad pudo usufructuar de la primitiva clara visión, para decirlo aunque sea con palabras poco adecuadas, y aunque esa visión se fue nublando, aún en tiempos atlantes los hombres lograban a través de la visión astral dicha unión.
Mas con el surgimiento de la Raza Aria profundos debían ser los cambios que se producirían.
Se ha mencionado que hasta ese entonces la Humanidad vivió en unión natural con Dios. El desarrollo de la mente racional y como secuela, del libre albedrío, consciente, destruyen el equilibrio; la armonización con la Ley Divina se interrumpe y tanto la visión, unión como comunicación natural y directa con Dios es interrumpida.
El hombre pierde definitivamente la visión astral y dependerá enteramente de sus sentidos para conocer y relacionarse, y éstos no sólo no pueden revelarle a Dios sino inclusive se interponen como una extraordinaria muralla entre Éste y la Humanidad.
El hombre ario debe pues así pagar el tributo a su conquista. Sus ojos serán ciegos, sus oídos sordos y verdaderamente, aquél que desee volver a recuperar la

visión Divina deberá apagar y enceguecer sus sentidos a través de la renunciación.
Mas, como bien se sabe, este método, el de la renunciación, no es común ni puede ser considerado de aplicación general para la Humanidad actual. Y también debe admitirse que, si bien es conocido y practicado hace milenios, es improbable que la Humanidad lo haya conocido y practicado desde el momento en que comenzaron sus dificultades.
Por otra parte, la unión substancial natural subsistía, imborrable, indestructiblemente desde el descenso a la tierra de las mónadas, y ese conocimiento interior, ese sentimiento íntimo no pudo ni podrá jamás ser ahogado por la mente.
Al contrario. Esa certeza íntima interior de Dios que lleva en sí todo hombre, constituye un elemento de actividad mental racional poderosa, que ha llevado al hombre precisamente al planteamiento de una serie de preguntas de carácter trascendental.
El hombre intuye a Dios, mas los sentidos nada concreto aportan en sí para revelarlo a Él.
Y la mente, sola, vaga desorientada por el campo racional, incapaz de echar luz por sí sola sobre el gran misterio.
Perdida se hallaría así la Humanidad, si la Divina Providencia, en previsión de acontecimientos futuros, no hubiera actuado ya en los albores de la raza.
Por intermedio de los Grandes Iniciados Solares, Dios se revela a los hombres. Las Enseñanzas que reciben, verdadera Revelación Divina, se condensan en las Grandes Tradiciones Fundamentales. Son transmitidas oralmente primero. Otros Iniciados posteriores las recogen, afirman y les dan finalmente forma escrita.

Llega así el Mensaje Divino, dado al tiempo de la aparición de la Raza Raíz, bajo la forma de las Escrituras Ortodoxas de las Grandes Tradiciones Fundamentales. Y, verdaderas y únicas Revelaciones, se convierten en fundamento y principio de toda tentativa de conocimiento divino.
Las Revelaciones constituyen pues lo que en Matemáticas son los postulados fundamentales. Son las verdades indemostrables para el hombre. Son la palabra que Dios, al descubrirse en la medida por Él mismo fijada, ofrece como punto de apoyo a la mente para que la Humanidad tenga la posibilidad de conocerle hasta los límites trazados por la misma Revelación.
Si se recuerda ahora lo que anteriormente se dijo significa la palabra Teólogo y, como derivación, Teología, se comprende plenamente el propósito y objeto de la Teología, su origen y finalidad.
Se puede afirmar entonces que el origen de la Teología se remonta y arranca de las Escrituras Ortodoxas de las Grandes Tradiciones Fundamentales.
Que su propósito y objeto es descubrir al hombre el Saber Divino subyacente en los textos revelados y que su finalidad es la santificación y dignificación del hombre.
Es entonces la Teología el único y completo saber que Dios, a través de la intuición, hace aflorar en el hombre para que éste pueda desarrollarlo racionalmente y lograr la plenitud del conocimiento divino.
Su método es entonces principalmente racional, deductivo e inductivo, y basado esencialmente sobre los textos revelados, único punto fijo, por ser la palabra de Dios en el agitado lago de la mente. La Teología en

definitiva se desarrolla y caracteriza por el discurso razonado, coordinado e ilativo y siempre a la luz infusa del Saber Divino transmitido a través de las Revelaciones.
Resumiendo pues, se ve que la Teología es una forma y modalidad característica de la Raza Aria que necesita emplear la razón por haber perdido las posibilidades que los Atlantes y la Humanidad aún más antigua tuvieron para mantener su vínculo con Dios.
Y como la razón por sí sola es incapaz de hacer conocer lo Divino, debe apoyarse y partir del sentimiento intuitivo de Dios, que existe en todo ser, y de las Revelaciones Divinas.
En esta forma el hombre, el estudiante, puede avanzar por el sendero y adquirir humanamente el conocimiento divino que, unido a la experiencia íntima realizada gracias a la intuición superior, le permite alcanzar un alto grado de conocimiento.
Mas la mente tiene límites. Por eso las últimas verdades alcanzables las recibirá el hombre sólo a través del éxtasis o Divina Unión.

Enseñanza 2: Divisiones de la Teología

La Teología es una ciencia eminentemente racional que intenta conocer a Dios.
En la realización de este intento le quedan al hombre dos posibilidades.
La primera es discurrir sobre Dios y conocerlo exclusivamente mediante el empleo de la razón pura.
La segunda consiste en reconocer las limitaciones de la razón e incorporar elementos que se hallan fuera del círculo de ella tomando a éstos como base y punto de partida.

La llamada Teología Natural representa la primera posición, mientras la Teología Dogmática y sus ramas derivadas representan la segunda.
Teología Natural es entonces la que trata de Dios y de sus atributos y perfecciones a la luz de los principios de la razón, independientemente de otro auxilio, es decir, la que trata de llegar al Ser Supremo por medio de la razón.
Su objeto primordial es Dios en cuanto a Ser Absoluto y Creador.
Se le llama también Teodicea, habiéndola calificado Aristóteles como filosofía primera. En el campo total de la Teología constituye la llamada Teología Fundamental.
Si bien en sus elementos originales no entra la fe, llega a considerarla y demuestra eventualmente la posibilidad de la fe.
Teología Dogmática. Es la que trata de Dios y de sus atributos y perfecciones a la luz de las Verdades Reveladas. Se apoya entonces en los dogmas de fe, en los principios revelados para explorarlos racionalmente y extraer nuevas Verdades que las iglesias pueden o no convertir oportunamente en artículos de fe.
Constituyen temas de estudio de la Teología Dogmática, por ejemplo, los siguientes: Dios en Sí mismo; Dios Creador, Dios Redentor; Dios Santificador.
De la Teología Dogmática se han desprendido ramas que por su importancia y vida propia merecen mencionarse en especial.
Teología Moral. Es la que trata de las aplicaciones de los principios de la Teología Dogmática y también de la Natural al orden de las acciones humanas. Se refiere

pues al ser del hombre, con inteligencia y voluntad libre, y su consecuente operar.
El problema fundamental que plantea es el de la libertad.
Trata en especial de las acciones y operaciones humanas; de las pasiones, hábitos y virtudes en general; de los pecados y vicios; de la gracia y del mérito. Al desarrollar estos temas, considera la ley que rige las acciones humanas, la justicia y la caridad.
Al sector eminentemente espiritual de la Teología corresponden la Teología Ascética y la Teología Mística.
Teología Ascética, es la parte de la Teología Dogmática y Moral que se refiere al ejercicio de las virtudes, en otras palabras, considera lo que se debe practicar, las virtudes, y lo que se debe dejar, los vicios y pecados.
Teología Mística, es la parte de la Teología Dogmática y Moral que se refiere a la perfección de la vida en las relaciones más íntimas que tiene la humana inteligencia con Dios, tanto en la vida activa como en la contemplativa.
Como metodología se han formado también dos posiciones. La Teología Escolástica y la Teología Positiva.
Teología Escolástica es la dogmática que, partiendo de las Verdades Reveladas realiza sus conclusiones usando los principios y métodos de la Filosofía Escolástica. O, expresado en términos más generales, se consideran los elementos que aporta la Revelación dándoles una estructura filosófica.
Teología Positiva, es la Dogmática que principalmente apoya y demuestra sus conclusiones con los principios, hechos y movimientos de la Revelación.

Enseñanza 3: Existencia de la Teología

El pensamiento humano adopta muchas formas y aspectos, aún en el campo trascendental. Mas hay formas y normas similares en todas ellas, como por ejemplo la cuestión de si la teología es una ciencia necesaria y existente realmente.
Para considerar este punto se adoptará un postulado, un concepto fundamental de uno de ellos, para captar la forma de pensamiento teológico.
Dígase, por ejemplo, con Tomás de Aquino que el "ser necesario" incluye en su propio concepto la existencia. De ello se deriva que evidentemente todo ser necesario existe.
Si se demuestra que la Teología es necesaria se demostraría que existe, que es una ciencia real y existente.
La Teología, como ya se sabe, es conocimiento de Dios; es un hábito cognoscitivo no sólo actual sino habitual de considerar a Dios.
Pero en la consideración de Dios hay dos formas o ciencias que se aplican: la Teología Natural o Teodicea, parte de la filosofía, y la que supera y trasciende la filosofía humana, que se llama Teología Sagrada.
La Teología Natural o Teodicea considera a Dios únicamente por las naturales fuerzas de la razón humana. En cambio la Teología Sagrada lo hace por un medio sobrenatural, divino, por la Divina Revelación.
Esta última, la Teología Sagrada, no considera tanto a Dios en su forma de manifestación visible, sino en cuanto se ha manifestado Él mismo a los hombres, es decir, a través de la Revelación.
Mas el conocimiento por Revelación no es privativo de

la Teología. El conocimiento por hábito de fe infusa también proviene de la revelación. Pero esta fe es simple asentimiento a una verdad revelada por Dios. La Teología supone algo más, esfuerzo humano, razonamiento y discurso.
Entonces hay que distinguir en el campo de la Revelación Divina dos grupos: verdades en sí mismas formal y explícitamente reveladas y verdades virtual o implícitamente reveladas. Las primeras son objeto de la fe. Para las segundas no basta la fe sola, hace falta el discurso natural racional, para hacer ver que éstas están contenidas en una verdad formal revelada. Por eso se dice que la Teología, que necesita de la razón, es un conocimiento divino-humano de las cosas divinas. En otras palabras, es un hábito intelectual que versa sobre las verdades virtual e implícitamente reveladas.
Se puede plantear ahora la pregunta si existe realmente una ciencia teológica. Para ello se aclarará ante todo si es necesaria.
Tomás de Aquino al enfocar este problema llama ante todo la atención sobre la existencia de dos aspectos, de dos géneros de verdades.
Unas que son objetiva e intrínsecamente sobrenaturales y que trascienden las fuerzas naturales de la inteligencia (Fe).
Otras que son intrínseca y formalmente naturales y por ello proporcionadas a la capacidad mental del hombre, y que Dios ha revelado a la inteligencia humana, dígase por gracia, para ayudarlo y orientarlo.
Se plantea entonces la doble pregunta de si es necesario que el hombre conozca por vía de revelación divina aquellas verdades sobrenaturales y divinas que

escapan a su capacidad intelectiva natural y si es necesario que sean revelados al hombre el otro género de verdades que no exceden su capacidad intelectual.
Al analizarse la primera pregunta se advierte de inmediato que no existe una necesidad absoluta natural por parte del hombre para conocer por revelación sobrenatural, pues si fuera así dejarían de ser sobrenaturales.
En consecuencia, es necesario admitir sólo una necesidad hipotética que respondería y estaría condicionada por el objetivo final que debe lograr el hombre, es decir, su perfección y liberación.
La revelación ha sido dada graciosamente por Dios al hombre, ya que al exceder su capacidad no la hubiera podido alcanzar por sí mismo.
Responde entonces la revelación sobrenatural a un propósito divino frente al hombre, a un don gracioso que recibe el hombre para cumplir el plan divino sobre la tierra y que implica en última instancia la posesión clara y perfecta de Dios, su retorno a la divinidad de la cual ha surgido.
El hombre tiene entonces, para logra eso, que enfocar todas sus fuerzas y actos hacia Dios; pero ello sería imposible si no conociera el fin y el camino que lo conduce a Dios, y precisamente tanto el fin como el camino son intrínsecamente sobrenaturales.
Se comprende entonces que sólo la revelación sobrenatural puede dirigir al hombre hacia su fin glorioso y entonces se debe admitir que si el hombre puede y debe alcanzar su liberación y bienaventuranza, proposición hipotética, le es absolutamente necesario tener conocimiento de la verdad sobrenatural que únicamente le puede proporcionar la revelación

(necesidad absoluta, omnímoda).
Existen, como ya se decía, el otro grupo de verdades reveladas que el hombre en realidad puede lograr de por sí, por vía de su propio intelecto. No puede constituir entonces su revelación una necesidad absoluta del hombre.
Pero no hay duda que para que los hombres puedan cumplir el plan divino a ellos prefijado es necesario que todos los hombres posean esas verdades congénitamente, con certeza y enseguida que la razón es capaz de discernir entre el bien y el mal.
La misma razón indica que ello es prácticamente imposible pues muy pocos hombres lograrían el conocimiento por su propio esfuerzo, ya sea por deficiencias mentales propias, ya sea por estar absorbidos en tareas puramente materiales, ya sea por falta de incentivo o pereza.
Además, el logro del conocimiento llevaría al hombre un tiempo enorme. Son conocidas las dificultades con que se tropieza para lograr el conocimiento de las cosas materiales que nos rodean. Cuanto más difícil resultaría, tanto más tiempo requeriría ahondar esas verdades que por su profundidad y abstracción requieren una devoción y habilidad que pocos poseen.
Finalmente faltaría completa unidad en la exposición de la verdad. Es hábito mental del hombre expresar todo a través de su posición subjetiva, con lo cual la posibilidad del error es enorme y existiría absoluta discrepancia de pareceres.
Es entonces una necesidad moral, aunque no absoluta, para que el hombre conozca en forma clara y segura desde el momento en que aflora su capacidad racional, que Dios, único Maestro de la verdad, revele al hombre

aún esas verdades divinas que el hombre de por sí podría lograr por su propio esfuerzo y que constituyen principalmente las verdades de orden moral y religioso.
El razonamiento expuesto contiene en forma explícita la necesidad de la fe, que no es Teología, pero se verá que implica también la necesidad de la Teología.
En efecto, la fe entraña siempre dos elementos: uno objetivo, lo que se cree, la verdad revelada; el otro subjetivo, o sea el asentimiento de la mente a las expresiones de la fe.
El objeto de la fe no puede ser captado por el hábito de fe si antes no es propuesto a la inteligencia humana.
En consecuencia el objeto requiere dos cosas: una verdad explícitamente revelada y la proposición de ella a la razón humana.
Mas la verdad explicita lleva en sí muchas otras verdades implícitas y son ellas justamente el objeto propio de la Teología, la cual las deriva de la verdad formal explícita y las hace conocer al intelecto humano.
Esta labor ya no es de fe, sino Teología, y entonces el creyente que acepta por simple fe la verdad revelada explícita, confirma y robustece su fe en virtud de las razones que se le ofrecen para probar la credibilidad de los misterios divinos. Esta tarea es esencialmente teológica y constituye su verdadero objeto.
Además, la fe propone a un ente racional en el cual siempre está latente el deseo de tratar de comprender por la razón aún los misterios más profundos. Para ello discurre y analiza; compara las diversas partes de la revelación y deduce nuevas verdades. La duda lo impulsa a ahondar lo que la fe le propone y aún debe esforzarse en buscar argumentos contra los que atacan su fe.

Todo ello, brotando de la fe, constituye funciones típicas de la Teología.
Del encuentro de la fe con la razón brota espontáneamente la Teología como una verdadera necesidad humana y bien puede repetirse con Tomás de Aquino que la falta de Teología significa o ausencia de fe o de razón.
Existe entonces en el hombre una necesidad de teología; es fundamentalmente necesaria.
Luego existe un estudio razonado de la fe, una investigación divino-humana de la Revelación Divina, que es precisamente la Teología.

Enseñanza 4: Bases y Método

Siendo la Teología una actividad esencialmente racional tiene que tener como ciencia por excelencia que es, bases de donde partir, donde apoyarse y métodos característicos en concordancia con sus objetivos.
Se ha visto ya que, siendo el objetivo de la teología en última instancia el conocimiento de la verdad, o si se quiere ponerlo en otra forma, de Dios, no le queda a la razón humana otra posibilidad para su especulación que asirse y basarse sobre lo único que Dios le ofrece como manifestación más o menos inteligible a su comprensión: la Revelación.
Sólo a través de la Revelación, en efecto, logra el hombre un vislumbre de la verdad última que tan anhelosamente busca.
Ella es el único punto de contacto, de enganche, aunque oscuro y general, que puede utilizar para penetrar en el gran misterio de sí mismo y de Dios.
Las tradiciones del pasado y aún de nuestros días dan cuenta que Dios se revela a veces a algunas almas

selectas instruyendo e iluminándolas con conocimientos extraordinarios. Estas revelaciones no son, sin embargo, las que pueden servir de base a la Humanidad en su conjunto, pues por ser dadas a un ser en especial cumplen generalmente objetivos particulares del alma individual y están orientadas a la misión específica que cumple ese ser en su vida.
La revelación como base teológica, debe reunir entonces ciertas condiciones generales que la ponen por encima del ser tomado individualmente, abarcando el conjunto de la Humanidad no sólo para una generación sino para todo el período durante el cual la Humanidad evoluciona de acuerdo a una modalidad característica.
Se descubre así una de las características fundamentales de la Revelación, que es su antigüedad. O puesto en otras palabras, el origen de la Revelación se pierde en el pasado de la Humanidad.
Pero, como además debe ser valedera para todo el período durante el cual la Humanidad evoluciona de acuerdo a una modalidad o finalidad característica, que en el caso que se considera es la conquista y desarrollo de la mente racional, se comprende que la Revelación, base de todo desarrollo racional para lograr la conquista de la Verdad Última, debe tener su origen en los albores de la Raza Raíz.
La Revelación, teológicamente hablando, está entonces contenida en las Grandes Tradiciones Fundamentales de la Humanidad, cuyo origen se pierde en el pasado a tal punto que sería vano intentar ubicarlo cronológicamente ni determinar el autor, el cual evidentemente pertenece a una etapa anterior a la actual.

En efecto, siendo la Revelación lo que se podría llamar prácticamente la ley rectora del desenvolvimiento de la Raza, será necesariamente previa al surgimiento claro de ella, lo que significa que el ser que la estableció pertenece a una etapa evolutiva distinta a la que luego se desarrollo bajo esa ley y escapa por ello a toda posibilidad de determinación.
Es pues evidente que sólo un Iniciado Solar puede haber lanzado a través de la Idea Madre lo que llamamos las Tradiciones Fundamentales las cuales, al ser aquél un simple canal de la palabra de Dios, tienen verdadero origen divino. Ello aclara y justifica de paso la afirmación que la Revelación es la única base para intentar penetrar en la Verdad Última.
Finalmente, para que la Revelación sea considerada tal, debe ser escrita. Esta condición de escrita implica el concepto de afirmación. Esto significa que la Revelación original, transmitida oralmente al principio de generación en generación fue luego transmitida por escrito por otros Iniciados los cuales al así hacerlo, confirman las Verdades en ella contenidas a la luz de sus experiencias reunidas, corroboradas y confirmadas a través del tiempo.
La Revelación, para ser tal, debe tener siempre una etapa oral y luego otra escrita, bajo cuya forma pasa a la posteridad.
En esta forma la Revelación a través de su afirmación escrita ininterrumpida desde épocas que escapan a toda posibilidad de determinación, se convierte en Escritura Ortodoxa, por cuyo motivo se define la Revelación como las Escrituras Ortodoxas de las Grandes Tradiciones Fundamentales.
De lo anterior surgen con claridad las siguientes

cualidades de la Revelación:
Perpetuidad: La Revelación es perpetua. Al hablar de perpetuidad, humanamente, se debe tomar ese concepto en su alcance humano y no con relación al Absoluto que se concibe como eterno.
Aclarado en esta forma, se comprende que es humanamente perpetuo todo aquello que tiene validez real y duración durante un ciclo completo del desarrollo humano. La Verdad y Enseñanza contenida en la Revelación tiene validez para toda la existencia de la Raza Raíz porque está constituida por la Idea Madre. Es pues humanamente perpetua.
Infalibilidad: La Revelación es infalible porque la Idea Madre es una verdadera Ley de Predestinación Racial Cíclica dependiente de la Gran Ley de Predestinación Universal, la cual, aunque desconocida e incognoscible para el hombre, se intuye rige divinamente la manifestación.
Único Exponente de la Doctrina: Porque la Revelación orienta e indica los medios que puede usar la Humanidad para completar su Ley de Posibilidades en su ciclo racial y dentro del círculo de su predestinación.
La Revelación, contenida en las Escrituras Ortodoxas, constituye entonces el manantial de todo conocimiento humano y por ello es base y punto de partida de todo esfuerzo para penetrar y conquistar la Sabiduría Divina a través de la Teología.

Enseñanza 5: Postulados

Los postulados fundamentales de la Teología basados sobre los conceptos de la Revelación y sobre los cuales eleva su magnífica estructura racional son los siguientes:

La Teología es la Única Verdad.
La Teología es un Saber Divino enseñado directamente por Dios.
La Teología tiene por objeto descubrir al hombre el Saber Divino y su relación con Dios.
La Teología es la Única Verdad porque contiene en sí todo, la totalidad de todo conocimiento, racional e intuitivo.
Racional porque toda idea y pensamiento correctamente ilado lleva siempre a una conclusión única e invariable, a un conocimiento que responde y emana siempre de una ley fundamental simple, única y consecuentemente divina.
Intuitivo, porque sólo mediante la intuición, iluminada por la luz infusa de la Revelación, puede el hombre coordinar y sintetizar todas sus ideas en una Idea Única, simple y divina.
La Teología es un saber Divino porque es un verdadero mensaje de Dios dirigido a la intuición del hombre mediante la Revelación, para que éste adquiera racionalmente el conocimiento de Dios tal cual Es, como principio activo del Universo Cognoscible, pero no en su aspecto Indiferenciado e Incognoscible.
Finalmente en el tercer postulado, se expone el objetivo último de la Teología que es descubrir al hombre el Saber Divino no en forma accidental y velada, sino sistemática y realmente. A través del esfuerzo y trabajo que realiza el hombre al enfocar sus pensamientos en los principios revelados, logrará santificar y dignificar su vida y alcanzar eventualmente a través del Éxtasis la Visión Beatífica.
La Teología es esencialmente el camino del conocimiento a través del esfuerzo y aplicación de la

razón y auxiliada por la intuición que, como ya se mencionó, recibe la iluminación de la luz infusa de la Revelación.
En consecuencia, el ser que recorre ese camino, el estudiante teólogo, al día de hoy, deberá recurrir a todas las fuentes de conocimiento que se le ofrecen. Recurrirá ante todo al estudio de los diversos sistemas filosóficos, conocerá y practicará las ciencias de ellas derivadas, inclusive los aspectos fenoménicos de la naturaleza y, recurriendo a todas las formas y medios mentales a su disposición, a través del razonamiento perfectamente ilado, analizando y sintetizando las conclusiones a que vaya arribando, irá descorriendo poco a poco los velos de la ignorancia.
Así y acompañando siempre la actividad mental clara, ordenada y constante con un método de vida de pureza y oración, logrará luego que la luz infusa vaya aclarando su intuición y comience a comprender humanamente las Verdades Reveladas por Dios. Realiza una verdadera fusión de su mente racional con su mente intuitiva.
Aún hay seres que trascienden esta etapa y logran a través del éxtasis un conocimiento superior en que comprenden aunque sólo fuera potencialmente, las Verdades Divinas no reveladas. Este conocimiento se llama Theología in Deo Clare Visa, mientras que el conocimiento adquirido por el estudio racional al amparo de la intuición se llama Theología in Via y es el que por lo común logran alcanzar los hombres.
El conocimiento extático es de pocos, de los Grandes Iniciados y algunos de sus discípulos, seres que luego vuelcan sus conocimientos en lo que se llama los Dogmas.

El Dogma es entonces una verdad deducida lograda Clare Visa Deo, es decir extáticamente frente a Dios. Los Grandes Iniciados, por lo general, son los que establecen el Dogma que luego, a través de un discípulo es difundido y explicado llegando al pueblo a través del Sacerdocio.
El Dogma se sintetiza por lo general en una frase conceptual no discutible pero, a través de la doctrina que establece al afirmar una Verdad Revelada, abre el camino que hace posible deducir otros conocimientos y verdades potencialmente implícitas.
En esta forma, a través del razonamiento ilativo correcto, van surgiendo paulatinamente las verdades y conocimiento teológicos.
Se ha dicho que la teología es una actividad esencialmente racional del hombre, característica del hombre Ario, que de por sí sólo dispone de la razón como instrumento constructivo del conocimiento. Pero se comprende una vez más que sin la Revelación Divina, sin la Luz Infusa con que Dios ilumina su intuición, vano sería su esfuerzo.

Enseñanza 6: Propiedades de la Teología

Para conocer una cosa, un objeto, una disciplina, se comienza siempre por conocer sus cualidades o propiedades.
Véase, pues, cuales son las propiedades de la Teología. Estas propiedades son esencialmente de dos aspectos: las absolutas, privativas, que convienen a la teología en sí misma; y las relativas que la complementan y competen en especial con respecto a las ciencias humanas en general.
Se verá cuáles corresponden al primer grupo.

La Teología es rigurosa ciencia

Para que una disciplina sea ciencia es necesario que sus conclusiones sean perfectamente concordantes y estén contenidas en sus principios. Mas, si no se tiene evidencia de los principios, es imposible tener evidencia de las conclusiones.

Entonces, ¿cómo es posible tener evidencia de las conclusiones si los principios de la Teología se basan sobre la fe en la verdad revelada que no es principio evidente?

Para salvar este escollo Tomás de Aquino aportó una sutileza notable. Introdujo el concepto de ciencia subalternada y de ciencia subalternante.

La Teología no es ciencia así nomás, es ciencia subalternada a la ciencia divina. De esta manera la Teología se basa en principios de una ciencia evidentemente superior, la divina, y en esta forma, al depender de ello, no es necesario que sus principios sean evidentes en su misma ciencia, ya que lo son en otra superior.

Teología es entonces una ciencia subalternada a la Ciencia Divina porque sus principios tienen evidencia en la Ciencia de Dios.

Mas en el hombre la Teología se halla separada de su ciencia subalternante pues sus principios se poseen sólo por los artículos de fe, de la Revelación. Mas esto es un sustituto momentáneo de la clara visión de Dios que puede lograr el hombre a través de la visión beatífica. Cuando el hombre la alcanza, logrará la evidencia de los principios que actualmente sólo posee por fe, lo cual ya no necesitará por poseer la clara visión.

La Teología es entonces ciencia basada en principios de

evidencia divinos que por el momento y hasta no lograr la iluminación superior se aceptan por fe. Por ello la Teología, formalmente hablando, sólo proporciona evidencia de la conclusión, pero no de lo concluido. Conclusión teológica se llama una conclusión deducida de un principio o verdad divinamente revelada. La deducción puede hacerse a partir de dos premisas reveladas, o bien de una premisa revelada y otra conocida con seguridad por razón natural cierta. Si ninguna premisa fuera revelada no puede haber conclusión teológica.

Ahora bien, como hay verdades reveladas explícitas y otras implícitas se infiere que hay toda una gama de posibilidades para lograr una verdadera conclusión teológica, pero siempre es necesario para ello que una premisa sea formal o virtualmente revelada.

Como es de suponer, en el largo camino que ha recorrido la ciencia teológica muchas han sido las tendencias e influencias que ha recibido. Así no ha faltado quien en las conclusiones haya ido de lo revelado a lo no revelado. Con ello se ha pretendido y hasta logrado sacar a la Teología de su verdadero campo, el de la Revelación Divina.

Por eso la verdadera Teología debe y se limita a partir de lo explícitamente revelado para llegar a lo implícitamente revelado. En esta forma se mantiene y sujeta a la verdad revelada, a la ciencia divina de la cual es ciencia subalternada.

Unidad de la Ciencia Teológica

Otra propiedad de la teología es su unidad fundamental. Si bien ella discurre sobre los temas y aspectos más variados es esencialmente una debido a su objeto formal motivo, que es la revelación virtual.

Se ha visto cómo la finalidad propia de la Teología es el descubrimiento, la conclusión virtual, implícita de la verdad revelada.
La Revelación virtual es esencialmente una e idéntica en toda la Teología porque deriva de una verdad formal única esencial.
De ahí su unidad indivisible que le impide dividirse en varias otras ciencias.
La premisa revelada es siempre la causa principal de toda conclusión teológica y cuando interviene una premisa de razón, humana, ella es siempre primero analizada y juzgada a la luz de la premisa revelada, transformándose así en un auxiliar, en un instrumento de la premisa revelada.
En esa forma se conserva y explica la unidad.
La Teología es al mismo tiempo especulativa y práctica
Otra de las propiedades de la Teología es simultáneamente práctica y especulativa.
Pero no siempre se lo concibió en tal forma.
Hubo épocas en que la Teología Católica tendió especialmente hacia la práctica a punto de que se la dividió en tres partes:
De las cosas de que se ha de gozar: Dios uno y trino.
De aquellas cosas de que se debe usar: todas las cosas creadas, los sacramentos, las virtudes.
De las personas que usan de los bienes creados y gozarán de los eternos: ángeles y hombres.
La orientación es bien práctica, con el objetivo de lograr el Sumo Bien, que es Dios.
Mas posteriormente la Teología Católica sufrió un gran vuelco por influencia de Tomás de Aquino que la volvió más y más a su primitivo campo especulativo, sin perder tampoco el aspecto práctico.

Ese carácter ha conservado hasta el día de hoy la Teología Católica en concordancia con el propósito y finalidad propios de la Teología.
Pero lógico es reconocer que la verdad puramente especulativa, deducida, irradia su luz sobre todo el campo del ser y en esa forma penetra en la práctica con sus claros conceptos y enseñanzas de amor y comprensión.

La Teología es Sabiduría Suprema

Se dice que la Teología es sabiduría Suprema o Absoluta porque es un conocimiento doble de las cosas: por los primeros y universales principios de la razón (orden lógico) y por la primera causa eficiente, ejemplar y final de todo, que es Dios.
Esta sabiduría absoluta es: Una ciencia universalísima, porque abarca todo lo que la razón puede abarcar.
Es una ciencia certísima porque demuestra sus conclusiones por evidentes principios de razón y por las primeras y segundas causas del orden ontológico, es decir, divino (metafísico).
Es finalmente una ciencia suprema, que demuestra por las causas más altas, ya sea en el orden real como en el del conocimiento.
Como sabiduría y ciencia suprema, la Teología entonces: juzga a todas las demás ciencias, ordena a todas a su propio fin y usa todas las ciencias inferiores en su propia ventaja y provecho.

La Teología es ciencia demostrativa por vía de autoridad

La Teología es una ciencia que deduce, por rigurosa demostración, conclusiones de las verdades explícita y formalmente reveladas. Luego la Teología es rigurosamente demostrativa con respecto a sus

conclusiones y como estas conclusiones se apoyan sobre las verdades de fe, reveladas por Dios, se concluye que es propio de la Teología demostrar por vía de autoridad.
Mas ¿qué hace el teólogo frente a un adversario que no admite la verdad revelada?
Como las verdades de fe son infalibles pues son verdades divinas, no puede haber oposición real entre ellas y la ciencia humana.
En consecuencia incumbe al teólogo resolver los argumentos contrarios, pues todos han de ser forzosamente solubles.
Al intentarlo desde luego no siempre se puede tener seguridad de que se sepa resolverlos o de que se hayan resuelto.
Si el argumento está errado en la forma, siempre se logrará resolverlo. El gran problema se presenta cuando el argumento es defectuoso en doctrina, pues la seguridad de resolverlo implica el conocimiento evidente, la evidencia del misterio divino, que no es conocido.
En tales casos nadie posee la evidencia del misterio y el teólogo podrá contestar que el argumento no demuestra "necesariamente" la imposibilidad del misterio, a lo cual no hay réplica pues jamás podrá demostrarse que necesariamente el misterio discutido es imposible.

Enseñanza 7: El Concepto Ario de la Creación

A medida que iba surgiendo el hombre Ario fue perdiendo la Humanidad el conocimiento "clare visa" de Dios que había sido patrimonio de la raza Atlante. Los hombres Atlantes poseyeron, gracias a las

características típicas de su raza, la visión directa de Dios y en consecuencia el concepto de la Unidad Absoluta de Dios.
Pero a medida que iba naciendo la mente racional, característica y conquista de los nuevos Arios, ésta fue obscureciendo, hasta perderse totalmente, las facultades psíquicas de la raza antecesora.
Los arios perdieron la visión directa de Dios y sumidos en un mundo fenomenal, dependientes totalmente de sus sentidos físicos, conocieron y adoraron en las primeras etapas de su evolución sólo a las fuerzas de la naturaleza, a las que deificaron y personificaron a tal punto que eran verdaderos dioses-hombres.
Sin embargo nunca desapareció totalmente, como un recuerdo subyacente en el alma, el concepto de la Unidad Divina, a tal punto que invariablemente se halla en el abigarrado mundo de las deidades arias el concepto del Dios Supremo, superior a todos, lejana reminiscencia del pasado conocimiento.
El concepto fundamental no podría morir. Sustentado seguramente por los Grandes Iniciados a quienes incumbe tal tarea, fue necesario esperar el momento propicio para que volviera a surgir con toda su fuerza.
Ello no podía ocurrir, lógicamente, hasta que la nueva conquista, la razón, se hubiera desarrollado suficientemente como para intentar a través de ella, el redescubrimiento de las Verdades preservadas en las tradiciones de la revelación.
El rehallazgo del concepto de la Unidad Divina, del Absoluto, o como suele llamarse del Aquello, no pudo ser necesariamente un acto instantáneo.
Años, décadas, siglos quizás fueron necesarios para que los Grandes Iniciados, los sabios y maestros de la

antigüedad hallaran preparada la mente, la nueva mente racional, para llegar paso por paso a deducir lógica y racionalmente el pensamiento de lo Inmanifestado, de lo Eterno.
Se ha mencionado ya que son los Grandes Iniciados y luego sus discípulos los que al afirmar la Revelación van descubriendo las Verdades deducidas implícitas que, desarrolladas correctamente, se condensan luego en dogmas.
La vuelta al concepto de la Unidad Divina constituye indudablemente una verdadera deducción teológica, correctamente ilada y perfectamente razonada.
Tan fundamental ha sido esa tarea, tan claros han sido los conceptos, los dogmas que legaron los maestros de la antigüedad, que han perdurado los tiempos hasta la actualidad pese al obscurecimiento y sombras transitorias provocadas por filosofías y religiones que posteriormente proliferaron y proliferarán.
Sumidos en el mundo fenomenal, donde lo múltiple oculta y vela lo Uno, los instructores debieron partir indudablemente para sus razonamientos, de la manifestación perceptible de la Naturaleza y del Universo.
Ellos, como aún ocurre al día de hoy, comprobaron que todo lo que constituye el mundo fenomenal, toda la manifestación que se ve, palpa, gusta, huele y se escucha, se halla en constante cambio.
Nada es constante, permanente, fijo, imperecedero en el mundo fenomenal.
De esta observación surge la lógica deducción que nada hay perdurable y permanente en el mundo fenomenal y que todo lo que se observa no es sino una seria de formas y acontecimientos sucesivos y mudables.

Como nada es constante ni permanente, se deduce que todo lo que se observa no tiene verdaderamente existencia real, sino sólo fugaz y transitoria.
Por lógico razonamiento se deduce entonces que la manifestación perceptible, el Universo fenomenal, no es real en sentido absoluto.
He aquí el momento entonces en que se plantea el gran interrogante.
¿Si el mundo fenoménico no es un real absoluto, hay algo más que no percibimos, qué subyace oculto tras los velos?
¿Los Grandes Iniciados, custodios y divulgadores de la Gran Verdad, declararon y afirmaron que tras el velo del mundo fenoménico existe Algo real y substancial pues, razonaban, aunque lo que se percibe fuese una ilusión, una mera apariencia, sobre qué se apoyaría, cual sería la causa de la ilusión?
La apariencia no puede serlo por sí sola. En consecuencia, se deduce que debe haber Algo real y substancial.
Real, en sentido absoluto y substancial en cuanto significa naturaleza o esencia real o existente. Aquello en que están inherentes todas propiedades y cualidades.
Se concluye entonces que todo el mundo fenoménico se apoya, por así decir, en algo universal, en una Substancia o Esencia, Real en sentido absoluto, la cual es necesariamente la Única Realidad.
Surge aquí la pregunta si esa Substancia es simple o compuesta, Una o Múltiple.
La razón deduce que es Una en su Esencia, basándose, cual lo hace rigurosamente la ciencia experimental contemporánea, en la observación del mundo

fenomenal donde se comprueba un riguroso encadenamiento y ordenación de los hechos a tal punto que todo fenómeno observable es la consecuencia de uno anterior y la causa del subsiguiente. Se llega así a lo que algunos llaman la Causa Primera o, como se dijo, al concepto racional de que la Substancia es Una en su esencia.

Mas, la única realidad escapa al poder racional del hombre. No se puede comprender ni imaginar su naturaleza y esencia. No es posible aplicarle los atributos, cualidades y definiciones del mundo, del universo fenoménico, pues los trasciende.

Es entonces Incognoscible para el hombre; Indefinible e Inefable, es decir, que no se puede definir ni explicar con palabras.

Por ello y a falta de mejor posibilidad se ha dado en llamar a Dios en ese aspecto "Aquello", "Absoluto", lo "Inmanifestado".

Es necesario aquí introducir, mejor dicho recordar, otro postulado fundamental establecido por los Grandes Iniciados que se mantiene incólume hasta nuestros días, a tal punto que constituye una ley fundamental de las ciencias experimentales.

Es la ley de la conservación de la energía, y agréguese de la materia que, formulada a este propósito dice que de nada no puede surgir algo y algo no puede perderse en la nada.

Aplicando este postulado al análisis de la única Realidad, se deduce racionalmente primero, que Aquello ha sido siempre, pues no puede surgir de la nada y segundo, que es eterno, pues algo no puede aniquilarse en nada.

En otras palabras, Aquello ha sido siempre, es y será:

es Eterno.
Pero Dios, Aquello, también es Infinito, pues no se puede imaginar algo fuera de Él, nada que lo defina, limite, circunscriba, afecte, influya o cause. Todo lo contiene en Sí.
Es entonces Aquello la única causa del universo fenoménico pues no hay otra causa fuera de Él. Es la Causa sin causa, la Causa real, la única causa real ya que fuera de Él no hay causa real absoluta. No existe pues en realidad en el mundo fenoménico causa y efecto, como ya se dijo, sino simplemente un encadenamiento de efectos, un continuado y ordenado desarrollo de sucesos que obedecen todos a la única y real Causa, a Aquello.
Relativamente, se observa en el mundo los fenómenos como obedeciendo a una causa y dejando un efecto. Y se observa como ese proceso se cumple obedeciendo a leyes que ordenan y rigen regular y continuamente los fenómenos.
Razonando se comprende entonces que este juego armónico obedece a una Causa fundamental, que es precisamente la única Causa real, Aquello.
Continuando el razonamiento se colige que Dios, Aquello, es también Inmutable e Indivisible.
Es Inmutable pues siendo la Causa única, nada hay que pueda mudarlo, tampoco hay algo en que pueda mudarse o transmutarse, pues, siendo todo lo que es, nada hay en que pudiera hacerlo. Tampoco puede cambiarse en otra Realidad pues es la Única, ni puede dejar de ser, pues algo no puede desvanecerse en nada.
Es Indivisible, pues nada hay que pueda dividirlo; pero aún cuando lo imagináramos posible, resultarían dos o

más Realidades en vez de una, concepto que rechaza la razón pues destruiría la infinita naturaleza de Aquello y no es posible la coexistencia de dos infinitos. Finalmente, todo lo que verdaderamente Es ha de ser real.

Dios es la única Realidad y consecuentemente es todo lo que Es y ninguna otra cosa puede ser lo que Es. En consecuencia todo cuanto parece ser, no es real ni tiene existencia propia y no es nada o es emanación o manifestación de Aquello.

Se llega aquí al punto culminante del razonamiento teológico sobre la Divinidad Creadora.

¿Puede decirse realmente que Dios, Aquello, creó el Universo, el mundo fenoménico?

Para contestar los Grandes Iniciados racionalmente esta cuestión se afirmaron sobre el postulado fundamental de que de la nada no puede salir algo. En consecuencia se rechaza la idea de "creación" en el verdadero sentido del vocablo, pues Dios no puede "crear" el universo fenoménico de la nada ya que esa nada significaría un estado "a priori" existente y distinto de Él, lo cual no es posible.

Tampoco pudo Dios "crear" algo de Su propia Sustancia y Esencia, porque ella es eternamente simple e incompatible con los compuestos.

En consecuencia debe aceptarse que el universo fenoménico es la resultante de un proceso inasequible a la razón humana.

Dios hizo el Universo de Su Nada, de lo que la mente no puede comprender.

Los antiguos maestros condensaron en tres postulados fundamentales los aspectos básicos utilizados para especular sobre las relaciones del universo fenomenal

y la Realidad y sobre las cuales se basa esta exposición, ellos son:
De la nada no puede salir nada. La nada no puede ser causa ni origen de algo. Nada real puede ser creado, porque si ahora no es, nunca podrá ser. Si no fue nunca, no puede ser ahora y si es ahora, fue siempre. Algo real no puede desvanecerse en la nada. Si ahora es, será siempre. Nada que es puede aniquilarse. La disolución es tan sólo el cambio de forma, la resolución de un efecto en su precedente causa real o relativa. Todo lo que ha evolucionado debió involucionar. La causa real o relativa debe contener el efecto y el efecto debe ser la reproducción de la causa real o relativa.

Enseñanza 8: Evolución del Dogma

El Dogma es una Verdad Divina indiscutible a la que se presta acatamiento por hábito de fe.
El Dogma puede ser una Verdad formal explícita, como puede ser también una verdad virtual implícita. Dicha verdad, expuesta, tiene y expresa un sentido y es precisamente la misión de la Teología, al discernir sobre esa verdad, aclarar, fijar y ampliar ese sentido a fin de que la luz contenida en la Verdad Revelada brille cada vez con más esplendor y alumbre más y más el campo del conocimiento racional del hombre.
Pero, como es bien sabido, la Verdad Revelada y consecuentemente los dogmas se ofrecen a veces en forma un tanto obscura y fue tarea ímproba a veces por parte de los teólogos descubrir su verdadero sentido, si es que tal tarea no fuera realizada ya anteriormente por algunos Grandes Iniciados y sus discípulos.
Tal situación de relativa obscuridad frente al "sentido" del dogma trajo como consecuencia que se produjeran

discrepancias teológicas que inclusive llevaron a algunos a afirmar que el dogma no conserva siempre el mismo sentido, es decir, que puede variar y hasta cambiar el sentido.
Según los objetantes el contenido dogmático, es decir el dogma, no está sujeto a la invariabilidad de los datos objetivamente revelados por Dios, sino más bien a las alternativas de los factores psicológicos y religiosos del hombre.
Para ellos, los dogmas son cosas tan contingentes y mudables como las condiciones subjetivas del hombre lo admiten.
Estas condiciones subjetivas en el hombre evolucionan y cambian frecuentemente, sin que en los cambios haya continuidad homogénea.
Según esta interpretación los dogmas pueden cambiar de contenido sustancial a tal punto que las fórmulas dogmáticas podrían tener en el correr de los tiempos sentidos completamente diversos y hasta opuestos.
No es posible la evolución del dogma de un sentido a otro, que es transformismo. Pero sí es posible la evolución homogénea dentro de un mismo sentido.
El dogma puede evolucionar sin peligro de cambiar de sentido, de transformarse.
La evolución es una cualidad inherente a las cosas vivas y progresivas, y so pena de querer llamar la Revelación algo muerto e inerte, debe aceptarse que el dogma evoluciona y ha evolucionado siempre, tal cual lo demuestra la historia de los dogmas y la teología.
Para comprender que el dogma puede y debe evolucionar es necesario aclarar ante todo una vez más que la Verdad Revelada es eterna y no dejará nunca de serlo. Pero también es cierto que una verdad, expuesta

en un modo determinado, puede dejar de tener todo interés, aplicación y trascendencia en un momento dado. La vida, el medio ambiente, las circunstancias generales llegan a trascender la verdad dogmática expuesta en una forma determinada, pero ello no significa que el sentido original y único de la Verdad haya dejado de tener validez o deba y pueda buscarse en la Verdad otro sentido distinto y aún opuesto.
Es con cierta justicia que se reprocha a filósofos y teólogos de que a veces "viven en el pasado". Es cierto que no falta quien pretenda que se siga empleando una frase consagrada aunque nada signifique ya.
Ante este peligro entonces de quedar atrás el teólogo debe recordar que las verdades fundamentales, las revelaciones y los dogmas son de siempre y que si a veces aparecen caducos y fuera de lugar, es porque se ha perdido el contacto con la evolución humana.
El teólogo debe por eso tratar de proyectar siempre sobre los problemas actuales las verdades fundamentales que, al ser de siempre eternas, lo son también de hoy.
En esta forma, al mantener un estrecho contacto con la vida y evolución humana, la verdad fundamental, el dogma, participa de dicha evolución en forma homogénea, clara y precisa, conservando inalterable el fundamental sentido contenido en el dogma.

Enseñanza 9: Teología de la Existencia

La idea del Absoluto, de Dios, subyace en toda mente humana.
Sin embargo, a través de los tiempos y aún paralelamente, la Humanidad ha enfocado desde muy diversos puntos de vista su posición frente a ese

Absoluto.
Aún admitiendo, negando o guardando silencio sobre Él, posición que en última instancia es idéntica pues ¿cómo afirmar o negar lo que la mente humana es incapaz de penetrar? los hombres trataron de hallar la Verdad y la explicación de su existencia a través de sí mismos, del universo y mundo fenoménico.
Frente a este mundo fenoménico, afirmando, negando o rechazándolo, los pensadores ocuparon diversas posiciones fundamentales que en última instancia se concretaron en filosofías, teologías y religiones características.
En la diferente interpretación del universo y mundo fenoménico y su relación con Dios lo que implica lógicamente también al hombre, estriba entonces la diferencia esencial entre los diversos sistemas formulados desde la antigüedad por los hombres y que al condensarse en conceptos axiomáticos teológicos, han llegado hasta nuestros tiempos.
Una de esas corrientes de pensamientos que ha perdurado hasta el presente es la que puede llamarse la Filosofía y consecuente Teología de la Existencia, o sea de la manifestación en su aspecto de permanencia.
En efecto, de acuerdo con esta concepción, el universo fenoménico no es el resultado de una fuerza o manifestación única y absoluta sino de una fuerza dual.
Estas dos fuerzas actúan paralela y simultáneamente, se interinfluyen constantemente la una a la otra sin fundirse jamás.
Este juego de los dos aspectos, en su constante vaivén y sin lograr nunca la Unidad, genera siempre nuevos aspectos los cuales al no lograr jamás la unidad aparecen como infinidad de nuevas fuerzas,

semejantes, que en definitiva imprimen al observador el concepto de permanencia de la manifestación, es decir del universo fenoménico.
Sin embargo persiste siempre en la mente del hombre la idea fundamental de la Unidad de Dios.
Esta verdad axiomática, aceptada y afirmada a través de todos los tiempos, obliga entonces a la deducción lógica y teológica de que si existe un universo creado y una manifestación, tiene que haber un punto de origen.
Este axioma a su vez conduce por lógica a la deducción de una nueva verdad que consiste en afirmar que bajo toda forma cambiante hay un punto fijo y permanente.
Esta deducción es forzosa, como se comprende fácilmente. En efecto, siendo axioma fundamental inamovible el concepto de unidad absoluta, no es posible aplicar a Aquello el carácter dual de la manifestación fenoménica y apareciéndose ésta como un constante movimiento de dos fuerzas que nunca llegan a equilibrarse, sólo cabe concebir a Aquello como el perfecto equilibrio, la armonía, la falta de movimiento dual.
En otras palabras, el punto fijo y permanente que subyace tras toda forma cambiante fenoménica.
El corolario ineludible de esta concepción, basada en la afirmación del Absoluto en sí y de la dualidad fenoménica aparente, es lo que imprime su carácter especial a esta teoría, pues al subyacer tras todo fenómeno un punto fijo permanente, Dios, todo lo existente adquiere un carácter divino fundamental.
Lo anteriormente expuesto sintetiza los conceptos teológicos fundamentales de esta corriente del pensamiento humano y deja vislumbrar desde ya su orientación en el campo especulativo práctico.

Subyaciendo Dios bajo todas las formas cambiantes del mundo fenoménico, originadas por la interacción de lo que se llamó antes los dos aspectos fundamentales que lógicamente utilizan algún vehículo, por ejemplo, vibración energética para influenciarse recíprocamente, la búsqueda de Dios se encaminará siempre hacia el conocimiento de esos aspectos o fuerzas, a fin de lograr descubrir a través de la plenitud de dicho conocimiento el verdadero sustratum, la última realidad.
De ahí resulta en última instancia sobre todo en algunas escuelas la desesperante búsqueda, el constante ahondarse en los diversos aspectos del universo fenoménico buscando siempre tras el fenómeno, la Realidad.
La consecuencia de esta actitud debida a veces a la desilusión o frustración en el esfuerzo, es la tendencia de algunas escuelas al materialismo y hasta ateísmo, como formas extremas de desviación de la pura doctrina.
Pero véase como conciben los filósofos y teólogos originalmente esta doctrina.
Ya se ha dicho que dos fuerzas o principios activos producen por su interacción todos los fenómenos del universo, incluso los de vida, manifestándose en innumerables formas y variadas combinaciones.
Ellas son: La primordial Sustancia o energía, de la que derivan todas las formas y energías; y el principio espiritual.
Estos dos principios se han llamado en la India Prakriti y Purusha.
El proceso de envolverse el Espíritu en la sustancia da origen a las diversas formas diferenciadas del universo fenoménico.

Sobre la aparición o manifestación de estos dos principios activos y hasta sobre sus características no concuerdan desde luego totalmente las diversas escuelas.
Así por ejemplo, algunas no conciben el principio Espiritual como el Alma Universal sino como un infinito compuesto de átomos espirituales o espíritus individuales que en su conjunto constituyen la Unidad llamada Principio Espiritual.
Dentro de esta orientación los dos principios, Espíritu y Sustancia, no son aspectos de Dios, de lo Absoluto, sino meras emanaciones, finitas y perecederas, es decir, no eternas realmente, pues ambas han de regresar, reabsorberse en Dios al final de cada ciclo de actividad cósmica.
Son entonces sólo las formas primarias de los dos fundamentales principios de la actividad fenoménica, el Espíritu y el Cuerpo que el hombre observa como evidente en todo fenómeno.
En cuanto al mecanismo de la emanación nada puede decirse, pues está más allá de la posibilidad humana. Sin embargo, para subrayar que no son aspectos de Dios se suele afirmar que dichas emanaciones son como formas de pensamiento de Dios, con lo cual se salva la posible interpretación de una dualidad del Uno, de Dios.
También existen discrepancias entre las escuelas al respecto de los conceptos de Eternidad. Si se asocia el concepto de permanencia esta idea resultaría que los dos principios serían eternos, infinitos y existentes por sí mismos.
Esto se explica sin embargo si se aclara el concepto de Eterno. Dios, lo Absoluto, es Eterno realmente; el

universo fenoménico es sólo eterno relativamente, dentro del ciclo de manifestación divina dentro del cual es posible apreciarlo.
Con esta aclaración se disipa el reproche de materialista que se esgrime contra la doctrina de la existencia, aún cuando debe admitirse, como ya se dijo, que algunas escuelas en última instancia no escaparon a esa tendencia.
A fin de aclarar algo más la doctrina y sus últimas consecuencias se resumirán los conceptos de algunas de las más clásicas escuelas.
Se ha visto ya que el llamado principio Espiritual no se interpreta como el Espíritu Universal en el sentido de una indivisa Unidad sino al contrario como el conjunto de innumerables espíritus individuales, libres e independientes.
De no ser así no se podría explicar la infinita variedad de los aspectos de la naturaleza pues aunque se concibiera al Uno dividido en infinitas partes, cada una de ellas sería de su misma naturaleza e iguales en todo, lo que excluye la variabilidad, característica de la naturaleza.
El principio espiritual Purucha no tiene atributos, es puro Espíritu y su existencia se concibe como de perfecta paz, descanso y felicidad hasta el momento en que se sumerge en la Substancia, influenciando y orientándola como el campo magnético influye al hierro.
Este acto determina lo que se llama un alma, es decir, el Espíritu envuelto en sus organismos de manifestación, quedando desde entonces sujeto al ciclo de existencia.
La existencia significa una dura prueba de dolor al

Espíritu aprisionado que añora su estado de primitiva bienaventuranza.
Es entonces objeto principal de la doctrina proporcionar al alma los medios de liberación, a fin de que trascienda la ley kármica y los renacimientos y recobre el espíritu su original estado de libertad.
Según la escuela que se comenta, los espíritus individuales constituyentes del gran principio Espiritual eran en su origen totalmente libres, hasta que la atracción y poderosa influencia de la Substancia los encadenó. Como consecuencia de ese encadenamiento el espíritu individual fue perdiendo su estado de pura conciencia divina cayendo paulatinamente en el engaño o ilusión de la materia. Verdaderos ángeles caídos, deambulan en el mundo, ilusionados por las engañosas formas de "maya", hasta que tras larga peregrinación el dolor vuelve a despertar en el alma el vago recuerdo de su verdadero origen libre. Comienza entonces la lucha por la reconquista de la bienaventuranza perdida que no termina hasta haber logrado, a través de innumerables encarnaciones, ese objetivo.
Se afirma que de la combinación de las acciones de los dos principios espiritual y material energético, derivan todos los aspectos y vida del mundo fenoménico, a tal punto que hasta cada átomo de materia es sustancia animada por un espíritu individual. En esta forma se explican todos los fenómenos del universo, desde los más simples hasta los más complejos.
Como se ve, esta doctrina intenta explicar todo el universo en sus cambiantes manifestaciones y encierra en sí gran parte de las concepciones científicas actuales.
Lo que llaman sustancia no es sino la primordial

sustancia cósmica o energía cósmica que evoluciona, se densifica y vuelve a transmutarse al cabo de los siglos.
La mente nace por la acción del espíritu sobre la substancia (materia energía) y tiene entonces carácter material, como se la concibe aún actualmente.
La materia es activa por su propia energía pero inerte, insensible si no es iluminada por el Espíritu.
A través de estas afirmaciones, la pura doctrina se eleva sobre la concepción materialista del universo, espiritualizándola con elementos que en definitiva intentan explicar la evolución universal.
La sustancia-materia se halla evolucionando constantemente desde el momento que fuera animada por el espíritu. Ha sufrido tantos cambios y transformaciones que a la mente individual le es imposible reconocer su verdadera naturaleza. Aún más difícil le resulta a la mente imaginar siquiera el magnífico estado de libertad del espíritu antes de quedar ligado a la materia.
Sin embargo y ésta es la última finalidad de este sistema, se proclama que por intermedio del verdadero conocimiento, el discurso razonado y científico, la recta conducta o sea el adecuado método de vida material, mental y espiritual y el vencimiento de las pasiones, puede colocarse la mente en tal actitud de comprensión superior que logra concebir la verdadera naturaleza original de los dos principios duales que rigen y constituyen el universo.
Por este método, denunciando la ilusión y falacia de la vida terrenal, busca este sistema para sus adeptos la liberación de la cadena de reencarnaciones que sujetan el libre espíritu a la material y dolorosa vida en la tierra.

Enseñanza 10: El Vedanta

Entre los sistemas que siguen en líneas generales el pensamiento de la teología de la existencia, cabe destacar principalmente el Vedanta en Oriente, mientras que en Occidente ha reaparecido también hace años, centralizándose especialmente ahora en el llamado existencialismo de J. P. Sartre.
Por su antigüedad, perfecta estructuración y amplia aceptación y difusión en la India actual merece especial atención el sistema Vedanta.
El sistema Vedanta, cuyo nombre deriva de "el último Veda", se basa especialmente sobre la última parte de los Vedas, los Upanishads. Se dice que su origen se pierde en la antigüedad y su formulación se atribuye al legendario instructor Vyasa, mientras otros consideran como padre del sistema a Badarayana, lo que de todos modos significaría que es anterior al Budismo.
El Vedanta, en extremo tolerante, reconoce toda la primera parte de los Vedas y la acepta, pero su tema principal es el estudio de los Upanishads, que se refieren en especial a todo lo concerniente al Absoluto o Brahman y a su manifestación fenoménica.
El sistema es esencialmente racional y no se funda para nada en la fe, con lo cual satisface a todos aquellos espíritus de inclinación científica que buscan su liberación a través del estudio sistemático y científico del mundo fenomenal y múltiple, en relación al Uno.
Dicho aspecto lo ha vuelto sumamente amplio y universal adaptándose a las necesidades particulares momentáneas de cada individuo.
Fundamentalmente sostiene que hay una sola y única Realidad. Todo lo demás es ilusorio.

Una formulación tan amplia lógicamente se adapta, como se ve, para aceptar cualquier doctrina, pues en cualquiera se descubre siempre algo de verdad, afirmándose luego sin embargo que nada es verdadero, salvo la única Realidad.
Como es sabido las doctrinas de la existencia sostienen la idea de que el universo y las almas individuales surgen como una emanación del Absoluto Brahman, no aclarándose sin embargo mayormente el cómo.
Los Vedantinos, llevando al extremo su concepto idealista afirman la única Realidad, siendo entonces todo lo demás ilusorio o una manifestación del Uno como múltiple, pero sin efectiva y real división.
El universo ilusorio proviene de la ignorancia provocada por Maya o ilusoria apariencia. Entonces ya no existe una manifestación, sino sólo un reflejo o apariencia pues nada fuera de la única Realidad existe.
Entre las diversas escuelas vedantinas se destaca la Advaita como la más importante.
Ha sido resumido su pensamiento en las siguientes palabras: "Brahman es verdadero; el mundo es falso; el alma es Brahman y no otra cosa."
Como se ve, el pensamiento se ha vuelto aún más audaz y ya no son los espíritus individuales los que pierden su identidad y libertad formando un ilusorio universo, sino que en la Advaita el mismo Brahman queda envuelto por Maya. Se afirma que Brahman "imaginándose" separado en infinitos espíritus constituye un ilusorio universo que lo encadena. El Infinito se sume en una "ensoñación" del mundo fenomenal y se imagina ser infinito espíritu en vez del único Ser.
Como se ve, toda la manifestación resulta entonces una

ilusión.
Brahman, Dios, es la única Realidad, indivisible, inmutable, único; todo el universo fenomenal es una ficción, una ilusión resultante de la ensoñación de Dios, que se manifiesta como la ilusión de la separatividad, del universo sensorio.
Las almas resultan también ilusiones de la mente de Dios, el cual al verse reflejado al infinito en la engañosa Maya se imagina múltiple y se contempla con los innumerables ojos de los reflejos de sí mismo.
Las almas individuales no dejan entonces de ser nunca Brahman, aunque mientras no se liberen del mundo fenoménico persisten en su error de que son sólo un ilusorio reflejo o semejanza de Brahman.
La combinación de los ficticios reflejos constituye entonces la manifestación de Brahman, el cual se identifica con las innumerables formas y personajes que existen sólo en su propia imaginación.
Las almas individuales, como se nos aparentan, sólo pueden escapar del mundo fenoménico y de lo ilusorio de Maya por el reconocimiento de su identidad con Brahman.
Sólo por el verdadero conocimiento, es decir, reconocimiento, puede el alma libertarse, hallar y recobrar la conciencia de su verdadero ser.
Los advaitas no coinciden totalmente con la doctrina general respecto al concepto de Brahman, absoluta Esencia y Sustancia.
Para ellos significa sobre todo Absoluta Existencia, absoluto conocimiento, absoluta Felicidad, plenitud máxima.
En cuanto al concepto de Maya, no debe interpretarse como la ilusión o ignorancia de las almas individuales.

Aparece, aunque sea imposible explicar cómo, al comenzar la actividad creadora y se la describe como la sombra de Brahman, la cual desaparece al cesar el ciclo.
Siendo producida por Brahman se aparece como real, aunque no lo es en sí, por cuyo motivo los advaitas ven en Maya la causa material del universo fenoménico. Maya no es realmente "algo" sino sólo la cobertura de algo.
El universo fenoménico no se reduce a la nada como en la doctrina de la no existencia, sino que es la ilusoria apariencia de una subyacente realidad, por cuyo motivo a los fines prácticos de la vida lo consideran real aunque se sepa que es sólo una apariencia esencialmente ilusoria.
Con esta doctrina queda abierto al hombre un amplísimo campo de actividad ya sea en el ámbito objetivo como en el subjetivo. Elimina toda negatividad e incita al hombre a una actividad y superación de esfuerzos constantes.
Pero dentro de esa actividad de la vida mantiene constantemente en alto el estandarte de sus postulados idealistas, ya que al recordar a los hombres que sólo "Brahman es verdadero y el mundo es falso" mantiene siempre vivo el concepto del esencial origen divino del alma.

Enseñanza 11: Teología de la No Existencia

Así como las filosofías y teologías que se llaman de la "existencia" han dado origen a un gran desenvolvimiento de todo lo que se califica como conocimiento, las escuelas que han adoptado los postulados de lo que se califica de "no existencia" han

sido las inspiradoras de todo el movimiento místico de la Humanidad.
Los objetivos y problemas de estas escuelas son esencialmente suprafísicos y dejando a un lado el conocimiento de las leyes del mundo fenomenal, se aplican a lograr el conocimiento del Principio Fundamental de la manifestación y de lo que en él subyace, es decir, de lo que existe más allá del principio primordial.
Mas ello significa que en última instancia es necesario discurrir sobre la Esencia Inmanifestada para descubrir su origen.
No es evidentemente necesario razonar mucho para advertir que de lograrlo dejaría de ser desconocida e inmanifestada.
La mente humana se reconoce, sin embargo, incapaz de penetrar ese misterio y cualquier esfuerzo de ella en ese sentido sería vano.
Entonces el único camino que puede llevar a una comprensión de Dios no es el mental, sino aquel que conduce a un estado de similitud al que se supone se halla lo Inmanifestado y que da como fruto el conocimiento extático.
Como se ve, esta forma de enfocar el conocimiento de Dios es esencialmente místico y continúa siendo hasta el día de hoy la base de todo el movimiento místico como se comprueba fácilmente a través de los escritos de San Juan de la Cruz, cuyo pensamiento es el rector de toda la mística cristiana contemporánea.
El hecho de ser la mente humana totalmente incapaz de penetrar los Misterios Divinos, como lo afirma esta doctrina, ha tenido como consecuencia que sus expositores fundamentales, sus grandes maestros,

jamás hablaran sobre lo Inmanifestado. De ahí el reproche de ateismo que se les formula.
Pero lo cierto es que la verdadera doctrina no niega ni afirma, simplemente no habla ni discurre sobre "Aquello", limitándose a señalar la forma como cualquier ser, por sus propios medios, puede lograr el superior conocimiento iluminativo.
El principio fundamental de esta doctrina, que se llama de la no existencia, está contenido esencialmente en el concepto de la no permanencia.
En efecto, si se observa el mundo fenomenal, la manifestación cósmica, dicen los expositores de esta doctrina, se comprueba que uno se halla frente a un constante fluir, a un constante cambio de formas y aspectos. No hay un solo instante de reposo, no hay un solo momento de descanso.
Inténtese captar un fenómeno en un instante y en ese mismo momento que se cree que la mente lo ha captado, se comprueba que no existe más, que se ha escurrido, que no se puede controlar realmente. Realmente no existe, es sólo una percepción subjetiva de la mente, imposible de controlar.
Por ello y como postulado fundamental de esta doctrina, se dice que la manifestación no es más que una sucesión de percepciones, momentáneas, irreales. Y al decir percepciones y no sensaciones se subraya el carácter subjetivo de la observación fenomenológica, pues los sentidos en sí, de por sí no dan conocimiento del mundo fenomenal sino sólo a través de la mente, lo que da la percepción y conocimiento su carácter subjetivo-humano.
Sin embargo, aún dentro de esta doctrina de la no permanencia se admite una permanencia. El concepto

de la unidad absoluta de Dios, del Uno, permanece como concepción axiomática indestructible en el pensamiento del hombre.
Dentro de este cuadro con continuos cambios, de inestabilidad, se plasma el concepto de la permanencia del Uno, del Yo Absoluto como lo llaman algunas escuelas, postulado que lleva a la ineludible conclusión teológica de que si únicamente el Yo Absoluto se considera permanente, nada en la tierra, en el Universo es Yo. Todo es "no Yo".
Todo es inestable. Sensaciones, percepciones, cuerpos, conciencia, todo es "no Yo", es ilusorio.
Nada de ello es substancial, sino únicamente apariencias huecas, vacías de sustancia y realidad.
El yo humano es entonces también sólo una ininterrumpida serie y sucesión de imágenes subjetivas irreales, vacías, fruto del engaño de la ignorancia.
El desarrollo de este concepto hasta sus últimas consecuencias es característico de esta doctrina, que lleva a sus seguidores inevitablemente al desprecio de las formas materiales y mentales y en última instancia al misticismo.
Concordante con sus concepciones negativas sobre la realidad del universo fenoménico, el método seguido fundamentalmente por esta escuela es el de la negación.
Para ello era necesario seguir el método de las antiguas escuelas, poseer, conocer primeramente todos los aspectos del mundo fenoménico para luego negarlos.
Se conocía primero el mundo físico y luego se lo negaba como ilusorio y falso.
Se repetía luego el proceso en el campo mental tratando de reducir también aquí sintéticamente todos

los conceptos a sus formas más simples, para luego rechazarlas como aparentes y vacías, a fin de llegar a través de la aniquilación de la mente a un conocimiento puramente espiritual.
La mística contemporánea ha conservado muchos de estos conceptos y métodos de la antigua doctrina, como se nota fácilmente al recordar la exposición sobre la noche de los sentidos, de la mente, etc., de San Juan de la Cruz.
Asimismo no puede afirmarse que esta doctrina haya producido o pueda producir una verdadera Teología, pues su tendencia no es mental racional sino de fe, concretándose sus instructores principalmente en señalar la forma, el camino a seguir para librarse de la ilusión de la ignorancia y alcanzar el beatífico estado de armónica semejanza con Dios.
La progresiva conquista de la mente racional por los arios, la racionalización de la Humanidad, provocó la lógica decadencia de esta doctrina y si no fuera por el resurgimiento que experimentó a través de Buda, cuyas enseñanzas reavivaron la vacilante llama de la mística y del sendero de la pura fe, no hubiera quedado al día de hoy exponente de esta pura doctrina espiritual.
Buda, al observar el sufrimiento de la Humanidad, comprendió que la liberación de ella no depende del refinamiento de la razón, de hábiles disputas metafísicas, de la acumulación de conocimiento y desarrollo de pensamientos sutiles que en última instancia pueden llevar al hombre a la anarquía mental. Eludió por ello siempre la discusión metafísica y formuló su doctrina de manera tal que cualquier hombre pudiera practicarla con total prescindencia de

sus capacidades intelectuales. Más que un nuevo sistema trascendental dio a sus contemporáneos y a la posteridad un nuevo concepto del deber y de moral. Buda observa el dolor de la Humanidad y descubre que la raíz del dolor está en el deseo.
El deseo se aplica a los objetos del deseo, es decir a los objetos del mundo fenomenal y como éstos son inestables, transitorios, cambiantes, perecederos, cunde constantemente la amargura y el desengaño ante su pérdida. Y esta amargura y desengaño son la fuente del dolor que persigue a la Humanidad apegada y codiciosa de los objetos y formas fenomenales.
En esta formulación se descubre de inmediato la conexión de la doctrina particular de Buda con el sistema general de la no existencia o no permanencia. Asimismo se vislumbra el método que recomendará, es decir, el vencimiento del deseo a través de su formulación del óctuple sendero.
Consciente de la profunda impresión que causan en el alma humana los continuos cambios de las cosas, formuló una doctrina transformista.
La vida se considera como un constante devenir, una serie ininterrumpida de manifestaciones, transformaciones y extinciones. El mundo fenomenal, de los sentidos, de la mente, sólo existe de momento a momento. Cualquiera sea la duración de un estado, breve o largo, todo es devenir, a tal punto que Buda expresa como punto capital de su enseñanza que: Todo cuanto está sujeto a origen, está sujeto también a destrucción.
Este devenir no tiene principio ni fin. No hay momento estático cuando el devenir llega a ser, pues en el mismo momento en que se concibe algo con atributos de

forma y nombre deja de ser lo que era, cambia en algo diferente.
Asimismo, enlazando el concepto de inestabilidad al de percepción subjetiva de los fenómenos, declara que el universo (viviente) es un reflejo de la mente. Sólo la ignorancia hace ver y creer en cosas y formas estables en lugar de procesos continuos ininterrumpidos. Artificialmente se divide el flujo continuo en secciones llamándolas cosas, pero ello es ilusorio, pues la vida, el universo no es una cosa ni siquiera el estado de una cosa sino un cambio o movimiento continuo.
Para explicar la continuidad del mundo y faltando un sustratum, un punto permanente, Buda introduce en su doctrina la ley de causacion haciéndola base de la continuidad. De esta ley de causacion se deriva luego el concepto de continuidad eterna del devenir.
Si algo surge, existe una causa que lo originó. Si eso está ausente, ésto no deviene; si aquello cesó, esto cesa.
Entonces lo que se llama una cosa es solamente una fuerza, una causa, una condición, a tal punto que la doctrina afirma que las cosas son el producto de condiciones y que el mundo entero está condicionado por causas.
Se plantea aquí la pregunta de que si todo responde a una ley causal, qué causa original puso en movimiento el sistema.
Buda no ve ni halla nada permanente ni real en el constante fluir del mundo fenomenal, pero no puede interpretarse ello como que quiso decir que no haya nada real en absoluto.
Buda elude siempre el campo metafísico; se contenta y

acepta los hechos de la experiencia fenomenal que le indican que el Universo es un todo viviente, en constante cambio y evolución, que se niega a dividirse en objetos definidos y permanentes. No afirma ni niega que bajo el constante cambio haya algo permanente, es indiferente y no pasa más allá del mundo de la experiencia.

Por eso insiste en que los fenómenos del mundo, tal como los capta el intelecto, poseen únicamente existencia condicionada.

Sin embargo, Buda reconoce lo Inmanifestado, sin cuya existencia admite no habría posibilidad de salir del mundo de lo nacido y envuelto en la serie causal, aunque no discurre sobre Él.

Con ello se completa el cuadro causal en que el intelecto exige un ser incondicionado como condición y causa de la serie fenomenal universal.

El Inmanifestado no es en sí mismo parte de la serie fenomenal ni puede tener tal condición pues se halla fuera de la ley de causación, de contingencia y dependencias.

Sin embargo, no puede estar desligado de ella totalmente, pues en tal caso ella sería irreal, por falta de causa y sustancia.

Se advierte entonces que todo parece ser y no obstante no ser. Es ser y devenir, es y no es, real e irreal, que se interpreta en definitiva como una concepción idealista de devenir, la evolución del ser. Toda la manifestación, toda la existencia es un fluir de un punto a otro, siendo imposible al hombre, involucrado el mismo en el proceso, distinguir en él, separar el ser del no ser.

Por ello, comprendiendo las limitaciones humanas, el

Buda se abstiene de pretender introducirse en un campo inescrutable y manteniéndose dentro de los alcances prácticos de la Humanidad general, lega a ésta su doctrina de liberación a través de la práctica de las virtudes fundamentales.

Enseñanza 12: El Óctuple Sendero

La doctrina del Buda aleja al hombre del campo puramente racional; le indica como realización práctica un método para lograr la liberación: el Sendero. Es esta una actitud de vida que debe adoptar.
Buda asentó cuatro postulados fundamentales o verdades sobre las cuales basa todo su programa de vida. Estos cuatro postulados son:
El conocimiento de la existencia del dolor.
El conocimiento de que el dolor es causado por el deseo.
El conocimiento de que el dolor es únicamente eliminado por la aniquilación del deseo.
El conocimiento del sendero que lleva a la cesación del dolor por la aniquilación del deseo.
Este sendero fue expuesto dividido en ocho aspectos, por cuyo motivo se lo llama el óctuple sendero.
Buda rechaza siempre los extremos por cuyo motivo condena tanto el sensualismo como la automortificación. Su sendero es el sendero del medio.
El primero de los 8 aspectos es el RECTO CONOCIMIENTO.
Indica que es necesario comprender el mal para comprender la raíz del mal y el bien para comprender la raíz del bien.
El mal es resumido en el siguiente decálogo: Matar, Robar, Fornicar, Mentir, Murmurar, Usar lenguaje

áspero, Hablar inútilmente, Tener avaricia, Ser cruel, Emitir juicio que perjudica.
La raíz del mal es el deseo, la cólera, la desilusión.
El bien se define como el abstenerse de esos diez actos y la raíz del bien la ausencia de deseo, de cólera y de desilusión.
Cuando se comprende el dolor y su causa, cuando se comprende la cesación del dolor y el sendero que lleva a ello, se habrá logrado el Recto Conocimiento.
Buda al exponer este primer paso del Recto Conocimiento coloca sin embargo de inmediato un freno, a tal punto que en lugar de Recto Conocimiento podría llamarse también de Recta Fe.
Al dar su clásico ejemplo del hombre herido por una flecha y de lo inútil que sería para el herido saber nombre, condición y aspecto físico del médico antes de ser auxiliado, en lugar de recibir directamente el auxilio, afirma lo inútil del conocimiento racional y la especulación sobre lo trascendental, el ego y otros aspectos.
Afirma luego la ley kármica, con lo cual se concluye la necesidad de vencerla con los actos de la vida para lograr la liberación de la cadena de reencarnación.
La segunda etapa es la RECTA INTENCION.
Comprende: El pensamiento de renunciar a los hábitos mundanos.
El pensamiento de no tener mala voluntad; y el pensamiento de abstenerse de la crueldad.
La tercera etapa es la de la RECTA PALABRA.
Comprende: Abstención de la mentira, para no favorecerse a sí mismo ni a otros.
Abstención de la murmuración, con lo cual se evitan discordias y se contribuye a la armonía de los hombres.

Abstención del lenguaje áspero, con lo cual se evita el rencor y los odios, sembrando al contrario el amor, la dulzura y cordialidad.
Abstención de conversaciones inútiles. Háblese con propiedad, breve y claramente.
La cuarta etapa es la de la RECTA ACCION.
Comprende: Abstención de matar. Se condena el uso de armas y elementos ofensivos. Lleno de comprensión, simpatía, compasión, el hombre debe practicar la piedad con todos sus semejantes.
Abstención de hurtar. Sólo se toma lo que se le da. Se elimina el deseo por lo ajeno purificando así el corazón.
Abstención de fornicar. Se superan los deseos carnales eliminándose las vallas entre los sexos.
La quinta etapa es el RECTO VIVIR.
Se incita a abandonar los reprobables métodos de lograr la subsistencia la cual debe ajustarse a una ética estricta. Sobre todo se indican las que causan dolor y miseria directa, como ser la profesión de carnicero, cazador, pescador y militar. Las que causan dolor indirecto, como comerciar con bebidas tóxicas; comerciar con venenos; comerciar con armas y comerciar con seres humanos. También se incluyen como réprobas las prácticas de adivinación, usura, juegos de mano y otros.
La sexta etapa es el RECTO ESFUERZO.
Comprende: El Esfuerzo de Eliminación. Consiste en dominar las sensaciones, eliminándolas por el esfuerzo de la voluntad a fin de que no provoquen deseos, apetitos y malas tendencias.
El Esfuerzo de Dominio. Consiste en fortificar la voluntad para poder hacer frente a cualquier deseo, a la cólera y la desilusión, apartándola volitivamente de

la mente. Para lograr este propósito debe reemplazarse una idea mala con una buena; se debe reflexionar sobre la miseria de estos pensamientos malos; no debe prestarse atención a los malos pensamientos; deben analizarse en todas sus partes los malos pensamientos; debe ahogarse con la mente todos los malos pensamientos hasta que desaparezcan y se disuelvan.
El esfuerzo de Reproducción. Consiste en engendrar en sí mismo la voluntad de crear cosas buenas, de hacer surgir en sí mismo el bien. Se conseguirá así la alegría, la atención, la tranquilidad, la concentración y la ecuanimidad.
El Esfuerzo de Conservación. Consiste en desarrollar la voluntad de conservar y preservar las cosas buenas que surgen, perfeccionándolas. Se supera la pereza y se adquiere espíritu de vigilancia.
La séptima etapa es la RECTA ATENCION.
En ella el discípulo se observa y observa a los demás. Observa el cuerpo, la mente y los fenómenos internos, habiendo dominado ya los deseos. Observa la respiración y la expiración y deduce la existencia de algo, del cuerpo, que sin embargo es sólo un hombre en relación a los cuatro elementos y de las propiedades que le son inherentes: ojo, oído, nariz, lengua, cuerpo, forma, sonido, gusto, etc.
Nace así la conciencia de los cinco aspectos de la existencia, sobre todo los mentales; sensaciones, percepciones, voliciones, conciencia y el aspecto material; pero no hay realmente criatura, sino sólo los cinco aspectos que dependen de ciertas causas. El discípulo observa todos los movimientos del cuerpo y tiene clara conciencia de todo lo que pasa. Observa todos los detalles de su cuerpo y los conoce. Observa

los nacimientos y la muerte y, como dijo el Buda, llega a la conclusión que "allí sólo hay cuerpos".
El que logra este conocimiento domina el descontento, el miedo, el calor, el frío, el hambre y la sed, domina y soporta todas las molestias, con paciencia y mansedumbre.
El discípulo observa también las sensaciones y comprende que en sentido absoluto no hay individuo alguno que pruebe la sensación. "Yo siento" es sólo una expresión del lenguaje.
En forma similar observa los fenómenos internos y concluye que hay fenómenos, pero ello no es prueba de realidad.
El octavo y último aspecto es la RECTA CONCENTRACION.
Una agudeza de la mente llama Buda a la concentración. Para lograrla se debe buscar el apoyo del Recto Esfuerzo.
El practicante debe haberse limpiado de la concupiscencia, de la cólera, de las flaquezas, de la inquietud y de la duda.
Lejos de las sensaciones y del mal consigue el primer trance. Se ha librado de los cinco escollos mencionados, pero están presentes aún el raciocinio, la reflexión, el gozo, la felicidad y la concentración.
En el segundo paso consigue la unidad mental a través de la eliminación del raciocinio y la reflexión.
En el tercer paso desaparece el gozo y sólo queda la felicidad y concentración.
En el cuarto trance ya sólo queda ecuanimidad y concentración.
Mas por elevado que sea el vuelo del espíritu, mientras que queda la más mínima sensación, el más sutil

deseo, mientras que no se haya pasado el reino sin formas, no se alcanzará el Nirvana. Sólo la aniquilación del deseo, la superación de toda sensación, la perfecta renuncia permite al alma llegar a ese estado de conciencia divina, en que superado todo deseo, logra el ser dominar la reencarnación y el dolor humano.

Enseñanza 13: Teología de la Creación

El hombre ario, el hombre que tuvo y aún tiene como misión la plena conquista de la mente racional, no pudo escapar del recuerdo ancestral del concepto de la unidad de Dios. Pero el concepto de lo Inmanifestado, de lo Absoluto, del Sin Nombre, si bien se mantuvo y aún mantiene en la Humanidad, no pudo siempre satisfacer la mente incapaz de sutilizarse y elevarse permanentemente hasta tan elevadas alturas.
El reconocimiento de que existen fuerzas superiores a las propias, el reconocimiento de que hay evidentemente algo que en definitiva debe reunir en sí toda la fuerza y poder que se ve actuar en el mundo y universo fenoménico, condujo a los hombres a una nueva concepción, a un nuevo y diferente punto de vista, a la concepción de una entidad superior, que resumiera todos los aspectos superiores y que constituye en definitiva lo que se llama el Dios Personal.
Esta concepción saca en definitiva el concepto de Dios, del Creador, del campo inasequible e incognoscible absoluto, lo saca de lo Inmanifestado Absoluto, para calificarlo y adornarlo con los atributos más excelsos que pueda imaginar la mente humana.
Dios se convierte así en una súper imagen humana, el Dios Personal. Verdadero Creador Personal del

Universo y del mundo fenomenal el hombre, entonces, está hecho a su imagen, pero es distinto de Él. Existe entonces una permanencia de un Ser Universal distinta de la permanencia de los seres de su manifestación.

Esta concepción, que llamamos monoteísta pura, tiene evidentemente un origen atlante, pues aquellos pueblos, por sus disposiciones psíquicas características de su raza, tuvieron la concepción de la potencia Unitaria Creadora del Universo.

Pero ese conocimiento intuitivo, al conservarse y transmitirse a las razas Arias, se humanizó a tal punto que con el tiempo se transformó en una entidad, en el Dios Creador Personal.

Los antiguos egipcios, descendientes de los Atlantes, fueron los que propagaron este concepto de un Dios Personal, centro y vida del Universo. Él es Él, y nada más que Él.

De este Ente, poseedor de todo atributo y calificativo excelente, se originan todas las almas, hechas a su imagen y semejanza.

Por eso se afirma entonces como postulado la existencia de un Dios Único, Omnipotente, Omnipresente, Omnisciente.

La idea monoteísta pura fue heredada por los Judíos que luego con Moisés abandonan el Egipto, de los cuales lo hereda luego el Cristianismo. Mas la idea monoteísta pura, la concepción creacionista, encierra en sí un problema fundamental para el hombre.

En efecto, la idea creacionista implica la existencia de un creador, distinto, separado de su creación. Dios creará al hombre a su imagen, pero siempre será distinto, estará separado de Él.

Esta idea, magnífica en sí, no puede perdurar mucho tiempo en el espíritu del hombre que intuye vagamente su origen divino y ansia la unión con Dios.
La concepción monoteísta pura no da satisfacción a los problemas y aspiraciones íntimas del alma humana que se siente eternamente desterrado, alejado y separado de Dios. No puede aceptar y resignarse el hombre eternamente a semejante situación.
Por eso todos los sistemas creacionistas se ven obligados tarde o temprano a abandonar sus purísimas concepciones e introducir el puente que satisfaga los deseos de deificación y liberación humana.
Es por ello que se observa que en todas aparece en un momento dado la idea de la Redención, del Mesías, en definitiva de la gracia.
Ya se mencionó que en todo ser existe el intuitivo concepto de su unidad con Dios, es decir, de su eventual identificación con la divinidad.
Mas al especulador deísta esta posibilidad se le aparece como imposible pues pese a ser hijo de Dios, engendrado por Él, ese Dios es distinto a él. El hombre nunca puede llegar a ser Dios; hay un círculo que no puede pasarse, imposibilidad insalvable.
Este pensamiento se vuelve obsesionante y la mente siempre ágil y adaptable lo rechaza al fin como inaceptable frente al íntimo deseo del alma humana.
Si Dios es distinto de su creación, si Dios es uno y la Humanidad otra, debe existir sin embargo un nexo de unión, un puente que una estos dos conceptos separados.
Surge entonces la idea del Mesías, del Redentor.
El Redentor es Dios condicionado a las posibilidades mentales del hombre, a la mente humana. La Mente

Divina se limitará a una relativa mente humana y Dios mismo se hará hombre.
El Redentor se convierte en el nexo de unión entre Dios y el hombre y nada o todo se hará sólo por su mediación.
Como el hombre, distinto de Dios no puede hacerse semejante a Él directamente, utiliza la imagen del Mediador para por su intermedio lograrlo.
Krishna, Cristo, el Mesías, son imágenes y personajes que simbolizan esta idea.
Ninguna teología creacionista pura puede proporcionar al ser la posibilidad divina que aspira tener.
El Judaísmo, que mantuvo originalmente la idea monoteísta pura, y del cual derivó el cristianismo, introdujo en un momento dado la idea del Mesías, a fin de hacer puente hacia el Dios inalcanzable y separado de la Humanidad.
Toda esta corriente de pensamiento, en definitiva, tiende a dar al hombre la posibilidad, ya que se le niega la posibilidad de reconocerse como Dios como ocurre en otros sistemas, de llegar a Él a través de la concepción del Redentor, del Mesías, en definitiva de lo que por ejemplo San Agustín desarrolló magistralmente como la Teología de la Gracia Divina.
Las doctrinas creacionistas, como religión, llevan sin embargo en sí el germen de la herejía frente a la enseñanza ortodoxa.
Ejemplo clásico y claro de ello es la herejía sostenida por Pelagio en los primeros tiempos del cristianismo.
En efecto. El hombre, naturalmente, es la imagen de su perfectísimo Creador y en consecuencia goza esencialmente de idénticos atributos. Sucumbe posteriormente al pecado, por su propia voluntad, por

el ejercicio de su libre albedrío y sumido en el mal es expulsado del Paraíso.
Entonces, arguye Pelagio, si por el mal uso de su libre albedrío el hombre perdió su relación y unión íntima con Dios, el mismo hombre puede reconquistar esa posibilidad perdida por la aplicación de su libre voluntad al ejercicio del bien.
Como se advierte de inmediato, tal proposición elimina totalmente la figura de Cristo o, por decirlo más ampliamente, toda idea y concepción Mesiánica, incorporada ortodoxamente en la creencia religiosa del hombre. Ella se derrumbaría, pues el hombre podría lograr le íntima unión con Dios sin necesidad de Redentor, y todo el sistema religioso construido alrededor de la doctrina Creacionista Mesiánica se desplomaría.
Si el pecado es el mal que separa al hombre de Dios, y si ese pecado puede ser superado por el simple esfuerzo del hombre, no se necesita un Mesías y toda la figura de Cristo, por ejemplo, perdería su valor fundamental.
En la práctica, toda concepción Creacionista, toda teología creacionista, implica tres aspectos esenciales.
LA ENCARNACION. O sea el descenso de un ser Divino entre los hombres, que toma vestiduras humanas para poder participar de la vida y dolor humano y poder, mediante un acto de sacrificio, expiar en sí todos los pecados, todo el mal en que se ha sumido la Humanidad. Es el descenso de Dios a la tierra bajo forma humana.
LA REDENCION. Es el sacrificio de Dios, en beneficio de la Humanidad, como acabamos de expresarlo. Es la expiación que realiza Dios mismo, en provecho de sus

propias criaturas y en que resplandece la infinita piedad Divina frente al pecado humano.
SALVACION. A través del acto expiatorio, inmolándose Dios sobre el mismo altar de la Humanidad, el hombre obtiene la posibilidad de su salvación, de poder unirse a Dios íntimamente. Y si bien ello no se logra en forma directa, queda a la Humanidad la posibilidad de realizar su anhelo fundamental: lograr la Unión Divina.
En la práctica, las concepciones creacionistas, sus religiones y teologías han sido siempre limitativas. Promulgan una Ley Divina, Revelada, y sujetan al hombre a ella. Dentro de ella el hombre puede vivir, moverse, desarrollarse, pero aquí, en la tierra, no puede escapar del círculo que ella le impone.
Después de la muerte y merced a la Gracia Divina, podrá abarcar todo. Podrá pensar y comprender todos los misterios, penetrará todos los arcanos de la ciencia; pero aquí en la tierra no podrá lograr esa aspiración.
Ejemplo claro del pensamiento creacionista lo constituye el Cristianismo y sus religiones e iglesias derivadas.
El Cristianismo primitivo fue amplio y toleró el vuelo del espíritu del hombre. Pero al cristalizarse los conceptos y formarse cada vez más y más lo que en definitiva resulto una iglesia, tales pensamientos fueron limitados y extirpados paulatinamente.
Los que intentaron escapar a la restricción fueron condenados y separados.
Todo pensamiento debió canalizarse a través del concepto crístico y jamás pretenda el hombre pensar más allá y volar más allá de los límites humanos prefijados.
Dios, Uno en su Trinidad, es el supremo Conocimiento;

pero el hombre no puede alcanzarlo sino a través del Hijo, por su Redención y Salvación. No puede conocer de un modo directo, sino sólo indirecto. No en esta vida, sino después de la muerte física, cuando el alma, por la redención, está segura de su salvación.
El hombre que vive dentro del concepto creacionista es como el ave enjaulada. Ve, contempla el infinito espacio, anhela volar, desea hundirse en el abismo infinito. Pero debe resignarse a aspirar; aspirar a una liberación que sólo la muerte, la cesación de una vida terrenal puede proporcionarle tras una vida de sacrificio, dedicación y renunciación.

Enseñanza 14: El Concepto de la Trinidad

Desde la más remota antigüedad, desde el momento en que en el hombre comenzó a brillar la luz de la razón, éste se ha formulado la pregunta del por qué de su existencia. Como su existencia corre paralela con la existencia de todo el universo, dicha pregunta se fue amplificando, hasta enfocarse sobre la manifestación en sí. Mas, al llegar a este punto, el hombre debió reconocer su incapacidad de penetrar en Dios, en el misterio de la manifestación.
No puede llegar la mente humana a conocer el cómo, cuándo, por qué de la manifestación. El misterio divino escapa a sus posibilidades y debe conformarse o aceptarlo así. No puede discurrirse sobre lo Absoluto, Eterno e Incognoscible, no puede discurrirse sobre la creación en sí.
Mas el hombre ansía el conocimiento de Dios, pues sin él no puede tampoco llegar a conocerse en su propia esencia, y ese deseo fue potente acicate de la mente, para al menos conocer algo, para levantar aunque

fuera sólo una pequeñísima parte del velo que cubre el misterio de la manifestación.
Por eso y como el acto creativo de Dios en sí es incognoscible para el hombre, enfocó sus fuerzas mentales sobre los resultados aparentes de la creación, a fin de lograr por ese camino un vislumbre iluminativo.
El resultado de ese esfuerzo se ha plasmado en el concepto de la Trinidad, conocido y afirmado ya por los sabios de la antigüedad y que recibió luego a través del Cristianismo un impulso extraordinario.
Se ha dicho ya que el hombre buscó entonces penetrar el misterio divino a través de los resultados aparentes de la creación.
Ir de lo Inmanifestado a lo Manifestado no se puede, pues se partiría de lo que se desconoce, de lo incognoscible, de la Gran Nada. Pero si al pensamiento de la creación manifiesta y cognoscible se simplifica y sutiliza el pensamiento dirigido hacia atrás, es posible concebir que en un momento dado, desconocido e inalcanzable en sí para el hombre, surge la Madre Dormida. El Principio Incognoscible de Dios despierta, comienza la manifestación.
Este surgir, este despertar involucra un verdadero acto creativo; establece el Principio Creador, potencial, que lleva en sí mismo toda la potencialidad de la manifestación.
Este Principio Creador posee, por decir así, adquiere conciencia de sí mismo, y al reconocerse a sí mismo, establece un conocimiento activo de sí mismo. La unidad adquiere aspecto dual, el uno se espeja en su propia conciencia y se convierte en dos. Y este conocimiento de sí mismo, este espejarse en sí mismo, establece una relación, un nexo, un campo vibratorio

que perdura por toda la duración de un ciclo de Creación. Vibración que se reconoce como infinito e increado amor, sobre el cual se sostiene toda la creación. Es Foá, o vida del Universo.
Ninguna de las antiguas escuelas se empeñó en divulgar esta elevadísima concepción trinitaria que sólo conocieron los discípulos más adelantados, pues lleva efectivamente el pensamiento demasiado cerca de lo Inmanifestado tentando a discurrir sobre ello.
Pero el Cristianismo lo sacó a plena luz para apoyar y demostrar la divinidad de Cristo y al hacer a esta verdad revelada artículo de fe lo llevó al campo de la teología.
La teología Cristiana desarrolló ampliamente el tema de la trinidad logrando iluminar extraordinariamente el concepto sobre las personas de la Divina Trinidad y su relación entre sí.
La Trinidad Cristiana comprende a: Padre, Hijo y Espíritu Santo.
Dios Padre es el Dios Creador, el Principio Creador Incognoscible; es decir, el primer Principio como también lo interpreta la antigua doctrina trinitaria. Ello no significa que se diga que las otras dos personas de la Trinidad no sean también creadoras, pero se aparecen en otra forma.
Hijo es parte de Dios, la parte total de Sí mismo, que conoce su propia existencia. Es del autoconocimiento de Dios que surge la segunda Persona de la Trinidad. Por eso con justa razón afirma el Dogma Católico que el Padre engendró el Hijo como la pura, divina y consubstancial expresión de la Voluntad y del Conocimiento eterno.
El Hijo es consubstancial con el Dios Padre, es Dios

mismo, como afirma el Dogma, pues no es sino el conocimiento y conciencia que de su propia existencia tiene Dios.
Afirma luego el Dogma que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo y que no es engendrado.
En efecto, Dios Creador (Padre), se conoció, se engendró a Sí mismo (Hijo), y al conocerse se amó (lazo de unión).
Este amor Divino e Increado, que antes se mencionara como Foá, es el Espíritu Santo, no engendrado sino resultante de la relación entre las dos primeras personas de la Trinidad.
La Creación y el surgimiento de las tres personas es forzosamente un acto simultáneo e incognoscible.
En el primer instante que aparece el Primer Principio por misterio divino inescrutable, aparece simultáneamente la Segunda Persona y se establece el lazo que es la Tercera Persona.
Si no fuera así se negaría la omnisciencia de Dios.
Por eso las tres personas son al mismo tiempo eternamente Existentes, eternamente Creadoras, eternamente Fruto y Subsistencia de la Creación.
El conocimiento trinitario de Dios logrado por la teología basada en la revelación y auxiliada por la razón, ha abierto al hombre, especialmente al católico, una perspectiva y posibilidad amplísima.
Se ha comprendido que las almas son individuales sólo a través de la apariencia que explica la ley de contrariedad analógica. Es decir, sólo como consecuencia de la manifestación activa que implica un alejamiento del centro estático, con los consiguientes aspectos duales.
El hombre se apercibe que está real e íntimamente

ligado a Dios, que mora en él y que buscando y esforzándose podrá hallarlo.
Dios se transforma en un concepto vivo, siempre existente, siempre en contacto con el alma humana. Y este contacto puede aumentarse y hacerse cada vez más íntimo por el conocimiento y el amor.
Esta doctrina fructificó extraordinariamente en las almas místicas cristianas y las llevó a grandes alturas.
En ella se basa también el concepto del Hijo Enviado por Dios, de la Encarnación Divina, que periódicamente desciende entre los hombres para servir de modelo luminoso de perfección.

Enseñanza 15: Teología de la Encarnación Divina

Las Teologías de la "Existencia" y la Teología de la "No Existencia" representan dos extremos de la concepción del Universo y del hombre.
La Teología de la Emanación Divina representa una posición intermedia, es la Teología del medio, verdaderamente del ser y no ser.
Como concepto fundamental también ella se basa en la Unidad Absoluta de Dios.
La manifestación es ilusoria en sentido absoluto y lo único verdadero es lo Eterno, lo Inmanifestado, el Siempre Existente Espíritu.
La ilusión nacida de la ignorancia engendra en el ser el concepto de separatividad, pero el ser que logra la realización vence esa falsa idea y consigue la iluminación necesaria para comprender estáticamente la Unidad Absoluta del Universo con Dios.
La mente humana es incapaz de lograr por sí esa comprensión.
Por ello, y utilizando el concepto de permanencia, bien

puede afirmarse, en la concepción de esta doctrina, que la permanencia Divina en el ser deja de ser tal en cuanto entra en el dominio de la percepción mental. Dicho en otras palabras: la mente humana es como un denso velo que impide al hombre conocer a Dios; el hombre no puede conocer racionalmente a Dios pues no puede penetrar su misterio, su verdadera esencia. La unión íntima y natural que existe entre Dios y el hombre es nublada por los conceptos de separatividad levantados por la mente que crea en el hombre una ilusión; la ilusión de una existencia irreal, no existente. Por ello los sabios instructores de esta doctrina han eludido siempre discurrir sobre lo Inmanifestado, sobre Aquello, orientando toda su acción por el postulado característico de que: Todo es ilusión; lo Eterno es la Única Verdad.

Lograr el conocimiento de esta Única Verdad es la meta suprema del estudiante que debe lograr concentrar todos sus pensamientos en una única idea, la Idea Única, la cual representa un estado de elevación mental tan extraordinario, por su concentración, que produce en última instancia un estado de conciencia de tal amplitud que el concepto de separatividad del "Tú eres Tú" cede al de "Tú eres Aquello".

Los sabios de la Madre han seguido siempre la línea general de esta concepción, basada en la idea del Ser y No ser.

Comprendieron la fuerza que un ardiente deseo de conocimiento puede dar al pensamiento humano, pero también admitieron las limitaciones que impiden llegar al total conocimiento de la esencia de Dios.

Si por ejemplo se afirmara que Dios y el Universo son una sola cosa, que su Espíritu está en todo lo existente

y que en consecuencia Dios evoluciona y se perfecciona con él, afirmaríamos que lo que concebimos como esencialmente perfecto tendría necesidad de perfeccionarse a través de su manifestación, lo que es absurdo.

Si se afirma que el Universo es una emanación, una creación de la misma substancia de Dios, se caería también en el absurdo, pues el Universo es evidentemente imperfecto, como se aprecia fácilmente. El Universo evoluciona constantemente para lograr la perfección, pero aunque sea semejante a Dios, no será nunca Dios.

Aparece entonces una dualidad, un concepto de un Dios separado de su universo, uno perfecto, el otro eternamente imperfecto, lo cual es una incongruencia y plantea el insoluble misterio del por qué de la Creación.

La mente ha intentado infinidad de formulaciones semejantes, sin poder llegar jamás a una solución, sin poder jamás resolver el misterio fundamental del por qué de la Manifestación Divina.

Mediante la razón puede lograrse un concepto vago y general de Dios. La intuición lo amplia, aunque obscuramente y el éxtasis puede dar el conocimiento claro de la visión beatífica, pero siempre será sólo un reflejo, jamás será la verdad directa.

Sin embargo, en todo este proceso la mente, al agudizar las facultades del hombre a través del correcto discurrir, va aclarando y disipando dudas que si bien no le darán jamás el conocimiento total de Dios, lo acercan y dan la sensación de poseerlo más y más.

En ésto reside el valor esencial de la Teología la cual, sin lograr dar contestación a los misterios de Dios,

eleva al hombre hacia Él, lo santifica y capacita para una vida de mayor perfección, aunque sin poder revelarle los grandes misterios Divinos de la Inmanifestación y de la Manifestación.
Frente a ellos, el teólogo aún más extraordinario tiene que llamarse a silencio.
En efecto, bien se sabe que lo Inmanifestado no admite definición. En cuanto a la Manifestación Divina en cambio, bien puede aceptarse que seres privilegiados puedan considerarla en su unidad indisoluble, que puedan vislumbrar la totalidad indestructible del Espíritu Universal y aún el Principio Fundamental del Universo.
¿Significa ello que se está entonces frente a dos Espíritus diferentes?
Para lo Inmanifestado nada tiene sentido. La negación no tiene sentido, como tampoco la materia, la mente, la energía. No tiene principio, no tiene fin, ni vacío, ni plenitud. Se usa la palabra Nada, aunque tampoco ella signifique nada o algo.
Querer mostrar la realidad de la Manifestación en base a lo Inmanifestado, lleva al fracaso; sin embargo, la Manifestación es la mejor demostración de lo Inmanifestado, y bien puede afirmarse que Aquello que Es no dejó nunca de ser lo que No Es.
El gran juego, la relación misteriosa entre lo Inmanifestado y lo Manifestado es algo impenetrable para el hombre. Por eso, ya se dijo, los verdaderos sabios guardan frente a esta cuestión un reverente silencio, limitándose a discurrir únicamente sobre la manifestación.
Y al considerar la Manifestación, afirman que Dios, EHS, la Manifestación Divina, es el Principio, la Raíz Única y

Absoluta de la Creación Universal; es su propia esencia y existencia.
Frente a esta afirmación surgen de inmediato diversas dudas y preguntas que es necesario aclarar.
En efecto, si Dios y se habla desde luego ya en el terreno de la Manifestación, es infinito, incognoscible, incausado, etc., ¿Cómo puede originar este universo finito, relativo, cognoscible y múltiple? ¿Cómo origina lo incausado la causalidad?
Algunos replican que aún en su Universo finito, Dios nunca deja de ser lo que es y que la creación es una ilusión, pero en tal caso dicha ilusión sería algo diferente de lo que la originó y se tendría un Universo totalmente separado de su Creador y distinto de Él.
Otros dicen que Dios es un inmenso conjunto hallándose unido inseparablemente con su Universo; que todo es Dios. Pero esta explicación implica que todo debería ser estático y no cambiante, cuando la evolución constante, el devenir, es la característica del Universo Manifestado.
También se intentó la explicación diciendo que Dios hubiera creado algo de Él mismo, semejante a Él y que nunca podría volver a Ser Él mismo por toda la Eternidad.
Esta explicación tampoco satisface pues Dios no seria más entonces el principio único absoluto, ya que siempre existiría algo fuera de Él, que, aunque semejante, no seria Él mismo.
Sin embargo es posible hallar una contestación adecuada merced a la aplicación de la ley de contrariedad analógica.
Ella permite afirmar que Dios, la Manifestación, es de la misma esencia y existencia de lo Absoluto, de lo

Eterno, aunque aparentemente no se nos aparece así. Lo Eterno se ofrece a Sí mismo de tal modo que aparentemente parece otro: parecería que fueran dos en vez de Uno.
Mientras dura esta dualidad aparente, Dios es la esencia y existencia Eterna y su Universo está impregnado de su esencia y existencia, pero ésta no es la esencia y existencia en Sí.
Por esta ley de contrariedad analógica, entonces, lo Eterno se aparece finito y condicionado al manifestarse a Sí mismo, pero en cuanto cesa el movimiento de manifestación todo vuelve a ser lo que siempre fue y Él volverá a ser lo que nunca dejó de ser.
Lo Infinito, lo Absoluto sólo es aparentemente finito en el Universo.
Se ha visto cual es el concepto teológico de la Manifestación en Sí.
¿Cuál es ahora el que sustenta sobre la creación Universal?
Dos tendencias teológicas existen sobre la creación, dos conceptos que afirman, uno, que el Universo coexiste con Dios y es eterno como Él, y otro que dice que el Universo fue creado no desde la eternidad sino dentro del tiempo. Se los distingue como la doctrina "ab aeterno" y la doctrina "in tempus".
Ambas representan tendencias extremas no concordantes con la doctrina media de la Teología que se considera aquí.
En efecto, toda creación implica un principio, no siendo posible entonces una creación "ab aeterno" pues significaría un principio en lo Inmanifestado, en el cual no hay principio ni fin, ni es posible conocer nada.
Tampoco se puede aceptar una creación "in tempus"

pues sería algo separado de la existencia de Dios, amén de dejar como incongruente el aspecto de una creación no predeterminada.
La interpretación concordante es entonces la intermedia:
La creación, como manifestación, es eterna. Dios incognoscible lleva en sí, potencialmente, todos los aspectos y factores determinantes de la Creación. Ella es eterna, potencialmente.
Sin embargo no es eterna como expresión de Dios, sino está limitada en el tiempo, en un período de duración. Brota del seno de Dios y se retrae, vuelve luego de nuevo al seno de Dios.
Por eso se dice que la Creación Divina del Universo es potencialmente eterna, está comprendida en Dios Incognoscible, pero está hecha activamente por un tiempo determinado por Dios Cognoscible.
Queda aún la cuestión del con qué hizo Dios su Universo.
Unos dicen que lo hizo de la Nada, tomando esta palabra en el sentido de lo Inmanifestado; otros dicen que emanó el Universo de Sí mismo, de su misma Sustancia.
Ambas afirmaciones así expresadas no son satisfactorias pues implican incongruencias.
Si Dios emanó el universo de Sí mismo, de Su misma Substancia, se tendría que admitir que esa sustancia, eternamente simple, admitiría ser compuesta por la creación, lo cual es una incongruencia pues, como ya se dijo, la substancia de Dios es eternamente simple y no puede dejar de serlo.
Tampoco puede crearla de la Nada, pues ello significaría la existencia de algo en lo Inmanifestado

previo a la creación y en consecuencia distinto de Dios. La única interpretación viable es entonces afirmar que Dios hizo el Universo de Su Nada, pero tomando este concepto en el sentido de su inmenso vacío o estado potencial, estado que escapa a la mente humana, incognoscible, y que con ella creó algo libre, nuevo, anteriormente increado, único.
Dios entonces creó el Universo de lo eterno pero en el tiempo fijando por la ley Divina. Lo creó desde el inmenso Vacío potencial de Sí mismo, con Su Misma Sustancia Diferenciada.
A través de todos estos conceptos fluye constantemente el movimiento, la idea de Ser y No Ser, de lo Potencial y Activo y viceversa.

Enseñanza 16: La Encarnación Divina

Desde que el hombre, a través del desenvolvimiento de la razón, logró pensar, imaginar e ilar racionalmente y pudo observar con mirada crítica el mundo fenoménico, la Manifestación que lo rodea, comenzó a descubrir relaciones y analogías entre lo que en definitiva se llama Macrocosmos y Microcosmos.
Dicho descubrimiento, unido al ancestral impulso hacia Dios, a ese eterno sentimiento, a ese eterno intuir su origen divino, hace surgir en la mente del hombre (Maestros iniciados y sucesivos discípulos) la idea, el deseo de deificarse, de volverse dios ya sea directamente o por unión con el verdadero Dios Macrocósmico.
La analogía hace surgir la convicción que el alma humana encierra en sí la potencia necesaria para que el hombre pueda manifestarse con el máximo esplendor de sus atributos, y si el hombre posee

realmente la potencia de la Creación puede llegar a Dios, acercarse a Él integralmente.
Mas un escollo se interpone. La total desarmonía interior.
El alma humana es desequilibrada, oscila entre el conocimiento y la afectividad. El saber y la fe se combaten como enemigos.
Mismo el concepto Trinitario, comprendido y entendido, no pudo penetrar de por sí en el alma humana con su concepto de vida y amor. Fue un concepto abstracto que no iluminó más que en cierto grado el alma humana, y aún los seres que a través de su profunda comprensión volaron alto a través del antiguo concepto trinitario, conservaron en sí cierta separatividad y superioridad frente a la masa humana que no ha llegado a esos estados.
Estos hombres perfectos, esos seres escogidos, conservan siempre un algo, una mancha, un lazo, y no pueden entonces representar plenamente ese ideal humano divino, no pueden ser modelo ni guía que oriente y canalice los deseos de deificación humana.
La Divina Trinidad Abstracta nada puede en el alma humana. Es necesario que se haga concreta, que se materialice a través de un ser perfectísimo, semejante a los hombres, pero de distinta naturaleza: se requiere entonces una verdadera Divina Encarnación.
Todos los textos sagrados revelados hacen alusión a este extraordinario ser, imagen viva del hombre perfecto, ideal, modelo de toda la Humanidad y sobre quien ésta puede asentar su confianza y seguridad, pues imitándolo y amándolo, que es otra forma de decir unirse, lograrán hallar el sendero que conduce a Dios, pues es el mensajero y guía que Dios mismo envía.

Este ser, la Divina Encarnación, no pertenece al ciclo humano. Su naturaleza, verdaderamente divina, está fuera del alcance mental del hombre.
Sin embargo, participa de la naturaleza de la mente divina y humana por igual, divina porque pertenece a otro ciclo de vida, no al humano y es una expresión perfecta y copartícipe de la Trinidad, y además humana porque para ser modelo del hombre ha de ser de su misma naturaleza.
Su nacimiento es divino, sin mancha, sin ley Kármica de causa y efecto humano, pero al encarnar, para ser hombre, toma sobre sí toda la carga del karma.
El verdadero sacrificio es la Encarnación. Su vida y su muerte como humana es parte del sacrificio total.
La Trinidad está plenamente activa en Él, es Él mismo. Todos los dones de amor, conocimiento y vida hallan a través de Él su más amplia expresión: es la imagen de la plenitud humana.
El misterio de la Divina Encarnación es uno de los más importantes de la Teología y aunque dió lugar a tremendas controversias la figura del Dios Encarnado alumbró el alma de los hombres conduciéndolos a las más altas experiencias morales y espirituales.

COSMO GONIA

ÍNDICE:

Enseñanza 1: La Palabra Hes
Enseñanza 2: Definiciones de las Palabras de Hes
Enseñanza 3: Explicación de las Nueve Primeras Palabras
Enseñanza 4: Las Diez Palabras de la Creación
Enseñanza 5: Las Ocho Palabras Planetarias
Enseñanza 6: Las Siete Palabras Virtuales
Enseñanza 7: Símbolos Gráficos
Enseñanza 8: NO SER
Enseñanza 9: SER y NO SER
Enseñanza 10: Cronología Hindú
Enseñanza 11: El Génesis
Enseñanza 12: El Despertar
Enseñanza 13: La Manifestación Primera
Enseñanza 14: La Creación Universal
Enseñanza 15: La Formación de los Sistemas Planetarios
Enseñanza 16: La Humanidad

Enseñanza 1: La Palabra de Hes

Cuando la mente humana, remontando el vuelo a las altas regiones de la formación universal, apunta sus focos de concentración en el primer Pensamiento Divino, que creó o del cual surgió el Universo, se pierde en el pavoroso abismo de lo indescriptible, se desorienta a las puertas de las inconmensurables aguas de la Eternidad.
Por eso, la Cosmogonía, como estudio, como "reglas", didácticamente hablando, es una mera especulación. Únicamente podrá el estudiante, por un sentido conciente y retrospectivo de su parte interna más noble y superior, llegar a una intuición de cómo fue hecha la Creación Universal, cómo surgen y se forman los mundos y los millares de sistemas solares que, como puntos luminosos, surcan el espacio infinito.
¿Cuál es la incógnita fuerza que los aviva, mantiene y conserva? Y ¿cómo se efectúa la desintegración que devuelve el todo al Todo?
Ciencia y religión, durante infinitas centurias, escudriñaron en las profundidades de los cielos y del alma humana. Cavilaron penosamente, trazaron esquemas y génesis de toda forma y al alcance de toda comprensión, para dar al hombre una pequeñísima y lejana idea de la Formación Universal.
Hoy día hay dos grandes bandos de opinión en el seno de la Humanidad, respecto de la Cosmogonía: el de los animistas, que se aferran tenazmente a la idea de una Creación hecha por un dios personal; y el de los científicos, que afirman una consecuencia de fuerza y de leyes que producen todo lo resultante, por una expansión de la fuerza desde adentro hacia afuera.

¿Quién tiene razón? ¿Es la Creación Universal hechura de un Creador? O bien ¿es el resultado de una fuerza infinita?
Cabe repetir: Para penetrar en la noche luminosa de los mundos y captar el secreto rutilante de los millares de estrellas que caminan al compás infinito de un mandato desconocido, en el espacio, hay, ante todo, que sentir y penetrar por uno mismo en el secreto de la existencia infinita, de la cual el hombre es un bosquejo en miniatura.
En el Templo de Ahehia, en Kaor, sobre la negra y cónica piedra que cierra el sepulcro de la Divina Madre Hes, está escrita la historia del Universo con místicos signos.
Así está escrito:

"Él no Es.
"Él Es Uno.

"Todos en Él son Uno.
"Él Es nuestro destino y nuestra finalidad.
"Él Es nuestro principio y nuestro fin, pues Él Es Todo.
"Antes Él Estaba; ahora Está; siempre Es, ¿y antes?...
"Estaba en absoluto descanso.
"¿Era Omnipotente? ¿Era Omnipresente? ¿Era Omnisciente?
"No es. No es. No es.
"Ahora Está en el Trabajo Universal; vuelve a la manifestación.
"Vida de todas las vidas.
"Ser de todos los Seres.
"Fuerza de todas las Fuerzas.
"Reflejo de todas las cosas.

“Él Es el Centro.
“Él Es la Derecha.
“Él Es la Izquierda.
“Él Está por arriba.
“Él Está por abajo.
“Por Él fueron hechos los mundos.
“En Él están todas las cosas creadas.
“Él Es el Soplo y la Vida y Él ha hecho los mundos.
“Pero ¿qué son los mundos?
“Son Él Mismo.
“Él Es Uno; centro de todas las cosas.
“Él Son Dos: la materia y la chispa.
“Él Son Tres: Fuerza primaria, reflejo de lo grande en lo pequeño, enlazados por su siempre manifestada Divinidad.
“Cuatro son sus extremidades: Teogonía, Cosmogonía, Teurgia y Física.
“Cinco son sus Sabidurías que el hombre puede alcanzar.
“Seis son los Sagrados Candeleros que alumbran el Altar de su Templo: Fe, Esperanza, Caridad; Obediencia, Pobreza y Castidad.
“Pero con el Siete fueron hechas las divisiones de todas las cosas.

“Haz tu cálculo, discípulo, y tendrás la cuenta del Universo.
“Ocho es el número de sus armonías: cuatro arriba y cuatro abajo.

“Divino y humano, día y noche; pares de opuestos que se conocen y jamás se encuentran.

“Nueve es el número de sus Divinos Constructores, de sus Distribuidores, de sus Hacedores.
“Diez es el número de la Perfecta Unión...El Cielo Pacífico.
“El Nirvana Silencioso.
“El Olimpo de la Realización.

Enseñanza 2: Definiciones de las Palabras de Hes

1.ÉL NO ES. El Inmanifestado no admite definición; definirlo seria negarlo.
2. ÉL ES UNO.
La manifestación es la Unidad, la totalidad del Espíritu Universal.
3. TODOS EN ÉL SON UNO.
En la manifestación la Unidad adquiere una pluralidad que es ilusoria.
4. ÉL ES NUESTRO DESTINO Y NUESTRA FINALIDAD.
El Espíritu Manifestado y la pluralidad ilusoria son una misma cosa.
5. ÉL ES NUESTRO PRINCIPIO Y NUESTRO FIN, PUES ÉL ES TODO.
La Unidad del Espíritu está presente integralmente en todas las formas de existencia.
6. ANTES ÉL ESTABA; AHORA ESTÁ; SIEMPRE ES; ¿Y ANTES?...
Lo Inmanifestado y la manifestación no son dos espíritus, pues Aquél que Es nunca deja de ser Aquél que No Es.
7. Él ESTABA EN ABSOLUTO DESCANSO.
Lo Eterno no admite discurso.
8. ¿ERA OMNIPOTENTE? ¿ERA OMNIPRESENTE? ¿ERA OMNISCIENTE?
Los atributos de la manifestación desaparecen

instantáneamente al considerar lo Eterno como Inmanifestado.

9. NO ES. NO ES. NO ES.

Ni materia, ni mente, ni espíritu manifiesto son distinguibles en lo Inmanifestado.

10. AHORA ESTÁ EN EL TRABAJO UNIVERSAL; VUELVE A LA MANIFESTACIÓN.

Cuando se considera a Dios como Manifestación, enseguida se establece la diferenciación.

11. VIDA DE TODAS LAS VIDAS.

En la manifestación no existe Espíritu sin vida, ni vida sin Espíritu.

12. SER DE TODOS LOS SERES.

Todo hombre es Dios en miniatura considerando sus posibilidades.

13. FUERZA DE TODAS LAS FUERZAS.

La energía cósmica es distinta en sus apariencias pero igual en su fundamento.

14. REFLEJO DE TODAS LAS COSAS.

El Espíritu tiene un único procedimiento para la Creación, que se refleja en todos los otros procedimientos semejantes.

15. ÉL ES EL CENTRO.

El centro es la parte potencial más cercana a lo Inmanifestado.

16. ÉL ES LA DERECHA.

Dios Manifestado es esencia primordial masculina.

17. ÉL ES LA IZQUIERDA.

Dios Manifestado es esencia primordial femenina.

18. ÉL ESTÁ POR ARRIBA.

La Idea Primera es dios Personal y Creador.

19. ÉL ESTA POR ABAJO.

Las múltiples ideas son el Satán o factor destructor.

20. POR ÉL FUERON HECHOS LOS MUNDOS.
Dios se reconoce a Sí mismo espontáneamente en su Creación.
21. EN ÉL ESTAN TODAS LAS COSAS CREADAS.
En relación a la Divinidad los valores cuantitativos del átomo son equivalentes a los valores cuantitativos del sol.
22. ÉL ES EL SOPLO Y LA VIDA Y ÉL HA HECHO LOS MUNDOS.
El Soplo de Dios es conciencia-idea y la Vida de Dios es fenómeno-voluntad.
23. PERO ¿QUÉ SON LOS MUNDOS?
La conciencia-idea y el fenómeno-voluntad no tienen diferencia entre sí.
24. SON ÉL MISMO.
Dios no está encerrado en su Creación, ni fuera de ella; sino Él Es.
25. ÉL ES UNO, CENTRO DE TODAS LAS COSAS.
La Unidad es siempre integral.
26. ÉL SON DOS: LA MATERIA Y LA CHISPA.
En la manifestación Dios es Él y su reflejo.
27. ÉL SON TRES: FUERZA PRIMARIA, REFLEJO DE LO GRANDE EN LO PEQUEÑO, ENLAZADOS POR SU SIEMPRE MANIFESTADA DIVINIDAD.
La Fuerza Primaria es la Mente Creadora; el Reflejo de lo grande en lo pequeño es la Vida Material y su siempre Manifestada Divinidad es la Energía Foática.
28. CUATRO SON SUS EXTREMIDADES: TEOGONÍA, COSMOGONÍA, TEURGIA Y FÍSICA.
El cuatro simboliza la materialización de las tres cualidades fundamentales.
29. CINCO SON SUS SABIDURÍAS QUE EL HOMBRE PUEDE ALCANZAR.

El aspecto más inferior, el número cuatro, cuando es puesto en movimiento se transforma por el esfuerzo en el número cinco.
30. SEIS SON LOS SAGRADOS CANDELEROS QUE ALUMBRAN EL ALTAR DE SU TEMPLO: FE, ESPERANZA, CARIDAD; OBEDIENCIA, POBREZA Y CASTIDAD.
Estos son los pasos iniciáticos para la perfección del hombre.
31. PERO CON EL SIETE FUERON HECHAS LAS DIVISIONES DE TODAS LAS COSAS; HAZ TU CÁLCULO DISCÍPULO, Y TENDRÁS LA CUENTA DEL UNIVERSO.
Siete es el número simbólico de la Divinidad en el hombre.
32. OCHO ES EL NÚMERO DE SUS ARMONIAS; CUATRO ARRIBA Y CUATRO ABAJO. DIVINO Y HUMANO, DIA Y NOCHE, PARES DE OPUESTOS QUE SE CONOCEN Y JAMÁS SE ENCUENTRAN.
Esto es símbolo de la Armonía Universal; como es arriba es abajo.
33. NUEVE ES EL NÚMERO DE SUS DIVINOS CONSTRUCTORES, DE SUS DISTRIBUIDORES, DE SUS HACEDORES.
La Creación del Cosmos se efectúa así: Una mente, una energía y una materia que lanzan la idea; una mente, una energía y una materia que la transmiten y una mente, una energía y una materia que la ejecutan.
34. DIEZ ES EL NÚMERO DE LA PERFECTA UNION...EL CIELO PACÍFICO. EL NIRVANA SILENCIOSO. EL OLIMPO DE LA REALIZACIÓN.

El número diez es el símbolo del regreso del Espíritu Individual al Espíritu Universal.

Enseñanza 3: Explicación de las Nueve Primeras Palabras

"ÉL NO ES"
Dios, como fundamento universal, no puede ser definido. Definirlo sería negarlo; atribuirle cualidades sería limitarlo. Si el espíritu humano llegara a Él, no podría describirlo porque sería inmediatamente absorbido en lo Eterno.
"ÉL ES UNO"
Al estremecerse la inmensidad desconocida, una luz surge de las tinieblas; y una sola luz. No puede haber dos luces porque, por su naturaleza potencialmente divina, no hay más que un Espíritu.
"TODOS EN ÉL SON UNO"
La pluralidad de los espíritus que surcan los espacios, desde la Conciencia Divina hasta la voluntad humana, están individualizados únicamente por los velos de la ilusión; pero, enseguida que desaparece la causa que motivó el efecto, caen los velos, huyen las sombras, y los muchos vuelven a ser el Uno.
"ÉL ES NUESTRO DESTINO Y NUESTRA FINALIDAD"
Aún los velos de la ilusión son Él. Él es la Unidad y Él es las múltiples formas de todo lo que compone la existencia, los destinos de los seres. Su Divinidad, reflejada en las finalidades humanas, hace que estas cambiantes formas sean tan Divinas como Él mismo.
"ÉL ES NUESTRO PRINCIPIO Y NUESTRO FIN, PUES ÉL ES TODO"
Él es el Espíritu Creador y es la florcita más pequeña del valle. La Divinidad está presente desde la primera

manifestación de la vida hasta la reintegración de las almas al estado primario. Espíritu y materia es una sola cosa. Alma y cuerpo son dos aspectos distintos de una misma esencia. Por eso. Él, que está en todo, es el principio y el fin.
"ANTES, ÉL ESTABA; AHORA ESTÁ; SIEMPRE ES; ¿Y ANTES?...
El Espíritu, en su esencia, nunca puede variar. No le afectan las formas, la duración ni los cambios. Pasan por ante Él todas las radiaciones de su creación sin afectarle en lo mínimo. Pero ¿es distinto Él de lo Inmanifestado? ¿Hay una diferencia señalada por las palabras "¿Y antes?" entre lo manifestado y lo Inmanifestado? No hay ninguna. Él siempre Es. Si Él siempre Es, nunca deja de ser Aquel que No Es.
"ESTABA EN ABSOLUTO DESCANSO"
Cuando se discurre sobre lo Eterno, que no admite discurso, sólo una palabra cabe: No. No. No.
"¿ERA OMNIPOTENTE? ¿ERA OMNIPRESENTE? ¿ERA OMNISCIENTE?
Si bien Él posee todos estos atributos, enseguida que Él se disponga a reconocer que Él es Aquello, deja instantáneamente de poseerlos.
"NO ES. NO ES. NO ES"
Se niega aquí tres veces, porque ni materia ni mente ni espíritu son distinguibles en Aquello; sólo participan de su Divinidad en estado latente, sin definición.

Enseñanza 4: Las Diez Palabras de la Creación

"AHORA ESTÁ EN EL TRABAJO UNIVERSAL; VUELVE A LA MANIFESTACIÓN"
En la manifestación Universal las separaciones se hacen visibles y tangibles. Omnipotencia,

Omnipresencia y Omnisciencia parecen separarse y formar estados independientes para la orden del Trabajo Cósmico.

“VIDA DE TODAS LAS VIDAS”

Una partícula Divina anida en toda partícula substancial. En donde hay Espíritu, hay alma y materia.

“SER DE TODOS LOS SERES”

Todo hombre es Dios en miniatura. Si desapareciera la Humanidad y quedara un solo hombre, éste la representaría toda. El Ser está reflejado en los seres como el Sol en todas las gotas de agua.

“FUERZA DE TODAS LAS FUERZAS”

Todos los individuos emplean, en sus esfuerzos para alcanzar la perfección de las especies, un elemento energético distinto en su apariencia pero igual en su fundamento. La energía que hace levantar un brazo es la misma Energía que hace mover los sistemas planetarios.

“REFLEJO DE TODAS LAS COSAS”

Como es arriba es abajo. Como es abajo es arriba. El átomo copia, trazando el círculo de su campo magnético, el círculo que trazó el Espíritu sobre el espacio virgen, limitándolo y haciéndolo apto para reflejar otro círculo semejante; y así sucesivamente, hasta lo infinitesimal.

“ÉL ES EL CENTRO”

Él es el centro del Espíritu porque es aquella parte divina y potencial más cercana a lo Inmanifestado.

“ÉL ES LA DERECHA”

Esta sentencia explica que el Espíritu toma parte directa y creadora en la formación cósmica, con una actividad masculina siempre palpitante.

“ÉL ES LA IZQUIERDA”

La actividad masculina siempre palpitante del Espíritu se transforma en la izquierda, en proporción a su alejamiento de su punto céntrico y creador, actuando como Espíritu potencial y esencialmente femenino.
"ÉL ESTÁ POR ARRIBA"
Él es el Dios Personal Bondadoso y Luminoso de todas las teologías místicas. Él es el Bien, es la Luz, es la Acción.
"ÉL ESTÁ POR ABAJO"
Él es, al mismo tiempo, el demonio, el Satán, la Dama Negra. Es la reacción, la sombra, el mal. Van tan estrechamente unidos estos dos aspectos, divino y demoníaco y son tan necesarios para el mantenimiento de la Creación Universal, como lo es la destrucción para la reconstrucción, la muerte para la vida.

Enseñanza 5: Las Ocho Palabras Planetarias

"POR ÉL FUERON HECHOS LOS MUNDOS"
Para que Dios quisiera reconocer, en Sí, su Divinidad potencial y activa, hizo el Universo y lo mantiene; así el hombre reconoce el valor de sus ideas cuando las ve realizadas.
"EN ÉL ESTAN TODAS LAS COSAS CREADAS"
Desde el punto de vista divino, los valores cuantitativos del átomo son exactamente equivalentes a los valores cuantitativos del Sol. La Divinidad está, exactamente, en la misma medida en lo grande como en lo pequeño. Si Dios se hubiera manifestado únicamente en un grano de arena, éste contendría toda la Creación. Las cosas creadas por lo cambiante y transitorio aumentan y disminuyen continuamente; pero el Espíritu que está detrás de ellas es el número Uno, el total de la

Divinidad.

“ÉL ES EL SOPLO Y LA VIDA Y ÉL HA HECHO LOS MUNDOS”

Para lograr el reconocimiento de su Divinidad, establece Dios su Creación y la afirma continuamente en la creación material de las cosas. La conciencia, idea o reconocimiento divino y el fenómeno-voluntad o creación efectiva, forman los pares de opuestos, soplo y vida de la creación. Por consiguiente, no es por la accidental sino por la conciente reflexión de Dios que se hacen las cadenas planetarias.

“PERO ¿QUÉ SON LOS MUNDOS?”

¿Hay diversidad entre la idea de Dios y su materialización? Absolutamente no; la Divinidad una en Sí, indisolublemente, la conciencia y la voluntad, la idea y el fenómeno, el Creador y la Creación.

“SON ÉL MISMO”

El deísmo pone a Dios por encima de su Creación; el panteísmo encierra a Dios dentro de todas las formas. Pero Él no está ni por encima ni dentro de su universo creado. Él es siempre Él.

“ÉL ES UNO; CENTRO DE TODAS LAS COSAS”

La unidad es siempre integral. Todas las partes, como puntos de partida, son el centro. Dios está en todas partes y en ninguna. Si se establecieran dos puntos similares que pudieran ser comparados, no existiría la Unidad Divina.

“ÉL SON DOS: LA MATERIA Y LA CHISPA”

La Unidad se transforma en dual desde el punto de vista humano, dualidad indispensable al hombre para alcanzar la Unidad. Chispa-mente y materia son la misma sustancia y, sin embargo, son dos cosas completamente distintas para la Humanidad.

"ÉL SON TRES: FUERZA PRIMARIA, REFLEJO DE LO GRANDE EN LO PEQUEÑO, ENLAZADOS POR SU SIEMPRE MANIFESTADA DIVINIDAD"
Están aquí descritas las tres cualidades fundamentales del Universo. La Fuerza Primaria es la Mente Creadora; el reflejo de lo grande en lo pequeño es la vida material, la inercia de lo pesado en comparación con la sutileza de lo liviano. El lazo de unión llamado Manifestada Divinidad es la energía foática, el movimiento continuo, el Santo Espíritu que transmuta continuamente por su vibración todos los elementos, manteniéndolos unidos ente sí.

Enseñanza 6: Las Siete Palabras Virtuales

"CUATRO SON SUS EXTREMIDADES: TEOGONÍA, COSMOGONÍA, TEURGIA Y FÍSICA"
La Tríada Sagrada cuando llega a su completa materialización se transforma en el cuadrado, símbolo de la pesantez de la vida humana. Las ideas toman forma y aspectos de dioses o Teogonía; las fuerzas de la Naturaleza, las ideas madres del Cosmos, son veladas bajo los símbolos y las frases oscuras de los génesis de las religiones, o Cosmogonía. Los sencillos movimientos de Foa, que traza sus pasos armoniosos sobre los campos magnéticos de los cielos pierden, al toque de las manos de los hombres, su poder vibratorio y transforman la pura magia blanca de los Constructores Divinos en la magia negra de las razas humanas, o Teurgia. La pureza inmaculada de la materia cósmica, la cual siempre se regenera a sí misma en el Manantial Eterno, se transforma, a la corta visión humana, en experimentos ciegos, en muerte,

dolor, vejez y ruina, o Física.
"CINCO SON SUS SABIDURÍAS QUE EL HOMBRE PUEDE ALCANZAR"
El reconocimiento espiritual, mental, energético y material, sólo puede el hombre alcanzarlo por el esfuerzo, poniéndose en marcha, tomando su cruz sobre sus espaldas y transformándola en svástica. En una palabra, al "cuatro", número material, debe sumársele el esfuerzo individual, para obtener el "cinco", número del sacrificio.
"SEIS SON LOS SAGRADOS CANDELEROS QUE ALUMBRAN EL ALTAR DE SU TEMPLO: FE, ESPERANZA, CARIDAD; OBEDIENCIA, POBREZA Y CASTIDAD"
Están aquí descritos los seis pasos que ha de dar el alma para llegar a la perfección, simbolizados por los seis aspectos de la Madre Divina.
"PERO, CON EL SIETE FUERON HECHAS LAS DIVISIONES DE TODAS LAS COSAS; HAZ TU CÁLCULO DISCÍPULO, Y TENDRÁS LA CUENTA DEL UNIVERSO"
Si se tuviera un número par, nunca se llegaría a la Divinidad; únicamente por un número par más uno se puede llegar a Dios. Enseguida que las tres cualidades fundamentales, poseedoras de sus respectivos pares de opuestos, se reconocen a sí mismas, poseen el número perfecto, porque son: tres más tres más uno por el reconocimiento.
"OCHO ES EL NÚMERO DE SUS ARMONIAS; CUATRO ARRIBA Y CUATRO ABAJO. DIVINO Y HUMANO, DIA Y NOCHE, PARES DE OPUESTOS QUE SE CONOCEN Y JAMÁS SE ENCUENTRAN"
Este número es indispensable para mantener la armonía entre la Divinidad y la Humanidad. Si no fuera por el reconocimiento del valor del Universo creado,

toda alma, al reconocer su Divina Esencia, se fundiría de inmediato en lo Eterno. Es esta armonía la que sujeta una vez más a las almas que suben y les hace desear no conocer tanto, para mantener el equilibrio entre lo que No es y lo que Es.
"NUEVE ES EL NÚMERO DE SUS DIVINOS CONSTRUCTORES, DE SUS DISTRIBUIDORES, DE SUS HACEDORES"
Los tres triángulos perfectos son los verdaderos albañiles del Universo. Por eso, todas las jerarquías creadoras del Cosmos son novenarias: Una mente, una energía, una materia que lanzan la idea; una mente, una energía, una materia que transmiten la idea; una mente, una energía, una materia que la ejecutan.
"DIEZ ES EL NÚMERO DE LA PERFECTA UNION...EL CIELO PACÍFICO, EL NIRVANA SILENCIOSO, EL OLIMPO DE LA REALIZACIÓN"
Todo lo que fue, volverá a ser; lo que partió tendrá que regresar; mas nunca volverá a ser lo que fue. Si Dios Es y siempre Es, nunca deja de ser el Nihilomnia (Nada-Todo), Aquél que No Es.

Enseñanza 7: Símbolos Gráficos

Estos símbolos maravillosos simbolizan el NO SER, EL SER Y NO SER; simbolizan el DESPERTAR y la MANIFESTACIÓN PRIMARIA; simbolizan la CREACIÓN UNIVERSAL y la FORMACIÓN DE LOS SISTEMAS PLANETARIOS; y, finalmente, la HUMANIDAD apuntando el pie sobre el último peldaño, para de allí volver a todo lo indicado y ser reabsorbida en el NO SER.

El primero de estos dibujos, que no hay negros humanos que lo puedan igualar, es el: NO SER.



El segundo de estos signos, igual que el primero, es un cuadrado negro; pero sobre él se ha formado un círculo de una blancura luminosa: SER Y NO SER.



La tercera representación es igual a la segunda, pero en el centro del disco luminoso ha aparecido un punto y es: EL DESPERTAR.



En el cuarto signo, el punto céntrico del disco blanco es más amplio: LA MANIFESTACIÓN PRIMARIA.



En el quinto, una línea horizontal cruza el blanco disco representando: LA CREACIÓN UNIVERSAL.



En la sexta imagen, una línea vertical se superpone a la horizontal y es: LA FORMACIÓN DE LOS SISTEMOS PLANETARIOS.



Por último, del negro cuadrado ha desaparecido el círculo y sólo ha quedado la cruz: LA HUMANIDAD.



Enseñanza 8: NO SER



Si fuese ésta una enseñanza correcta, no podría tener nada, fuera del dibujo arriba diseñado.
Hay aquí, sin embargo, una explicación a esta enseñanza, para que el estudiante pueda comprender por qué el No Ser no puede ser explicado por la mente humana.
Cuando los inmensos cursos, que de eternidad en eternidad propagan la fuerza potencial y activa del Universo, volvieron a abismarse en el seno del No Ser, ¿en dónde quedó relegada la actividad y potencialidad del Dios Creador? ¿Dónde estaban los resplandecientes factores de la energía? ¿Dónde estaban las figuras luminosas de los Dioses Arquitectos?
Nada existía ya.

Todo ha vuelto a su primitivo estado y todo ha sido absorbido en el seno de lo inconmensurable sin duración.
Ni el tiempo existía, porque ¿cómo puede haber tiempo sin duración?
La Mente Universal tampoco existe en lo incondicionado, porque ¿dónde podría caber Ella en aquella inmensidad que no tiene soportes para sostenerla?
Únicamente la tiniebla llenaba la inmensidad sin límites.
Todo dormía el sueño sin ensueños de la Infinidad.
Pero, todas estas frases no son sino pueriles conceptos de lo que carece de palabras para ser expresado.
Cuando se quiere dar una explicación de lo Absoluto, por pura y selecta que sea, se cae inexorablemente en el dogma, en el sofisma, en la especulación.
Estas son ideas que únicamente por abstracción pueden llegarse a intuir, pues ¿cómo penetrarán los seres con mente humana allá donde la mente no existe?
Los Grandes Iniciados, que en las horas de éxtasis llegaron a las orillas del Mar Eterno, desde donde se vislumbra el estado incondicionado de Dios y desde donde muy pocos vuelven al estado de conciencia, jamás tuvieron palabras para expresarlo.
Si todo desaparece en lo Inmanifestado, entonces este estado de No Ser es la suprema aniquilación, es la nulidad absoluta, es el vacío completo.
Así piensa el estudiante ante esta definición.
Pero, ¡maravilla de la Sustancia Eterna! Como de la nada, nada puede devenir, como nada de lo que fue puede desaparecer, así como siempre permanece lo

Inmanifestado, simultáneamente, nunca deja de ser lo Manifestado.
Estas etapas de Inmanifestacion y manifestación son líneas que traza la mente humana para explicarse la Esencia en sí y la esencia expresa de Dios. Pero, en realidad, lo manifestado y lo Inmanifestado nunca cambian de aspecto, sino, siempre son. Si cambiaran existirían dos dioses conjuntamente.
Es similar al ser que cree que ha recorrido un trozo de camino en el período de tiempo que la duración de su existencia le ha dictado. ¿Qué ha hecho sino soñar con los ojos abiertos sobre su propia ilusión?
La ilusión de ayer es la duración de tiempo de hoy y el hombre comprende que el ayer y el hoy no son sino veleidosos reflejos de su imaginación mental; pero, vence al tiempo y a la duración y vive la magnificencia de la hora presente, del momento Eterno.
Dice bien un filósofo contemporáneo: "Si queréis ser felices, olvidad vuestro pasado y no os preocupéis por vuestro porvenir; sino, vivid plenamente el momento presente".
El ser vive simultáneamente la ilusión y la hora abstracta.
La una nada ha quitado a la otra y, sin embargo, los dos aspectos, ilusión y realidad, manifestación e Inmanifestacion, están siempre tan estrechamente unidas que nunca pueden ser separadas.

Enseñanza 9: SER Y NO SER



El Absoluto, el "Ser y No Ser", es la imagen que la mente limitada del hombre puede hacerse del No Ser; mientras que el Ser, es todo lo existente, toda la maravillosa variabilidad y continua transformación de la Gran Obra.
Pero las mentes humanas nunca pueden llegar a un concepto claro de lo que es lo Condicionado y lo Incondicionado. Se pasa de un borde a otro del abismo y se enreda, ya sea en una pesimista negación o en una materialista afirmación.
Unos afirman que todo es ilusión y, entonces, la vida ya no tiene objeto; mientras otros siempre giran alrededor de dos principios paralelos que jamás se encuentran, cayendo en el dualismo y en el materialismo.
Únicamente la unión armónica de estos dos grandes ideales filosóficos puede traer la armonía de una clara comprensión y visión espiritual de lo Absoluto y de la Creación Universal.
Lo Absoluto, que por sí no puede tener atributos ni definiciones, se afirma en todo lo existente y es lo que se intuye tras todas las transformaciones de la vida.
El culto a lo Eterno y el culto a la Madre Divina, rodeada de millares de Dioses, son uno: Ser y No Ser.
Pero, ¿cuándo se produce y en qué lugar se efectúa el gran cambio?
¿Cuándo el No Ser deviene a ser el Ser?
¿Es acaso el Espíritu o el mundo espiritual el estado de No Ser? No.
El Espíritu, cuando llega hasta Aquél, no puede ser Espíritu.
Entonces ¿el No Ser es el vacío y la nada? No.
Si el aliento existe en la Eternidad, todas las cosas

permanecen en Él, en la obscuridad, “fuerza astringente y comprensiva”, como le llama Fabre d’Olivet.
Dice Plotino: “Quitémosle todas las cosas, no afirmemos nada de Él, no mintamos diciendo que hay algo en Él y dejémosle Ser, sencillamente”. Más adelante, también en sus escritos, llama al estado incondicionado, “No Ser", "oscuridad y silencio”. Pero ¿quién podrá describir cómo y cuándo esta profunda y astringente oscuridad abre su esencia a la manifestación con números, medidas y detalles? Los antiguos sistemas filosóficos han dado los cálculos del Universo. ¿Son exactos o no? Todavía es esta una cuestión a resolver, pues la mente humana mezcla lo real con lo irreal y confunde el simbolismo con la realidad.
Los hindúes dicen: “Así como después del día, el velo de la noche oscurece y envuelve todas las cosas, lentamente termina el ciclo de los tiempos y, como por siete Eternidades se manifiesta, así también descansa la inmensidad por otras siete Eternidades. De la Manifestación se ha pasado ahora a la Inmanifestación”.
Pasado cada ciclo inmenso, lo que existía en el seno oscuro de lo Eterno, vuelve a despertar y visiblemente se manifiesta a la vida en otros siete ciclos inmensos. En la aurora del nuevo día cósmico, tras de una alborada, que como un suave velo producido por el Aliento Eterno, vuelve a despertar la vida a la existencia, empieza la nueva Manifestación. ¿Deja por eso de existir lo Incondicionado? No. Él siempre Es. Él siempre Fue. Él siempre Será. Estos cambios periódicos de actividad y descanso

cósmicos no son sino figuras que la mente humana ha producido para conocer algo del Secreto Eterno.
Lo Incondicionado sin condición no existe, porque entonces no sería más que la nada.
El trutis del descanso universal es el momento en que lo ignoto se reconoce a sí mismo.
El sueño cósmico no es la nada, sino lo Eterno que absorbe todas sus fuerzas en Sí mismo, para expandirlas luego, en una nueva era de creación, por el espacio.
Inmenso y grandioso concepto éste, que el hombre no puede comprender, ni aún el más puro, sino únicamente intuir, pues está más allá de todo lo que Es.
Dios es Ser y No Ser, Manifestación e Inmanifestación, personalidad e impersonalidad, esencia en el sueño de la Eternidad y sustancia en el día de la vida.
Algún día, todo lo que Es, todos los sistemas planetarios, al toque de clarín de la noche larguísima del ocaso misterioso, volverá al seno de la Madre Divina que los vio salir de Sí, como sale el vapor de las aguas por la acción de los rayos solares, para volver al seno de la Eternidad.
Sin embargo, ¡oh Milagro Eterno tan difícil de comprender!, nada ha dejado de existir ni dejado de ser en ningún instante.

Enseñanza 10: Cronología Hindú

Cuando, según la expresión de Helena Petrovna Blavastky, "lo Absoluto durmió una vez más envuelto en sus invisibles vestiduras por Siete Eternidades", se entiende por vestiduras, a Dios como Manifestación. La

Manifestación Divina, que en realidad no tiene separación de lo Incondicionado, se expresa en el Universo dividido en tres grandes etapas.
La primera es la raíz universal, Espíritu en Sí, causa y raíz primera del Universo; para la mente humana allí es noche todavía. Los Indos la llaman Mulaprakriti.
La segunda es Espíritu y materia; la vida y la existencia; el Espíritu del Universo y la materia toda; Purucha y Prakriti; el ciego de fuertes piernas que lleva sobre sus espaldas al tullido que le indica el camino. Hes y Ahehia. La Madre que duerme y la Madre que vela.
La tercera es el Alma Universal, la Mente del Cosmos, Mahat; es la ideación creadora, el movimiento energético y la esencia inteligente de la materia.
Los Vedas llaman al tiempo de Inmannifestacion Gran Pralaya y al tiempo de Manifestación, Manvantara. Un período cíclico es un Kalpa y todo un período universal es un Maha Kalpa.

Los Hindúes dividen el tiempo de la siguiente manera:
150 trutis (parpadeos) = 1 segundo.
1 ghari = 24 minutos.
2 gharis = 1 mahurta = 48 minutos.
30 mahurtas = 1 día.
1 pitrya = 1 mes.
1 daiva = 365 días, 5 horas, 30 minutos y 31 segundos (un año) aproximadamente.
1 "año" daiva = 360 daivas.
1 chatur yuga = 12.000 "años" daiva = 4.320.000 daivas.
Un chatur yuga comprende:
1 satya yuga = 4.800 "años" daiva = l.728.000

daivas.
1 treta yuga = 3.600 “años” daiva = 1.296.000 daivas.
1 dvapara yuga = 2.400 “años” daiva = 864.000 daivas, y
1 kali yuga = 1.200 “años” daiva = 432.000 daivas.

12.000 “años” daiva = 4.320.000 daivas
1 Brahma-dina (día de Brahma) = 1.000 chatur yugas = 4.320.000.000 daivas.
1 Brahma-ratri (noche de Brahma) = 4.320.000.000 daivas.
Al día de Brahma, período de manifestación, se le llama también Manvantara; se opone a la noche de Brahma, período de reposo o Pralaya.
1 kalpa (1 día y 1 noche de Brahma) = 2.000 chatur yugas = 8.640.000.000 daivas.
1 año de Brahma = 360 kalpas = 3.110.400.000.000 daivas.
100 años de Brahma = 36.000 kalpas = 311.040.000.000.000 daivas.

Enseñanza 11: El Génesis

El Génesis explicado a la luz de la Sabiduría Divina es de gran utilidad para ver el concepto único que tenían los Grandes Iniciados de la Creación Universal. Están aquí explicados los diez primeros versículos del capítulo primero del Génesis.
En el principio creó Dios los cielos y la tierra.
Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas.

Y dijo Dios: Sea la luz y fue la luz.
Y vio Dios que la luz era buena y apartó Dios la luz de las tinieblas.
Y llamó Dios a la luz Día y a las tinieblas llamó Noche; y fue la tarde y la mañana un día.
Y dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas y separe las aguas de las aguas.
E hizo Dios la expansión y apartó las aguas que estaban debajo de la expansión, de las aguas que estaban sobre la expansión; y fue así.
Y llamó Dios a la expansión Cielos; y fue la tarde y la mañana el día segundo.
Y dijo Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase la seca; y fue así.
Y llamó Dios a la seca Tierra, y a la reunión de las aguas llamó Mares; y vio Dios que era bueno.
Al establecer la Biblia un principio, un punto de partida dentro del espacio y del tiempo, establece, desde ya, una existencia pregenésica de Dios. Esta existencia, anterior, no puede ser conocida por la mente humana, pues Dios en su raíz indiferenciada es lo incognoscible, lo Incondicionado: No Es.
Después de la diferenciación cósmica establecida por las palabras: "En el principio", recién se nombra a Dios como creador, pues la Manifestación Divina aparece al establecerse, si así se puede decir, la diferencia entre lo no cognoscible de lo aparentemente cognoscible.
Todo el Universo fue hecho por Dios, emanó del seno de Dios. Los cielos son toda la manifestación cósmica, toda la Rueda del Tiempo, desde el principio hasta el fin, con todos sus sistemas planetarios.
Al decir la palabra "tierra" se entiende que el Génesis quiere explicar especialmente la formación de nuestro

sistema planetario, pues sabiendo la historia de la formación de un sistema planetario, se sabrá la historia de la formación de todos los demás sistemas.
La Masa-madre, sustancia primordial, espíritu-materia y alma del cosmos, es la vida en potencia.
Al decir la palabra "desordenada", se establece el aspecto potencial de la sustancia primordial; la palabra: "y vacía", establece que en el universo no existe el vacío pues el vacío es la matriz de la vida en potencia.
Las tinieblas es el Espíritu en Sí, la Raíz del Espíritu es para la mente humana profundas tinieblas. San Dionisio Areopagita le llama Rayos de tinieblas. Todo el universo está trazado pero no conocido.
"La haz del abismo" significa que ya este plano ha sido trazado sobre la Substancia Primordial. Está, por decirlo así, el universo dentro de Dios en el momento de ser manifestado.
El Espíritu de Dios es el Espíritu universal. Dios ya se ha separado de su universo. Hay una diferencia entre la palabra estaban y la palabra se movía; estando Dios como tinieblas sobre la haz del abismo su movimiento es de retención; pero moviéndose sobre la haz de las aguas su movimiento es de extensión.
El abismo ya es llamado aquí las aguas, porque la substancia primordial, bajo el soplido energético de Dios, se ha transformado en Vida.
La imagen del Creador está desde el principio hasta el fin. Dios es distinto de su universo, pero vive dentro de su universo. En donde la mente del hombre no puede penetrar Dios es las tinieblas; en la magnificencia de su manifestación Dios es el purísimo Espíritu; en la conservación de su universo Dios es el Dador de la vida,

la Vida misma.
Dios Es; al Ser impregna el universo de su pensamiento y su pensamiento es la luz del universo.
El pensamiento Divino es la energía del universo. Y al decir: "Fue la luz", se entiende que hasta el más pequeño átomo está iluminado por la luz divina, es conocido por Dios.
El reconocimiento de Dios como Creador de Sí Mismo está aquí afirmado. Dios se espeja en Sí Mismo; las tinieblas emanan la luz y vio Dios que la luz era buena; Dios, tiniebla, ve que la luz, manifestación, Su Obra, era buena. Enseguida que la mente Divina ha ideado el universo quedan disipadas las tinieblas y Dios queda encerrado dentro de su Plan Divino, dentro del radio de luz que ha sido reflejado por Él mismo.
Dios es la unidad, luz y tinieblas son una misma cosa pero, aparentemente, visto desde el plano de la creación, la luz y las tinieblas son la dualidad divina. La dualidad de Dios es la fuerza potencial y activa del universo. La expansión del universo es un manvantara, un día cósmico; cada vez que Dios emite de Sí Mismo su luz es un verdadero día luz universal.
La manifestación divina o actividad va seguida de un período de descanso potencial. Dios, después de haber lanzado toda su luz y sostenido el universo por todo un día cósmico, vuelve a reabsorber todas sus fuerzas en Sí Mismo. Las tinieblas son la imagen del descanso cósmico y la noche indica este período de descanso; el pralaya que sigue al manvantara.
Durante la manifestación cósmica ésta se sostiene por los cambios continuos y repetidos; por un continuo devenir. La tarde es la destrucción, la muerte, la disolución; la mañana es el principio, la creación, la

expansión; un día es la luz de Dios, la idea divina, la eterna conservadora del universo.
Las aguas, substancia primordial, son agitadas por Dios, Espíritu Universal y así se efectúa en medio de ellas la expansión o vida.
Las aguas, vida del universo, reflejan la imagen del deseo divino continuamente y forman los millones de mentes que trabajan en el universo. Su movimiento engendra la energía; y la energía da forma a la materia.
"Y separó las aguas", es la energía; "de las aguas", es la materia.
La expansión es el círculo hipotético que Dios traza en el universo, para que dentro de él se desarrolle la creación.
El círculo hipotético de la creación universal se refleja en Sí Mismo, lo potencial continuamente se vuelve activo; la expansión de arriba es el aspecto potencial de la creación y la expansión de abajo su parte activa.
El punto más cercano a Dios, más sencillamente, la vibración más sutil, más oscura, más difícil de captar, es la parte más potencial de la substancia primordial, expansión de las aguas de arriba; y la parte que emana de esa fuerza potencial es la parte activa, aguas de abajo. La vibración activa, a su vez, es potencial para otra vibración más densa y así sucesivamente hasta lo infinitesimal.
Él "fue" así es una palabra que tiene un valor afirmativo extraordinario, como si marcara una ley matemática ineludible.
El Génesis no hace diferencias a la expansión, y llama, sencillamente expansión a todo el espacio vacío, a toda la substancia primordial diseminada dentro del universo, a toda la expansión le llama, Dios, cielos.

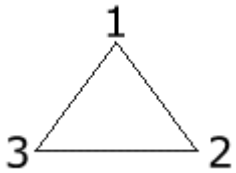
“Día segundo” es imagen de la substancia primordial en su manifestación de vida; dentro del espacio vacío, substancia primordial, cielos, se van a coagular las vidas planetarias.
“La tarde y la mañana” es la balanza de la creación; la creación y la destrucción, factor de la conservación del universo.
Cada vez más la substancia primordial se va densificando hasta que aparecen los cuerpos planetarios. En un lugar: el ritmo, la medida, es en el universo la primera ley, el compás de la creación.
Los cuerpos planetarios, al diferenciarse de la substancia primordial, aparecen dentro de ella misma como una substancia distinta, sin serlo.
El satélite más denso de la Rueda Planetaria, aquél que se establece en el cenit de la rueda, es la Tierra, la morada de la vida humana.
Un satélite planetario no puede estar nunca formado con un solo elemento; la reunión de las aguas, que Dios llama mares, son los elementos que mantienen el elemento terrestre: agua, aire y fuego.
Al cumplirse la primera Cadena Planetaria, al ver la obra cumplida, a eso el Génesis le llama “ser bueno”.

Enseñanza 12: El Despertar



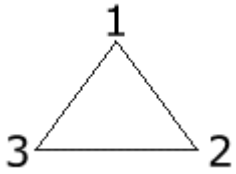
Empieza la aurora de un nuevo día de existencia cósmica.
Así como el alba disipa la oscuridad de la noche y va

extendiendo apaciblemente los velos luminosos del día por el espacio inmenso, así el "No Ser" deviene a "Ser". El alba es una imagen microscópica de la gran alborada del día manvantárico.
En las profundidades sempiternas de lo Incondicionado, en las tinieblas profundas, un rayo solitario ha sido generado y emitido.
De ese punto primario o Espíritu Raíz surge la Inmaculada Madre, la creada por Sí Misma, la siempre Sola.
El Espíritu en Sí ha plasmado la Substancia Primordial; ambos son Espíritu-Substancia:



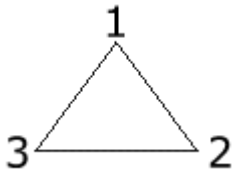
1. Espíritu en Sí
2. Substancia Primordial
3. Espíritu-Substancia

Este triángulo representa al Ternario del Espíritu Potencial.
El Espíritu en Sí se refleja en el Universo como Alma del Cosmos, generando la vida:



1. Espíritu Universal
2. Alma del Cosmos
3. Vida

Este triángulo representa el Ternario del Espíritu activo.
La Vida es Espíritu-Mente, Materia y Energía:



1. Mente
2. Materia
3. Energía

Este triángulo representa el Ternario del Espíritu-Mente.
Una inconmensurable vibración ha sacudido el Seno Eterno.
La obscuridad surge de la obscuridad, y la obscuridad que surge de aquellas Tinieblas Inmanifestadas, al ser revelada, emana la Luz: Fue hecha la Luz.
Tinieblas y Luz se espejan en sí mismas, produciendo la apariencia manifestadora.
Es el solemne momento del Despertar: El Espíritu de Dios, Madre Potencial del Universo, obscuridad nacida de las Tinieblas, aleteaba sobre la haz de las aguas, Espíritu Universal y Madre de la actividad.
El puro bloque de Luz, Oro Místico, brilla en las incontaminadas aguas silenciosas del Río Eterno.
El pensamiento del Alma Cósmica, ha producido la diferenciación.
Como un brote maravilloso, el Espíritu del Universo, el vientre de la Divina Madre se ensancha de adentro hacia afuera y se invierte, esparciendo las gotas de su sangre inmaculada por el espacio infinito, creando las maravillosas cadenas de los Seres Constructores del

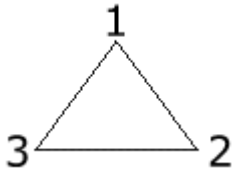
Universo.
Al ser emitido el rayo solitario, al producirse la Vibración Eterna, quedan manifiestas la tiniebla y la luz, el espíritu y la substancia, la oscuridad hiende la luz; Dios deposita en el vientre purísimo de la Madre, en la matriz inmaculada de Ella, el germen de la Vida Universal. En la matriz del espacio ilimitado se forma el Huevo Cósmico, fuente de toda existencia.
La Sustancia Primordial, o materia, que había permanecido en el seno de la Madre en forma indiferenciada y potencial, se centraliza.
La Sustancia Primordial no es el éter de la ciencia actual, pues este éter es sólo una modalidad de ella; es, en cambio, el éter cósmico, la materia en su estado originario y homogéneo.
Esta sustancia universal, Alma del Cosmos, es el akasa de los sabios hindúes; es el abismo de las antiguas teogonías, en donde el vacío no existe; son las aguas de la Creación bíblica.
Esta sustancia cósmica permanece en estado uniforme e incondicionado mientras el Espíritu de la Manifestación está reconcentrado en sí mismo como Espíritu en Sí, pero cuando es la hora de la Manifestación plena o activa, la Luz Divina inunda por completo la Sustancia y brota la Vida.
El concepto de que los mundos fueron hechos por el Soplo Divino es maravilloso porque, en verdad, cuando el Espíritu Divino se manifiesta toda la Sustancia Universal se anima y vive.
Ella es tan divina y eterna como el Espíritu. Sólo su forma es variable y perecedera.
El despertar de la vida no es más que la consciente acción del pensamiento universal, que astringe las

primordiales sustancias en un movimiento ordenado y rítmico.
El Pensamiento Universal se fija sobre la Sustancia Cósmica y el resultado de esta fijación es el movimiento astringente.
El Pensamiento Divino ha mirado a la Sustancia o Alma Cósmica, y esto saca a la misma de su uniformidad, dividiéndola en formas compactas y similares entre sí, que empiezan a moverse por esa atracción del pensamiento, en un movimiento rítmico.
Los átomos universales, despertados por el pensamiento universal, se separan y corren a reunirse, a distribuirse, a numerarse, para constituir las formas.
La Sustancia Primordial se divide, ya, en sus tres místicas partes: Mente, Energía y Materia.
Una vez que la sustancia cósmica se ha esparcido, empieza el ritmo; el ritmo hace la ley; la ley, la duración; la duración, el tiempo; y el tiempo la limitación.
Y el ritmo o movimiento, por la rapidez, engendra la forma.

Enseñanza 13: La Manifestación Primera



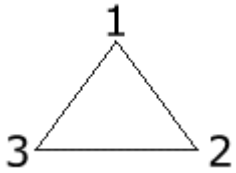
En la bóveda celeste la expansión ha disipado la tiniebla y ha empezado la maravillosa carrera de la Creación, de la Manifestación Primera.
Con tres puntos trazados en el espacio virgen se hace esta Manifestación:



1. Espíritu en Sí
2. Sustancia Primordial
3. Espíritu-Sustancia

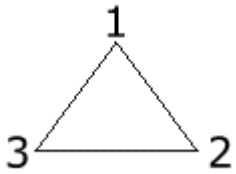
Se traza el primer círculo -el círculo es un punto- y se forma el Huevo Único.
Se puede intuir aquí la existencia potencial de la Creación detrás de la cáscara del Huevo, Espíritu puro aún absorto en Sí; se presiente que palpita el rápido movimiento de la Sustancia y que de esta unión entre el Espíritu y la Sustancia del Cosmos surgirá el Universo Manifiesto.
Se traza el segundo círculo y se diferencia en el Huevo -cual la película- el Espíritu en Sí de la Sustancia Primordial.
En lo potencial no hay diferenciación entre Espíritu y Sustancia, pero se presiente; y se conocerá claramente en el estado activo.
Se traza el tercer círculo, yema del Huevo.
El Espíritu en Sí es Espíritu Potencial, la Sustancia Primordial es Sustancia Potencial. A su autoconocimiento se le llama Espíritu-Sustancia.
El primer círculo fue trazado en el Universo.
Espíritu y Sustancia se han besado en los reflejos de la oscuridad y de la luz. Y la tiniebla fue disipada.
Pero si bien la luz ha disipado la tiniebla, la tiniebla nunca dejará de ser lo que es.
El círculo primero de la Manifestación es el Huevo maravilloso donde se gesta el Hijo de la Siempre Virgen.

El Primogénito está por nacer.
El Huevo Cósmico es el símbolo del círculo que la esencia Una traza en el espacio y dentro del cual aparecerá toda la Creación Universal.
¿Cuál es el nombre del Primer Nacido?
¿Cómo es su forma y cuál su especie?
Misterio profundo que sólo será revelado al alma en el Gran Día en que pueda cruzar el límite sin límites.
En la mañana silenciosa de la Creación, en la inmensa soledad donde un imperceptible aletear anuncia ya la vida, Él está por nacer de si mismo; cuando Él nazca se verá, al verse se conocerá y al conocerse se hará el Dios Personal.
El segundo círculo fue trazado en el Universo.
Como es arriba, así es abajo. Si bien habrá diferenciación entre Espíritu y Sustancia, en ningún momento Espíritu y Sustancia serán separados.
Según el acercamiento de la vibración creadora a su Punto Laya o Potencial, así es la aproximación de la Sustancia al Espíritu.
El tercer círculo se ha trazado.
Dentro del Huevo, el Espíritu en Sí y la Sustancia Primordial se conocen a sí mismos; y por el reflejo de estos autoconocimientos se gesta allí el Universo.
Si en el día del descenso estuvo escrito sobre el círculo: "No pasarás", en el día del Gran Regreso estarán escritas las palabras: "Ven con nosotros".
Otra vez es la vuelta a la Esencia Pura, a la Madre Divina.
Y al Padre, el Incondicionado Ser.
Los tres puntos o círculos potenciales reflejan a su vez, proyectan a su vez, sobre el Universo, los límites de la Manifestación Activa y Creadora.



1. Espíritu Universal
2. Alma del Cosmos
3. Vida

Se traza el primer círculo y el Huevo Único se quiebra para mostrar toda la Creación Universal.
La potencia ha dado vida a la acción cósmica, a la acción única.
Se traza el segundo círculo.
El Espíritu Universal se ha envuelto en un velo, como la yema del huevo está envuelta en la clara; y ésta es su única vestidura, el Alma del Cosmos.
Sin el Alma del Cosmos, el Espíritu Universal no podría trazar el tercer círculo, no podría generar la vida única.
En el abismo insoldable de lo eterno, el Espíritu en Sí reflejó su oscuridad y limitó las tinieblas. Su reflejo fue Luz y Espíritu Universal; y del contraste de las tinieblas y de la luz surgió el tercer triángulo.



1. Mente
2. Materia
3. Energía

Se traza el primer círculo y nace el Primer Nacido, la primera vida, Aquél que todo lo contiene, la Mente de Dios.
Él es el Andrógino Divino, Él es Ihes, Él es el Dios

Personal.
Si se niega la idea del Dios Personal, hay que negar la idea del Dios extracósmico, porque Aquél que no tiene número, ni medida, sólo puede ser explicado por un número único y una medida perfecta. Además, no existe en realidad un Dios extracósmico y un Dios Personal, porque serían dos dioses, sino un solo Dios que la mente divide al no poder captar plenamente como Manifestado y al no poder intuirlo como Inmanifestado.
Este Primer Nacido, Mente de Dios, es el número único y la medida perfecta.
Pero, cómo refleja en su Mente la luz de su Padre, Espíritu Universal, y las tinieblas de su Madre, Espíritu en Sí, tiene fijos en su Mente los tres principios de su Creación, los cuales emanan de su Mente como los tres Principios Creadores Universales.
Se traza el segundo círculo.
La Mente Divina refleja su existencia y su reflejo es Energía y Materia. El Andrógino Divino se ha vuelto hombre y mujer, Mente y Materia.
El Dios se ha hecho Satán; la Vida, muerte; y el Verbo, carne.
Se traza el tercer círculo, el cual es el conocimiento de la Mente y de la Materia, o movimiento. El movimiento es la Energía del Cosmos.
La Mente Divina, que conoce a los tres Creadores, sabe que éstos son los principios potenciales, que se han descripto, reflejándose como tres agentes activos animados por el Espíritu Único.
Este conocimiento de la Mente Divina crea a los siete Constructores, los siete torbellinos ígneos de la Energía Cósmica.

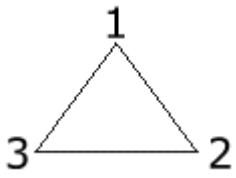
Ya van a empezar su trabajo.
La Mente, la más noble modalidad de la Sustancia Primordial, moldea y moldea.
La energía transporta de un punto a otro, a los ángulos de la Vida, sus antorchas encendidas y va tejiendo la sublime tela de araña en que quedarán presos los nueve Arquitectos del Universo.
Y la Materia, como un inmenso océano de lava ardiente, está dispuesta ya para que las Huestes trabajen en ella la formación de todas las Ruedas.

Enseñanza 14: La Creación Universal



Tres creadores, siete Constructores y nueve Arquitectos hacen el Universo.
La Madre Divina envuelve con su místico velo a su Primer Nacido y, dentro del inconmensurable círculo, los poderes cósmicos, marcando pesos, forman las esferas invisibles sobre cuyas hipotéticas superficies, puntos ceros, centros layas cósmicos, se fijarán las innumerables estrellas de los sistemas planetarios.
La frase "marcando pasos" se usa para indicar el descenso paulatino de los grandes principios cósmicos a los elementos materiales. El mismo significado tiene la expresión de que la Madre Divina envuelve en sus velos a su Hijo; porque Hijo es en este caso el Espíritu Manifestado y los velos de la Madre son los principios cósmicos que lo envuelven, que lo aprisionan, para que se manifieste en un estado de vida inferior o sistemas

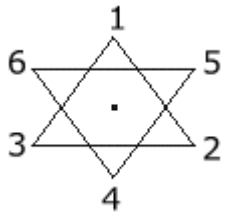
planetarios, que Él mismo ha ideado.
Una vez que el Supremo Creador ha ideado el Universo, ya no puede retroceder, porque enseguida se constituye la Ley; y para destruir la Ley hay que cumplirla.
Los tres Creadores son: Espíritu en Sí, Espíritu Universal y Mente.



1. Espíritu en Sí
2. Espíritu Universal
3. Mente

Esta trinidad superior se refleja en una trinidad inferior. El acto instantáneo de reflejarse un triángulo en otro es el lazo de conexión; con estos seis vértices más el punto de unión, se forman los siete Constructores Universales. Estos son los siete tatwas cósmicos.
El Primer Creador es Espíritu en Sí, Suprema Felicidad, el Ananda de la Vedanta. Él es el Centro Laya, Espíritu Potencial del primer ternario de los Constructores. La Tríada de la Conciencia Cósmica.
La primera Cohorte de los Constructores, o Primer Rayo, circunscribe la conciencia del Ser.
La segunda Cohorte expande la conciencia del Ser dentro del campo circunscripto.
La tercera Cohorte establece esta conciencia.
El segundo Creador es Espíritu Universal, Alma del Mundo, fuente de todo dolor y de todo amor; es el espíritu activo del segundo ternario de los Constructores. Es la Divina Encarnación sobre la tierra.

La cuarta Cohorte de los Constructores es la Voluntad Creadora.
La quinta Cohorte es la relatividad de esta Voluntad, aplicada a los distintos estados de evolución.
La sexta Cohorte es la individualidad, la personalización de la Voluntad.
El tercer Creador es Mente del Cosmos, y es Espíritu de la séptima Cohorte de los Constructores, los Constructores de la existencia objetiva.



1. Conciencia del Ser
2.Expansión de la Conciencia
3. Estabilidad de la Conciencia
4. Voluntad Creadora
5. Voluntad relativa
6. Voluntad Individual
7. Existencia (punto central)

Los Constructores, durante todo un ciclo de Manifestación, contribuyen al desenvolvimiento de las Ruedas Planetarias y permanecen activos, aunque invisibles, en el escenario universal.
Los que tienen visible ingerencia en la sistematización de las Cadenas Planetarias son los poderes que emanan de los Constructores: los nueve Arquitectos.
Estos Seres Divinos han evolucionado ya extraordinariamente en un ciclo de manifestación anterior y surgen nuevamente a la vida, o despiertan del sueño eterno, cuando está dispuesta y trazada por

los Constructores la Labor Universal.
Despertar, en este caso, no quiere decir que hayan olvidado su estado de conciencia durante el sueño, porque estas grandes Huestes no pierden la claridad de su conciencia durante la noche cósmica.
El despertar es, para Ellos, el logro del fin propuesto.
Las Huestes de los Arquitectos son nueve. Se denominan y distribuyen como sigue:
El primer Creador y el primer Rayo Constructor son Espíritu Potencial de la primera Hueste o Arquitectos del Número.
El primer Creador y el segundo Rayo Constructor son Espíritu Potencial de la segunda Hueste o Arquitectos del Sonido.
El primer Creador y el tercer Rayo Constructor son Espíritu Potencial de la tercera Hueste o Arquitectos de la Línea.
El segundo Creador y el cuarto Rayo Constructor son Espíritu Activo de la cuarta Hueste o Arquitectos del Pensamiento.
El segundo Creador y el quinto Rayo Constructor son Espíritu Activo de la quinta Hueste o Arquitectos del Lenguaje.
El segundo Creador y el sexto Rayo Constructor son Espíritu Activo de la sexta Hueste o Arquitectos de la Forma.
El tercer Creador y el séptimo Rayo Constructor son Vida existente de la séptima Hueste o Arquitectos Estelares, de la octava Hueste o Arquitectos de la Humanidad y de la novena Hueste o Arquitectos de la sombra.
Corresponden en la Teología Cristiana, a las nueve Jerarquías del Coro Celestial:

Primera: Querubines.
Segunda: Serafines.
Tercera: Tronos.
Cuarta: Dominaciones
Quinta: Virtudes.
Sexta: Potestades.
Séptima: Principados.
Octava: Arcángeles.
Novena: Ángeles.

Enseñanza 15: La Formación de los Sistemas Planetarios



La gran Obra de la Creación está hecha; las inmensas llamas cósmicas se han ido ordenando una tras otra, formando así, paulatinamente, las innumerables Cadenas Planetarias.
Estas ruedas de mundos, ¿tienen un número definido, o son incalculables?
¿Es el Universo Creado un círculo que se ensancha indefinidamente o es una curva limitada y definida?
Si para la mente humana, tan limitada, el Universo es ilimitado y son innumerables los sistemas planetarios, para el Espíritu, el Universo tiene límites y medida. Únicamente el Eterno en su aspecto incondicionado es el Sin Límites; sólo el No Ser es el Sin Número y únicamente con la Manifestación Primera empieza la numeración.
El espacio es un inmenso océano de materia primordial en fusión, en el cual está el substratum de todos los

elementos.
En este mar inconmensurable de sodio, de calcio, de radio, de fuego etéreo, de vibraciones magnéticas, de partículas mentales, se condensan los elementos fundamentales alrededor de los principios eternos de la vida.
Las inmensas nubes atómicas fluctúan como grandes islas por los espacios interestelares.
La Vía Láctea, sustancia espermática de Dios, se forma mientras el polvo ígneo y los ultra potentes rayos cósmicos ondulan y giran vertiginosamente por todos los ámbitos del Universo. Y tras de estas fuerzas primeras, de estos poderes básicos, siempre se encuentra activo el vivificante Espíritu, las incalculables Huestes de inteligencias que construyen las Cadenas Planetarias.
Las partículas mentales del Cosmos son como ondas que vibran en las profundidades siderales, recolectando el polvo cósmico y la Materia Primordial, para llevarlos al fin propuesto.
Los torbellinos ígneos o Energía Cósmica, vivificados por la idea directriz, cargan y distribuyen la Materia Primordial; y, por el movimiento, forman las nubes cósmicas, material básico para la formación de las Cadenas Planetarias.
Estas inmensas nubes estelares son masas ardientes y luminosas que giran vertiginosamente sobre sí mismas, apoyadas, por así decir, en el polo cenital de la esfera hipotética, trazada de antemano por los Constructores como una inmensa rueda magnética.
Cuando la nube estelar desprende de sí su primer nacido, éste es lanzado al centro de la rueda y, si bien resplandece como su Madre, no arde como Ella; Él es

el simbólico número oo; Él es el astro rebelde y, sin embargo, director de sus hermanos y de la rueda en donde ha nacido. Él es el Sol.
Él es Ahahihaka.
Se puede observar aquí la diferencia existente entre la teoría de Laplace, en la cual se supone que de las masas solares se desprenden los planetas, todavía sostenida por los astrónomos actuales, y la teoría esotérica, que sostiene que el sol no es sino el primer lanzado de una masa primitiva.
Asimismo, contrariamente a las teorías corrientes, afirma la Ciencia Esotérica que los soles resplandecen, pero no arden; son astros oscuros y fríos, que absorben el calor del éter universal, como si se dijera que viven de la leche de la Madre y la utilizan para sus particulares sistemas.
Posteriormente, de la Masa Madre se desprenden los otros hijos o planetas, que se van colocando sobre la rueda y giran alrededor de su hermano mayor, atrayéndose y rechazándose unas veces, armonizando entre sí, otras.

Enseñanza 16: La Humanidad



Tras cada átomo, cada forma, cada ser, está una conciencia.
Tras cada Rueda Planetaria, cada astro, cada sol, cada mundo, está un ser vivo.
Las Grandes Entidades Cósmicas bajan lentamente

hasta las densas formas materiales, mientras las conciencias vivas que rigen los elementos más densos, suben paulatinamente hasta encontrarse y fundirse con la Humanidad.
Son los ángeles que suben y bajan por la gran escala, desde el cielo a la tierra y desde la tierra al cielo, según la profética visión de Jacob.
Al decir aquí Humanidad no se hace referencia a los formas del hombre actual ni a la de nuestro sistema planetario en particular, sino a cualquier cadena humana que, en cualquier parte del Universo, haya alcanzado o esté por alcanzar, el equilibrio entre el espíritu y la materia.
Algunas Escuelas Esotéricas enseñan que en nuestra cadena planetaria alcanzaron los hombres este punto de equilibrio perfecto en la Cuarta Raza Raíz de la Cuarta Ronda.
El hombre, en nuestra cadena planetaria, aún no ha alcanzado plenamente el estado de perfecta humanidad, sino que está por alcanzarlo en las postrimerías de la Quinta Raza Raíz.
Para que la Humanidad sea perfecta, la balanza ha de permanecer inmóvil; no sucederá esto mientras valores contrarios la hagan oscilar, aún sea ligeramente.
El conjunto de este movimiento universal se llama Ired.
Los Divinos Creadores con tres grandes pasos descienden hasta la materia; con tres grandes pasos las conciencias se elevan hacia la plena manifestación de la vida y también con tres grandes pasos se ordena la Humanidad, enlazándose con la Divinidad.
Este descenso, esta evolución y esta ordenación ternarias no se producen en línea recta, sino describiendo una circunferencia, con un movimiento

dual de adherencia y de resistencia. Este movimiento dual tiene simultáneamente otros siete movimientos de progresión y de regresión, de atracción y repulsión, circular y en espiral, y un séptimo, resultante de los otros y fijador del movimiento en donde las Constructores y Arquitectos plasman, dividen y asocian la Sustancia Cósmica.

ORATORIA

ÍNDICE:

Enseñanza 1: Elocuencia y Oratoria
Enseñanza 2: Anatomía del Discurso. Reglas y Preceptos Oratorios
Enseñanza 3: Figuras de Palabras y de Pensamiento
Enseñanza 4: Formación del Discurso
Enseñanza 5: Ideas, Orden, Formas y Palabras en el Discurso
Enseñanza 6: El Discurso y el Orador
Enseñanza 7: Reflexiones sobre la Aplicación de las Reglas Enunciadas
Enseñanza 8: Diversos Tipos de Elocuencia
Enseñanza 9: La Improvisación
Enseñanza 10: Síntesis Crítica del Estilo
Enseñanza 11: Higiene Verbal
Enseñanza 12: La Voz
Enseñanza 13: La Lectura
Enseñanza 14: Esquema Histórico de la Oratoria
Enseñanza 15: La Predicación en la Iglesia Cristiana. Su Ortodoxia
Enseñanza 16: Oratoria Sobrenatural de los Profetas Bíblicos

Enseñanza 1: Elocuencia y Oratoria

"La elocuencia (oratoria), dice Kant, es el arte de dar a un ejercicio serio del entendimiento el carácter de un juego libre de la imaginación; la poesía es el arte de dar a un libre juego de la imaginación el carácter de un ejercicio serio del entendimiento".
Quintiliano dice que "elocuentia est ars dicendi accomodate ad persuadendum quod honestum sit, quod operteat" limitando con sus últimas palabras lo que Cicerón había escrito: "Officium oratoriae facultatis videtur esse: dicere apposite ad persuacionem; fluis persuadere dictione". Con todo, la de Quintiliano conviene más bien a la oratoria, según muchos autores en esta materia, los cuales reservan el nombre de elocuencia a la facultad natural de conmover los ánimos por medio de la palabra.
Si a esta disposición natural se añade el arte que la cultiva y hace apta para todos los usos de la palabra, resulta la oratoria.
A pesar de su origen natural y de obedecer a poderosos móviles espontáneos, es preciso acudir a los recursos del arte, pues es evidente que sin ellos no se conseguiría el fin que explícitamente la oratoria se propone.
Indudablemente que los hombres rudos, los pueblos salvajes, las expresiones primitivas mismas del hombre, ofrecen modelos de elocuencia natural o, más bien, de expresiones elocuentes. Pero ni Demóstenes, ni Cicerón, ni Bossuet habrían podido componer el menor de sus discursos sin la constancia, sin el amor al estudio y al arte que no les abandonó un solo momento. En medio del furor de la pelea, de las conmociones

populares, de las asambleas turbulentas, doquiera que se irritan y se desbordan con furioso ímpetu las pasiones, nacen de los labios más rudos elocuentísimos rasgos, dignos de transmitirse a la posteridad. Mas para combatir frente a frente las preocupaciones, hondamente arraigadas, para triunfar de la inconstancia de los atenienses y del oro de Filipo, para anonadar la osadía de un Catilina, para salvar a un nación de una bancarrota inminente, para sostener la causa de la desvalida Irlanda, para hacer resonar la voz de la religión en los pechos gangrenados por el vicio, la frivolidad y el escepticismo, no basta haber nacido con las dotes más privilegiadas, sino que es indispensable una voluntad de hierro para el trabajo, porque sólo a fuerza de largos combates y sufrimientos puede adquirirse la ciencia, el conocimiento del hombre y el libre imperio (juego) de la imaginación, de las pasiones y de la palabra.

De modo que este arte de hablar de manera que se consiga el fin para que se habla, requiere argumentos sólidos, método claro y ser la expresión de probidad del orador, junto con la gracia del estilo y de la expresión, siendo el buen sentido el fundamento de todo discurso. Este "arte de la persuasión" tiene múltiples facetas. Pero es preciso aclarar la diferencia que existe entre "convencer" y "persuadir". La convicción es relativa solamente al entendimiento; la persuación a la voluntad y a la práctica. Oficio será del filósofo convencer, pero oficio del orador será persuadir a obrar conforme a la convicción de la verdad. La convicción no siempre va acompañada de la persuación. Ellas debieran a la verdad ir juntas: e irían si la inclinación siguiese constantemente el dictamen de la egoencia.

Puédese estar convencido de que la virtud y la justicia son laudables y no estar al mismo tiempo persuadido a obrar conforme a ellas. La inclinación puede oponerse, aunque esté satisfecho el juicio y las pasiones pueden prevalecer contra el entendimiento.
Será oficio, entonces, del orador, persuadir al ser a obrar conforme a su convicción.
Se establecerán tres grados de elocuencia oratoria: el primero e ínfimo es el que únicamente mira o agrada a los oyentes; tal en general la elocuencia de los panegíricos, de las oraciones inaugurales y otros. Es género ornamental de composición. El segundo es más elevado y es cuando el orador aspira no solamente a agradar sino también a informar, instruir y persuadir. Y el tercer grado es aquél que influye en gran manera sobre el alma y por él es convencida e interesada, conmoviéndola y arrastrándola con el orador para disponerla, finalmente, a resolverse a obrar conforme a la causa expuesta. Generalmente este tipo de elocuencia va acompañada de cierta sublime pasión que inflama el corazón del orador y transmite una suerte de fuego vocacional a los oyentes.
Los antiguos dividían la locución pública en tres géneros: el demostrativo era la alabanza o vituperio; el deliberativo, que supone la persuasión y la disuasión y el judicial (acusar o defender), que puede relacionarse a las juntas populares, al púlpito y al foro respectivamente.
Respecto a lo que Quintiliano dice "Lo principal del arte es observar el decoro" se agregará el consejo de Cicerón a los oradores en su "Orador, a Bruto": "La cordura es el fundamento de la elocuencia, como de todo lo demás. Lo más difícil en ella, así como en la

vida, es ver lo que pide la decencia y por ignorar esto se yerra muchas veces. Por lo que no se ha de hablar con un mismo estilo y unos mismos pensamientos a hombres de diferentes clases, edad y fortuna y en diferentes tiempos, lugares y auditorios. En cada parte del discurso se ha de atender, como en la conducta, a lo que es decente, viendo lo que piden el asunto de que se trata, las personas que hablan y aquellas a quienes se habla".

Naturalmente que la mala reputación del orador estorba singularmente a los efectos de su elocuencia, aún cuando ésta sea verdaderamente encendida y espontánea. No puede escapar la ética de la estética. Así la probidad profesional del orador forense, las costumbres ejemplares y la piedad del orador sagrado, el acrisolado civismo del orador político, la nombradía científica del expositor de doctrinas en academias, aulas y congresos, intervienen en la oratoria a modo semejante que los prismas de diáfano cristal que centuplican la potencia de la luz.

Le es preciso, además, una completa serenidad de espíritu, un valor contenido y juicioso, el imperio de sí mismo, para conservar hasta en los momentos de más entusiasmo el pleno dominio de su voluntad.

Ha de tener una sensibilidad viril y profunda, no muelle y lánguida, buscando en su corazón la vehemencia, cuando la necesita, libremente. Y de su autoconocimiento deberá surgir el de la miseria y la grandeza humana que a través de una voz agradable, una reputación virtuosa, convicción, valor, osadía, intrepidez, sensibilidad, flexibilidad, memoria, hábito de la reflexión solitaria, transmitan su discurso intrínseco por medio del extrínseco.

A estas cualidades debe unir las intelectuales de una razón sólida, un espíritu generalizador, analítico y metódico, juicio rápido y seguro; el ingenio y la cautela del dialéctico, sin llegar al abuso de extremar sutilezas hasta convertirse en sofístico.
Conocerá la elocuencia del silencio cuando sea menester, la de la acción, independientemente de la palabra y, sobre todas éstas, la excelente del amor por la causa abrazada, sabiéndose permanentemente capaz de ofrendar su vida por el ideal abrazado. La autoridad que brota de la fidelidad jamás podrá ser superada por ninguna regla ni precepto oratorio. Y esto es importante que lo sepa desde un principio.

Enseñanza 2: Anatomía del Discurso. Reglas y Preceptos Oratorios

Como ya se ha afirmado en la primer Enseñanza de este curso, poco fruto sacaría el orador de sus cualidades naturales si no fuesen cultivadas y en este sentido sólo, en la necesidad de cultivar las facultades recibidas, puede admitirse la frase latina: "poeta nascitur, orator fit". No se pide hoy, como quería Quintiliano que en un libro admirable se ocupó extensamente de la educación del orador, que ésta empiece desde el regazo de la nodriza, pero es evidente que el orador debe proceder a un verdadero cultivo y desarrollo de sus facultades naturales si quiere conseguir que su palabra convenza, persuada y conmueva. Esta educación debe ser científica y oratoria. La primera abarca la adquisición de los conocimientos en que toda elocuencia sólida está

apoyada. El fondo de esta ciencia debe abarcar, primero y principalmente, las materias pertenecientes a los asuntos de su incumbencia: en la oratoria sagrada la teología dogmática y la moral, las Sagradas Letras, la historia de su iglesia; en la política la doctrina del gobierno, la historia del país; en la forense el conocimiento de las leyes y de sus principios. En segundo lugar, los conocimientos más enlazados con el ejercicio de la oratoria: lógica, psicología, estudios generales históricos y literarios y en tercer lugar, una instrucción todo lo más extensa posible y no sólo para hacer aplicación inmediata de los conocimientos adquiridos, sino por la levadura que dejan en la inteligencia.

Pero debe recordarse en este punto, primero, que si bien han existido oradores que, fuera de esta cualidad, han sido sabios eminentes y sería de desear que hubiese muchos en cada materia, los estudios científicos del orador pueden sujetarse a límites más estrechos que los del sabio; segundo, que el orador ha de ofrecer la flor de la ciencia y no olvidar, en los casos que su objeto exclusivo no sea enseñar, la diferencia entre una composición oratoria y una lección didáctica y tercero, que los conocimientos son letra muerta para el que debe mover los ánimos si no los fecundizan el estudio práctico de los hombres, de sí mismo y de su materia doquiera se encuentre.

La educación oratoria comprende: el cultivo simultáneo de las diferentes facultades, procurando reforzar las más débiles para que las más fuertes no alcancen un predominio que destruya la armonía que entre todas ellas debe reinar; el estudio de los modelos no sólo clásicos, sino más bien contemporáneos y lo más

acorde posible con su género especial de oratoria y temperamento, en los que no buscará formas aisladas que imitar, sino una coordinación general para improvisar luego, procurando en ésto ser sobrio para no adquirir el hábito de la verbosidad y la incorrección, y el estudio de la teoría y la lectura de buenos juicios críticos de las obras oratorias.
Son cualidades inherentes al discurso:
La corrección: para lograr esta condición fundamental a la exposición oratoria es preciso evitar la terminología extravagante, snob o anticuada que obran en detrimento de la claridad total del discurso.
La claridad: para ello es esencial no hablar de un asunto que no se lo comprenda perfectamente, bajo pretexto de recibir la inspiración en el momento oportuno, que significará tanto como pretender obligar a Dios a la propia voluntad. Que los períodos no sean ni demasiado largos ni demasiado cortos; unos fatigan y otros dejan vacía el alma del oyente. La variedad es siempre una solución de buen criterio. Es preciso también no hacer alarde de ingenio, lo que irremisiblemente conduce a la hinchazón del discurso. De quienes abundan en sutilezas y conceptos dijo La Bruyere: "Tienen dos capitales defectos: uno el no tener talento, otro el de empeñarse en mostrar que lo tienen". Perjudica mucho a la claridad la falta de conocimiento del orador de la materia que trata. Recuérdese que la concisión es aliada de la claridad: "lo bueno si breve dos veces bueno". El evitar las repeticiones inútiles, acude a esta claridad expresiva. La espontaneidad aporta en grado no poco importante a esta prístina cualidad del discurso; recuérdese que se sufre en lo que se cree que otros sufren o han sufrido y un orador que se retuerce

en búsqueda de la expresión apropiada intranquiliza en mucho la audición, que debe ser necesariamente serena. Es preciso, pues, meditar mucho la materia que se tratará, de donde brotará la fluidez.
Sonoridad y cadencia: la elección cuidadosa de las palabras, su colocación escrupulosa en cada parte del discurso, la forma y la duración de los períodos crean la musicalidad a que se alude, denominada también armonía o más propiamente melodía. La forma de la oración: interrogativa, afirmativa, expositiva, constituyen elementos de esta parte de la oratoria que no deben ser descuidados y con los cuales debe procederse con mucha mesura.
Procurase ahora resumir, luego de las cualidades internas de la pieza oratoria, aquellas convencionales que también es preciso conozca y reconozca prácticamente el orador. Se resumirán bajo el común denominativo de tropos.
Metáfora: consiste en trasladar una palabra de su significación propia a otra ajena: "la mañana de la vida; el invierno de la edad". Toda metáfora contiene una semejanza oculta.
La alegoría no es más que una metáfora continuada, relativa en todo su curso al mismo objeto que se tomó como emblema.
Metonimia: comprende todos los géneros de traslación y toma el antecedente por el consiguiente, la causa por el efecto, el continente por el contenido, el autor por sus obras o al contrario: "un ejército de cien lanzas; respetar las canas de uno".
Sinécdoque: usa la parte por el todo o viceversa; ejemplo: tantas velas por tantos buques; el género por la especie: el ángel es condición ingénita de la

Humanidad (humanidad por hombre); la materia por la cosa misma: el tañer del bronce; el abstracto por el concreto y al contrario.
La Ironía: consiste en dar a entender lo contrario de lo que se dice. Esta significación no está en la palabra sino en el tono que la acompaña.
La hipérbole: consiste en exagerar o deprimir una cosa más de lo que lo permiten los términos naturales; así una leve estocada es "picadura de un alfiler", un gran lago es "como un océano".
La antonomasia: consiste en poner el nombre general por el particular o contrario, como en distinguir a uno por una cualidad notable con el nombre de otro que la poseyera en alto grado. Así se dice: es un Cicerón, de uno que es muy elocuente; es un Nerón, de otro que es muy cruel.
Es cierto que el orador echa mano a los tropos espontáneamente y ello es, precisamente, lo que da la belleza y la armonía a su discurso. Resultaría absurdo que en medio de su exposición se detuviera a reflexionar qué tropo correspondería utilizar. Pero en su meditación solitaria, en su estudio, en su ejercicio deberá, sí, practicar con todas y cada una de estas figuras para que, mañana, sean la expresión fluida que engalane el concepto árido, la perorata vigorosa doctrinaria, la expresión exterior de una vivencia secreta, íntima.

Enseñanza 3: Figuras de Palabras y de Pensamiento

La “figura”, estrictamente hablando, es aquella modificación en el empleo o el significado de las palabras que ofrece mayores posibilidades al discurso. Deben tener dichas formas del pensamiento o del lenguaje dos caracteres esenciales para que con razón reciban este nombre: que con facilidad puedan ser substituidas por una forma más sencilla, por una forma no figurada, y que expresen la idea o el pensamiento con más viveza, más gracia ó con más energía. Las “figuras” son la expresión natural de ciertos estados de ánimo, de ciertas modificaciones del alma, que exigen un lenguaje esencial, por así decirlo, en consonancia con el estado espiritual y que no es posible hallar en la construcción exclusivamente lógica y gramatical, sino en este lenguaje “figurado”. No son invención del arte; el hombre de pasiones violentas, rudo y sin instrucción, emplea y se vale del lenguaje figurado. El arte retórico enseña solamente a emplear tales figuras acertadamente o, por mejor decir, lo que ha hecho ha sido descubrirlas y clasificarlas. Y de aquí ha deducido las reglas para su mejor empleo. Estudiadas como licencias para dar variedad, belleza y energía a la expresión, toman el nombre de figuras de construcción en la gramática española. Dichas “figuras de construcción” -que sólo a título informativo se citan aquí y como complemento de aquellas que a continuación se verán separada y detenidamente, relativas a la elocuencia-, se reducen a cuatro por su orden: hipérbaton, la elipsis, el pleonasmo y la silepsis.

Figuras de palabras:

La repetición: consiste en repetir la misma voz al principio de todos los incisos, miembros o períodos. Dice Cicerón: “Escipión rindió a Numancia, Escipión

destruyó a Cartago, Escipión salvó a Roma de la ruina de las llamas". "Nada tratas, nada maquinas, nada piensas".
La conversión: se comete cuando la palabra se repite no ya al principio de cada inciso, miembro o cláusula, sino en su final. Dice el autor ya citado: "¿Lloráis la pérdida de tres ejércitos? Los perdió Antonio. ¿Sentís la muerte de vuestros más ilustres ciudadanos? Os lo robó Antonio..."
La complexión: es la unión de las dos anteriores y consiste en empezar y concluir las cláusulas con la misma palabra: "¿Quién ha roto los tratados? Cartago. ¿Quién ha asolado la Italia? Cartago..."
La conduplicación: repite consecutivamente en un mismo inciso la misma palabra. "Vives, vives y no para deponer, sino para aumentar tu audacia."
La gradación: es el ascenso o descenso que se da al pensamiento por medio de la palabra. Puede ser ascendente o descendente. Se dice en la primera: "por un clavo se pierde una herradura, por una herradura un caballo y por un caballo un caballero". En la segunda: "no se interesa por la humanidad, ni aún por las naciones, ni aún por los individuos".
Figuras de pensamientos:
Figuras para dar o conocer los objetos.
Descripción y enumeración: si el objeto es único, se describe; si son varios, se enumera.
Figuras para comunicar raciocinios y reflexiones.
Comparación: similar a la metáfora, pero en aquella está oculta y en ésta desenvuelta.
Antítesis: si la comparación se funda en la semejanza, la antítesis se funda en la oposición. Para que resalte mejor el contraste es preciso pintar con mucha

propiedad los dos extremos opuestos.
Figuras para atenuar una idea.
Preterición: se finge pasar en silencio o indicar sólo muy ligeramente lo que, sin embargo de este artificio, se anuncia de una manera muy clara y se fija con pocos pero muy marcados rasgos.
Reticencia: es la figura por la cual el orador se muestra contenido en medio de su fuego o impetuosidad por alguna consideración de pudor o de prudencia que le ocurre en aquél instante y que le obliga a detenerse y a reservar la idea o frase que iba a emitir.
Figuras para expresar y mover los ánimos.
Interrogación: es la más pronta, enérgica y apremiante.
Sujeción: mediante esta figura el orador pregunta a su adversario u oyentes, encargándose el mismo de dar la respuesta.
Dubitación: por esta figura el orador se muestra dudoso de lo que debe decir o hacer, aunque lo sabe muy bien y lo tiene anteriormente resuelto.
Exclamación: expresión viva de afectos.
Optación: se expresa un deseo: "¡Ojalá apague Mila este farol! Quieran los dioses que su boca derrame..."
Deprecación: es la expresión de un deseo acompañada con un ruego dirigido a alguna persona para que acceda a las súplicas.
Imprecación: amenazas y maldiciones.
Conminación: su fin es intimidar poniendo a la vista el mal que se seguirá a los oyentes.
Apóstrofe: por esta figura el orador aparta su vista de los oyentes para dirigir la palabra a objetos ausentes, a Dios, a la tierra, a los muertos y aún a seres inanimados o metafísicos.

Personificación y prosopopeya: esta figura de pensamiento por movimiento presta a las cosas insensibles, sentimientos y pasiones como si estuvieran dotadas de acción y palabra.
Además de éstas existen muchas otras figuras, tanto de palabras como de pensamientos, que se han excluido por considerar sólo aquellas capitales para el discurso y ser la mayoría de ellas repetición de las enumeradas, sutilizando más ciertos aspectos tomados generalmente en las que forman esta lista. Así entre las figuras para comunicar raciocinio y reflexiones, podríanse colocar la concesión, la corrección o la amplificación, pero siempre se trataría de comparación y antítesis.

Enseñanza 4: Formación del Discurso

Línea filosófica y desenvolvimiento de sus principios.
Se observa que la retórica propone en la formación del discurso la siguiente discriminación: exordio o introducción, proposición, división, narración, argumentación o parte de prueba, refutación, parte patética o de efectos, epílogo y conclusión. Pero discurriendo un poco obsérvase que esta enumeración no es exacta.
El exordio tiene por objeto preparar al auditorio y, por consiguiente, es inútil cuando se le encuentra ya preparado. Cicerón, aprovechando esta disposición favorable del auditorio empieza directamente su célebre arenga: "¿Quousque tandem abutere Catilina patientia nostra?".
La proposición se omite por lo general porque va envuelta en el pensamiento y objeto del discurso y porque exponerla en términos precisos daría a aquél el

aire de escolasticismo que desdice su elevación y natural soltura.
La división no se necesita sino en las materias y cuestiones muy complicadas; debe omitirse siempre que sea posible porque perjudica la unidad que es la cualidad más importante de toda pieza oratoria.
La narración no tiene lugar en los discursos políticos en que existe sólo una simple exposición. La división, pues, puede faltar en los discursos y falta frecuentemente. Lo que no puede faltar es el plan que siempre deben tener, ni el desenvolvimiento de la idea que en ellos domine.
Pero es preciso presentar estas reglas clásicas a que debe acomodarse el hipotético discurso a fin de dejar sin uso lo que se crea conveniente, previo conocimiento del todo.
Exordio o introducción. No tiene otro objeto que el de preparar los ánimos del auditorio, captándose el orador su atención, interés y benevolencia para venir a abordar naturalmente la cuestión.
El orador cuando está por iniciar su exposición debe examinar y conocer la disposición de los que escuchan. Puede ser ésta indiferente, favorable o contraria. Si domina la indiferencia el exordio debe procurar reemplazarla por el interés; si las prevenciones son favorables, la introducción debe aumentar el valor de esta circunstancia y si el auditorio está prevenido en contra, es necesario ante todo que el exordio destruya y desarraigue esta disposición.
Todo exordio debe ser proporcionado a la medida que haya de tener el discurso y sobre todo notablemente claro. No hay nada que prevenga tanto contra el orador y contra el discurso que aún no se ha oído, como

escuchar por muestra un exordio enfático, lleno de pensamientos sutiles y ridículos conceptos premiosos y de frases forzadas. Si el lenguaje debe ser natural, claro y sencillo, el tono, el gesto y la fisonomía deben ser modestos, los más a propósito para interesar y granjearse la atención y buena voluntad. Los tropos y figuras han de corresponder a la claridad y sencillez que reclama por su naturaleza.

El exordio es una parte del discurso y como tal debe estar con él íntimamente ligado. De esto se deduce que por regla general todo exordio que puede excluirse, sin que quite nada a la totalidad, es malo.

Algunos autores aconsejan que los exordios se preparen luego de haber dispuesto todo el discurso. Este método puede aprovechar a los principiantes pero no se juzga oportuno ni aún útil a los que ya estén versados en la elocuencia, los cuales desde que trazan en su mente el plan o la periferia del círculo que se proponen recorrer, conocen el punto del que deben partir y aquél al que deben llegar.

Proposición. Se dijo que la mayoría de las veces se omite por no ser necesaria. Si alguna vez se establece, especialmente en la oratoria sagrada, debe ser breve y clara, de modo que se fije bien en los oyentes y se recuerde con facilidad, para que se vea que es el eje sobre el cual gira todo el discurso en su sucesivo desenvolvimiento.

División. Ya se anunció que la división es pocas veces necesaria y debe omitirse siempre que se pueda, porque tiene el grave inconveniente de romper la unidad. No se olvide que la receptibilidad de la inteligencia humana es limitada y es menester facilitar y allanar los caminos a sus concepciones en vez de

rodearlos de dificultades y tinieblas.
Narración. Unas veces precede y otras sigue a las partes que se han recorrido. Debe ser lo más breve posible y sobre todo sumamente clara, porque ha de servir al auditorio, en todo el progreso del discurso, de punto continuo de partida y de punto continuo de referencia. Debe ser en ella el orador escrupulosamente exacto y veraz.
Argumentación. Esta parte toca en su esencia a la lógica más bien que a la elocuencia. Las pruebas que vienen en confirmación de la exposición y tema están en los sistemas científicos, religiosos, sociales, en los libros, en las combinaciones que se formulan. Debe, sobre todo, aumentar el valor de las pruebas y argumentos mediante reflexiones morales y alusiones históricas hábilmente combinadas y expuestas.
Refutación. Naturalmente que hay materias, objetos y casos que no admiten pruebas ni refutación y al mencionar las figuras se expusieron aquellas que pueden emplearse para anticipar las refutaciones de los argumentos expuestos por el orador. Esta parte del discurso es aplicable generalmente al foro o parlamento, más que a la oratoria sagrada o religiosa, donde sólo excepcionalmente podrán refutarse las partes, suponiendo que existan.
Parte patética o de afectos. Aquí el orador, recomienda la retórica, debe echar mano de todos sus medios, tanto en la fuerza de las ideas como en su vehemencia y en el colorido de las imágenes. Si en el exordio se procuró conciliar la atención y la benevolencia de los oyentes; si en la narración se presentó la materia con método y claridad para colocarla a la altura de todas las capacidades; y en las pruebas se aspiró a grabar

una convicción acabada y profunda en el entendimiento de los que escuchaban, en este período del discurso el objeto debe interesar al corazón sin omitir nada que puede conmoverlo favorablemente; emotividad no apasionada en demasía sino con cierto aire de solemnidad, con una aristocrática vehemencia, siguiendo la inspiración y dejándose llevar del impulso interno más que de la lógica mental, sin olvidar, empero, el hilo, la esencia y objeto del discurso. Esta será la faz de la conquista, siendo las anteriores de preparación a fin de que, llegado a este punto, el auditor se encuentre preparado para la buena siembra. Epílogo o conclusión. El epílogo no es más que el relámpago, en el total del discurso, porque si otra cosa fuera equivaldría a una segunda edición del mismo.

Enseñanza 5: Ideas, Orden, Formas y Palabras en el Discurso

El orador necesita hallar los argumentos, presentarlos en un orden conveniente, adornarlos con palabras y expresarlos con decencia y decoro. Y a esto se le ha llamado: invención, disposición, alocución y pronunciación.
Invención: consiste en encontrar las ideas y argumentos con que se propone formar el discurso. ¿Cómo se hallan? ¿A qué fuente se debe recurrir? ¿Por qué el entendimiento se niega muchas veces a prestar este servicio?
Un autor ha dicho que todo es estéril para los espíritus estériles, sin autocultivo; que todo es superficial para los espíritus superficiales y que todo es caos para los espíritus obscuros. La medida de los seres y los objetos con relación al alma está en el alma misma. El privilegio

de la meditación y la interioridad está, pues, en encontrar en las cosas relaciones más importantes y representarlas con formas que correspondan a esta grandeza. El mismo objeto retratado por una pluma o lengua mezquina adquiere en otra lengua o pluma formas sublimes.

Es preciso adquirir ciertos conocimientos por el hábito de reflexionar sobre las cosas y los seres. Un examen continuo y profundo sobre las materias que se ocuparán, son todos manantiales de la invención y de donde se sacarán los recursos.

La lectura exterior es como aquellos alimentos que no se digieren; no alimentan al alma. Menester es que la reflexión abunde sobre cada página escogida. De lo contrario las ideas serán fugaces y nada quedará en la memoria, de donde luego el orador extraerá el material de su discurso. La meditación, luego, depurará y orientará dicho material reflexivo.

Acercarse al objeto, examinarlo en todas sus dimensiones, recoger todas las ideas que le convienen, componerlas y descomponerlas sucesivamente, descubrir el punto de vista más interesante en que deben ser presentadas, darlas por último en plan y formas de enunciación, he ahí el trabajo y fruto de la invención oratoria.

De la "disposición" se ha tratado ya al marcar las partes de que puede constar una arenga y respecto a la alocución se habló de ella en los tropos y figuras. Véase las reglas de la pronunciación.

Pronunciación: tal vez no haya nada más importante que la pronunciación en todo discurso. Preguntaron un día a Demóstenes cuál era la parte principal de la oratoria y contestó: "la pronunciación". ¿Y después de

ésta?, le volvieron a preguntar; "la pronunciación" respondió. Pero ¿y después de la pronunciación? insistieron por tercera vez. "La pronunciación", fue también la tercera respuesta. Naturalmente que dicho orador ateniense contaba con serios motivos personales para opinar tan extremadamente. Pero con razón la refería casi exclusivamente a este elemento de medida y de sonoridad.

De tal suerte es ello que la diferencia entre oír a un orador y leer su discurso impreso luego, es extraordinaria. La palabra impresa es apenas la sombra del verbo vibrante transmitido vivamente.

La entonación, las inflexiones y el ademán suplen mucho al pensamiento o más bien lo amplían y clarifican, y el orador que pronuncia bien da calor donde, muchas veces, por la lógica no lo hay y produce armonía donde retóricamente hace falta y naturalmente no existe. Así también el mejor discurso, mal pronunciado, pierde todos sus atractivos. A una mujer se la puede llamar hermosa y según la entonación de ceremonia, de vehemencia o de burla la palabra significará un mero cumplimiento, una pasión viva o una picante ironía.

El mismo trozo pronunciado hábilmente en la tribuna y leído después, aunque se copie meticulosamente, deja de ser la misma cosa. ¿Por qué? Porque la acción, que es un lenguaje que viene en auxilio de otro lenguaje, el tono, las modulaciones de la voz, el gesto y la expresión de la fisonomía, a veces, son todos aliados poderosos de los que saca buen partido el orador y no pueden transmitirse al papel en que sólo puede trazarse una copia muerta al lado y en comparación del cuadro vivo y animado que se levantó en el lugar del

discurso. La elocuencia de la acción es, pues, tanto y más persuasiva que la de la palabra.
Considérese separadamente el tono, las inflexiones y la celeridad en cuanto a la voz.
Tono: se dirá por regla general que al empezar un discurso no debe tomarse la entonación tan alta como se fija luego, no sólo porque de otro modo pronto se fatigaría el orador, sino también porque sería muy impropio empezar con grandes voces una discusión entonces tranquila y apacible.
Inflexiones: puede decirse que la voz humana es un instrumento que tiene una cuerda distinta para cada emoción. A una de gozo corresponde una palabra abundante, ligera, animada y viva. A una de pena aguda siguen sonidos casi inarticulados que vienen a morir en un plañido lastimero; un dolor profundo pide una palabra lenta y de un timbre grave; los arrebatos de la desesperación se anuncian por un lenguaje de calor y movimientos y por último las impresiones de la felicidad tienen por intérprete una palabra dulce, tranquila y afectuosa. La declamación aquí, como ensayo, es sumamente útil y se recomienda.
Celeridad: por regla general la palabra, especialmente en la emotividad, corre con más celeridad al final de los períodos. Fácil es conocer la exactitud de esta observación. El lenguaje es reflejo del pensamiento y de él recibe la inspiración, el impulso y las excitaciones. Es forzoso que se acelere o suspenda según las vibraciones más o menos lentas, más o menos vivas que reciba de adentro; y como éstas son siempre más rápidas en los finales, se hace indispensable que la lengua siga a la precipitación que le transmite el alma. No parece sino que el pensamiento obedece a las

mismas leyes de gravedad que los cuerpos físicos: acelera su movimiento a medida que se acerca a su término.
Convendrá hacer unas ligeras pausas al concluir algún período importante.
En general se puede decir que no debe hablarse tan velozmente que se pierdan las palabras, ni tan lentamente que el auditorio en su impaciencia se ausente mental o físicamente. Todo ello también ajustado a la naturaleza del discurso: no será la celeridad la misma ante densos conceptos filosóficos que ante una asamblea política.
El gesto: es un medio útil para hacer notar y sentir lo que se dice. Revela muchas veces aspectos que las palabras no expresan. Pero debe usarse con parsimonia y gran mesura.
Recuérdese que la fisonomía es fiel reflejo de la veracidad o falsedad de lo que la lengua expone; sobre todo ello es muy cierto en lo que a los ojos respecta.
En cuanto a los demás movimientos no deben ser de todo el cuerpo, sino que la acción ha de partir del brazo. El derecho es de más uso, pero no por eso debe quedar el izquierdo totalmente entregado a la inmovilidad. La posición del orador debe ser recta, un poco inclinada hacia adelante porque así el cuerpo queda con más libertad y soltura.
También los movimientos perpendiculares, esto es, línea recta de arriba abajo, que como dice Shakespeare en Hamlet, cortan el aire con la mano, deben ser vigilados pues raras veces son buenos. Los oblicuos son en general los más graciosos. Se deben evitar igualmente los muy súbitos y ligeros.
Esta forma exterior, llamada “elocuencia córporis” es

de gran interés y no debe descuidarse. Pero no se olvide una necesaria mesura y una autoinspección constante en el discurso para no caer ni en la exageración ni en la frialdad que no condicen con la exposición.

Por supuesto que todas estas licencias y reglas están referidas al tipo ordinario de orador y su validez, consecuentemente, es relativa al mismo y a circunstancias, lugares y situaciones también comunes, a las que deberán adaptarse.

Los temperamentos vocacionalmente predispuestos, los Iniciados, los místicos, sabios y santos de todos los tiempos establecieron, de acuerdo a la característica y circunstancias de su misión, su propio canon, método y disciplina. Naturalmente que estos casos son siempre excepcionales y nunca podrán ser tomados como "tipo" para de allí formular la faz didáctica total. Pero muchas veces aún estos mismos seres obedecieron al método, a la síntesis de experiencia que supone una regla, para obviar demoras que no se justificaran.

El género de comunicación que se establece entre un gran orador político o religioso y su público o fieles no era en absoluto el que se establecía entre Gandhi y sus escépticos oyentes parisienses, según observa un espectador directo.

Explicaba a una sala repleta lo que entendía por no-violencia. Sin desconcertarse, sin titubear, contestó a todas las preguntas que se le formularon, muchas de ellas embarazosas para otro cualquiera. Verdadera formulación de su doctrina eran su presencia de espíritu, justeza, sinceridad y paciencia inalterable. El público, poco a poco, fue conquistado por ese hombrecillo feo que no utilizaba ninguna de las recetas

habituales de la oratoria clásica, que hablaba con una extrema simplicidad, sin elocuencia ni tretas de orador, con una voz que no se elevaba jamás y con un timbre, aunque muy agradable, que no poseía ninguna cualidad particular.
La comunicación entre él y ese público llegaba por otra vía que la ordinaria, de modo que aquél hombre que hablando de su fe en la verdad, en la no-violencia y en el amor, repitiendo axiomas más trillados que dos y dos son cuatro inflamaba a una sala, poseía otro lenguaje que el de la apariencia y la calidad de su palabra no dependía del idioma, aún cuando éste era un inglés correctísimo, ni de ningún recurso recomendable.

Enseñanza 6: El Discurso y el Orador

Reglas para preparar el discurso. Es necesario, ante todo, que el orador se dedique mucho a la lectura de libros escogidos, donde se encuentran unidas a la erudición seria y a la solidez de las ideas, la belleza y energía del lenguaje.
No se sabe lo que influye esta ocupación continua en su formación. Se acaba por contraer sin repararlo el hábito de discurrir y expresarse con soltura y elegancia cuando se tiene siempre a mano libros que sobresalgan en este ventajoso tipo. Pero no basta leer; es preciso entregarse a un trabajo mental muy detenido para ir dando diferente giro a todos los períodos de la obra que se lee, procurando cambiar su fisonomía y si es posible mejorarla.
En cada uno de estos ensayos desempeñados silenciosamente en el laboratorio íntimo se nota que se van rompiendo las trabas y dificultades en que tropezaba la razón y la lengua y que empiezan a crecer

las alas que permitirán ensayar algún corto vuelo. Otro de los ejercicios que más conducen al mismo objeto es el de traducir. La traducción tiene dos ventajas: presentar un tipo al pensamiento en la obra que se traduce y tener que pasar por necesidad revista a un crecido número de palabras, con lo cual insensiblemente se adquiere un tesoro de voces. Con estos ejercicios previos se puede empezar a hacer tentativas de componer. Elegido el tema debe meditarse mucho sobre él para encontrar los pensamientos y coordinarlos de modo que tengan entre sí el encadenamiento, la filiación y dependencia que les sean más naturales y lógicos. El orador, aislado en su soledad, entregado a su afán de análisis e investigación, se mueve en un círculo de ideas e imágenes que a cada paso se agranda y en esta especie de panorama intelectual elige y guarda las que más conducen a sus miras. Esta disposición mental y composición reflexiva es necesaria para disponer el ánimo a la verdadera elocuencia.
Téngase en cuenta esta advertencia: no se trabaje nunca de prisa, especialmente al principio, porque querer llegar demasiado pronto equivale a no llegar jamás. Otra observación: no se tracen discursos largos, porque éstos se debilitan en su misma extensión y concluyen siempre por fatigar al auditorio.
Es preciso recordar, también, que existen días y momentos en que todo acude con una presteza y facilidad maravillosas. Parece roto el lazo que ata el alma a la parte grosera y material y que el verbo se eleva graciosamente en sutilísimas regiones. Pero otros días y otros momentos hay aciagos e infecundos en que el pensamiento está remiso y perezoso; en que apenas

se vislumbran las ideas en un lago de tinieblas; en que no se acierta a formularse y en que hasta la lengua se niega a prestar su servicio. La sencillez, la humildad, la paciencia son recursos óptimos en esta disyuntiva. A veces la solemnidad, las palabras que se han escogido en la soledad y el estudio, la serenidad y cierta rebuscada lentitud ofrecen el ceremonial propicio para salvar este escollo.
Se añadirá una regla muy especial: cuando el orador ha combinado ya sus ideas, cuando las ve con claridad y conoce su enlace y afinidades, cuando sus meditaciones le han suministrado el calor y la viveza necesaria y tiene abundantes imágenes para inspirarle en su curso, entonces como preparación sólo deberá escribirse las divisiones o arreglo del discurso y las ideas capitales que han de servir en él de puntos de partida. Para esto con muy pocos bastan. Y, a veces, incluso éstas no necesitan luego ser consultadas.
Reglas generales para el orador. La primera es aquella que le recomienda que sea modesto. Cuando el orador se presenta arrojado o petulante, se sublevan contra él los ánimos que debía hacer dóciles y benévolos, y sus palabras se escucharán con prevención.
Esta precaución es doblemente aconsejable al orador joven y principiante. Los años y la reputación adquirida dan cierta autoridad para insistir firme e irrevocablemente en una opinión enunciada.
Pero es preciso que esta modestia no degenere en timidez. La serenidad y la calma del espíritu se concilian muy bien con la modestia y sin aquellas cualidades es imposible de todo punto pronunciar un discurso y mucho más una improvisación. El temor ofusca la razón, entenebrece el entendimiento, embarga la

facultad de discurrir y sus síntomas inequívocos producen indiferencia y lástima en el auditorio tan pronto como los percibe. Recomendable es en esta parte el término medio; pero si se ha de tocar en alguno de los extremos, preferible es ser osado a ser meticuloso.
Otro de los objetos que nunca debe perder de vista el orador es dar variedad a su discurso para que no resulte todo él con la misma entonación y con igual colorido. Como en la pintura, el claroscuro produce el mérito del realce.
Medítese esta frase de San Agustín: "Las palabras dependen del orador y no el orador de las palabras". Se concluirá advirtiendo una vez más que el decoro y la circunspección han de presidir todo discurso y el orador debe procurar con gran cuidado no confundir nunca la línea del celo con la del agravio. El lenguaje puede ser medido y circunspecto, sin que por eso deje de ser enérgico.

Enseñanza 7: Reflexiones sobre la Aplicación de las Reglas Enunciadas

Ha dicho un escritor contemporáneo: "No es orador ni el que dispone, arregla y clasifica bien las ideas, ni el que las produce con armonía y con las gracias de la elocuencia halagando al oído y a la imaginación a la vez, sino el que posee estos dos talentos y los sabe reunir y ejercitar". Y añádase a esto que la elocuencia puede ser buena o mala, una virtud o un vicio, un ángel o un demonio según el objeto que se propone y los medios que emplee.
A la elocuencia severa de Solón opónese la artera y astuta de Pisistrato; y a las arengas inmortales de

Demóstenes presenta por contraste las sofísticas y amañadas de Esquines. Lo que debe llevar, necesariamente, a reflexionar que el orador y la elocuencia son instrumentos, medios que deben servir decorosamente a fines superiores; de modo que las meditaciones, en último análisis, deben ir dirigidas al contenido del discurso y a su sentido y luego a su forma. Cuidar ésta descuidando aquélla significaría que se está trabajando más por amor propio que por amor a Dios.

El orador antes de empezar a hablar debe reducir en su mente a una fórmula clara y determinada tres cosas muy diversas, a saber: qué es lo que va a decir, dónde o en qué parte del discurso lo debe decir y cómo lo ha de decir. Cuando se trata de una improvisación, la operación intelectual sobre estos tres puntos debe ser instantánea.

Recuérdese que la lectura, tan recomendable, sin la meditación aprovecha muy poco y la memoria es un reloj que se para si no se le da cuerda. Gorgias ha dicho para combatir la funesta confianza de algunos seres en su "depósito subconciente": "La memoria es un doméstico a quien se necesita recordar continuamente sus deberes para que no los olvide".

Del orador que fía a su memoria el discurso que quiere pronunciar con todas las apariencias de una producción súbita y espontánea, dice Timón en su "Libro de los Oradores": "Que no siente el dios interior, el dios de la Pitonisa que agita y oprime; que es el hombre de la víspera y no el hombre del momento; el hombre del arte y no el de la naturaleza; que, en una palabra, es un cómico que no quiere parecerlo siendo él mismo su propio apuntador y que procura engañarlos a todos y

hasta engañarse a sí mismo".
Es ventajoso también formar extractos de cuanto se lee, porque esto proporciona un gran ahorro de tiempo y habilita al hábito de la síntesis.

Enseñanza 8: Diversos Tipos de Elocuencia

Elocuencia popular: Es aquella que, teniendo por tribuna el espacio y por auditorio el pueblo, permite vuelos más atrevidos y menos controlados, imágenes más osadas y emociones más vivas y profundas que los otros tipos de elocuencia.
Allí se atiende siempre menos a los adornos del lenguaje que al nervio y energía de lo que se dice. El pueblo quiere oír cosas grandes y que se le anuncien con apasionada voz, con ademanes expresivos y con todos los síntomas de convicción y de entusiasmo de que sea capaz el orador. Allí el orador agita o calma las masas con el soplo de su verbo.
Elocuencia militar: Es una de las que más grande influencia ha tenido en los destinos de los pueblos. Embriagar a los hombres para hacerles correr ciegamente tras la imagen dorada de la gloria; exaltar su espíritu hasta lograr que vayan a la muerte con la misma alegría con que marcharían a un festín y entusiasmarlos hasta el punto de hacerles olvidar sus padres, hijos y esposas para pensar sólo en un ídolo que tienen a la vista, la patria y la bandera que la simboliza, es la prueba del poder de la palabra en este tipo de elocuencia.
Las victorias de Napoleón se debieron en mucho a esa palabra de fuego que salía de su boca de caudillo para penetrar en las filas y transmitir al soldado todo el

entusiasmo, toda la arrogancia y toda la magnanimidad de un jefe. Son notables sus arengas e ilustran muy particularmente al respecto.
Elocuencia académica: Todo debe ser aquí medido y calculado y sólo se piden delicadeza en la dicción, finura y sutileza en los conceptos, figuras brillantes en la línea de lo bello y no en la línea de lo elevado y magnífico; un compás, una cadencia a la que no se ajusta el alma con facilidad en medio de otros transportes. Se parece esta elocuencia al paseo que se da por amenos jardines. Timón hizo una exacta pintura de ella: "Tiene una fisonomía enteramente aparte. Se mira y remira como una coqueta de los pies a la cabeza. Acaricia la vanidad de los otros para que éstos, a su vez, inciensen la suya. No gusta de muchas ideas. Se mueve muellemente en medio de frases estudiadas, de delicadezas impalpables y de finas alusiones. Se corona de rosas pálidas nacidas del carbón de tierra en los templados invernáculos del Instituto".
Elocuencia sagrada: Se relacionará sólo con las demás, pues supondría en sí misma un minucioso estudio que escapa a la dimensión de esta parte del curso.
Sus ventajas sobre el orador profano son la de poder elegir su objeto, meditarlo, disponerlo, formularlo, arreglarlo detenida y cuidadosamente en el archivo de su memoria, en tanto que el orador profano recibe el objeto que se le presenta y como se le presente y tiene que hablar sobre él, las más de las veces, con poca a ninguna preparación.
El predicador se dirige a gentes piadosas y devotas, en cuyos corazones no hay oposición, ni recelos, ni desconfianza; el profano habla entre adversarios tenaces y a veces ante un público rebelde. En la boca

del predicador casi siempre se oyen palabras de dulzura, amor y fraternidad, en tanto que el orador profano lanza rayos encendidos y evoca las pasiones y los odios. El uno sólo procura hacer hermanos, el otro reducir enemigos.
Pero, en cuanto a oratoria, siempre tiene de su parte el orador profano otras ventajas que compensan aquella desigualdad. El predicador es el hombre del día precedente, de los días anteriores; el orador es el hombre del momento actual.
Sin embargo es cuadro solemne el de esa cátedra en que resuena la divina palabra. Abogado de su religión, intérprete de Dios, anunciador de la doctrina o el dogma, padre de sus fieles que como tal los dirige con su santa severidad y los anima con su angelical dulzura, es el guía del pecador que va a caer en el abismo y como tal lo ase y aparta de él con su brazo poderoso, lleva su consuelo y su esperanza en la palabra y su denodada lucha, aunque no tan aparente como la del tribuno forense o parlamentario y el patriota; no está libre de los ataques y resonantes victorias de aquellos. Sólo que son fruto de soledad y de silencio.
Menos temporal por su misión y naturaleza, trabaja no obstante en temporalidades y desconociendo el efímero triunfo ante los hombres, debe necesariamente conocer por fe, de una última victoria junto a Dios.

Enseñanza 9: La Improvisación

¿Qué es la conversación? Una improvisación breve que cambia a cada instante de materia y objeto, que desflora y no profundiza. En ella toda preparación es imposible porque la conversación cambia permanentemente de fisonomía. No pueden, pues,

prevenirse las réplicas, pensarse de antemano las contestaciones, ni calcular el giro que llevará la discusión. Todo nace en el momento y las ideas y las palabras se conciben, formulan y anuncian con la mayor prontitud.
¿Qué falta a esa conversación para ser un discurso? Extensión y seguridad. Es decir, tener ideas con que alimentarla por más tiempo y palabras que vengan en auxilio de estas ideas. El discurso continuo no es más que la perfección y prolongación del discurso cortado del diálogo.
¿Qué es improvisar? Es leer con facilidad y prontitud en las ideas y traducirlas en palabras. ¿Qué se hace cuando se escribe? Recordar y combinar. Adquiérase, pues, el hábito, por el uso de la palabra, de hacer instantáneamente estos recuerdos y estas combinaciones y se será improvisador.
La improvisación no es más que la producción espontánea y repentina de lo que ya se sabe, de lo que antes se ha aprendido y meditado. Muchas veces, como en la improvisación de los sueños, en el discurso el alma se remonta a regiones que desconocía conscientemente y retorna con adquisiciones de una meditación consciente.
La conversación, como los discursos, tiene dos objetos: uno ideal que son los pensamientos, otro material que son las palabras. El primero se consigue y perfecciona por medio de un estudio asiduo y variado; el segundo haciéndose de un caudal de expresiones escogidas las más a propósito por su propiedad, sonoridad y elegancia para representar la idea con toda belleza y relaciones de enlace posibles.
Método. Todo el mecanismo se reduce a dos preceptos:

método analítico para aprender; método sintético para ejecutar.
Analítico. Un discurso no es más que el conjunto de varias partes o párrafos, cada uno de éstos se divide en períodos, cada período se compone de frases y cada frase es el agregado de las palabras que la constituyen y que son su cardinal elemento. Analizado así el todo, el mismo análisis que sirvió de medio y de guía debe servir en lo demás del procedimiento. Palabras, frases y períodos formarán la escala del examen y de los ejercicios.
La idea es la palabra pensada y la palabra es la idea expresada. Se tratará, pues, de las voces, como signo representativo de la idea y de los pensamientos. Debe empezarse por hacerse de un considerable número de palabras escogidas, que se procurará conservar con cuidado en los archivos de la memoria. Pero no basta saberlas; preciso es que se las examine a fondo y que se penetre en su propiedad para representar con exactitud el pensamiento a que deben servir.
Uso de los sinónimos. Para aumentar el caudal de palabras, riqueza del improvisador, conviene ocuparse del examen de los sinónimos. No pocas veces substituyen en un momento fatal a la palabra que había perdido el orador.
Clasificación de las palabras. Debe el improvisador, también, clasificar las palabras. Separar las que sirven para expresar pensamientos grandes y atrevidos, de las que anuncian ideas suaves y dulces; las que retratan la alegría, de las que pintan el dolor.
Sentido propio y figurado de las palabras. Es necesario conocer ambos y ensayarse el improvisador en

continuos ejercicios. La mañana es una parte del día; trasládese esta voz a las edades del hombre y se llamará la mañana de la vida a los años dichosos de la infancia en que todo sonríe. Cuando se dice "que el hombre de bien goza siempre de algún consuelo en medio de la adversidad", no se hace más que expresar un pensamiento de la manera más sencilla. Pero cuando se dice "al justo sale la luz en medio de la oscuridad", se expresa el mismo pensamiento en estilo figurado: se introduce una circunstancia (se pone la luz del consuelo) y se usa de la oscuridad para presentar la idea de la adversidad. De estas figuras de palabras que se han llamado "tropos" y que consisten en emplear palabras para significar alguna cosa diferente de su original y primitiva significación, se dijo que alterando las palabras debía desaparecer la figura. "Al justo sale la luz en medio de la oscuridad", el tropo consiste en no estar entendidas literalmente "luz y obscuridad" sino substituidas por "consuelo" y "adversidad", a causa de alguna semejanza o analogía que se supone tienen con estas condiciones de la vida. En esta relación oculta debe ejercitarse el improvisador.

También es preciso practicar con las metáforas y comparaciones. Metáfora: cuando se dice de un ministro que sostiene un Estado, como una columna sostiene el peso de todo un edificio, se hace una comparación. Pero cuando del mismo ministro se dice que es "la columna del Estado" se hace una metáfora. Un buen ejercicio es el de tomar un libro, leer un párrafo y procurar después ir trasladando la significación de las palabras que lo permitan y formando las metáforas, los demás tropos y las

comparaciones que puedan servir a embellecerlo. Formación de períodos. El objeto de esta parte del curso es el de acostumbrar al estudiante a todos los giros y movimientos oratorios; debe, por lo tanto, pasar revista en ellos a todas las figuras de pensamiento. La escala como en un instrumento musical deberá recorrer todas las entonaciones.
Princípiese por formular un período sobre un raciocinio cualquiera en la forma expositiva y pásese después a la interrogativa que ya se dijo aumenta la fuerza y energía de le locución. Vuélvase después el período a su forma primitiva y repítanse estas transformaciones hasta adquirir el hábito de que el pensamiento formule cualquiera de estas dos vías de enunciación pronta y repentinamente. Iguales ejercicios deben hacerse y repetirse sobre todas las formas de la retórica expuestas precedentemente.
Sintético. El improvisador, cuando ocupa la tribuna, necesita abarcar de una sola mirada todo el discurso que va a pronunciar. No en sus pormenores, porque sería imposible, sino en su esqueleto, en el orden riguroso.
Para adquirir este "golpe de vista" es preciso formar ante todo el discurso lógico y una vez poseedores de él nada más fácil que formular con la ayuda de los medios obtenidos en los ensayos el verdadero discurso oratorio.
Dicho discurso lógico deberá consistir en el trazado sobre el papel de las proposiciones cardinales que quiérese enunciar, enlazarlas y quedar empapado de ellas.

Enseñanza 10: Síntesis Crítica del Estilo

Es calidad esencial de toda belleza ser sencilla en sus arreos; “simplex munditus”.
Una de las primeras y más obvias distinciones del estilo es la que resulta de la mayor o menor extensión que el autor da a sus pensamientos. Esta distinción forma el estilo difuso y el conciso.
El estilo conciso comprime sus pensamientos en las menos palabras que puede; cuida de emplear sólo las más expresivas y cercena como redundante toda expresión que no añade alguna cosa esencial al sentido. No desecha los adornos siempre que puedan hacer más vivo y animado el estilo, pero se vale para ello de aquellas figuras que más bien le dan fuerza que gracia. Jamás presenta dos veces una misma idea. En la coordinación de las sentencias mira más a la brevedad y al nervio de la dicción que a la cadencia y armonía del período.
El difuso desenvuelve sus pensamientos completamente; los coloca bajo diferentes aspectos y da al auditor todos los auxilios posibles para que los entienda bien. Los oradores de este estilo son generalmente apasionados a la magnificencia y amplificación.
El estilo nervioso y el estilo débil suelen confundirse con el conciso y el difuso, con los cuales a veces coinciden. Pero no siempre sucede esto.
La causa de la debilidad o de nervio del estilo está en la manera de pensar de su autor. Si éste concibe fuertemente un objeto, lo expresará con energía; pero si tiene de él una percepción confusa, si vacila en sus ideas, si por su pasión o su precipitación no llega a comprender bien todo lo que debe comunicar a los otros, es preciso que el estilo se resienta visiblemente

de estas faltas. Se hallarán palabras insignificantes y epítetos vagos. Sus expresiones serán generales, su coordinación confusa y vaga.
Se concebirá algo de lo que se quiere decir; pero no se lo comprenderá enteramente. En cambio un escritor nervioso, ya use de un estilo conciso o difuso, puede imprimir a sus pensamientos la fuerza y la energía de su estilo.
La dureza de estilo proviene de las palabras desusadas, de las inversiones forzadas en la estructura de las sentencias y del demasiado descuido de la blandura y facilidad de la construcción.
En cuanto al ornato se dirá que puede ser: árido, llano, limpio, elegante y florido.
Es árido el que excluye todo ornato de cualquier clase que sea, contentándose el expositor que lo entiendan y es forzosamente de tipo didáctico.
Es llano aquél que se eleva un grado sobre el árido. Además de la claridad busca la propiedad, la pureza y la precisión del lenguaje, lo cual es ya una belleza y no despreciable.
En el limpio se entra ya a la región de los adornos, pero no de los más espléndidos. Este orador no desprecia la belleza de la lengua, pero muestra atención en la elección de las palabras y en su graciosa disposición y no en los esfuerzos de la imaginación o la elocuencia. Sus sentencias son siempre limpias y exentas de la carga de palabras superfluas. Su cadencia es variada, pero no de una estudiada armonía.
El elegante dice un grado más de ornato que el limpio y se da este nombre al estilo que sin exceso, ni defecto, posee todas las virtudes del ornato mismo. Claridad, propiedad, pureza en la elección de las palabras,

cuidado y destreza en su coordinación armoniosa y feliz son sus cualidades. Halaga a la fantasía y al oído, al paso que instruye.
Florido es el rico y galano en demasía para el asunto, cuando es muy continuo y deslumbra con su oropel. Y este es, casi siempre, un estilo viciado y vicioso.

Enseñanza 11: Higiene Verbal

Además de las recomendaciones del Método y aquellas tan breves y valiosas de "Reserva", se recapitulará elementos, motivos, tipos de higiene de la palabra. Amplitud del vocabulario. Método: Buscar sinónimos y antónimos de cada palabra, a fin de notar los diversos matices y acepciones en las cuales puede ser empleado cualquier sustantivo o calificativo.
Dada una palabra cualquiera, buscar las ideas susceptibles de ser asociadas. Para ello se necesitan dos obras de consulta: un diccionario común y otro de ideas afines sugeridas por la palabra. También es recomendable frecuentar un diccionario etimológico. Para lograr también cierta elasticidad en el lenguaje es conveniente no sólo inquirir el nombre expresivo de cada objeto que se perciba, sino también los diversos calificativos referentes a los distintos estados y manifestaciones de tales objetos.
El auto análisis es muy importante respecto al empleo exacto de las palabras. Se deberá prestar especial atención a las palabras y a las frases que motivaron un equívoco, que permitieron interpretaciones erróneas, no conformes con el pensamiento o que parecieron causar irritación. En el primer caso falto exactitud y en el segundo, mesura.
Ejercicios de redacción: Asimilar pausadamente el

texto de un cuento o capítulo de novela, sin recordar sus palabras. Luego, cerrado el libro, reproducirlo con lo que la memoria haya registrado. Comparar luego ambos trabajos y estudiar atentamente cada uno de los vocablos.
Con la ayuda de un texto a la vista reconstruir el relato mediante palabras totalmente distintas a las empleadas por el autor.
Transcribir un diálogo de una obra teatral, preferiblemente clásica o contemporánea, alterando todas las palabras, pero conservando cada personaje su carácter, que se habrá establecido de antemano.
Redactar una lista de cien palabras, formando frases donde figuren éstas; luego asociar las palabras por su configuración, sentido figurado y lógica, respectivamente. Leer un cuento y luego hacer la más apretada síntesis del mismo (trabajo de fichero).
Dicción: Es necesario mejorar continuamente la dicción. Para llegar al control reflexivo sobre todo cuanto se dice debe comenzarse por someter a la voluntad todas las expresiones verbales.
También es preciso vigilar y tratar de reprimir toda tendencia a pronunciar palabras automáticas, es decir, aquellas a que se está propenso a manifestar espontáneamente cuando uno se deja llevar por los impulsos.
Se desterrarán, entonces, las exclamaciones, el uso de pequeñas fórmulas que estén de moda y que se está inclinado a repetir sin motivo y contener todo aflujo verbal que sea la consecuencia de un sacudimiento de la imaginación o de una emoción.
Será preciso asimismo no dejarse arrastrar jamás a hablar y poner mucho cuidado en no decir más de lo

necesario. Si se trata de una persona muy voluble no dejarse llevar por la extrema rapidez de su conversación a precipitar la propia; con cualquiera sea se tomará el tiempo necesario para hablar con calma y tranquilidad, sin alzar nunca la voz ni reaccionar impulsivamente a las palabras de excesos que otro ser dirija.
Se desterraran también las voces regionalistas, el tono, barbarismos. Todo ello es una cuestión de atención y de voluntad en aras de la corrección expresiva idiomática. La reflexiva y voluntariosa abstención de hablar con acento regional y en vencer los vicios de pronunciación motivados generalmente por hábitos particulares contraídos en la niñez o a una conformación bucopaladial particular, conducen en poco tiempo a esta perfecta dicción.
También se facilitará notablemente este autocontrol al evitar todo aquello que pueda desordenar los automatismos: los alimentos de trepidación (un régimen de carne en exceso, alcohol, azúcar o sal en demasía), la cercanía de personas agitadas e iracundas, las discusiones inútiles, los excitantes (café, té, tabaco). Especialmente es recomendable no pronunciar frase alguna que llegue por sí sola a los labios sin haberla controlado. Asimismo, antes de hablar es bueno esforzarse pensando el efecto probable de las palabras.

Enseñanza 12: La Voz

El órgano de la voz se asemeja, al parecer, a los de la vista y oído, pero difiere de ellos en un punto esencial: en que las operaciones de la vista y del oído son resultado de un acto involuntario. Si se abren los ojos

y hay luz, se verá aunque no se quiera; si no se cierran los oídos y hay ruido, se oirá. El órgano de la voz, por el contrario, sólo se ejerce por acción de la voluntad; no se habla sino cuando se quiere hablar.
Además, no se puede ver ni oír más o menos en medida del deseo, sino cuando uno se sustrae en parte a la acción de los objetos exteriores poniendo un obstáculo, un velo, entre uno y el mundo de afuera. No así con la voz; se puede hablar más o menos alto, más o menos deprisa; se regula la función de la voz como función propia. Por lo tanto se infiere que se puede aprender a hablar, por ser ello susceptible de modificarse merced a la voluntad, a un control reflexivo y constante y de un acopio de energía vocal diaria.
Así como el teclado del piano se compone de varias octavas, divididas en tres clases de notas (bajas, medias y altas), cuyo sonido depende del tamaño de las cuerdas, la voz tiene su teclado; dos octavas, como el piano seis; tres especies de notas y cuerdas más delgadas y más gruesas, del mismo modo que el piano y a la manera que no se llega a tocar dicho instrumento sin estudiarlo, tampoco se puede llegar a manejar bien la voz sin el correspondiente aprendizaje.
Si es muy aguda, demasiado grave, gutural o nasal, la voz carece de claridad; es de emisión fatigosa para quien la posee y desagradable para los demás.
Es necesario, pues, hablar con una tonalidad media. Para ello pueden vocalizarse los Nombres Místicos Solares registrados en el Curso de “Ceremonial de Cafh”.
Higiene de la voz: Para conservar la voz en buen estado de salud es recomendable observar una higiene bucal y general severa, a fin de que los órganos fonadores

desempeñen su función específica libre de factores foráneos. Fosas nasales, faringe nasal, bronquios, pulmones, tráquea, laringe, sistema de resonancia, amígdala lingual, amígdalas palatinas, etc., deben sistemáticamente mantenerse sanas. Todo esto como complemento importante a la fundamental reserva de energía vocal.

Interesa resumir algunos consejos respecto a la voz. En primer lugar es preciso prohibirse terminantemente de cantar o hablar con catarro, con un resfrío y sobre todo con ronquera, pues esta última exige el reposo vocal absoluto. Cuántas veces la voz, no sólo de los profesionales de ella, sino la de aquéllos que no han practicado la mesura indispensable en sus expresiones vocales, luego de una ronquera aguda, en cuyo transcurso no guardaron un reposo vocal de corta duración y continuaron abusando de la palabra, quedaron indispuestos por mucho tiempo y en ciertas ocasiones la voz no volvió más.

Entonces a este tesoro es preciso conservarlo ávidamente y gastarlo con parsimonia.

Desensibilización contra el frío: Uno de los enemigos de la voz es el frío. Muchos oradores y cantantes viven en perpetuo temor de resfriarse, de hallarse en una corriente de aire, de que se enfríen sus pies, etc.

La experiencia médica expresa que se puede llegar a ser refractario a los catarros y enfriamientos. Esa comprobación se confirma entre quienes viven al aire libre, duermen con la ventana abierta en la montaña tanto en invierno como en verano, llevan poca ropa y realizan ejercicios naturales.

Es aconsejable, en base a tales hechos, desensibilizarse del frío mediante algunos métodos o sistemas que

variarán de acuerdo a la naturaleza de cada uno. Esto partiendo del supuesto de un buen estado de las vías aéreas (fosas nasales, senos faciales y frontales, amígdalas y dientes), sin ningún foco séptico nasal, amigdalino o dentario. La gimnasia respiratoria, el baño, la ducha fresca luego de la cultura física y respiratoria (el baño caliente es un error; lo vuelve a uno friolento; sensibiliza para el frío y predispone a los catarros), son buenos desensibilizantes.
Esta desensibilización es recomendable que se inicie desde la infancia, ya que a una edad más avanzada resultará proporcionalmente más difícil contraer nuevos hábitos. En la adolescencia y la edad madura hay que entrenarse progresivamente para el agua fría y proceder con prudencia. Se comenzará en verano, paulatinamente. La fricción prolongada (tal como se aconseja en el curso de Gimnasia) es recomendable, así como la práctica de algunos deportes y la vida la mayor parte del tiempo posible al aire libre.
En todo es recomendable el método de vida y, en lo posible, la imitación de aquellas que llevan los Hijos en la Comunidad.
El tabaco, las bebidas alcohólicas y todo excitante son malos para la voz, pero el más nocivo -para ellos y para los que deban vivir en la atmósfera llena de humo-, es el tabaco.
Recuérdese que un buen sueño es imagen de la buena salud y no hubo buen sueño en la noche cuando la voz al levantarse está ligeramente velada, pesada, como sucia.
La calefacción es dañosa porque seca las mucosas de las vías aéreas y de este modo las vuelve vulnerables y es un verdadero desastre para las mucosas con

tendencia alérgica. Es aconsejable poner en los radiadores recipientes con agua para humedecer el ambiente. Las flores y los perfumes son también peligrosos para la voz.
La fisiología y la patología revelan por otra parte que hay una relación franca entre la voz y los órganos sexuales, lo que en forma señalada se ha dejado expresado en el curso de desarrollo espiritual.
Causas de fatiga vocal: La técnica respiratoria defectuosa es la causa de ciertas alteraciones de la voz. Es preciso aprender a respirar correctamente. La respiración alta, clavicular, produce sofocaciones, congestión de la cabeza e inflamación de la faringe. La respiración abdominal, manteniendo las costillas inmóviles y exagerando los movimientos del diafragma, comprime los órganos del abdomen, contrae la musculatura del vientre y de los órganos vocales, reduce la acción del aparato vocal y lleva al sujeto a cerrar la emisión de la voz. La respiración buena, normal y fisiológica tiene que ser total y realizarse sobre todo con el ensanchamiento de las costillas inferiores. Ha de ser suave, amplia, lenta, profunda y silenciosa.
La integridad del aparato vibratorio, es decir, de la laringe y de las cuerdas vocales, es todavía más necesaria para la emisión vocal. Al estudiar el mecanismo se ve que hay una acción muy delicada de músculos, articulaciones y ligamentos de la laringe, cuyo objeto es producir el sonido fundamental. Si hay una lesión ese mecanismo delicado se alterará y se producirán afecciones de la voz.
El mal uso vocal es la técnica defectuosa que consiste en no utilizar bien el instrumento.

Ejemplo: Un conferenciante que habla con un tono demasiado bajo, cosa que lo obliga a inflar la voz, o que se vale de una voz gutural y que no tiene alcance y entonces recurre a la fuerza con miras a hacerse oír. El resultado es siempre el mismo: fatiga de la voz y congestión de la laringe. ¿Por qué sucede ésto? Porque se violan las leyes de la naturaleza al ejecutar un acto contrario a la fisiología vocal, al sentido común y no supo guardarse dentro de los límites de los medios naturales vocales.
En síntesis: conviene saber que todo orador, profesor o cantante que se fatiga es un sujeto que habla mal o que canta mal. Esa fatiga vocal constituye el signo precursor de la pérdida de la voz y es la señal de alarma del organismo que es preciso escuchar para detenerla a tiempo.

Enseñanza 13: La Lectura

La lectura, como práctica para aplicarla a la oratoria y también por sí misma, es importante.
La parte técnica del arte de leer versa sobre dos objetos: la voz y la pronunciación, los sonidos y las palabras.
Las tres especies de voz (de lo que se hablara en la primera parte de la Enseñanza anterior), que se definen por sí mismas: baja, media y alta, son igualmente indispensables para la lectura. La más sólida, flexible y natural es la media. El célebre actor Molé decía al respecto: "sin la voz media no se alcanza la inmortalidad". El primer precepto será que se de a la voz media la supremacía en el ejercicio de la lectura; el modo de encontrarla fue expuesto antes, aún cuando cierto sentido común y espíritu de observación aguda

pueden localizarla.
Las cuerdas altas son mucho más frágiles, más delicadas. Si se abusa de ellas, si se las toca con mucha frecuencia, se gastan, se destemplan, se ponen chillonas y se descomponen. El abuso de las notas bajas y aún de las graves, no es menos funesto; lleva a la monotonía, produce una impresión como pálida, sorda, pesada.
La voz media, pues, por ser la ordinaria, sirve para la expresión de los sentimientos más naturales y verdaderos, mientras que de las notas bajas, por su gran poder y de las altas, por su gran brillo, no se debe usar sino con suma discreción, excepcionalmente.
La respiración: Respirar es vivir y se respira incorrectamente. Sin embargo, para leer bien es preciso respirar bien y no se respira correctamente si no se aprende.
Así como el arpa eolia necesita del aire impulsado para vibrar, así las cuerdas vocales necesitan que el aire de los pulmones se condense y se transforme en el necesario impulso que permita modular las notas que se transformarán en palabras.
Aspiración y respiración son, pues, los módulos que se necesitan dominar. Así, pues, para leer un largo trecho se precisa abastecer bien los pulmones del aire que se gastará luego. El mal lector no aspira bastante y respira demasiado, esto es disipar su caudal sin orden ni medida. Como el pródigo, no sabe verter su caudal con largueza en las grandes ocasiones y ahorrarlo en las pequeñas. ¿Qué sucede? Se ve diariamente: el lector como el orador se ven obligados a cada instante a recurrir a la bomba, a efectuar aspiraciones ruidosas, roncas, que se llaman hipidos y que si mucho fatigan al

que habla, no mortifican menos al que oye. Compruébese lo dicho: enciéndase una bujía, colocándose cerca y enfrente de ella, pronúnciese cantando la vocal "a" y la llama oscilará ligeramente; mas, si en vez de un solo sonido se recorre una escala, a cada momento se verá temblar la voz. Pues bien; el cantante Delle Sedie ejecutaba delante de una vela encendida una escala ascendente y descendente, sin que la luz oscilara. ¿Cómo? Porque no dejaba escapar más que el aire estrictamente necesario para empujar el sonido fuera y el aire así empleado en la emisión de una nota pierde su condición de viento para reducirse a voz. El común de los seres despilfarra aire constantemente.

Debe recordarse que todos los movimientos del alma son tesoros. Ahórrese para los casos que los merezcan. Para aspirar y respirar libremente conviene colocarse en asiento alto. Hundido en un sillón no se puede aspirar desde la base de los pulmones. Y conviene estar muy derecho. Por último, en cuanto sea posible, la espalda apoyada.

Es recomendable el siguiente ejercicio para ir aprendiendo a leer: elíjase cualquier verso de once sílabas:

"No me mueve, mi Dios, para quererte..."

Hágase una larga inspiración y durante la espiración que siga emítanse distintamente las once sílabas del verso. Si no se experimenta dificultad ni sofocación, pruébase de pronunciar con una sola espiración dieciocho sílabas:

"No me mueve, mi Dios, para quererte el cielo que me tienes", después de 24, etc. Si fuera preciso empiécese por seis solamente, pero siempre con una enunciación

reposada, invirtiendo cuatro o cinco segundos en las doce sílabas.
Finalmente es muy importante recordar que se puntúa leyendo, tanto como escribiendo. Esto, con la observación de la puntuación en la lectura, es fácil observarlo. No pocas veces una coma mal colocada al leer varía el sentido de una frase o la obscurece totalmente.
Muchas veces la lectura en voz alta lleva a revelaciones respecto al texto. Dícese de una cosa que salta a los ojos, y bien puede decirse que salta a los oídos. Los ojos corren por las páginas, salvan los párrafos largos, pasan como sobre ascuas por los pasajes peligrosos. Los oídos, en cambio, lo oyen todo, no dan saltos, tienen delicadezas, susceptibilidades, previsiones, que escapan a la vista. Tal palabra que leída bajo se hubiese pasado por alto, adquiere de pronto, por la audición, proporciones colosales; tal frase, que apenas hubiera sido notada, subleva.

Enseñanza 14: Esquema Histórico de la Oratoria

Podríase inferir, no sin acierto, que la elocuencia es hija de la poesía. Aún no había oradores, en lo que se entiende la oratoria como arte de persuadir, razonar y debatir, cuando Homero había cantado su inmortal Ilíada. Pero si bien esto resulta cierto, no lo es menos que ambas expresiones conquistaron imperios aparte. No es necesario remontarse, para señalar el origen de la oratoria, a las primeras edades del mundo. En aquellos tiempos hubo, es verdad, una elocuencia de cierto género en los pueblos; pero se parecía más a la poesía que a lo que se ha definido como oratoria. El lenguaje de las primeras edades se supone que era

apasionado y metafórico, debiéndose ello en parte al escaso caudal de palabras de que se contaba y en parte también a la tintura que el lenguaje debe tomar del estado primitivo de los hombres, agitados por pasiones y heridos de acontecimientos extraños y nuevos para ellos. Pero mientras el trato y la comunicaron de los hombres eran poco frecuentes y mientras la fuerza y la violencia fueron los principales medios de que se valían para decidir las controversias, poco podía conocerse ni estudiarse el arte de la oratoria como persuasión, exposición y convicción.

Por esto, a pesar de ser tan natural en el hombre el arte de persuadir, no ha florecido la oratoria con igual fuerza en todos los tiempos, ni ha tenido siempre los mismos caracteres.

Así en la época antigua predominaba la oratoria política sobre las demás y hasta la oratoria forense tomaba esta dirección pues las causas se hallaban ligadas a los grandes intereses del Estado, tratándose de pedir cuentas del gobierno de una provincia, del mando de un ejército, de la administración de los fondos públicos, etc., asuntos que hoy no constituyen por lo común materia de un proceso judicial. En la Edad Media descolló la oratoria sagrada y sólo en los tiempos modernos aparecen claramente deslindados los géneros oratorios, predominando actualmente en todos ellos el carácter didáctico.

Se puede considerar como principales épocas de la oratoria las siguientes: Grecia, desde Pericles hasta la dominación macedonia y romana; Roma, desde Catón hasta después de Augusto; Padres de la Iglesia, griegos y latinos; Oradores cristianos modernos y Parlamentarismo, incluyendo las revoluciones inglesa y

francesa.
Grecia: Ya los poetas épicos -y con mayor razón los dramáticos- colocan en boca de sus personajes diversidad de discursos y los historiadores inventan y atribuyen a sus hombres de Estado y generales las oraciones y arengas que en tal o cual circunstancia debían haber pronunciado. Y así se ve en los poemas homéricos cómo los héroes y capitanes se expresan muchas veces en forma oratoria sin dejar el tono poético.
Y lo mismo que en la Ilíada y la Odisea sucede en las Historias de Herodoto y el ejemplo es seguido durante siglos enteros, pues Grecia, que fue un país dirigido y gobernado por oradores, dio gran importancia al género oratorio, que llego a adquirir grandísimo desarrollo, sobre todo a partir del siglo V a. de J. C. La historia griega presenta, sobresaliendo por encima de tanto orador notable, a Solón, que parece fue el primer gran orador; a Temístocles en tiempo de las guerras médicas y Pericles en la generación siguiente. El primero de elocuencia grave y severa, pero vehemente y varonil; el segundo de abundante y persuasiva palabra, y el tercero, que dio nombre a su época de "fulminante", como decían los antiguos. El estudio literario de los dos grandes oradores de la antigüedad citados en último término resulta interesante; además, para ver lo que era un orador antes de que existiese a retórica, que más tarde tenía que someter a reglas minuciosas el ejercicio de aquel arte, que en ellos no obedecía a ninguna norma escrita. Por el mismo tiempo de Pericles se ve brillar a Cleon, Alcibíades, Otenas y Terámenes. La Oratoria se constituyó como un arte y una enseñanza en Sicilia,

después de la expulsión de los tiranos (hacia 465 a. de J.C.), según un testimonio de Aristóteles citado por Cicerón, y recibió forma de manos de Coraz y Tisias; el primero es el verdadero fundador de la retórica, y el segundo -discípulo suyo-, escribió un tratado superior al de su maestro, que era una segunda edición revisada y completada de la obra del primero.

A estos escritores les siguen los sofistas, que desvirtúan el papel de la oratoria convirtiéndola en instrumento o medio de probarlo todo, no teniendo para ellos valor alguno el concepto o sentido de las palabras, cuya importancia radica en sí mismas.

Los dos sofistas más importantes son Protágoras de Abdera (485-411) y Gorgias Leontino (486-380), cuyo conocimiento se debe, principalmente, a Platón, que en sus "Diálogos" pone en boca de Sócrates notabilísimos razonamientos para confundir a los sofistas, haciendo ver lo pernicioso de su arte, burlándose de ellos con delicioso ingenio cómico. Sin embargo, se les debe, en compensación, haber llevado el ingenio griego a un grado de extrema agudeza y haber afinado el lenguaje, estudiando hasta la nimiedad todos los aspectos y sentidos de las palabras.

Gran distancia es la que separa a estos oradores judiciales, defensores de causas y pleitos, a los oradores políticos, de los oradores clásicos de Grecia, cuya lista empieza con Antifón -orador político y forense-, que presenta en sus Tetralogías las ideas o asuntos de cada discurso bajo cuatro aspectos o categorías diferentes, y que con un estudio constante al servicio de una inteligencia selecta había logrado que desaparecieran de sus discursos la pesadez, sutileza y mal gusto que entonces imperaba en el campo oral.

También adquieren fama como oradores judiciales Andócides (440-390); el gran Lisias, cuyo discurso contra Eratóstenes -por asesinato de Polemarco, hermano mayor del orador-, es un modelo acabado de acusación, é Iseo que, según se dice, tuvo la gloria de dirigir los primeros pasos de Demóstenes.
Por encima de estos oradores sobresale Isócrates, que fue llamado padre de la oratoria, aunque no se atrevió jamás a abordar las luchas de la tribuna. Es la suya un modelo de oratoria reflexiva y más que orador se puede llamarle maestro de oradores, ya que escribió siempre sus discursos para que sirviesen de modelos a sus discípulos. Cuidó particularmente de la forma y huyendo de los estrechos límites de la oratoria judicial y del tono enfático de la tribunicia, forjó el arma que con la superioridad de su genio tenia que esgrimir Demóstenes.
Este fue el orador más grande de Grecia y quizás del mundo antiguo y con él desapareció la elocuencia política griega al desaparecer la libertad de Atenas. Sus discursos, compuestos muy reposadamente y escritos con calma, eran pronunciados con entusiasmo extraordinario y escritos después para que su efecto se extendiese. Trataba las cuestiones con gran alteza de miras, lo cual no era obstáculo para que entrase en pormenores nimios de organización militar y de hacienda. No seguía un sistema fijo en cuanto a la forma, encontrándose en sus discursos frases breves, incisivas y frases largas, erizadas de oraciones y llenas de pensamientos. Nadie le ha superado en el arte de insinuarse en el ánimo del auditorio, y en la lectura de sus discursos se han formado los oradores más grandes de todos los tiempos. Al lado de tan gran orador

brillaron el ingenioso y espiritual Hippiades y el austero Licurgo; y enfrente de él su rival Esquines, que poseía todas las cualidades opuestas a las de Demóstenes; Dinarco, que siguió de lejos a éste y Démades, de una delicada ironía.
Antes de perecer por completo la oratoria griega al perder el pueblo sus libertades tuvo, según el testimonio de Cicerón en su libro "De los Esclarecidos Oradores", un mantenedor ilustre en el tribuno Demetrio Falereo (350-285 siempre a. de J. C.), cuyos discursos no se conocen, y en Teofrasto, el último orador de la Grecia libre. Mucho tiempo después, en el siglo I de nuestra era, intentó renovar y rejuvenecer las ideas antiguas tomando como modelo a Demóstenes, Dión, llamado Crisóstomo o Boca de Oro.
Roma: Aunque menos bien dotados que los griegos en todo lo que al arte y a la literatura se refiere, las circunstancias de la vida política les obligaron a cultivar el género oratorio.
Al principio, mientras no conocieron a Grecia, fue la elocuencia romana tosca y ruda y, por lo mismo, ingenua y apasionada.
No se habían formado en las escuelas de los retóricos griegos los Gracos y el viejo Catón y, a pesar de ello, supieron conmover y persuadir. La forma podía ser ruda, pero el fondo era excelente y cuando los maestros de Grecia abrieron escuelas en Roma, los oradores romanos adquirieron inmediatamente las cualidades que les faltaban.
Entre los géneros oratorios descuellan el político y el judicial, teniendo éste como caracteres distintivos la "urbanitas" y la "gravitas". La historia de la oratoria romana se divide en tres períodos, de los cuales

constituye el centro el de Cicerón.
En el período preciceroniano se encuentra a Fabio, de dulce y elegante lenguaje y modales también elegantes; Escipión, que se distinguía por el vigor y la nobleza del discurso; Labeón, Metelo, Galba, Emilio Lépido, los dos Lucios, Espurio, Mummio y Carbón; Tiberio Graco, arrebatado y vehemente en el decir; Léntulo, Decio, Druso, Flaminio, Curio, Rutilio, Escauro y Cayo Graco, en el que aparece una dialéctica robusta y vigorosa unida al lenguaje de las pasiones, de modo que sus discursos se dirigen a la inteligencia y al corazón. Y como oradores judiciales, M. Cornelio Cethego, de estilo sencillo pero de gran fuerza persuasiva; Catón el Censor, conciso, intencionado y enérgico; Lucio Licinio Craso y Marco Antonio (abuelo del triunviro), que según el mismo Marco Tulio fueron los primeros que elevaron en Roma la elocuencia a la altura que alcanzara en Grecia.
Cicerón, figura gigantesca que sobresale en el periodo clásico de la literatura romana, no desdeñó -siguiendo el ejemplo de otros predecesores suyos-, las enseñanzas de los griegos y viajó durante tres años por Grecia y el Asia Menor para perfeccionarse en el arte oratorio, siendo discípulo de Molón. De los discursos que de él se conocen son famosos y merecen recordarse, entre los jurídicos, la defensa de Roscio Amerino, acusado de parricidio; la de Aulo Cluencio, acusado de envenenamiento; la de Milón, autor del asesinato de Clodio y la de Quinto Ligorio, pompeyano desterrado. Entre los discursos políticos se recordaran siempre los tres relativos a la Ley agraria, contra Publio Servilio Rufo, quién pedía el reparto de los campos italianos; las cuatro admirables Catilinarias en que el

orador se exalta hasta la furia y las 14 Filípicas contra Marco Antonio, en que trata de hundir por todos los medios posibles a su enemigo. Las oraciones verrinas, en que hay parte de oratoria judicial y parte de política, ofrecen gran interés como pintura del estado social de Roma; aunque estas oraciones son en número de cinco, parece que sólo fue pronunciada la primera. Cicerón, como todos los grandes oradores de la antigüedad, preparaba sus discursos con tiempo y llevaba consigo a un liberto suyo, llamado Tirón, a quien se considera como inventor de la taquigrafía, que iba copiando sus oraciones a medida que las pronunciaba. Después Cicerón las leía, corregía y publicaba.

Contemporáneo y rival de Cicerón fue Hortensio, de quien aquél dice en "Brutus" que su palabra era espléndida, ardiente y animada y mucho más vivo y patético todavía su estilo, así como su acción y que estaba dotado de memoria sorprendente, de actividad grande en el trabajo, de exposición elevada y clara, de lenguaje fluido y de voz dulce y sonora. Al mismo período que constituye la época de oro de la oratoria romana, pertenecen: Calvo, de estilo conciso, nervioso y castizo, grave y firme, que imitaba el de los oradores atenienses, pero demasiado pulido y trabajado; Asinio Polión, más amplio y armonioso que Calvo y que gozó fama de gran improvisador; César, de dicción majestuosa y Bruto, cuya característica era la gravedad; pero teniendo todos de común lo varonil, lo puro y lo vigoroso de su elocuencia.

Después del siglo de Cicerón la elocuencia empezó a decaer, introduciéndose un estilo declamatorio redundante y afectado, haciéndose costumbre el enviar

los jóvenes al Asia, donde los profesores de retórica les enseñaban un nuevo modo de perorar, la escuela asiática, mezcla de sutileza griega y de pompa occidental, muy seductora en apariencia pero de muy mal gusto en realidad, pues nada tenía de natural ni de sencilla y sí mucho de difusa y ostentosa, con pretensiones de deslumbrar mediante golpes de ingenio, metáforas rebuscadas y adornos superfluos. Solamente merecen mención en este período Domicio Afer, en tiempo de Nerón, metódico y claro, sencillo y grave, pero ardiente y enérgico y salpicando sus discursos con rasgos de gracia e ironía que hacían se le escuchase siempre con gusto. A su lado figuran, aunque en plano inferior, Crispo Pasieno, Décimo Lelio y Julio Africano. Posteriores fueron Plinio el Joven, discípulo de Quintiliano, y Tácito, el historiador; mas tal era el relajamiento del foro en esta época que Plinio se avergonzaba del estilo corrompido y afeminado que se empleaba en el Tribunal de los Centunviros y Marcial ridiculizaba en sus epigramas la manía de las citas inútiles y de las digresiones fuera de propósito. Entre los pocos cultivadores que quedaron de la elocuencia puramente romana, figuran algunos españoles, como Latrón y Séneca.

El último orador romano notable es el elocuente defensor del paganismo Quinto Aurelio Simmaco, que contendió con San Ambrosio sobre el restablecimiento del altar de la Victoria en el Senado.

Padres de la Iglesia, griegos y latinos: Deben ser considerados como precursores de los oradores sagrados, que con las predicaciones del cristianismo alcanzaron un nivel artístico superior a la oratoria profana de su misma época, los libros proféticos de la

Biblia, que por su fin y su forma son verdaderas oraciones.
Para caracterizar y definir la oratoria de los profetas hay que tener en cuenta que no es posible incluirla en ninguno de los géneros oratorios determinada y específicamente, pues en ella hay mucho de oratoria religiosa y mucho de oratoria política. Aquellos hombres, llenos de espíritu de Dios, no sólo anunciaban la venida del Mesías y el cambio que se operaría, sino también los trastornos políticos que padecería el pueblo de Israel, a quien aconsejaban y amonestaban respecto de su conducta, profetizando la invasión extranjera, la pérdida de la libertad y todos los males propios de los pueblos decadentes. De ahí que en la próxima Enseñanza, al tratar sobre este punto, se la ha calificado "sobrenatural" por su misma naturaleza.
Desde los primeros tiempos de la iglesia cristiana se había ido formando y creciendo la elocuencia sagrada, siendo merecedores de citación San Justino y Clemente de Alejandría, que hicieron uso del griego como medio de expresión y Tertuliano, Arnobio de Licca y Lactancio que emplearon el latín. La figura más grande, anterior al siglo IV de nuestra era -que es el siglo de oro de la elocuencia sagrada-, fue San Jerónimo, hombre enciclopédico, gran erudito y escritor genial.
En el siglo IV aparecen los grandes propagandistas de las enseñanzas de Cristo, sobresaliendo en la Iglesia griega San Basilio, que en palabras de severa grandiosidad celebra el poder de Dios; San Gregorio Nacianceno, cuya exhortación sobre el amor de los pobres ha sido muy imitada por los mejores oradores sagrados; y San Juan Crisóstomo (Boca de oro) que innovó considerablemente las formas clásicas de la

elocuencia griega, creando una especie de lenguaje universal, capaz de ser entendido y gustado por todo el mundo.
"Los oradores que preceden a San Juan Crisóstomo son los oradores de la lucha", dice el escritor Navarro y Ledesma; "San Juan es el Orador de la Victoria".
En la iglesia latina, además de San Hilario, San Ambrosio y San Jerónimo, sobresale San Agustín, el verdadero genio de la expresión religiosa cristiana, que si como orador adolece de algunos defectos propios de la época es, por otra parte, uno de los ingenios de más elevación de sentimientos y de ideas que ha existido.
La época de agitación y de continua lucha en que vivieron estos célebres oradores, hizo que su elocuencia tomase un carácter fogoso y apasionado, sencillo y popular unas veces, elegante y filosófico otras y en algunas ocasiones político.
En los siglos V y VI sostienen respectivamente el cetro de la elocuencia cristiana San León y San Gregorio, que ha sido llamado el apóstol de los bárbaros. Y en España sobresalen Justo, Severo, San Leandro y San Isidoro.
Oradores cristianos modernos: La invasión de los bárbaros hizo desaparecer la elocuencia junto con todos los otros géneros literarios y bellas artes, tardando mucho en reaparecer.
Sin embargo, en el siglo XI se encuentran oradores capaces de arrastrar a las muchedumbres y, por lo tanto, elocuentes a su modo, pues sólo así se explica que Pedro el Ermitaño y los demás predicadores de las cruzadas, consiguieron que millares de hombres corriesen a la conquista del Santo Sepulcro. San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán y el Beato Jordán de Sajonia, arrastraron a las

muchedumbres y a la universidades con sus sermones. El Renacimiento no resucitó la elocuencia clásica y aunque la Reforma y sus enemigos, sin olvidar a Savonarola, lucharon con la palabra, sus formas oratorias tienen poco o nada de retórica. Era preciso que llegase el siglo XVII para que la oratoria volviese a adquirir el lustre y esplendor perdidos, siendo la elocuencia sagrada francesa quien se llevó la palma. En el reinado de Luis XIV florecieron el sublime Bossuet, el enérgico Bourdalone, el ingenioso Flechier, el dulce Fenelón, el apasionado Massillon y muchos otros; y no fue sólo el azar que los hizo aparecer en una misma época, sino que la cátedra sagrada pudo ser ilustrada de tal modo porque aquellos hombres -sin duda adornados de dotes naturales-, no hacían más que poner en práctica las reglas establecidas por Francisco de Sales, el padre de las Ligendes y algunos otros jesuitas, el abate de Saint-Cyran y los de Port Royal, pues todos estaban acordes en lo que debía de ser un predicador.

En Alemania los más famosos predicadores de la reforma fueron Lutero y Melanchton, y en Inglaterra se distinguieron como oradores sagrados Tillotson y Blair. En Italia, la figura del padre Séñeri es suficiente para elevar la oratoria sagrada a un grado de esplendor que, a excepción de España, pocas naciones logran superar. En Portugal sobresalió el padre Antonio Vieira, una de las glorias de la Compañía de Jesús.

Aunque la elocuencia sagrada descuella sobre los demás géneros oratorios, también toman incremento y despiertan de su letargo la oratoria política y la forense, y nace una nueva forma de oratoria: la académica. La elocuencia académica ofrece pocos modelos dignos

de elogio, siendo uno de ellos la admirable contestación de Racine al discurso de recepción de Corneille. Parlamentarismo. Primera Época: La revolución inglesa. Para hacer una calificación acertada necesario es saber que entonces había tres escuelas diferentes, a que correspondían tres diversos tipos de oradores. Una era la escuela de la corte, ingeniosa, elegante, de la que ha participado algún tanto Shakespeare y de la cual hizo una ingeniosa parodia Walter Scott en uno de sus romances; otra la de la antigua filosofía, extraña o, por mejor decir, enemiga de las ideas de la época; y otra elocuencia de la reforma que bullía por todas partes, aunque todavía ruda e imperfecta.
Puede decirse con aproximada verdad que la revolución inglesa no produjo más que dos grandes oradores: Strafford y Cromwell. El primero, grande hombre en medio de sus pasiones y a quien se inmoló y que para hacer más acerba su desdicha tuvo que pasar por desgarradores desengaños y ver la debilidad y la ingratitud de Carlos I, sostuvo el mayor valor -en un magnífico discurso por su propia defensa-, contra 13 acusadores distintos, por espacio de 17 días.
Cromwell era el intérprete y el dios de la elocuencia puritana. Puritanismo de virtud, desprendimiento y martirio.
De su elocuencia, vigorosa aunque ruda, hace Voltaire un magnífico elogio y concluye diciendo: “Un movimiento de aquella mano que había ganado tantas batallas y dado muerte a tantos realistas, producía más efecto que todos los períodos de Cicerón”.
Esta elocuencia se poseyó con más brillo y con más ventajas por el célebre Pitt y por el opulento Fox, que nombrado por el Parlamento a la edad de 19 años supo

emanciparse e hizo oír varias veces su voz en defensa de las leyes y de los católicos.
Segunda época: la revolución francesa. El cuadro más grande de la elocuencia moderna la presenta la Revolución Francesa, acontecimiento que con la reforma de Lutero ha compartido la admiración del mundo. ¿Cuál era su carácter? ¿Se parecía a la inglesa, hija de sus tradiciones y de sus antiguos recuerdos? ¿Se parecía a la de Polonia formada entre agitaciones de una anarquía guerrera? ¿A la de Grecia y Roma? No. Tenía un carácter nuevo, debido en gran parte a su origen literario, filosófico y esotérico.
Esta elocuencia nueva en su género era más grande, más atrevida, más sistemática que las demás elocuencias oratorias conocidas hasta entonces; Mirabeu, Vergniau, Barnave, Dantón, Desmoulins, Robespierre y tantos otros, hicieron conocer al mundo hasta dónde alcanzaba la vivencia y la fuerza de aquella palabra, inflamada por ideales.
También los militares como Napoleón, los políticos como Royén-Collard, Benjamín Constant, el general Foy, Casimiro Ferier, Thiers, Guizot, Lamartine, Jocqueville, Montalembert y Gambetta y los abogados como Berager, Dufaure y Favre, ocupan un lugar elevado en la historia del arte oratorio francés.
En cuanto a la oratoria parlamentaria española se oirá que los más representativos de finales del siglo XIX y principios del XX han sido, al mismo tiempo, los hombres de la política constructiva de España. Figuran, entre otros, Salustiano de Olózaga (1805-1873); Antonio Cànovas del Castillo (1828-1897); Cristino Martos y Balbi (1830-1893); Francisco Pi y Margall (1824-1901); Nicolás Salmerón y Alonso (1838-1908);

José Canalejas Mendez (1854-1912); Juan Donoso Cortés (1809-1853); Emilio Castelar y Ripoll (1832-1899); Juan Vazquez de Mella y Fanjul (1861-1928); José Echegaray e Isaguirre (1833-1916); Segismundo Moret y Prendergast (1838-1913); Antonio Maura Montaner (1853-1925); Melquíades Alvarez González Posada (1864-1936); y Ramón Nocedal y Romea (falleció en 1907).

Enseñanza 15: La Predicación en la Iglesia Cristiana. Su Ortodoxia

La predicación (pro aperto dícere) es aquella legítima dispensación de la palabra de Dios. Entiéndese, además, como la transmisión oral de una doctrina a través de sus autorizados ministros. El cuerpo de la doctrina es formulado entonces por medio de reglas, preceptos, principios que su agente religioso transmitirá íntegra y fielmente; y en ésta fundará, acrecentará y conservará la revelación de la que la palabra es vínculo en la mística de la predicación. En este sentido la iglesia cristiana fue aquella que mayor importancia asignó a la predicación y como medio necesario para la transmisión de la doctrina fue establecida por el mismo Jesús repetidamente y como misión principal confiada a los apóstoles y sucesores, con el mandato de ir y enseñar a las gentes y también cuando les ordena predicar el evangelio del que Él mismo se confiesa predicador en la tierra y así como ha sido enviado envía a sus discípulos.
La necesidad de la predicación fue una de las cosas que motivó el establecimiento de los diáconos por los apóstoles a fin de poder mejor dedicarse éstos a ella. Es, pues, la predicación la misión principal de los

sucesores de los apóstoles, no siendo lícito abandonarla para atender a otras ocupaciones. En esa misión podrán tener auxiliares; pero sólo auxiliares, no sustitutos, salvo caso de legítimo impedimento.
Así fue entendido desde el establecimiento de la iglesia romana, encargando los Padres, los cánones y los concilios constantemente a los obispos el ministerio de la predicación. San Hilario, San Jerónimo y San Agustín lo conforman. En Roma hasta el papa León, en África hasta San Agustín y en oriente hasta San Crisóstomo, la predicación conservó el carácter de aquella de los tiempos de persecución, consistiendo en pláticas o exhortaciones e instrucciones familiares, sin previa preparación, sin que los predicadores las escribiesen ni los fieles las recogiesen. San Gregorio Nacianceno fue uno de los primeros que puso en los sermones el arte y las bellezas de la elocuencia, por lo que hubo copistas que los recogieron.
El papa León escribiendo a Máximo de Antioquia y a Teodoro de Ciro, declara que la autoridad primitiva de predicar en dicha iglesia está reservada a los obispos. Durante los siglos siguientes siguió considerándose como deber esencial de éstos.
Cesáreo de Arlés se destaca en ello admirablemente, habiendo descargado todas las preocupaciones temporales en sus diáconos para dedicarse mejor a la plegaria, el estudio y la predicación, excitando a los otros obispos para que le imitasen y cuando por su edad avanzada no pudo predicar sus sermones los hizo leer por sus presbíteros y diáconos y también los de San Ambrosio y San Agustín.
Tan extrema importancia se le asigna en dicha iglesia que desde un principio se prohíbe a los laicos la

predicación. Una decretal de Gregorio IX manda al arzobispo de Milán sobre la universal prohibición al respecto e impone la pena de excomunión a los que osaren realizar esta usurpación pública o privadamente. Como detalle curioso figura el hecho de que excepcionalmente algunos reyes, considerados como doctos, predicaron, lo que se permitió por ser dichos reyes en aquel tiempo fervientes cristianos y estar ungidos del Señor a causa de la unción que recibían de manos del Papa o de sus obispos.
Surge la suma importancia que ha concedido siempre la iglesia católica a la predicación del hecho de haber dictado al respecto varios concilios: disposiciones del Tridentino y complementarias; de Toledo; de Sens y las normas dictadas por la Sagrada Congregación Consistorial el 28 de junio de 1917.
En la iglesia ortodoxa la predicación se rige por reglas semejantes a las de la iglesia católica, exigiéndose licencias individuales del obispo para predicar.
Entre los protestantes la predicación constituye la parte más importante del culto y finalmente la Cámara baja del Parlamento Eclesiástico Anglicano acabó por aprobar el 14 de febrero de 1922 la proposición autorizando a las mujeres para predicar en reuniones.
Excepto en Inglaterra, no se necesitan órdenes para predicar, requiriéndose no obstante cierta ciencia y ser pastor.
Todo esto respecto a la predicación en general. En cuanto a la denominada específicamente "predicación sagrada", entiéndese por esta definición la enseñanza oral de las verdades reveladas y la exhortación a la práctica de la virtud, teniendo por objeto persuadir; esto es: ilustrar la inteligencia y mover la voluntad

conforme a ella.
No es lo mismo oratoria sagrada y predicación sagrada; aquella es el conjunto de reglas para predicar con elocuencia; ésta reduce a la práctica estas mismas reglas. Según San Agustín un doble principio divino y humano informa a este tipo de predicación sagrada. El divino abarca tres elementos: la misión, la doctrina y los auxilios. El humano lo constituye el predicador, el cual para llevar a cabo y convenientemente su cometido no puede olvidar las reglas cuyo conjunto constituye el arte oratorio, debiendo conocer asimismo las fuentes de la materia predicable. Al respecto es ilustrativa la encíclica que Benedicto XV dirige a los patriarcas, primados, arzobispos y demás ordinarios el 15 de junio de 1917.

Enseñanza 16: Oratoria Sobrenatural de los Profetas Bíblicos

"El pueblo de Florencia no parece ignorante ni grosero; sin embargo fue persuadido por fray Jerónimo Savonarola de que hablaba con Dios. Y no quiero juzgar si era verdad o no porque de tal hombre se debe hablar con reverencia; pero yo digo bien que muchísimos lo creyeron sin haber visto cosa alguna extraordinaria para hacerles creer así: porque su vida, la doctrina y el tema que desarrollaba eran suficientes para que se le prestase confianza", dice Maquiavelo en sus "Discorsi", refiriéndose al profeta de la muerte de Lorenzo de Médicis y del papa Inocencio y de la llegada del nuevo Ciro a las tierras de Italia. Aún cuando el público del prior de San Marcos no se diera cuenta por entonces si la predicción respecto a la muerte de Lorenzo el Magnífico se produciría estando presente dicha

generación para asistirla, la actitud adoptada por fray Jerónimo era la del profeta aún cuando no lo publicara explícitamente. Como bien dice su biógrafo la figura, el gesto y el tono eran los de hombre inspirado; cuando hablaba del castigo en perspectiva su voz, su ademán y sobre todo el íntimo convencimiento de su palabra hendían con poderoso influjo en el ánimo de quienes le escuchaban.

Se señalará aquí particularmente la presencia de la "voz profética" antes que la profecía en sí, materia esta última que escaparía a las dimensiones de esta parte final del curso tocante a la oratoria sobrenatural, luego de haber discurrido sobre la ordinaria.

Posiblemente interesara a los vecinos de Florencia la comprobación histórica de la profecía del fraile -cosa que sólo ocurrió un siglo más tarde-, pero el mensaje, la transformación, la divina vibración de Savonarola-verbo, alcanza la zona más íntima y basamental de ese pueblo y se puede dilucidar fácilmente que, en esos momentos, por su carácter, ella escapa a la limitación ordinaria y se convierte en oratoria sobrenatural.

Los apóstoles reunidos en cenáculo hablaban todos los idiomas, dice el Nuevo Testamento. La fuerza de sus plegarias vocales, emitidas durante cuarenta días consecutivos habían formado una vibración tan fuerte que les ponía en condiciones de comprender la palabra por el simple movimiento vibratorio. Naturalmente que los 40 días consecutivos de permanente oración fluyen del corazón inspirado en Dios y el verbo entonces ha de tomar la misma característica foática que la de aquellos profetas, tanto de la antigua como de la nueva alianza; y es particularmente en ese "pueblo de Dios", en Israel, donde la oratoria sobrenatural, la profética, surge a

raudales, siendo sus 4 mayores Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel.
En los tiempos de la expectación mesiánica de los israelitas su pueblo tenía muy presente las palabras y preanuncios de Moisés en el Deuteronomio: "el Señor te suscitará un profeta de entre tu gente y de entre tus hermanos semejante a mí y tú le oirás". Y acaso más que a ningún otro pueblo de la tierra podríamos llamar a éste el de la oratoria profética por antonomasia. ¡Maravilloso pueblo, en verdad, donde los padres, como Zacarías, anuncian a sus hijos que arderá su lengua en el fuego venturoso y terrible de los grandes anuncios, como ardieron los de Juan el Bautista! Estos seres que transmiten a los hombres las revelaciones recibidas de Dios poseen la oratoria jerárquicamente más elevada y, aún cuando Pablo de Tarso sitúa primero a los apóstoles, no sería aventurado suponer que la Buena Nueva era llevada apostólica y proféticamente indisolublemente.
En verdad y como lo entiende la Sagrada Escritura, el profeta no es sólo aquél que prevee y predice las cosas futuras, sino el que habla por Dios o en lugar de Dios y como intérprete de Dios; "he aquí que te he puesto por Dios de Faraón; y Aarón, tu hermano, será tu profeta. Tú le hablarás todas las cosas: y él hablará a Faraón, que deje salir a los hijos de Israel de su tierra" (Éxodo, VII, 1 - 2); "háblale (a Aarón) y pon mis palabras en tu boca: y yo seré en tu boca, y en la suya, y os enseñaré lo que habéis de hacer. Él hablará por ti al pueblo, y será tu boca: y tu serás para él como dios" (Éxodo IV, 15).
Tres notables instituciones se encuentran en el pueblo de Israel: los reyes, los sacerdotes y los profetas. El

poder real estaba vinculado a la tribu de Judà, a la familia de David; el sacerdocio a la tribu de Levi y a la familia de Aarón. Mas el cargo profético dependía únicamente de la elección de Dios.
Así Jeremías y Ezequiel eran sacerdotes; Isaías no lo era y era, probablemente, de la tribu de Judà. Había profetas ricos y nobles, como se supone que era Isaías; los había pobres, como Amós, que era pastor y boyero; habíalos entre los hombres y entre las mujeres, quienes no estaban excluidas de este ministerio y así había profetisas como Ana, la madre de Samuel; Débora, Holda y otras.
De modo que para el cargo o ministerio profético no se requiere ninguna disposición natural, ni ciencia, ni instrucción o preparación alguna como se ve en Eliseo que era campesino o labrador y en Amós que era boyero y la razón es porque Dios, que es la causa de la profecía, puede si quiere dar la disposición conveniente.
Tampoco se requiere especial afición o disposición de la voluntad. Así Isaías se ofrece al Señor para la misión profética; Moisés y Jeremías se excusan y la rehusan, Jonás huye. No se requiere tampoco la caridad y las buenas costumbres y así Balaam, aunque malo era, según parece, verdadero profeta de Dios y Caifàs profetizó como advierte Juan. Naturalmente que la caridad la perfecciona y el conocimiento la amplía y todas las añadiduras embellecen el verbo de profecía.
Señal de esta oratoria magnífica no es, como suele creerse, la verificación de los hechos anunciados en el tiempo, sino la iluminación interior del entendimiento que hace Dios a través del profeta a sus discípulos, pues los hombres sólo pueden representar las cosas a

sus adeptos por palabras y signos exteriores, pero no por revelación íntima. Y el profeta conoce cuando es él y cuándo el soplo de Dios trasferido a su boca.
En cuanto a las credenciales otorgadas por Dios a los profetas como sus embajadores auténticos, las mismas solían ser tres: su vida y predicación, sus milagros, sus profecías.
Se entiende fácilmente que los profetas del pueblo de Israel no podían ser hombres de vida estragada y perversa que los desacreditase delante del pueblo; eran escogidos entre los hombres de vida santa, de costumbres puras e irreprochables, de ánimo esforzado y valiente, de predicación clara, decidida y resuelta a favor de la verdad, ajena a la adulación y el servilismo, la codicia y el propio interés. A estas dotes de la vida y predicación añadíanse otras señales extraordinarias como aquellas de los milagros que hicieron Elías y Eliseo y el de Isaías cuando curó a Ezequías y le dijo que sanaría. Y la tercera, la de acreditarse a veces con sus mismas profecías cumplidas, fue casi siempre motivo de grandes disgustos y sinsabores.
Entre los profetas del Antiguo Testamento Samuel es el gran vidente de Israel, David el rey profeta como él mismo dice expresamente en sus últimas palabras y como basta saberlo al leer sus salmos; Salomón, rey sapientísimo, dotado por Dios de la sabiduría. Los dos grandes siervos de Dios, Elías y Eliseo, notables por sus predicciones y milagros.
Se excluye, dada la naturaleza de esta parte del curso, a los profetas escritores, que consignaron sus oráculos y profecías por escrito, tales como los salmistas que compusieron salmos proféticos como Moisés, David, Salomón, Asef, Eman, Etam y los hijos de Coré.

Los doctos de la sinagoga colocan a Moisés a altura muy superior a la de los grandes profetas Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel y se dice en el Talmut que sólo él contempló la verdad pura mientras que los demás no hicieron sino entreverla como si estuviese reflejada en un espejo empañado. Para los padres del Talmut, en la revelación mosaica se comprende toda la profecía posterior.
Es interesante también observar en Maimónides, en su teología, la explicación del acto profético mediante cierto proceso interno.
De otra naturaleza ya son los oráculos, por cuanto no guardan una relación, como la voz profética, con la oratoria sobrenatural, aún cuando determinaron verdaderas comunidades políticas, jurídicas, religiosas como en la grecoromana a través de sus pytianos y pitonisas o el oráculo del templo de Amón que, dentro y fuera de Egipto, era el de mayor celebridad y al que acudían verdaderos ejércitos de devotos para escuchar la respuesta de la divinidad.
Pero... ¿Cuál será la característica de la nueva palabra, del luminoso verbo del día de Sakib que se anuncia; cuál la forma que adoptará el verbo eterno para transportar la buena nueva? Vaya el Hijo a la profunda celda de su silencio, recójase en la absoluta intimidad de su corazón y dialogue en aquella deliciosa plática que no conoce el tiempo ni el espacio con Aquella que conoce el número y la medida del Universo y entonces oirá la voz de los nuevos Iniciados que habrán de enseñarle las exactas palabras de misericordia, de justicia, de amor y de belleza para que humildemente las derrame sobre los corazones afligidos que en las tinieblas del mundo aguardan la Nueva Alborada.

SIMBOLOGIA ARCAICA

ÍNDICE:

Enseñanza 1: La Marcha del Alma
Enseñanza 2: La Dama Negra
Enseñanza 3: El Principio del Camino
Enseñanza 4: El Abismo
Enseñanza 5: Los Mundos Inferiores
Enseñanza 6: Vel y Aphel
Enseñanza 7: Los Dos Caminos
Enseñanza 8: El Estandarte
Enseñanza 9: Las Dos Llaves
Enseñanza 10: El Templo de Oro
Enseñanza 11: Visión Divina
Enseñanza 12: El Velo de AEIA
Enseñanza 13: La Sabiduría de la Madre
Enseñanza 14: La Resurrección de EHS
Enseñanza 15: Las Bodas Místicas
Enseñanza 16: Historia de la Simbología

Enseñanza 1: La Marcha del Alma

Se van a transcribir aquí Enseñanzas Simbólicas que una antigua Escuela Esotérica dejó para sus adeptos y que han sido traducidas de un antiguo idioma por algunos amantes de la Sabiduría.
Describe esta Simbología la marcha que emprende el alma humana desde los planos inferiores para alcanzar su libertad espiritual.
Este Camino se divide en siete partes. Los planos inferiores están indicados por el Abismo, el Bosque Tenebroso y el Agitado Lago; mientras que los planos superiores están expresados por los Caminos que llevan a la Cumbre del Monte, el Jardín de las Pruebas y el Templo de Oro, imágenes de los mundos mentales del sentimiento, de la comprensión y del saber.
El Espíritu, o mejor dicho, el Estado Espiritual, está simbolizado por la Sagrada Cumbre, situada más allá de las llamas inextinguibles, o sea, más allá de todo estado mental; Cumbre Sagrada que guarda la Tumba de la Divina Madre.
El alma humana está descrita, en su evolución ascendente, en tres tipos de hombres que tienen aspectos distintos y que, sin embargo, son uno solo; pues el hombre cambia continuamente de un estado a otro, siendo fundamentalmente el mismo ser.
El hombre que es arrastrado por la pasión es llamado el Viandante; cuando se hace más seguro de sí mismo y sabe dominar sus instintos es llamado el Peregrino y cuando llega a la libertad espiritual es IHS.
La Madre Divina, que es la manifestación de lo Eterno, está imaginada y descrita en diversos aspectos de mujer, según el grado de manifestación que expresa.

Ella es la Dama Negra o Babel, cuando manifiesta la materia pesada y grosera.
Cuando expresa el sentimiento es llamada Anhunit.
Cuando es dirigida por la razón se transforma en Philo.
Cuando es iluminada por la Mente Superior e intuición, es Beatrix.
Cuando es la expresión pura del Espíritu, es Aeia.
Pero, cuando el Espíritu y la materia han alcanzado la armonía perfecta, es la Divina Madre Dormida: EHS.
Cuando el alma humana siente el llamado a una vida más perfecta, en el momento culminante que decide tomar el Sendero, es retenida por la presión que ejerce sobre ella la naturaleza humana.
La Dama Negra está allí, siempre vigilante y siempre temerosa de perder su presa: es la Gran Enemiga y la Dueña del Umbral y con ella, a brazo partido, tendrá que luchar el Viandante si quiere franquear el centro del Pequeño Anillo dentro del cual ella es Reina y él es súbdito.
Cuando el Viandante quiere abandonar el Pequeño Anillo, la Dama Negra levanta un espantoso torbellino que le ciega y desalienta, quema sus carnes con el azufre de las abrasadoras pasiones y, cual serpiente tentadora, suben terriblemente a la memoria de él, los recuerdos de los pasados placeres y las lamentaciones para que no los abandone.
¿Cómo abandonará el hombre, entonces, el Abismo?
¿Cómo podrá quitar las escorias que le ligan a la tierra, ya que ha llegado a aquella encrucijada en que intuye que algo inmenso y desconocido existe, más allá de los sentidos físicos?
Es la Hora de las horas, y por un decisivo instante las potencias creadoras, latentes en las profundidades del

ser, se yerguen como un relámpago alumbrando al alma e indicándole el Camino a recorrer para la conquista Espiritual.
Desde entonces vuelve el Viandante a su estado habitual, pero ya no podrá ser lo que era.
La Luz Divina que por un segundo entrevió, ha dejado un estigma imborrable en su alma anhelosa de progreso. Ya no podrá ambicionar lo que antes tanto codiciaba y huyendo de los bienes mundanales se verá impulsado a seguir adelante por la nueva Senda.
No importa si es dura la Marcha, terrible el Abismo, escarpado el Camino, espeso el Bosque y largo el viaje a la Cumbre. El amor lo guiará, por él cruzará el gran reino de Anhunit, la hermosa, y la razón le servirá de ayuda y de guía, hasta que se transforme el Viandante en Peregrino.
El alma, cuando llega a este punto penetra en la Gruta Profunda, en donde está guardado el Libro de Todos los Tiempos, que encierra el secreto del destino de los hombres y que no ha sido leído jamás por mortal alguno no Iniciado.
El discípulo podrá desentrañar allí su pasado, volver a vivirlo con más consciente realidad y desde allí sumergirse en las aguas puras del Conocimiento.
Beatrix misma lo hundirá en las aguas de la Fuente en donde sólo pueden entrar los aspirantes a la Sabiduría.
Mas aún no ha terminado la lucha. Ya no es la noche de los sentidos y de la Razón, sino es la oscurísima noche de la Prueba del Espíritu.
¡Dichosos aquellos que, en la hora amarga en la cual están suspendidos en el espacio entre cielo y tierra, saben abandonarse al Sueño Místico en los brazos de la Fe, porque despertarán en el Templo de Oro!

Hasta el último residuo personal ha de inmolar el Peregrino, en Suprema Renunciación, para ser digno de la Madre Divina.
Antes de identificarse indestructiblemente con Ella, ha de sacrificar hasta la misma idea de su distinción como ser y muerto todo, renunciando a los frutos de la misma Sabiduría, ha de encontrarse con su Bienamada Esposa.
Después de estos Supremos Desposorios, el Peregrino, transformado en Dios, vive en lo Eterno y es IHS. La Madre Divina e IHS son Uno.

Enseñanza 2: La Dama Negra

El día 28 de la Luna de Febrero, en la vuelta de los Peces, estando en el Templo del Sol, el Gran Sacerdote se asentó sobre la piedra de EHS, miró la inmensidad de las aguas desde donde avanzaba la barca, el barquero y la tinaja de Aquarius, rompió después el cordón plateado de siete nudos a la altura del sexto nudo y se levantó con el Fuego en la mano derecha para abrir con un golpe de sus fuertes hombros la puerta llamada del Fuerte Libertador.
Y habló.
"Escucha a media noche, ¡oh Viandante!, el canto de las esferas celestes".
"En la Tumba subterránea, donde duerme Aquélla que conoce el número, la medida y el arcano de la existencia, está escrita la historia del Universo en místicos signos".
"¿Quién podrá descifrarlos?".
Se oye un grito desesperado.
"Viste tu túnica de lino y cubre tu rostro con el blanco

velo, oh Hijo de la Llama, si no quieres morir".
"Es el alma de la Madre que llama a sus Hijos desde la Mansión de la Muerte".
Veintiocho sacerdotisas desfilan lentamente al grito de la conocida voz.
"Observa hacia arriba la negra piedra caída del cielo que cierra herméticamente la Tumba de la Divina Madre Dormida, y mira las letras de oro que hablan".
Sobre la Montaña de Fuego, en el Templo de Llamas Inextinguibles, Ella duerme; por amor se sacrificó y el amor la libertará. Un círculo y una cruz coronan las alturas: la Divinidad inmolada para la Humanidad y el hombre, a su vez, hecho Dios.
Un rayo resplandeciente ha bajado desde las alturas: es Foa. El suspiro de EHS ha hecho estremecer las profundidades del Abismo.
Los dos Guardianes de la Cumbre están dispuestos ya a indicar el Camino.
Mas, sobre el borde del Abismo de todas las miserias, la Dama Negra se ha levantado para impedir el paso del Viandante.

Enseñanza 3: El Principio del Camino

La Tierra está todavía bajo el signo zodiacal de los Peces y la Humanidad experimenta continuamente su influjo; aún viven los hombres en una era de pares opuestos, de altos y bajos, de colectividades o personalidades absolutas y, si bien se vislumbra la nueva raza de Aquarius, que empezará por los años 1972-1977, todavía ella no se ha afirmado sobre la Tierra.
Desde que el signo de Piscis empezó, el día 28 de la Luna de Febrero es aquél que más magnetismo

descarga sobre el planeta por su conjunción zodiacal; por consiguiente, este día es muy apropiado para empezar toda labor psíquica y emprender estudios metafísicos que requieran cierto magnetismo para colaborar con la voluntad humana.
Esta nueva raza de Aquarius, sin embargo, ya ha aparecido, con su nuevo signo, con su nueva personalidad y mentalidad; indudablemente, la barca, el barquero y la tinaja de Aquarius avanzan con velocidad.
Pero es necesario, antes que esta nueva Humanidad se afirme, que muchos seres del viejo signo desaparezcan, para que se rompa definitivamente el cordón plateado de siete nudos a la altura del sexto nudo, y reine sobre el planeta la sexta subraza.
Con cruentos esfuerzos tiene el hombre que libertarse de la carga de sus instintos para llegar a la libertad del Espíritu. Él, por sí solo, ladrillo por ladrillo, ha de construir su Templo interior, para edificar allí un altar al alma libertada por la verdad, que hasta entonces sólo ha conocido a través de los símbolos y de las imágenes.
El Gran Sacerdote, asentado sobre la piedra, es imagen de este definitivo triunfo espiritual, ya que el alma gloriosa y libertada, cuando llega a ese estado tan sublime, no trasciende al estado indiferenciado, sino que permanece sobre el Umbral de la Eternidad esperando, para reintegrarse a lo Eterno, que todos los seres alcancen la perfección que él ya posee.
La mente, a través de las múltiples etapas evolutivas, por una Divina Ley de Consecuencias, por la gracia infusa que adquiere, después de esfuerzos y luchas, comprende el valor de la Realización y aún alcanza a vislumbrar que ese estado anímico superior no es la

finalidad de su destino.
La Tumba de la Divina Madre Dormida revela a su conciencia alerta un estado muy superior e indiferenciado.
El alma sabe que, pasadas las rondas, después que todos los seres sean libertados, se fundirá en el Espíritu Eterno Indiferenciado, aquella potencia negativa y absoluta que está más allá del dominio de la mente. Por eso, desde el exilio, entona ya, apenas pone los pies en el Sendero, el Himno de la Liberación.

Enseñanza 4: El Abismo

"Levántate, oh Conquistador de la Llama, para emprender tu camino; la Divina Madre te espera".
"Sal del hoyo de muerte y desesperación y corta con firme mano el duro cordón de tu ombligo que te ata a la podrida placenta de tu torpeza y bestialidad".
"Sigue el rastro luminoso antes que desaparezca de tu vista en la densidad de las tinieblas".
"No olvides el sonido que has percibido antes que lo confundas entre los tumultos del Abismo, fijos los ojos en las lenguas de fuego lejanas, antes de que te cieguen los fuegos de las abrasadoras pasiones".
"No temas a los monstruos que se interpongan en tus pasos, pues no ven; mas sigue gateando por el escarpado, pues cerca está el borde que rodea el Abismo, como las rocas inmutables e imperturbables rodean las movedizas olas del océano".
"¡No olvides! Una sola vez te será proporcionada esta preciosa ocasión".
"Si no la aprovechas, tendrá que nacer en ti otra vez la ilusión, madurar con dolor, dar frutos de sangre viva

hasta que, mediante la muerte, vuelvas a vislumbrar otra vez la luz, oír el suspiroso llamado y encenderse para ti el Fuego Guiador".
"¿Por qué te detienes? ¿Qué oyes ahora? ¿Qué es lo que te espanta?"
"Es el rugido terrible que lanza desde las entrañas de la tierra la bestia abandonada, la de los 666 poderes".
"¡No te vuelvas para mirar! No te balancees sobre el borde del precipicio. Caerías seguramente en él, envuelto en el pavoroso remolino que agita rítmicamente el afanoso respirar de tu Enemiga".
"¡Mañana sí! Volverás para matarla definitivamente luego que Ella, despertada por tu beso victorioso, te haya confiado la espada de doble filo de la inquebrantable voluntad".
"Abandona también tus vestiduras hechas con los recuerdos del destierro; sumérgete en las saludables aguas de lo Eterno, en el lago tranquilo y hospitaliario del olvido; viste una nueva túnica blanca y sin costuras, amplia y sencilla, como la Fe sencilla, la Esperanza segura y el Amor tolerante".
"No dejes, antes de emprender el viaje, de frotarte los pies con el aceite perfumado y suave de la paciencia y la resignación, para afrontar los obstáculos de la larga jornada".
"Te esperan otras aguas mejores, otro traje no hecho por mano de hombre, otro bálsamo para ungirte Rey".

Enseñanza 5: Los Mundos Inferiores

El Abismo es la imagen del descenso del alma a los mundos inferiores, humanos e intermedios y su vuelta a los mundos superiores, para lograr el conocimiento,

ya que el conocimiento es la llave de la libertad. Cristo, después de su muerte, está depositado por tres días en el sepulcro, símbolo también de estos tres mundos. Baja a los infiernos, liberta a los moradores del limbo y remonta al cielo.
Dante, en su Divina Comedia, para lograr la Suprema Sabiduría, ha de andar por el infierno, cruzar el purgatorio y subir al cielo.
El adepto espiritual tiene que rodear también el Abismo de las pasiones, emprender el viaje a la Cumbre del Monte y conquistar el premio de la Divina Madre.
La mente, tesoro maravilloso para la manifestación de la Vida Divina, es obstáculo para la Divinidad en Sí.
Entonces, el Conquistador de la Llama es aquél que domina por completo la Substancia mental, único medio para alcanzar la Iniciación.
El discípulo vislumbra en momentos de alta aspiración y éxtasis los espacios grandiosos de la libertad espiritual; pero como no es dueño de sí mismo, tiene que volver a sumergirse en la vida para conocerla mejor y dominarla.
Tiene que vencer la bestialidad y los instintos y emprender lentamente la marcha hacia la Liberación.

Enseñanza 6: Vel y Aphel

En la Gruta de los Juicios está guardado el Libro de Todos los Tiempos, que nunca ha podido leer mortal alguno.
Es un libro que ni el agua daña, ni el fuego quema, ni ha podido el tiempo borrar sus caracteres.
Vigilan la entrada de la Gruta cuatro Caballeros bien pertrechados con flameantes espadas, yelmos alados,

corazas plateadas y duros escudos.
Pero IHS, el Hijo de la Llama, ha penetrado allí.
Por mucho tiempo no volverá el Viandante a vislumbrar el fuego de la Madre Divina.
Al cruce del paso de Abhayagiri, en las montañas de Sumerú, se levanta una puerta de hierro.
Tres fieras terribles custodian su entrada.
Aquél que no quiera ser devorado por ellas, tendrá que ceñirse el cinto con el Cordón Sagrado, descalzarse y quebrar el Bastón de Avellano.
Tocará, entonces, para él, la campana de Vihara, y la puerta se abrirá al toque de la mano del Peregrino.
Y al cuarto día se encontró el Viandante al borde del camino que se bifurca.
Uno se llama Vel y el otro, Aphel.
El primero sube rápidamente por el escarpado, custodiado por un Águila de Oro hasta la Cumbre del Monte.
El segundo, sembrado de cortantes piedrecillas multicolores, baja hasta el borde del Abismo, y asciende después lentamente, en caracol, la pendiente, también hasta la cima.
Es indispensable elegir uno u otro Sendero.

Enseñanza 7: Los Dos Caminos

El momento decisivo en el Sendero Espiritual corresponde a los Dos Caminos.
La primera parte del mismo se refiere a la vida purgativa y corresponde a la vida mundana y terrestre.
La segunda se refiere a la vida iluminativa y corresponde al mundo contemplativo.

La tercera se refiere a la vida unitiva y corresponde a la vida espiritual.
Si se analiza la vida de los grandes seres no sólo la de ellos, sino la vida de todos los hombres, se los ve cruzar estos tres pasos antes de iniciar la obra decisiva de su existencia.
La primera parte describe, entonces, el análisis interno del alma, cuando piensa abandonar una cosa vieja y adoptar una nueva.
La Gruta de los Juicios simboliza la parte inferior del mundo mental, y el Libro de Todos los Tiempos el curso de las existencias pasadas, que el ser no conoce, pero que intuye y que únicamente puede ser leído por IHS, el Alma Libertada.
Los cuatro Caballeros que vigilan la entrada, se refieren a los grupos de Iniciados que controlan a las almas terrestres, porque el número cuatro es símbolo de la vida material.
El discípulo, por la vida interna y disciplinada empieza la carrera que le hará conocer su estado real haciéndolo apto para conquistar el porvenir.
La segunda parte se refiere a la vida religiosa.
Hay almas que para hacer estas experiencias necesitan varias vidas; otras, las hacen muy rápidamente.
Los disciplinados años de escuela y de estudio preparan los buenos facultativos. Uno o varios años de riguroso noviciado es exigido, como preparación, para ser miembro de las diversas Órdenes Religiosas.
La Puerta de Hierro simboliza la dureza de la vida disciplinada.
El paso de Abhayagiri en la montaña de Sumerú, es un lugar donde existe un antiguo Monasterio.
Las tres fieras que custodian la entrada son imagen de

los tres vicios, que es indispensable dominar para hacer vida perfecta: lujuria, soberbia y avaricia.
Ceñirse a la cintura el Cordón Sagrado es símbolo de castidad.
Las mujeres alegres helénicas no podían llevar cinturón, para ser así reconocidas.
Descalzarse es símbolo del alma que renunció a sí misma, para vivir en todo y en todos.
Quebrar el Bastón de Avellano indica el quebrantamiento de la voluntad pasional y humana.
La palabra Vihara en sánscrito significa monasterio.
La tercera parte simboliza la elección y decisión definitiva.
Por dos caminos se llega a la Unión Divina: por la Abstracción o por el Saber.
El primer camino es Vel, y es el más maravilloso; está custodiado por un Águila de Oro, símbolo de lo más alto y sublime.
El lema de las almas que marchan por él es la Suprema Renunciación: darlo todo, no saber nada, ir a lo más alto quitando hasta el último velo a la ilusión.
El otro sendero es el del Saber. Se llama Aphel; es largo, tortuoso y díficil.
Está sembrado de cortantes piedrecillas multicolores que denotan la vacuidad de las ciencias humanas. Baja hasta el borde del Abismo, porque las almas que lo recorren tienen que conocer el mal sin desearlo ni quererlo. Es el infierno de Dante.
Asciende lentamente en caracol, porque el alma ha de conocer todas las filosofías, todas las ciencias, todas las religiones, todas las aspiraciones humanas, porque ha de conocer todos los secretos de la razón.
Llega también hasta la cima, porque el conocimiento

múltiple guiado por la recta intención, conduce al saber y a la libertad.

Enseñanza 8: El Estandarte

La noche se acerca rápidamente.
"¡Camina, camina Peregrino!"
El cielo se ha cubierto de nubes; truenos y relámpagos anuncian la inminente tempestad. Todos los árboles del bosque, sacudidos por el vendaval, repiten la sardónica risa de la Tirana Babel.
¿Dónde están las luces de Bohas y Jakin?
El Lago de Ixdoubar, oscuro, profundo y embravecido, se extiende a los pies del Viandante. Una luz roja alumbra las aguas: es el reflejo luminoso del manto carmesí de Anhunit, la que lleva el Estandarte de la Madre, la cual adelanta, despacito, sobre el barco de Hanou, conducido éste por el cisne Tamuz.
Y Anhunit le entregó al hombre dos Llaves Divinas: una de acero y la otra de platino.
Con ellas puede IHS abrir y cerrar las puertas del infierno y del cielo, del dolor y del amor.
"Llegaste ya al Gran Atrio de la Sabiduría".
"Deslumbrante es aquí la luz, maravilloso el velo azulado y maravillosas las Estrellas de Oro".
"¡Cuidado Peregrino! Ver y no tocar".
"Aquí tu alma puede cegarse presa en el lazo de Philo, la fría diosa de la separatividad".
"Sobre la Cumbre de la Bienaventuranza te espera la Gran Realización".
"Has entrado, Peregrino, en el Jardín del Alma".
"Cada flor esconde una serpiente enroscada; cada planta tiene, para ti, un veneno preparado".
"En el reino de Philo, lo único que puedes saborear es

el Silencio, pero no debes perder de vista el Estandarte de la Madre".

Enseñanza 9: Las Dos Llaves

El camino iniciático es para los fuertes, los valerosos, los dominadores y los intrépidos.
La soledad y el silencio no son el fin de la Gran Obra, sino una preparación para ir hacia arriba. Por eso, una vez más, el discípulo abandona el apacible retiro para aprender a andar solo y a conquistar por sí mismo la victoria de los grados superiores.
Antes, en los momentos de prueba, de oscuridad y tentación, tenía quien le tendía la mano; pero ahora está solo: solo con su mente y su corazón, solo con sus pensamientos y sus sensaciones, a los cuales tendrá que conquistar, subyugar y dominar.
Él ya no es el pobre Viandante, sino el consciente Peregrino.
La que lleva el Estandarte de la Madre es Anhunit, porque el amor es el principio y el fin del Sendero. Aún el amor más vulgar y grosero es siempre una imagen en miniatura del Gran Amor Universal, que mueve los astros y todas las cosas.
El Lago de Ixdoubar representa el subconsciente, el depósito grosero de las experiencias emotivas, que encierra las experiencias pasadas y los hábitos adquiridos.
El barco de Hanou es imagen del cuerpo físico; y el cisne Tamuz que lo guía, es imagen del Espíritu; y si la materia es guiada por el Espíritu, las groseras sensaciones se transmutan en nobles y sublimes emotividades.
Anhunit, símbolo de la parte mejor del corazón, imagen

de una exquisita sensibilidad orientada hacia los mundos superiores, viste toda de rojo, porque el rojo es color que corresponde al amor, a la pasión y al deseo.

Las dos llaves que Anhunit entrega al hombre simbolizan los pares de opuestos. El amor según se le maneje puede llevar desde la renunciación y el sacrificio más sublime, hasta el odio y egoísmo más profundo. Si el hombre sabe manejar sus pares de opuestos es, verdaderamente, dueño del cielo y del infierno, del amor y del dolor.

Pero las sensaciones han de ser vigiladas, analizadas y desmenuzadas por la fría razón. El severo análisis, la cortante lógica, toma las afectividades, las analiza como el cirujano abre y desmiembra un cadáver, para conocerlas y estudiarlas; pero observen los estudiantes que se llama aquí, a la mente, atrio de sabiduría; quiere decir que la razón es un portal y no la finalidad de la sabiduría.

Innumerables son las víctimas que caen aquí, deslumbradas por la ley maravillosa de la diosa Razón. Philo da el conocimiento exterior de las cosas; pero para conocer, es necesario estudiar la parte oscura, el reverso de la medalla y la fuente espiritual que está oculta detrás de todos los misterios y fenómenos de la vida.

Por eso es peligrosísimo este paso iniciático; el discípulo puede caer en la duda, en la incredulidad, en el materialismo, en el sofisma.

Verdaderamente, lo que se aprende aquí son cosas maravillosas y verdaderas, pero verdades y no la Verdad; estas verdades son las flores que esconden la serpiente.

Aquél que quiere llegar, ha de seguir adelante. Una vez más ha de conocer, después de conocer tantas cosas, la Única Verdad.
Todo es Uno; todo dimana de una misma fuente; y a esa fuente ha de dirigir sus pasos el discípulo; y los dirigirá, si sabe pasar incólume el Jardín de Philo, saboreando el silencio, que es la parte superior y espiritual del alma, y llevar el Estandarte de la Madre, que es el amor que no se deja aplastar por la razón.

Enseñanza 10: El Templo de Oro

Uno es el Templo.
La Madre Divina también es Una y es Dos: EHS y Aeia. También es Tres: el Viandante, el Peregrino e IHS; pero, en el día de la Gran Alquimia, serán Uno. Cuatro son los Santos Guardianes y Cuatro los días necesarios para encontrarlos. Mas el número supremo es: ∞.
Perdido en el Bosque que rodea la Gran Montaña, fatigado y triste, el Viandante se durmió para soñar. "¡Sean los sueños tu guía!", le gritó la voz del Gran Sacerdote.
Soñó que él, buscando el Sendero de la Sagrada Montaña por caminos infinitos, oscuros y fatigosos, había envejecido.
Llevaba aún consigo la carga de muchos símbolos de las experiencias hechas: cruces, amuletos, hábitos envejecidos, la bolsa de pan del pobre, los libros sagrados de muchas religiones, envejecidos también; reliquias, todas, de una vida de renunciación y sufrimiento.
Mas de golpe, por manos desconocidas, todos aquellos

sus tesoros le fueron robados. Cruzó velozmente las campiñas, buscando lo perdido y pidió limosna con mano temblorosa.
Dejó el hábito oscuro de las religiones para vestir otro de tres colores: rojo, azul y amarillo.
Seguramente la mente había unido su suerte al Peregrino de la tierra.
Helo aquí otra vez, joven y fuerte, buscando a su amada.
Tras luchas y dolores ha cruzado el Círculo de Fuego y ha entrado en el Templo de Aeia, morada de la Eterna.
Ya está por consumarse la realización. Pero, ¡ay!, ¡el Templo está vacío y el Tabernáculo está abandonado!
¡Se han llevado el Cuerpo Místico de Nuestra Señora!
IHS llora y solloza; y el dolor le da hijos. Las lágrimas cubren su rostro y los sollozos hacen crujir los huesos de su cuerpo tendido en el suelo.
¡Todo fue inútil! ¡Todo está perdido!
Las sacerdotisas, vestidas de blanco y negro, los dos colores del Espíritu, van hacia él: hay que extirpar la raíz del deseo; hay que alcanzar la Suprema Renunciación.
Ningun aliento ha de empañar la blancura de EHS.
Las sacerdotisas le cubren la cabeza con un lienzo cuadrado, blanco.

¡Oh! ¡Dicha sin nombre!
¡Gloria a la excelsa mujer!
¡Levántate! ¡Caballero!
La Imagen Purísima, resplandeciente y gloriosa, aparece sobre el altar del Supremo Sacrificio y baja hacia IHS lentamente.

Todo calla.

En una suave y blanca neblina etérea todo ha desaparecido, el Templo, los Santos Guardianes...
Él pregunta: "¿Dónde estabas Tú, Amada mía, mientras te buscaba a lo largo de tantas centurias?"
Ella contesta: "Estaba yo escondida en tu propio corazón".

Enseñanza 11: Visión Divina

La Madre Divina del Universo, antes que el aspirante empiece la Gran Obra, recrea su espíritu con un vislumbre total del sendero a recorrer.
El Templo es Uno, porque el Espíritu, principio básico de lo Absoluto, no tiene variación, ni definición, ni cualidades, ni separaciones; pero la Madre Divina, que es la parte manifiesta del Universo, es dos: EHS y Aeia.
El ser humano está expresado con tres formas distintas: se le llama Viandante, cuando le guía el instinto; Peregrino, cuando lucha por la conquista de la mente; e IHS, cuando ha logrado la vida espiritual.
Se dice que estos tres serán Uno, porque verdaderamente no hay, en un comienzo, variación fundamental en los principios diferentes del hombre, sino aparente.
El día de la Gran Alquimia es el momento de la Suprema Realización, aquel momento en que el ser reconoce que él y el Universo son Uno.
Los cuatro Guardianes son imágenes de los principios inferiores del hombre: cuerpo físico, astral, energético e instintivo. Y los cuatro días necesarios para

encontrarlos son imágenes de las cuatro primeras pruebas necesarias para ir adelante en el Desenvolvimiento Espiritual, simbolizadas por los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego.
Desde luego, estos cuatro principios inferiores, son imágenes de los cuatro principios superiores y espirituales: Mente comprensiva, Mente intuitiva, Espíritu en sí y Espíritu Universal; por eso el número supremo es: ∞.
El alma humana, caminando por la senda de muchas vidas y muchas muertes, adquiere experiencias y experiencias; pero como el saber la liberta del dolor por un lado, por otro lado la ata a lo conocido.
He aquí la aspiración suprema: Poseer la esencia de la experiencia, sin apegarse a lo experimentado. Dejar, de una vez, de llevar la carga de muchos símbolos, hábitos envejecidos, libros sagrados, la bolsa de pan del pobre, que siempre son cosas que vienen de afuera hacia adentro.
Es tan díficil la renunciación, sin la cual no se puede llegar a la liberación, que es indispensable, una y otra vez, que el dolor arrebate los objetos amados, para desapegar, mediante la violencia, el ser del objeto.
¿De qué sirve el bastón a aquél que ya está sano de sus piernas y puede caminar sin ayuda? ¿De qué le sirven los ritos religiosos a aquél que ha realizado el Místico Divino Amor? ¿De qué le sirven las leyes de la moralidad a aquél que ha aprendido a ser bueno?
Los colores rojo, azul y amarillo son imagen de la mente instintiva, racional e intuitiva.
Aquél que llega al Templo de la Madre, es aquél que ha dominado completamente su mente; pero, aún allí, le espera la prueba suprema: la Unión Perfecta del

espíritu individual y el Espíritu Cósmico, "IHS y EHS"; ello no puede efectuarse sin la suprema renunciación, la renunciación a la separatividad, del yo y del tú. Aún los Grandes Maestros que han llegado a ese punto supremo no se lanzan a la Eternidad Incondicionada, sino vuelven a sufrir y experimentar la vida, vuelven a llorar y el dolor les da hijos, los hijos espirituales que han seguido a los Grandes Maestros.
Pero, cuando estas almas selectas están dispuestas a la renunciación total y a la extirpación completa del deseo, recién entonces desaparecen el Templo, la individualidad, los Santos Guardianes y los principios inferiores, y pueden realizar la perfecta Unión Divina.
Bien dice la Madre Divina: "Estaba yo escondida en tu propio corazón", pues, en estado latente, está en el corazón del hombre aquel principio básico y maravilloso que un día tendrá que unificarlo con lo Eterno.

Enseñanza 12: El Velo de AEIA

Una Mujer vestida de oro, cabalgando sobre un Dragón, coronada de estrellas, se mostró al Peregrino.
Le mostró una fuente y lo sumergió en ella.
Y el Peregrino supo, después de salir del agua, que Ella era Beatrix, y que le había revelado el secreto de todas las cosas, que es el Velo de Aeia.
Y fue matado el Dragón, y el Peregrino fue bañado en su sangre, para que bajara al lugar de la Muerte.
Y se estremeció la tierra. Y se abrió la Montaña.
¿Dónde está IHS?
Muerto está; envuelto en el Velo de Aeia, por tres ruedas descenderá a la tumba a reunirse con su Eterna Amada.

Enseñanza 13: La Sabiduría de la Madre

El velo de Aeia es imagen de la vida como resultado, es el efecto manifestado de una causa oculta. Todo en el Universo es imagen de la Madre Divina; desde los cuerpos siderales hasta el más pequeño granito de arena.

Pero la causa primaria, la fuente de la vida y de la existencia, es lo que permanece oculto, velado. Descubrir el secreto único, básico, fundamental de la vida, es haber descubierto el Secreto Eterno, es haber levantado el Velo de Aeia.

Todas las religiones antiguas simbolizan a la Madre Divina con forma de mujer y velada. La forma de mujer es la manifestación espiritual de Dios y el velo que la cubre, la manifestación material de Dios, que se muestra en toda la belleza y materialidad de la vida, manteniendo siempre velado el poder que la impulsó a la existencia.

El sabio sabe, perfecta y detalladamente, el proceso del desarrollo, crecimiento, florecimiento y fructificación de la espiga de trigo. Pero, ¿cuál es el sabio en el mundo que podría imitar y formar una semilla de trigo?

El velo siempre fue símbolo de sabiduría; no sabiduría humana, sino Divina.

Los primitivos papas de la Iglesia Cristiana, cuando exclusivamente estaba en vigor la vida espiritual en dicha Iglesia, llevaban una capucha como signo de sabiduría y dignidad. Pero cuando los pontífices romanos perdieron el prístino fervor y anhelaron más los bienes materiales que los espirituales, dejaron la blanca capucha para coronarse con una tiara de oro y

plata.
Antiguamente, los grandes sabios de la India llevaban la cabeza cubierta, para indicar que se habían dedicado al estudio de la Sabiduría Divina.
Así como el Velo de Aeia es imagen de la Sabiduría Espiritual y fundamental, Beatrix es imagen de la sabiduría substancial. Viste Beatriz de oro, porque el color amarillo corresponde a la Mente superior; y está coronada de estrellas, porque conoce todo lo creado, todas las expresiones de la vida y los cambios de la misma.
Está sentada sobre un Dragón, para simbolizar que tiene el dominio del mundo y conoce todos los secretos materiales, ya que el Dragón es símbolo de la sabiduría humana. Tan cierto es esto que, en los textos antiguos, se llamaban a los sabios "hijos del Dragón".
Todos pueden llegar a poseer la sabiduría de Beatrix; pero para que sea revelado el secreto de todas las cosas y se pueda conocer el Velo de Aeia, o Sabiduría Espiritual y Divina, es necesario que Ella sumerja al aspirante en la Fuente Eterna.
La fuente, manantial eterno de la sabiduría, enseña que el hombre, por sus propios medios, puede alcanzar la sabiduría de Aeia; ha de suspender todos los sentidos y llegar a conocerla por éxtasis y renunciación.
¿Qué le pasa al hombre cuando se le sumerge bajo el agua y le falta aire para respirar? Todos sus sentidos se suspenden y únicamente desea una cosa: aire.
La Sabiduría Divina es también suspensión de todo lo que se sabe, para conocer la "Unica Verdad", única expresión, el único secreto de la vida.
El Dragón muere, es matado, porque aquél que llegó a la realización ya no necesita medios ni caminos para

llegar a Ella. Él mismo es el Sendero. Sin conciencia, sin recordarlo, mantiene todo el poder de lo que antes conociera; por eso el Peregrino se baña en la sangre del Dragón.
Bajar al lugar de la muerte, expresa las tres pruebas por las cuales ha de pasar el candidato antes de la Unión Divina: la prueba física, la prueba mental y la prueba espiritual.
En estas pruebas sólo se puede participar estando como muertos, porque la Unión Divina es muerte para los hombres.
Las tres ruedas descendentes son las tres etapas de estas pruebas que permitirán a IHS unirse con su Eterna Amada.

Enseñanza 14: La Resurrección de EHS

IHS resucitó de la muerte y le fue puesta una túnica blanca sin costuras, llamada Albas.
Y le llevaron a las tres prometidas esposas.
Mas Él rompió el anillo y dijo:
"No. No. No."
Entonces surgió de su pecho, del duodécuplo centro, el Elefante Blanco, llevando a la Velada Novia.
Y Él dijo: "He aquí mi huerto cerrado, hermana y esposa mía".
Y EHS, resucitada, se mostró en todo su esplendor.
Y fueron consumadas las Bodas.
"Las dos llaves, el cetro y el anillo te corresponden, ¡oh IHS!"
"Los tres trajes: rojo, azul y amarillo, te fueron dados".
"Viste, ahora, la Túnica Inconsútil".

"EHS e IHS son Uno".
"¡IHS! ¡Eternamente vives!"

Enseñanza 15: Las Bodas Místicas

IHS es el hombre libertado, el hombre que ya no necesita la actividad, que puede reintegrarse al estado potencial del Universo.
Lo simboliza la túnica blanca sin costuras.
El nombre "Albas", indica que el ser se restituye al punto desde donde partió o surgió: el Alba de la Manifestación Eterna.
Las tres prometidas esposas son los tres estados de EHS arriba descritos: el dominio de la materia, de la mente y del espíritu.
Romper el anillo es libertarse; y los tres "no" corresponden a la negación afirmativa de Dios Absoluto.
Si se dice que Dios es la Mente Universal, la Energía Universal o la Substancia Universal, lo limitamos; únicamente la negación puede afirmar a Dios.
Dios es lo que Es.
Se le conoce por expansión del ser hacia Él y en Él, y no por asociación.
El duodécuplo centro se refiere al plexo etéreo, que corresponde en el cuerpo físico al plexo cardíaco y al corazón.
Este centro es, como ya se ha dicho, la perfecta imagen del Universo, el lugar sagrado donde siempre está presente lo Divino Potencial.
Es conveniente recordar la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que muestra Su corazón como si quisiera decir: todo el secreto del amor que mueve al

Universo y restituye el Universo a este estado primario, está aquí.
Cuando el hombre se reconoce a sí mismo y comprende que no hay diferencia entre él y lo Absoluto, todos los velos de las formas universales desaparecen y él está identificado con Aquello.
El elefante blanco es imagen de la potencialidad generadora que ha colaborado en la liberación del ser. Es símbolo de un inmaculado concebimiento del ser, que nace de la diferenciación a lo Absoluto.
Cuando se quiere representar la limitación de la Divinidad y su descenso a la materia, también se la simboliza con un elefante blanco.
A Devaki, la madre de Buda, un elefante blanco la hizo madre del excelso Ser.
La velada novia simboliza el confín eterno, la última ilusión, el último velo a descorrer: a EHS.
Por la Manifestación Divina, por la Madre Divina, empieza el Devenir. Por Ella se vuelve a lo Eterno.
Los exégetas cristianos jamás supieron interpretar este pasaje bíblico: "He aquí mi huerto cerrado, hermana y esposa mía". Algunos creyeron que ésta era una imagen sacada de los Faraones, que acostumbraban casar sus hijos entre sí, para perpetuar la dinastía. Pero esto tiene otro significado, muy espiritual y simple a la vez: representa la Divinidad y la Humanidad que se enlazan entre sí; y a una tan Divina Unión no se le puede llamar más que con el nombre de una casta esposa, de un huerto jamás abierto por manos profanas.
Y EHS se mostró en todo su esplendor.
El esplendor de EHS es el relámpago, el fulgor de la última ilusión, que resume en sí a toda la historia,

desde que el ser salió del seno de Dios, hasta el momento en que está por reintegrarse a El.
Antes de lanzarse al Abismo Eterno, mira IHS todo su pasado, resume todas las experiencias hechas, para dejar allí, en la orilla, una semilla de él, que volverá a recolectar cuando nuevamente surja de lo Eterno, para empezar otra Ronda de manifestación.
Bodas dignas de Espíritu a Espíritu.
El ritmo dual del Cosmos está simbolizado por las dos llaves, los dos pares de opuestos que acompañan el desenvolvimiento de la labor universal.
El cetro es imagen del movimiento continuo, del poder constante de la creación de la vida y de la relajación de la misma; mientras que el anillo es imagen de las limitadas formas, desde la más grande hasta la más pequeña.
Los tres trajes son símbolo de la materia cósmica que sustenta al Universo con sus diferenciaciones mentales, energéticas y físicas.
Y la Túnica Inconsútil representa al Espíritu Divino, que vivifica todas las cosas.

Enseñanza 16: Historia de la Simbología

Desde que en el mundo se levantó el primer altar a una divinidad, nació, con él, la imagen y el símbolo.
Los Grandes Iniciados de la Raza Aria presentaron una forma o una imagen a los hombres a quienes querían instruir en las verdades eternas; de religión en religión, de filosofía en filosofía, de secta en secta, las imágenes simbólicas llegaron hasta la cuarta dinastía de Egipto, que inmortalizó estos Símbolos Divinos con las figuras del Tarot.

El hombre, el Cristo vivo, el Redentor, en una palabra, la Humanidad que busca volver a la Divinidad, es representado por el Sacerdote de blancas vestiduras, de pie sobre un barco en medio del mar. Mientras que la Divinidad Absoluta es representada por un Caos: un sol que se hunde en el océano.
La Madre Divina, la casta Isis, la Fecunda Virgen, es representada por una mujer puesta entre dos columnas del Templo y con un libro cerrado entre sus manos, inmóvil bajo el velo que cubre su rostro; y así sucesivamente.
Es fácil reconocer en la figura del Gran Sacerdote, al Sacerdote de blancas vestiduras del Tarot; la Humanidad, en suma, parada sobre la puerta de la Eternidad.
Y la imagen de Aeia, la Madre Velada, que vigila la tumba de EHS, la Piedra Sagrada, imagen de la Sabiduría, erecta entre los dos pilares Bohas y Jakin, es la misma imagen de Isis, el segundo arcano del Tarot.
Estas mismas imágenes fueron trasladadas de Egipto a Grecia y de Grecia a Roma. En todas las figuras griegas y romanas se traslucen, con otros nombres, los mismos símbolos humanos y los mismos significados Divinos.
Tampoco el Cristianismo se salvó, a pesar de proclamar una religión absolutamente monoteísta, de venerar a imágenes como símbolos de la Divinidad; y la imagen hierática de Cristo, que lleva en sus manos el mundo y viste la blanca túnica, tiene el mismo significado que el Gran Sacerdote y el Sacerdote egipcio.
También es fácil reconocer en la Inmaculada Concepción, a la mujer vestida de blanco que pisa la cabeza de la serpiente y cabalga sobre la luna y tiene

a doce estrellas por corona a la Divina Venus, que nace de la espuma del mar; a la mujer egipcia que vence a los cuatros animales y yergue su cabeza en el cielo estrellado para simbolizar el triunfo del Espíritu sobre la materia; a la imagen de Beatrix, la vencedora del Dragón.

El pueblo, en su oscurantismo, siempre, subconscientemente veneró estas imágenes; y gracias a ello pudieron pasar, como juego inocente, por el Medioevo y llegar hasta el día de hoy.

EL DEVENIR

ÍNDICE:

Enseñanza 1: La Muerte
Enseñanza 2: Los Elementales
Enseñanza 3: La Vida Interna de la Tierra
Enseñanza 4: El Mundo Astral
Enseñanza 5: Las Divisiones Astrales
Enseñanza 6: El Mundo Mental
Enseñanza 7: La Gruta de Ras
Enseñanza 8: Los Mundos de los Devas
Enseñanza 9: El Hombre Completo
Enseñanza 10: Del Hombre al Cosmos
Enseñanza 11: Fatalismo y Orientación
Enseñanza 12: El Destino
Enseñanza 13: La Gran Ilusión
Enseñanza 14: La Liberación
Enseñanza 15: La Reencarnación
Enseñanza 16: El Descenso a la Tierra

Enseñanza 1: La Muerte

Para el materialista, la muerte es un punto negro, un estallido de sensaciones, un vacío y nada más.
Para el religioso, la muerte es el paso a una vida superior, más perfecta y feliz.
Pero nadie sabe exactamente contestar a las preguntas fundamentales: ¿De dónde se viene? ¿Por qué se está aquí? ¿Dónde se va después de la muerte?
Si se considera el universo como un maravilloso conjunto armónico que desarrolla un determinado plan de evolución para llegar a Ser, se abre un horizonte más vasto a los ojos del investigador y entonces tiene un vislumbre del porqué de este continuo devenir.
La muerte se produce en tres formas: muerte violenta, muerte natural y muerte extática.
La muerte violenta separa, repentinamente, al cuerpo astral del cuerpo físico; los desdichados que sucumben por accidente o suicidio vuelven continuamente del plano etéreo al plano físico, porque no han establecido una armonía de gravitación en su nuevo cuerpo que les permita sintonizar con el estado de vibración en el cual han entrado. Como no tienen cuerpo físico para manifestar sus sensaciones groseras, ni tampoco disposición suficiente para alejarse de allí, están como suspensos en el aire; creen estar vivos aún, no se dan cuenta de que han entrado a formar parte de un nuevo estado de conciencia.
Sufren horriblemente y de continuo vuelven al lugar donde acaeció su muerte, mientras constantemente se reflejan y se repiten en sus espectros astrales los

acontecimientos que la precedieron. Los Protectores Invisibles no pueden hacer nada por ellos porque rechazan todo auxilio. Como están fuera de las leyes generales que rigen a los seres sutiles padecen un verdadero infierno, hasta que, gastada por completo la substancia material de sus cuerpos etéreos, pueden al fin entrar en un apacible sueño.

Todas las religiones como primer dogma y mandamiento han escrito: "No matarás", y han sido reprobados los suicidios y los hechos sangrientos, considerándose como castigo divino el morir violentamente, aún cuando fuera por casual accidente. Si el ser que así muere no tiene bastante adelanto espiritual, prolonga hasta lo indecible este martirio, porque la pasión lo atrae a lo más grosero; lo más grosero lo carga de partículas materializantes y prolonga así indefinidamente esa vida que no es vida. Mientras que los más adelantados, como tienen el hábito de orientar los pensamientos hacia un ideal espiritual, pueden desembarazarse más pronto de este íncubo.

Tal es el caso de los que mueren por un ideal, como los mártires cristianos y los valerosos soldados en el campo de batalla.

Dice la Sagrada Escritura que es tranquila la muerte del justo a los ojos de Dios; entonces, una muerte natural ha de ser lo deseable para todos.

¿Quién no desearía morir como aquellos santos invictos que sentían llegar la Gran Hora y se disponían a ella con serenidad, con resignación, con paz?

Una larga enfermedad dispone el ánimo del moribundo, y desmaterializa con anticipación la envoltura física del ser próximo a morir; fácilmente se acostumbra a las

nuevas vibraciones, con docilidad escucha la voz de los guías invisibles y mansamente se deja llevar por el nuevo mundo.
El ser habituado a las cosas espirituales, al acercarse la hora de la muerte desarrolla repentinamente los sentidos astrales, y hay casos notables de moribundos que aseguran estar rodeados de parientes fallecidos, de santos y de protectores; que oyen voces misteriosas invitándolos al más allá y a veces, se aparecen simultáneamente en diversas partes y a distintas personas.
Cuando el corazón deja de latir, el ser no está aún completamente muerto; la muerte se produce sólo después que el cordón astral, que es un hilo plateado que ata el cuerpo etéreo al cuerpo físico, se parte. Éste al partirse produce un pequeño estallido con centellas, como un cortocircuito en una instalación de luz eléctrica. Muchas veces el cuerpo está ya helado y el astral aún no se ha separado de él. A veces tarda días en efectuarse esta suprema operación.
Ejemplo admirable de esto se tiene en los Evangelios. Cuando Jesús llegó a Bethania, a la casa de Marta y María, lloró amargamente al saber la muerte de Lázaro acaecida hacía tres días. ¿Por qué lloró Jesús si sabía que lo iba a resucitar? Porque si Lázaro hubiera estado realmente muerto, tampoco Jesús hubiera podido atraer su espíritu otra vez a la abandonada morada; pero, cuando Jesús llegó al sepulcro y vio con sus ojos videntes que el cuerpo astral estaba unido al cuerpo físico, pudo efectuar el milagro.
De ordinario, la definitiva separación de los dos cuerpos se efectúa a los siete minutos después que han cesado los latidos del corazón. El cuerpo astral, como una vaga

neblina, flota en la habitación a unos tres metros del cadáver; después, lentamente se eleva y se sutiliza, armonizando con el estado que le corresponde.
Hay, sin embargo, algunos seres, fuertes y adelantados, que abandonan su cuerpo físico cuando creen que ha llegado su hora y terminado su misión.
Esta muerte se produce por éxtasis. Es una concentración de la mente, la cual levanta una oleada de energía vital en el organismo hasta que éste, no pudiendo tolerar ya la alta tensión de la misma, se separa del cuerpo astral y muere.
Desde luego, estos casos son raros y excepcionales y será la modalidad de muerte de las razas futuras.
Cuando un vestido está viejo hay que dejarlo y adquirir uno nuevo.
Enseguida que el choque de la separación se produce, el ser, rápidamente, recorre todos los hechos de su vida pasada; es un gran examen retrospectivo que la Ley de Evolución le exige antes de seguir adelante en el sendero del progreso. El resultado de este examen, llamado por las religiones "Juicio de Dios", será lograr más sutiles o más densas vibraciones en el nuevo estado.
Los llantos, los suspiros, los gritos de los que acompañan a los moribundos en la hora de la muerte son siempre perjudiciales. Sólo el silencio absoluto y la ausencia de todo pensamiento adverso pueden acompañar al hombre en la última hora.
Las oraciones, los cantos sagrados, los cirios y las flores si están acompañados de nobles sentimientos, son siempre de utilidad y de estímulo.
El entierro no se ha de efectuar enseguida, sino a los tres días, y aquellos que disponen su cremación, tienen

que testar para que se efectúe ocho días después del fallecimiento.
De cualquier modo que se produzca la muerte, siempre es una hora solemne, quien sabe la más solemne de todas las horas, porque es el portal de un nuevo devenir, es otro paso hacia el llegar a Ser.

Enseñanza 2: Los Elementales

Phritivi, el elemento terrestre, crea elementales que son los guardianes y vigilantes de los movimientos terrestres, del crecimiento de los árboles y de toda vegetación, y de la reserva de las tierras que no han de ser contaminadas por el hombre.
La leyenda antigua nos presenta a estos seres de diminuta estatura, con luengas barbas, de aspecto grotesco; la fantasía popular los rodeó de historias y de misterios, llamándolos enanos, duendecitos, gnomos, etc.
En realidad estos elementales no tienen forma visible a los ojos ordinarios de los hombres, si bien suelen materializarse a veces.
En los Nibelungos, los enanos guardan en una gruta obscura y profunda el tesoro sagrado que nadie puede tocar, para relacionar la leyenda con su misión, que es la de reservar y guardar ciertos lugares magnéticos. Hay en la provincia de La Rioja un lugar oculto que no puede ser visto por el hombre y vigilado por estas entidades que, con toda seguridad, se materializarían a los ojos de cualquier viandante, antes de dejarlo pasar.
Ellos dirigen, sobre todo, divididos en determinados grupos, la evolución química de los metales. Obedecen ciegamente a los magos que se dedican a la práctica de

dominarlos, quienes logran de los mismos cuanto quieren, por la sencilla razón de que el hombre tiene mente propia y estos seres tienen mente colectiva. Cuando el conde de Saint Germain llevó a un amigo suyo a visitar las arcas en donde guardaba oro, piedras preciosas y metales de valor incalculable, el visitante le preguntó cómo había logrado juntar tantas maravillas, a lo cual el conde contestó riendo socarronamente, que se lo habían traído sus servidores de la tierra.
Gabriel, el Arcángel que lleva el lirio en la mano, los dirige y gobierna. En la mitología hindú se le designa con el nombre de Indra.
Acpias, el elemento del agua, crea también elementales. Si pudiéramos materializar estas formas, las veríamos como las de sugestivas ondinas, de encantadoras sirenas y de diáfanas ninfas.
Estos elementales rigen el movimiento rítmico del agua, las lluvias, los truenos y las tempestades.
Su imagen podría verse también, en las formas y en los colores variantes de las nubes que pasan volando sobre las cabezas humanas y a las cuales tan poca atención se les presta.
Son ellos muy enemigos de alternar con los hombres, y si lo hacen, es para perderlos irremisiblemente.
El que domina a los elementales del agua ha de tener una rueda control a toda prueba. Jesús, el fuerte, caminaba sobre las aguas.
Rafael es el Arcángel que los gobierna; aquél que llevó a Tobías y le regaló el pescado maravilloso. En la mitología hindú es Varuna.
Tejas, crea los elementales del fuego: las luminosas salamandras, los sátiros ardientes y las terribles erinias.

Estos elementales del fuego aman a los hombres y se les puede dominar con facilidad; pero si los ven temerosos los sacrifican inmediatamente. Adoran al valiente y odian al cobarde. Cualquier alma fuerte los puede dominar, por eso, los santos que no temían la muerte, sostenidos por ellos, caminaban sobre las brasas y cruzaban las llamas, como lo hacen todavía en Japón y China los sintoístas adoradores del fuego. Son verdaderos servidores del fuerte Arcángel Miguel y del siempre valeroso y resplandeciente Agni. Vayú, el elemento del aire, crea las formas de los silfos, de los fantasmas y de las larvas errantes. No son amigos ni enemigos del hombre, pero huyen de él constantemente.

Los elementales del aire son muy útiles para los magos que pueden dominarlos, pues los sirven ciegamente. Cumplen con una rapidez fantástica sus mandatos, pero también se alejan velozmente cuando se los deja en libertad, pues su único anhelo es vagar y vagar. Los describió insuperablemente Shakespeare en su "Ariel". Los dirige el Arcángel Serafiel, llamado El Corredor, aquél que distiende las cortinas de los tiempos. Estos elementales también suelen revestirse con los cascarones, humanos y animales, que pululan en el séptimo plano del mundo astral. Toman cuerpo de las escorias etéreas y astrales de todos aquellos que han seguido adelante en su plan de evolución. Azrael, el dios de la muerte, procura bondadosamente hacer que ellos se disuelvan y que sean reintegrados al Éter Cósmico. O bien que aquellos que ya han tomado fuerza tal que puedan resistir el embate de la ola destructora, puedan progresar y formar una morada digna de ser habitada mañana por una mente humana.

La Hueste de la Sombra, que gobierna a los seres elementales, los tiene circunscriptos en su región magnética para que no hagan daño a los seres humanos que no los conocen ni los pueden percibir.

Enseñanza 3: La Vida Interna de la Tierra

En tiempos de la raza Atlante, un inmenso calor, un fuego nítrico, hervía en las entrañas terrestres.
El planeta no recibía calorías de los rayos solares, pues la atmósfera estaba cubierta por densas nubes y vapores.
La vegetación se producía más por efecto del calor interno; por eso las raíces, exuberantes y jugosas, eran la parte más desarrollada de los vegetales. En cambio, tenían flores de pobres colores y sin perfume.
Este calor interno sustentaba también la vida en las profundidades de los mares y océanos.
Las grandes conmociones sísmicas, los hundimientos y elevaciones de continentes, sepultaron estas capas vegetales bajo verdaderas bóvedas.
Los gases y fermentaciones producidas por el calor interno crearon el depósito mineral, las cavernas de carbón y depósitos de hulla, que la temperatura y condiciones atmosféricas actuales no podrían reproducir.
Allí quedaron sepultados los restos de los monstruos antediluvianos y de los esqueletos atlantes, en espera de otro movimiento similar que los vuelva a lanzar al nivel del mar.
Hay debajo de aquellos depósitos minerales, otros inmensos de oro, oricalco, platino, cobre, manganeso, etc.

Y aún más abajo, se encuentran las cavernas luminosas formadas por el basalto de las lavas de los volcanes lemures, atlantes y los más recientes, de la época de transición silúrica.
Allí, los colores del Gran Elemento, vivificados por la acción terrestre en conjunción con la acción solar que penetra hasta estos abismos, produce escenas fantásticas de luces y colores; desde el amarillo de Prithivi hasta el azul de Vayú, con una armonía difícil de imitar.
Seres vivientes existen en las entrañas de la tierra: restos de razas lemures que quedaron sepultados en esas inmensas galerías y que, en el curso de los milenios han ido degenerando paulatinamente. Son seres semiciegos, semi-inconscientes, deformes y puramente instintivos.
Bulwer Lytton describió es su libro "La Raza Futura" unos seres que viven en las profundidades de la tierra, pero, por su descripción, no se parecen a los que se especifican en esta Enseñanza, sino a benéficos y poderosos elementales.
Y más allá, más en las profundidades de la tierra, se encuentran los grandes corredores, de los cuales las tumbas faraónicas son una imitación; verdaderas cámaras de la reina y del rey en donde mora la Reina del Planeta, la todopoderosa Prithivi, la Madre Bhumi: la esencia potencial vegetativa que da vida al planeta. En el centro de éste hierve aún el fuego, espíritu vital de la tierra. De este fuego central, prana concéntrico, se desprenden globos ígneos que recorren los misteriosos corredores y cámaras internas, subiendo así, paulatinamente, por la espina dorsal del planeta hasta la superficie, para acoplarse con los rayos solares

y estimular la vida natural.
Cuando esta llama se haya consumido totalmente vendrá la muerte del planeta: su estallido, y la esencia vital de ella habrá pasado a otro centro negativo del universo para formar y dar vida allí a un nuevo mundo.

Enseñanza 4: El Mundo Astral

Cada hora que pasa, miles de almas abandonan sus cuerpos para ser reintegradas al más allá, y mientras las fosas abiertas se tragan las frías imágenes humanas, el pensamiento de los restantes golpea sobre la tumba con una afanosa pregunta: ¿A dónde han ido?
¡Qué desconsoladora es la muerte para aquellos que creen que la vida es un resultado de fuerzas y sensaciones y que todo desaparece cuando las mismas cesan en sus actividades!
Aún para aquéllos que tienen fe, la muerte acarrea desconsuelo, ya que las religiones que los sujetan, únicamente les aseguran la existencia de la vida después de la muerte, a condición de una sumisión absoluta a dicha creencia.
Sólo el vidente puede remontarse con facilidad a los planos superiores y conocerlos.
En estos últimos años, el espiritismo ha contribuido mucho, con algunos experimentos valiosos, a demostrar que después de la muerte subsiste una parte sutil del ser que entra a otro estado de vida.
Después de los primeros momentos de desequilibrio, el ser pasa a un nuevo estado: el astral. La primera ley que aprende es la de una distinta gravitación, ya que quisiera caminar y no puede, pero piensa en caminar anda tan rápidamente como si volara. No se sigue acá

los pasos de los seres muy evolucionados, sino del tipo ordinario del ser.
Las primeras dificultades las encuentra en la parte inferior del mundo astral.
Es un mundo de extraños colores, de pavorosas imágenes, de vibraciones quejumbrosas; un verdadero infierno de Dante. Están allí los cuerpos etéreos de los elementales, de los espíritus de la naturaleza, de los hombres salvajes y poco evolucionados. Estos seres o formas mentales se chocan entre sí continuamente, producen estallidos y cambian el aspecto del paisaje fantasmagórico tan rápidamente como se suceden sus groseras sensaciones.
Algunos que creyeron en la existencia de penas después de la muerte creen que han llegado a aquél lugar de tormento, y es tanta su congoja que sufren una segunda muerte.
Desde allí pasa al estado de sueño astral. El ser ha abandonado su cuerpo etéreo y los Protectores Invisibles hacen que olvide todo, que todo desaparezca de su mente, para que pueda subir después de cierto tiempo a los planos superiores.
La costumbre de evocar en las sesiones espiritistas el alma de algún difunto que ya ha entrado en este estado, es muy dañosa, porque el ser, cuando es muy fuerte el pensamiento que lo llama, se despierta y acude al lugar del llamado, con grave daño y atraso de su adelanto espiritual.
Es tan sagrado este lugar de descanso astral que ni las altas Entidades pueden entrar allí; únicamente lo hacen aquéllos que tienen la incumbencia de vigilar a los durmientes.
Había de ser vidente aquel cristiano que ideó las

imágenes que adornan los cementerios: ángeles silenciosos que cubren con sus alas las tumbas, como si quisieran amparar el sueño de alguien; inscripciones y rezos que llaman a recogimiento.
Los seres ya purificados se despiertan a una nueva vida, olvidando completamente la anterior. Según su grado de evolución, moran en los planos astrales superiores o del mundo mental, junto a seres que sintonizan con ellos y tienen más o menos su mismo adelanto espiritual.
Con sus pensamientos se rodean de los paisajes y objetos que fueron su deseo constante durante la vida: su paraíso. El artista encuentra su obra maestra; el explorador la tierra soñada; el santo su cielo; el rebelde su reino. Todos los deseos son satisfechos, pero en la satisfacción de los deseos va el germen del hastío.
Así el alma comienza a soñar con cosas nuevas, hasta que esos sueños, cada vez más persistentes, la impulsan a una nueva vida.
Es un nuevo ideal que tendrá su despertar sobre la tierra.

Enseñanza 5: Las Divisiones Astrales

El universo se funda sobre un plan septenario.
Los estados materiales, energéticos y mentales se separan con siete divisiones y subdivisiones.
Los hombres conocen ya cinco elementos materiales: tierra, agua, fuego, aire y éter. Les falta encontrar todavía otros dos para ser dueños del mundo material y conocer la totalidad del Elemento Cósmico.
Siguen inmediatamente los siete elementos energéticos que constituyen, no la energía conocida,

sino una súper energía.
Después se encuentran los siete elementos astrales. Cada uno de estos elementos fundamentales tiene a su vez siete subdivisiones y éstas, similarmente, subdivisiones hasta lo incontable.
Cada elemento se diferencia de los otros por su tónica vibratoria. Por eso, aún estando en el mismo sitio se mantienen perfectamente separados uno del otro. Ocurre lo mismo que entre el mundo de los hombres y el de las hormigas, que encontrándose en un mismo lugar desenvuelven vidas completamente distintas.
Entonces, el estado astral no tiene un lugar determinado fuera o dentro de la estratosfera de la tierra, pero es tanto o más real que el estado físico, con la diferencia que, como se compone de vibraciones mucho más sutiles que las conocidas, tiene como morada un espacio que no se puede limitar y que escapa a las dimensiones terrestres.
Asimismo, el tiempo astral se puede llamar más bien duración que tiempo, porque como ese mundo se rige por emociones, la duración del tiempo depende del estado de ánimo que se experimente.
Muchas veces los humanos tienen ensayos y pruebas de esta duración, pues se oye decir: “Este momento de dolor ha sido para mí una eternidad”, o “Este rato de alegría ha pasado volando”.
También el tamaño del mundo astral y de sus moradores se agranda o se empequeñece rapidísimamente, según la duración y sostenimiento de los pensamientos de los seres astrales, porque sus altas vibraciones no admiten una dimensión determinada.
Entonces, nada se puede definir allí de alto o bajo, de

grande o pequeño; sino únicamente se pueden dirigir las medidas al compás de la materia mental empleada para ver.
Esa es la dificultad que encuentran los estudiantes cuando empiezan a frecuentar los planos astrales. Por ejemplo, ven un animal de feo aspecto y la curiosidad los detiene a observarlo, y así que lo observan se agranda; al agrandarse se les embarga el alma de temor y éste, concentrándose sobre el animal, por la violencia del esfuerzo, lo hace de un tamaño mayor.
Otro ejemplo: se encuentran con un ser querido y al verlo se emocionan, la emoción desgasta fuerzas, quita serenidad, y el ser, frente a este efecto psíquico, disminuye rápidamente de tamaño.
Los seres de un plano inferior no pueden comunicarse con los de planos superiores, mientras que los de planos superiores pueden comunicarse con los otros, aún cuando no lo hacen si no es para cumplir una obra.
Los principales planos del mundo astral son siete, e incontables son sus subdivisiones.
Está demás decir que estas divisiones son arbitrarias y utilizadas para dar una explicación, pues se ha dicho que la única separación astral la constituye la tónica vibratoria.
En el Primer Plano del mundo astral: Se encuentran las entidades dirigentes, seres superiores que abandonan el mundo mental voluntariamente para hacer obra en el mundo astral.
En el Segundo Plano del mundo astral: Se encuentran seres sumamente evolucionados que dirigidos por altas entidades preparan los inventos, obras, tratados sociales, que desarrollarán en la tierra. Los Iniciados

del Fuego actúan aquí antes de reencarnar.
En el Tercer Plano del mundo astral: Se encuentran los seres fuertes y valerosos; almas intrépidas que sacrificaron su vida y sus pasiones en aras de un ideal, pero que se apegaron demasiado a ese ideal; pero no en vano, pues en una encarnación próxima ese ideal que ensayaron anteriormente lo ampliarán en toda la tierra.
En el Cuarto Plano del mundo astral: Se encuentran almas evolucionadas pero que no han dominado sus pasiones. Se preparan allí para actuar de nuevo en la vida y dedicar sus esfuerzos a las artes.
En el Quinto Plano del mundo astral: Se encuentran las almas poco evolucionadas, aquéllas que después de un breve descanso tienen que volver rápidamente a la tierra; son seres que se dan muy poca cuenta del lugar donde se encuentran, porque más bien creen estar en el lugar que les asignó en la vida su religión o sus creencias. Un tinte grisáceo de perenne melancolía rodea este plano.
En el Sexto Plano del mundo astral: Se encuentran los durmientes, aquellos que en la paz y en el reposo astral, desechan su cuerpo astral grosero para poder subir a los planos que les corresponden.
En el Séptimo Plano del mundo astral: Se encuentran los seres salvajes, criminales, atrasados, los elementales, los espíritus de la naturaleza y los recién desencarnados. Éstos son los que tienen más contacto con el mundo físico; son los ectoplasmas que se manifiestan en las sesiones espiritistas; son las imágenes de aparecidos de las cuales están llenas las leyendas religiosas antiguas.

Enseñanza 6: El Mundo Mental

Todos los seres que moran en el plano astral, reciben en distinta densidad, directa influencia del mundo mental.
Aún inconscientemente, los seres del séptimo, sexto, quinto y cuarto plano astral, pasan por el mundo mental; de lo contrario les sería imposible traer la energía para afrontar la nueva vida.
Los seres del segundo y tercer plano astral moran verdaderamente en el mundo mental. Cuando concentran su voluntad están en el mundo astral; cuando amplifican su conciencia están en el mundo mental. Para ellos el día, la vigilia, es el astral; el sueño, la noche, el mental.
Si se quisiera representar la diferencia entre el mundo astral y el mental, habría que decir que uno es la flor y el otro su perfume, que uno es la nota y el otro su sonido.
Esta separación entre el mundo astral y el mental es completamente arbitraria y únicamente se hace con fines puramente didácticos.
Los habitantes del primer plano astral están casi en continuo contacto con el mundo mental. Les basta a ellos concentrar su pensamiento para que todos los hermosos colores, las variantes formas, los sostenidos sonidos astrales desaparezcan y se encuentren en el mundo de la luz perenne.
Sin embargo, muchos de estos grandes seres sufren enormemente al pasar desde el mundo mental al astral, desde el estado de mente en sí al estado de mente definida. Si bien muchos de estos seres nunca toman

físicas vestiduras, es ya un gran sacrificio para ellos tomar la vestidura astral.
En este plano las almas son rutilantes luces. Cuando trabajan se expanden, se amplifican; reflejan en sí a todas las otras. Cuando se reconcentran se hacen diminutas, porque adquieren la grandeza del espíritu. Todas sus palabras son creaciones; todos sus actos plasmación de una vida en nuestro mundo.
Entre ellas se reconocen por el brillo de sus luces y se aman espejándose la una en la otra.
No hay tiempo en este mundo, ni una cuarta dimensión que amplifique, multiplique y reduzca a voluntad del ejecutante. Únicamente existe allí la duración.
Sumergidas en un continuo éxtasis perfecto, viven estas almas un ensayo de beatitud eterna.
Se podría decir que hay aquí también siete planos distintos y que según la duración del éxtasis sostenido es la elevación del alma y el plano a que pertenece.

Enseñanza 7: La Gruta de Ras

No hay nada oculto que no sea algún día revelado. Dijo Cristo, que hasta los actos más insignificantes de las criaturas tenían que ser revelados.
La simbología esotérica llama a este lugar donde están registrados los hechos de todos los seres, pasados y presentes: Gruta de Ras. Pertenece al séptimo plano del mundo mental.
Se llama Gruta porque esta palabra indica un lugar bajo y escondido, donde difícilmente pueden entrar aún las entidades más elevadas. Y esta Gruta es de Ras, porque Ras es símbolo del sol de la mente.
Cuando el Iniciado ha llegado a un altísimo estado

evolutivo, cruza en su ascensión hacia los mundos superiores un lugar maravilloso que le llama poderosamente la atención.
Se usan aquí expresiones muy inexactas para describir tan maravilloso lugar, no porque así sea, sino porque es indispensable para dejar un vago concepto.
Se podría decir que se encuentra el alma en una gruta fantástica, en una inmensa galería similar a la de las grutas de agua subterránea, en donde el reflejo de luces, en vez de ser producido por el agua reflejada sobre las paredes, es producido por vibraciones tan elevadas que ni aún los seres astrales pueden tolerar.
Se nota allí la ausencia completa de entidades determinadas pues únicamente es custodiado ese lugar por los Señores del Destino.
Cuando el ser que ha penetrado allí se habitúa, nota que cada punto de luz encierra en su centro una luz brillantísima, y sobre ésta reflejándose, en forma microscópica, visiones de tiempo, de pueblos, de personas y de lugares.
No existe allí una única dimensión, sino cuatro dimensiones.
Si el ser se concentra los hechos se reproducen de como empezaron hasta como terminaron; y si relaja su pensamiento los hechos se vuelven retrospectivamente.
Si le llama la atención una cosa determinada, se desarrollan todos los detalles de la misma, detenidamente, y si se propone puede ver lo que desea, desde que empezaron los mundos y la vida empezó a manifestarse.
Muy pocos penetran allí, y aún las altas entidades son guiadas por Superiores Maestros.

Sin embargo, el vidente tiene vislumbre de estas escenas maravillosas anotadas en los Anales Akásicos. Helena P. Blavatsky, cuando escribía su Doctrina Secreta, decía: "Pasan delante de mi vista, vertiginosamente, paisajes, razas y civilizaciones perdidas".

Enseñanza 8: Los Mundos de los Devas

Las mónadas espirituales que transcendieron el plano de la Humanidad, moran en planos superiores llamados los "Mundos de los Devas".
Existen en ellos tres cadenas de Huestes constructoras: la Hueste de la Sombra, la Hueste de la Humanidad y las Huestes Estelares.
La celestial Hueste de la Sombra dirige el desenvolvimiento de los elementales de la rueda terrestre.
Son ángeles radiantes que influyen sobre el mundo material únicamente por concentración. Su pensamiento se concentra sobre la labor que tienen que ejecutar y cuando ha generado formas que pueden desenvolverse solas por un determinado lapso, estos ángeles se reconcentran en sí mismos, pierden todo control de la vida que manifestaron a su alrededor y permanecen fijos, introspectivamente, recibiendo el mensaje de la Hueste de la Humanidad.
La Hueste de la Humanidad, o los arcángeles, dirigen su labor por intermedio de la Hueste anterior. Todas las oleadas de vida humana pasan por el prisma septenario de sus conciencias y voluntades, reflejándose en el mundo por la evolución de los tipos, de las razas y de los distintos seres.

No tienen estos arcángeles períodos de concentración activa y períodos de concentración pasiva; únicamente poseen conciencia en sí que, al pasar a través de sus mentes, toma voluntad de acción.
Este excelente estado de continua meditación nunca puede ser interrumpido; siempre existe; sólo por reflexión se expresa a través de la Hueste de la Sombra en el mundo.
Toda la plenitud de su felicidad es reflejar en sí, como la gota de agua la imagen del sol, la imagen espiritual de las Huestes Estelares, los Principados.
Los Principados son los constructores de las cadenas planetarias. Cada astro, cada estrella, cada planeta, es el cuerpo material de ellos. Tal cuerpo material no puede en nada afectarlos porque son de naturaleza substancialmente divina.
La primera Hueste es periódicamente voluntad y periódicamente conciencia. La segunda es conciencia y voluntad, simultáneamente. La tercera es únicamente conciencia.
Ningún ser de la evolución actual puede sentir este estado divino, sino tan solo intuirlo.
Los mismos Grandes Iniciados Solares son transmisión de la luz de las Huestes Estelares, así como los Iniciados Lunares reflejan la luz de la Hueste de la Humanidad y los Iniciados del Fuego, grandes químicos y transmutadores de los elementos, son influenciados por la Hueste de la Sombra.
Si bien ningún ser subirá al Mundo de los Devas hasta después de haber pasado todo el ciclo de vida terrestre, sin embargo, muchos grandes seres, al llegar a su umbral, perciben la influencia de este mundo espiritual en alto grado.

Algunos suben hasta un estado intermedio, hasta aquel lugar donde están escritas esas grandes palabras: "No pasarás".
Se señalará aquí el nombre de las otras Huestes existentes, si bien no pertenecen a los Mundos de los Devas descriptos: siguen a las Huestes Estelares la Hueste de las Formas o Potestades; la Hueste del Lenguaje o Virtudes; la Hueste del Pensamiento o Dominaciones; la Hueste de la Línea o Tronos; la Hueste del Sonido o Serafines, y la Hueste de los Números o Querubines.

Enseñanza 9: El Hombre Completo

El ser es un microcosmos, un universo en miniatura. Conocer bien el complejo externo e interno del hombre es conocer el Universo.
De igual forma que el cosmos, el ser es ternario y septenario en su estructura.
No hay realmente una diversidad en el ser, sino distintas tonalidades de vibraciones, desde la más fuerte y sostenida hasta la más suave e imperceptible.
El ser sale del Manantial Eterno, se densifica a través de múltiples formas y expresiones, para retornar a Él, ya sutilizado, sin que la substancia fundamental cambie jamás.
Pero es indispensable, para comprender estos cambios, dividirlos y estudiarlos separadamente.

Como ternario, el Ser es:

1. Espíritu
2. Alma

3. Cuerpo

El cuerpo es la parte del hombre ya conocida. Todos los seres corresponden a una misma ley biológica que los distribuye en categorías, según la especie de raza, clima y tiempo al que pertenecen.
El alma es la mente del hombre; es real por las manifestaciones que la determinan, si bien invisible por su especie.

El Espíritu es la esencia substancial divina en el hombre. Él sólo se expresa en el alma del ser como potencialidad unitiva e inmanente, o actividad individual creadora. En sí es simplemente lo que es. Permanece eterno, invariable, indivisible e ignorado. Ese es el Espíritu.

Todo cambia, el cuerpo y el alma del hombre se transforman continuamente; pero el Espíritu permanece siempre en su estado de origen.

El Ser ternario es simultáneamente septenario si se divide en las siguientes partes:
7. Cuerpo Físico
6. Cuerpo Astral
5. Cuerpo Energético
Estas tres partes del ser constituyen el cuerpo del hombre.
4. Mente Instintiva
3. Mente Comprensiva
2. Mente Intuitiva
Estas tres partes del ser constituyen el alma del hombre.

1. Espíritu

Estos principios, coronados por el Espíritu, forman por su naturaleza el Hombre Completo.

El cuerpo físico es el instrumento; por él el alma adquiere experiencias externas y se habilita en el manejo y dominio de los elementos.
El cuerpo astral es un molde sutil y perfecto del cuerpo físico y sus vibraciones áuricas permiten que los deseos del alma se transmitan al cuerpo y que los resultados de las experiencias del cuerpo sean conocidos por el alma.
El cuerpo energético es la parte luminosa y sutil del cuerpo completo; une la parte inferior y material a la parte anímica del ser.
Entre estos distintos cuerpos existen moldes o lazos de conexión, similares a la pielcita adherida a la cáscara del huevo.
La mente instintiva es el depósito del alma. Todas las experiencias hechas están allí registradas y todos los impulsos que se manifiestan en el ser tienen origen en esta parte. El subconsciente tiene allí su gran registrador.
La mente comprensiva es aquella parte del alma que analiza las ideas y controla los sentimientos. No permite al instinto que se sobreponga; observa el material expuesto y considera los resultados.
El hombre actual está desarrollando esta parte del alma y, si bien tiene muchos instintos que no puede dominar, es completamente diferente a un hombre puramente instintivo.
La mente intuitiva, que desarrollará el hombre futuro,

es aquella potencia del alma que conoce las cosas en sí y las expresa sin variante.

Enseñanza 10: Del Hombre al Cosmos

No hay nada nuevo bajo el sol, ni hay ley alguna que no sea repetición de otra similar.
Lo grande se resume en lo pequeño, mientras lo diminuto es imagen sintética de la inmensidad. Un principio único, básico, invariable se expande hasta lo infinito, y se contrae hasta lo infinitesimal.
El Principio Cósmico, que en sí potencialmente no tiene distinción, en el Universo se presenta como mente, energía y materia; movimiento, ritmo y forma.
Durante toda la Manifestación Cósmica estas tres substancias fundamentales se suceden ininterrumpidamente, acercándose, interfundiéndose y separándose; en continuo devenir, desde lo más pequeño hasta lo más grande, creando, formando, conservando y destruyendo todas las formas de la vida.
El Principio Cósmico, al identificarse a sí mismo, fuera de sí, creó el Universo, la Manifestación; con ese Acto Espontáneo y Puro quedó prendido allí como dentro de un Gran Karma Divino que se agotará en el instante en que la Creación se restituya por completo, "por Sí", al seno de su Creador.
El hombre es una reproducción del Cosmos: un microcosmos imagen del Macrocosmos. Todas las formas y las posibilidades están reunidas en él, y desde el punto de vista humano, es el punto culminante que indica el término de la involución y el principio de la evolución, pues resume en sí las formas más diminutas y es al mismo tiempo reproducción del Cosmos. Sus

huesos recuerdan su paso por el reino mineral; los órganos y vísceras pertenecen al antiguo reino vegetal y los distintos impulsos pasionales tienen toda la gama de la escala zoológica. A tanto andar, y a tanto precio, ha conquistado el hombre su libre albedrío, y la Ley de Posibilidades extiende delante suyo la inmensidad del campo mental para experimentar.

El alma del hombre recorre el Sendero de la Liberación al compás de los movimientos, ritmos y formaciones cósmicas, en etapas, ciclos y cambios.

Las etapas fundamentales de la vida humana corresponden al gran movimiento vibratorio dual que sostiene el Universo, a través de la expansión y absorción rítmica de la Substancia Cósmica. Al estado activo sucede el estado potencial, y así sucesivamente, de Eternidad en Eternidad.

La Substancia Cósmica, en su trayectoria de expansión a través del Universo se dispersa en siete formas distintas, como el rayo de sol sobre el prisma, formando así los siete Rayos Cósmicos, los siete colores fundamentales que son el compuesto de toda expresión de vida.

Los acontecimientos humanos están también sujetos a este ritmo septenario, así como los sistemas zodiacales y solares.

El niño a los siete meses corta el primer diente y a los catorce empieza a caminar; a los siete años se reconoce como entidad individual, y se hace adolescente a los catorce.

Los cambios de la vida manifestada son innumerables, pero siempre septenarios. El continuo devenir es lo que constituye la belleza de los mundos. Las transformaciones en el hombre son incesantes; no sabe

lo que le espera entre un instante y otro, pero sabe que será distinto. Y por estos cambios, ritmos y etapas sigue el ser hacia la Unidad.

Enseñanza 11: Fatalismo y Orientación

La Ley de Predestinación Consecutiva lleva al ser a nacer dentro del círculo de la ronda y raza a que pertenece y dotado de ciertas cualidades y deficiencias, características de las mismas. Pero, dentro de ese círculo, el ser posee su campo magnético propio en donde puede desenvolverse libremente, y que le permite desarrollar plenamente la Ley Arbitral de Posibilidades.

A pesar de todas las cargas patológicas, psíquicas y espirituales que pueda traer consigo el ser desde el más allá, hay una chispa maravillosa escondida en él que le grita a cada paso: "Eres libre; eres parte del Ser Divino; lucha y vencerás".

El estado depresivo causado por la creencia de un destino inexorable, ha sido fuente de mucha infelicidad y esclavitud. Las religiones que abogaron por la fatalidad del destino han fomentado en el hombre la tiranía, la cobardía y la inercia.

Otras religiones se abandonan en los brazos de la Voluntad Divina y con su cobardía, nada de adelanto pueden traer.

El fatalismo, gritando: "Está escrito", se lanza a una ciega muerte, a una guerra reputada sagrada.

Los indiferentistas miran desdeñosamente las miserias humanas, sin la más leve compasión, excusándose con decir que son resultado del destino, lo cual da por fruto una inercia espantosa que ha llevado a los pueblos de Oriente a tanta decadencia.

Era necesario que el hombre descubriera el alcance de sus posibilidades. Pero para eso debía ahondarse aún más en la materia. Surge así el positivista del siglo XIX, el investigador atento que desdeñoso del pasado y de sus misterios, desecha todos los credos y costumbres para penetrar hasta lo profundo de la materia y del análisis, y mostrar al mundo lo que puede la voluntad y el libre albedrío del hombre.
La civilización permaneció en el mismo nivel durante siglos; pero en estos últimos setenta años la afirmación del poder del hombre, ha llevado al mundo a un adelanto tal que espanta verlo.
Pero el hombre que únicamente confía en su libre albedrío y en su voluntad, tiene la maldición de lo irrealizable, del problema de la vida después de la muerte, y del por qué de las manifestaciones de la naturaleza.
La verdadera orientación es la armonía de las dos grandes Leyes: Causa y Efecto, Albedrío y Posibilidad. La primera de las Leyes explica de dónde deviene el Ser: el secreto de la vida, y lo que le espera después de la muerte. La segunda pone al Ser a una altura casi Divina, y deposita en sus manos el cetro del dominio y del poder.

Enseñanza 12: El Destino

El ser ha de pasar por innumerables experiencias y pruebas; ha de nacer muchas veces, conocer muchas cosas, ser hombre, mujer, grande, pequeño, para seguir adelante en el sendero de la liberación. Únicamente concibiendo la vida sujeta a un plan de evolución, se puede explicar el porqué de la variedad de los destinos humanos.

Todo lo que sucede es una vibración que se materializa y vuelve después a reintegrarse a su estado primario; el hecho de hoy es el resultado de ayer y la labor, los pensamientos presentes, darán su fruto mañana. La miseria, el dolor que experimenta hoy el ser, otros lo han experimentado o lo experimentarán. No hay injusticia, sino variabilidad.
Todos los hombres pasan por las mismas experiencias; ellos descienden desde Dios a la materia, y desde la materia regresan al espíritu.

Este plan de evolución se llama Ley de Predestinación Consecutiva. Esta Ley es ternaria y se divide en :

- Ley Personal
- Ley Causal
- Ley Colectiva

La Ley Personal es la que atañe al ser únicamente, y a su evolución. En su pensamiento, en su íntima conciencia, se forjan los deseos que lo impulsan a accionar de un determinado modo; de este modo de acción dependerá su vida futura.
El hombre de hoy es el deseo de ayer, y el hombre de mañana es el efecto de las causas de hoy.
El ser puede modificar su destino; en él está prepararse una vida de felicidad.
Pensando bien, accionando correctamente y no haciéndose esclavo de sus deseos, se forma un destino futuro feliz. Por eso, todos los instructores religiosos han insistido tanto en arraigar costumbres puras y sanas en los pueblos.

La Ley Causal es la que ata al hombre y le hace expiar por hechos que no estaban directamente dentro de su voluntad; sino que estaban dictados por la raza, el lugar y el tiempo en el cual le tocó vivir. Por ejemplo: en un pueblo donde rige la costumbre de la pena capital, aquellos que condenan a muerte participan de la Ley Causal, y no de la Personal.
Otro ejemplo: las personas que comen carne cargan con la responsabilidad de la matanza de los animales; pero, como eso queda circunscripto al plano de evolución actual y del desenvolvimiento de la raza a la cual pertenecen, la responsabilidad no es más que Causal.
El mismo motivo tiene el sacrificio que exige el vivir en sociedad, de acuerdo a las convenciones de la época.
La Ley colectiva es aquella que ata por las acciones que han influido sobre las masas. Un mal gobernante se prepara un destino de dolor, pues las antipatías que ha despertado perdurarán en otras vidas; en cambio, si obra con justicia y acierto, le espera un buen karma.
La Ley Colectiva es también aquélla que asume todo un pueblo, toda una nación, toda una comunidad, toda una familia. Cuando un país se declara en guerra, el pueblo es responsable, colectivamente, de esa guerra.
Si bien es bueno conocer que el sufrimiento humano es fruto de acciones pasadas, no debemos obrar buscando un destino feliz, porque ese egoísmo nos crearía más pesadas ataduras. Sólo el obrar rectamente, sin atarse al fruto de la obra, trabajar por trabajar, es lo que liberta.

Enseñanza 13: La Gran Ilusión

Si Dios es lo Indiferenciado, lo Incognocible, definirlo sería negarlo, y todo lo existente, lo definido y lo variable no puede ser más que una quimera; así aseguran los grandes filósofos de las religiones panteístas. Pero, para los dualistas y deístas, para aquellos que consideran que todo lo existente es parte integral del Mismo, sería blasfemia decir que todo lo creado, todo lo que se ve y nos rodea, es ilusión. ¿Qué es entonces Maya? ¿Es una realidad o una ilusión? La Manifestación Universal no puede ser, como finalidad, una realidad única. Decirlo así sería limitar a un algo el concepto de Dios que está fuera de todos los conceptos; pero, tampoco puede ser ilusión esta maravillosa sucesión de hechos divinos que constituyen la vida del Universo creado.

El Universo manifestado, la vida, es una realidad, tan real como lo Indiferenciado, lo Incognocible, pero que asienta su realidad existente en el continuo devenir. ¿Es realidad lo existente? Sí, es realidad; pero no porque sea lo Eterno en sí, sino porque es lo Eterno en su manifestación. Dios es Inmanifestado, Indefinible e Indescriptible; Inmóvil en sí. Pero su inversión, la Espiración Divina, es el Universo visible. Lo que viene de lo Eterno es entonces también eterno y real; no es la realidad en sí, sino el devenir de la Única Realidad. Esta Realidad es ilusión sólo como idea de cambio continuo, y no porque se le quiera atribuir un valor negativo, no porque se le considere un sueño, una fantasmagoría y nada más; sino por su continuo movimiento de variabilidad.

En este continuo devenir, en esta continua variabilidad, en esta perenne transformación de todas las cosas, está el concepto de la ilusión o Maya de los vedantinos.

Dios es Aquello que no se puede nombrar, Aquello que jamás varía en su naturaleza; pero su manifestación es Ired, pues es lo que cambia continuamente, haciéndose accesible al conocimiento: una Unidad expresada por antítesis.
Toda la Manifestación Divina es la Gran Ilusión, que en continuos vórtices baja desde el Principio Raíz y vuelve a subir hasta el Principio Eterno, tan eterno sin embargo como el mismo Dios.
Asimismo, encerrarse sólo en el concepto de la manifestación es detenerse en el camino, pues el sendero de la liberación es una continua marcha hacia lo eterno.
Si desde las profundidades insondables de la Eternidad ha surgido el Universo, no debe renegarse del mismo pues constituye la base del conocimiento dado al hombre, para que paso a paso aprenda a reintegrarse a la Eternidad.
La Gran Ilusión es la realidad cambiante, que en su nombre encierra el secreto del valor de lo que es lo incognocible, cuando se hace conocible.

Enseñanza 14: La Liberación

La esclavitud del deseo pesa sobre la humanidad y ésta, en lugar de desembarazarse de los lazos que la atan, se envuelve cada vez más en la cadena del dolor.
La Humanidad es esclava de la carne, esclava de las enfermedades, esclava de la vejez, esclava de la muerte, y aún cuando todos claman por la libertad ésta es para los hombres una esfinge, una Isis velada.
Sin embargo, el destino del Espíritu es la liberación, es alcanzar la felicidad y la dicha suprema de la Unión Divina.

Los seres humanos para libertarse de estos lazos, dan una extremada importancia a la vida futura y a la felicidad de los mundos superiores, cuando esto, si no se elimina el deseo, es encerrarse en una jaula más grande, dejar la jaula humana para encerrarse en la jaula mental.
Tampoco es lograr la liberación, por libertarse del deseo, afirmar que todo es ilusión, que nada vale la pena, que amar y sufrir son ataduras; ya que al negarse a cumplir las leyes de la vida, se puede caer esclavos de la indiferencia y de la apatía.
La liberación sólo se logra por la ausencia del deseo, y no por la ausencia de los resultados del deseo.
La liberación no consiste en desecharlo todo, sino vivir la vida sin desearla, abrazar el dolor como se abraza uno a la fuerza que ha de levantarlo sobre las miserias humanas y sobre todo, trabajar por trabajar, sin esperar recompensa.
No es desechando la ilusión como se la supera, sino conociéndola; y conocerla es no atarse a ella.
La ausencia verdadera de deseo que permite la liberación interior, es impedir siempre que el alma se identifique con el objetivo de su experiencia.
Vivir y amar es parte de la Eternidad, si se vive y se ama con el pensamiento puesto únicamente en el fin real. Cuando la vida no ata, cuando el ser cruza los senderos de la Manifestación conociendo, pero no atándose a nada, se identifica con la Divina Voluntad, que es el portal de la Eternidad. Bien dijo Schopenhauer que el principio de lo manifestado fue la voluntad, y que por voluntad fue hecho el Universo.

A la ausencia del deseo que lleva a la Unión Divina o Liberación, se llega por cuatro senderos:

- Por el Amor Real
- Por la Asistencia y Trabajo
- Por la Ascética Mística
- Por la Enseñanza

Estos cuatro senderos en sí son uno; los cuatro llevan el alma al Templo de Oro; los cuatro pueden dar la Realización suprema; son distintas vías que llevan a un único centro.
El sabio y el santo se encontraron un día y conversando se dieron cuenta que los dos sabían de un mismo modo. El sabio le preguntó al santo: "¿Cómo sabes tú lo que a mí me ha costado tantos años de estudio?", y éste contestó: "Lo sé porque lo siento, como tú lo sientes porque lo sabes".
El amor es el principio del sendero.
En el Universo todo es amor, y como no hay dos amores, porque el amor humano es una miniatura del Amor Divino, aquél que ama puede llegar a la Suprema Realización.
El amor es aquél que crea a los héroes, perdona a los criminales, fomenta las virtudes, embellece la fealdad y junta con un lazo indisoluble el alma y el espíritu, el bien y el mal, lo finito y lo infinito.
Dijo Jesús a la Magdalena: "Mucho te ha sido perdonado porque mucho has amado", y Ramakrishna dijo: "Se empieza por el amor y se termina con el amor".
Miles de almas aparentemente ignorantes, sin

conocimiento alguno, sin haber hecho cosa extraordinaria, llegaron por el amor a la Unión Divina. Teresita de Lisieux bien dijo: "Mi vocación es amar". La asistencia y trabajo es el sendero de los valientes, duro de recorrer, lleno de pruebas y escollos en donde las manos se encallecen por lo difícil de la acción, pero que transforma el objetivo de la labor en el Ideal Divino.

Todos los próceres de la civilización y del progreso fueron trabajadores indómitos, despreciados y ultrajados. Ellos sabían que jamás tendrían una satisfacción inmediata por su trabajo; sin embargo, siguieron impávidos su obra. Es que ellos sabían que el fruto verdadero del trabajo es eterno e inaccesible para la corta visión humana.

El sendero de la Ascética Mística es el más arduo, pero el más seguro. Introvertirse continuamente para conocerse mejor y hacer de la vida un acto espontáneo de autocontrol es difícil; pero lleva a resultados sorprendentes de liberación interior. Aquél que sigue este método se desmenuza a sí mismo fisiológicamente, psíquicamente, astralmente, hasta que llega al Manantial Eterno.

Los métodos a seguir son: la Meditación, la Concentración, la Contemplación, el Éxtasis, y por último, la Unión Divina.

Algunos creen, sin embargo, que el sendero de la Asistencia es más útil que éste, pues ayuda más directamente a la humanidad; pero olvidan que la verdadera y primordial ayuda emana de la mente, del pensamiento. Los Iniciados Solares de Cuarta Categoría aparecen sobre la tierra, y desaparecen enseguida de cumplir su labor pública de Enseñanza y

Sacrificio; pero los Iniciados Solares de Tercera Categoría, para mantener la Idea Madre sobre la tierra, no pueden dejar un instante su Labor.
La Enseñanza es el sendero del estudio, del conocimiento y del saber.
El investigador atento, el científico tenaz, el filósofo y el teólogo, surcan en sus pensamientos y en el pensamiento de la humanidad ramificaciones de posibilidades infinitas.
El estudio continuado fuerza a la Naturaleza y al Cosmos a revelar sus Misterios; el conocimiento es iluminación de la mente. Dijo Cristo: "El conocimiento os libertará"; y el saber que se adquiere a través de largos años de especulaciones iluminativas, descubre al estudiante las verdades fundamentales del Universo, que son prenda segura de liberación.

Enseñanza 15: La Reencarnación

El ser, para llegar a la liberación, ha de evolucionar a través de numerosas reencarnaciones.
Si bien es cierto que el hombre no recuerda sus existencias pasadas, conserva sin embargo la experiencia de los caminos recorridos.
Las vidas de un ser son imposibles de enumerar, pero se sabe que ellas tuvieron un principio cuando el alma era completamente ignorante; y tendrán fin cuando ella se liberte de todos los deseos, que son las cadenas que periódicamente la vuelven a la tierra.
Las almas poco evolucionadas regresan rápidamente a la tierra, impelidas por las bajas pasiones que les impiden subir a los planos superiores. Muchas veces, después de un brevísimo descanso efectuado en el sexto plano astral, buscan ansiosamente una morada

física y reencarnan.
Pero, también los seres muy evolucionados pueden volver rápidamente a la tierra, cuando tienen alguna misión especial que cumplir. Vienen, en tal caso, no porque los atraiga la materia física, sino porque se despojan fácilmente de los cuerpos sutiles para adquirir cuerpo físico.
El común de los hombres reencarna periódicamente cada setecientos años; pero los más evolucionados tardan mucho tiempo en reaparecer en el cuadro de la vida humana, porque esperan a la colectividad a que pertenecen para el descenso. A veces, razas enteras aparecen en conjunto.
Se han presentado algunos casos excepcionales de personas que se acordaban exactamente de su vida anterior, desenvuelta muy pocos años antes. Se trata de una anomalía astral. Son seres que mueren, y sin pasar al sexto plano astral ni desembarazarse del cuerpo etéreo, vuelven rápidamente a la tierra y recuerdan su vida anterior.
En la mayoría de los casos los seres reencarnan siete veces con aspecto femenino, y siete veces con aspecto masculino, a excepción de los Grandes Iniciados, que toman el aspecto más adecuado para la realización de su misión.
Nunca se reencarna ni en la misma raza, ni en el mismo pueblo, únicamente en los casos en que el ser haya dejado incumplido el trabajo que le había sido encomendado en la vida anterior. Muchas veces, obras comenzadas en una existencia son terminadas en otra, y hay algunas labores que necesitan vidas para ser ejecutadas.
Los seres no vuelven solos a la vida, sino juntamente

con un determinado grupo de almas y tienen con éstas vínculos familiares, de amistad y de afectos. Hay muchos que por varias encarnaciones desarrollan juntos una misma labor.
Aquellos que están aquí reunidos no se conocen de hoy ni de ayer, ni dejarán con la muerte de estar reunidos.
Algunos seres, aún sin haber alcanzado la liberación, no vuelven más a la tierra porque ya son aptos para seguir su obra desde los planos astrales.
La creencia de la reencarnación, que se asienta sobre bases tan lógicas, es extremadamente consoladora, pues explica el porqué de las desigualdades humanas.

Enseñanza 16: El Descenso a la Tierra

En los planos superiores las almas gozan de una límpida y libre atmósfera espiritual. Nada penetra hasta estas elevadísimas regiones donde los seres brillan como rutilantes estrellas.
Pero, cuando los seres de mayor adelanto espiritual han agotado el caudal espiritual que los hizo morar en el primer plano del mundo Astral, un vago deseo de acción empieza a detener el rodar maravilloso de sus luces. Los recuerdos de amor y vida se entremezclan en la paz del ambiente, y los impele a volver al plano material. Una especie de sueño profundísimo envuelve a las almas y hace cada vez más débil su brillo.
Como nuevas Walkirias adormecidas a la voz del amor, descienden de los planos mentales y concentran todas sus fuerzas de conciencia en el primer plano del mundo Astral.
También la aspiración del alma de los seres menos evolucionados llega hasta allí antes de reencarnar, para concentrar las potencias de la nueva vida que van a

actuar sobre la tierra (Tercer plano).
Desde allí descienden al segundo y tercer plano Astral, en donde todas las Posibilidades de las almas se unen a los factores mentales que han dejado tras de sí en su ascensión. Ya están aptos para la vida humana.
En los sucesivos planos astrales las almas se revisten del cuerpo energético y astral, aptos para la misión que tienen que desenvolver en el mundo.
En el séptimo plano Astral les aguardan los bajos instintos, las obras malas que no han sido pagadas, que forman su cuerpo etéreo, que es el molde definitivo del cuerpo físico.
Una vez más tendrán que olvidar las esferas de luz donde han morado, y habrán de vestirse con la capa sangrienta de la carne y del dolor. Tendrán que luchar, empezar y ver como se les escurre la vida de entre las manos, dejándolos sólo con las gotas de los recuerdos.
Es la hora de las horas, la solemne hora del sacrificio y de la crucifixión; un espíritu divino clavado sobre el madero de la carne.

Inútilmente procuró el alma libertarse para siempre. El destino llama, fuerza y empuja, y desde las alturas de la divinidad ha de descender el ser hasta las sombras de la materia.

Todos los que están en la tierra han gozado de una paz perfecta por más o menos tiempo, según su adelanto espiritual; pero la liberación verdadera es aquélla que, rompiendo todo deseo, pone al alma en contacto con la serenidad universal que es eterna.